

Bibliografía hispano-latina clásica. Horacio. Tomo 1

Índice:

Advertencia del colector

Códices

Ediciones

Comentarios

Traductores

Traducciones de hispano-americanos [Después de la Independencia]

Traducciones catalanas

Traducciones portuguesas

Traducciones ocasionales

Imitaciones

Imitadores hispano-americanos

Reminiscencias

Miscelánea

BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA — IV : HORACIO I

[p. IX] ADVERTENCIA DEL COLECTOR

El HORACIO que publicamos en esta parte de la BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA se compone de las siguientes secciones:

1.^a Las fichas y notas bibliográficas encarpetadas por Menéndez Pelayo para la continuación de su obra, que, como saben los lectores, quedó suspendida al terminar CICERÓN.

De estas fichas varias están terminadas, con comentarios y crítica; otras son meras notas o recordatorios que había de ampliar el autor de la BIBLIOGRAFÍA; las hay autógrafas y hay también papeles remitidos por amigos que le ayudaban en la recolección de datos. Entre éstos figuran principalmente D. Juan Quirós de los Ríos, D. Juan Pérez de Guzmán, D. Francisco Rodríguez Marín, D. Enrique Serrano Morales y D. Juan Luis Estelrich. De otros corresponsales se da noticia por cartas que se transcriben en algunas de las notas bibliográficas, o por llamadas que hace el mismo D. Marcelino.

Recuérdese que, como ya dijimos en la ADVERTENCIA del primer volumen de esta BIBLIOGRAFÍA, distinguimos siempre las notas de mano ajena de las que son totalmente de la mano del Maestro, poniendo la numeración romana de las primeras entre corchetes. Coleccionadas por él unas y otras dentro de las carpetas de la BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA se ve claramente que estaban destinadas a publicarlas en esta obra; Pero ¡cuán ampliadas y diferentes hubieran salido muchas de ellas y aun otras que añadiría, sin duda [p. X] acudiendo a su memoria feliz y al magnífico arsenal horaciano que en su biblioteca había reunido! Nosotros damos estos originales tal como se conservan hoy y con las omisiones que tienen sin duda y que seguramente no hubieran tenido si su autor les hubiera dado la última mano.

En algunas de las traducciones horacianas que se transcriben se encontrarán palabras subrayadas o en bastardilla; son frases o giros que llamaron la atención del autor de la BIBLIOGRAFÍA en una primera lectura. De alguna de esas frases va a continuación el comentario, de otras no llegó a redactarlo.

Las fichas bibliográficas de traductores hispano-americanos, desde la independencia, van ordenadas al final de esta primera sección y por naciones, de norte a sur, como lo hace Menéndez Pelayo en el HORACIO EN ESPAÑA.

2.^a Va seguidamente de las fichas bibliográficas una como ANTOLOGÍA HORACIANA, es decir, el libro titulado ODAS DE Q. HORACIO FLACO TRADUCIDAS E IMITADAS POR INGENIOS ESPAÑOLES Y COLECCIONADAS POR D. M. MENÉNDEZ PELAYO, Barcelona, Biblioteca ARTE Y LETRAS, 1882, y del que se hizo una segunda edición más correcta en 1908. Aun así hemos corregido bastantes erratas compulsando estas poesías con los originales o con otras ediciones que hemos tenido a mano. El mismo D. Marcelino, si hubiera hecho nueva edición de este libro en sus últimos años, hubiese sustituido por otras mejores, que conoció después, por ejemplo,

algunas de Pombo, varias de las traducciones poéticas que figuran en esta colección.

Únase a esta ANTOLOGÍA HORACIANA, como Apéndice o 2.^a parte, las apostillas marginales autógrafas que puso Menéndez Pelayo a las poesías originales y horacianas de Fray Luis de León en la edición del P. Merino, libro precioso que se conserva en la Biblioteca de Santander, del que ya hizo una edición la Academia Española encomendándola a D. Miguel Artigas.

3.^a El HORACIO EN ESPAÑA, que viene a ser como un comentario a todo el papeleteo bibliográfico horaciano anterior, al modo de lo que hizo con Cicerón en el largo comentario que le puso al final con el título. APUNTES SOBRE EL CICERONIANISMO EN ESPAÑA.

Reproducimos la última edición de este libro en dos volúmenes en 8.º Imprenta de A. Pérez Dubrull. Madrid, 1885. [p. XI] Para coordinar mejor todos estos elementos y darles más unidad, hacemos referencias, siempre que es del caso, de la parte primera, la puramente bibliográfica, al HORACIO EN ESPAÑA [Vid. H. E.] y a las ODAS; [Vid. O. H.] y del libro o antología de ODAS a la sección bibliográfica y al HORACIO EN ESPAÑA, dentro de esta misma edición. Nos hubiera sido imposible llevar a cabo tal tarea sin la cooperación eficaz y valiosísima de la Imprenta Aldus, de Santander, impresora de estas obras, que en verdadero alarde editorial ha tenido completamente compuestos y sin imprimir, esperando órdenes, hasta cuatro volúmenes de esta EDICIÓN NACIONAL DE LAS OBRAS COMPLETAS DE MENÉNDEZ PELAYO, aparte de otros trabajos que tuviera entre manos.

Con todo lo reseñado, y a pesar de los volúmenes que ocupa en esta BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA, el HORACIO que hoy damos, no es seguramente más que una sombra de lo que hubiera sido el HORACIO, « su Horacio », concluído con sosiego y a placer por Don Marcelino Menéndez Pelayo.

ENRIQUE SÁNCHEZ REYES.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

Códices

H

HORACIO

I. CÓDICE DE LA CATEDRAL DE TORTOSA—Siglo XIV.

En la catedral de Tortosa, *Obras de Horacio*.

Códice del siglo XIV.

Corminas, *Suplemento* , p. 323.

II. CÓDICE DE LA LIBRERÍA DE D. RAFAEL DE FLORANES.—Siglo XV.

Códice que perteneció a D. Rafael Floranes, y posteriormente al Marqués de Morante, que lo hubo por donación de D. Felipe Soto Posada, y lo registra en su Catálogo con el núm. 16.023.

En la hoja primera se lee la nota siguiente: «Este Ms. de las Obras de Oracio (sic) hizo formar para su uso y librería el célebre orador de Italia Leonardo de Arecio, de quien le adquirió el Cardenal Torquemada, cuyo sobrino, D. Juan de Aillón, Deán de Sevilla y Abad de Valladolid, trajo sus libros de Roma, y de ellos el presente ha venido a parar de mano en mano en la [p. 14] librería de D. Rafael Floranes Robles y Encinas, Señor de Tavaneros, residente en dicha ciudad de Valladolid.»

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA — IV : HORACIO I

Ediciones

III. VILLÉN DE BIEDMA, Juan.—Granada, 1599.

Q. Hora | cio Flac | co Poeta Lyri | co Latino. | Sus obras con la declaracion Magistral en lengua Castellana. | Por el Doctor Villen de Biedma. | Dirigido a Francisco Gonçalez de Heredia Secretario del Rey | Filipo II. y III. nuestro Señor, de su Patronazgo real, de las tres | Ordenes Militares, de sus descargos, y de los Señores | Reyes de Castilla, y su Alcayde de los alcáçares | y fortaleças de las villas de Arjona | y Arjonilla, &. (Escudo del impresor con este lema: «Renovabitur ut aquila iuventus tua.» | Con Privilegio. | En Granada. | Por Sebastián de Mena. | Año 1599. | A costa de Iuan Diez mercader de libros.

Fol., 9 hs. prels. sin foliar (no contando la portada), 330 hojas dobles de texto (repetidas al fin las señas de la impresión) y 8 hojas más sin foliar con el *Abecedario Indice de los casos más notables deste libro*.

Aprobaciones: *Baltasar Suárez, cathedrático de Eloquencia e Historia en la Universidad de Alcalá...*

«Vi estas dos partes de Horacio... por mandado del señor Rector de la insigne Universidad de Alcalá, a quien el Consejo de su Magestad las remitió para que se corrigiesen. Y puesto en mirarlas y cotejarlas la diligencia posible, me ha parecido que serán útiles y provechosas, por la mucha erudición y doctrina que contienen, y por muchas y muy agudas exposiciones de lugares difficultosos de Horacio, no sólo a los que profesan letras humanas, sino a los de mayores estudios. Y assi soy de parecer que se impriman como aquí van corregidas. Fecha en Alcalá de Henares, a 30 de junio de 1595.»

El Maestro Juan Martínez Aguado Patron del Colegio de San Isidro, y Cathedrático de Eloquencia en la Universidad de Alcalá de Henares. «Por comisión del Rector y Claustro desta Universidad de Alcalá, a quien el Consejo de su Magestad remitió la aprobación deste libro... lo he visto, y soy de parecer que se imprima, [p. 15] por ser muy útil y provechoso para toda España, y qualquier persona de erudición. En fe de lo cual doy esta firmada de mi nombre. Fecha en Alcalá de Henares, a 15 de julio. Año 1595.»

Erratas.—«En Madrid, a veynte de junio de mil y quinientos y noventa y nueve años.— *Juan Vázquez del Mármol.* »

Tassa (a tres maravedís cada pliego en papel).—«En Madrid, a veynte y nueve de julio de mil y quinientos y noventa y nueve años. —*Miguel de Ondarça Zabala* («escribano de camera (sic) del Rey nuestro señor, de los que en el su Consejo residen»).

Privilegio Real. «Por quanto por parte de vos el Doctor Juan Villén de Biedma, vecino de la ciudad de Granada, nos ha sido fecha relación diciendo que vos avíades hecho una declaracion Magistral en

lengua vulgar Castellana a todas las obras de Horacio, lo qual sería de mucho aprovechamiento, assí para las personas que entendiessen la lengua latina, como para los que no la supiesen, en lo qual avíades ocupado mucho tiempo, con mucho estudio y trabajo: suplicándonos fuessemos servido mandar daros licencia para poderlo imprimir junto con el mismo texto latino y Privilegio por tiempo de veynte años... (Se le concede por diez) Fecha en el Campillo, a veynte y un días del mes de Octubre de 1595... Por mandado del Rey nuestro Señor. —*Don Luis de Salazar.* »

Elogio a las armas de Francisco Gonçalez de Heredia, Secretario del Rey Filipo II, nuestro Señor, y su Alcayde de las Fortalezas de Arjona y Arjonilla, & (es una canción de estancias largas, obra del mismo Dr Villén de Biedma).

Si el miedo del culpado fugitivo
Libraban las estatuas de los Reyes
Que reservó la edad en bronce, en piedra,
Al muro en que se abraça aquesta yedra,
Igual favor le deberán las leyes,
Como al retrato de victoria vivo.
Y pues el braço encogen vengativo,
Por el lugar sagrado
Que mereció la suerte del culpado,
Al que sin culpa llega,
No será ley, si su favor le niega.

Espada de dos filos son sus labios;
Y como en las palabras hiere y corta
El estoque real de la nobleza,
[p. 16] Esta labor, en el dechado empieza
Destas heroycas armas, porque importa
Prevenir de la envidia los agravios.
Que mal se pueden deffender los sabios,
Pues combaten descuidos,
A los aceros de la envidia agudos,
Sino buscan prestada
Lanza su pluma, y su laurel espada.

—
Deste quadro contiene la distancia
En maridaje illustre, unión vistosa,
Navarrete, Bayán, Heredia y Gante,
De verde lis en el azul quadrante,
Nuestra vergüenza en su color la rosa,
Y envidia en lo amarillo las de Francia.
Castillos planta en su primera estancia
Que ponen a Castilla,
Ya que envidia no pueden, maravilla.
Y assi para la media,
Da Navarrete lis, Castillo Heredia.

—

Sobre campo de plata seys Roeles,
Por otra parte la tarjeta abraça,
Que de un árbol cortado el tronco ciñen,
Manchas de sangre sus conteyas tiñen,
Armas de Gante, o de gigante maça.
Y para dar materia a mil pinceles,
Miedo a Timantes y cuidado a Apeles,
En otro quadro estalla
Los lances y el ardid de la batalla
En el juego de escaques,
Donde da mate a un Rey la suerte a Xaques,

Este tablero o mesa de fortuna,
Arte de guerra, y tribunal de estado,
A los Bayanes dió Don Sancho Abarca:
Digno blasón y merecida Marca
Para ilustrar el chapitel dorado
De los que armados nacen en la cuna,
Y no menos debida y oportuna
A los que en letras valen.
Que letras y valor de un tronco salen:
[p. 17] Y este trae por espejo
De fuerza al Rey y al Roque de consejo.

Este cuadro de hermosura taracea
Que de linajes quatro está compuesto,
Viene a ser de nobleza essencia quinta,
Y en sombra y hieroglyphico se pinta
De aquel sujeto, en quien el suelo ha puesto
Lo que alcanzó la mano de la Idea.
Y aunque mi pluma figurar dessea
Al vivo su retrato,
Su modestia me excusa y mi recato,
Mas para verle basta
Que refiera sus señas tras su casta.

(El pobre humanista que escribió esta canción heráldica, bien claro demuestra que Dios no le llevaba a traducir a Horacio.)

[Vid. H. E.. I. 87.]

IV. JUVENCIO, José.—Sevilla, 1729.

Q. Horatii Flacci Carmina expurgata et accuratis notis illustrata auctore Josepho Juvancy, Societatis Jesu Sacerdote. (Marca del Impresor.)

Hispali. Ex Typographia Didaci López de Haro, via genuensi Anno 1729.

8.º a dos columnas, ocho hs. prls., 637 pp. de texto, y una sin foliar al fin. (Biblioteca Universitaria de Sevilla.)

El texto de esta edición escolar es el mutilado del P. Jouvancy, que no sólo suprimió odas enteras y muchos pasajes de otras, sino que por escrúpulos de moralidad, que en algunos casos llegan a ser tontos y pueriles, sustituyó versos de Horacio enteramente inofensivos, con otros de su cosecha, que le parecieron más honestos. Baste, por muchos, un ejemplo. Donde Horacio escribió sin ofender los castos oídos de nadie:

«Dulce ridentem Lalagem amabo,
Dulce loquentem...»

el buen Padre, que no quería, sin duda, que los jóvenes oyesen [p. 18] hablar de la dulce risa ni del dulce hablar de ninguna Lálage, corrigió intrépidamente:

Sola me virtus dabit usque tutum,
Sola beatum.»

¡Así remendaban a los clásicos los jesuítas franceses, puesto que de los nuestros no sé que cayesen nunca en semejante desvarío!

V. JUVENCIO, José.—Sevilla, 1731.

Q. Horatii Flacci Carmina expurgata et accuratis notis illustrata, auctore Josepho Juvancy, Societatis Jesu sacerdote. (Marca del impresor.)

Hispali. En Typographia Didaci López de Haro, via Genuensi. Anno 1731.

8.º, 8 hs. de principios, 637 pp. de texto, y una sin foliar al fin. Reimpresión a plana renglón del *Horacio* expurgado, que había salido de las prensas de Sevilla en 1729.

Sin año, pero del segundo tercio del siglo XVI (sic) *Q. Horatii Flacci Opera.*

Hispali. Did. López de Haro.

12.º, 323 pp. (Biblioteca Provincial de Sevilla).

(N.º 2.676 de la *Tipografía* de Escudero.)

Supongo que será idéntica a las dos anteriores.

VI. JUVENCIO, José.—Cervera, 1751.

Q. Horatii Flacci Carmina expurgata, et accuratis notis illustrata, Auctore Josepho Juvencio Soc. Iesu Sacerd.

Cervariae in Lacetanis. Typis Academicis apud Josephum Barber, et Socios, anno 1751.

8.º menor, 368 pp. sin los principios, que son: *Vita Horatii. Testimonia veterum de Horatio. Index Odarum chronologicus. De metris Horatianis, seu variis carminum generibus. Al fin Index odarum alphabeticus.*

VII. MONLAU, Pedro Felipe.—Barcelona, 1842.

Epístola a los Pisones

Figura como apéndice en los [p. 19] *Elementos de literatura o arte de componer en prosa y verso, para uso de las universidades e institutos, por el Dr. D. Pedro Felipe Monlau, catedrático de literatura en la Universidad de Barcelona, y socio de varias Academias Barcelona, 1842, imp de J. Riera.*

8.º mayor.

VIII. MONLAU, Pedro Felipe.—Madrid, 1856.

Epístola a los Pisones

Figura como apéndice en los

Elementos de literatura o tratado de retórica y poética para uso de los institutos y colegios de segunda enseñanza, por el Dr. don Pedro Felipe Monlau, catedrático que fué de literatura e historia en la Universidad de Barcelona y ahora de psicología y lógica en la de Madrid. Segunda edición. Madrid, 1856. Imp. de M. Rivadeneyra. Librería de la Publicidad.

8.º mayor, IV + 320 pp.

Por el plan de estudios entonces vigente, se mandaba con muy buen seso que los alumnos aprendiesen de memoria la Poética de Horacio, y que los profesores la comentasen, y por eso son varios los tratados de Retórica en que está reimpresa.

IX. MONLAU, Pedro Felipe.—Madrid, 1860.

Arte Poética

Al fin de los

Elementos de literatura o tratado de retórica y poética para uso de los institutos y colegios de segunda enseñanza, por el Dr. don Pedro Felipe Monlau, catedrático que fué de literatura e historia en la Universidad de Barcelona, y ahora de latín de los tiempos medios y romance en la Escuela Superior de Diplomática de Madrid, individuo de número de la Real Academia Española, &. Tercera edición revisada y corregida. Madrid, 1860, imprenta de M. Rivadeneyra.

8.º mayor, IV + 320 pp.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA — IV : HORACIO I

Comentarios

[p. 20]

X. ESTAZO, Aquiles.—Amberes, 1553.

Achillis Statii Lusitani in Horatii Flacci Poeticam commentarii. Ad Ioannem IV. Lusitaniae Principem augustissimum. Antuerpiae. Apud Martinum Nutium, 1553.

(N.º 3.543 del Catálogo de Morante.)

[Vid. H. E. I, 199.]

XI. FALCÓ, Jaime.—Madrid ¿1577 a 1579?

Scolia in librum de Arte Poetica Horatii Perutilia.

Léense en las páginas 101-118 de la colección de las obras latinas de Falcó:

Operum Poeticorum Jacobi Falconis, Valentini, Montesianae, Militiae, Equitis, ejusdemque Ordinis Praefecti loco, ac nomine Philippi II Regis Hispaniae, Poetae, et Geometrae, clarissimi, Libri quinque: Ab Emanuele Sousa Coutigno, Lusitano, amici famae studioso collecti, in volumenque redacti, atque ejusdem cura et impensa typis mandati. Mantuae Carpetanorum, ad Petrum Madrigalem, anno MDC (1600).

8.º, 32 hs. prls. y 118 dobles, de texto. Tasa, a tres maravedís pliego (Madrid, 1.º de julio de 1600). Erratas. Suma del privilegio por seis años (Aranjuez, 1.º de Mayo de 1600). Aprobación del P. Juan Luis de la Cerda (Madrid, in Collegio Societatis Jesu, 24 de Abril de 1600).

Dedicatoria de Manuel de Sousa Coutinho, idibus Martiis. Studiosis lectoribus (prólogo de Manuel de Sousa, en 20 pp.). En ella se lee el pasaje siguiente:

«Praecipuus ejus labor fuit Opus Epicum texere, quo Hispanorum facta celebraret. Saepius dicentem audivi solos Poetarum nomine dignos esse, qui opus Epicum componere auderent: *idque in Expositione Artis Poeticae affirmat.* »

La fecha probable de los *Escolios* al Arte Poética de Horacio, se infiere por este pasaje del prólogo, relativo a la estancia de Manuel de Sousa en Valencia desde 1577:

«Conveni, audivi, amavi: minor enim erat fama hominis, ipso. [p. 21] *Duobus annis ut patrem colui, ut Magistrum veneratus sum, utraque illi officia et Patris et Magistri indulgentissime praestitit. Inter*

alia, *Artem Poeticam Horatii mihi sedulo explanavit, eademque ipsa Scholia dictavit, quae his libris subjunximus...* »

2.^a edición, por Felipe Mey, en el mismo año.

3.^a edición, en Barcelona, por Esteban Liberós, 1624.

[Vid. H. E. I, 86.]

XII. Moix, Pedro.—(En Bover, *Escrit. Bal.*), 1647.

Estudios literarios sobre las obras de Horacio, escritos en 1647.

Ms. citado por Bover (*Escritores Baleares*, I, 501), como existente en poder del P. Jerónimo Ríus, de la Compañía de Jesús.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

Traductores

[XIII.] TAMAYO DE VARGAS, Tomás.—[En la Biblioteca Nacional.]

Arte Poética

Por referencias de Iriarte hablaba el Sr. Menéndez y Pelayo en su *Horacio en España* [1] de la traducción que el insigne bibliógrafo D. Tomás Tamayo de Vargas hizo de la *Epístola a los Pisones*, el ms. original y único perteneció al Sr. Salvá y hoy se halla en la Biblioteca Nacional. [2] Tamayo de Vargas demuestra en ella conocer bien el pensamiento de Horacio y lo expone con claridad; en cuanto a la forma vale poco; hecha en versos libres, resultan con frecuencia inarmónicos y duros. En conjunto es más bien obra de un perito latinista que de un poeta que interpreta a otro. Véanse, en prueba de esto, los siguientes fragmentos copiados al azar:

Traducción de la Arte Poética de Q. Horacio F. Príncipe de los poetas líricos. Primero de los tres discursos sobre el Poema heroico de Torquato Tasso. Por D. Thomas Tamayo de Vargas, Toledano.

Ms. orig. 84 hojas en 4.º. Bib. Nac S. B. 66.

[p. 22] Si quisiese un pintor a una cabeza
Humana asir un cuello de caballo
Y desde allí juntar diversas plumas

.....
La mayor parte de los que escribimos
Versos, ilustre padre y mozos dinos
De haber nacido suyos, nos engaña
La sombra y apariencia de lo bueno;
Trabajo por ser breve y soy escuro;
Al que busca las cosas regaladas
Le falta en el decir el alma y nervios,
Y el que las levantadas y sublimes
Hinchado sale por la mayor parte.
Rastrea por el suelo el muy cobarde
Y temeroso de cualquier tormenta

.....
Tomad los que escribís materia propia
De vuestro ingenio y caiga a vuestros hombros
Igual, y pensaréis en muchos ratos
Lo que podrán llevar y qué reusan,
Porque al que bien escoge lo que dice
Ni faltará al decir gran elocuencia
Ni en la disposición el orden claro.

.....
No basta que el poema hermoso sea;
Ha de ser dulce y tenga tanta fuerza
Que del oyente el ánimo arrebaté
Y le lleve a la parte que quisiere,
Que como ríe cuando ríen otros,
Así a los que ve llorar les muestra
Humano el rostro y aun los ojos tiernos.

.....
En todo lo que enseñes serás breve
Para que tomen presto lo que dices
Los ánimos que aprenden con presteza
Y fielmente lo guarden y conserven;
Que todo lo que sobra rinde luego
Los estómagos flacos y repletos.

.....
Parezca la Poesía a la Pintura,
La cual se mira alguna vez de cerca
Para que se descubra su lindeza
Y así más te contente y más la goces;
Otras veces también ha de mirarse
Desde más lejos para que te agrade;
[p. 23] Una quiere ser vista allá en lo oscuro
Y otra que resplandezca la luz clara.

.....
A los silvestres y salvajes hombres
Que con las muertes fieras se criaban
Y mantenían de viandas sucias
Apartó, con espanto, de este vicio
El sacro Orfeo, verdadero intérprete
De los secretos de los altos Dioses.

XIV. COVARRUBIAS HOROZCO, Sebastián.—Ms. en la Biblioteca T'Serclaes, Sevilla.

Sátiras

Traducción completa de los dos libros de las Sátiras.

Los Sermones de Quinto Horacio Flacco Venusino traducidos en lengua castellana por el Licenciado Don Sebastián de Covarrubias Horozco, Maestrescuela y Canónigo de la Sancta Iglesia de Cuenca, Consultor del Sancto Oficio, y Capellán de su Magestad, &

En dos columnas el texto latino y el castellano.

I, 1.^a SÁTIRA

¿Qué es la causa, oh Mecenas, que ninguno
Viva contento con su propia suerte;
Ora que la razón se le haya dado,
Ora le sea ofrecida por fortuna,
Y loe, con codicia y con despecho
Los que siguen diversos institutos
Y modos de vivir...

I, 2.^a SÁTIRA

Las Ambubaias (cierta compañía
De mozuelas cantoras chocarreras)
Charlatanes, mendigos, comediantes,
Baladrones y gente de este talle,
Están en gran tristeza y gran cuidado
Por la muerte de aquel cantor Tigelio,
.....

I, 3.^a SÁTIRA

Común vicio es de todos los cantores
Aun entre sus más íntimos amigos
[p. 24] Si les ruegan que canten, no es posible
Acabarlo con ellos, y estos mismos,
Sin que se lo mandéis, cuando a ellos place
Empiezan y no acaban...

I, 4.^a SÁTIRA

Eupolis, Aristophanes, Cratino
Y otros sin estos célebres poetas
Que son de la comedia vieja auctores
Si alguno merecía ser notado
Por malo o por ladrón, o porque fuesse
Adúltero homicida y asesino
.....

I, 5.^a SÁTIRA

De la gran Roma habiendo un día partido
Aricia me acogió en un pobre albergue
Yendo en mi compañía Heliodoro,
Un Maestro famoso de Retórica
Doctísimó varón entre los Griegos:
Passamos adelante al foro Apio

Poblado de barqueros y ladrones,
Que acostumbran vender gato por liebre

.....

I, 6.^a SÁTIRA

No porque de los Lidios, oh Mecenas,
Hay ninguno de cuantos los Etruscos
Fines habitan, que jactarse pueda
Ser más noble que tú ni generoso,
Ni porque tus agüelos ambos fueron
Famosos capitanes gobernando
Ejércitos muy gruesos y legiones.

.....

I, 7.^a SÁTIRA

A todos creo es público y notorio,
Hasta a los legañosos y barberos,
De qué modo el genízaro de Persio
La ponzoña y veneno haya vengado
Del bandido Rupilo Rey...

.....

[p. 25] I. 8.^a SÁTIRA

Fué en otro tiempo un tronco de una higuera
Madero inútil desechado...

.....

I, 9.^a SÁTIRA

Acaso yo me iba por la calle
Sacra (como lo tengo de costumbre)
No sé qué niñerías meditando,
Embebecido y transportado en ellas,
Salióme uno al camino, que tan sólo
Le conozco de nombre y cortesía...

.....

I, 10.^a SÁTIRA

Es verdad que yo dixé de Lucilio
Correr sus duros versos mal limados
Con descompuesto pie (¿quién es tan necio

Defensor de Lucilio que no entienda
Aquesto ser así, y lo confiesse?).
.....

LIBRO II DE LOS SERMONES DE HORACIO FLACO.

II, 1.^a SÁTIRA

Hay algunas personas a las cuales
Mordaz en demasía he parecido
En escribir la Sátira, y que en ella
Me alargo más de lo que se permite;
.....

II 2.^a SÁTIRA

¿Qué especie de virtud, y que tan grande
Sea en los buenos el vivir con poco
(Y no penséis que la doctrina es mía
Es lo que enseña y manda zafio Offelo,
Un tosco sabio de gozoso ingenio)
.....

II, 3.^a SÁTIRA

Tan raras veces tomas en la mano
Para escribir la pluma, que en un año
Entero no demandas cuatro veces
El pergamino, y lo que ya tenías
[p. 26] Sacado en limpio vuelves a borrallo
Enojado contigo...
.....

II, 4.^a SÁTIRA

¿De dó bueno y adónde el señor Cacio?
No me vaga al presente responderos
Ocupado en poner con gran audacia
A modernos preceptos nuevos nombres:
Y son tales que vencen la doctrina
Que Pythágoras dió...
.....

II, 5.^a SÁTIRA

Ultra de lo que habemos conferido,
Tiresia, yo te ruego me respondas
También a esto que ora te pregunto;
Por qué artes y modos yo podría
Reparar la hacienda que he perdido.

.....

II, 6.^a SÁTIRA

Esto sólo tenía yo en antojo
Un pedazo de campo no muy grande,
En él un huerto y junto a mi casita
Una perenal fuente, con aquesto
Un poquito de manto, mas los Dioses
Me lo dieron mejor y más colmado.

.....

II, 7.^a SÁTIRA

Ya, señor, estoy harto de escucharte
Y con grande deseo de decirte
Solas cuatro razones yo tu esclavo;
Pero téngote miedo ¿qué a mi Davo?
Sí, Davo... a su señor amigo.

.....

II, 8.^a SÁTIRA

¿Cómo te fué, Fundano, en el convite
Del regalado y rico Nasidieno?
Porque yendo a buscarte con intento
[p. 27] De que fuesses ayer mi convidado,
Supe que estabas desde medio día

.....

(*Ms. que posee el Duque de T'Serclaes en Sevilla.*)

[Vid. H. E. I, 86.]

[XV.] HERRERA, Fernando de. [En *Anotaciones a Garcilaso.*]—Sevilla, 1560.

Integer vitae.—Od. I, 22

Ponme do ningún árbol se recrea
Con aura estiva en el estéril campo,
El cual lado del mundo con las nieblas

Y con el grave miedo es oprimido.
Ponme debajo el carro muy propinco
Del Sol, en tierra ardiente no habitada,
Que a Lálage, que ríe dulcemente
Y habla dulcemente, he de amar siempre.

Son las dos últimas estrofas:

Pone me pigris ubi nulla campis.

[Vid. H. E. I, 61 y II, 322.]

[XVI.] ANÓNIMO.—En la Biblioteca Nacional.

Maecenas atavis.—Od. I, 1

Dos versiones anónimas de las epístolas I y IV, libro I, he visto en un ms. del siglo XVI; [1] ambas tienen el sello propio de la época que es interpretar la mente de Horacio sin atenerse demasiado a la letra, haciendo uso de giros y locuciones genuinamente castellanas y sin limitarse a un servil calco. Publico algunos versos de ellas para que pueda formarse idea de su valor; lo mismo haré con las restantes traducciones que estudie.

Mecenas, descendiente valeroso
De los toscanos reyes, celebrado
En mis últimos versos y primeros:
[p. 28] Buscas cómo enlazarme en el antiguo
Juego, olvidado, y en la antigua tela
De do salí con honra y gloria alguna.
El ingenio y edad no es uno siempre
Ni lo que en otro tiempo me agradaba
Conviene siga agora ni lo quiera.

Epíst. I, 4

Albio, rector, censor y como amigo
Libre jüez de mis pasados versos,
Qué podré yo decir que hacéis agora
En la región del frío Piamonte;
Si tratáis de escribir con que la Historia
Venzáis del Parmesano celebrado.

[XVII.] ALCÁZAR, Baltasar.

Montium custos.—Od. III, 22

El festivo poeta Baltasar de Alcázar trasladó con poca suerte la oda XXII, libro III, en versos llenos de ripios que contrastan con la belleza y concisión del original.

Triforme Diosa que de montes eres
Guarda, y de bosques virgen religiosa
Que socorréis piadosa
A solos tres clamores las mujeres
Afectos tres, sin aguardar el cuarto
En el rigor deste dudoso parto.

[Vid. H. E. I, 71 y II, 326 y 565.]

[XVIII.] MOSQUERA DE FIGUEROA, Lcdo. Cristóbal.—[En Biblioteca Colombina.]

Quis multa gracilis.—Od. I, 5

¿Qué tierno y delicado
Muchacho, Pirra, a su sabor te abraza
En tu retrete, echado
En fresca rosa, y sin saber enlaza
Con los tuyos sus brazos
Lleno de aromas de Cupido lazos?
[p. 29] Por cuyo mal y engaño
Tus cabellos dorados martirizas
Y con tu propio daño
El suyo tramas si el cabello enrizas,
Sencilla en el ornato,
Doble, traidora en ruin y falso trato.
Mísero el que te vido
Sin conocerte; yo ya me he escapado
Y en la tabla he salido,
Y el vestido mojado
Al grande Dios del mar he dedicado.

[XIX.] GARCERÁN DE BORJA, Pedro Luis.

Sát. lib. I.—1 y 2

De las sátiras I y II, libro I, se conserva una traducción, a nuestro parecer hecha por Pedro Luis Garcerán de Borja, Maestre de Montesa, aunque no hay más indicaciones en el ms. que estas palabras: «Del Maestre mi Señor»; en el mismo códice se hallan algunas poesías del mismo ingenio. Las dos son bastante literales y exactas, pues las sátiras de Horacio se prestan poco a vuelos de la fantasía como las odas. La segunda es notable, porque los personajes del texto latino se cambian en otros españoles, que vivían a principios del siglo XVII, entre ellos figura Lope de Vega; difícil es afirmar hasta qué punto son verdaderas las acusaciones lanzadas contra ellos; varias de ellas son

calumnias manifiestas.

La primera sátira de Oracio traducida, quitados los nombres antiguos.

Traducción de la segunda sátira de Oracio, mudando los nombres viejos.

Letra del siglo XVII.

11 hojas en 4.º

Bib. Nac. M. 375, fol. 122 a 132.

I, SÁTIRA 1

¿Qué es la causa que nadie en este mundo
Suele vivir contento con su suerte,
[p. 30] O cual se la escogiese o se la han dado
Y alaba la del otro su vecino?

.....

Quiere ser labrador el gran letrado
Cuando al cantar del gallo le despierta
Quien le viene a pedir algún consejo;
Y el rústico, que tiene su cortijo
Lejos de la ciudad, donde obligado
Está por la fianza a presentarse,
Llama sólo dichoso al ciudadano.

.....

II, SÁTIRA 2

Los gitanos, truhanes, perfumeros,
Farsantes, volteadores, charlatanes,
Y toda la otra gente desta estofa
Lamentan muerto el músico Cisneros,
Porque era liberal, pero temía
Ser tenido por pródigo y no osaba
Por esto dar al buen amigo pobre,
Con que su frío y hambre remediase.

.....

Narvárez huye el crédito de necio
Y el nombre de perdido, aunque es muy rico.

.....

Manrique viste largo hasta el zapato;
A Toledo parece muy gran gala
La capa corta sobre la cintura,

El melón huele siempre ámbar y almizque

.....

Enríquez, que es del parecer primero,
No quiere de Catón ser alabado

.....

El otro se rescata por dinero;
Otros que padeciendo mil vergüenzas
Vienen por lana y vanse trasquilados.
Todos dicen que es bien; Guzmán lo niega.
En la clase segunda es más seguro
Con mujeres comunes tener trato,
No damas, ni tampoco cortesanas,
Pero también Velasco pierde el seso
Por estas sin templanza y sin medida.

.....

Claudio muere por Fausta, hija del Carpio,
Sólo por la gran fama de su padre;
[p. 31] Mas cuéstale muy caro, maltratado
Con hierro y puño seco, porque dentro
Tenía la Señora a Peñalosa.

.....

Me huyo por salvar honra y hacienda
Que la mayor desdicha es quedar presa;
Si no tengo razón, Vallés lo diga.

Del Maestre mi Señor.

XX. CASCALES, Licdo. Francisco.—Murcia, 1614.

Sic te Diva.-- Od. I, 3

En los *Discursos Históricos de Murcia* y su reyno (p. 366 de la 2.^a ed. Murcia, por Francisco Benedito, 1775):

Dentro del pecho un roble
Tuvo sin duda y corazón de acero,
Tres y más veces doble
Quien el protervo mar tentó primero,
Y no tembló del fiero
Ábrego, con el Cierzo batallando,
Ni las Hyadas duras
Entre borias obscuras,
O muerte o gran peligro amenazando.
Ni del rabioso Noto
Al mar precipitado hizo caso,

Aunque vió el árbol roto
 Con miedo ya del último fracaso,
 Y aunque se vió en el paso
 Riguroso y postrero de la muerte
 Con un viento luchando,
 Que tiene libre mando
 Sobre el golfo iracundo de Adria fuerte.
 ¿Qué género de males,
 O qué grado de muerte teme el hombre,
 Que sobre leños tales
 Aventura su vida, fama y nombre?
 ¿O qué habrá que le asombre
 A quien mira con ojos siempre enjutos
 Ballenas y caymanes,
 Y Tritones inmanes,
 Del húmido Neptuno siervos brutos;
 Y que pase seguro
 [p. 32] Syrtes, escollos y Ceraunios montes,
 Cortando audaz y duro
 Noches y días varios horizontes?
 Tente: no te remontes.
 ¿De qué sirve que Dios haya apartado
 La tierra del mar alto,
 Si tú le das asalto,
 Y navegas por él libre y osado?...

Aquí acaba la traducción, o porque Cascales no la acabase, o porque no creyó necesarios los últimos versos para el intento con que cita la oda *del Píndaro romano*, como él llama a Horacio.

XXI. CASCALES, Francisco.—Murcia, 1617.

Arte Poética

Tablas poéticas, del Licenciado Francisco Cascales. Dirigidas al Excelentísimo Señor Don Francisco de Castro, Duque de Taurisano, Virrey y Capitán general del Reyno de Sicilia. Ut ex columba pax ita ex arte perfectio (emblema del impresor, una paloma en un ramo, y una corona en la cabeza). *Con privilegio. En Murcia. Por Luis Beros. Año de M. DC XVII.*

8.º, 240 hs.

Portada.—Suma del privilegio al autor por diez años (18 de Octubre de 1614). Erratas (Madrid, 10 de Mayo de 1617). Tasa (Madrid, 22 de Mayo de 1617). Aprobación del P. Juan Luis de la Cerda (Madrid, 29 de Setiembre de 1614). Dedicatoria. Soneto del autor. Prólogo. Composiciones laudatorias de Cristóbal de Mesa, D. Diego Saavedra Fajardo, L. Bartolomé Ferrer y don Francisco de Faría. Tabla. Grabado en madera.

[Vid. H. E. I, 76 y 88.]

[XXII.] HERRERA Fr. Tomás de.—O. S. A.

Maecenas atavis.— Od. I, 1

En un ms., casi todo autógrafo, del cronista agustino Fray Tomás de Herrera y que contiene varias obras de éste ya [p. 33] publicadas en su tiempo. cuales son el *Alphabetum Augustinianum* y el *Compendio de Prelados Eclesiásticos*, hay traducidas las quince primeras odas del libro I. Creemos que la versión es del Padre Herrera; pero al ver copiadas en el mismo volumen algunas poesías latinas y castellanas de varios autores, pudiera suscitarse alguna duda. Demasiado literales, con frecuencia en versos duros o mal medidos, tienen escaso valor; sólo a título de curiosidad merecen ser citadas.

Es digno de notarse el afecto que los agustinos han profesado a la poesía horaciana, indudablemente animados por el ejemplo que les dió Fray Luis de León; algún otro religioso de la misma orden será citado en estos apuntes más adelante.

Al entrar en el siglo XVIII se nota que las versiones de Horacio son cada vez menos inspiradas, como hechas por humanistas concedores sí a la maravilla del sentido, pero incapaces de trasladarlo con el desenfado poético que admiramos en los traductores del siglo XVI; cierta discreción es lo único que se puede alabar en ellas.

¡Oh Mecenate que naciste al mundo
Con la luz de la sangre que heredaste
De bisabuelos reyes, do descendes!
¡Oh salud, oh riqueza y gloria mía!
No falta quien se envive en coger polvo
Del certamen olímpico en su carro
Y en no tocar el señalado término.

.....

Iam satis terris.— Od. I, 2

Harto ha nevado y granizado Júpiter,
Amedrentado a Roma con los rayos
Que en los palacios y en los templos vibra.
Puso miedo a las gentes, porque el siglo
De Pirra no volviese y tantos males
Cuando llevó Proteo, rey de Egipto,
Los portentos marinos a los montes

.....

Sic te diva potens.— Od. I, 3

Oh nave, de quien Ática fió
A su Virgilio, vuélvele seguro;
[p. 34] Guárdame la mitad del alma mía

.....
Pecho de roble, corazón de acero
Tuvo, sin duda, quien la frágil barca
Primero confió del mar furioso
Y no temió las luchas y porfías
Del Ábrego que airado se despeña
Contra los demás vientos enemigos.

.....
Solvitur acris hiems.— Od. I, 4

La escarcha rigurosa
Del invierno cesó con la agradable
Novedad provechosa
Del verano y del cierzo saludable
Y al mar llevan ligeras
Los instrumentos naves y galeras.

.....
Quis multa gracilis.— Od. I, 5

Celebrará tu nombre publicándose
Vario, por fuerte y victorioso Príncipe
Con la destreza del famoso Homero,
Sin dejar por cantar las valerosas
Hazañas que el feroz soldado hiciere,
Siendo tú capitán en mar o tierra.

.....
Scriberis Vario.— Od. I, 6

Otros loarán a Rodas, cuyo cielo
Claro alumbra sin nube ni nublado;
De Safo a Mitilene pátria cara,
A Efeso y su templo de Diana,
A Corinto y sus muros que el Egeo
Furioso y el Jonio bravo besan.

.....
Lydia, dic mihi.— Od. I, 8

Dime, te ruego por los Dioses, Lidia,

Por qué con tanta priesa antes de tiempo
A Síbaris destruyes con tu amor?
¿Por qué aborrece el campo de sol expuesto
El que solía sufrir el sol y el polvo?

.....

[p. 35] *La misma*: Od. I, 8

Dime, Lidia, te ruego
Por todos nuestros Dioses, ¿por qué pierdes,
Con tu amoroso fuego,
Sin tiempo en años juveniles, verdes,
A Síbaris tratable,
No repugnante, delicado, afable?

.....

Vides ut alta.— Od. I, 9

Ya ves cómo blanquea
Soracte con espesa nieve helado
Y que el bosque desea
Librarse de su peso demasiado
Y con los yelos fríos
Se han olvidado de correr los ríos.

.....

Mercuri, facunde.— Od. I, 10

Mercurio, noble nieto
Del grande Atlante, Dios de la Elocuencia,
Que con tu hablar discreto
Y ejercicio que hallaste y tu prudencia
De los hombres primeros
Reformaste costumbres, tratos fieros

.....

Cuando con voz airada
Apolo te amenaza y se embravece
Si la manada hurtada
De vacas, por engaño, no parece,
Viéndose sin aljaba
Con risa alegre tu saber alaba

.....

Tu ne quaesieris.— Od. I, 11

No te canses, Leucothoe, preguntando,
(Que es maldad tal porfía),
Qué fin, qué muerte, dónde, cómo y cuándo
Será la tuya o mía.

.....

[p. 36] Saca el vino guardado; si eres cuerdo;
Corta el esperar cargo,
Fundado en breve espacio; no se pierda,
Con fin triste y amargo,
La edad florida y verde

.....

Quem virum.— Od. I, 12

¿Qué varón o qué héroe quieres, oh Clío,
Celebrar con vihuela o flauta aguda,
O qué Dios cuyo nombre Eco repite
Burlona imitadora de las voces
En las orillas de Helicón sombrías?

.....

O navis.— Od. I, 14

Oh nave, han de llevarte nuevas olas
Al mar; ¡oh qué haces! ¡fuertemente ocupa
El puerto! ¿un lado tuyo no ves falto
De remo y con la fuerza del ligero
Ábrego roto el mástil y la antena?
¿No ves que el casco de la nave roto
Sin cuerdas, ya no puede sustentarse
En el furioso mar si más se altera?

.....

Pastor cum traheret.— Od. I, 15

Llevando por el mar Paris por fuerza
En naves de Ida, pérfido y ingrato,
La reina Helena, cuyo huésped era,
Néreo detuvo los ligeros vientos
Con ocio a Paris y a ellos mismos grave

.....

La misma.— Od. I, 15

En la cárcel Nereo
De sus obscuras cuevas y aposentos,
Contrario a su deseo
Y a los falsos intentos
De Paris, cierra los ligeros vientos
Cuando el traidor ingrato
Lleva por alta mar violentamente,
[p. 37] Con doble y falso trato
Pagando alevemente
El hospedaje a Helena y a su gente
.....

XXIII. CAMPOS, Urbano.—León, 1682.

Horacio español, esto es, obras de Quinto Horacio Flaco, traducidas en prosa española, o ilustradas con argumentos, epítomes y notas en el mismo idioma. Parte Primera, poesías líricas, por el padre Urbano Campos, de la Compañía de Jesús. Van al fin la Explicación de las especies de los versos y odas, y tres índices, el primero alfabético de las odas, el segundo cosmográfico, y el tercero de las cosas notables que se explican en las notas. En León, por Anison y Posuel, 1682, con licencia de los superiores.

12.º marquilla 12 hs. sin foliar de principios, 360 pp. *Dedicatoria a la beatísima e individua Trinidad. Al que leyere.* Licencia de la religión firmada por el prepósito de la Compañía Celedonio Arbicio. Valencia, a 10 de Abril de 1680.

XXIV. CAMPOS, Urbano.—Barcelona, 1699.

Horacio español esto es Obras de Quinto Horacio Flaco traducidas en prosa española e ilustradas con argumentos, Epítomes y Notas en el mismo idioma por el R. P. Urbano Campos, de la Compañía de Jesús. Van al fin la declaración de las especies de Versos y Pies y los Indices, el Primero Cosmográfico, y el segundo de las cosas notables que se explican en las Notas. Con licencia Barcelona, por Antonio Lacavallería. Año 1699.

8.º 4 hs. de principios, 364 folios dobles, y 4 hojas sin foliar de tabla.

XXV. CAMPOS, Urbano, y MÍNGUEZ, P. Luis.—Barcelona, 1834.

Horacio español, o Poesías líricas de Q. Horacio Flaco. Traducidas en prosa española e ilustradas con argumentos, epítomes y notas. Por el P. Urbano Campos. Nueva edición, revista, [p. 38] corregida y aumentada con la traducción del arte poético del mismo Horacio. Por el P. Luis Mínguez de S. Fernando, de la religión, de las Escuelas Pías. Barcelona, 1834, imp. de los hermanos J. e J. Gaspar. 8.º (Hidalgo.)

[Vid. H. E. I, 108 y II, 569.]

ArtePoética

Escribió una exposición de la *Epístola a los Pisones* y tradujo en prosa todas las odas.

Bib. Nac. J. sup.º 258, 4.º

XXVII. ANÓNIMO.—Siglo XVIII.

Rectius vives, Licini.—Od. II, 10

Ten el rumbo, Licinio, y no te engolfes
Por el inmenso mar, ni ciego vayas,

.....

Encuentro esta traducción en un cuaderno en que D. Juan Eugenio Hartzenbusch copió varias composiciones impresas en periódicos antiguos. Este cuaderno se halla hoy en la Biblioteca Nacional.

[Vid. H. E. I, 253.]

XXVIII. FERRER, Lleonard José, S. J.—Siglo XVIII. (En Torres Amat, *Escrit. Cat.*)

Arte Poética

Traducción del arte poético de Horacio en verso español.

Ms. citado por Torres Amat, *Diccionario de escritores catalanes*, 245. [p. 39] [XXIX.] MONTIANO Y LUYANDO, Agustín. (Ms. s. l. y s. a.) Siglo XVIII. [\[1\]](#)

Iam satis terris.—Od. I, 2

Bastan ya tantas nieves, tan dañoso
Granizo como Júpiter ha enviado:
Ya la flamante diestra ha fulminado
Contra los sacros templos el furioso
Rayo, cuyo estallido
Dejó al cobarde pueblo confundido.
Pasmó a las gentes todas el recelo
De que volviera el siglo, en que afligida
Vió nuevos monstruos Pyrra sobre el suelo:
Cuando buscó Protheo la guarida
Para el ganado en los más altos montes
Y los peces trocaron

Con las palomas en el olmo asiento:
Y cuando por los vagos horizontes
Los gamos siempre tímidos nadaron.
Vimos al Tíber desbordar violento,
De la ribera etrusca fugitivo,
Para buscar, y destruir altivo
Las memorias de Numa, y hacer luego
Se apagase de Vesta el sacro fuego.
Vengador declarado
De la muerte de César, y movido
Del intenso gemir desconsolado
Con que Ilia su muger le ha enternecido,
Aun más allá de lo que Jove aprueba
Su enojo irrita, sus furores lleva.
Diminutos oirán los descendientes,
Que de sus Padres el desorden fiero
Manchó en su dura sangre el duro acero,
Que debiera en los Persas insolentes.
¿Qué Deidad de este modo invocaremos
De nuestro Imperio en la inminente ruina?
¿Qué cántico hallaremos
Para las santas vírgenes, si airada
[p. 40] Vesta, a ninguno su piedad inclina?
¿O a quién dará este encargo el alto Jove?
Ven Apolo, no obstante, nuestro ruego
Tus atenciones robe:
Ven Padre del Augurio, ven vestido
De nube, que haga más tratable el fuego;
O tú Venus risueña, y apacible,
Con la Gracia, y Cupido,
Que en torno tuyo vuelan:
O bien tú Marte, autor de nuestra gente:
Tal vez menos terrible,
O menos inclemente
Los males miraras que nos asuelan,
Cansado ya del espacioso gusto
De vernos padecer con ansia, y susto:
Aunque sólo te agrada
El guerrero clamor, o la celada
Reluciente, y la vista furibunda
Con que vuelve el soldado su semblante
Al enemigo Mauritano Infante,
A quien la sangre inunda.
Mas sin duda eres tú hijo de Maya
El que, bajo la forma generosa
De aquel joven heroico que aplaudimos,

Y en nuestro bien se ensaya,
Para el socorro bienes.
Tolera pues con voluntad piadosa
Si vengador de César te decimos.
Vuélvete tarde al cielo,
Y entre nosotros mora:
No del quirino suelo
Te ausente el vicio, pues tu ayuda implora.
Antes aquí los grandes triunfos ama
El ser Padre, el ser Príncipe, y derrama
El terror de tu nombre, o César, donde
Sin la venganza el Medo más se esconde.

Solvitur acris hiems.— Od. I, 4

Deshácese el invierno
Con la vuelta agradable
Del Fabonio, y hermosa Primavera,
Y echan al Mar con machinas las Naves,
Que estuvieron en seco:
No se alegra el ganado en el aprisco,
No el Labrador al fuego,
[p. 41] Ni blanquean los Prados las escarchas.
Sus choros Venus ya lleva a la Luna,
Y allí las Gracias y las Ninfas bellas
Juntas, y acordes danzan,
En tanto que Vulcano desvelado
La fragua de los Cyclopes enciende.
Ahora es pues el tiempo
De que con verde mirto,
O con las flores que el abierto seno
De la tierra derrama,
La bien limpia cabeza se corone:
Ahora de que a Pan se sacrifique
En los sombríos bosques
El cabrito, o cordero,
Según que más le agrade.
Aprovéchate del, Sextio felice;
Que la Pálida muerte pisa iguales
Las torres de los Reyes,
De los pobres las chozas.
Lo corto de la vida nos prohíbe
El concebir una esperanza larga:
Ya te oprime la noche,
Y los Manes mentidos,
Ya estrechamente con Plutón habitas;

Y una vez que allá pases
No te podrán sacar los ventajosos
Reinos de los festines, ni los dados:
Que no respetan el semblante bello
De Licidas, a quien ardiente ahora
La más lozana juventud adora.

Tu ne quæsieris.— Od; I, 11

No, Leuconoe, por saber te afanes
Cuál será el postrer día,
Que nos tienen los Dioses señalado.
No Babilonios números consultes;
Pues en cualquier evento
Podrás sufrir mejor si lo ignorares.
Ya Júpiter te dé muchos inviernos,
O ya el último sea
El que hoy irrita el mar de la toscana,
Y contra opuestas peñas
Lleva a romper sus olas:
Procura divertirte
Sin dejar que se alargue tu esperanza,
[p. 42] Porque es la vida breve:
En este instante mismo en que te hablo
La edad huye envidiosa:
Goza el día presente
Pues es el de mañana contingente.

O Navis, referent.— Od. I, 14

¡O Nave, al mar te arrojas nuevamente!
¿Qué intentas? ¿Por qué el puerto
Con el áncora firme no aseguras?
¿No ves que ya desnudo
De remos el costado
Cruge el mástil del Ábrego a la furia,
Padecen las entenas,
Y que sin el cordage
Apenas puede resistir el casco
Contra el ímpetu duro de las olas?
Rotas tienes las velas,
Los Dioses sordos ya tu voz no escuchan;
Aunque blasones ser pino criado
En los bosques del Ponto, y ese origen
Te confíe no menos que tu nombre,
Será inútil; pues nada le afianzan

Las más pintadas popas
Al tímido Piloto.
Guárdate, si no quieres
Ser juguete del viento:
Y ya que un tiempo fuiste
Motivo de mi enojo, y hoy lo eres
Del deseo, y mayor de mi cuidado,
Huye las peligrosas
Orillas de las Cycladas hermosas.

Pastor cum traheret.— Od. I, 15

Al tiempo que el galán Pastor del Ida
Pérfido huésped, por el mar conduce
Robada a Elena, levantó Nereo
La voz entre las ondas, suspendida
La inquietud de los vientos, que reduce
A un profundo silencio mientras canta,
Y a delito tan feo
Los Hados infelices adelanta.
Tú, le dice, tú llevas

[p. 43] Un auspicio fatal al patrio nido,
Muger que Grecia toda
Su gran poder unido,
Con numerosas levas
Buscará entre tus brazos mal seguros
En la adúltera boda
De Ilión rompiendo los antiguos muros.
¡Ah! ¡cuánto riesgo, cuánto afán espera
A caballos y a hombres! ¡cuánta muerte
En los troyanos con infausta suerte
Se cebará por tu pasión ligera!
Ya miro a Palas, que el arnés trenzado,
Carro ocupa elevado,
Para la lid sangrienta.
Será en vano si intenta
Con el favor de Venus tu locura
Cuidar de tu hermosura,
O cantar con la cythara a las damas,
Los tiernos versos que apetecen, y amas.
Será en vano te esconda el blando lecho
De las lanzas, y dardos de Ajax hecho
A perseguir veloz, ni juntamente
Del estrépito rudo de la guerra,
Porque al fin tristemente

Morirás (oh qué tarde!)
Y ha de quedar, adúltero cobarde,
Envuelto tu cabello en sangre, y tierra.
¿No ves ya a Ulises de tu pobre gente
Ser el azote fiero?
¿No ves al sabio Nestor? ¿igualmente
Al intrépido Teucro? ¿A Estenelao
Hábil en conducir a la pelea
El fuerte carro, y hábil si guerrero
En dura lid se emplea?
Conocerás quién es Menon; y creo
Que también quién es Tidides, que excede
A su padre en valor, y que si puede
No ha de alcanzarte tarde,
Según atroz por conseguirlo arde.
Tú huirás del fatigado y sin aliento,
Como del Lobo hambriento
El ciervo, que le ve venir furioso,
De la otra parte del florido valle,
Y porque no le halle
Corre, olvidando el pasto delicioso.
No es esto, no, lo que ofreciste a Elena.
[p. 44] Bien sé que Achiles de un pesar vencido
Suspendirá sus huestes, y el espanto
De las damas troyanas:
Pero al fin ya cumplido
Algún tiempo, con tanto
Furor ha de prender de Achaya el fuego,
Que acabe Troya entre pavesas luego.

Integer vitae.— Od. I, 22

El que consigue, o Fusco, que su vida
De integridad, y de limpieza abunde,
No necesita de los dardos moros,
Ni del arco, y carcax, que esté preñado
De herboladas saetas:
Ya cruce por las Syrtes abrasadas,
Ya el Cáucaso transite inhabitable,
O las orillas huelle
Lamidas del Flydaspes fabuloso.
Porque de mí, que en la sabina selva
Emboscado cantaba
Mi Lalage tranquilo,
Y sin defensa alguna,
Huyó un Lobo, tan fiero

Que no es fácil que aliente
La Pulla en sus campiñas dilatadas
Un monstruo más horrible;
Ni que otro igual produzca
El África, que es sólo
Árida engendradora de Leones.
Y así, ponme en los campos
Tardíos, donde nunca
Con aura calurosa
Se recrean los árboles, y siempre
Nieblas, y aire maligno se respira;
Ponme debajo del ardiente carro
Del Sol, a donde hiere tan de cerca
Que hace desierto el clima,
Y allí he de amar a Lalage igualmente,
Que dulce ríe, y habla dulcemente.

O Venus, Regina Cnidi.— Od. I, 30

O Madre Venus Reina
De Paphos, y de Cnido,
Deja la amada Chipre,
[p. 45] Y ven al blando ruego
De Glicería, y al ara
Que con pródigo incienso te destina.
Trae al Amor travieso
Contigo, y a las Gracias
En traje descuidado,
Y haz te sigan las Ninfas, con Mercurio:
La juventud también, que nada vale
Si de tu dulce compañía sale.

Parcus Deorum cultor.— Od. I, 34

Mientras que me distrajo
Vana sabiduría
Era poco devoto de los Dioses:
Y ahora me es preciso
El dar atrás las velas,
Y el volver al camino abandonado;
Porque conozco que las nubes rompe
Júpiter con su rayo,
Y que ordinariamente
Lleva el ligero carro por el viento
Con tonantes caballos.
Aun la tierra insensible,

Aun la Stigia laguna,
Los vagos ríos, y el no visto seno
Del Tenaro, y los Polos
Se estremecen entonces.
Puede este Dios mudar lo bajo en alto,
Hacer que se confunda el más ilustre,
Y que el no conocido se distinga:
De aquí nace, que suele con estruendo
La rapante fortuna
A la suma grandeza arrebatarla,
Y de una en otra parte colocarla.

Rectius vives, Licini.— Od. II, 10

Si descansadamente
Quieres vivir Licinio no te arrojes
Al alto mar, ni por huir prudente
La tempestad tan en la orilla mojes
Que encalles en la arena; pues iguales
En los extremos hallarás los males.
El que ama una apacible medianía,
Como en el siglo de oro se gozaba,
[p. 46] Bajo del techo humilde se desvía
De los excesos, y el vivir no agrava:
Pues el sabio se escusa retirado
De edificio suntuoso, y envidiado.
A los pinos más altos más azota
Por lo común el viento:
Causa estruendo mayor si se derrota
La torre cuanto más es elevada:
Hiere el rayo violento
La cima de los montes levantada.
El tranquilo, y constante
Sufre, y espera ver el mal desecho:
Y en la fortuna con igual semblante
Dispone bien a la mudanza el pecho:
Que el rigor que el invierno constituye
Júpiter que le forma le destruye.
Si no eres hoy dichoso
Serlo podrás mañana:
Pues Apolo armonioso
A las Musas tal vez las acompaña,
Y no siempre tirante el arco tiene,
Ni en un estado mismo se mantiene.
Con ánimo resiste y fortaleza
Cuando el tiempo es contrario:

Mas también con destreza,
Pues sabes que es voltario,
Aunque te sople en popa,
No le fies al aire mucha ropa.

Otium Divos rogat.—Od. II, 16

Pide en inquieto golfo el navegante,
Cuando las nubes cubren pavorosas
De la luna el semblante,
Y las estrellas faltan al Piloto
A los dioses, la calma con el voto.
De Tracia las escuadras vencedoras,
Los medos, que se esmeran
En los ricos carcages, igualmente,
En medio de la lid, la paz esperan.
Todos suspiran Grospho por la vida,
Que juzgan asistida
De un poseer el bien tranquilamente:
Mas ésta no la compra, ni el tesoro
De las perlas, la púrpura, y el oro.
Porque no las riquezas,
[p. 47] Ni el Consular Macero,
Apartan el tropel rudo, y grosero,
Con que al ánimo invaden las tristezas,
Ni tanto inquieto mísero cuidado,
Que vuela en torno de arteson dorado.
Poco le basta (y vivirá dichoso)
Al que ve relucir el heredado
Salero, sobre mesa, a quien abona
El manjar, que prepara apetitoso
La templanza feliz, que le sazona,
Y a éste no rompe el apacible sueño
De la avaricia, o el temor, o el ceño.
¿De qué sirve formar bastos proyectos
Para una breve vida? ¿Qué consigue
Quien muda clima, o quien la patria deja,
Si de sí no se aleja?
Con él se embarcan prontos sus afectos,
Con él la guerra sus cuidados sigue
Más veloz que los Ciervos corredores,
Y con fuerzas al pecho superiores
Le impele como el viento
Lleva las naves rápido y violento.
Alegres, pues, con el gozar presente,
Sobre el futuro sin formar deseo,

Endulcemos serena y firmemente
La común amargura,
Si no ha de hallarse tan cabal empleo
Donde el mal no se mezcle en la ventura.
Llevó la muerte intempestiva a Achiles:
Gastaron a Titán muchos Abriles;
Y a mí tal vez un favorable instante
Me franqueará lo que en prolijos días
Se negó de su anhelo a las porfías.
Tú de rebaños ciento ves vagante
La dócil plebe por el propio prado:
Las Vacas sicilianas a tu lado
Alternan el mugido:
La Yegua que te sirve en la carrera
Relincha con fogosa lozanía;
Y en tu rico vestido
Desdeñas por grosera
Lana que doble púrpura no engría.
A mí con intención beneficiosa
La parca no engañosa
Me dió un pequeño campo, y algún leve
Genio a las Musas líricas, que aprecio;
[p. 48] Y sobre todo el general desprecio,
Que el torpe vulgo a mi concepto debe.

Est mihi nonum.—Od. 4, 11

Philis mía, un tonel tengo de vino
De Alba, que ya pasó de nueve hojas;
Mi Huerto abunda de Apio, y se previno
De Guirnaldas; y para que escojas
Verde yedra hay también en abundancia,
Que no ignoras cuán bellos
Parecen con su adorno tus cabellos.
En mi dichosa estancia
Por todas partes brilla
La abundante vajilla:
Y de casta verbena coronada
El Ara espera verse salpicada
Con la sangre caliente
Del cordero por víctima inocente.
Todo está en movimiento
Aquí, y allí criadas y criados
Se mezclan, y trabajan afanados:
Sube el humo violento,
Y denso se derrama

En los extremos de la ondeante llama.
Mas porque entiendas para qué festejo,
O Philis, te convido,
Sabe que este cortejo
Es de Abril a los Idus dirigido,
Día que el mes divide,
Mes, que Venus Marina le preside.
Para mí mas solemne, y más sagrado
Casi que el de mi propio nacimiento;
Porque desde él numera sin engaños
Mi Mecenas el curso de sus años.
Pero sabe también que el Joven que amas,
Thelepho, de otros ojos
Felices más que no los tuyos prueba
Las poderosas, y agradables llamas;
De donde no es factible que se mueva,
Dulcemente rendido a sus despojos.
Sírivate de escarmiento
La esperanza ambiciosa de Phaetonte,
Cuando quedó abrasada:
Y de grave ejemplar que hallase asiento
Un humano cual fué Belerophonte,
[p. 49] Del volador Pegaso conducido
Sobre la espalda alada
En caballo terreno convertido.
Y así porque se ciña tu deseo
A lo que pueda ser correspondiente,
No a desigual empleo
Tu vanidad te aliente:
Mi amor Philis admite,
Por fino y por el último en mis años:
Mis dulces versos con tu voz repite
Como Telepho a ti los desengaños,
Que con tal armonía
Harás que pause la tristeza mía.

Intactis opulentior. —Od. III, 24

Aunque el más rico, y lleno,
De Arabia, y India tengas
Los tesoros intactos, y escondidos,
Y ocupes las orillas
De ambos mares Adriático, y Tirreno
Con las fábricas grandes, que prevengas;
Si los Hados tal vez endurecidos
Contra tu orgullo enconan sus rencillas,

Ni el miedo eximirte
Podrás, ni de la muerte redimirte.
Los Scytas, y Getas vigorosos
Son más felices, tras de sí llevando
En carros sus portátiles viviendas:
La división de tierras ignorando,
Los cetros ambiciosos,
Las indignas contiendas
Sobre hacer propio el pan, u otro alimento,
Que en común goza cada cual contento.
Al campo sólo un año dan cultura;
Y cuando el uno acaba su tarea
Otro le sustituye, que apresura
El trabajo gustoso en que se emplea.
Allí de la Madrastra el cierto agrado
Es consuelo seguro al entenado.
Por la dote la esposa
No gobierna al marido;
Ni en el Galán adúltero se fía.
Dote es la más grandiosa
La virtud, que a los Padres ha debido,
Y el amor conyugal, la fe inviolable
[p. 50] Con que de otro cualquiera se desvía:
Porque es inescusable
Si lo contrario hiciera
Que el precio del pecar la muerte fuera.
Si es que hay entre nosotros quien intente
Los estragos impíos,
Las civiles querellas
Quitar, y que la gente
A sus deseos píos,
A sus gloriosas huellas
Levante estatuas, y si más las mide,
Por Padre de la patria le apellide,
Haciendo que su nombre
A la futura edad guste y asombre:
Procure refrenar con fuerte mano
La indómita licencia al pueblo vano;
Porque es tal (¡oh dolor!) nuestra injusticia
Que la virtud del vivo despreciamos,
Y con doble malicia,
En el muerto no más la celebramos.
Mas ¿para qué es quejarse,
Si no se desarraiga
La infame culpa con atroz castigo?
¿Cómo ha de aprovecharse

La ley sin las costumbres, y que traiga
En tal apoyo su mejor abrigo?
Ni la parte del mundo a quien abrasa
El sol, ni la que hiela
El Boreas contrapuesto,
Sin que la huella el Mercader se pasa:
Y al escollo funesto
Burla el Piloto con la diestra vela.
Es la necesidad oprobio grave,
Y por huirla en cualquier pecho cabe
Hacer, o tolerar aun lo que ofenda,
Y hasta dejar de la virtud la senda.
Así si pretendemos
Quitar materia al vicio;
Sean el oro, y Joyas sacrificio,
Que al capitolio agrade;
O al mar las arrojemos,
Que el aplauso lo pide, y persuade.
Y si es que arrepentidos
De veras deseamos
Las causas arrancar, que experimentamos
Ser la ruina fatal de los sentidos,
[p. 51] Ni aun la raíz se deje;
Y porque más se aleje
De inficionar la Juventud, copioso
El estudio la forme riguroso.
El ilustre Mancebo torpe ignora
El arte de montar; teme la caza:
Diestro en los juegos de que fué inventora
La Grecia, sólo abraza
El tirar de los dados,
Por nuestras leyes con razón vedados
Para tal heredero
Perjuro el Padre rompe los contratos,
Y aun al huésped engaña difidente;
Pero por más que aumenta su dinero
Con tan injustos tratos,
En que algo no le falte no consiente.

Beatus ille.— Epod. 2

Dichoso aquel que lejos del enfado
De los negocios, vive dedicado
De su paterno campo a la cultura,
A imitación de la primera gente,
Limpio de toda usura:

No le despierta, no, como al guerrero
El son horrendo de marcial trompeta:
No el mar enfurecido, e inclemente
Le asusta, o bien le inquieta:
Evita sí con ánimo sincero
Los bullicios del foro, y los fatales
Magníficos umbrales
De dueño poderoso,
Sólo cortejador de su reposo
Tal vez dirige de la vid copiosa
Con mano cuidadosa,
El vástago más fuerte,
A que trepe enredado
Por el olmo elevado,
Tal vez gozoso advierte
A sus vacas distantes
En el valle escondido
Pacer alegres, y mugir errantes.
Ya también con la corva podadora,
Del árbol mal nacido,
Después que su atención le considera
La inútil rama su labor no indulta,
[p. 52] Por ingerir en él otra más culta:
Ya en las limpias tinajas atesora
El jugo delicioso,
Que Abeja le rindió trabajadora:
O el vellón de la oveja provechoso
Esquila blandamente,
Porque del peso mejorada aliente.
Cuando el risueño otoño manifiesta
El verde seno, y la humida cabeza
Levanta, de mil frutas adornada,
No menos que sabrosa sazónada,
¿Qué gusto no recibe al ver la cesta,
De mimbres trabajada,
Con la pera que debe a su destreza
El ingerto dichoso;
Y el racimo que excede o se avecina
Al color de la púrpura costoso?
A ti Priapo, a ti los sacrifica,
Como a Silvano Dios, como a tutela
De los términos pío los dedica.
Si acaso quiere al pie de antigua encina,
O en la grama, difícil de arrancarse,
Tranquilo recostarse:
El salto en que desliza un arroyuelo

Sobre florido suelo:
De las aves el dulce, y triste canto
Con que se quejan alternadamente:
(Tanto puede amor ¡tanto!)
Y el sonoro murmullo de una fuente
Por entre blancas guijas continuado,
Todo concilia un sueño *sosegado*.
Cuando el lluvioso invierno macilento,
Con nieve, escarcha, y viento
Que desgrena los campos ateridos,
Hace molesta la estación, guiando
Va los lebreles, suelta la trahilla,
Con voces, y ladridos
Diligente acosando
Al colmilludo Jabalí, que queda
Despojo de la trampa que le enreda:
Y si no suavizando la tarea,
Sutiles redes tiende
Sobre delgadas varas, donde sea
Burla el goloso Tordo, que se prende,
O a la liebre ligera
A veces corre por el campo llano:
[p. 53] O atada en lazo Grulla pasagera
Se premia la fatiga por su mano.
¿Quién entonces de amor no olvidaría
La pasión, la inquietud, y tiranía?
Si acaso es tan dichoso que consigue
Vivir con casta esposa,
Que fina, y cariñosa,
A más del suave conyugal cortejo,
Parta el afán, que es fuerza que fatigue,
Ya de su casa en el puntual manejo,
Ya en la crianza de los dulces hijos,
Unos y otros, cuidados bien prolijos,
Si obra cual la sabina:
Si a competir se inclina
Con la fiel, laboriosa
Moradora de Apulia, a quien la estiba
Fuerza del sol el rostro ha oscurecido,
Que con maña officiosa,
Cuando sudando arriba
El cansado marido,
Arrima leña al fuego,
Y al alegre rebaño
Encierra en el redil: pasando luego
Las pingües Vacas a ordeñar sin daño,

Y que con pronta singular limpieza
Comida no comprada
Sin melindre adereza;
Sirviendo el fresco vino,
Que guardó la bodega bien cuidada.
No fuera para mí más delicioso
Que tan frugal regalo
El del lago Lucrino;
Sus ostras digo, o bien caro robalo;
O el pescado sabroso
Que abundante produce
El mar Carpacio, si es que por ventura
Sobre nuestra ribera
Alguna honda dichosa le conduce.
Ni tampoco igual gusto me asegura
La Gallina Africana,
O el francolin precioso, y esquisito,
Como del árbol mío
La aceituna escogida:
La malva al cuerpo acomodada, y sana,
Del campo más vecino conducida:
La acedera propicia al apetito,
[p. 54] Y que fresca, y lozana
Crece en los prados, que indultó el Estío:
O tierno Recental ya destinado
Al culto de las fiestas terminales:
O un gordo Cabritillo, que ha escapado
De los dientes fatales
Del lobo carnicero.
Qué inocente, qué amable complacencia,
Mientras dura tal cena,
De cuanto debe apetecerse llena,
Ver venir el ganado placentero,
Después de bien comido,
A la dulce querencia:
Y del robusto buey el paso lento
Conducir sostenido
Sobre el cuello, que rinde al movimiento,
Como peso sobrado,
El peso cotidiano del arado:
O ver también en limpio hogar sentarse
Gran número de esclavos, como gente
Que no puede escusarse
Dónde se ha de vivir cómodamente.
Esto dicho por Alphio el usurero,
Con tan puras juiciosas expresiones,

¿Quién no creará después de sus razones,
Que el aliento postrero
Quiere gastar en el campestre oficio,
Dado a la sencillez de su ejercicio?
Pues nada menos piensa; que antes mira
De todo su dinero hacer empleo
A trece de este mes: porque así aspira
A cebar su deseo,
Ganando en el primero del que viene
El crecido interés que ya previene.

Non ebur neque aureum — Od. II, 18

No el artesón ebúrneo, no el dorado
Vistosos resplandecen en mi casa,
Ni las vigas de Himeto: no el cortado
Mármol para columnas elevadas
Las entrañas del África me ofrecen:
Ni el heredero soy no conocido
Que las regias moradas
De Athalo usurpó: ni yo he tenido
Las clientes honrosas
[p. 55] Que me hilen oficiosas
Lana con que fabrique
Púrpura, que a la toga se dedique.
Pero de buena fe, de fácil vena
El alma llevo llena;
Y aunque pobre con gusto generoso
Me busca el poderoso:
Por lo que contenido
Nada a los Dioses pido;
Y en un amigo, y una corta tierra
Todo el afán de mi anhelar se encierra.
Tú feliz avariento,
Jamás te ves contento;
Sigue un día, a otro día
Una Luna, a otra Luna
Acércase la muerte,
Y tu ambición porfía
Con tarea importuna
En apurar los mármoles, de suerte
Que labras casas cuando acierto fuera
Fabricar el sepulcro que te espera.
Tú al mar, que rompe en Bayas, sollicitas
Poner freno en la margen que limitas,
Como si no bastase a tu avaricia

La tierra firme que ensanchar codicia,
Y aun a más se arrebatada tu destino
Los términos pasando del vecino,
Que por cliente tuyo
Piensas tener derecho al campo suyo.
Camina de su techo despojada
Pobre Muger, que sus Penates lleva
En el seno afligido;
Y por tu culpa el mísero Marido
La sucesión amada
También conduce, y sus angustias prueba.
Pues dichoso del siglo, no hay segura
Sino del Orco la mansión oscura,
Que igual al rico con el pobre encierra
¿Para qué es tanta tierra
Si alcanza igual medida
Al Rey, como al vasallo sin la vida?
Y en fin Carón inexorable, y feo,
No al oro se rindió de Prometheo:
Al infelice Tántalo detiene,
Y a cuanto herido de su culpa viene.
Sólo al pobre, que supo sin reposo
[p. 56] Vivir en su trabajo riguroso,
Llámele, o no, no tarda
El darle paso al gozo que le aguarda.

Trojani belli scriptorem. —Epíst. I, 2

Mientras declamas, Lolio ilustre, en Roma,
Yo repaso en Preneste al grande Homero:
Aquel que mejor toma
El pulso a la virtud, el pulso al vicio
Que Chrisipo, y Chrantero:
Y si quieres saber por qué este juicio
Justamente he formado,
Oye, si no te ocupa algún cuidado.
La prolongada guerra que refiere,
Por el amor de Paris sostenida
Entre la Grecia, y Asia, nos demuestra
De Pueblos, y de Reyes
Ignorantes la cólera encendida.
Quitar la causa quiere
Anthenor al estrago: mas siniestra
De Paris la pasión descubre leyes
Que oponer: discurriendo de este modo
Reinar solo, y vivir feliz en todo.

Nestor prudente en componer se afana
De Agamenor, y Achiles el disgusto;
Mas como no se allana
La ira, en uno, y otro dominante;
Y aun en aquel también de amor el gusto:
Los súbditos padecen
Lo que los soberanos enloquecen.
Pasa más adelante,
Y ejemplar útil en Ulises pone
De lo mucho que pueden
La virtud, y prudencia.
Con los soldados que a su arbitrio ceden,
Ya vencedor de Troya se dispone
Para volver a Ithaca, vagabundo,
Corrió sabio naciones diferentes,
Sus genios, y costumbres indagando:
Y en tanto que inclementes
Las ondas y trabajos le circundan,
Sólo a su ánimo grande no le inundan.
De las Sirenas el mentido canto,
Y de Circe los filtros, que ya oíste,
Si de necio, o ansioso,
[p. 57] Con embeleso tanto
Como sus compañeros,
Lo hubiese admitido: habría triste,
Entre deleites torpes, y groseros,
Bajo la injusta meretriz quedado
En un cerdo asqueroso,
O en un inmundo perro trasformado.
Nosotros, que nacimos
A ser número sólo, comedores
Inútiles, seguimos
El infame modelo
De aquellos insolentes amadores
De Penélope: y somos en la vida
De Alcinoos a los vasallos semejantes.
Nuestro mayor desvelo
Es mirar por el cuerpo sin medida:
Dormir hasta que medie la carrera
Del Sol, y en los instantes
Que quedan hacer guerra
Con la cítara dulce a los cuidados,
Creyendo que así cesen dominados.
Levántanse de noche los ladrones
A degollar la gente; y ¿es posible
Que nosotros en viles inacciones

Detenidos, no demos
Señal de que a librarnos nos movemos?
Si te es apetecible
La salud, no con tedio
Rehuses el remedio;
Pues quedará algún día
Incurable la torpe hidropesía.
Si antes que raye el alba no tomares
Luz, y libro, y no entiendes
En el estudio, y en honestas cosas;
Despiertos te tendrán cuantos pesares
Trae el amor, o envidia,
De la vista pretendes
Las aristas sacar como dañosas,
Y con fatal desidia
La cura se difiere
De lo que roe el ánimo, o le hiere.
La mitad tiene hecho aquel que empieza:
Atrévete a saber: da el primer paso:
Que el que de vivir bien alarga la hora,
Al rústico parece, que tropieza
Raudal de agua no escaso,
[p. 58] Y aguarda si mejora,
Sin la vaga corriente, su camino;
Y es que ignorante y ciego no previno,
Que es su curso perene,
Y que de serlo para siglos tiene.
El dinero se busca, y la fecunda
Muger: rompe el arado
Las selvas; mas no debe lo que abunda,
Si lo que basta, ser más deseado.
No la casa, la hacienda, los caudales
Curan al dueño enfermo, de sus males,
Ni al ánimo las penas; pero sano
El poseedor podrá gozarlo todo
Si pensare usar de ello con buen modo.
Los bienes en quien teme, en quien desea
Sirven como al bisojo la pintura
A la gota el fomento,
Y al que oye mal el músico instrumento.
El licor que se emplea
En el vaso no limpio, se corrompe
Con la misma amargura.
Despreciad pues los gustos,
Que los comprados con dolor y sustos
Perjudican. No rompe

Jamás el que es avaro su indigencia.
Corregid los deseos inhumanos;
Que la avara opulencia
Es siempre torcedor del envidioso:
Ni hallaron los tiranos
De Sicilia tormento
Mayor que el de la envidia. Quien juicioso
Sus iras no modere,
Sólo el dolor espere
De haber pasado intrépido, y violento
La debida templanza,
Por el engaño infiel de su venganza.
Es la ira un furor rápido, y breve,
Que el que en ella no manda
Es de ella dominado.
Ríjala el freno, la cadena pruebe;
Que así el diestro bridón, cuando enseñado
Solicita que el potro altivo sea,
Por donde quiere corre, vuelve, y anda.
Porque sirva en el monte es bien que vea
La piel del ciervo el cachorrillo en casa,
Que la ladre, y persiga.
[p. 59] De esta ciencia no escasa
Llena tu tierno corazón; y siga
Las máximas mejores
Tu pecho, oh Joven, si en mi aviso fías;
Porque por largos días
Conserva los olores
El vaso que los tuvo recogidos:
Que yo, vayas despacio, o más violento,
Con mis pasos medidos
No he de ir más deprisa, ni más lento.
[Vid. H. E. I, 111 y II, 360 y 572.]

XXX. SÁENZ DE TEXADA, Juan José.—Vitoria, 1730.

Arte Poética

Seminario Vicioriense. Contiene los preceptos todos de la gramática methodica para las cuatro clases de Mínimos, Menores Medianos y Mayores. Vitoria, 1730. 12.º

XXXI. OLIVER, Antonio.—Antes de 1751. (En Bover, *Escritores Bal.*)

Odas

Poesías líricas de Q. Horacio Flaco, puestas en verso castellano.

Un tomo en 4.º ms. que existía en la biblioteca del convento de S. Francisco de Asís de Palma, según Bover. (*Escritores Balcares*, II, 26.)

[Vid. H. E., I, pág. 119.]

XXXII. IRIARTE, Tomás de.—Madrid, 1777.

Arte Poética

El Arte poetica de Horacio o epístola a los Pisones, traducida en verso castellano por D. Tomás de Iriarte, oficial traductor de la primera Secretaría de Estado y del Despacho, y archivero general del Supremo Consejo de Guerra. Con un discurso preliminar y [p. 60] algunas notas y observaciones conducentes a su mejor inteligencia. Con las licencias necesarias. Madrid, 1777, imprenta Real de la Gaceta.

8.º mayor. LIII + 72 + 57 pp.

[Vid. H. E., I, 115, y II, 362.]

XXXIII. LOZANO. Fr. Fernando.—Sevilla, 1777.

Arte Poética

Traducción del Arte Poética de Horacio, o Epístola a los Pisones, formada por el P. Fr. Fernando Lozano, Maestro que fué de Latinidad, y Eloquencia en el Colegio Mayor de Santo Thomás de Sevilla, y la dedica y pone a la sombra feliz y seguro asylo del inclyto Mecenas y muy ilustre señor el Señor Don Nicolás Francisco Christoval del Campo, Cuesta y Saavedra, Rodríguez de las Varillas de Salamanca y Solís, & &. Coronel de los exércitos de su Magestad y del Regimiento Provincial de Sevilla, primer Marqués de Loreto. En Sevilla: Por Manuel Nicolás Vázquez y Compañía. Año M. DCC.LXXVII.

8.º, 38 hs. sin foliar y LXIII páginas.

Dedicatoria al Coronel Mecenas, que por lo visto había sido discípulo del traductor:

«Yo, tengo la fortuna de haber sido testigo interesado de los primeros vuelos que emprendió el ingenio de V. S. sobre los rudimentos, y como a los atrios de la literatura. Tuve el honor de interesarme por oficio en el cultivo de su talento, y habiendo sembrado en él las primeras semillas de la Poesía Latina y belleza literaria, tengo ahora la satisfacción de admirar en copioso y sazonado fruto las grandes esperanzas que me hizo concebir en aquel tiempo la flor de su talento, de quien se puede decir como del Nilo: que ninguno lo conoció pequeño. Creció él a beneficio de la exacta educación que debió V. S. a un Padre digno del nombre de Philosopho...

Cualquiera que tenga el honor, que yo he tenido, de registrar y observar los preciosos Gabinetes, Museos y Biblioteca, que sirven de teatro a sus felices ocios, podrá juzgar si acertó con el legítimo uso y destino de su poder y nobleza; conocerá que la riqueza y el buen gusto se empeñaron en formarlo para honrar [p. 61] las Bellas Artes. También los buenos libros, y muchos inéditos selectos; las abundantes y preciosas colecciones de pintura, en que compite la honestidad con la elegancia; la Escultura; la Historia Natural en sus tres reinos; los curiosos inventos que interesan la Física y la Química; el Monetario, aunque incoado, copioso; los vestigios que dejó para su memoria la más remota antigüedad; las preciosas Máquinas que la moderna aprovechada experiencia ha sacado a luz, para crédito de la verdadera Física, y registrará en el más alto aprecio cuanto es útil a el adorno y cultivo de la humanidad. Finalmente allí, como en un silencioso retiro del Parnaso (yo lo sé, porque V. S. ha permitido que lo entienda) ha sido y es V. S. visitado con galantería de las más bellas Musas, de cuyos regalos correspondidos con fidelidad darán testimonio sus Poesías Españolas, dignas de salir de la prisión en que las tiene su modestia.»

Prólogo al que leyere...

«Ha muchos años que comencé esta obra por diversión y gusto, y por gastar con alguna utilidad los pocos ratos, que me vagaban de las continuas tareas de mi empleo. Seguí la versión, aunque preocupado del temor y prudente recelo de no acertar, cuando suspendí el intento con la consideración de lo arduo de la empresa, y de que la esterilidad de mi numen no podría sacar a luz felizmente la fecundidad de conceptos y sentencias, que se encierran en el rico y precioso tesoro de esta Arte, con la propiedad, natural viveza y hermosura, que se admiran en el Poeta Lírico, y con el lleno de tanta y tan brillante erudición. Animóme, no obstante, a proseguir y concluir la obra, la instancia de ingenios de la primera nota, y de sugetos justamente aplaudidos en el teatro de la bella literatura por su instrucción y habilidad. Estando en esta idea, vi sacar de las tinieblas del olvido y, salir a la luz pública, a beneficio y fatigas gloriosamente laboriosas de un Héroe famoso en las Academias del buen gusto y dignamente aclamado por la excelencia de su noble talento, [1] la traducción de Vicente Espinel, que no tuve presente, ni aun noticia, cuyo relevante mérito en este género es indisputable, y cuyos [p. 62] elogios, que se le tributan en el Parnaso Español, son debidos de justicia. Usa este poeta del verso hendecasyllabo, suelto o libre, para facilitar mejor la inteligencia de los preceptos (que son veinte y nueve, y van marginados), sentencias y documentos morales, que se atesoran en esta Arte. Yo hago la traducción caminando por la estrecha senda de la asonancia del verso octosyllabo, por parecerme mas fluido, perceptible y sonoro, y no me desentiendo de que la pretensión es casi inaccesible, y por mi cortedad insuperable. Tal vez me valgo de la Paraphrasi, para aclarar la obscuridad del concepto y sentencia, por estar todo envuelto en una continuada Metáphora, con que adornó Horacio su Arte. He tenido la satisfacción, para mí muy lisongera, de haber visto aprobadas las antecedentes ideas por uno de los famosos Escritores de nuestra Historia Literaria, el Reverendísimo Padre Maestro F. Rafael Rodríguez Mohedano, bien conocido en la República de las Letras por su grande erudición, exquisito gusto y selectísima crítica, cuyo nombre sólo puede honrar y ennoblecer la pequeñez de esta obrilla. En el Parecer que sobre ella se sirvió dar, por súplica que le hize, este ingenio de primer orden, dice con elogio superior a mi ningún mérito:

La utilidad y nobleza de el original se comunica a la copia, y por este medio se hace accesible al común de los estudiosos. La presente traducción, además de la belleza del original, tiene sus perfecciones propias. Usa (el Traductor) de la asonancia, y de un verso muy conveniente a la materia;

pues lo preceptivo pide claridad y naturalidad, sin convenirle la magnificencia, adorno y boato del Hendecasyllabo, más propio de la Poesía Epica. En esto, y en lo demás sigue a Horacio que usó diferente estilo y metro en sus *Odes* (sic), que en las demás Obras didácticas, en que da preceptos, ya literarios, ya políticos y morales. Fuera de esto, sin dexar de ser fiel intérprete, no traduce servilmente palabra por palabra. Como cada lengua tiene sus bellezas propias, y diferente gyro de expresión, procurando alcanzar el sentido y expresar la sentencia, hace hablar a Horacio en Español con dignidad y decoro, no como algunos traductores, que por no observar esta regla, manchan el Idioma a que traducen, dexando en la copia tales vestigios de la lengua original que viene a ser, no imitación, sino remedo. Por evitar este escollo [p. 63] y el de la obscuridad, usa tal vez de la licencia de la Paraphrasi: y en todo resplandece la claridad y el carácter Español; no como en algunos dramas franceses, donde se da tratamiento de Monsiures y Madamas a los Personages Griegos y Romanos, sino con la moderación conveniente de tiempo, lugar y personas. Así es muy recomendable y útil esta traducción.»

«Hasta aquí copiada una parte del Parecer tan erudito del Reverendísimo Padre Maestro. Mas con todo lo expuesto, digo en verdad que si hubiera tenido a la vista la traducción de el célebre Espinel, no me hubiera empeñado en el arrojado de tomar la pluma, y me ahorraría de repetidos bochornos, que me sacará con precisión a la cara el arrepentimiento; pues protesto con el candor que califica mi genio, que vivo en la firme creencia de que soy el más inferior de cuantos han cultivado el noble terreno de esta bella literatura, y de que estoy muy lexos de quererme comparar con los grandes y felices ingenios de los Escritores antiguos y modernos que se han dedicado a la tarea laboriosa de la traducción, y han desempeñado tan perfecta y admirablemente. Pero entre todas las de nuestra lengua, resplandece y sobresale aquella Regia, incomparable y nunca bien aplaudida, por superior a toda alabanza, traducción de el Salustio, que será con universal aclamación inmortal monumento, y prodigio inimitable a la posteridad. No obstante, atropellando por todo, sale la mía al Teatro de tantos sugetos de exquisita erudición, y juiciosa crítica, en traje de suplicante, rogándoles encarecidamente que la miren con piadosa benevolencia, y la compassen cen la regla de la caridad Christiana.»

Inc. Si un pintor quiere juntar
A una mugeril cabeza
Una cerviz de caballo,
Y poner plumas diversas,
Y entretexerlas de modo
Que siguiendo aquella idea,
Reunidos de todas partes
Los miembros de varias bestias,
Esta mujer peregrina
Y de una cara muy bella
En negro pez rematase
Con deformidad horrenda,
[p. 64] Convocados a mirar
Una figura tan fea,
¿Podréis vosotros, amigos,
Contener la risa al verla?

Fin. Este tal, que va sin juicio

Es como la sanguijuela,
Que no suelta o dexa el cutis
Si no está de sangre llena.

Toda la Epístola a los *Pisones* está traducida en un solo romance, seguramente de los más largos que existen en nuestra lengua, y tan prosaico y destartado como puede juzgarse por la muestra.

De esta traducción dió buena cuenta D. Alberto Lista en el canto cuarto de su juvenil poema *El Imperio de la Estupidez* (imitado de la *Dunciada* de Pope):

Después con aire alegre se presenta
Un estúpido extraño; al son süave
De una vieja guitarra va entonando
En estilo de jácara, un romance
De ajusticiado. Al punto se le llegan
Mil y mil necios, y el romance compran,
Lo abren, lo ven, y el título decía:
La Epístola de Horacio a los Pisones
Con alegre sonrisa el rostro baña
La Diosa, y así dice: «¡Oh hijos míos!
Atended a los consejos de una madre.
Estos autores que los sabios llaman
Modelos del buen gusto, haced que brillen
Sin luz propia en ahorcadas traducciones.
Admirad, admirad el nuevo lustre
Que ha recibido Horacio; los poetas
Brillan más cuanto más los desfigurán.»

El P. Lozano era también orador, y contra él van dirigidos, según advierte Lista en una nota, los siguientes versos del canto tercero del mismo poema:

Considera aun a aquel que en nuestros días
El genio de Demóstenes y Tulio
Con oraciones bárbaras ostenta
En la ciudad del Betis. ¡Con qué noble
[p. 65] Sencillez los absurdos se deslizan
De su fecunda pluma! ¡Qué dulzura
Se aplasta en sus períodos redondos!
Prosigue ¡oh tú!, Prosigue tus tareas,
Y los sabios admiren de un muchacho
La habilidad, que a declamar se pone
En alta voz las cosas que no entiende. [1]

[Vid. H. E. I, 118.]

Arte Poética

Suma del insigne arte de retórica, traducida de los más célebres autores, a la que se añaden la ortografía española y latina, elegancias latinas, Progymnasmas, y en fin la arte poetica de Horacio, traducida en español.

Ms. muy abultado, todo de letra del autor.

Biblioteca Episcopal de Palma.

(Bover, *Escritores Baleares*, II, 65.)

[Vid. H. E., I, 119.]

XXXV FORÉS, Andrés, S, J.—1782. (En Bover, *Escritores Bal.*)

Sátiras y epístolas

«Si el abate Andrés Forés, joven en quien las bellas letras compiten con un ingenio delicado y con un finísimo juicio, continúa la *versión emprendida de las sátiras y epístolas de Horacio*, tendrá la España en esta parte un intérprete superior de mucho a los traductores franceses e italianos.»

P. Pou, *Specimen*, apud Bover, *Escritores Baleares*, II, 145.

[Vid. H. E., I, 118.]

[p. 66] XXXVI. ANÓNIMO (EL CONDE DE LAS CLARAS). — Madrid, 1786.

Delicta majorum.—Od. III, 6

Sin merecerlo tú, Pueblo Romano,
De tus antepasados los delitos
Has de pagar en tanto que los templos
(Que tu poca piedad ha destruído),
En tanto que las casas de tus Dioses
Que ya ruina amenazan, tú más pío
No reedifiques, y sus simulacros
Sucios, y como el humo denegridos
No restaures. Si del Imperio gozas,
Sabe que es porque siempre a ellos sumiso
Estuviste. De aquí el principio toma;
Aquí refiere el fin de tus designios.
Su culto descuidado ¡cuántos males
A la afligida Hesperia no ha atraído!

De Moneses y Pácoro las tropas
Por una y otra vez han reprimido
Todos nuestros conatos e incursiones,
Que sin su auspicio habemos emprendido:
Y los Parthos ostentan sus collares,
Mezquinos antes, hoy enriquecidos
Con los despojos nuestros. Ocupada
En sediciones toda Roma ha sido
Por el Escita, diestro Sagitario,
Y la temible armada del Egipcio
Expuesta casi a su total ruina.
En maldades fecundos nuestros siglos
Lo primero de todo han matrimonios,
Linages y familias corrompido.
Y es la fuente de donde derivada
Toda calamidad, ya se ha extendido
Por todo el pueblo, y por la Italia toda.
De aprender gusta hoy bailes lascivos
La Romana doncella: a ellos adiestra
Todos sus miembros; un amor indigno
Desde su niñez misma ya exercita:
Después casada, en medio el regocijo
Del convite nupcial anda buscando
Adúlteros más mozos. Ni elegido
Alguno de ellos es, al cual conceda
Con apresuración no permitidos
[p. 67] Y secretos favores: se da a todos:
Sin que pueda ignorarlo su marido,
En su presencia misma se levanta
Del Mercader llamada, o bien del rico
Gobernador de la Española nao,
Que compra a cualquier precio los delitos.

La juventud que enrojeció las olas
Con la Púnica sangre: la que a Pirro,
La que a Antíoco el fuerte, la que al duro
Annibal venció; no; no había nacido
De tales padres. Varonil progenie
De unos soldados era, endurecidos
En rústicas labores; enseñada
La tierra a revolver con el sabino
Azadón: que tornaba del trabajo
Cargada de la leña que al arbitrio
De la severa madre había cortado,
Citando ya el sol había convertido
Las sombras de los montes hacia Oriente,
Y a los cansados bueyes, desuncidos,

Y a los hombres, el tiempo del descanso,
Ausente ya su carro había traído.

¡Mas qué no alteran los voraces días!
La edad de nuestros Padres, que ya ha sido
Peor que la de los abuelos nuestros,
Nuestra edad aun peor ha producido,
Y nosotros, después, de dar habemos
Hijos aun todavía más perdidos.

Esta traducción, que tiene rasgos muy valientes, salió a luz en *El Censor* (1786), tomo V, discurso CIX, pp. 757-760.

No hemos podido descifrar el seudónimo del traductor, que dice hablando de su trabajo: «He procurado vestir el sentido, ateniéndome cuanto me ha sido posible a la letra; y la he hecho en versos, que reconozco ser muy inferiores a los de la Sátira publicada en su Discurso 99 (la primera de las de Jovellanos), sino también con varios defectos contra las leyes de la versificación. Pero esto no me importa nada, porque no he tenido otra mira que facilitar a usted la comparación entre la Oda y la Sátira.»

[p. 68] [XXXVII.] ANÓNIMO. En el *Correo de los Ciegos*.— Madrid.

Altera jam teritur. —Ep. 16

En guerras arde ya la edad segunda
Y Roma por sus manos viene a tierra,
A quien la lid del Marso furibunda,
Ni el Porsena venció con dura guerra.

Correo de los ciegos; tomo VII, n.º 368.

XXXVIII. ANÓNIMO.—En *Correo de los Ciegos* Madrid, 1788.

Oh navis.—Od. I, 14

Nueva infausta borrasca
Te engolfa al mar soberbio:
¿Y tú, nave dudosa,
Sin ocupar el puerto?
¿No miras ya tus lados
Desnudos de los remos,
El mástil lastimado
Al impulso del viento,
Las entenas que braman,
Y que apenas gobierno

Por falta de maromas
 Tienes a tanto opuesto?
 Maltratadas las velas,
 Sin dioses que a tus ecos
 En el mal oprimida
 Te sirvan de consuelo:
 Cuando quieras gloriarte
 De que en un monte excelso
 El elevado pino
 Te prohijó su esfuerzo,
 Es un consuelo inútil
 Tan noble nacimiento;
 Y por demás el nombre
 Cuando no es de provecho.
 En las pintadas popas
 De fastuosos trofeos
 Mal podrá el navegante
 Dar al temor aliento.
[p. 69] Si burla de Neptuno,
 Y juguete de Eolo (?)
 No quieres ser, oh nave,
 Aprovecha este tiempo.
 Un temor desvelado
 Fuiste, ha poco, a mi afecto;
 Y hoy no leve cuidado
 Eres a mi deseo
 De que evites el golfo
 Que vomitando riesgos
 Cubre Cycladas islas
 De horror y de escarmiento.

Correo de Madrid, Tomo IV. En Madrid. En la Imprenta de Josef Herrera, 1789, p. 1.282. N.º correspondiente al 15 de noviémbrre de 1788.

XXXIX. ANÓNIMO (¿VICENTE M.^a SANTIBÁÑEZ?)—Madrid, 1788.

Quem tu, Melpomene, semel.—Od. IV, 3

A quien tú de una vez, luego que nace,
 Melpómene, mirares dulcemente,
 Luchador no le hace
 El Isthmico trabajo impertinente,
 Ni en caballo veloz del griego carro
 Lo hará en el circo vencedor bizarro.
 No el belicoso militar trofeo
 Le muestra al Capitolio en alto brillo

Coronado caudillo
 Con verdes hojas del laurel febeo;
 Porque desbarató con hechos tales
 La hinchada pompa de amenazas reales.
 Sino que el agua cristalina y pura
 Que baña el verde Tíboli frondoso;
 Y la verde espesura
 Del cabello que peyna el bosque umbroso,
 Lo harán que deba a la apolínea idea
 Le inspire versos de la musa Alcea.
 La noble estirpe de la antigua Roma
 Se digna colocarme sin desdoro
 Entre el amable coro
 De los ilustres poetas de su idioma;
[p. 70] Y ya con este honor tan eminente
 Me muerde menos de la envidia el diente.
 ¡O Piéride armoniosa, cuyo mando
 Templa el sonido en la dorada lira!
 ¡O tú, que en eco blando
 Le puedes dar (si tu favor le inspira)
 Canto de cisne liberal y agudo
 Al escamoso pez prófugo y mudo!
 Tuyo es todo tan próspero ornamento,
 Y el mostrarme a su dedo el caminante
 Por el que toco amante
 De la Romana lira el instrumento.
 Vivir, pues, y agradar, si acaso agrado,
 Beneficio es también de tu cuidado.

Espíritu, de los mejores diarios literarios que se publican en Europa, dedicado a los literatos y curiosos de España. Tomo II, número de 8 de marzo de 1788. (En el mismo número se contiene un anuncio y breve elogio de las odas de Horacio traducidas en verso italiano por el Conde Gazolli.)

Juzgando la versión anónima del *Quem, tu, Melpomene, semel*, dice Burgos en la segunda edición de su Horacio, II, 252:

«El original dice en el primer verso *semel, una vez*, y el traductor *de una vez*. No se necesitan comentarios para hacer ver la diferencia enorme que hay entre estas dos expresiones. *Non labor Isthmicus clarabit pugilem* quiere decir: «no ilustrará su nombre, obteniendo el premio del pugilato en los juegos ístmicos», es decir, no se dedicará a esta carrera. Y ¿qué tiene que ver esta idea con esta otra:

Luchador no le hace
 El ístmico trabajo impertinente?

Y luego, ¿qué construcción es, *el ístmico trabajo no le hace luchador*? ¿Por qué, además, traducir el *labor* por trabajo? ¿Por qué decir trabajo en singular, cuando eran tantos y tan variados, los ejercicios de aquellos juegos, y cuando el singular castellano, no tiene la significación del latino? ¿Por qué, en fin, la insoportable calificación de *impertinente* dada a este trabajo mismo? Toda la pieza está traducida de la misma manera, a pesar [p. 71] de que uno u otro verso elegante y feliz hace sospechar que era un poeta el traductor anónimo.»

[Vid. H. E., I, 128.]

[XL.] P. A. S. G.—Madrid, 1788.

Integer vitae .—Od. I, 22

En el Espiritu *de los mejores Diarios* se publicó una versión de la oda *Integer vitae*, firmada con las iniciales P. A. S. G.; suprimense en ella algunos epítetos del original tan expresivos como difíciles de interpretar sin que el pensamiento sea extraño u obscuro a primera vista; v, gr., el de *aestuosas*. aplicado a las sirtes líbicas.

Fusco, el de vida justa
Y exento de mancilla,
No ha menester los dardos
De la nación morisca.
.....

Espiritu de los mejores Diarios. 14 de abril, 1788.

XLI. DOMÍNGUEZ VENTURO, Francisco.—Madrid, 1789.

Quis desiderio sit pudor.— Od. I, 24

¿Qué dolor bastará a llorar la muerte
De cabeza tan cara? Melpoméne,
Tú, a quien Júpiter dió líquidas voces,
 Inspira tristes cantos.
¡Quintilio duerme ya en eterno sueño!
¿El honor, la fe entera dulce hermana
De la justicia, y la verdad desnuda,
 Verán otro Quintilio?
Muchos deben llorarle, mas ninguno,
Virgilio, más que vos: en vano ¡ay! tierno
Demandáis a los Dioses un Quintilio
 Que sólo os confiaron.
Si vuestra voz más dulce que de Orfeo,
Los árboles llevase a su sonido,
Vuestras súplicas tiernas no animaran

Aquella imagen vana,
PAG@72@ Que inexorable colocó Mercurio
Con su vara fatal entre los muertos.
¡Verdad cruel! mas la paciencia endulza

Los males incurables.

Memorial Literario. Febrero de 1789, p. 349.

[Vid. H. E. II, 576.]

XLII. DOMÍNGUEZ VENTURO, Francisco.—Madrid, 1789.

Nullus argento.—Od. II, 2

Contrario a los tesoros escondidos,
Salustio, no es el oro colorado,
Si no toma sus brillos encendidos
Del uso moderado.
Proculeyo que su caudal derrama
Entre hermanos con hechos paternos,
Será llevado siempre de la fama
En alas inmortales.

Reinarás tu codicia refrenando,
Más que si Lybia y Cádiz te sirviesen,
Y que si acabas Cartagos dominando
Juntos te obedeciesen.

Crece el cruel hidrónico, e indulgente
En la sed, si advertido no pretende
Sacar del cuerpo pálido y doliente
El agua que le ofende.

La virtud que a la plebe causa enfado,
A Phraates le niega ser dichoso
En el trono de Cyro colocado:

El título glorioso
De Rey, diadema y lauro, solamente
Da la virtud a aquel, que no usurero,
Siempre mira con ojo indiferente
Los sacos del dinero.

Memorial Literario. Febrero de 1789, p. 350 .

[Vid. H. E. II, 576.]

XLIII. DOMÍNGUEZ VENTURO, Francisco.—Madrid, 1789.

Quo, quo *scelesti* ruitis?—Ep. 7

¿A dó crueles vais? ¿A qué en la mano
La espada infiel asida?

[p. 73] XLIV. ANÓNIMO.—Madrid, 1789.

Rectius vives. —Od. II, 10

Navegarás sin duda
Más seguro, Licinio,
Si guieres tu nave
Con el timón medido,
Ni siempre en alta mar,
Ni cuando haya peligro
Tocando con la arena
La orilla del abismo.

Cualquiera que pudiese
Disponerla a su arbitrio,
Debe elegir su suerte
En un medio florido.

Ni se humille en la casa
Que muestre por resquicios
Menos luz que basura,
Más vejez que sol limpio.

Ni se eleve a palacios
Que desde el frontispicio
Por blanco de la envidia
Desafían sus tiros.

Los hombres más mirados
Padecen sus conflictos,
Porque no cesa el viento
De agitar los motivos.

Los empinados montes
De los rayos heridos,
Señalan los estragos
Que ocasiona lo altivo.

Las torres más soberbias,
Siendo el caer preciso,
Caen con mayor daño,
Caen con mayor ruido.

Un corazón dispuesto
Con prudente juicio,
Ni se apoca en los males,
Ni es en el bien altivo.

El que nos da el invierno
No nos niega el estío:
Ni porque un día sea malo,

Otro será lo mismo.
[p. 74] Quien menos lo pensaba
Suele herir en lo vivo,
Porque el otro instrumento
Le incitó con sus trinos.
Y no siempre está Apolo
Con el arco tendido,
Animando a las musas
Con sus ecos melifluos.
Ea, pues: animoso
Apareja tus bríos,
Y en las glorias y angustias
Muéstrate siempre invicto. [1]
Y tú mismo prudente,
Si el viento es muy benigno,
Coge, la hinchada vela,
No te lleve a un bajío.

Correo de Madrid (o de los Ciegos). Tomo IV, p. 1.426. Número de 17 de enero de 1789.

XLV. FORNER, Juan Pablo.—Madrid, 1790.

Æquam memento. —Od. II, 3

Pues presa de la muerte
Has de ser, Delio, al fin, guardar procura

.....

[Vid. O. H., pág. 59.]

Diario de las Musas de 2 de diciembre de 1790, p. 9. Poetas líricos del siglo XVIII, t. II, p. 298, col. 2.^a

Se publicó anónima en el *Diario*, pero Forner la reconoció por suya en un catálogo autógrafo de sus obras que existe entre sus papeles.

[Vid. H. E., I, 121, y II, 373.]

[p. 75] XLVI. ANÓNIMO.— *Diario de Valencia*, 1790.

Quem tu, Melpomene, semel— Od. IV. 3

LIRAS

Aquel a quien risueña,
Melpomene, al nacer hayas mirado

Luchador denodado
En el Istmico juego no se empeña,
Ni el alazán brioso
Lo lleva en griego carro victorioso.
Ni la marcial fatiga
Ciñendo de laurel su noble frente,
Cual Capitán valiente,
Porque con brazo invicto la enemiga
Real altivez quebranta,
Al Sacro Capitolio lo levanta.
Sino que el bosque lleno
De espesas ramas, la sombría vega.
La corriente que riega
De Tívoli feraz el campo ameno,
Honor, gloria y estima
Le dará por la Eolia grata rima.
A mí pues Roma afable,
Roma del orbe la imperial cabeza,
Me pone con franqueza
De los Poetas en el carro (¿coro?) amable,
Ni ya conmigo lidia
Con diente agudo tan mordaz la envidia.
O tú, que templar sabes,
Discreta Musa, del marfil sonoro
Las dulces cuerdas de oro,
Tú que del Cisne los acentos suaves
Concederle pudieras
Al mudo pececillo, si quisieras:
A ti, Musa, se debe
Si me apellida el Lírico Romano,
Y por tal con la mano
Me señala al pasar la alegre plebe;
Si respiro, si agrado,
Todo lo debo a ti, tú me lo has dado.

Diario de Valencia, 24 de julio de 1790.

[p. 76] XLVII. FERNÁNDEZ DE ROJAS, P. Juan (Liseno).—Madrid, 1790.

Oh crudelis adhuc.—Od. IV, 10

Oh tú, joven esquivo, todavía
De Venus con las gracias orgulloso,
Cuando impensadamente el cano pelo

Sobrevenga a tu altiva lozanía,
Y ese cabello ayroso
Que hora sobre tus hombros libre ondea,
Te se viniere al suelo;
Cuando el color que ahora desafía
A la encarnada rosa, se mudare
Y convirtiere en faz velluda y fea
El rostro del gracioso Ligurino;
¡Ay! cuán otro, al espejo cristalino
Mirándote, dirás triste y ansiado:
«¿Por qué no tengo ahora
La intención que he tenido cuando niño?
¿O por qué aquella gracia encantadora
Y aquel vistoso aliño
Del rostro, sin mancillas,
No tornan otra vez a mis mexillas?

Liseno.

Correo de Madrid (o de los Ciegos). Tomo VII, 1790, Pág. 128 Número correspondiente al miércoles, 9 de junio de 1790.

[Vid. H. E., I, 119.]

XLVIII. FERNÁNDEZ DE, ROJAS, P. Juan (Liseno), O. S. A.—Madrid, 1790.

Altera jam teritur.— Ep. 16

En guerras arde ya la edad segunda,
Y Roma por sus manos viene a tierra,
A quien la lid del Marso furibunda
Ni el Porsena venció con dura guerra:
No de Spartaco o Capua la iracunda
Fuerza, ni el Saboyano infiel la aterra,
Ni el Germano azulado y furioso,
Ni Aníbal, a los nuestros tan odioso.
PAG@77@Nosotros, ímpia edad desventurada,
Su ruina emprenderemos, y su estancia
Será otra vez de fieras ocupada:
El Bárbaro (culpable tolerancia!)
Su fábrica hollará desmoronada,
Y esparcirá furioso con jactancia
De Rómulo los huesos (¡mal cruento!)
A quien no alumbraba el sol, ni toca el viento.
¿Qué medio para huir de tantos males,
Acaso preguntáis? Oid atentos:

Seguir a los Phoceos, que en iguales
Guerras con señalados juramentos
Dexaran la ciudad para brutales
Del Javalí y del Lobo alojamientos:
Irnos donde el destino nos llevare,
O a do el Noto o Poniente nos llamare.

¿Os place mi sentir? ¿o queda alguno
A quien mejor consejo le ocurriere?
¿Por qué al baxel no entramos de Neptuno?
Mas jure cada cual que cuando viere
Que los hondos peñascos de consuno
Sobre su faz el agua mantuviere,
Volverá; o cuando el Po lave al Marino,
O hacia la mar corriere el Apenino.

Volveremos si amor más prodigioso
Con el Ciervo ayuntare al Tigre fiero,
O bese a la paloma el Milvo odioso,
O maye por leones el cordero.
Lancemos cuanto el paso embarazoso
De nuestra vuelta hacer pueda primero,
Dexemos los juiciosos tantas guerras,
Y habiten los cobardes estas tierras.

Vosotros, oh varones esforzados,
Traspasad de Toscana las riberas;
El Oceano aguarda. A los preciados,
A los dichosos campos, y hechiceras
Islas vamos a ser afortunados.

Allí el prado, la viña y las higueras
Dan fruto sin cultivo, y abundosas
Las encinas dan mieles muy sabrosas.

Salta el agua del monte susurrando;
Por sí sola se viene a ser castrada
La cabra, con sus ubres convidando;
Ni el oso gime al pie de la majada,
Cuando Apolo sus rayos va encumbrando,
Ni es la tierra de víboras hinchada;

[p. 78] Y admiraremos ledos y dichosos
Otros muchos regalos prodigiosos.

No el Euro con copiosos turbiones
Los Campos disminuye, o las semillas
Se abrasan con los áridos terrones,
Templándolos con altas maravillas
El Dios que fiel asiste a estas regiones:
El Argo no arribó en estas orillas,
Ni el Sidonio o Medea, ni la armada
Del destinado Ulises fatigada.

Ningún contagio ofende a los rebaños,
Ni ardores de algún astro desmedidos;
Júpiter escogió libres de daños
Estos campos, al bueno concedidos,
Cuando del oro fiel los dulces años
Con el bronce dexó desconocidos:
Después mandó del hierro crudos tiempos,
Mas puede el justo huir sus contratiempos.

Liseno

Correo de Madrid (o de los Ciegos). Tomo III, pág. 127-128. Número correspondiente al miércoles, 9 de junio de 1790.

A esta y a otra traducción del P. Fernández (*Liseno*), de que hemos dado cuenta, precede esta advertencia en dicho periódico: «Entre las obras que el infrascrito erudito corresponsal, de quien hay ya publicadas algunas en los tomos anteriores, nos ha remitido, publicamos al presente las siguientes traducciones; de Horacio. Se halla en ellas bien explicado el pensamiento del poeta latino, y un verso bello y nervioso. Están hechas según todo el estilo de Fray Luis de León, sin que se pueda, a nuestro parecer, objetarle otra cosa que con motivo del estudio de este poeta y otros de sus tiempos adopte con bastante frecuencia las voces antiqüadas, que parece que hacen el estilo algo afectadillo por esta parte. En todo lo demás vemos mucho gusto y no poca gracia.»

[Vid. H. E., I, 119.]

XLIX, ANÓNIMO (P.).—Valencia, 1791.

Quo, quo, scelesti.—Ep. 7

¿Dónde, dónde corréis precipitados,
Malvada gente? ¿con encono altivo
[p. 79] Por qué de los aceros ya envainados
Volvéis a armar el brazo vengativo?
¿Aun derramó la guerra
Poca Latina sangre en mar y tierra?
Y no para que Roma al cabo viese
De Cartago envidiosa las almenas
Por las Romanas huestes abrasadas,
O arrastrando cadenas
El Bretón indomable
Por la Sagrada Vía descendiese;
Sino para que Roma miserable
De sus manos airadas
Al rigor acabase,
Y el fiero Partho su rencor saciase.
Ni tuvo el lobo, ni el león sangriento

Costumbre tan atroz; pues su braveza
Sólo con otras fieras ejercitan.
¿Acaso os mueve pertinaz fiereza,
O superior impulso violento,
O vuestros mismos vicios os agitan?
¿Qué decís? respondió. Pero enmudecen
Y con el furor pálido el semblante
Y el corazón herido, se entorpecen.
Es así: infaustos hados,
Y el fratricidio impío
Anima a los Romanos obstinados,
Desde que Remo pío
Regó la tierra lastimosamente
Con su sangre inocente:
Por años tan prolixos
Sangre funesta a Roma y a sus hijos.

Diario de Valencia, 9 de abril de 1791.

[L] MESA, Cristóbal de.—Madrid, 1793.

O navis.—Od. I, 14

Oh nave, ¿no te ves ya falta de una
Banda de remos?; fuertemente aterra
Al puerto y toma ya segura tierra;
Huye del mar la súbita fortuna.

Que si bien te cortó próspera luna
En la Póntica silva áspera sierra,
PAG@80@ No evitaste del piélago la guerra
Con tempestad cruel cuan importuna.

Rimas impresas. Madrid, 1793.

[Vid. H. E. I, 97.]

[LI.] MESA, Cristóbal de.—Madrid, 1793.

O navis.—Od. I, 14

Oh nave, cuando el viento se revuelva
Teme del fiero mar nueva fortuna;
Ya basta una tormenta, basta una;
La tempestad del golfo no te vuelva.

No esperes que en astillas te resuelva;
Válete de ocasión tan oportuna,
Que te alzarán las olas a la luna,

Aunque nacida en fértil noble selva.

Rimas impresas. Madrid, 1793.

[Vid. H. E. I, 97.]

[LII.] GONZÁLEZ, Juan Gualberto.—Sevilla, 1793.

Quis multa gracilis. —Od. I, 5

Firmadas con las iniciales J. G. G., que corresponden al insigne humanista D. Juan Gualberto González, quien puso en castellano las *Églogas*, de Virgilio, se publicó en el *Diario de Sevilla*, año 1793, una traducción de las odas V y XXIII del libro I. Además hemos visto otra del *Quis multa gracilis* (oda V, lib. I) hecha en romance de versos fáciles y no indignos de su autor.

¿Quién es, hermosa Pirra,
El mancebito tierno,
Que de aguas olorosas
Rociado su cuerpo,
Sobre el lecho de rosa,
En oculto aposento,
Se enardece y te abraza
Con lazos muy estrechos?

.....

[p. 81] Yo ya de mi naufragio
He colgado en el templo
Una tabla pintada
Con el voto cumpliendo,
Y al Dios del mar he dado
Mis vestidos deshechos
Y que saqué mojados
De los pasados riesgos.

Diario de Sevilla 1793, n.º 2. Por J. G. G.

Vitas hinnuleo me similis, Chlöe.— Od. I, 13

Huyes de mí tú, Cloe,
Cual tierna ciervecilla
Que busca por los montes
A su madre perdida
Y se asusta del viento
Y de la selva misma,
Que sus pies se estremecen,
Su corazón palpita
Si se agitan las hojas

Del aire sacudidas
O si el lagarto mueve
La zarza donde habita.
No te sigue mi anhelo,
Como león de Libia
O cual tigre de Hircania
Por quitarte la vida.
Y así, mi dulce Cloe,
No seas tan esquiva;
Deja a tu madre un poco,
Pues eres ya mocita.

Diario de Sevilla. Año 1793, n.º 25.

[Vid. H. E. I, 143 y 145 II, 416.]

[LIII.] GONZÁLEZ, Juan Gualberto.—Sin l. y sin a.

Exegi monumentum. —Od. III, 30

Ya monumento levanté sólido
Más que de bronce: más elevado
Que las egipcias regias pirámides:
Que a derruirlo, ni la intemperie,
[p. 82] Ni de Aquilones la saña fiera
Sean poderosas: ni de los años
La serie innúmera, ni la callada
Acción del tiempo. Cierto presumo
No morir todo; que mucha parte
De mí sujeta, no está a la rígida
Ley de Libitina. Siempre recientes
Irán mis glorias acrecentándose,
En cuanto suban al Capitolio
Con el pontífice las castas vírgenes.
Donde el estrépito suena del Aufido,
Y do los áridos rústicos pueblos
Gobernó Dauno, de humilde y mísero
Rey poderoso, dirán que el príncipe
Soy de los líricos; yo que el primero
La patria cítara templé al unísono
Con la de Lesbos. Bien puedo ufano
Ir de esta fama debida al mérito.
Y tú, Melpómene, ciñe benévola
Mi altiva frente del lauro délfico.

[Vid. H. E. I, 143 y 145, y II, 416.]

LIV. GONZÁLEZ, Juan Gualberto.—Lisboa, 1857.

Rectius vives.— Od. II, 10

Mejor, Licinio, irás ni siempre en alta
Mar engolfado, ni por miedo huyendo
De la tormenta, o la dolosa orilla

Muy acostado.

El que tranquilo en su mediana esfera
No va sus lares sórdidos del humo,
Ni con envidia los dorados techos;

Ése es dichoso.

Al pino erguido agitan más los vientos:
Con más estrago las excelsas torres
Vienen al suelo, y en las altas cimas

Caen los rayos.

El feliz teme, espera el desgraciado
Cambios de suerte, apercebido el pecho:
Que si oscurece Júpiter el día,

Él le serena.

No porque triste el mal presente lloras,
Que dure temas: la callada lira

[p. 83] Pulsa ya Apolo, ni tendido el arco

Siempre mantiene.

En la borrasca, firme y animoso
Varón te muestra; y si feliz navegas,
Amaina y cauto esconde los henchidos

Linos al viento.

Esta notable y exactísima traducción en el mismo número de versos que el original, no figura en las obras del eminente humanista D. Juan Gualberto González. Se imprimió en la *Revista Peninsular*, volumen II, Lisboa, 1857, typographia de Castro et Irmao, pp. 283-284.

[Vid. H. E., I, 143-145 Y II, 416]

LV. ANÓNIMO.—Murcia, 1795.

Integer vitae.— Od. I, 22

Traducción con título de *Anacreóntica*, publicada en el *Correo Literario de Murcia*, tomo VIII, p. 101-102.

Fusco, el de vida justa

Y exento de mancilla,
No ha menester los dardos
De la Nación Morisca:
No del tirante nervio
Ni del carcax de Cipria,
Preñado horror de harpones
Que basiliscos vibran.
Bien vaya por las sirtes
De la abrasada Libia,
O por el inhumano
Cáucaso de la Scytia,
O en fin por los lugares
Que riegan cristalinas
Del fugitivo Hidaspes
Las fabulosas Ninfas;
Pues mientras a mi amada
Lálage encarecida
Canto en la verde selva
De la región Sabinia,
Ya sin tener cuidados
Salgo de mi alquería
[p. 84] Y al lobo hago sin armas
Que escape, y no me embista:
Monstruo cual no alimenta
Ni la frondosa encina
De la guerrera Daunia
Curso del claro Aufida,
Ni de Juba le engendran
Los arenosos climas,
Tierra madre de leones
Que en su aridez se crían:
Ponme en el campo helado
Del tramontano cimbra (sic)
Donde ninguna planta
Goza del aura estiva,
Playa boreal del mundo
Que molestar se mira
De los polares cierzos,
Nieblas y nieves frías,
O baxo el Delio carro
De la solar quadriga
En la abrasada zona
De habitación esquiva,
Siempre he de amarte bella
Lálage peregrina,
O bien benigna hables,

O bien alegre rías.

Correo Literario de Murcia, que principió en 1.º de Septiembre. Año de 1792. Sobre varios asuntos correspondientes a la Política, Física, Moral, Ciencias y Artes. Otium sine litteris mors est. Tomo octavo que comprehende Enero, Febrero, Marzo y Abril de 1795. (Viñeta que representa una repisa triangular sustentando un tintero, una bujía, un libro y un jarro, y en cuyos vértices, de derecha a izquierda, se hallan las iniciales B. Z. M., que corresponden a los tres literatos murcianos redactores del periódico: Bado (don Luis Santiago), Zamorano (D. Manuel Clemente González) y Meseguer (D. Francisco). *Murcia: En la Imprenta de la Viuda de Felipe Teruel. Vive en la Lencería.*

La colección completa de este raro e importante periódico consta de diez tomos y alcanza hasta diciembre de 1795. Yo sólo tengo los seis primeros; he visto los tres últimos en la librería de mi amigo el Conde de Roche (Murcia).

Hay una impresión anterior de 1788, aparecida con las [p. 85] iniciales P. A. S. G. en el *Espíritu, de los mejores diarios literarios que se publican en Europa*, núm. de 14 de abril.

L.VI. ANÓNIMO. (B. M. A.).—Valencia, 1795.

Intactis opulentior. III, 24

Paráfrasis de la oda 24 del libro III de Horacio Flaco, en la qual reprehende los vicios de su siglo, y propone el medio de remediarlos.

Aunque con más haberes
Te halles que los intactos
Tesoros que poseen
Los Árabes e Indianos,
Y ocupes con tu hacienda
Los cerúleos espacios
De todo el mar Tyrreno
Y el Apulico vasto:
Si esto no obstante, fixa
Sus diamantinos clavos
La mísera indigencia
Sobre el lugar más alto;
Nunca del justo miedo
Se aparte tu cuidado,
Ni de la muerte cierta
Vivas nunca olvidado.
Los campesinos Scythas
Viven más bien hallados
Fabricando sus casas
Sobre ambulantes carros:
Y los feroces Getas,

Cuyos sin lindes campos,
Trigo y frutos les rinden
Al libre arbitrio humano.
No ejercen el cultivo
Por mucho más de un año:
Y en llegando al fin de éste
Entra otro a reemplazarlos.
Allí, pues, la madrastra
Estima al entenado,
Que de su amada madre
El cielo le ha privado:
Ni la consorte rica
[p. 86] Rige al marido honrado,
Ni quebranta a su esposo
La fe y amor jurado.
Siempre fué el mejor dote
El honor heredado,
Y la castidad santa
Que en fuerza del tratado
Excluye desde luego
A otro varón extraño.
No pasa el adulterio
O con muerte es pagado.
Quien atajar quisiere
Los civiles estragos,
O quiera en sus estatuas
Que se vea grabado
De Padre de la Patria
El honroso dictado,
La indómita licencia
Vaya a enfrenar osado,
Haciéndose famoso
En los futuros fastos,
Pues la virtud presente
Zelosos detestamos,
Y la encontramos menos,
Si ausente la miramos.
¿Quién tal maldad creyera
En corazón humano?
¿De qué sirven querellas
Si no se corta el daño?
¿De qué sirven las leyes,
Si el vicio está imperando?
Si ni en la zona ardiente,
Ni en el opuesto lado,
Donde la blanca nieve

Todo lo está ocupando,
Dexa de entrar ansioso
El Mercader, buscando
Qué dar a la codicia
Que le está dominando
Y astuto el marinero
Vence el undoso charco.
Es el del hombre pobre
Afrentoso dictado,
Que a cometer obliga
Cualquiera desacato,
[p. 87] O a sufrir con tormento
El ser vilipendiado,
Si el camino no dexa
De la virtud, que es arduo;
O bien del Capitolio
Se suba a lo más alto,
Donde las voces llaman
De nuestro honor y aplauso;
O bien al mar se arrojen
Las piedras, oro y mármol,
Materias con las cuales
Nuestro pesar labramos.
Si se detesta el vicio,
Se han de arrancar de cuaxo
Las pésimás raíces
De la codicia y fausto,
Y en sus varoniles juegos
Hemos de exercitarnos;
Porque nos tiene el vicio
Bastante afeminados.
El noble e ilustre niño,
De la enseñanza falto,
Ni es cazador, ni sabe
Tenerse en un caballo;
Sólo es diestro en el juego
De la peonza o mallo,
O en cualesquiera otro
De fortuna, privado
Por las leyes que miran
Por el bien del Estado.
Siendo perjuro el padre,
Con sus viciosos tratos
Sacrifica al amigo
Engaña a su asociado,
Aprisa, y con usuras

Dinero acaudalando,
Sin reparar que es todo
Para un hijo malvado.
De aquesta suerte se hace
Un caudal extremado;
Mas siempre nos parece
Que aun no tenemos hartos.

Diario de Valencia, 9 de septiembre de 1795.

[p. 88] LVII. ANÓNIMO.—Valencia, 1797.

Qui fit, Maecenas. Sát. I, 1

Paráfrasis de la Sátira Primera de Horacio Flaco a Mecenas, en que le dice: «Que todos los hombres, en especial los avaros, están malcontentos con su suerte.»

Mecenas, ¿me dirás en qué consiste
Que nadie está contento en el estado
Y condición que su elección, su suerte,
O su razón le tienen colocado;
Y que el del que distinto empleo exerce
Alaba e impaciente está deseando?
¡O afortunados Mercaderes! dice
Con tristeza el soldado veterano,
Agobiado del peso de sus armas,
Y de tantas fatigas abrumado,
En carrera tan larga y tan penosa.
¡O dichosos mil veces los soldados!
Dice ya el Mercader que sus baxeles
Por una tempestad ve destrozados;
Porque al fin son muy breves sus alarmas,
Pues si se ve a un ataque precisado,
Entre la muerte y entre la victoria,
Un momento decide de contado.
El abogado que a sus litigantes
Oye al amanecer que están tocando
A su puerta por ver si prontamente
Lograrán de sus pleytos el despacho,
Incorporándose, y medio dormido,
Al Labrador envidia, sin embargo.
Cuando este Labrador se halla afligido
De una fianza que le obliga al pago,
Y a dexar la quietud de su alquería
Para ir a la ciudad; y está hecho cargo,

Solos son los dichosos los que gozan
Del pasatiempo y del deleite urbano;
Si los exemplos que hay por este estilo
Se refirieran, se cansara Fabio,
Hombre el más hablador que se conoce;
Pero para ahorrarte tan cansado
Y prolixo detalle, escucha atento
El concepto que yo me he figurado.
Si algún Dios a la tierra descendiese,
[p. 89] Y dixese: aquí estoy, id suplicando
Todo cuanto queráis, pues indulgente
A complaceros hoy, aquí he baxado;
Y empezando a exercer beneficencia,
Le dixera ante todos al soldado:
«Tú serás Mercader, y tú que ahora
Te encuentras labrador, serás letrado:
Y que luego, id a Dios, dixera a todos,
Ya vuestras profesiones he cambiado
Según me habéis pedido y deseabais:
Gustosos estaréis ya en vuestro estado.
Idos... mas qué... ¿qué es esto? ¿qué os detiene?
Ni ninguno se mueve, ni da un paso;
Antes bien están todos todavía
La pretendida dicha rumiando.
¿Y podrá con razón Jove divino
Tan iracundo como soberano
Enojarse contra ellos, y mostrarles
Que no prestará oídos tan humano
A lo que se le pida en lo futuro?
¿No será este motivo bien fundado
Para que yo prosiga discurrendo
De estas cosas, riéndome y burlando
De continuo, como hace el que refiere
Frívolas burlas y chistosos casos,
Aunque sean mis críticas mentira?
Así como el Maestro cuerdo y cauto
Da a las veces a un niño algún barquillo
Para hacerle aprender con más cuidado,
Y más facilidad los rudimentos
De las primeras letras; así hablamos
Nosotros de las cosas importantes,
La moral con la chanza interpolando.
Aquel labrador, pues, embebecido
Con el continuo e ímprobo trabajo
De sus tierras: aqueste posadero
Tan grande enredador: este soldado,

Y este audaz marinero que está siempre
Los mares más expuestos navegando:
Todos dicen que sufren los afanes
Y las penas continuas de su estado,
Con el fin de adquirir alguna hacienda
Con que pasar en paz, y descansado
La penosa vejez, según la hormiga
Mostrándonoslo está todos los años
Porque ella, aunque pequeña y despreciable,
[p. 90] De economía al hombre le es dechado.
Trabaja este animal con su boquita,
Aumentando el montón que ya ha formado,
Presintiendo discreta lo futuro;
Pues en el punto que contrista Aquario
Con la lluvia, la nieve, y la intemperie
Los últimos períodos del año,
Se aprovecha de una hora favorable,
Y recoge y encierra con cuidado
En su almacén las prevenciones, y ella,
En su hogar y retiro subterráneo
Disfrutando, y comiéndose tranquila
Todo cuanto acopió por el verano.
La Hormiguita procede sabiamente,
Al paso de que en ti estoy observando
Que ni el Canicular con sus calores,
Ni el invierno con fríos extremados,
Ni los peligros del salado golfo
Ni el acero ni el fuego pueden tanto,
Que aborrecer te hagan las ganancias,
Ni reprimir tu genio tan avaro,
Y esa sed insaciable de tesoros,
Pues ni hay inconvenientes, ni embarazos
Que no esperes tú por ver si puedes
Impedir que otro sea afortunado.
Tú acumulas solícito riquezas
Sobre riquezas, y con gran recato
Las escondes, viviendo de continuo
Con el mayor temor y sobresalto
De que alguien las descubra. ¿Y qué ventaja,
Ni provecho te sigue, mentecato,
De estas riquezas? Si te sirves de ellas,
Creerás de que van ya de contado
A convertirse en nada, y si no quieres,
Disfrutarlas, ¿qué cosa has encontrado
Tan bella en un montón de oro y de plata?
¿Si tus tierras te dieran cada un año

Cien mil fanegas de excelente trigo,
Podría caber más en el espacio
De tu vientre que pueda en el del mío
Caber para el sustento necesario?
¿Te parece tendrá la mejor parte
Entre una tropa y multitud de esclavos
El que les trae el pan que el que ninguna
Cosa hizo por ellos, ni les traxo?
Dime, pues, por tu vida, ¿qué le importa
[p. 91] Al hombre que se ve ya limitado
Desde que nació al mundo con las duras
Y precisas urgencias el ser amo
De doscientas yugadas de labores,
O el formar de dos mil su mayorazgo.
El gusto de tener en abundancia
Un género que llega a andar escaso
Y por el que suspira el pueblo todo.
Si en el poco que tengo yo acopiado
Tengo bastante para mi alimento;
¿Por qué prefieres tú tu extraordinario
Y abundante granero, a mis pequeños
Y precisos costales o canastos?
¿Si tú necesitaras solamente
De un vaso de agua, y no de un grande jarro,
Dirías: Quiero más ir a buscarla
A un río caudaloso y muy hinchado,
Que a una humilde y pequeña fuentecilla?
¿Qué le sucede pues a los avaros
Que desean nadar en la abundancia?
Lo mismo que a los que a un río inclinados
Para sacar el agua que desean,
La rapidez y el ímpetu extremado
De la corriente los arranca y lleva
Junto con la ribera, y al contado
Se los traga voraz en su hondo seno.
Mas uno que practica lo contrario,
Reglando las urgencias que padece
A la escasez que le ha salido al paso,
Imita al que prudente se contenta
Con apagar su sed o su cansancio
En el más despreciable riachuelo,
O en el arroyo que supera un salto,
Sin exponerse en él a beber agua
Cenagosa, o quedarse allí anegado.
Mas a la mayor parte de los hombres
Les domina el furor más insensato

De acumular riquezas, y ellos dicen,
Con su pasión y vicio alucinados:
Nunca se tiene, pues, lo suficiente;
Porque en el día el hombre es estimado
A proporción del tren y los caudales
Que posee. ¿Y qué haríamos de este rango
De gentes? Yo entiendo que el partido
Más laudable será el abandonarlos
A su desdicha, ya que de ellos mismos
[p. 92] Nace el quererse hacer tan desdichados.
Tal fué un cierto Ateniese, hombre muy rico,
Pero que fué con todo muy avaro,
Y se puso no obstante en el peligro
De ser de toda Atenas el escarnio.
El pueblo, pues, decía por las calles
Saca burla , y también me va silbando;
Pero yo en mi retrete y a mis solas
Me río, lo celebro; y me complazco
De ver la dicha de que yo disfruto,
Mis talentos y escudos contemplando.
Tántalo sin cesar corre al alcance
Tras las aguas de un río, y empeñado
Está en cortarlas, si posible fuera,
Y sus corrientes detener. Reparo
Que riéndote estás. ¿De qué, te ríes?
Si de Tántalo tú eres su retrato,
Y no te diferencias de este necio
Sino en que están los nombres cambiados.
Puesta la boca abierta solamente
Sobre las tazas de oro que has labrado,
Aunque a costa de usuras y maldades,
Sin osar a tocarlas, con recato,
Como cosas sagradas, no las gozas
Más que como un curioso está gozando
De sus pinturas. ¿Quedas persuadido
Ya para lo que sirven los sobrados
Haberes y riquezas, y en qué forma
Debe de ellos usarse? Pon el cambio
Con pan, aceite, vino, con legumbres,
Y demás para el hombre necesario.
Tú el único provecho que reportas
De tus riquezas es estar velando
Noche y día, aturdido y cuidadoso,
Por evitar el verte ya asaltado
De ladrones, ya de un cruel incendio,
Ya evitando te quiten tus esclavos

Los talegos; si tanto pena un rico,
Yo pobre quiero estar y descansando.

AVARO

Mas si el frío que a veces se anticipa
La grande calentura presagiando,
O cualquiera accidente repentino
Te obliga a guardar cama, ¿hará al caso
[p. 93] Tener gentes que te hagan compañía,
Que te den un consuelo en tus trabajos,
Que te llamen al Médico, y le empeñen
A que ponga contigo su cuidado
Dándote la salud para consuelo
De tu familia e hijos tan amados?

HORACIO

Pues a ti tu familia te aborrece:
Ella quisiera verte ya enterrado;
Porque eres el horror de tus vecinos
Y de en cuantos contigo tienen trato,
Y hasta niños y niñas te maldicen.
¿Qué, por ventura te has sobresaltado?
No hay más natural cosa: ¿Cómo quieres
Que ellos te amen a ti, mientras que avaro
Ames tú solamente las riquezas?
Aunque naturaleza a ti te ha dado
Otros tantos amigos que parientes,
Mas hacer lo restante ya a tu cargo
Queda, si mantenerles y agradecerles
Quieres; pues sabes tú que los cuidados
Que tú te tomarías, por lo mismo,
Inútiles serían; y a pensarlo
Te reconocerías desde luego
Por el más infeliz y desdichado
De todos los mortales. Mas yo espero
Que límites pondrás al vicio insano
De tu avaricia: y puesto que ya tienes
Lo que tanto deseabas, no hagas caso
De ninguna otra cosa, ni te afanes
Sólo por el reposo y el descanso.
Cuanto más bienes tengas, menos debes
Creer que llegar puedes a estar falto
Del preciso sustento y la decencia,
Y no hagas lo que Umidio, que fué tanto

El dinero que tuvo que a medirlo
Por fanegas llegó; mas tan avaro
Que en el vestido no se distinguía
Del más humilde y despreciable esclavo;
Y hasta el postrero y último suspiro
Siempre temió de la hambre los estragos.
Mas la esforzada acción de su Liberta,
Con más audacia y más desembarazo
Que las griegas Helena y Clytemnestra,
[p. 94] De un golpe de cuchilla separando
Su cabeza del cuerpo, de tal peso
Aligeró todo el consorcio humano.

AVARO

¿Pues qué partido quieres que yo tome?
¿Pretendes por ventura, amigo Horacio,
Que tan pródigamente viva como
En otro tiempo Menio y Nomentano?

HORACIO

Tú sigues solamente tu defensa
De uno en otro extremo declinando.
Yo no digo que pródigo te ostentes
Cuando te digo que no seas avaro,
Pues hay mucha distancia entre el carácter
De *Tanais* y el del padre mentecato
De Viselio. Porque todas las cosas
Tienen un medio, y éste es comparado
A un punto fijo del que no se puede
Declinar, pues, ni a uno ni a otro lado
Sin dar con el error y precipicio.
Mas ya se hace preciso que volvamos
Al mismo tema de donde salimos.
¿Es posible que no hay en todo el vasto
Distrito de este mundo, hombre menos
contento con su suerte que el avaro?
¿Y que se encuentra siempre más ventaja
En el ageno que en el propio estado,
Consumiéndonos siempre con la rabia
De ver a otro mortal más exaltado?
¿No pondremos, pues, nunca nuestros ojos
Sobre otros muchos de los ciudadanos,
Que aunque algo menos ricos y opulentos

Son hombres de más honra y mejor trato
Que nosotros, que sin cesar vivimos
Con la mayor zozobra, meditando
Por qué modo o camino su fortuna
Podremos estorbarles, y observando
La de otro cualquier para la muestra,
Como el mayor y más fuerte embarazo?
Nosotros procedemos de igual modo
Que en la carrera el rápido caballo
Que intenta adelantarse a la carroza
[p. 95] Que le corre delante, y va arañando
Sus vencedoras ruedas, del cochero
Experto en su manejo coadyuvando,
Viéndose vencedor del que vencía
Pasa por junto a él sin hacer caso
De sus furores, pues en un minuto
Les vence, y ya no teme sus contrarios.
De lo que nace que es cosa difícil
El que se encuentre un hombre en nuestro caso
Que diga que ha vivido felizmente,
Y que por bien vivido y empleado
Dé el tiempo que pasó, y que dexé el mundo
Como dexa la mesa un convidado
Después que de un opíparo banquete
Se levantó. Mas ya he moralizado,
O Mecenas, bastante esta materia,
La que mucho desficio (sic) te habrá dado.
Ya acabé de decir; pero temiendo
Que censures mi obra con enfado,
Y llegues a decir que la gabeta
Del zahiriente Crispín he saqueado.

Correo de Valencia. Núms de 2, 6, 13 y 20 de octubre de 1797.

LVIII. ANÓNIMO.—Valencia, 1798.

Sic te diva.— Od. I, 3

Nave, que mereciste se fiase
Para ser conducido
De ti, Virgilio: así te encaminase
La que es Reina de Gnido
Y de Chipre deidad bien poderosa:
Así los rutilantes
Astros hermanos de la Helena hermosa,
Y el de los tumultuantes

Choques del aire dueño, aprisionando
Los vientos que no sean
Los vendavales te fueren guiando
Y según lo desean
Mis ruegos, restituye de la tierra
De Ática salvo, y cuida
De conservar al que es mi media vida.

Valor y peto de tres dobles tuvo,
El que la nave frágil
Al mar terrible confiado hubo
[p. 96] El primero, y al ágil
Áfrico, Atleta de los Aquilones
No temió, ni espantaron
Las Hiadas lluviosas, ni impulsiones
Del Noto amedrentaron,
Viento tan dominante de las olas
De Adria, que el encresparlas
Tan a su arbitrio está como el calmarlas.

¿Qué género de muerte temería
El que con ojo enjuto,
Con la mayor frescura y valentía
Vió el escamoso bruto
Nadar, y al mar hinchado,
Y a la chimera, escollo abominado?

En vano la divina inteligencia
Dispuso no tuviesen
Las tierras entre sí correspondencia,
Y que se dividiesen
Unas de otras, el agua interponiendo,
Si el perverso navío
Salva el terrible escollo y el bajío,
Y el hombre despechado
Pronto a sufrir, penetra lo vedado.
Osado el hijo de Japhet el fuego
Traxo al mundo robado
Del alcázar celeste, y desde luego
La tierra este pecado
Pagó con que la amarillez sobre ella
Y un extraño tropel
De males se esparcieron, y que aquella
Necesidad tardía
De morir abreviase paso y vida.

Vió Dédalo con alas que no fueron
Al hombre conocidas
Del aire el gran vacío: entrar hicieron
Las fuerzas desmedidas

De Hércules por el lúgubre Aqueronte.
En fin, nada hay que sea
Difícil al mortal; aun hasta el monte
Olympico desea
Nuestra locura herir, no permitiendo,
Por nuestros atentados,
Que los rayos de Jove estén parados.

Diario de Valencia, 10 de noviembre de 1798.

[p. 97] LIX. ANÓNIMO.—Valencia, 1798.

Delicta majorum.—Od, III, 6

Paráfrasis de la oda sexta del libro III de Horacio Flaco a los Romanos, en que demuestra que el menosprecio de la Religión y la corrupción de las costumbres, son las únicas causas de todas las calamidades que habían afligido a Roma.

Tú pagarás, Romano,
Aunque no has delinquido,
De tus antepasados
Las maldades y vicios,
Mientras que no repares
Los templos y edificios
Ruinosos, de los Dioses,
Con sus ennegrecidos
Simulacros, del humo
E incendio embravecido
De la guerra intestina.
Porque estás sometido
A los Dioses superiores
Obtienes el dominio
De todo el universo;
De aquí traen principio
Tus prósperas empresas,
Y triunfos sucesivos.
Los Dioses despreciados
A Italia han oprimido
Siempre con muchos males.
Por dos veces vencidos,
De Pacoro y Moneses
La afrenta hemos sufrido,
Pues rechazar lograron
Nuestra embestida y brío,
Y alegres aun celebran

El haber añadido
A sus pobres collares
Los refulgentes brillos
Del oro, y las preseas
Que nos habían cogido.
El Etíope y Dacio
Hubieran destruído
A la discorde Roma,
Si así hubiera seguido
[p. 98] Con las civiles guerras
Y males intestinos,
El uno, por su Armada
Terrible, muy temido,
Y el otro adelantado
En los flecheros tiros.
Fecundos de maldades
Nuestros funestos siglos,
Mancilló de contado
Los tálamos más limpios,
Las casas y familias,
El adulterio iniquo;
Derivado el estrago
De esta fuente, al proviso
Corrió, e inundó la patria
Y el pueblo pervertido.
La doncella ya adulta
Aprende con ahinco
Jónicas contradanzas
Por voluptuoso estilo;
Y ya en los tiernos años
Sus miembros tierneçitos
Se amoldan y exercitan
Para adquirir más brillo,
Y del Amor impuro
Su pecho es poseído.
La juventud procreada
De padres tan lascivos,
No tiñó el mar con sangre
Del púnico enemigo;
Ni venció al grande Anibal,
Ni al invencible Pirro,
Ni a Antíoco el soberbio:
Tal gloria en otro siglo
A Roma le fué dada,
En el que fuertes hijos
De rústicos soldados,

Hechos y endurecidos
En trabajar la tierra
Con azadón sabino,
Y a cargarse a la espalda
Por el orden prescrito
De su severa Madre
Los leños recogidos,
Al trocar Febo hermoso
Con sua diurnos giros,
[p. 99] Las sombras de los montes,
Y cuando al Buey uncido,
Y cansado, le quita
El yugo en que oprimido
Trabajó todo el día
Y con su fugitivo
Carreo, trayendo al pobre
Trabajador rendido
El amado descanso
Y el sueño apetecido.
¿Qué es lo que no consume
El tiempo y el destino?
La edad de nuestros Padres,
Peor, según opino,
Que la de los Abuelos,
Sin disputa nos hizo;
Y nuestros descendientes
Ya amarán más el vicio.
¡O tiempos ya pasados,
O venturosos siglos!

Diario de Valencia, 26 de febrero de 1798.

LX. ANÓNIMO.—Valencia, 1799.

Oh navis.— Od. I, 14

¡Oh Nave, a quien las nuevas
Olas te volverán al mar profundo!
Mas ¡ay! ¿qué es lo que pruebas?
Veloz ocupa el puerto tan fecundo:
¿Qué, no ves tu costado
De todo remo, o Nave, despojado?
¡Cuál crujen las antenas!
¿Qué es del Ábrego el mástil lastimado?
¿Que sin cuerdas, apenas
Las quillas sufrirán el mar airado?

No tienes vela entera;
No Dioses a quien llames placentera.
Aunque póntico pino
Hijo de noble selva, tú altanero
Te jactes de tu Euxino;
Ni en el linaje y nombre, el marinero
Temeroso en su vía,
Ni en las pintadas popas jamás fía.
[p. 100] Pues guárdate si quieres
Evitar ser juguete de los vientos;
Tú que la causa eres
De mi deseo, y que antes sentimiento
Me diste, y grande cura,
Las bellas Cycladas evitar procura.

Nota. —Aunque esta oda se encuentra ya traducida por excelentes Poetas Castellanos, como Almeyda, Sánchez Brocense, Espinosa, León y otros; con todo la rigurosa fidelidad de la presente traducción disimulará, quizá en parte, la inferioridad de su mérito.

Diario de Valencia, 20 de febrero de 1799.

[LXI.] Z. A.—Madrid, 1799.

Diffugere nives.— Od. IV, 7

Huyeron ya las nieves y los campos
Brillan segunda vez con las doradas
Espigas y la grama; de sus hojas
Los árboles se cubren y la tierra
Toma distinta faz, y las corrientes
De los ríos ya menguan
.....

Diario de Madrid. Septiembre, 1799. Por Z. A.

[LXII.] ALCOVERRO, Vicente.

[*Notas biográficas sobre este traductor e informe de Moratín (D. Leandro), sobre sus traducciones.*] [\[1\]](#)

DECRETO MANDANDO A MORATÍN EXAMINAR LA TRADUCCIÓN DE LAS «ODAS» DE HORACIO DE ALCOVERRO.—1800.

(Arch. Hist. Nac.—Estado. Leg. 3.234.)

(MINUTA)

«Palacio, 25 de enero de 1800.

A D. Leandro Fernández de Moratín.

El Rey quiere que examine V. S. los cinco cuadernos [p. 101] adjuntos de la traducción de las *Odas de Horacio*, que ha presentado D. Vicente Alcoverro, [1] y que diga V. Si si la halla digna de la luz pública. Dios guarde a V. S., etc.»

INFORMES DE MORATÍN SOBRE LA TRADUCCIÓN DE LAS «ODAS DE HORACIO» DE D. VICENTE ALCOVERRO.—1800.

(*Arch. Hist. Nac.*—Estado. Leg 3.224.)

«Excmo. Sr.—En cumplimiento de la orden de S. M. que V. E. se sirvió comunicarme con fecha del 25 del pasado, [p. 102] mandándome en ella que examinase la traducción castellana de las *Odas de Horacio*, hecha por D. Vicente Alcoverro, y que dijese si me parecía obra digna de publicarse, me propuse emprender [p. 103] este examen; pero hallé que desde los años de 1796 y 98 tiene concedida licencia del Consejo D. Gabriel de Sánchez para imprimir dicha traducción, la cual en aquel tiempo fué vista y censurada de orden del mismo Consejo y se creyó digna de la luz pública. Todo ello consta por las licencias originales que he hallado dentro de la misma obra, y no pareciéndome que el autor pueda solicitar más, teniendo ya cuantas facultades necesita para imprimirla, lo pongo en noticia de V. E. para que, enterado de ella, se sirva decirme si gusta que le devuelva los cinco cuadernos de la mencionada traducción y la licencia del Consejo que vinieron adjuntas.

Ntro. Sr. gde. la vida de V. E. ms. as.—Madrid, 2 de febrero de 1800.—Excmo. Sr. —*Leandro Fernández de Moratín*— Excelentísimo Sr.—D. *Mariano Luis de Urquijo*. »

DECRETO DEL MARQUÉS DE URQUIJO

«2 de febrero de 1800.

Como este hombre quiere dedicarlas a la Reina, diga Moratín si la traducción lo merece.» [p. 104]
INFORME DE MORATÍN

«Excmo. Sr.—Muy Sr. mío y de mi mayor respeto: He visto la traducción de las *Odas de Horacio* que V. E. se sirvió remitirme de orden de S. M. para que le informase acerca de su mérito y le dijese si la creía digna de la luz pública.

Examinada esta obra, que remito adjunta, con todo el rigor de una crítica escrupulosa, se hallarán muchos pasajes del original mal entendidos por el traductor; unos son flojos, duros y faltos de armonía, frases y palabras que descubren demasiado el país en que se escribieron, confusión y obscuridad en muchas expresiones, redundancia y pompa vana en lo que más energía y concisión

pide, estilo humilde y desaliñado, no pocas veces. Las notas que acompañan a la obra, serían más útiles si en vez de reducirse las más de ellas a la explicación de voces mitológicas, históricas y geográficas, que se hallan en abundancia en cualquiera de los comentadores de Horacio, se dirigiesen a manifestar el mérito de este gran poeta, y explicar el artificio de sus composiciones, analizándolas con el auxilio de la filosofía y haciendo ver la admirable estructura del mayor número de ellas; modelos de perfección que no ha podido obscurecer el largo curso de tantos siglos.

A pesar de estos defectos, que he creído hallar, debo decir a V. E. que no me parecen tales que deban impedir la publicación de esta obra.

Nadie hasta ahora se ha atrevido a traducir completamente en verso español las Odas de este gran poeta lírico latino, y aunque algunos de nuestros mejores poetas nos han dado en castellano una u otra de sus composiciones, ninguno se ha juzgado capaz de llevar al fin la difícil empresa de traducirlas todas.

Esta consideración hace muy estimable el trabajo que ha tenido D. Vicente Alcoverro, y es plausible atrevimiento el suyo; si se advierte que a él se le debe la primera traducción en verso de las *Odas de Horacio*, y que en ella, a pesar de algunos defectos, que más prueban en favor del original, que en descrédito de la copia, se hallan muchos pasajes felizmente expresados en castellano y dignos de la aprobación de los inteligentes.

V. E. que sabe lo que importa al progreso de las buenas letras, [p. 105] la continua lectura de los poetas antiguos, conocerá cuánto es preferible el estudio de quien se dedica a ilustrarlos y hacer más conocidas sus perfecciones, que el de tantos escritores ignorantes, a quienes debemos la general inundación de libros inútiles que no tenían más disculpa de haberse escrito, que la de ser incapaces de hacer otra cosa los que gastan su tiempo en tales fruslerías.

Soy, pues, de opinión que la traducción de las Odas de *Horacio* escrita por D. Vicente Alcoverro, merece imprimirse, y ojalá este ejemplo estimulase a nuestros buenos ingenios para que, publicando otras más dignas, obscureciesen prontamente el notorio mérito de esta

Dios gde. a V. E, ms. as.—Madrid, 29 de marzo de 1800 . —Excmo. Sr.—*Leandro Fernández de Moratín*.— Excmo. Sr.—Don *Mariano Luis de Urquijo*. »

[Vid. H. E., I, 133.]

LXIII. ANÓNIMO.—Ms. en la Biblioteca Nacional.

Sátiras

Muchas veces se han puesto en verso castellano las *Odas* de Horacio y su *Epístola a los Pisones*, mas pocas sus *Sátiras* y restantes *Epístolas*; bastante obscuras por estar escritas en un lenguaje modelo de concisión y llenas de alusiones a costumbres e ideas de la época, ofrecían no pocas dificultades; así que hasta los últimos años del siglo XVIII solamente traducciones parciales se habían hecho. Una que comprende todas las *Sátiras*, y notable por cierto, se encuentra en la Biblioteca Nacional. [1]

Ignoro quién la hizo; por estar acabada, según parece, en Calatayud al comenzar el año 1800 y decir en el prólogo su autor que ya había publicado las *Odas* de Horacio, pudiera atribuirse al extravagante aragonés D. José Mor de Fuentes, quien, en efecto, había dado a la luz el texto latino de aquéllas; sin [p. 106] embargo, dudo mucho que Mor de Fuentes tuviese el buen gusto que resplandece en esta versión. Hecha en variedad de metros acomodados al asunto de cada sátira, bien interpretado generalmente el original, en un lenguaje propio y castizo libre de latinismos, es comparable a la que de D. Javier de Burgos publicó algunos años después. Algo redundante es a veces; así estas palabras de Horacio (Sát. VIII, lib. II):

*Sicut mihi numquam
ni vita fuerit melius*

las traduce en los siguientes versos:

Horacio amigo
sinceramente y en verdad te digo
que cosa más alegre y divertida
ni la he tenido ni tendré en mi vida.

Otras veces suprime lo que hay de obsceno y expuesto en términos que hoy parecerían malsonantes.

El autor de esta traducción dice en el Prólogo: «Advierto a los lectores que en esta segunda parte de la obra me he visto obligado a mudar de método... reduciéndose a tres tomos solamente. En esta segunda parte precede el texto de Horacio, igualmente correcto que en la primera; sigue luego la traducción y después de ésta, las notas. Calatayud, 9 de febrero.»

SÁTIRA I, 1

¿Cómo es, Mecenas, que en el propio estado
O que la suerte o la elección le ha dado
Ninguno está contento, y comúnmente
Alaba al del empleo diferente?
Del peso de las armas oprimido
Y de largos trabajos quebrantado,
Oh feliz mercader, dice el soldado
El mercader al ver que enfurecido
Bate el Austro a su nave con violencia,
A la milicia da la preferencia,
Porque al fin, dice, al empeñarse el choque
Una hora la suerte del soldado
Decide, o bien le toque
Una alegre victoria o pronta muerte.

.....

Murió el cantor Tigelio y en su muerte
Llevaron los congresos de flautistas,
Mendigos, charlatanes
Con otros ganapanes de igual suerte,
Porque era hombre benigno y generoso.
Otro por el contrario temeroso
De pasar por un pródigo no quiere
Socorrer compasivo
Al amigo que de hambre y frío muere.

.....

SÁTIRA I, 3

Tienen el vicio todos los cantores
Que si a cantar alguna vez les ruegan
Sus amigos mayores
Siempre constantes a cantar se niegan.
Si empiezan sin rogarles los que asisten,
Es bien sabido que jamás desisten.
Así Tigelo de Cerdeña hacía
Aunque el César capaz solo a obligarlo
La amistad de su padre interponía
Y la suya jamás pudo ablandarlo.

.....

SÁTIRA I, 4

Aristófanes, Eupolis, Cratino
Y otros poetas que inventores fueron
De la antigua comedia, al asesino,
Adúltero y ladrón los describieron
Cual merecían serlo, y a cualquiera
Que infame por algún delito fuera
Al público exponían libremente.
En esto consistió todo el talento
De Lucilio; en seguir exactamente
De la antigua comedia el argumento
Ni otra diferencia
Que el variar en los pies y en la cadencia.

.....

SÁTIRA I, 5

Partiendo de la gran Roma
Y siendo mi compañero
El retórico Heliodoro,
[p. 108] Doctísimo entre los griegos,
Nuestra primera posada
Fué Aricia, pueblo pequeño.
Después de breve reposo
Desde allí camino hacemos
Para el mercado de Apio,
Abundante en marineros,
En hombres de mala vida,
En ladrones y en venteros
.....

SÁTIRA I, 6

Por más que entre los Lidios que vinieron
A establecerse en la región Toscana,
Mecenas, nadie en distinción te gana,
Aunque a tu padre y madre precedieron
Tus dos abuelos, célebres campeones
Que, con gloria inmortal, nuestras legiones
Triunfantes condujeron,
No por esto te muestras arrogante
Ni tuerces el semblante
O miras con desprecio y descontento
A los hombres de obscuro nacimiento.
.....

SÁTIRA I, 7

Cómo el mestizo Persio se ha vengado
De la ponzoña y lengua venenosa
De Rupilo de Roma desterrado
Llamado Rey; tan pública es la cosa
Que no se halla barbero y legañoso
Que lo ignore. Era Persio poderoso;
Tenía en la ciudad de Clazomenes
Mucho comercio y abundantes bienes,
Pero estaba enredado
En un pleito con Rey de mucho enfado.
.....

SÁTIRA I, 8

Fuí tronco de una higuera antiguamente,
Inútil leño. Un escultor un día
Dudó si de este tronco formaría
Un banco o un Dios Priapo; finalmente
Resuelve hacerme un Dios. Ya en Dios formado
PAG@109@ En todas ocasiones
Fuí el terror de las aves y ladrones.
Con la hoz mi derecho brazo armado
A los ladrones de el lugar ahuyenta
.....

SÁTIRA I, 9

Iba yo acaso por la sacra vía
Y según mi costumbre meditaba
No sé qué de gracejo y alegría
Que todo el pensamiento me ocupaba,
Cuando al encuentro vi venirme un hombre
A quien sólo conozco por el nombre.
Me coge por la mano;
¡Oh tú, me dice, el hombre más amable!
.....

SÁTIRA I, 10

Pronuncié, no lo niego, mi sentencia
Sobre Lucilio y digo nuevamente
Que están sus versos faltos de cadencia,
Y que en otros corrió muy velozmente,
Ni puede hallarse un necio partitante
Que no confiese esta verdad constante.
Pero añadí también que sus escritos
Abundan en gracejos infinitos
Y que hicieron sus sátiras gran fruto
En la ciudad de Roma; lo confieso;
Pero no se le debe dar por eso
De perfecto poeta el atributo.
.....

LIBRO II.—SÁTIRA I

HORACIO

Por sobrado mordaz e inobservante
De la ley de la Sátira, quisieron

Algunos reprendirme, y adelante
Pasando en su censura, pretendieron
Llamar mis versos faltos de energía;
Y que como los míos cada día
Cualquiera hará mil versos fácilmente.
Dime, ¿qué debo hacer, Trebacio?

[p. 110] TREBACIO

Abstente

De hacer versos satíricos; reposa

.....

SÁTIRAS II, 2

Cuál virtud y cuán grande, amigos, sea
La frugal vida (no es doctrina mía),
Ofelio lo enseñó desde una aldea,
Mi instrucción sin más filosofía
Que un juicio exacto, un natural talento.
Aprendedlo, que un tal conocimiento
No se adquiere entre el vino y la opulencia
De los banquetes, donde los metales
Suelen con su exterior vana apariencia
Los ojos deslumbrar de los mortales

.....

SÁTIRAS II, 3

Si eres en escribir tan flojo y lento
Que a comprar pergaminos en un año
No llegas cuatro veces, sólo atento
A corregir con un trabajo extraño
Tus escritos; si piensas solamente
En comer y en dormir y si te indignas
Contra ti porque tardo e indolente
Al público no ofreces cosas dignas;
Pregunto, ¿de tus obras qué esperanza
Se puede concebir con tal tardanza?

.....

SÁTIRAS II, 4

HORACIO

¿De dónde vienes, dónde vas, oh Cacio?

CACIO

No estoy para perder el tiempo, Horacio.
Con empeño imprimiendo atentamente
Estoy ciertos preceptos en mi mente
Que en Platón y en Pitágoras no leo,
Ni en Sócrates, de Anito un tiempo reo.

[p. 111] HORACIO

De haberte interrumpido
En tales circunstancias me arrepiento;
Lo confieso, hice mal; perdón te pido.

.....

SÁTIRAS II, 5

ULISES

Respóndeme, Tiresias a más de todo
Quanto me has referido,
Dime qué arte usaré, cuál será el modo
De reparar las quiebras que he sufrido.

TIRESIAS

¿Acaso, astuto Ulises,
No te basta, surcados tantos mares,
Que de Itaca otra vez las tierras pises
Y llegues a adorar tus patrios Lares?

.....

SÁTIRAS II, 6

Un corto campo, un huerto y una fuente
Perenne de agua pura y cristalina
Deseaba poseer; benignamente
mucho mejor y con mayor aumento
Los Dioses me lo han dado; estoy contento.
Mercurio, hijo de Maya, sólo os pido
La posesión pacífica de todo
Cuanto los Dioses darme se han servido.

.....

SÁTIRAS II, 7

DAVO

Señor, tiempo ha que no hago más que oírte
Gritar y darme avisos; yo quisiera
También algunas cosas advertirte
Si el temor no me hiciera...

[p. 112] HORACIO

¿Eres tú el que habla, Davo?

DAVO

Sí, señor, Davo soy, soy el esclavo
Más adicto a su dueño.
Os sirvo con amor y con empeño;
Soy frugal cuanto basta y hago juicio
Que podré durar mucho en tu servicio.

.....

SÁTIRAS II, 8

HORACIO

Dime, ¿cómo la cena te ha gustado
Del rico Nacidieno? Yo quería
Que a la mía vinieras; te he buscado,
Pero al buscarte oí que se decía
Que a un banquete después del mediodía
Te llamó Nacidieno.

TONDANIO

Horacio amigo,
Sinceramente y con verdad te digo
Que cosa más alegre y divertida
Ni la he tenido ni tendré en mi vida.

.....

Odas

A pocas traducciones se habrá aplicado con tanta razón la frase de que semejan «tapices flamencos por el revés» como a las desdichadísimas que hizo D. Carlos de la Senda. En casi todas ellas aparece mal entendido el pensamiento de Horacio y de tal manera, que en ocasiones provoca a risa; aquellas palabras de [p. 113] Gratiae, decentes las traslada, o mejor dicho, las desfigura en estos versos:

Las Gracias con las Ninfas se conducen
Y en traje, aunque decente,
Menos molesto y menos ajustado
Bailan por todo el prado.

En ocasiones dice todo lo contrario del texto; el verso 4.º de la oda *Beatus ille*:

Solutus omni fenore [1]

lo traduce:

.....no cuenta
Con préstamos a logro.

Esto no es verdad; el labrador vive feliz, porque está libre de usureros y no por abstenerse de prestar dinero.

Nada hay de recomendable en estas versiones; el lenguaje es impropio, la frase desmayada y los versos duros.

Entretenimientos poéticos. Traducción a verso castellano *de algunas odas y otras obras de Horacio*.

Su autor el Licenciado D. Juan Carlos de la Senda, abogado del Ilustre Colegio de esta Corte.

Letra del siglo XVIII 1 vol. en 4.º Lleva a la conclusión extensas notas. Bibl. Nac. P. supl.º 15.

O navis.— Od. I, 14

Nave que me causaste
Alguna vez dolor y ahora cuidado,
No vuelvas al mar; baste;
¿Es posible que no has escarmentado?

.....

Eheu fugaces.—Od. II, 14

Ah, Póstumo, los años

Se nos pasan y corren fugitivos;
Ni el vivir bien, los daños
Detendrá de los tiempos vengativos;
[p. 114] No la vejez, las rugas, ni la suerte
Que ha de llegar de la impensada muerte.
Aunque todos los días
Con sacrificio de trescientos toros
Y con súplicas pías
Aplaques a Plutón, con tus tesoros
Nada conseguirás, y de su enojo,
Cual Ticio y Gerión, serás despojo.

.....

Diffugere nives. IV, 7

Ya las nieves huyeron y de yerba
Vuelve el campo a vestirse
Y a los árboles de hojas la caterva
Otra vez vuelve a unirse;
Trueca su faz la tierra y ya los ríos
Aflojando sus bríos
Empiezan a menguar y se reducen
A su antigua corriente.

.....

Idem

Huyeron ya las nieves y los campos
Brillan segunda vez con las doradas
Espigas y la grama; de sus hojas
Los árboles se cubren y la tierra
Toma distinta faz

.....

Beatus ille. —Ep. 2

Feliz quien retirado de negocios,
Como la gente de la edad primera,
Vive labrando con sus propias yuntas
Las tierras heredadas y no cuenta
Con préstamos a logro; no se turba
Como el soldado oyendo la trompeta

.....

Quo, quo scelesti. —Ep. 7

¿Adónde, adónde os despeñáis, malvados?
¿Por qué se desenvuelven
[p. 115] Y a desnudarse vuelven
Los cuchillos y alfanjes ya envainados?
.....

Mala soluta navis.— Ep. 7

Con feliz agüero
A la vela se hace y deja el puerto
La nave que al testero
Lleva a Mevio hediondo como un muerto;
.....

SÁTIRAS I - 9

Según que lo acostumbro con frecuencia
Del Capitolio por la calle iba
Meditando entre mí una menudencia
Absorto todo en ella; era festiva;
Llegóse a detenerme un conocido
Sólo en el nombre; mala vejez viva
.....

LXV. F. L. Z. (ZAPATA, Francisco Luis.)—Sevilla, 1803.

Tu ne quaesieris.— Od. I, 11

No inquietas, Leuconoe,
Pues no es dado saberlo,
Qué fin a nuestros días
Las Deidades han puesto.

No curiosa consultes
Los números Caldeos:
Empero sufre el hado
Favorable o adverso.

Bien vivas muchos años;
Bien sólo el crudo invierno
Que ora contra las rocas
Estrella el mar Tirreno:

Si eres sabia, en el vino
Sepulta el breve tiempo,
Que a largas esperanzas
No ha destinado el cielo.

La palabra en los labios

Nos huye en presto vuelo
La esquivada edad, llevando
[p. 116] Tras sí nuestros deseos.

Del placer fugitivo
Aprovecha el momento,
Y no crédula, esperes
El día venidero.

Correo Literario y Económico de Sevilla, Tomo I, n.º 27, correspondiente al sábado, 31 de diciembre de 1803, p. 214.

Vid. H. E., I, 76.

LXVI. ZAPATA, Francisco Luis.—Sevilla, 1805.

Æquam memento.— Od. II, 3

Conserva en las desgracias
El ánimo sereno,
Y en las prosperidades,
De torpe orgullo exento.
Ya la amarga tristeza
Ocupare tu pecho,
Ya en los festivos días,
En retirado lecho
De tierna grama, bebas
Exquisito Falerno
Que a los Dioses te iguale,
Has de morir, oh Delio.
Aquí do amiga sombra
Forma el álamo bello,
Con la del alto pino
Su copa entretejiendo.
Aquí do en afanada
Corriente, el arroyuelo
Por el prado serpea
Bullicioso y ligero:
Haz que traigan el vino,
Y olorosos unguentos,
Y delicada rosa,
Gala del campo ameno:
Ora que la fortuna
Brinda, y florido tiempo,
Y de las tres hermanas
Pasa el hilo funesto.

Esa soberbia casa,
Esos parques inmensos,
Ay! dexarás: la quinta,
[p. 117] Que su curso sereno
El roxo Tíber baña,
Cederás a otro dueño.
Los bienes que allegaste
Gozará tu heredero.
Bien Inaco ennoblezca
Tus lares opulentos;
O bien plebeyo yazcas
Baxo el desnudo cielo,
Del Orco inexorable
Eres víctima, oh Delio,
Donde en veloz carrera
Nos arrebató el tiempo.
Está la fatal urna
Nuestras suertes volviendo,
Que más o menos tarde
Lanzará de su seno,
Y una vez ¡ay! lanzadas,
El Sañudo barquero
Nos echará en la barca
Del eternal destierro.

F. L. Z.

Correo Literario de Sevilla, tomo VI, pp. 229-230 N.º correspondiente al sábado, 7 de setiembre de 1805.

Vid. H. E., I, 76.

[LXVII.] PEDRUEZA, P.—Sevilla, 1793.

Quem tu, Melpomene.— Od. IV, 3

Aquel a quien risueña
Melpómene, al nacer, haya mirado,
Luchador denodado
En el ístmico juego no se empeña,
Ni el alazán brioso
Lo lleva en griego carro victorioso...

Diario de Sevilla. 3 de mayo, 1793.

[LXVIII.] PEDRUEZA, P.—Sevilla, 1793.

Quo, quo scelesti ruitis?— Od. ep. 7

¿Dónde, dónde corréis precipitados
Malvada gente, con encono altivo
[p. 118] ¿Por qué de los aceros ya envainados
Volvéis a armar el brazo vengativo?
¿Aun derramó la guerra
Poca latina sangre en mar y tierra?...

Diario de Sevilla. 20 de mayo, 1793.

[LXIX.] PEDRUEZA Y GARITA, Mariano de la.—Madrid, 1804.

Dianam tenerae.— Od. I, 21

Tiernas y castas doncellas
Engrandeced a Diana
Con alabanzas perpetuas;
Y, oh mancebo, otras tantas
Al que con crinadas sienes
Preside a las Nueve Hermanas...

Ensayo de Poesía, Madrid. Por Cano, 1804.

Exegi monumentum.— Od. III, 30

Más duradera que el bronce
Una memoria acabé
Y más alta que de Egipto
Las pirámides también...

[LXX.] F. B.—Sevilla, 1805.

Divis orte bonis.— Od. IV, 5

De Dioses descendiente
Y del pueblo romano amable guarda,
Vuelve, vuelve impaciente
El pueblo y el concilio santo guarda,
porque le prometiste
Una temprana vuelta y no cumpliste...

LXXI. BLANCO, Fernando.—Sevilla, 1805.

Divis orte bonis.—Od. IV, 5

A AUGUSTO

Le ruega que acelere su vuelta de las Galias. [p. 119]

De Dioses descendiente,
Y del Pueblo Romano amable guarda,
Vuelve, vuelve: impaciente
El pueblo y el Concilio santo aguarda.
Porque le prometiste
Una temprana vuelta, y no cumpliste.
Príncipe bondadoso,
Da a tu patria la luz que le has robado,
Y vuelve el rostro hermoso
Que cual la Primavera, al Pueblo amado
Luego que se presenta,
Con nuevo brillo el sol su luz ostenta.
Cual los ojos fixando
En la torcida playa, con lamentos
La madre va llamando
Al hijo, a quien los vientos,
Más de lo acostumbrado,
Del patrio dulce suelo han apartado:
Y cree que no tarda
En sus votos y agüeros confiada,
Y con ansia le aguarda:
Así tu patria, en otro tiempo amada,
En dulce fuego ardida
Con ansia espera ¡oh César! tu venida.
Ven, y verás cual paxe
El buey seguro los hermosos prados.
El campo ya renace
Cultivado por Ceres. Aplacados
Los mares se navegan,
Y los hombres su fe ya no se niegan.
En la familia honrada
Ya no se ven las manchas vergonzosas.
La maldad desterrada
Por las leyes huyó. La honra de esposas
Es del hijo el semblante.

Tras la culpa la pena va constante.

César, si tú nos restas,
¿Quién teme al Partho? ¿quién al Cita helado?
¿Quién al que en las florestas
De la horrible Alemania fué brotado?
¿Y quién de hoy más el fiero
Combatir cuidará del crudo Ibero?

Pasa el día ocupado
En sus colinas cada cual, y casa
Con el olmo acopado
La vid, y luego alegre viene a casa,
[p. 120] Y al fin de su comida
A que, cual Dios, asistas te convida.

Con ruegos reiterados,
Te invoca y honra con los puros vinos
Del vaso derramados,
Y a los Dioses que rigen los destinos
De Roma, respetuoso
Te une, cual Grecia a Alcides poderoso.

¡Oh Hesperia, tu ventura
Con el reyno de César larga sea!
Al nacer la luz pura,
Sobrios o ya beodos, si recrea
Apolo sus ardores
En el mar, estos son nuestros clamores.

F. B.

Correo Literario y Económico de Sevilla, tomo VI, pp. 173-174. N.º correspondiente al miércoles, 14 de agosto de 1805.

LXXII. IRIÑA.—Madrid, 1805.

Quo, quo scelesti ruitis?—Od. Ep. 7

¿Adónde, adónde camináis malvados
Por qué la diestra armada
La espada empuña? ¿En los vecinos prados
No miráis derramada
La sangre Lacia ni la mar teñida
Con la de vuestra patria allí vertida?
¿Se encienden esos fuertes corazones
Con rabia tan furiosa
Por destrozar soberbios escuadrones
De Cartago envidiosa,

O por traer al Britano vencido
 Por el sacro camino escarnecido?
 ¡Ah! no, perversos; intención maldita
 Anima esos furores;
 Perezca Roma, vuestra saña grita,
 Alevosos traidores;
 Perezca Roma, y con tan vil intento
 Dan al voto del Parto cumplimiento.
 Acción tan vil ni lobos carniceros,
 Ni el fiero león sañoso
 Hicieron con su especie; esos aceros,
 ¿Es furor envidioso
[p. 121] O detestable rabia quien los mueve?
 ¿Quién tal delito a maquinar se atreve?
 Calláis, taimados; pálido el semblante
 Y la color mudada,
 En varios pensamientos vacilante
 Vuestra mente espantada,
 Ni da disculpa, ni a abonarse atina;
 ¡Señal patente de intención dañina!
 Su propia sangre derramar medita
 Hoy la Romana gente,
 Y su rencor incita
 El exemplo de Rómulo inclemente,
 Cuando empapó su abominable mano
 La tierra en sangre de su mismo hermano.

Traducción remitida por su autor, que se firma *Iriña*, al *Memorial Literario*, donde se publicó en 10 de abril de 1805.

[LXXIII.] CORRAL, Fr. Andrés, O. S. A.—Sin l. y sin a.

Fr. Andrés Corral, insigne agustino de últimos del siglo pasado y principios del presente, a quien debemos el que se conserve el proceso original de Fr. Luis de León, y hombre de criterio tan independiente que presentó en las Cortes de Cádiz una Memoria defendiendo la abolición del Santo Oficio, tradujo varias odas de Horacio. Sus versiones son mediocres, pues aunque indudablemente es cosa en extremo difícil trasladar a cualquier idioma tales obras maestras del lirismo antiguo, debiera estar más acertado al reproducir la mente de Horacio. Así tenemos que en la Oda XXIV libro III, traduce lo de:

*Caementis licet occupes
 Tyrrhenum omne tuis*

diciendo:

Cercarás las campiñas abundosas
Que el mar Tirreno baña,

cuando no habla Horacio de campiñas cerradas, sino de soberbios edificios construídos en la playa,
que por hipérbole supone ocuparían todo el mar Tirreno.

[p. 122] *Parcius junctas*.— Od. I, 25

Ya menos veces de las que solían
Los jóvenes lascivos, Lidia vana,
En golpear porfían
Encontrando cerrada tu ventana,
.....
Cuando el deseo y el amor fogoso,
Que enfurece las yeguas comúnmente,
En tu hígado ulceroso
Se bebe; cuando el Austro más aumente
Sus iras con los cuartos mengüantes
Con los viejos lascivos y arrogantes,
En una callejuela (poca cosa)
Llorarás

Martiis coelebs.— Od. III, 8

¿Mecenas docto en dos lenguas
Llegas a notar, te admiras
Lo que hago siendo soltero
De Marzo el primer día?
¿Qué significan las flores
Y el vaso que incienso espira
Y el carbón sobre el ara,
Fábrica de césped viva?

Extremum Tanaim.—Od. III, 10

Si en lo último habitaras
De la Escitia en poder de un cruel marido,
A lo menos lloraras
De tenerme a tus puertas extendido,
Lice, a los regañones
Propios de aquellas frías regiones.
Oyes cómo retumba
Tu puerta de los vientos agitada,
Y cómo el bosque zumba,
Que tienes tu casa hermoçada

Y las nieves caídas
Son por el aire en yelo convertidas.

Uxor pauperis Ibyci.—Od. III, 15

Da fin ya a tu locura
E infames ambiciones, oh tú esposa
Del poeta Ibicio; cura
[p. 123] Tu funeral y deja lujuriosa
De jugar con doncellas;
No le quites lucir a las estrellas.

Faune Nimpharum.— Od. III, 18

Fauno lascivo amante
De las Ninfas que te huyen temerosas,
Benigno caminante
Anda más heredades fructuosas,
Que están a la abrigada,
Ni dañes de mi cría la manada.

Intactis opulentior.— Od. III, 24

Aunque tengas más oro
Que la Arabia y las Indias poderosas
En su entero tesoro,
Cercarás las campiñas abundosas
Que el mar Tirreno baña.

Parentis olim.— Ep. 3

Si algún hijo inhumano
Tan horrendo delito cometiere
Que a su padre ya anciano
Del cuerpo la cabeza dividiere,
Désele un ajo en pena
Pues más que las cicutas envenena.

Quo, quo scelesti.— Ep. 7

¿Dónde, dónde, malvados,
Os despeñáis, o por qué los aceros,
Que teníais guardados,
En las manos tomáis? ¿Por pareceros
Que poca sangre encierra

Vertida del Latino mar y tierra?

LXXIV. ANÓNIMO.—Valencia, 1815.

Quem tu, Melpomene, semel.— Od. IV, 3

A quien tú de una vez luego que nace
Melpómene, mirares dulcemente,
Luchador no le hace
[p. 124] El ístmico trabajo impertinente,
Ni en caballo veloz del griego carro
Lo hará en el circo vencedor bizarro...

Diario de Valencia, 13 de noviembre de 1815. Creo que es la misma publicada antes en el *Espíritu de los mejores diarios literarios*.

[LXXV.] BURGOS, Javier de.

[Informe del P. La Canal sobre sus traducciones de Horacio.]

«Excmo. Señor:

Con fecha del 26 del pasado mes de Enero tuve el honor de recibir un oficio de V. E., con el que de orden del Rey nro. Señor (que Dios guarde) me pasaba la traducción de las poesías líricas de Horacio, hecha por D. Xavier Burgos, para que dixese sobre ella lo que se me ofreciera y pareciera. Abandoné al momento por esta otra comisión a que en compañía del P. M. Fr. Antolín Merino se dignó destinarme S. M. hace dos años, con el placer del que dexa montones de escombros por elegantes edificios, y campos áridos por jardines amenos y encantadores; pues tales han sido siempre para mí las poesías líricas de Horacio.

Me sorprendió a primera vista la osadía del traductor; porque no era fácil persuadirme a que en nuestros días hubiese ánimo para emprender y llevar al cabo una obra que arrojó en el siglo de oro de la literatura española a nuestros mayores ingenios. Algunos de éstos hicieron ensayos de sus fuerzas, pero abandonaron la empresa después de traducir alguna otra oda de las menos difíciles. Si algunos demasiado satisfechos de sí mismos la pusieron fin, fué sin gloria, por no decir con desdoro suyo y mengua de su nación y lengua. Mas está visto, Señor, que nuestro siglo es siglo de prodigios. La despreciada España ha sido el escollo en que se estrelló el colosal poder del que con sacrílega adulación se llamaba omnipotente, y la misma despreciada España, que la mordaz envidia agrega hoy a las bárbaras costas del África, puede ya gloriarse de tener una traducción de las poesías líricas de Horacio que dexa atrás quantas han producido en tres siglos la Francia, Italia, Alemania, Inglaterra y Polonia. Ya hace tres años que el señor D. Felipe Sobrado, hoy dignamente miembro [p. 125] del Consejo de Castilla, había hecho hablar a Horacio en el lenguaje culto y expresivo de las orillas del Manzanares: pero contentándose con esto, dexaba que desear para la inteligencia del más profundo de los poetas, ni la juventud podía aprender a descubrir las bellezas del original para imitarlas, ni sus defectos para evitarlos. Esta es una ventaja muy apreciable en la traducción de un autor que forma el

gusto y debe servir de modelo, y recomienda la traducción del señor Burgos.

Su prólogo me parece una obra maestra y como de un sabio que ha estudiado y meditado por mucho tiempo la materia de que va a tratar; y como según Horacio.

Scribendi recte sapere est et principium et finis, era consiguiente que el traductor al desenvolver su plan ostentase sin afectación un lenguaje castizo y flúido, una expresión enérgica y precisa, y una elocuencia que en expresión del citado Horacio solamente puede tener el escritor que ha leído mucho su materia. Con estas brillantes calidades da ideas exactas del mérito de las poesías líricas de Horacio, del grande aprecio que han merecido a todas las naciones cultas, de los grandes obstáculos que ha tenido que vencer en su traducción, de las leyes que se ha impuesto para ello, del influxo que puede tener su trabajo en la formación del buen gusto, de, las libertades necesarias que se ha tomado, y en fin, de la modesta desconfianza con que queda después de muchos trabajos y vigiliass. La traducción de las odas me parece de un mérito superior. Reuniendo el estro poético del original a la precisión del lenguaje y a la valentía de la expresión, hace hablar a Horacio como hablaría si escribiese hoy a las orillas del Betis. Ni yo tengo el tiempo necesario para probar esto con exemplos, ni V. E. para leerlos; pero basta leer la traducción de la oda 1.^a, a Mecenas, y compararla con la que nos dexó el Mtro. Fr. Luis de León; la diferencia salta luego a los ojos del menos inteligente, que votará en favor del señor Burgos. Otro tanto me atrevo a decir de las demás que he comparado con varias versiones impresas e inéditas de diversos autores castellanos.

Las notas tienen el mérito de aclarar los puntos dudosos de gramática, geografía, historia, y mitología, sin aquella erudición pedantesca que es tan ordinaria en los comentadores. Hace sobre estos las observaciones más juiciosas, y agradeciendo las luces [p. 126] que le han prestado, no por esto perdona sus excesos en alabar o vituperar las bellezas o descuidos del autor original, Me parece fina la crítica del señor Burgos, y particular su tino.

No por lo dicho tengo por acabada y perfecta su traducción, y ni él tendrá la temeridad de creerla tal después de la paladina confesión que hace en el prólogo, y que creo ingenua; pero es bien sabido lo que dexó escrito el mismo Horacio en su *Arte poética*:

Verum ubi plura nitent in carmine, non ego paucis
Offendar maculis, quas aut incuria fudit
Aut humana parum cavit natura...

«El que quiera ser juez inexorable de las traducciones poéticas, decía el Mtro. León, pruebe primero qué cosa es traducir de una lengua extraña en la suya, sin añadir ni quitar sentencia, y guardar quanto es posible las figuras de su original, y su donaire, y hacer que hablen en castellano, y no como extranjeras y advenedizas, sino como nacidas en él y naturales.»

Últimamente, Señor, a mí me parece que la traducción sobre la qual se me manda informar, honra a su autor, la lengua, y la nación española.

Tal es mi parecer que sugeto gustosísimamente a la alta penetración de V. E. cuya importante vida guarde Dios muchos años.

Madrid, 8 de Febrero de 1818.—De V. E. humilde Capellán, *Fr. José de la Canal*, Agustino Calzado.

Excmo. Señor Ministro de Gracia y Justicia D. Juan Lozano de Torres.»

[Vid. H. E. I, 136; II, 136 y 411.]

[LXXVI.] SOLÍS, Dionisio.—Sin l. y sin a.

Dignas de alabanza son las traducciones que hizo D. Dionisio Solís, apuntador en el Coliseo de Madrid y amigo del barba Pinto, quien le auxilió cuando fué perseguido por Godoy, a causa de un libelo que escribió contra éste. En casi todas ellas mostró discreción y buen gusto no comunes y clara inteligencia del texto. Teniendo en cuenta que las hizo cuando estudiaba Retórica en Sevilla, se ve que con razón las elogiaron Forner y otros literatos del siglo pasado que las leyeron. Alguna hay bastante floja (la oda VI, libro IV), muchos de cuyos versos son duros; otras veces [p. 127] contienen latinismos, como la palabra *vulto* por rostro; otras está mal interpretado el texto, cual sucede en este verso (oda 10, libro IV):

Inesperata tuae quum veniet pluma superbiae...

traducido en estos dos:

Cuando la inesperada
Vejez viniere más veloz que pluma.

La palabra *pluma* no tiene el significado que aquí se le da, sino el de bozo, que afearía el semblante afeminado de Ligurino.

Vitas hinnuleo.— Od. I, 23

Cual tierno cervatillo,
Que a la madre medrosa
Por los ásperos montes busca y llama
Y si en la selva hojosa
Suenan algún cefirillo,
Vano temor en su alma se derrama,
Que su temblor arguye,
Así Cloe me huye.

O Venus, regina Gnidi.— Od. I, 30

Oh dulce Venus, reina en Guido y Pafos,
Tu amada Chipre prontamente deja
Y ven al templo, que Glicera aguarda
Quemando aromas.

Æquam memento.— Od. II, 3

Aprenda en la milicia, amigos míos,
El joven fuerte a padecer pobreza
Y a ejercitar sus bríos
En contra el crudo Parto y su fiereza,
Y en brioso caballo
Aprenda con la lanza a derrotallo.

Iam pauca aratro.— Od. II, 5

Ya las excelsas moles del arado
Dejan pocas yugadas al empleo,
Y los anchos estanques y extendidos
Más que el lago Lucrino dilatado,
[p. 128] Por todas partes veo,
Y los olmos vencidos
Del plátano serán no maridado.

Cur me querelis.— Od. II, 17

Oh caro apoyo mío,
Mecenas, y decoro,
¿Por qué, di, me dan muerte tus lamentos?
Ni yo ni el cielo pío,
A quien humilde imploro,
En que antes mueras tú, somos contentos.

Mercuri, nam te docilis.— Od. III, 11

Mercurio soberano
Pues dócil Anfión a tus lecciones
Con canto sobrehumano
De Tebe levantó los torreones
Y tu lira que sabes
Con siete cuerdas resonar suaves...

.....
Oiga Lida el pecado
De las doncellas y castigo dino
Y el cubo no llenado
Jamás y cuya linfa huye contino
Y tormentos diversos
Que aun bajo el Orco sufren los perversos.

Mujer del pobre Ibicio
Pon ya término al vicio
Y a tus torpes labores criminales;
Ni entre vírgenes bellas
Juegues, cercanos ya tus funerales.

Non vides.— Od. III, 20

¿No ves cuán peligroso
Es el robar, oh Pirro
A la fiera leona
Los tiernos cachorrillos?
Después huirás cobarde
De la lucha el peligro
Que presente ofendida
El robador inicuo.

[p. 129] *Montium custos.*—Od. III, 22

Virgen triforme de los montes guarda
Que la muchacha que se acerca al parto
Piadosa acorres y su prez escuchas
Tres veces hecha...

Vixi puellis.— Od. III, 26

Fuí, en mi edad pasada,
Idóneo para amante,
Y no sin gloria milité debida,
Mas la guerra acabada
Ya desde aquí adelante
Se quedará mi lira suspendida.

Festo quid potius. —Od. III, 28

¿Y qué otra cosa haría
En este alegre día
Consagrado a Neptuno?
Trae Lido, importuno,
Tráeme prontamente
El céculo excelente.

Dive, quem proles.— Od. IV, 6

Dios que la prole Niobe dura
De lengua airada y el robador Ticio
Sintió y de Troya ya vencedor casi
El Phitio Aquiles.

O crudelis adhuc.— Od. IV, 10

Oh Ligurino hermoso,
Con los dones de Venus orgulloso,
Cuando la inesperada
Vejez viniere más veloz que pluma
Y la crencha dorada
Cubrirte va los hombros no presuma,
Y que el rostro más bello que la rosa
En faz se cambie triste y espantosa...

At oh Deorum.— Ep. 5

Mas... oh vosotros Dioses poderosos,
Que la tierra regís del alto cielo
Y los hombres, ¿qué es esto, qué tumulto?
[p. 130] ¿Por qué en mi solo vulto
Tenéis fijos los vuestros espantosos?

.....

También los huesos que la perra hambrienta
Por fuerza de la boca son quitados,
El cabrahigo que en la sepultura
Arrancó mano impura,
Y, en fin, plumas del buho y huevos mienta
De torpe rana en sangre ya empapados ..

Eupolis atque Cratinus.— Sát. I, 4

Eupolis, Aristófanes Cratino
Y otros muchos poetas que escribían
En la antigua comedia, al que era dino
Con sátiras amargas zaherían
Por todo lo que fuese delincuente
Y con gran libertad les reprendían

.....

Nihil admirari prope.— Epist. I, 6

El no maravillarse hombre de nada,

Me parece, Numicio, es una cosa
Que basta a darnos vida descansada.
Este orden del cielo presurosa,
El tiempo que nos huye por momentos,
Las estrellas y el sol que no reposa,
Tales hay que los miran muy exentos
Y el miedo no les trae falsas visiones,
Ni piensan en contrarios movimientos.

[Vid. H. E. I, 141, y II, 389.]

LXXVII. FERNÁNDEZ MORATIN, Nicolás—Barcelona, 1821.

Integer vitae .— Od. I, 22

Traducción en seis estrofas sáficas y en igual número de versos que el original.

El de la vida, Fusco, religiosa
Ni dardos usa ni moriscos arcos,
Ni de la aljaba llena de saetas
Envenenadas...

[Vid. O. H. 39.]

[p. 131] *Obras Póstumas de D. Nicolás Fernández de Moratín*. Entre los Arcades de Roma : *Flumisbo* Thermodonciaco. Barcelona. En la imprenta de la viuda de Roca. MDCCCXXI, pp. 168-169. 4 °

Obras Póstumas... Segunda edición. Londres, M. Calero, 1825, 8.º (Edición costeadada por D. Vicente Salvá.)

Biblioteca de Aut. Españoles. Tomo II. Obras de los dos Moratines, pág. 33, con el texto latino al pie.

Odas de Q. Horacio Flaco traducidas o imitadas por ingenios españoles. Barcelona... 1882, pp. 74-75. (Con una grave errata en la cuarta estrofa: De Mauritania, por Ni Mauritania.)

Es traducción fiel y poética, pero muchos versos son meramente endecasílabos. y no sáficos, a lo menos según el tipo de Villegas, comúnmente admitido por muchos versificadores. El P. Hermenegildo Torres nota de viciosa la construcción habitar negada. Es justo el reparo, y lo es también que inhospitalem no debe traducirse por desierto, puesto que el Cáucaso, de que habla Horacio, no estaba desierto, aunque fuese inhospitalario por la condición de sus moradores.

Por lo demás el P. Torres juzga muy recomendable la traducción del padre de Moratín, y lo que es más logra censura favorable en el rígido tribunal del general Mitre, que la declara «buena en general» y «bien versificada», si bien echa de menos en ella «el soplo poético que anima el original y la

vibración del ritmo». Algo de esto falta, sin duda, pero quien lo eche de menos, no debe ir a buscarlo a la traducción del general argentino, que todavía está más desvalida en esta parte.

[Vid. H. E., I, 113, 253, y II, 360.]

LXXVIII. FERNÁNDEZ MORATÍN, Nicolás.—Sevilla, 1856.

Quem, tu, Melpomene, semel.—Od. IV, 3

A quien tú, Melpomene, una vez sola
Mirares al nacer con ojos píos,
No mostrará su brios
Ni tendrá fama mucha
Por el Isthmio trabajo de la lucha;
Ni el ligero caballo en griego carro
Le llevará por vencedor bizarro.
[p. 132] Tampoco por hazañas militares
Ha de verse llevado
Cual capitán al alto Capitolio,
Y con las hojas Delias coronado,
Porque él haya triunfado
De las disposiciones de los Reyes
Que intentaron al mundo poner leyes.
Sino cuando cansado
Hoy a las aguas claras
Que van al fértil Tívoli bañando
Y los duros cabellos de los bosques
Por todo el universo
Le harán famoso por su Eolio verso.
La cabeza de todas las ciudades,
La gran Roma se digna
Contarme entre los coros estimados
De sus poetas líricos amados,
Y ya la envidia ingrata
Con menor ira y más piedad me trata.
¡Oh Piéride divina que gobiernas
El eco dulce de la lira de oro!
¡Oh tú que puedes dar por más decoro
Con sólo que tú quieras,
Aun a los mudos peces con espanto
Del blanco cisne el sonoro canto!
Todo es en gloria tuya
El ser yo señalado con el dedo
Por el que toca la Romana lira:
Y si a todos agrado

Y el vivir y agradar he merecido
Es favor que a ti sola te he debido.

Publicada esta traducción, hasta entonces inédita, en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes de Sevilla*, dirigida por don Manuel Cañete y D. José Fernández Espino (Sevilla, 1856). Tomo III, pp. 378-379, según copia facilitada por D. Cayetano Alberto de la Barrera.

Sin duda por parecerle incorrecta y floja, como en realidad lo es, dejó de incluir esta oda D. Leandro Moratín en la edición que en 1821 hizo de las poesías de su padre. Así y todo, es mejor que la que después hizo Santibáñez.

[Vid. H. E., I, 113, 253 y II, 360.]

[p. 133] [LXXIX.] MÁRMOL, Manuel M.^a.—Sin l. y sin a.

Tyrrhena regum.— Od. III, 29

Oh claro descendiente
De los reyes de Etruria poderosos,
Para ti solamente
Mis vinos generosos
Son ha tiempo, Mecenas, reservados.

[LXXX] MELÉNDEZ VALDÉS, Juan.—Ms. en la Biblioteca Nacional.

Rectius vives, Licini.— Od. II, 10

De Meléndez Valdés se conserva una traducción del *Rectius vives* (oda 10, libro II). Hízola en sus ejercicios de oposición a la cátedra de Prima de Humanidades de Salamanca. La trasladamos íntegra por ser del poeta más inspirado de la pasada centuria. [\[1\]](#)

A LICINIO SOBRE LA MEDIANÍA E IGUALDAD DE ESPÍRITU

Muy más dichoso vivirás, Licinio,
Si en la mar alta tu bajel no esplayas,
Ni en falsas playas tocas, las borrascas
Tímido huyendo.
Quien ama sobrio una mediana suerte
Seguro evita el miserable estrecho
De un bajo techo, de las altas casas
Huye la envidia.
Más veces vemos derrocar el viento
Los pinos altos, a la torre erguida
Dar más caída y dividir las cumbres
Súbito rayo.

El pecho fuerte en los aciagos días
Fortuna espera; pero si la alcanza
Teme mudanza, que el sereno en lluvia
 Júpiter trueca.

El mal que sufres no ha de ser eterno
Que tal vez Febo en su laúd despierta
[p. 134] La musa muerta, ni contino el arco
 Airado tiende.

En las angustias fuerte y animoso
Muestra tu pecho y la tendida vela
No sin cautela, si te sopla el viento
 Próspero encoge. [1]

[Vid. H. E. I, 124, y II, 374.]

[LXXXI.] ARJONA, Manuel María de.—Sin l. y sin a.

Odas

Con las mejores traducciones de Horacio publicadas hasta ahora compiten las que hizo el Penitenciario de Córdoba, D. Manuel María de Arjona; sin el servilismo propio de ingenios medianos, expuso en rotundas y valientes estrofas el pensamiento de Horacio, bien entendido siempre como sabio humanista que era; dos de ellas están inéditas; copiamos íntegra la primera y fragmentos de la segunda.

Motum ex Metello.— Od. II, 1

El de Metelo infausto Consulado,
Cuyo nombre de horror acompañado
Ya en tantas mortandades,
Los vicios, causas, modos

Porque gimieron todos,
El juego de Fortuna y amistades
De Príncipes, peores
A Roma que sus bélicos furores,

Cantas, y las sacrílegas espadas
De la caliente sangre aun no expiadas;
Por cierto peligrosa
Empresa, y a funesta
Y triste prueba expuesta
En que fuego tu planta tocar osa
Aun vivo, y que desmiente
Ceniza engañadora solamente.

[p. 135] Pero deja que cese en un momento
En el teatro el trágico lamento,
Que después que el amado
Sosiego nos concedas,
Tiempo vendrá en que puedas
Del cécrope coturno el pie calzado
Hacer que en tu voz suene
Segunda vez la heroica Melpomene.

Oh de los tristes reos dulce amparo
Y a la dudosa curia siempre caro
Oráculo, y su lustre,
Polión, cuya frente
Cinó vistosamente
Del inmortal laurel corona ilustre
La célebre victoria
Que en la Dalmacia te colmó de gloria.

Ya, ya parece que el olvido inquietas
Con el ronco rumor de las trompetas;
De clarines sonantes
Oigo ya los clamores
Y ya los resplandores
Miro de las espadas fulminantes,
Cuyos trémulos brillos
Asombran a caballos y caudillos.

Ya en medio de los bélicos afanes
Me parece escuchar los capitanes
Que del polvo teñidos,
Glorioso a los soldados,
Las filas esforzados
Corren, aliento dando a los rendidos,
Y sino el obstinado
Ánimo de Catón, todo domado.

Juno y cualquiera que entre las Deidades
De África prefirió las amistades,
Al fin, sin resistencia
Llegó a ver su partido
Del romano abatido;
Mas, ah, del vencedor la descendencia
Ya en triste desperdicio
De Yugurta a la sombra es sacrificio.

¿Qué campo acaso ya fertilizado
No es de sangre latina? ¿y qué sembrado

PAG@136@ De huesos esparcidos
En tristes monumentos,
Los destrozos sangrientos,
No de Italia atestigüe tan sabidos?
Que su infeliz caída
De los distantes medos aun fué oída.

¿A qué río, a qué abismo no han llegado
Las impías guerras y el inquieto estado
De Italia dolorosa?
¿Qué mar no bermejea
Por remoto que sea
Tinto de sangre, Daunia? ¿qué arenosa
Ribera ya no muestra
Húmedo el suelo con la sangre nuestra?

Mas porque no te dejes, Musa mía,
De tus sabrosas burlas y alegrías,
Ni a las lamentaciones
Ceas tu voz se atreva,
Otra vez en la cueva
De Dioneo busquemos diversiones
Que con moción süave
Plectro nos proporcione menos grave.

Ille et nefasto.—Od. II, 13

Aquel con mano impía,
Aquel en triste y en nefando día
Te plantó que el primero,
¡Oh funesto madero!
Aquí pensó ponerte
Del pago oprobio y de sus nietos muerte.

Aquel con inhumana
Crueldad del padre la cerviz anciana
Osó romper malvado;
Del huésped descuidado
Regó aquel, fraudulento,
Con la nocturna sangre el aposento.

Aquel del artificio
Calco, maestro fué, y en todo vicio
Se ejercitó insolente
Quien te plantó, oh inclemente,
[p. 137] Oh ingrato, oh traidor leño!

Contra la vida de tu pobre dueño.

.....
¡Qué mucho si el Cerbero
Rinde la oreja fiera al placentero
Acento de sus liras
Y sus crueles iras
Amansa al son divino
De Megera el cabello serpentino!

Y aun goza Prometeo
Y de Pélope el padre algún recreo
En su amarga ventura;
Ni Orión vencer procura
Los leones briosos
Ni perseguir los linceos temerosos.

[Vid. H. E. I, 124, y II, 400.]

[LXXXII.] MATUTE Y GAVIRIA, Justino.—Sin l. y sin a.

Acaso valgan menos que las traducciones del P. Corral las que llevó a cabo el jerezano D. Justino Matute, amigo de Arjona, Blanco White, Lista y otros literatos. de su tiempo; escribió un Diccionario bibliográfico de sevillanos ilustres y una historia de Itálica. [1] En sus versiones de Horacio hay alguna hecha con discreción; en cambio, otras son tan poco afortunadas y exactas que más bien parecen malas imitaciones.

Motum ex Metello.— Od. II, 1

No pienses por ventura,
Oh Polio generoso,
Cuya elocuencia ampara al desdichado
.....
¿Qué campos no regados
Con la sangre latina
En las impías guerras podrán darse?;
Pero pueden contarse
Sepulcros levantados
[p. 138] Que acordarán al mundo la ruina
De la opulenta Hesperia y abundosa
Que el Parto la ha estimado provechosa.

Nullus argento.— Od. II, 2

Cuán poco vale la esplendente plata,
Ni las barras que encierra

El centro avaro de la madre Tierra,
Tú lo sabes, mi Crispo

.....

Tu corazón venciendo y su codicia,
Mayor gloria alcanzara
Que si a Libia arenosa la juntaras
Con la remota Cádiz, y propicia
Una y otra Cartago
A un mismo dueño le sirviera en pago.

Septimi Gades.— Od. II, 6

Oh Septimio, mi amigo,
Tú marcharás conmigo
Y a Cádiz me seguirás
Y hasta ver las riberas
A do el cántabro indocto, del romano
Yugo rehuye ufano.

[LXXXIII.] J. M. y G. MATUTE Y GAVIRIA, Justino.—Sin l. y sin a.

O saepe mecum.—Od. II, 7

Oh mi primer amigo,
Mi querido Pompeyo,
¿Quién te vuelve a la patria
E italiano cielo?

.....

Contigo vi a Filipos
Y velozmente huyendo
Mi honor con el escudo
Perdido allí lo dejo.

Quid bellicosus. —Od. II, 11

Lo que dispone el cántabro guerrero
O el escita que del Adria está distante,
Hirpino, no te espante

.....

[p. 139] ¿Por qué bajo del plátano o del pino
Erguido, libremente recostados,
De rosas coronados,
Con olor peregrino,
Nuestros cabellos blancos, no bebemos

En tanto que podemos?

Nolis longa.— Od. II, 12

Jamás el tierno acento
Del lírico conento
Ha de ser oportuno
A cantar de consuno
La guerra dilatada
De Numancia irritada.

Miserarum est. —Od. III, 12

Oh Neobulina, es cosa
Mísera y enojosa
No gozar de Cupido
Y del dulce recreo
Del jugo de Liceo.

O fons Blandusiae.— Od. III, 13

Oh fuente regalada
De Blandusia, agradable,
Cual vidrio cristalina
Y cual vino suave;
De un cabritillo tierno
Mañana en tus altares,
Coronado de flores,
Derramaré la sangre.

Æli vetusto.— Od. III, 17

Tu nobleza heredada,
Elio ilustre de Lamo, aquel que diera
Otro tiempo principio a la nombrada
Familia de los Lamias, de manera
Que los antiguos Fastos lo publican
Y el generoso origen justifican...

Quantum distet.—Od. III, 19

Ni el tiempo que distara
Aquel Codro valiente,
Que por salvar su gente
[p. 140] Muere, y su patria cara

Del que reinara Inaco,
Ni la estirpe de Eaco

.....

Me importa ...

Quo me, Bacche.— Od. III, 25

¿A dó lleno de ti madre Lio
Me arrebatas veloz? ¿Cuál bosque umbrío
Y espeluncas yo veo
Con mi nuevo deseo?

Exegi monumentum.— Od. III, 30

Acabé un monumento
Con más seguro asiento
Que bronces permanentes
Y torres eminentes
Por reyes levantadas.

Quae cura Patrum.— Od. IV, 14

¿Qué obsequio permanente capaz fuera
De eternizar tu nombre que pasara
A la edad venidera?
¿Qué augusto monumento dedicara
A tu memoria dino
Este pueblo Sabino?

Nox erat. —Ep. 15

Oh Nerea mudable
¿Cuál se me acuerda agora
Tu maldad execrable,
Cuando con fe traidora
Juraste por los Dioses prepotentes
Ser tus gustos y míos permanente!

CARMEN SAECULARE

Febo y Diana, de las selvas diosa,
Lucido ornato de la esfera, dignos
Siempre del culto, nuestras preces oye
En sacro tiempo.

.....

[p. 141] Fértil la tierra de ganados, mieses,
Ofrezca a Venus en corona espigas
Y nutran fe las saludables aguas
Y aura de Jove.

Unde, et quo Catius.— Sát. Lib. II, 4

Y ¿a dónde, bueno Cacio, de dó viene?
Horacio, perdonad, que no me es dado
Detenerme un momento pues conviene
Aprovechar el tiempo limitado
En compendiar preceptos peregrinos
Con notas que recuerden lo escuchado.

Cum tot sustineo.— Epist. II, 1.

Como que solo tú, César Augusto,
Tantos cargos sostienes de importancia
A un tiempo defendiendo valeroso
Nuestro imperio famoso
Puliendo las costumbres con instancia
Y enmendando las leyes, juzgaría
Que el público provecho agraviaría

.....
Si el tiempo, como al vino, concedemos
Que a los versos mejora y aprovecha
¿Cuántos años, decidme, son bastantes
Para que buenos sean?
¿Te parece cien años? y si antes
De cumplir este tiempo tú los vieses
¿Los tendrías por buenos o imperfectos?

[LXXXIV.] NÚÑEZ, Francisco.—Sin l. y sin a.

Quis multa gracilis. —Od. I, 5

¿Qué joven delicado,
Olores entre rosas derramando,
Te abraza, allá apartado,
Por quien estás ligando
El cabello, del traje no curando?

.....

[Vid. H. E. II, 400.]

[p. 142] [LXXXV.] NÚÑEZ, Francisco.—Sin l. y sin a.

O nata mecum.—Od. III, 21

Cantaras mi consuelo,
Oh tú al mundo conmigo
Nacida, ora de duelo,
De amor o sueño amigo
Preñada estés, de fuego o de quimeras,
.....

[LXXXVI.] GIL DE LARA, Juan de Dios.—1818. [En la Biblioteca Nacional.]

El artillero madrileño D. Juan de Dios Gil de Lara, nacido a últimos del siglo pasado, insigne matemático, buen filólogo y tan entusiasta de Horacio que reunió cuantas versiones castellanas encontró de éste, tradujo las odas: 3.^a del libro II, 7.^a y 15.^a del Epodon y la sátira 3.^a del libro I, también la obscenísima:

Rogare longo putidam...

suprimida con harto motivo en muchas ediciones. Las traducciones de Gil de Lara no pasan de medianas y contienen varios errores de concepto. [\[1\]](#)

Angustam, amice. —Od. III, 2

Aprenda, amigos míos,
El robusto mancebo, en la milicia
Rigurosa, a sufrir pobreza estrecha;
Rija desde el caballo con pericia,
Hecho temible ya, la hasta derecha...

Quo, quo scelesti.—Epod. 7.^a

¿A dónde, aleves, vais precipitados?
¿Por qué las hasta aquí ociosas espadas
De nuevo las esgrime el diestro brazo?
¿Todavía juzgáis poca la sangre
Que por tierra y mar vertió el Romano?

[p. 143] Nox erat.—Epod. 15.

Era la noche y en el claro cielo
Más grande resplandor daba la Luna
Que juntos los demás astros menores,

Cuando tú acá en el suelo
El poder de los Dioses irritabas.

Omnibus hoc vitium.—Sátiras I, 3.

Es entre los cantores común vicio
El escusarse siempre y no dar gusto
Cuando estando entre amigos se les ruega
Que alguna cosa canten, y si nadie
Lo manda entonces no dejan de hacerlo.

LXXXVII.—ARIBAU, Buenaventura Carlos.—Barcelona, 1823

Odas apócrifas

En *El Europeo* de Barcelona (1823).

Odas de Horacio descubiertas en 1789 en la Biblioteca palatina de Roma.

Ad Julium Florum.—*Od. I*

Discolor grandem gravat uva ramum ...

Traducción:

De color diferente
Pesa la uva de la vid pendiente...
(en líras)

Ad librum suum.—*Od. II*

*Dulci libello nemo sodalium
Forsan meorum carior extitit...*

Traducción:

Hasta ora, como tú, libro querido,
Ningún amigo me ha robado el pecho...
(en cuartetos)

Por nota dice: «Hemos visto estas odas en un periódico inglés titulado *New annual Register*, de la época en que se suponen descubiertas. Ignoramos las circunstancias del hallazgo y los [p. 144] caracteres de autenticidad que puedan resultar del manuscrito; por lo que sólo podríamos buscarlos en el lenguaje y genio de la composición: empresa superior a nuestros conocimientos. Abandonando,

pues, esta discusión a los amantes de la docta latinidad, nos hemos ceñido a publicarlas por no haberlas encontrado en ninguna colección original ni española de las obras de Horacio.» Texto y traducción se reprodujeren en el *Boletín Bibliográfico Español* de Hidalgo (tomo VIII, 1861, Pág. 240), y también en mi *Horacio en España*, 2.^a edición, tomo I, pp. 323-25.

[Vid. H. E., I, 255, y II, 436.]

[LXXXVIII.] N. B.—1827. [Entre los papeles de Ezquerria.]

Qualem ministrum fullminis.—Od. IV, 4

Cual ave que al Tonante
Ministra el rayo fiero
.....
Así vieron a Druso
Los suevos peleando
En los Réticos Alpes, de destraes,
De Amazonas al uso,
Armados, yo ignorando
La antigua origen de costumbres tales.

[LXXXIX.] AUSTRIA, Félix José de.—Sevilla, 1830.

Poco merecen que nos detengamos en ellas las versiones debidas a D. Félix Jose de Austria, capellán de San Telmo en Sevilla. Su mayor defecto es el contener no pocos errores; *saevo nupta viro* (oda X, lib. III), no es como él dice:

Si algunas de sus fieras o serpientes
Tuvieras por marido.

Además la versificación está llena de consonantes fáciles y en general es pobre.

Pastor cum traheret.— Od. I, 15

Heleno, el Pastor de pérfida osadía
En naves en el Ida fabricadas
A la infelice Helena conducía,
Que le hospedó bondadosa en sus moradas... [p. 145] *Diario de Ciencias, Literatura y Artes*, de Sevilla; 3 de abril, 1830. F. de A. (Félix de Austria.)

Extremum Tanaim.— Od. III, 10

Si del Sutico Tanais las corrientes
Lice, hubieras bebido;

Si alguna de sus fieras o serpientes
Tuvieras por marido
Viendo cuánto tolero a tus umbrales,
Lloraras compasiva de mis males.

O fons Blandusiae. —Od. III, 13

Más transparente que cristal bruñado
Oh de Bandusia fuente,
Digna que tu corriente
De dulce vino el margen prevenido
Y de flores vestido,
En holocausto vea
Tierno cabrito, cuya frente sea
Con los cuernos de un año...

Córdoba, agosto 1774.

Herculis ritu.— Od. III, 14

Cual Hércules Nemeo
Vuelve, oh Quirites, Roma a ver a César
.....
Muchacho, corre vuela
Y coronas y bálsamos me trae;
El vino que consuela
No olvides, aquel vino que acordara
De Espartaco alevoso
El tiempo belicoso.

[XC.] ANÓNIMO.—Sin l. y sin a.

Maecenas atavis. —Od. I, 1

Mecenas, descendiente
De los Reyes pasados,
Oh mi grande defensa,
Consuelo y dulce amparo.

.....

A otros les gusta mucho [p. 146] Recoger en sus carros
Todo lo que se barre
En los Líbicos campos.

Pindarum quisquis. —Od. IV, 2

Quien imitar a Píndaro procura,
Cual de Dédalo el hijo se encuentra,
Que en alas enceradas,
Por su industria labradas,
Al viento se ha fiado
Y de su nombre el mar quedó marcado.

Non usitata.—Od. II, 20

Con una nueva forma,
Cual el cisne canoro,
Mi muerte me transforma

.....

No la Estigia ya temo,
Ya que las pieles cubren
De mi cuerpo el extremo,
Y mis hombros y dedos se descubren
Llenos de lisa pluma,
Más blanca que la espuma.

Ibam forte.— Sát. I, 9

Iba yo acaso por la vía sacra
Meditando, según es mi costumbre,
No sé qué bagatelas y ocupado
Enteramente en ellas, cuando viene
Presuroso hacia mí un cierto sujeto,
A quien sólo de nombre conocía.

[XCI.] ANÓNIMO.—Sevilla, 1830.

Oh crudelis adhuc. —Od. IV, 10

Oh tú muy más hermoso,
Indócil Ligurino,
Cuando el dorado bozo
Te cubra inadvertido
Y luego los que ahora
Cabellos de oro fino
Sobre tus hombros brillen
Cortases abatido...

Diario de Sevilla de Comercio. 1.º de octubre, 1830, n.º 542. [p. 147]

[XCII.] M. R. C. *Diario general y oficial de Comercio.* —Sevilla, 1830.

¿Qué esmero bastará ni del Senado
Ni del orden Quirino
A celebrar, ¡oh Augusto!, tus honores,
A eternizar tu nombre peregrino
Con lauros y con timbres superiores?
.....

Diario general oficial y de comercio. 3 de junio, 1830.—Por M. R. C.

[XCIII.] IN-CO.—Cádiz, 1831.

Integer vitae.— Od. I, 22

En el *Diario Mercantil de Cádiz*, año 1831, se publicó una traducción del *Integer vitae* firmada por In-co. No creemos que se trate de *Inarco*, esto es, Moratín, ya difunto, pues en la colección de Gil de Lara se dice que es de D. Antonio Gallardo, natural de Cádiz; su forma es clásica, si bien nos parece algo libre; en ella se cambian los dardos moriscos en broquel y azcona, y la aljaba cargada de saetas en espada toledana.

El hombre honrado y de maldad exento
No necesita de broquel ni azcona
Ni de Toledo la famosa espada
 Cuando camina.
O ya del Atlas la encrestada sierra,
O del Númera la región ardiente,
O por los sitios que el Hidaspe baña
 Vague su planta.
Yo así del lobo la fiereza ahuyento
Cuando me interno en la Salina selva
Más de lo justo, a Lálage cantando
 Mi amor sincero.
Igual portento en sus frondosos bosques
Daunia guerrera, ni Getulia tienen,
Aquella de héroes madre, ésta de fieras
 Y de leones. [p. 148] Ponme del globo en la región más fría,
Do siempre escarcha y nieve el suelo cubren,
Do nunca Febo su esplendente rostro
 Muestra a los hombres.
Ponme de Zara en el desierto inmenso
Que nadie habite, siempre cariñoso
A Lálage amaré, bella si ríe,
 Bella si ama.

Don Antonio Gallardo, del comercio de Cádiz, abril, 1831. Imp. *Diario Mercantil de Cádiz*, 29 de mayo, 1831.

[XCIV.] CRESPO, Rafael José de.—Ms. Valencia, 1835.

Entre las versiones de Horacio más disparatadas y extravagantes pueden citarse las de D. Rafael José de Crespo. Si uno de sus antecesores, como dicen los genealogistas en sus estupendas investigaciones, quitó la vida al rey moro de Zaragoza, Marsilio, él hizo otro tanto con las obras de Horacio al ponerlas en castellano. Dominábale igualmente que a Horcasitas la manía de probar que el idioma castellano era tan conciso y acaso más que el latín, cual si en esto consistiera toda la perfección de una lengua, y no principalmente en su riqueza de formas y dicciones para expresar los más delicados matices del pensamiento. Con objeto de demostrar aquella tesis perdió el tiempo traduciendo las odas del poeta venusino en versos flojos, llenos de frases incorrectas, con supresión casi general de artículos; más que versiones resultan calcos groseramente borrajeados.

D. Rafael José de Crespo escribió:

Cantatas, cantilenas, églogas, epístolas y anacreónticas.

Viriato (tragedia).

Julio Crispo (ídem).

Reprocesos (poema).

La Hernandiada (poema en octavas y tres cantos).

Del *Edipo*, de Sófocles, tradujo la escena primera.

El manuscrito original de todas estas obras se conserva en la Biblioteca Nacional. I vol. en 4.º

Sus traducciones de Horacio están en el mismo ms.; las hizo en Valencia el año 1835. [p. 149] *Iam satis terris*.— Od. I, 2.

Asaz envió de nieve y cruel granizo
A la Tierra el Tonante.

Solvitur acris.— Od. I, 4.

En vez de acre invierno ríen Primavera
Y Céfiro, y naos al mar echan artes

Quis multa gracilis— Od. I, 5.

¿Quién es, Pirra, el doncel sobre rosas
Tinto en linfas de olor inefable...

Lydia, dic per omnes.— Od. I, 8.

Di, Lidia, por los Dioses te lo pido,
Cuantos son, por qué a Sibaris amando

Quem virun. —Od. I, 12.

¿Qué varón, qué héroe, oh Clío,
Dirás de lira o flauta a son rotundo?

Pastor cum traheret.— Od. I, 15

Cuando por mar llevaba de Ida en leño
Paris pérfido a Helena hospedadora

Mater saeva Cupidinum.— Od. I, 19

Madre que de anhelos herida
Y de Semela Tebana...

Vitas hinnuleo.— Od. I, 23

Tal me huyes, Cloe, cual vuela
Corcillo que en cuanto anhela.

Musis amicus. —Od. I, 26

Miedo y cuita de Musas amigo,
Dejare que arrebate consigo

Icci, beatiss.— Od. I, 29

Hora, Iccio, ansías de Arabia oros vanos
Y aparejas acrisima lid

Quid dedicatum. —Od. I, 31

¿Qué pide a Apolo el vate
En nuestro templo? Que la vez primera [p. 150] *Parcus Deorum cultor.*

—Od. I, 34

Parco y raro de Dioses en culto
Si erré ciencia insiguiendo que aloca

Motum ex Metello. —Od. II, 1

La revuelta civil siendo Metelo
Cónsul, causas y vicios y maneras

Æquam memento.— Od. II, 3

Conserva igual la mente,
Oh Delio, así en trabajos

Septimi Gades.— Od. II, 6

Tito, conmigo pronto en ir a Cádiz
Y a yugo nuestro al cántabro rebelde

Rectius vives. —Od. II, 10

Mejor te irá, Licinio, si no surcas
Alta mar siempre y si hórridas borrascas

Quid bellicosus cantaber.— Od. II, 11

¿Qué bravo cántabro emprende?
¿Qué escita del Adria allende?

Eheu fugaces.— Od. II, 14

¡Ay! oh Póstumo, oh Póstumo, veloces
Deslízanse los años; ni hará mora

Otium Divos— Od. II, 16

Paz pide a Dioses en Egeo llano
Preso, si a la alba Luna nube negra

Bacchum in remotis.— Od. II 19

A Baco vi enseñar en rocas mudas,
Creedlo, oh venideros, cancionejas

Odi profanum. —Od. III, 1

Lejos, profano vulgo; que odio tanto;
A mi voz atended; versos no oídos

Iustum et tenacem —Od. III, 3

A varón justo, acérrimo en intento
No pueblo en ira que maldades manda [p. 151] *Descende coelo.* —Od.
III, 4

Ven, reina de las Musas, ven sagrada
Caliope del cielo

Coelo tonantem. —Od. III, 5

Rey a Jove creímos cuando en cielo
Tronaba; ahora Dios sera acatado

Donec gratus eram tibi. —Od. III, 9

Cuando a ti yo enamoraba
Y otro cualquier joven bello

Quo me, Bacche. —Od. III, 25

¿A dó, Baco, me llevas
Lleno de ti?; veloz en nueva mente

Tyrrhena regum.— Od. III, 29

A ti, oh Mecenas, oh etrusca
raza de Reyes, ha tiempo

Quem tu, Melpomene.— Od. IV, 3

A quien, cuando nace, oh Musa,
Vieres con plácidos ojos

Qualem ministrum. —Od. IV, 4

Cual a águila dadora de los rayos,
A quien sobre aves vagas diera el cetro.

[Vid. H. E. I, 142.]

[XCV.] CRESPO, Rafael José.—Ms. en la Biblioteca Nacional.

Arte Poética

A unir pintor cerviz de yegua a humana
Cabeza, y pluma varia hincase en miembros
Llegados de doquier, tal que vilmente
La en faz linda mujer fine en pez negro,
¿Reprimierais la risa, a ver llamados [p. 152] Como amigos? Creed,
Pisones, a eso
Semeja la obra do hay ficciones vanas,
Cual sueños de dolientes, do a un modelo
Pez ni cabeza van...

Epístola de Quinto Horacio Flaco a los Pisones sobre el Arte Poética, traducida al castellano en igual número de versos por Don Rafael José de Crespo.

Ms. autógr., 12 hojas en 4.º Bibl. Nac. T. 318.

[Vid. H. E., I, 142.]

XCVI. CASTRO, Antonio Francisco de.—Orense, 1841.

Sic te Diva potens Cypri.— Od. I, 3

O Nave venturosa y responsable
De un Virgilio que Roma te confía,
Esa dulce mitad del alma mía,
Al Ática ribera
Sana y salva la lleves; así afable
Te ampare la que en Chipre se venera,
Los hermanos de Helena astros lucidos
Y Eolo, detenidos
Los vientos importunos, al Japyga
Viento en popa le ordene que te siga.
De bronce y duro roble rodeado
Tres veces era el pecho del primero
Que frágil navecilla al charco fiero
Entregó: ni temía
Del Áfrico el furor precipitado
Contra los Aquilones: ni sentía
El rigor de las Hyadas, ni el furioso

Austro, el más poderoso
 En las olas del Adria que concita
 Y a su arbitrio las calma o las irrita.
 ¿Qué género de muerte la más dura
 Temió el que pudo con enjutos ojos
 Ver los monstruos marinos, los enojos
 Del mar, las tan temidas
 Acroceraunias rocas? La natura
 En vano entre las tierras divididas
 Los mares interpuso. La barrera
 Rompe nave altanera, [p. 153] Y el mortal insolente y atrevido
 Surca el vado fatal y prohibido.
 Todo lo arrostra el hombre si se trata
 De cometer maldades. De Japeto
 El hijo temerario sin respeto
 Al Olimpo ultrajado,
 El fuego celestial impío arrebató
 Y a los hombres presenta el don robado:
 Viene el hombre en castigo y peste acerba,
 De males la caterva
 Insólita, la muerte acelerada
 En la vida inocente retardada.
 El aire inane Dédalo surcando
 Con alas que natura al hombre niega,
 Examina. Penetra por la ciega
 Entrada de Aqueronte
 Hércules. Y por todo atropellando
 No hay cosa que el mortal no sobremonte,
 Hasta insulta su orgullo a las Deidades;
 Y por nuestras maldades
 Están siempre de Jove soberano
 Los rayos vengadores en la mano.

Poesías de D. Antonio Francisco de Castro, Cura Párroco de S. Martín de Fruime en el Arzobispado de Santiago. Edición inédita (sic) . Orense, oficina de D. Juan M.^a de Pazos, 1841.

8.º, págs. 27-29.

XCVII. CASTRO, Antonio Francisco de.—Orense, 1841.

Integer vitae.— Od. I, 22

Traducción de la oda de Horacio a Fusco «La inocencia está segura en el mundo».

Pise la arena del África ardiente

O la desierta del Cáucaso cumbre,
Pise la tierra que baña el Hidaspes

Célebre río:

El varón justo de crimen exento

No necesita del arco morisco

Ni de la *aljaba cargada* de flechas

Emvenenadas, [p. 154] Íbame yo por la selva sabina

Solo y sin armas cantando loores

De alma virtud, y un lobo soberbio

Huye a mi vista.

Monstruo tan grande no crían los bosques

De Daunia feroz, ni engendra la tierra

Seca de Juba, en donde se crían

Fieros leones.

Llévame, oh Fusco, al rígido Polo

Do no fomenta el tépido ambiente

Árbol ni planta, donde áspero el cierzo

Llueve y graniza.

Ponme debajo del carro propincuo

Del sol ardiente sin casa ni sombra,

Allí la virtud, del pecho apenado

Será el consuelo.

En nota dice el Sr. Castro: «Pareció preciso al traductor de la oda antecedente mudar algunas cosas, no con ánimo de enmendar la plana a un poeta como Horacio, sino para corregir una moral que se le figuró malísima; por no poder concebir cómo Horacio tuvo valor para proponerse a sí mismo como un ejemplo de virtud; ni cómo pudo persuadirse de que el cielo y el lobo le respetaron por el acto heroico de virtud que ejercitaba cuando iba cantando las alabanzas de su amigo Lalage (sic por errata evidente, puesto que Horacio escribió: dum *meam canto Lalagem*).

Esta ridícula corrección había sido ya hecha en su edición expurgada por el jesuíta Juvencio, que tampoco caló el sentido de esta humorística composición de Horacio, y sin pararse en barras, en vez de

Dulce ridentem Lalagem amabo

Dulce loquentum,

escribió:

Sola me virtus dabit usque tutum

Sola beatum.

Esta infeliz traducción del Pbro. Castro tiene la particularidad de estar escrita en aquel género de endecasílabos acentuados después de la quinta, que Milá llamó *anapésticos*, y que vulgarmente se denominan de *gaita gallega*.

Poesías de D. Antonio Francisco de Castro, cura párroco de [p. 155] S. Martín de Fruime en el Arzobispado de Santiago. Orense, oficina de D. Juan M.^a de Pazos, 1841, pp. 25-26.

XCVIII. CASTRO, Antonio Francisco de.—Orense, 1841.

Parcus Deorum cultor. —Od. I, 34

Traducción libre de la oda de Horacio «Parcus»... En ella se acusa el Poeta a sí mismo de haber sido como buen Epicúreo un poco descuidado del culto de la Divinidad, y confiesa haberse últimamente, desengañado en vista de unas obras que solamente podían atribuirse al Poder de Dios y a su Providencia.

Raras veces, y siempre con tibieza
La Deidad adoraba, fascinado
De un sistema fatal: abrí los ojos,
Y todo ya me anuncia la existencia
De un Dios y su adorable Providencia.

Yo la veo en la triste y verde llama
Que el nubarrón divide, yo la veo
Irritada lanzar desde el Olimpo
El rayo asolador, el rudo trueno,
Cuando parece el aire más sereno.

Su voz oigo en el trueno: estremecerse
A su horrendo estallido veo el Polo,
Los quicios de la tierra, sus montañas
Del Cáucaso al Atlante, y hasta el mismo
Estanque cenagoso del Abismo.

La veo trastornando la fortuna
De un mortal orgulloso, y levantando
A un humilde, la veo complacerse
Arrancando el diadema refulgente
De una frente, ceñirlo en otra frente.

Poesías de D. Antonio Francisco de Castro, cura párroco de S. Martín de Fruime... Orense, 1841, pág. 24.

XCIX. LÓPEZ PEREGRÍN, Santos, conocido por el seudónimo de Abenamar.—
Madrid, 1842.

Mater saeva Cupidinum. —Od, I, 19

El ardoroso Baco,
Y la madre cruel de los amores, [p. 156] Y la Licencia audaz y
juguetona,
En mi tranquilo pecho

Muy de nuevo el amor nacer han hecho.
De Glícera, luciente
Más que el mármol de Paros celebrado,
El resplandor me abrasa, su maligna
Grata desenvoltura,
Y su lúbrica faz y su hermosura.
A Chipre abandonando
Potente Venus sobre mí se lanza;
Y al Escita cantar me veda, al Persa
Que lucha y se retira;
Sólo quiere que amor suene en mi lira.
Dadme, niños, la copa
Llena de añejo vino: verde grama,
Verbena y grato incienso: un sacrificio
Quiero hacer a la diosa,
Porque se arda en mi amor Glícera hermosa.

Poesías de Abenamar. Madrid. Boix editor, impresor y librero, calle de Carretas, núm. 8, 1842. pp. 139-140.

Esta traducción tiene algunos aciertos, como la lúbrica faz (*vultus nimium lubricus adspici*), y algunos descuidos como el aplicar al Persa lo que Horacio dice del Partho (que no es exactamente lo mismo), y traducir mal o más bien dejar sin traducir el detalle característico de pelear con los caballos vueltos hacia atrás, cosa muy diversa de luchar y retirarse.

[Vid. H. E. I, 148.]

C. MAS, Sinibaldo de.—Madrid, 1846.

Arte, Poética

En el Apéndice a la tercera edición del *Sistema musical de la lengua castellana*, y luego en sus *Obras Literarias* (Madrid, Rivadeneyra, 1852), págs. 109-113.

—*Carta a los Pisones* (sólo hasta el verso 179). Traducción literalísima. y verso por verso, en cierto género de *hexámetros* inventados por el autor, pero distintos de los que empleó en la traducción de la *Eneida*, puesto que aquellos tienen *diez y siete sílabas* y éstos *quince* solamente. [p. 157] Si a testa de caballo—un humano rostro quisiese

Pintor poner, distintos—con plumas, miembros uniendo;
De modo que empezando—linda mujer, en horrible
Pez concluyese—¿pudierais a aquesto, decidme,
Contener vuestra risa?—Pues a un tal cuadro, creedme,
Fuera el libro, oh Pisones—muy semejante que trucas
Ideas tuviese—de enfermo cual sueños, y falto
De pies a cabeza—de forma y unión. Lata siempre

A vates y pintores—se concedió la licencia
De inventar a su antojo—Lo sé muy bien, y no quiero
Negársela a nadie,—y reclámola yo. Pero tanto
No sea que hermánese—lo fiero y lo plácido, juntos
Serpientes con aves, cordero con tigre paciendo.
.....

Creo que con esta muestra basta y aun sobra para comprender lo que és este raro ensayo, que tiene el mismo número de sílabas que el original.

[Vid. H. E., I, 147.]

[CI.] CAMACHO, Juan Bautista.—1854. [En la Biblioteca Nacional.]

Odas

Traducción y ordenación de las Odas de Quinto Horacio, Por Juan Bautista Camacho, estudiante del sexto año de Filosofía. Año 1854. (Bibl. Nac. Oo. 180. I vol. en 4.º)

Solamente contiene la versión en prosa de varias odas; alguna hoy trasladada en verso. Es un trabajo que nada vale.

CII. UZURIAGA, Félix de.—Sevilla, 1856.

Rectius vives.— Od. II, 10

A LICINIO MURENA

Mejor, Licinio vivirás no ansiando
Siempre la altura, y pues prudente huyes
Las tempestades, frecuentando menos
 Ásperas costas. [p. 158] Quien la preciosa medianía busca
Libre se halla de la vil pobreza
Del viejo techo, y de envidiado alcázar
 Sobrio carece.
Con más dureza a los gigantes pinos
El viento azota; con mayor ruina
Las torres se hunden, y a los altos montes
 Hieren los rayos.
El fuerte pecho en la desgracia espera
Suerte mejor y en la propicia teme:
Jove derrite los terribles hielos,
 Jove los cuaja.
No será eterno porque exista ahora,
Tu mal. A veces la callada Musa

Excita Apolo con su lira, a veces
Tiende su arco.
Hallen valiente al corazón y firme
Los infortunios; mas si en popa el viento
Próspero impele tu navío, amaina
Cauto las velas.

Revista de Ciencias, Literatura y Artes, dirigida por D. Manuel Cañete y D. José Fernández-Espino. Tomo III. Sevilla. Francisco Álvarez y C.^a 1856, p. 313

[Vid. H. E. I, 153.]

CIII. UZURIAGA, Félix de.—Sevilla, 1856.

Eheu fugaces.— Od. II, 14

Traducción en verso suelto.

¡Ay cuán fugaces, Póstumo, los años
Corren! Ni la virtud retarda el paso
A la arruga veloz, ni a la apremiante
Vejez, ni a la jamás domada muerte.

No, amigo, servirá que en cada día
Trescientos toros sacrifiques frío
Al ceñudo Plutón, que a Ticio encierra
Y a Gerión informe, en tristes aguas;
Aguas que todos surcaremos, cuantos
La tierra nutre con sus frutos, sean
Ya monarcas, ya pobres labradores.

En vano es evitar al duro Marte [p. 159] Y las olas que en Adria ronco estallan;
En vano es defender, en los otoños,
Endebles cuerpos de nocivos austros:
Que hemos de ver el de corriente floja

Coccyto, negro y vago, y a la infame
De Dánao raza, y al de Eolo hijo,
Sísifo, condenado a empuje eterno.
Has de dejar tus tierras y tu casa

Y tu grata consorte: ¡y de estos árboles
Que ahora, dueño fugaz, cultivas, ni uno
Te ha de seguir, sino el ciprés odioso!
Consumirá tu sucesor más digno
El Cécubo guardado con cien llaves,
Y el pavimento rociará con vino
Que nunca los pontífices bebieron

Más delicado en cenas opulentas.

Revista de, Ciencias, Literatura y Artes. Dirigida por D. Manuel Cañete y D. José Fernández-Espino. Tomo tercero. Sevilla. Francisco Álvarez y Comp.^a, impresores *de SS. AA. RR...* 1856, página 770.

[Vid. H. E., I, 153.]

CIV. FERNÁNDEZ MORATÍN, Leandro.—Sevilla, 1856.

Solvitur acris hyems.—Od. I, 4

Traducción no incluida en sus Obras, y que tomada de un códice de varias traducciones de Horacio, existente en la librería del difunto D. Cayetano Alberto de la Barrera (y hoy en la Biblioteca Nacional) se imprimió en el tomo tercero de la Revista de Ciencias, Literatura y Artes, de Sevilla (1856), pp. 768-69.

Ya el riguroso invierno se desata
Con la venida grata
Del Zéfiro y Verano.
Ya al mar botan insano
Las máquinas, las naves no mojadas:
No agradan ya al *ganado*
Las rústicas majadas,
Ni el labrador cansado
El fuego ya desea,
Ni el prado con escarcha ya blanquea.
La Citerea Diosa [p. 160] Coros de Gracias y de Ninfas guía;
Cuando la luna hermosa
Su luz más cerca envía
Con medido compás huellan la grama.
Vulcano en tanto enciende la oficina
Pesada de los Cíclopes. Ahora
Ya *ungida* con el mirto de *Ericina*
Justo es ornar la frente vencedora,
O con las flores que produce el suelo
Desatado del hielo.
Bien es sacrificar en el sombrío
Bosque a Fauno, o bien quiera
Un cabrito, o bien pida una cordera.
Pues la pálida muerte
Pisa con pies iguales
Chozas de humilde suerte
Y palacios reales:
Oh tú, Sixtio dichoso,
El breve y presuroso

Espacio de la vida no consiente
Comenzar esperanza largamente:
Serás luego oprimido
De la noche e infierno celebrado
Y estrecho alcázar de Plutón odiado;
En donde apenas fueres
No te será ya, Sixtio, permitido
El primero beber en los placeres,
Ni admirarás a Lícidas querido
De los mancebos por sus prendas bellas,
Y que amarán mañana las doncellas.

Sin duda D. Leandro Moratín hizo esta traducción siendo muchacho, y no la incluyó en sus *Poesías*, por parecerle. y con razón, muy inferior a otras excelentes versiones suyas de Horacio. [Vid. H. E., I, 125, y II, 382.]

CV. GORTÁZAR SERANTES, Dolores, viuda de Valcárcel.

Arte Poética

Arte Poética de Horacio. Traducción premiada con una artística cítara y diploma de honor en los juegos Florales que se celebraron en León con motivo de la conmemoración del VI Centenario de Guzmán el Bueno. [p. 161] Traducción ms. en redondillas octosilábicas, y en silva de endecasílabos.

CVI. FONTÁN Y MERA, Vicente.—Cádiz, 1858.

Arte Poética

Q. Horacio Flaco, epístola a los Pisones de arte Poética, traducción literal con el texto latino al frente, notas y observaciones mitológicas, por Don Vicente Fontán y Mera, bachiller en filosofía y profesor de latinidad y humanidades en el colegio de segunda enseñanza de San Agustín de Cádiz. Cádiz, 1858, imprenta de «La Paz», a cargo de M. M. de Luque, librería de la Revista Médica.

8.º, 48 pp. Lleva al fin un *tratado de arte métrica latina*.

Es el cuaderno o *tratado* primero de una *Biblioteca de autores griegos y latinos. Traducciones literarias con el texto latino al frente, notas gramaticales, mitológicas, geográficas, históricas, &, arregladas exactamente a la colección de autores latinos aprobada por el Gobierno para uso de los Institutos, colegios y demás establecimientos de segunda enseñanza.*

«Estas traducciones se publican de modo que puedan servir a los alumnos de todas las clases de latinidad, comenzando por la primera obra de texto que se da en cada año.»

[Vid. H. E., I, 161.]

Odas escogidas

Horacio. Odas escogidas. Traducción literal con el texto latino al frente, arreglada a la colección de autores latinos, aprobada por el Gobierno para uso de los Institutos, colegios y demás establecimientos de segunda enseñanza del reino, anotada con observaciones mitológicas e históricas. Por D. Vicente Fontán y Mera. Cádiz, 1859 imp. de La Paz, a cargo de M. M. Luque, Librería de la «Revista Médica».

8.º mayor, 78 pp.

Es el n.º 4 de la *Biblioteca de, autores griegos y latinos*.

[Vid. H. E., I, 161.] [p. 162] [CVIII.] CASTRO Y OROZCO, José.—Barcelona, 1865.

Arte Poética

Arte Poética, reducida a menos sílabas. Ms. anónimo publicado y anotado Por D. José Castro y Orozco. Barcelona. Narciso Ramírez, 1865, 8.º

[Vid. H. E., I, 128.]

[CIX.] BARRERA Y CANALES, Cristóbal de la —1866. Ms. en la Biblioteca Nacional.

Odas de Horacio traducidas por D. Cristóbal de la Barrera y Canales. Ms. autógrafo que comprende casi todas las del libro I; consta de 25 hojas en 4.º

Antes de ellas hay dos obras del mismo autor y son:

El Sertorio. Tragedia nueva original.

Princ.: «No así el tiempo, Perpena, con sus manos.»

Acaba: «Que procure seguir las mismas huellas.»

18 hojas en 4.º

—*Conrado segundo. Comedia nueva en cuatro actos. Madrid. Año de 1806.*

Princ.: «En vano piensa el mortal.»

Acaba: «Disimulen nuestras faltas.»

19 hojas en 4.º

(Bibl. Nac. Mss. XX-704.)

Varias odas de Horacio, traducidas en verso castellano.

El autor de estas obras, D. Cristóbal de la Barrera y Canales, hijo de D. José de la Barrera y de su esposa D.^a Leonor Canales, nació en Algeciras el 4 de febrero de 1788. Concluyó los estudios de latinidad que había seguido con los PP. de la Escuela Pía de San Antonio Abad de esta Corte en 1803; cursó Lógica durante el de 1804 y Matemáticas en 1808.

Verificóse en marzo de este último año la invasión francesa. El 13 de agosto siguiente, D. Cristóbal, que había cumplido los veinte, y su hermano, D. Antonio, mi padre, que sólo contaba quince, llevados por una parte del entusiasmo patriótico y del [p. 163] sentimiento de venganza que escitaron las sangrientas escenas del 2 de Mayo, y, por otra parte, del ejemplo y quizá del consejo, sentaron plaza como soldados distinguidos en el regimiento 1.º de Infantería de Saboya.

Pasaron con este Cuerpo a la División del General Llamas, que operaba en Valencia y Murcia, y después a Navarra; y el 23 de noviembre del mismo año se hallaron en la memorable y desgraciada batalla de Tudela. Allí pereció D. Cristóbal, con la fatal circunstancia de que, sin duda efecto de la dispersión de nuestro ejército, durante la cual hubo de ser víctima, no presenciaron su herida o muerte ninguno de sus companeros, ni jefes, ni persona que del caso haya podido dar noticia correspondiendo a las diligencias que la familia ha practicado para lograrlo. Tan sólo el sargento primero de su compañía, D. Joaquín Martinena (después alférez de voluntarios de Barbastro), declaró que le había visto batirse con increíble valor.

Madrid, octubre de 1866.—Cayetano *Alberto de la Barrera y Leirado*.

Maecenas atavis.—Od. I, 1

¡Oh Mecenas, mi amparo y ornamento,
De antepasados reyes descendiente!
Hay algunos que gustan con los carros
Dar a la meta vuelta siete veces;
Iguala con los Dioses de la tierra
A los dueños, la palma floreciente;
Dudoso siempre fué el romano imperio
En ensalzar al que el honor pretende.
Aquel que en la labranza se ejercita,
Si a ser rico llegó por cuanto mete
De las campiñas fértiles de Libia
El trigo recogido por su suerte.

.....

Hay quien los vasos del añejo, vino

No, no desprecia, y grato permanece,
Recostados sus miembros en el día
Debajo del madroño ameno y verde;
Luego también junto al origen blando
De la sagrada y cristalina fuente
Su curso para y con sediento arrojo
De su raudal aljofarado bebe. [p. 164] *Iam satis terris.*— Od. I, 2

Nieve y granizo tanto
La ira de Jove vengador dardante
Con infinito espanto
Desde el excelso olimpo fulminante
Ha enviado a la tierra,
Que a los altos alcázares aterra.

Y con ardientes rayos,
Culebrinas, relámpagos, centellas,
Ha causado desmayos,
La redondez del orbe de querellas
Horrísona poblando
Y el alto Capitolio derrocando.

.....
Y los gamos medrosos
En la llanura pálidos se vieron;
Notáronse arenosos
Del Tíber los raudales que vatieron
Las toscanas riberas
Con la violencia de sus ondas fieras.

Sic te diva.— Od. I, 3

Anacreóntica

¡Oh valerosa nave!
¡Oh vagoroso pino!
En quien su amparo funda
El sapiente Virgilio,
A tus aras me acojo;
Humilde te suplico
Que le transportes salvo
De Ática a los dominios.
Así la diosa Venus
Extienda vuestros linos
Y así Cástor y Pólux,
Dos astros muy benignos,
Así el hijo de Jove

Que gobierna a su arbitrio
Los aquilones bravos
Excepto el del Yapigo.

Solvitur acris. —Od. I, 4

Ya se desata el riguroso invierno
Con la agradable primavera ardiente,
Y el Céfito apacible y deleitoso [p. 165] Es el recreo del hogar
campestre.
Las cabrias botan las enjutas naves;
Ni el redil el ganado ya apetece,
Y el labrador de la voraz hoguera
Huye y la sombra busca prontamente;
Ni las campiñas ni los verdes prados
Con nevadas escarchas aparecen.
Venus las danzas manda apenas corre
La luna los celajes de su frente
Y las honestas Gracias con las Ninfas
El fértil suelo con sus plantas hieren.

Scriberis Vario.— Od. I, 6

¡Oh Agripa valeroso!
Cantará de tus hechos la grandeza
Vario, cisne famoso,
Y cualquiera fortísima proeza
Que, con suma fiereza
Su general tú siendo
Ejecutó el soldado combatiendo.
Nosotros no anhelamos
Que publique la fama este trofeo,
Ni pintar intentamos
El enojo del hijo de Peleo,
Que no cedió al deseo,
Ni las navegaciones
De Ulises engañoso, en mil regiones.

Laudabunt alii.— Od. I, 7

Loarán unos a la ilustre Rodas,
A Mitilene o a la insigne Efeso,
Como a Corinto, cuyos muros bañan
 Dos golfos fieros.
O a la grandiosa y celebrada Tebas

Por el Dios Baco, o por Apolo, Delfos,
O de Tesalia al redundante clima
Y fértil suelo.
Hállanse algunos incansables entes,
Cuyo honroso principal objeto
Estriba sólo en celebrar a Atenas
Con dulces versos.

Lydia, dic mihi.— Od. I, 8

Dime, te ruego, Lidia,
Por todos nuestros Dioses ¿qué favores
Producen la perfidia [p. 166] De a Síbaris perder con tus amores?
¿Por qué el polvo y ardores
Del sol sufrir pudiendo
De Mavorte aborrecer el duro estruendo?
¿Por qué como soldado
No anda a caballo al son de la trompeta?
¿Y por qué denodado
Con los frenos de brida no sujeta,
Cual varonil atleta
De las francesas bocas
La dureza feroz cual fuertes rocas?

Vides ut alta.—Od. I, 9

Taliarco ¿consideras
Cuán blanco está Soracte con la nieve?
Las selvas lisonjeras
No pueden ya sufrir su carga aleve
Con su sumo desvelo;
Se pararon los ríos con el yelo.

Expele de ti el frío
Sobre el hogar poniendo en abundancia
Leños del bosque umbrío,
Y saca con frecuencia a poca instancia
Del cántaro sabino
El exquisito cuadrigenio vino.

Mercuri, facunde.— Od. I, 10

Oh facundo Mercurio
De Atlante digno nieto,
Que sagaz diste forma

Al trato tosco y fiero
De los primeros hombres
Con tu melifluo acento
Y el gallardo estatuto
De endurecer el cuerpo;
Te cantaré, grande
Júpiter, mensajero
Lo mismo de los Dioses
Y del corvo instrumento
Inventor celebrado.

Tu ne quaesieris. —Od. I, 11

Cuál el término sea
De nuestros cortos días, [p. 167] No inquietas, Leuconoe
Que no es lícito mira.

.....
Procede como cuerda;
El vino purifica
Y con el breve espacio
Del todo finaliza
Las largas esperanzas
Que el pecho tuyo abriga.
Mientras hablamos huye
La edad, centro de envidia;
Sin esperar mañana
Logra el presente día.

Quem virum.—Od. I, 12

¿A qué héroe, a qué varón, o qué dios, Clío,
Celebrarás con tu cadente lira
O con la flauta aguda y penetrante?
El eco retumbante
En las orillas del umbroso y frío
Monte Helicón, que el regocijo inspira,
O sobre el Pindo o sobre el Hemo helado,
¿A quién repetirá cognominado?
Desde las confusas selvas vieron
Al elocuente Orfeo y le siguieron.
El cual, con la armonía rozagante
Que le enseñó Caliope, las corrientes
Rápidas de los ríos detenía
Y afable suspendía
Al veloz aquilón en un instante.

O navis.—Od. I, 14

Al Marte volverán las nuevas olas
¡Oh nave que te entregas al peligro!
¿Qué es lo que intentas?; al cercano puerto
Luego apresura con valor tu arribo.
¿No adviertes tus costados ya desnudos
De remeros? ¿No notas que va herido
El mástil del ligero áfrico viento
Y las antenas gimen sin alivio?
¿No reflexionas que sufrir no pueden
Sin maromas el piélago los pinos?
Ya tus velas se encuentran disipadas,
Ni los Dioses al mal prestan auxilio. [p. 168] *Pastor cum traheret.* —Od.
I, 15

Habiendo el fermento
Paris en Ideas naves transportado,
Flechado de Cupido,
A Helena por el piélago salado,
Calmó Nereo los vientos,
Preludio de sus hados y lamentos.
Con infiel vaticinio
Conduces a tu casa a la que Grecia
Pondrá so su dominio
Con ejército grande que desprecia
Tus bodas en romperlas conjurada
Y la antigua dardánica morada.

O mater pulchra. —Od. I, 16

¡Oh tú hija, más hermosa
Que tu madre peregrina!
¿Qué furor, di, te encamina
A tan reprensible cosa?
Decretarás criminosa
A mis yambos ofensivos
Lo que intimen vengativos
Tus rencores, bien quedar
Sepultados en el mar,
O bien con fuegos activos.

Velox amoenum. — Od. I, 17

Muchas veces el veloz

Dios Fauno trueca el Liceo
Por el lucretil recreo
Ameno y nada feroz.
El ardiente estío atroz
En caliginoso día
De mis cabrillas desvía
Siempre, y el lluvioso viento
Extermínalo al momento
En la montaña sombría.
Las cabras descarriadas
Del marido infiel y hediondo
Sin riesgo buscan el fondo
De las frondosas moradas,
Y aunque ocultas e intrincadas
Penetrándolas, inquietan
Do los madroños que quieren
Y tomillos escondidos
Se hallan y encuentran crecidos, [p. 169] *Nullam, Vare.* —Od. I, 18

Ningún árbol primero
Plantarás, Varo, que la vid sagrada
En torno placentero
De Tívoli, dulcísima morada,
O de los muros regios
De Catilo por altos privilegios.

Porque numen sagrado
El ceño derramó de los rigores
Sobre el que es más templado;
Ni de otro modo acaban los dolores.
¿A quién bebiendo tanto
La milicia y pobreza causa espanto?

Vile potabis —Od. I, 20

Caro Mecenas, caballero mío,
Vino sabino bajo y despreciable,
En copa beberás no inagotable,
Que en un cántaro griego guardo y fío.

El que solté cuando con sumo brío
Te aplaudió el pueblo en el teatro, afable,
Alabándote el eco infatigable
Con las riberas del toscano río.

Dianam tenerae. —Od. I, 21

A la ilustre Diana
Incesante ensalza, tiernas doncellas;
Llad con faz ufana,
Oh mancebos, a Corintio, cuyas bellas
Hebras de oro brillantes
No cortaron tijeras penetrantes.

Igualmente a Latona,
De Júpiter supremo muy querida;
Llevad de zona a zona
Vosotras a la Diosa, a quien convida
El cristal de los ríos,
Como las hojas de los bosques fríos.

Integer vitae —Od. I, 22

Aquel que se mantiene
Oh Fusco, de maldades
Libre, siendo su vida
Inocente, inculpable,
Ni de dardos moriscos,
Ni del arco tirante, [p. 170] Ni de aljaba cargada
De flechas formidables
Necesita; bien haya
Por las sirtes flamantes,
De caminar; bien ora
Por el inhabitable
Monte excelso Cáucaso.

Quis desiderio. —Od. I, 24

¿Quién la funesta muerte
No sentirá de tan leal y amado
Sujeto, si se advierte?
Melpómene, pues Júpiter sagrado
Infundióte la voz y dulce lira
Cantos y endechas lúgubres me inspira.

Musis amicus (soneto).—Od. I, 26

Pues soy de las Musas estimado
Entregaré el temor y la tristeza
Del protervo Aquilón a la braveza
Para que la transporte al mar salado.

Natis in usum.—Od. I, 27

De Traces es costumbre
Reñir bajo su bárbara techumbre
En muestra de contento
Con las copas que sirven de ardimiento.

Te maris et terrae. —Od. I, 28

Aunque del mar medidor,
De la tierra y de la arena,
Cuyo número no llena
Ese celeste esplendor
Yaces, Architas, mi honor
Inmediato a la Matina
Ribera

Icci, beatis. —Od. I, 29

Envidias ahora, Iccio,
Las dichosas riquezas
De Arabia, y esforzados
Combatientes aprestas
Contra los ricos reyes
De la feliz Sabea. [p. 171] *Quid dedicatum.* —Od. I, 31

¿Qué a Apolo relumbrante
En su dedicación pide el Poeta?
¿Qué súplica incesante
Vertiendo de su copa que respeta
El orbe, licor nuevo,
Cual de su fuente luminosa Febo?

Poscimus si quid. —Od. I, 32

Harpa mía, a quien primero
Tocó Lesbio el ciudadano,
Quien aunque en el campo insano
De Marte bravo guerrero,
No obstante, al son del acero
O cuando su volandera
Nave en la húmeda ribera
Combatida siendo andaba...

Parcus Deorum cultor.—Od. I, 34

Ínterin que ejerciendo
Ando la falsa ciencia
Apenas venerando
La justa Providencia
De los Dioses supremos,
Un caos de tinieblas
Erróneas ha embotado
La luz de mis potencias.
Pero al presente pienso
Volver atrás las velas
Y convertirme luego
A la estoica secta.

O diva gratum.—Od. I, 35

Oh tú, diosa, que riges el famoso
Templo agradable de Accio, poderosa
O para levantar al cuerpo humano
Con placentera mano
Del grado más humilde y tenebroso,
O para convertir la serie honrosa
De triunfos en grimosos funerales.

Nunc est bibendum. —Od. I, 37

Oh compañeros míos,
Ora beber debemos, [p. 172] Ora con pie garboso
Justo es herir el suelo;
Con costosos manjares
También ornar el tiempo.

Persicos odi.— Od. I, 38

Desestimo y desprecio,
Oh mi criado,
Sumamente de Persía
Los aparatos;
Me desagradan
Coronas con tiritas
Entrelazadas.

CX. GARCÍA TASSARA, Gabriel.—Madrid, 1872.

Quem virum aut heroa.—Od. I, 12

En verso suelto.

¿Cuál varón o cuál héroe con la lira,
O aguda flauta a celebrar ¡oh Clío!
Vas? o ¿cuál Dios a cuyo nombre suene...
Eco festiva en la garganta umbrosa
Donde las selvas en tropel siguieron
De Helicón, en el Pindo el Hemo frío,
A, Orfeo invocador cuando en maternas
Artes los saltos de los raudos ríos
A los vientos veloces suspendía,
O arrobadas al canto las encinas
Llevaba en pos con las canoras cuerdas?
¿A quién antes daré digna alabanza?
¿A quién sino al gran Padre que el destino
De hombres y dioses, mar y tierra y mundo,
Del tiempo contrapesa en la balanza?
Nada mayor, segundo o semejante
A Jove se engendró. Ni audaz en lides,
Baco, te callaré. Ni a aquella virgen,
Enemiga a las fieras, Ni a ti ¡oh Febo!
Con la certera flecha. Diré a Alcides
Y a los hijos de Leda, insigne el uno
En domar un corcel, famoso el otro
En la atlética lid; cuya alba estrella
No bien al nauta resplandece, cuando [p. 173] Las crespas aguas de las aguas
fluyen,
Los vientos calman, los nublados cejan,
Y la onda amenazante al blando influjo
Se recuesta en el Ponto. ¿Cuál memoria
Evocaré después? ¿Rómulo acaso,
O de Numa el pacífico reinado,
O de Tarquino las soberbias haces,
O de Catón la valerosa muerte?
A Régulo también y a los Escauros,
O acosado del Penó a Paulo Emilio,
De su alma grande pródigo, en insigne
Canto dirá mi musa. Y luego a aquellos
Que a la austera pobreza, al heredado
Fundo arrancó de entre apacibles lares
La guerra; aquel Fabricio, aquel Camilo,
A Curcio, el de la intonsa cabellera.
Cual crece con la edad árbol fecundo,
Crece la fama de Marcelo en tanto;
Y cual la luna entre menores luces,

La estrella de los Julios resplandece.
¡Oh tú, Jove Saturnio, de la humana
Gente padre y tutor! A ti los hados
Dieron velar por César. Reina, y sea
César segundo a ti; y al sojuzgado
Parto que al Lacio amaga en justo triunfo
Ora trayendo, o al indiano y sera
Sujetado en los términos de Oriente,
Por ti rija él el orbe. Con tu carro
Tú al Olimpo haz temblar y a las violadas
Selvas los rayos de tu enojo envía.

Poesías de Tassara, Madrid, 1872, pp. 301-302.

Y en el Horacio pintoresco de Barcelona [O. H. pág. 28.]

El P. Torres la elogia con entusiasmo, teniéndola por aventajada a las muy buenas de Moratín y Burgos, especialmente en este pasaje:

.....Diré a Alcides
Y a los hijos de Leda: insigne el uno
En domar un corcel; famoso el otro
En la atlética lid, cuya alba estrella
No bien al nauta resplandece, cuando
Las crespas aguas de las rocas fluyen,
Los vientos calman, los nublados cejan,
Y la onda amenazante, al blando influjo,
Se recuesta en el ponto [p. 174] «¡Esto sí que es
verdaderamente impecable!, añade el Padre Torres. Toda la traducción está por
el estilo, y es más fiel y más ceñida que las de Moratín y Burgos, pero no hay
que echar en olvido que Burgos tradujo en rimas perfectas; Moratín, en silva, y
Tassara en versos sueltos. La de este último tiene, sobre las otras dos, la ventaja
de que en ella no se puede señalar ningún defecto. Ni Burgos ni Moratín ni
nadie ha hecho más.»

La falta de correspondencia de los versos:

Proximos illi tamen oecipavit
Pallas honores

notada por el P. Blanco, se advierte no sólo en la edición de Barcelona, sino también en la original de las poesías de Tassara; o éste los dejó sin traducir, o sufrieron naufragio en la imprenta.

El general Mitre, que ha traducido la misma oda muy infelizmente, según su costumbre, pone a la versión de Tassara una porción de reparos, la mayor parte pueriles. El poner las *artes* maternas en

plural y no en singular, es cosa de poca monta. El

*Blandum et auritas fidibus canoris
Ducere quercus*

está bien traducido de este modo:

O arrobadas al canto las encinas
Llevaba en pos con las canoras cuerdas.

Al general se le antoja que lo que Horacio quiso decir es que Orfeo había *enseñado* sus cantos a las encinas. No hay semejante cosa: Horacio dice *ducere* (llevar tras sí) y no dice *docere* (enseñar), ni podría decirlo, porque el verso no lo consiente. Todavía hay un desvarío más original en el crítico. Había traducido Tassara, no con entera exactitud literal:

O acosado del Peno Paulo Emilio
De su alma grande pródigo

El superante Poeno del original es un ablativo absoluto, que quiere decir, como ningún principiante ignora, *siendo vencedor* el Cartaginés. Y vencer no es lo mismo que acosar. Esta es la única [p. 175] crítica que podía hacerse de la versión de Tassara. pero al general se le ocurre enmendarle la plana de un modo que merecería un palmetazo en cualquier aula de latinidad.

Traduce el *superante Poeno*, «superando al vencedor», y concierta así monstruosamente un ablativo de oración accidental con un acusativo prodigum Paullum.

Procure ser en todo lo posible
El que ha de reprender, irrepreensible.

Por mi parte, la traducción me parece muy buena y digna de tan egregio poeta, pero creo que hizo mal en adoptar la forma nada lírica de una tirada de endecasílabos sueltos para traducir una oda sáfica, cuya forma métrica puede imitarse tan fácilmente en castellano.

[Vid. H. E., I, 153; II, 425.]

CXI. GARCÍA TASSARA, Gabriel.—Madrid, 1872.

Eheu fugaces.—Od. II, 14

¡Cómo, oh Póstumo, Póstumo, los años
Se deslizan fugaces! No retarda
A la instante vejez con sus arrugas
Ni aun la piedad, o a la indomada muerte.
No con trescientos toros cada día

¡Oh amigo! aplacarás al implacable
Plutón que a Ticio y a Gerión triforme
Retiene en la onda tétrica que todos
Cuantos sustenta de la tierra el fruto,
Rey o pobre cultor, surcar tenemos.
Vano es huir el sanguinoso Marte
O de Adria ronco las rompidas ondas:
Vano del otoñal austro maligno
El cuerpo resguardar. El tenebroso
Cocito con su lánguida corriente
Errar hemos de ver, y de Dánao
La infame prole, y al castigo eterno
Sísifo, hijo de Eolo, condenado.
Casa, heredad, consorte cara, es fuerza
Dejar, y de estos árboles que crías,
Dueño fugaz, sólo el ciprés odioso
Sólo el ciprés te seguirá a la tumba.
Más de ellos que tú digno, tu heredero [p. 176] Los cécubos que hoy
guardas con cien llaves
Gozará en abundantes libaciones:
Licor más generoso en el soberbio
Pavimento vertiéndose a raudales
Que en las cenas corrió pontificales.

(Poesías de Tassara. Madrid, 1872, pp. 303-304.)

[Vid. H. E. I, 153; II, 425.]

CXII. BARÁIBAR Y ZUMÁRRAGA, Federico.—Vitoria, 1876.

Quis Multa gracilis.— Od. I, 5

Publicada en *El Ateneo*, de Vitoria, tomo IV (abril de 1876), página 218.

¿Qué gallardo mancebo
Perfumado te abraza
Sobre un lecho de rosas
En tu agradable estancia?

¿Para quién tus cabellos
Rubios peinas con gracia,
Mostrándote vestida
Con sencilla elegancia?

Ese que de ti goza
Creyendo tus palabras,

Y espera serás siempre
Su fiel enamorada,

¡Ay! triste, cuántas veces
Llorará tu inconstancia,
Porque del aura pérfida
No sabe las mudanzas.

¡Ay! cuántas asombrado,
Verá la mar en calma
Alzarse por los vientos
En fieras oleadas.

¡Miseros los que fían
En tu inocencia falsa!
Yo ya colgué en el templo
Una votiva tabla,

Que al Numen de los mares
Indica se consagran
Mis vestidos, mojados
En reciente borrasca.

[Vid. H. E. I, 156.] [p. 177] CXIII. BARÁIBAR Y ZUMÁRRAGA,
Federico.—Vitoria, 1876.

Vitas hinnuleo. —Od. I, 23

Traducción en metro anacreóntico, publicada en *El Ateneo*, de Vitoria (abril de 1876), tomo IV, pág. 218.

Huyes de mí, dulce Cloe,
Semejante al cervatillo
Que busca a su madre tímida
Por los escabrosos riscos.

Asústale de los vientos
Y de la selva los ruidos,
O las vides, cuando agitan
Sus pámpanos movedizos.

Y si los verdes lagartos
Corren entre los espinos,
Tiemblan sus delgadas piernas
Y su pecho estremecido.

Yo como un horrendo tigre

O como un león numidio
Para devorarte, niña,
No creas que te persigo.

Y pues estás en la edad
De los dulces amoríos,
No sigas más a tu madre,
Y síguele a tu marido.

[Vid. H. E. I, 156.]

CXIV. BARÁIBAR Y ZUMÁRRAGA, Federico.—Vitoria, 1886.

Urbis amatorem.—Epist. I, 10

En *El Ateneo*, de Vitoria (tomo VII pág. 10), y en el tomito titulado *Traducciones del hebreo, griego, latín, euskaro, portugués, catalán, gallego, italiano, francés y provenzal*. Vitoria. Imp. de Cecilio Egaña, 1886, pp. 23-27.

A FUSCO ARISTIO

Salud a Fusco, amigo de ciudades,
Desea Horacio, amigo de los campos.
Sólo en esta afición no convenimos,
En todas las demás somos hermanos; [p. 178] Pues cuanto apruebas tú,
gustoso apruebo,
Y me es ingrato lo que te es ingrato.
Iguales en un todo a los palomos
Que nos pinta el apólogo esopiano.

Tú el nido alabas y en su seno vives,
Yo los arroyos límpidos ensalzo
Del campo ameno, y el sombrío bosque,
Y el peñasco de musgo tapizado.

¿Cómo no, si en el punto en que abandono
Esos goces que alzáis en vuestro aplauso
Sobre el excelso Olimpo, vivo y reino
De mi albedrío dueño y soberano?

Pues ya, a modo de siervo fugitivo
De un sacerdote, de pasteles harto
Estoy, y a empalagosas golosinas
Prefiero el pan que me es necesario.

Si hay que vivir conforme a la natura,

Un solar a propósito buscando
Antes de edificar ¿sabéis alguno
Que valga más que un delicioso campo?

¿Dónde son más benignos los inviernos?
¿Dónde templa mejor Favonio blando
Del Can la rabia y del León la furia
En las ardientes siestas del verano?

¿Dónde el cuidado cruel con sus fantasmas
Perturba menos nuestro sueño plácido?
¿Cuándo a una flor en brillo y en perfume
Vencerán nuestros jaspes africanos?

El raudal que romper en vuestras fuentes
Intenta el plomo donde va encañado,
¿Será más fresco y puro que el que baja
De una verde colina murmurando?

¿Por qué en la misma Roma, entre columnas
Soberbias, plantáis árboles copados,
Y elogiáis la morada que permite
Pasear los ojos por el vasto campo?

Es que, aunque con violencia se despida
A la naturaleza, vuelve al cabo,
Y, a favor del hastío que nos mata,
Nos somete a su yugo soberano.

El mercader, que la Sidonia púrpura
De la de Aquino no distingue, daños
Menores sufrirá que el que no acierte
De la verdad a distinguir lo falso.

El que más alto está más hondo cae;
Y más se llora lo que más se ha amado. [p. 179] Evita el fausto, que en la
humilde choza

Más dichas hay que en los palacios áureos.

El aguerrido ciervo echar solía
De sus pastos comunes al caballo
Que, tras largo luchar vencido, al hombre
Pidió socorro y enfrenóse manso.

Mas cuando, vencedor de su enemigo,
Arrogante quedó dueño del campo,
Ni del jinete libertó sus lomos,
Ni el espumoso belfo del bocado.

Así el que teme la pobreza carga

Por siempre con el peso de un tirano,
La libertad preciosa más que el oro,
En su necia codicia despreciando.

Con más o menos del caudal preciso
Pasa lo mismo que con mal calzado;
Lastima si es pequeño, y si está grande
Nos hace tropezar a cada paso.

Si te contentas con tu suerte, oh Fusco,
Serás feliz y vivirás cual sabio;
Repréndeme severo, cuando veas
Que yo del justo límite me salgo.

El oro recogido en nuestras arcas
O es nuestro siervo o es nuestro tirano;
Y la razón nos dicta que debemos,
En vez de obedecerle, dominarlo.

Junto a un antiguo templo de Vacuna
Esto te escribo, oh Fusco, descansando;
Nada a mi dicha en este sitio falta,
Más que tu compañía y tus abrazos.

[CXV.] SAA Y MALDONADO, Manuel M.^a —Badajoz, 1878.

Arte Poética

Interpretación y análisis de la epístola de Horacio a los Pisones sobre el Arte poética y traducción de la misma por D. Manuel María Saa y Maldonado. Badajoz, E. Orduña, 1878.

CXVI. ALEGRE, Francisco Javier.—México, 1880.

Beatus ille.—Epod. 2

Hace mérito de esta traducción D. Víctoriano Agüeros en la introducción de su libro *Escritores Mexicanos Contemporáneos* (México, 1880), p. XIX: [p. 180] «El P. Francisco Javier Alegre, que tradujo la *Ilíada*, de Homero, en hexámetros latinos, y de quien conozco también una delicada traducción libre de la oda de Horacio que empieza *Beatus ille*.

La biografía latina del P. Alegre, que antecede a sus *Instituciones Teológicas*, y que ha servido de pauta a todas las demás, menciona entre las traducciones de Alegre *Horatii Lyrica, Satyraeque nonnullae*.

De las sátiras existen cuatro, como veremos luego, y además una epístola. Pero no figura ninguna oda en la colección de los Opúsculos Inéditos, de Alegre, formada e ilustrada con tanto tino y diligencia por D. Joaquín García Icazbalceta (México, 1889).

Sin embargo, en sus notas al *Arte Poética*, de Boileau, que libremente tradujo, cita el P. Alegre, sin

indicar su autor, los primeros tercetos de una versión del *Beatus ille*, que suponemos que es la suya, puesto que no coincide con ninguna otra de las castellanas que hemos visto:

[Vid. H. E., I, 120.]

CXVII. ALEGRE, Francisco Javier.—México, 1889.

Nil admirari prope res est una, Numici.—Epist. I, 6

No admirar ni extrañar nada
La única cosa es, Numicio,
Que hacer el ánimo humano
Puede, y conservar tranquilo.
Este sol, estas estrellas
Y estaciones que con fijos
Y regalados movimientos
Van y vuelven en sus giros,
Muchos hay que sin espanto
Ni admiración los han visto
Y los ven. ¿Pues qué diremos
De los frutos exquisitos.
De la tierra y del mar que
Enriquece árabes e indios?
¿Qué los juegos y teatros?
¿Qué los aplausos del circo?
¿O los magníficos dones
Con que un ciudadano rico
Tal vez galadorna al pueblo?
..... [p. 181]

Anda hora, y mira aturdido
La plata, el oro y los bronce,
O los mármoles antiguos,
O las artes o las piedras,
O los colores de Tiro.
Gózate de que mil ojos
Te contemplen de hito en hito
Cuando en público discurre.
Levántate muy solícito
De andar al Foro temprano,
Y después de anochecido
Vuelve a casa cuidadoso
No coja, Mucio más trigo
Que tú en tus dotales campos
.....

Todo cuanto está escondido
Bajo de la tierra el tiempo
Dará a luz en algún siglo,
Y consumirá lo que
Parece hoy con mayor brillo.
Después que por la Vía Apia
Muy bien te la hayas lucido,
O en el pórtico de Agripa,
Ir te resta donde ha siglos
Que pasaron Numa y Anco...

Opúsculos inéditos latinos y castellanos del P. Francisco Javier Alegre (Veracruzano), de la Compañía de Jesús. México... 1889, páginas 167-173 .

Las versiones de las Sátiras y Epístolas de Horacio que este volumen, publicado por D. Joaquín García Icazbalceta, contiene, están tomadas del manuscrito autógrafo que poseía D. Aureliano Fernández Guerra.

[Vid. H. E., I, 120.]

CXVIII. ALEGRE, Francisco Javier.—México, 1889.

Qui fit, *Maecenas*.— Sát. I, 1

Traducción anterior a 1788, y probablemente a 1776, puesto que acompaña a su versión del *Arte Poética*, de Boileau, hecha aquel año. [p. 182]

Di, Mecenas, ¿qué será
Que nadie vive contento
Con la suerte que ha obtenido
Por fortuna o por su empeño,
Antes envidia a los que
Van por un rumbo diverso?...

Esta y las demás traducciones del P. Alegre están en romance octosílabo, metro que parece demasiado familiar para traducir las sátiras de Horacio, aunque él las llamase *sermoni communi propria*. La locución es fácil y pura, pero algo prosaica, de la escuela de Iriarte. Mucho mejor versificadas están las silvas en que el P. Alegre tradujo libremente el *Arte Poética*, de Boileau, pero nunca sus mejores versos castellanos igualan los magníficos versos latinos de su versión de la *Ilíada*.

Opúsculos Inéditos Latinos y Castellanos del P. Francisco Javier Alegre (veracruzano), de la Compañía de Jesús. México, imprenta de Francisco Díaz de León, Avenida de Oriente, 6, número 163. 1889 pp. 133-141.

La edición fué sólo de 150 ejemplares.

[Vid. H. E., I, 120.]

CXIX. ALEGRE, Francisco Javier, S. J.—México, 1889.

Omnibus hoc vitium est cantoribus.— Sát. I, 3

Casi a todos los cantores
Es muy común este vicio,
Que nunca quieren cantar
Rogados de sus amigos;
Pero si nadie les ruega,
Cantan hasta dar fastidio.
Así era el sardo Tigelio.
Por su amistad requerido...

Véase alguna muestra de esta prosaica traducción, tomándola precisamente del trozo en que debiera serlo menos:

Los que iguales los delitos
Pretenden ser, no sé cómo
Se las avengan, si al vivo [p. 183] Se llega de la disputa.
Las costumbres, el sentido
Común, y la utilidad,
Que cuasi madre y principio
Es de lo recto y de lo justo,
Repugnan a un tal capricho.
Cuando arrastrando por tierra
En los tiempos primerizos,
Como mudos animales,
Errantes y fugitivos,
Vagueaban por las campañas
Los hombres, y por los riscos,
Ya por la bellota, y ya
Por el lecho, entre sí mismos
Con las uñas, con los puños
Y con garrotes macizos
Peleaban; después con armas
Que el uso hubo introducido,
Hasta que inventaron nombres
Con que explicar sus designios:
Así cesaron las riñas,
Cerráronse con recinto
Las ciudades, y con leyes
Se prohibió el latrocinio,

La rapiña, el adulterio,
Que aun antes de Helena siglos
El amor de las mujeres
Fué de agrias guerras motivo;
Sino que los que seguían
Venus vaga y sin destino,
Como las fieras silvestres,
Tuvieron un finiquito
Desconocido e infame,
Cediendo a la fuerza y brío
De un rival más poderoso,
Como por fin el novillo
Cede al toro en el ganado.

Si de los tiempos antiguos,
Quieres revolver la historia,
Hallarás que siempre han sido
Las leyes y los derechos
Por temor establecidos
De lo injusto, y que no puede
Entre lo justo y lo inicuo
La sola Naturaleza
Discernir, como ha sabido [p. 184] Distinguir el bien del mal,
Y lo útil de lo nocivo.
Ni jamás me harán creer
Que sea tan gran delito
Tomar alguna hortaliza
De la huerta del vecino,
Como el asaltar de noche
Los templos. Haya orden fijo,
Haya regla que a las culpas
Proporcione los castigos...

Opúsculos Inéditos Latinos y Castellanos del P. Francisco Javier Alegre (veracruzano), de la Compañía de Jesús. México, imprenta de Francisco Díaz de León, 1889, pp. 141-151.

[Vid. H. E., I, 120.]

CXX. ALEGRE, Francisco Javier. S. J.—México, 1889.

Non quia, Maecenas, Lydorum. —Sát. I, 6

No porque de los antiguos
Lidios descendas, Mecenas,
Que ocuparon la Toscana,
Ni porque en tu alcurnia cuentas

Mil gloriosos generales
Que mandaron en la guerra,
Tanto de materna parte,
Como de parte paterna...

El principio es malísimo, como se ve. Después hay cosas mejores, p. e.:

Tal vez atrailladas lleva
La Gloria en su carro ufano
Con la plebe la nobleza...

*Sed fulgente trahit constrictos Gloria curru
Non minus ignotos generis...*

Opúsculos inéditos latinos y castellanos del P. Francisco Javier Alegre (Veracruzano), de la Compañía de Jesús. México... 1889, páginas 152-161.

[Vid. H. E., I, 120.] [p. 185] CXXI. ALEGRE, Francisco Javier. S. J.—México, 1889.

Ibam forte Via Sacra. —Sát. I, 9

Iba por la Vía Sacra
En no sé qué bagatelas,
Como suelo, meditando,
Todo embebecido en ellas...

Opúsculos inéditos latinos y castellanos del P. Francisco Javier Alegre (Veracruzano), de la Compañía de Jesús. México... 1889, páginas 161-167.

[Vid. H. E., I, 120.]

[CXXII] RIVERA ROMERO, Victoriano.—Córdoba, 1880.

Arte Poética

La epístola de Horacio a los Pisones vertida en castellano por Victoriano Rivera Romero. Córdoba. Imp. del Diario, 1880. Hay otras dos ediciones hechas en los años 1881 y 1883.

[Vid. H. E., I 161.]

CXXIII. MACIAS Y GARCÍA, Marcelo.—Orense, 1888.

Arte Poética

Epístola a los Pisones traducida en prosa y anotada, con prólogo, biografía de Horacio y extracto de los preceptos, por el Doctor Marcelo Macías y García. Orense, Tip. de A. Otero, 1888.

[CXXIV.] HERRERA, Luis de.—Cabra, 1889.

«Cabra, 24 de nov. de 1889.

Ilmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Mi respetable y querido amigo:

.....

Le mandé a usted con una de mis anteriores la traducción de la oda *Sic te diva potens* para saber su opinión. [p. 186] Soy de usted su más entusiasta admirador y afmo. amigo y comp.º q. b. s. m.—*Luis Herrera.* »

...

«Estoy concluyendo la traducción del libro III de la *Eneida*, y si viene por aquí D. Juan Valera para la Pascua, me ayudará a limar el II y III, y si merecen la aprobación de usted y de don Juan los publicaré, y continuaré con el IV.

He traducido la oda *Quis desiderio sit pudor...* y se la mandaré a usted cuando se digne contestarme.»

Sic te diva potens Cypri. —Od. I, 3.

Así de Chipre la potente diosa,
Así de Elena los hermanos píos,
Brillantes luminares de los Cielos,
Y el padre de los vientos te dirijan,
Que domeñando fuerte a los contrarios,
Desate sólo al Céfiro propicio,
Oh venturosa nave, que nos debes
A Virgilio, que llevas confiado.
A los confines áticos te ruego
Incólume lo entregues, y felice
Conserves la mitad del alma mía.

De roble y triple acero guarnecido
El pecho debió estar del que primero
Al piélagos cruel la frágil quilla
Osado confió; ni temió al Ábrego
En lucha con los rudos aquilones,
Ni a las Hiadas tristes, ni del Noto
El furioso poder que impera en Adria,

Ya quiera embravecer fiero las olas,
Ya apaciguarlas, déspota absoluto.
¿Ni de muerte qué género temiera
Quien con ojos enjutos vió los monstruos,
Y los hinchados mares turbulentos,
Y las funestas rocas del Epiro?

Próvido en vano separara Jove
Las tierras por las aguas de Oceano,
Si las débiles naves temerarias
Surcan impías los vedados mares.
El hombre audaz para arrostrarlo todo
A la impiedad se arroja en su demencia. [p. 187] Del alto cielo con engaño roba
El linage de Jápeto atrevido
El fuego que infundiera en los mortales,
Y las tierras invade macilenta
De enfermedades mil nueva cohorte,
Y la muerte, primero perezosa,
Aceleró su formidable paso.
Surcó el espacio Dédalo con alas
Jamás a los mortales concedidas,
Y Hércules penetró en el Aqueronte.
Nada imposible a los humanos pechos:
Contra los mismos cielos combatimos,
Y así nuestras maldades no consienten
Deponga Jove su iracundo rayo.

[CXXV.] GORRECHE Y OJEDA, Manuel.—Madrid, 1890.

Arte Poética

La epístola a los Pisones, traducida y comentada por D. Manuel Correche y Ojeda. Madrid, Imp. de A. Vellón, 1890. 8.º

[CXXVI.] BALAGUER Y FERRERES, Antonio. — Barcelona, 1891.

Arte Poética

La epístola a los Pisones, traducida y comentada por Antonio Balaguer y Ferreres. Obra ilustrada con 58 grabados. Barcelona. Tip. de la Casa de Caridad, 1891.

CXXVII. GALÁN Y DOMÍNGUEZ, Ángel. Ms.—1896.

Vile, potabis. —Od. I, 20

Caro Mecenas, en modestas copas

Sabino humilde beberás que guardan
Ánforas griegas que cerré yo mismo,
 Cuando loores
Y aplausos tales te rindió el teatro,
Que los oyeron tus riberas patrias [p. 188] Y repitió en las Vaticanas
cumbres
 Eco festivo.
Cécubo y mosto que exprimió potente
Prensa Calena, beberás; no el vino
De vid Formiana ni el que da Falerno
 Templan mis vasos.

Traducción ms. comunicada por el autor.

CXXVIII. GALÁN Y DOMINGUEZ, Ángel. Ms.—1896.

Integer vitae. —Od. I, 22

El hombre recto y de conciencia pura,
No necesita de moriscos dardos,
Ni de arco, aljaba y venenosas flechas,
 Fusco, mi amigo;
Ora camine por la ardiente Libia,
O el manto cruce de la Escitia helado,
O la región que el fabuloso Hidaspe
 Plácido baña.
Vagaba un día de mi quinta lejos,
De afanes libre, a Lálage cantando,
Y horrible lobo en la Sabina selva
 Húyeme inerme.
Monstruo cual éste ni jamás crióle
Daunia guerrera entre sus montes vastos,
Ni cría Juba de leones fieros
 Cálida madre.
Ya me traslades al país, do nunca
Orea el soplo del Estío al árbol,
Región del mundo en que la niebla y aire
 Reinan nocivos;
O bien me pongas so la ardiente rueda
De Febo en punto de habitar negado,
Dulce hable o ría, a mi hechicera siempre
 Lálage adoro.

Traducción ms. comunicada por el autor.

CXXIX. GALÁN Y DOMÍNGUEZ, Ángel. Ms.—1896.

O Venus, regina. —Od. I, 30

Reina de Pafos y de Gnido, oh Venus,
La hermosa Chipre de tu amor desprecia, [p. 189] Y al templo ven, a do
te invoca y dones

Rinde Glicera.

Sígante prestos el fogoso niño,
Desnudas Gracias y las Ninfas bellas,
Gentil Mercurio y juventud festiva,
Triste en tu ausencia.

Traducción ms. comunicada por su autor, desde Sevilla, en 13 de mayo de 1896.

CXXX. GALÁN Y DOMÍNGUEZ, Ángel. Ms.—1896.

Persicos odi.—Od. I, 38

La pompa y fausto de los Persas odio,
Ni de coronas enlazadas gusto;
Deja, muchacho, de buscar do moren
Rosas tardías.

Las sienes sólo con el mirto ornemos;
Que a ti, sirviente, no desdora el mirto,
Ni a mí que bebo de emparrado fértil
Quieto a la sombra.

Traducción ms. comunicada por su autor, residente en Sevilla.

CXXXI. GALÁN Y DOMÍNGUEZ, Ángel.

O fons Blandusiae. —Od. III, 13

A la fuente de Blandusia

Dedicada al eminente literato y gran humanista, gloria de las Letras españolas, Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, en testimonio de entusiasta admiración.

Fuente de Blandusia,
Más clara que el vidrio
Y digna de dulce
Generoso vino;
Ornado de flores
Mañana un cabrito

Habré de inmolarle,
Cuyos cuernos primos
Hinchen ya su frente,
Que en vano al destino [p. 190] De amorosas lides
Disponerlo quiso;
Pues la roja sangre
Teñirá de este hijo
De la ley laciva
Tus raudales fríos.
A ti los rigores
Del calor estivo
Llegar nunca logran;
Con fresco benigno
Al ganado errante
Y bueyes rendidos
De arar, tú convidas;
Tú el mayor prestigio
Tendrás de las fuentes,
Cuando yo en mis himnos
La encina cantare
Que se alza en los riscos,
Do parleros brotan
Tus caudales límpidos.

En *El Correo de Andalucía*, Sevilla, N.º 68, 19 de noviembre de 1900, pág. 549.

[CXXXII.] UREÑA, Francisco de Paula.—Jaén, 1899.

«Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Distinguido Sr. mío y de mi mayor admiración: Siento en el alma molestar a usted, pero una discusión, aquí promovida con ocasión y acerca de una traducción de la oda *Eheu! fugaces*, de Horacio (discusión que pende del fallo de usted, que tan grande autoridad es en la materia), me obliga a escribirle, sin más títulos que los que me da la admiración que hacia usted siento.

Dispense usted la molestia, y dispense asimismo que insista en rogarle a usted me conteste con su juicio acerca de la traducción. Usted concluye de una vez con estas estúpidas quisicosas, que no por ser estúpidas, dejan de ser mortificantes.

Con un millón de sincerísimas gracias, me ofrezco de usted affmo. amigo y entusiasta admirador, s. s., q. b. s. m.—Francisco de P. Ureña.

Jaén 5 de noviembre de 1899.

Muñoz Garnica, 5.» [p. 191] *Oh navis, referent in mare te novi fluctus*—Od. I, 14

¿Qué locas esperanzas, nuevamente,
Te llevan a alta mar? ¡Oh! tente, nave!
Torna al seguro puerto. ¿No recuerdas
Que está de remos desprovisto un lado
Y roto el mástil por el afro rudo?
¿No sientes de las vergas el gemido?
¿No ves que, sin maromas, el empuje
No puedes resistir del mar furioso?
Velas no tienes íntegras, ni dieses
A quien clamar de nuevo. Y aunque ostentas
De la selva del Ponto el noble sello,
Tu cuna y tu nobleza son inútiles.
Pintada estás en vano; que en pinturas
El tímido piloto no confía.
Juego serás del viento, si a él te entregas.
Mas mi temor ayer y mi cuidado,
Y hoy mis vehementes ansias, es que evites
El agua de las Cícladas alevés,
Salpicada de sirtes y peñascos.

Pastor cum traheret per freta navibus. —Od. I, 15

Y cuando el fementido
Pastor de Troya en las idalias naves
Llevaba por el mar a la de Acaya
Helena peregrina, en ocio ingrato
Nereo dejó a los vientos corredores
Para anunciar a Paris su infortunio.
«En mal hora—exclamó—llevas a Ilion
A la mujer que pronto, en hueste innúmera,
Ha de pedirte Grecia, conjurada
Para romper tus nupcias, y el antiguo
Cetro de tus mayores. ¡Cuánto ¡ay! cuánto
De sudor y fatiga al caballero
Y al caballo amenazan! ¡Cuántos males
Fraguando estás a la dardania gente!
Palas prepara ya yelmo y escudo
Y carro y rabia contra ti. ¡Oh! en vano,
Protegido de Venus, tus cabellos
Peinarás olorosos, y con lira
Voluptuosa alternarás con damas
Recitándoles versos femeniles.
Y en vano evitarás al nupcial lecho
Las agudas saetas de Candia, [p. 192] Y las ferradas lanzas, y el ruido
Sordo de guerra, y el temible Ayace

Pronto en seguirte, que, aunque tarde, el polvo
Manchará tus adúlteras melenas.
¿No ves ya en derredor al de Laertes,
Espanto de tu raza, fiero Ulises,
Y a Néstor el de Pilos? Mira, mira
Cuál sin pavor te apremian Salamino,
Y Teucro, y el perito en las batallas
Y en domeñar caballos, Estenelo.
A Melión conocerás. ¡Oh! advierte
De Tírides cruel, más que su padre
Valeroso, el aliento que te busca
Como fiera al cervato. Mas tú, ciervo
Que al lobo ve del valle en la hondonada
Y olvidado del pasto, huyendo, vuela,
Huirás también ¡cobarde! sin respiro.
¿Y esto fué lo que a Helena prometiste?
La armada que conduzca a la aquilea
Gente iracunda, alargará los días
A Troya, y a las hembras de los frigios;
Mas, tras breves inviernos, el aqueo
Fuego terrible abrasará las torres
Que en Ilion a los cielos desafían.

Eheu! fugaces, Postume, Postume, labuntur anni. —Od. II, 14

¡Ay! fugaces los años se deslizan,
Póstumo, Póstumo: la de rostro arado
Y canosa vejez, la muerte indómita
Vendrán, sin que lo estorben las virtudes.
El toro, que en el alba, diariamente,
Inmolas a Plutón, será perdido:
Plutón no tiene lágrimas. Enfrena
A Gerión y Ticio en la laguna
Estigia, ¡ay! que cruzaremos cuantos,
Ricos y pobres, en la tierra somos.
De Marte el rudo, el sanguinoso, el fuerte
En vano huirás, y esquivarás en vano
Las olas adriáticas, y el viento
Austral de Otoño, a la salud nocivo.
El agua del Cocito, de ondas lánguidas,
Al fin hemos de ver, y la de Dánao
Infame descendencia, y el eolida
Sísifo, a larga pena condenado.
Todo lo has de dejar: campos, penates,
La misma dulce esposa; de los árboles, [p. 193] Que cultivas, ninguno, excepto
el triste

Ciprés, te ha de seguir, breve amo de ellos.
Tu heredero más digno, los que hoy guardas
Cécubos con cien llaves, tendrá en poco;
Y con vino, mejor que el que en la cena
Los Pontífices beben, el soberbio
Tapiz del suelo bañará en tu nombre.

Jam pauca aratro jugera regio moles relinquent. —Od. II, 15

Pronto, las regias casas al arado
Tierra no dejarán: doquier estanques,
Mayores que el Lucrino, se fabrican;
El plátano infecundo al olmo vence;
Y violetas, y mirtos y otras plantas,
Goce de la nariz, darán su aroma
Al dueño ayer de fértiles olivos.
El espeso laurel, que nada vale,
No tendrá quien lo corte. ¡Oh! ¿Y es esto
Lo prescrito por Rómulo? ¿este el lujo
Del intonso Catón? ¿esta la norma
De los viejos latinos? ¡No, no! Antes,
La privada heredad era pequeña,
Y grande la común. Nadie en lo suyo,
Al Norte opaco, levantaba pórticos
De vasta proporción. Las mismas leyes,
Que vedaban huir del pobre lecho,
Mandaban exornar templos y acrópolis
Con mármol rico, a expensas del Estado.

CXXXIII. CAPARRÓS, José M.^a—Madrid, 1902.

Quae virtus.—Sát. II, 2

Traducción en verso castellano de la sátira 2.^a del libro II de las de Q. Horacio Flaco. Al Excmo. Sr. Marqués de Pidal.

Inc. ¿Qué virtud hace falta y en qué grado
Para vivir con poco? Esta doctrina
No es mía; aquel Ofelo, sabio rústico,
Y de sincero espíritu dotado,
La prescribió.....

Revista Contemporánea, tomo 124, 15 de enero de 1902, páginas 101-107.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 21]. [1] . Nota del Colector I 85, y II 563 (Ed. Nac...)

[p. 21]. [2] . S. B. 66.

[p. 27]. [1] . Bib. Nac. P. V. Fol C-13, n.º 25.

[p. 39]. [1] . *Nota del Colector*: En el *Horacio en España*, página 575, II volumen, dice Menéndez Pelayo que por falta de espacio no reproduce íntegras las poesías de Montiano y Luyando que van a continuación, pero que lo hará en su *Biblioteca de Traductores*. Respondiendo a este propósito del Maestro se copian todas las por él indicadas.

[p. 61]. [1] . Este héroe es Sedano, el colector del *Parnaso Español*.

[p. 65]. [1] . *Poetas líricos del siglo XVIII*, tomo III, pp. 387 y 389. Allí se publicó por primera vez este interesante poema de Lista no incluido en las colecciones anteriores de sus obras.

[p. 74]. [1] . Subrayado en el original.

[p. 100]. [1] . Nota del Colector. Los documentos y notas que siguen fueron enviados a Menéndez Pelayo por Juan Pérez de Guzmán.

[p. 101]. [1] . Habiéndose esculpido en Italia una estatua del Rey Carlos IV para erigirla en monumento público en Ceuta, antes de embalarla para su embarque en Génova en dirección a nuestro primer presidio de la costa de África, fué expuesta algunos días al público en la capital de la Liguria. El ex jesuíta español D. Vicente Alcoverro compuso en elogio de S. M. algunas poesías y en ellas incluyó en verso castellano la traducción de la oda tercera del primer libro de las de Horacio. El ministro residente cerca de aquella Señoría, D. Juan Cornejo, premió al poeta con un ducado, indicándole que haría un servicio grato a la nación si traducía las restantes en el mismo estilo y método, por carecerse en España de una traducción completa de las obras líricas del gran poeta áulico latino. Ocurría esto en 1791, y todavía, por el mismo conducto, recibió el abate Alcoverro otra excitación para lo mismo de parte del Conde de Floridablanca.

Cerca de dos años trabajó el exjesuíta aragonés en la primera parte de esta obra, y en este tiempo en el Ministerio de Madrid había sucedido a Floridablanca el Duque de la Mendía, y en el de Génova a Cornejo el Conde de Valparaíso. Éste y el abate D. Juan Andrés estaban enamorados de la traducción, y del mismo modo impulsaron a Alcoverro a que solicitase en Madrid el Real beneplácito para que la dedicase al Príncipe de Asturias Don Fernando y que impetrase el favor del Monarca a fin de que de la obra se hiciera una edición espléndida en la imprenta Real de Bodoni, en Parma, para que fuera digna de tan gran Príncipe. En 12 de abril de 1793, por mano de Valparaíso, envió Alcoverro su

instancia al Duque de la Mendía, acompañándole una *Idea de su traducción*, y algunas odas traducidas de muestra. El Duque de la Mendía, según la costumbre que halló establecida, decretó que se examinase por la Real Academia Española (11 de mayo), y el secretario de la sabia corporación, D. Manuel de Lardizábal y Uribe, en 20 de junio expidió a la primera secretaría de Estado un informe desfavorable, con lo que el Ministro, que se desvelaba por proteger y premiar a todos los talentos, en 22 del mismo mes ordenó que se devolviera al autor el original.

Mientras esta orden se cumplía, Alcoverro enviaba concluido el primer tomo de las *Odas* por medio del impresor y librero de Madrid, D. Gabriel Sancha; y D. Santiago Palomares se unía a su gestión, expresando la idea de que era una lástima que no se concluyera obra tan útil; pero todo lo que se logró fué que en 24 de septiembre de 1796 el Consejo de Castilla expidiese la Real licencia para que pudiese ser impresa. Decretóse entre tanto la repatriación de los exjesuítas, y aunque Alcoverro había ya echado raíces y creado intereses propios en Italia, el amor del suelo en que nació y de los vínculos de familia que aquí tenía y el deseo de negociar por sí la impresión privilegiada de su obra literaria, le hizo venirse a Calatayud, de donde era originario, trayendo consigo las aprobaciones que le habían dado en Mantua D. Juan Andrés, en Cremona don Manuel Pelayo y en Milán D. Antonio Jiménez de Cernaba, después de las lisonjeras censuras de otro humanista insigne, D. Rafael de Córdoba.

En septiembre de 1799 volvió a representar a D. Mariano Luis de Urquijo el afán con que había trabajado su traducción, sus setenta años de edad y los servicios que antes había prestado en Barcelona como profesor de matemáticas con pensión anual de S. M. De nuevo también instó para que el Rey aceptase su dedicatoria y tantas fueron sus súplicas que al fin se abrió paso con su constancia en el ánimo del bondadoso Monarca, que terminó por tomar un gran interés por los trabajos literarios de Alcoverro. Consecuencia inmediata de la actitud benévola de Carlos IV fué la R. O. de 25 de enero de 1800, por la que se mandó a Moratín emitir nuevo informe. Resistiólo al principio, excusándose con que ya se le habían concedido por duplicado las licencias para imprimir los cinco libros de las *Odas de Horacio*, pero estrechado por el ministro, al fin informó noble y bizarramente, y a su informe debió Alcoverro que el Rey aceptara la dedicatoria y mandara que se imprimieran en la Imprenta Real.

Al contestar Alcoverro a Urquijo, dándole las gracias por las mercedes con que el Rey le honraba, le incluía nota de todas las obras que tenía acabadas y en disposición de imprimirse, para que S. M. se sirviese mandar sobre ellas lo que fuere de su voluntad, pues las rendía respetuosamente a sus pies. Tenía traducidas de Horacio, y versificadas en castellano: Los cinco libros de *Las Odas*; los dos de *Las Sátiras*, con una disertación original sobre las producciones de este género literario; *Las Epístolas*, y *La Epístola a los Pisones*. Como obras originales tenía también una *Colección de varias poesías*, *Entretenimientos poéticos*, escritos en Parma; otras *Poesías contemporáneas*, que debían ser o humorísticas o satíricas, y una *Relación del viaje de los Arzobispos de Toledo, Sevilla y Seleucia a Roma*, que del mismo modo debía ser humorística, pues dice que con ella se habían solazado mucho Sus Eminencias.

Mandó el Rey consultarle sobre un beneficio eclesiástico que quería darle, a que contestó muy reconocido el 25 de enero de 1801; pero cuando volvió a buscársele para hacer efectivo el ofrecimiento regio, proceder a la impresión de las *Odas* y estimularlo en nombre de S. M. a que prosiguiese en sus útiles trabajos literarios, no hallándole ni en Aragón, ni en Barcelona, se pidieron informes a Parma al ministro de España D. José Cappelutti, a Roma a D. Antonio de Vargas y

Laguna y a Génova a don Leonardo Gómez de Terán, y este último contestó, en 21 de noviembre, a D. Pedro Cevallos, que Alcoverro había fallecido en Calatayud hacía algunos meses, según las noticias adquiridas de los exjesuítas, amigos suyos.

Las Obras de Horacio, traducidas por Alcoverro, así como las originales suyas se han perdido, pues ni las *Odas* llegaron a imprimirse. Mi querido e ilustre amigo el Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo ha tenido la fortuna de adquirir parte de la *Sátiras* después de publicadas sus eruditas notas sobre los traductores castellanos de Horacio, y, aun de la vida del traductor, no ha tenido otras noticias que las parcas que se hallan en Latassa y D. Vicente Lafuente y en las cartas de Moratín, incluidas en sus *Obras póstumas*. No parezca, por lo tanto, inoportuna la extensión que hemos dado a esta nota, para ilustrar la vida meritoria de un obrero de la cultura española tan infatigable y hábil como infortunado, con tanta más razón cuanto que todos nuestros apuntamielatos han sido hasta aquí desconocidos.

[p. 105]. [1] . Consta de 51 hojas en folio y es indudablemente original y autógrafa. A la traducción precede una reseña histórica de la Sátira; al fin van las notas, que son muchas y demuestran no común erudición. Signatura 3-196.

[p. 113]. [1] . En el *Horacio* de Bond se lee solutis concertando, por lo visto, con *bobus*, lectura, a nuestro juicio, errónea; este participio corresponde a *Beatus*.

[p. 133]. [1] . El ms. autógrafo se conserva en la Bib. Nac. P. V, 4.º, C-33, número 18.

[p. 134]. [1] . Nota del autor: «Esta oda me tocó por suerte en la oposición a la Cátedra de Prima de Humanidades de Salamanca y la traduje así entre los demás trabajos de las 24 horas del ejercicio.»

[p. 137]. [1] . Escribió además un Aparato para la historia de Triana y de su iglesia parroquial. Sevilla. Imprenta de Manuel Carrera. 1818. Un volumen en 4.º

[p. 142]. [1] . Su colección de traductores de Horacio se conserva en la Biblioteca Nacional; es más completa que la de Tineo.

BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA — IV : HORACIO I

TRADUCCIONES DE HISPANO-AMERICANOS [DESPUÉS DE LA INDEPENDENCIA]

[p. 194]

MÉJICO

CXXXIV. ANÓNIMO.—París, 1833.

Iam satis terris.—Od. I, 2

Bastante nieve y bárbaro granizo
Envió Jove a la tierra...

Pésima traducción. *Colección de poesías mejicanas. París, librería de Rosa, 1833, página 385.*

CXXXV ANÓNIMO.—París, 1833

Oh Venus, regina Cnidi Paphique.— Od. I, 30

Alma Venus, que reinas
En Citeres y en Gnido:
Deja, deja de Chipre
Elpreciado recinto...

Colección de poesías mejicanas. París, librería de Rosa, 1883, página 30. Es mala traducción.

[p. 195] CXXXVI. PESADO, José Joaquín.—México, 1839.

Maecenas atavis. —Od. I, 1

Mecenas, hijo de antiguos reyes,
Refugio y dulce decoro mío...

Poesías originales y traducidas de José Joaquín Pesado. México, impresas por Ignacio Cumplido, 1839. 8.º, pp. 71-72.

Poesías originales y traducidas de... Segunda edición, corregida y notablemente aumentada. México, en la imprenta de I. Cumplido editor: calle de los Rebeldes, núm. 2. Año de 1849. 4.º, pp. 93-94.

Poesías originales y traducidas de Don José Joaquín Pesado, miembro correspondiente de la Real Academia Española. Tercera edición, corregida y notablemente aumentada. México, imprenta de Ignacio Escalante, Bajos de San Agustín, núm. 1, 18 86. 4.º, páginas 116-117.

Hállase también en mi libro *Horacio en España* (1.ª edición, Madrid, 1877, pp. 121-122, y 2.ª edición, 1885, pp. 199-201), y en las *Odas de Q. Horacio Flaco, traducidas o imitadas por varios ingenios españoles. Barcelona, 1882, pp. 29-30.*

Es la segunda y la más afortunada de las tentativas que se hicieron para trasladar esta oda de Horacio en un metro que remedase aproximadamente la cadencia del original. No creo que Pesado, cuya versión se imprimió en 1839, tuviese conocimiento de la de D. Juan Gualberto González, que, aunque hecha años antes, no vio la luz hasta 1844 en el *Horacio*, de Burgos. Lo más verosímil es que uno y otro coincidieron en el intento de imitar el asclepiadeo latino, tomando por base el pentasílabo duplicado de Moratín en sus versos a Jovellanos:

Id en las alas del raudo céfiro...

Pesado no era tan profundo humanista como D. Juan Gualberto, pero era más poeta, y su traducción resulta más agradable, a pesar de algunos descuidos de varios géneros. No convengo en todos los que le pone el general Mitre, que por otra parte la encuentra *recomendable y la mejor y más literal* de las que ha visto, aunque por supuesto inferior a la suya. Empieza por decir que tiene un [p. 196] verso más que el original: como Pesado no anuncia el intento de sujetarse a tal esclavitud, no hay que pedirle cuentas de lo que no quiso hacer, y de lo que nunca puede ser ley rígida, tratándose de dos lenguas que difieren tanto en punto a concisión.

Decoro por *decus* está bien traducido, aunque no sea la acepción más vulgar de la palabra, y a lo sumo será un latinismo muy admisible en una versión del latín. *Metaque fervidis evitata rotis*, no es la *meta rodeada con férvidas ruedas*, como quiere el general Mitre, sino la *meta evitada*, por lo cual Pesado se acercó más al texto traduciendo: «el linde *intacto* con rueda férvida vencer», puesto que en el feliz epíteto *intacto* va implícita la acción de evitar. Esta es la fidelidad poética, muy distinta de la fidelidad mecánica y gramatical, que exige la repetición de las mismas palabras.

Es cierto, sin embargo, que debe conservarse cuanto se pueda de los accidentes de la dicción de Horacio, y yo mismo he echado de menos en la versión de otro poeta mejicano el epíteto de *sagrada*, dado a la fuente (ad *aquae lene caput sacrae*), que falta también en Pesado, como faltan el vino Másico, sustituido con la vaga expresión de *añejo vino*, el jabalí *Marsio* y el verde *madroño* (*viridi sub arbuto*). Todo lo que Horacio designa con términos concretos, no debe ponerse en términos genéricos y abstractos. Sub Jove frígido es frase hecha que quiere decir: «a la intemperie», «a cielo abierto», como traduce Pesado. Si se quisiera apurar el rigor literal, no bastaría con decir: «bajo aire frígido», como pone el general, sino «debajo del frío Júpiter», aunque se dijese un disparate que no entendiera nadie. Que sea *ciervo* o *cierva* el animal perseguido por los cazadores me parece chico pleito, y el adjetivo *fidelibus* aplicado a los canes tampoco es de tal novedad que sea muy de sentir su pérdida. No sucede así con los *leves* coros de las Ninfas, y el *gélido* bosque, epítetos que debían haberse conservado, porque son expresivos y poéticos. A pesar de estas menudencias y de un verso que, al parecer, tiene una sílaba de más en el segundo hemistiquio.

Busca y la trompa y la guerra triste,

la traducción de Pesado deja en el oído y en la fantasía más grata impresión que la de su acerbo crítico, porque es fiel en lo esencial, [p. 197] concisa sin exageración, y tiene cierto sabor horaciano que la hace muy grata.

[Vid. H. E., I, 167 y II, 448 y 449.]

CXXXVII. PESADO, José Joaquín.—México, 1849.

Solvitur acris. —Od. I. 4

Poesías originales y traducidas de José Joaquín Pesado. Segunda edición... México, 1849, pp. 95-96.

Poesías originales y traducidas de... Tercera edición... México... 1886, pp. 117-118.

A SEXTIO

Cesa al impulso de Favonio tierno
Rígido el invierno;
Ni el campo cubre cándida la nieve,
Ni ya el ganado en el redil se goza:
El pastor su choza
Deja, y la nave al piélagos se atreve.
La hermosa Venus, viendo que oportuna
Álzase la luna,
Une sus ninfas a las Gracias que ama:
Guía sus coros al compás del canto;
Y Vulcano en tanto
De sus Cyclopes la oficina inflama.
Hora conviene coronar la frente
De laurel reciente,
O nuevas flores, con festivo rito:
Hora inmolar a Fauno bondadoso,
En el bosque umbroso,
Balante oveja o retozón cabrito.
La regia torre del alcázar fuerte
Pálida la muerte
Con igual planta que la choza pisa.

¡Oh Sextio amigo! nuestra vida escasa
La esperanza tasa,
La eterna noche se nos viene aprisa.
Y nos aguarda la infeliz morada
De la tumba helada;
La que una vez que tu vivir limite,
No gozarás de los halagos, ciego,
De amoroso fuego,
Ni rey serás en juvenil convite.

[p. 198] Es poco feliz el metro de esta oda: endecasílabos combinados con hexasílabos: forma inusitada en nuestra métrica, y poco digna de imitarse por lo inarmónica. Hay además versos muy prosaicos:

La hermosa Venus viendo que oportuna
Álzase la luna...

¿Quién percibirá aquí ni un rastro del *imminente luna*? Finalmente, falta el *tenerum Lycida mirabere*, y todo el final está alterado, por querer acomodarle a las buenas costumbres. Mejor hubiera sido, en ese caso, no traducir la oda. El severísimo y purísimo Fr. Luis de León no tuvo tales escrúpulos, y la tradujo toda.

Con razón dice, pues, el general Mitre, aunque lo diga en mal castellano, que: «Pesado ha *escollado* en esta, versión.» Este verso escollar debe de ser oriundo de las márgenes del Plata, porque el anticuado castellano no quería decir sino *desollar*. Convendría más cuidado en la pureza de dicción, sobre todo cuando se critican tan duramente las faltas ajenas.

[Vid. H. E., I, 167, y II, 448 y 449;]

CXXXVIII. PESADO, José Joaquín.—México, 1839.

Quis *multa gracilis*.— Od. I, 5

Poesías originales y traducidas de José Joaquín Pesado. México... 1839, pp. 73-74.

Poesías originales y traducidas de... Segunda edición... Mé xico, 1849, pp. 97-98.

Poesías originales y traducidas de... Tercera edición... Mé xico, 1888, pp. 118-119.

A PYRRHA.

Sobre tu cama de flores,

¿Qué delicado mancebo,
Vertiendo aromas,
Te estrecha al seno?
¿Para él, hermosa, te guardas
En retirado aposento,
En simple adorno
Preso el cabello?
[p. 199] ¡Ah, cuántas veces turbado
Verá de repente el cielo,
Los vientos ásperos,
Airado el piélago!
Hora pura como el oro,
Y de bastardos afectos
Exenta y libre,
Te juzga crédulo,
Intacta a sus ojos brillas.
¡Triste! que ignora indiscreto,
Que eres voluble
Más que los vientos.
De mí la tabla votiva
Que en el santuario presento,
Y al Dios marino
Rendido ofrezco,
Atestigua cómo, salvo
Ya del naufragio postrero,
Mis ropas húmedas
Del templo cuelgo.

Traducción asonantada, en octosílabos combinados con pentasílabos. No es muy literal, pero conserva bastante bien, aun en el metro, la graciosa malicia del original, que no sé por qué supone el general Mitre llena de amarga ironía y de veneno sutil (sic, y no está enmendada la errata entre las muchas que se enmiendan en la hoja que repartió después de impreso el primer tomo de sus *Horacianas*, tan elegante como incorrecto, tipográficamente hablando). De las, traducciones anteriores de esta oda dice que carecen en general de mérito poético, exceptuando, por de contado, la suya, donde se leen versos como éstos:

En cuanto a mí, en la pared del templo,
Tabla votiva consagré, que indica
Que al Dios del mar ya le ofrecí colgada,
De mi naufragio la mojada túnica.

Ni estos son versos (el primero al menos), ni esta es poesía, ni esto es Horacio.

Procure ser, en todo lo posible,
Quien ha de reprender, irrepreensible.

[Vid. H. E. I, 167 y II, 448 y 449.]

[p. 200] CXXXIX. PESADO, José Joaquín.—México, 1839.

Eheu fugaces, Posthume. —Od. II, 14

Poesías originales y traducidas de José Joaquín Pesado. México... 1839, pp. 92-93.

Poesías originales y traducidas de... Segunda edición. México... 1849, pp. 99-100.

Poesías originales y traducidas de... Tercera edición. México... 1886, pp. 241-242.

¡Ay! ¡cuán fugaces, Pósthumo, mi Pósthumo,
Los años huyen! Ni detiene el ruego
A la urgente vejez, y las arrugas,
Y a la indomable muerte.
No, aunque consagres cada día devoto
Tres hecatombes en su altar a Pluto,
Sordo a los lloros, que a Gerión triforme
Ciñe, y circunda a Ticio
Con tristes ondas; en las cuales todos
Cuantos vivimos de la madre tierra,
Seamos reyes o colonos míseros
De navegar habemos.
En vano huiremos de la guerra cruda,
Del ronco mar las quebrantadas ondas;
En vano nuestros cuerpos en otoño
Hurtaremos al Austro
Hemos de ver del lánguido Cocito
Las tardas ondas, y la estirpe infame
De Danao, y a Sísifo que sufre
Fatiga que no acaba.
La tierra y casa y la agradable esposa
Dejarás. De los árboles que siembras
El ciprés solo seguirá sombrío

¡Ay! a su breve dueño.
Tu heredero, más digno, de su copa
Verterá sobre el suelo el vino raro
Que guardas con cien llaves y que envidian
Las pontificias cenas.

Traducción casi literal y muy apreciable por estar hecha en el mismo número de versos que el original y haber conservado la misma división de estrofas, aunque en molde más amplio.

[Vid. H. E., I, 167, y II, 448 y 449.]

[p. 201] CXL. ROA BÁRCENA, JOSÉ M.^a—México, 1865.

Sic te Diva potens Cypri.—Od. I, 3

A LA NAVE DE VIRGILIO

IMITACIÓN

¡Astros benignos y propicio viento,
Mientras conserva Eolo,
Encadenado al Ábrego en el polo,
Den a tu quilla blando movimiento,
Nave que el ancla levas
Y a Virgilio inmortal contigo llevas!
Depósito sagrado te confía
La amistad, que en él tiene
Su manantial de júbilo perene,
Su más cara mitad el alma mía.
¡Nave feliz, bien hayas
Al transportarle a las helenas playas!
Contra el miedo ciñó triple armadura
Quien, con no visto empeño,
Por la primera vez en frágil leño
Atravesó la líquida llanura,
Sin curarse del Noto
Que sepultura en ella abre al piloto.
¿Qué suerte le aterrara si sereno
Vió al Leviatán sañado,

O del onda en la cresta alcanzar pudo
Las negras nubes en que estalla el trueno,
Y en el instante mismo
Descender hasta el fondo del abismo?
En su sabiduría el cielo en vano,
Por minorar sus males,
Quiso que dividiese a los mortales
De una y otra región el oceano,
Que audaz ya sin segundo
El nauta llega hasta el confín del mundo.
Límite no hay al hombre, ni sagrado
A su ambición altiva.
El suelo en que nació Dédalo esquiva;
Alas e impulso al ave usurpa osado,
Como garza ligera
Siendo señor de la azulada esfera.
No satisfecho tú de empresas tantas
[p. 202] Con que a la tierra asombras,
Hércules vas al reino de las sombras
Y las puertas del báratro quebrantas;
Mientras roba el febeo
Fuego al Olimpo mismo Prometeo.
De nuevos males en la tierra enciende
Así el hombre la hoguera,
Y a su vida infeliz y pasajera
Reduce el coto que a su orgullo extiende,
Y en procurar se obstina
Rayo que vengador Jove fulmina.

Nuevas Poesías de José María Roa Bárcena. Edición de cien ejemplares. México, imprenta de Ignacio Escalante. Bajos de San Agustín, núm. I. 1875.

12.º, 75 pp. y dos hojas más de índice, págs. 24-25.

CXLI. ROA BÁRCENA, José M.^a—México, 1874.

Oh, fons Blandusiae. —Od. III, 13

A UNA FUENTE

IMITACIÓN

¡Más clara que cristal sagrada fuente
Digna de libaciones! Un cabrito
A quien la tierna y ya enhastada frente
En vano a lides y al amor destina,
Cubierto en flores con festivo rito,
Te inmolaré, y en su postrer congoja
Tus ondas teñirá su sangre roja.

Ni cuando al can se inclina
El sol, su ardiente saña
Logra entibiar jamás tu linfa nueva
Do su sed el ganado errante abreva
Y el laborioso buey sus miembros baña.

Si el que te presta sombra
Árbol sobre las peñas erigido
De donde brota en musical ruido
Tu copioso raudal, mi lira nombra,
Quedarás vencedora del olvido.

Nuevas Poesías de José M.^a Roa Bárcena... México, 1875, páginas 26-27.

[p. 203] CXLII. ROA BÁRCENA, JOSÉ M.^a—México, 1890.

Maecenas atavis. —Od. I, 1

Últimas Poesías Líricas... Apéndice hasta mediados de 1895. Edición de 150 ejemplares. México, imp. de Ignacio Escalante, 1895, pp. 30-31.

A MECENAS

¡Oh Mecenas, varón de regia estirpe!
¡Mi amparo y gloria mía! Hay quienes gozan
En alzar con su carro al cielo el polvo
Del olímpico circo, sin que toque
La meta o linde la inflamada rueda;
Y la palma del triunfo los encumbra
Hasta los Dioses árbitros del mundo.
Se ufana aquél si popular capricho
De la mudable turba hasta la cima

De su favor y del honor le exalta.
Se alegra el otro si en la propia troje
Las cosechas del África atesora.
A quien cultiva la heredad paterna
Ni las riquezas de Atalo, entrevistas,
Inclinarán jamás en chiprio leño
A hender el ponto pávido marino.
Cuando el ábrego lucha con las olas
De icario mar, codicia el mercadante
La dulce paz de su nativa aldea,
Mas, ya en calma, repara el roto barco,
Que al pan de la pobreza no se aviene.
Alguien Másico añejo no repugna
Ni hurtarse a otros afanes por el día,
Bajo madroño fresco reclinado,
O allí do brota manantial sonoro.
¡A cuántos place el campamento, el rudo
Son del clarín, la asoladora guerra
Que detestan las madres! En olvido
De la gentil esposa, a la intemperie
Quédase el cazador, ora sus perros
Alcen la descubierta cervatilla,
Ora haya huído ya rotas dejando
El Marso jabalí tendidas redes.
A mí la hiedra, que corona al docto,
Sitio entre las Deidades me asegura.
Frío el bosque y de sátiros y ninfas
[p. 204] El ágil danza apártanme del vulgo;
Si no me niega Euterpe dulces flautas,
Ni la lira de Lesbos melodiosa
A templarme Polimnia se rehusa,
Y entre los vates líricos me cuentas,
Ha de llegar mi frente hasta los astros.

El Sr. Roa Bárcena tuvo la bondad de enviarme esta traducción en consulta, y yo, elogiándola mucho, como era justo, le puse algunos ligeros reparos en carta de 13 de setiembre de 1890, que dicho Sr. Roa reproduce en la advertencia de su libro *últimas poesías líricas* (1895).

«En la primera traducción noto que el atavis *regibus* dice algo más que *reggia stirpe*, puesto que indica la antigüedad de esos reyes.

En la *mudable turba* hay que expresar que es *turba de Quirites*, como dice el texto. *Attalicis conditionibus* son las riquezas de Atalo *prometidas* más bien que *entrevistas*. Comprendo que es difícil de traducir el *ad aquae lene caput sacrae* conservando la exquisita poesía del original, pero a lo menos hay que hacer sentir que se trata de una fuente *sagrada*; y en esto han pecado de omisión casi todos los traductores. Con poner *sagrado* en vez de sonoro los aventajará usted en fidelidad y poesía; pero habrá que retocar el verso anterior para que no resulte consonante. Horacio nombra dos instrumentos de música guerrera, el *lituo* y la *tuba*: convendrá poner entrambos si se puede. *En olvido ae gentil esposa* es algo anfibológico. ¿Es el cazador el que se olvida de la esposa, como dice el texto (*conjugis immemor*), o es la esposa la que se olvida del cazador? Poniendo *olvidado* se salva la dificultad.»

El Sr. Roa Bárcena, en quien la cortesía y la modestia compiten con el saber y el buen gusto, se dignó admitir estas enmiendas al imprimir su versión; y los versos notados por mí quedaron del modo siguiente:

¡Oh Mecenas, de antigua regia stirpe...
De la mudable turba de Quirites
Hasta la cima del honor le exalta...
De Atalo las riquezas *prometidas*
Inclinarán jamás a hender el ponto
En chiprio leño, pávido marino...
De icario mar codicia el mercadante
[p. 205] Bajo madroño fresco, o en la blanda
Margen de manantial sacro tendido...
Son del clarín y trompa, la impía guerra
Que detestan las madres. *Olvidando*
A la gentil esposa

Con estas enmiendas quedó, a mi juicio, la traducción de esta oda, una de las más fieles y elegantes que de ella se han hecho en nuestra lengua. No reproduzco esta anécdota literaria por pueril vanagloria, sino por la utilidad que estas observaciones menudas suelen tener para los principiantes.

CXLIII. ROA BÁRCENA, José M.^a—México, 1890.

Quis multa gracilis. —Od. I, 5

Últimas Poesías Líricas. Apéndice hasta mediados de 1895. México... 1895, pp. 31-32.

Pongo a continuación el texto primitivo que me remitió el autor; las observaciones que hice en carta de 13 de setiembre de 1890, que el Sr. Roa inserta en su prólogo; y las variantes que introdujo al imprimir la oda.

A PIRRA

En la risueña gruta,

Sobre tapiz de rosas,
Pirra, ¿qué esbelto joven
Perfumado en sus brazos te aprisiona?
 Por él, porque se ufane,
Libre de inútil pompa
Sin mancha te le muestras,
Atas gentil la cabellera blonda.
 Ha de llorar ¡ay! cuánto
De tus mudanzas locas
Y el dulce bien perdido
Que las Deidades hoy blandas le otorgan!
 Hecho a la mar tranquila,
De susto y de congoja
¡Qué no le espera cuando
Alce la tempestad las negras olas!
 Hoy de tu fe seguro,
En tu beldad se goza.
[p. 206] Mientras la calma reine
Si hay aura o brisas pérfidas ignora.
 Hallarte espera siempre
Amable y libre y sola.
¡Miseros los que, ciegos,
Pirra, con tu fulgor, te juzgan otra!
 Yo en la votiva tabla
Y en las mojadas ropas
Dejé en el sacro muro
A la Deidad marina ofrenda propia.

«En la oda a Pirra, sin *mancha* por *simplex munditiis* no me gusta. En primer lugar no se sabe de qué mancha se trata; y además la palabra latina quiere decir algo más que limpieza: designa cierto género de aseo elegante y exquisito. El *intentata* no sé yo si está bien traducido: literalmente es *no experimentada*, *no conocida por experiencia*.

Todo lo demás de estas traducciones me gusta muchísimo, y por la misma nimiedad de los reparos, comprenderá usted el interés con que las he leído.»

El Sr. Roa Barcena hizo las modificaciones, siguientes:

 Por quien, así apartada,
Libre de inútil pompa,
Limpia y pulcra te muestras,

Atas gentil la cabellera blonda?

.....

Siempre encontraste espera
Amable y libre y sola.
¡Miseros los que ofuscas
Sin que por experiencia te conozcan!

CXLIV. SEGURA, José Sebastián de.—México, 1872.

Sic te diva. —Od. I, 3

De Chipre así la diosa,
Los hermanos de Elena. astros lucientes,
Eolo y la aura hermosa
Te rijan de la mar por las corrientes,
¡Oh nave! que a las playas áticas
A Virgilio se te fía;
¡Ay! salvo con él vayas
Y guardes la mitad del alma mía!
[p. 207] De roble o triple acero
Ciñóse el corazón el atrevido
Que se lanzó el primero
En frágil leño, al mar embravecido.
Ni al áfrico que embiste
Al aquilón temió, ni a infaustas Hiadas;
Ni al noto que resiste
Las adriáticas ondas o alza airadas.
¿Qué muerte temer pudo
Quien sin monstruos nadar vió en vario giro
Monstruos del mar sañudo
Y las rocas funestas del Epiro?
En vano Dios quería
Las tierras de las aguas separadas,
Si al fin la barca impía
Mares cruza que no fueran tocadas.
Ardiente en el deseo
Emprende el hombre, en lo vedado cae;
Con fraude Prometeo
De lo alto el fuego a las naciones trae.

Con el robo sagrado
Llegan el hambre y fiebre vistos nunca,
Y el antes retardado
Morir volando nuestras vidas trunca.
Del aire en el vacío
Sin alas propias Dédalo se lanza,
Y con fatiga y brío
Hércules por el Orco audaz avanza.
Se atreve el hombre a todo:
Y contra el cielo se alza sin desmayo,
Y obramos de tal modo
Que Jove aun vibra el iracundo rayo.

Poesías de José Sebastián Segura... México, imprenta de I. Escalante, Bajos de S. Agustín, núm. I, 1872, Págs. 252-3.

El Sr. Segura, distinguido ingeniero de minas y notable polígloto más bien que poeta, acertó en algunas traducciones de poetas modernos, principalmente de Schiller. Las que hizo de Floracio y de Virgilio no son tan felices, pues no sólo contienen versos prosaicos y giros confusos que sólo pueden entenderse recurriendo al original, sino que adolecen de faltas gramaticales. Tres nada menos hay en los cuatro versos de la segunda estrofa de esta oda: *uso vicioso del que por a quien*; falta de régimen en el verbo *fiar* o elipsis violentísima para que el inciso a *las playas áticas* [p. 208] no quede suelto; y finalmente disloque de construcción en salvo con él, que debía ser con él *salvo* (*reddas incolumem*).

[Vid. H. E., I, 169 y II, 455.]

CXLV. SEGURA, José Sebastián.—México, 1872.

Quis multa gracilis.— Od. I, 5

¿Qué esbelto joven entre las rosas,
Bañado en ricas blandas esencias,
En gruta alegre te abraza, Pirra?
¿Para quién coges los blandos rizos,
Simple en tu arreo? ¡Ay! ¡cuántas veces
Tu fe y los dioses mudados lloré!
Y con sorpresa del mar las ondas
Verá turbadas por negros vientos
El que hoy te goza creyéndote oro,
Y siempre libre y amable siempre;
Pues no conoce falaces auras.
¡Cuán desdichado para quien brillas

Sin ser probada! Los sacros muros
Muestran la tabla del voto mío,
Y húmedas ropas que suspendidas
Rendí al potente dios de los mares.

Poesías de José Sebastián Segura, México, 1872, p. 254.

[Vid. H. E., I, 169, y II, 455.]

CXLVI. SEGURA, José Sebastián.—México, 1872.

Rectius vives. —Od. II, 10

Vida más grata alcanzarás, no el ponto
Siempre cruzando, ni al tronar la nube,
Cauto temiendo, por la orilla toques
Pérfida, amigo.

Quien la dorada medianía busca,
Libre del techo de la vil miseria,
Libre se ve de la envidiada corte
Su ánimo sobrio.

Al pino excelso el aquilón azota,
Las altas torres con estruendo caen,
Y de los montes la sublime cumbre
Hieren los rayos.

[p. 209] Lo adverso aguarda y lo infeliz recela
El corazón que se prepara a todo;
Júpiter manda los inviernos duros
Y los retira.

Si ahora sufres gozarás mañana;
Tal vez un día a la callada musa
Vibrando el plectro y deponiendo el arco
Reviva Apolo.

En las desgracias animoso y fuerte
Muéstrate, amigo, y de cordura lleno
Recoge el soplo de benignas auras
Túrgidas velas.

Poesías de José Sebastián Segura... México... 1872, pp. 255.

[Vid. H. E., I, 169, y II, 455.]

CXLVII. MARTÍNEZ, Félix M., Pbro.—Morelia (s. a.).

«Excmo. e Ilmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Madrid (España).

Excmo. Ilmo. señor: Años hace que deseaba escribirle cuatro líneas, para expresarle mi admiración y el cariñoso afán con que sigo todos los pasos de su gloriosa carrera.

He devorado con inefable fruición las poquísimas obras tuyas que mi suma pobreza pudo proporcionarme; y ciertamente, admiro la bondad de Dios N. S. y la profusión magnífica con la que, a veces, reparte sus dones.

Como soy enamorado del Latín y del Griego, las simpatías que siento por usted son hondas y profundísimas; y desde que leí su *Horacio en España* me propuse enviarle las traducciones que recibirá con ésta.

Por conducto de la Sra. D.^a Teresa Sánchez, de esa Corte (Peninsular, 6, segundo), llegarán a manos de usted un *Memorándum* y un opusculillo baladí.

Sírvase usted acusarme recibo de estas líneas, siquiera para conservar, como una reliquia valiosísima, un autógrafo de tan digno, apreciado y querido personaje.

Suyo, affmo. atto. y s. s. q. s. m. b.—Félix M. *Martínez*. »

[p. 210] *Rectius vives, Licini*. —Od. X, 2

Con más cordura vivirás, Licino,
No te engolfando en el airado ponto,
Ni, por temer la tempestad dejando
Playa (o enemiga) insegura.
Quien la dorada medianía busca,
No la miseria bajo pobre techo
Teme, ni el fausto que al magnate presta
Dórico alcázar.
Recios embates de los vientos sufre
Pino elevado; con estruendo caen
Torres excelsas, y las cumbres altas
Hieren los rayos.

Siempre en lo infausto el preparado pecho
El cambio espera; témele en lo grato:
Si da las nieves, las deshace presto
 Júpiter Sumo

No es la desgracia en su furor estable:
Hoy tiende el arco, enfurecido Apolo;
Mañana entona, en olvidada lira
 Plácidos himnos.

Muéstrate amigo, valeroso y fuerte
En las angustias; y si dulce viento
Sopla abundoso, previsor recoge
 Túrgida vela!

Exegi monumentum.— Od. III, 30

Levanté monumento duradero
Más que los bronces; a mayor altura
Que las grandes pirámides de Egipto,
Se eleva magestuoso, desafiando
A la lluvia voraz, al impotente
Fiero aquilón, al viento que consume
Y a la innúmera serie de los siglos.

No moriré yo todo; del olvido
Libre será mi nombre en las edades:
Mientras que siga al Capitolio excelso
La callada vestal al sacerdote,
Mi fama vivirá; y en las campiñas
Donde el Aufido brama, donde Dauno
Rigió en la pobre selva agreste tribu,
Dirá cómo ajusté, yo antes que todos,
A la itálica lira, eolios metros.
[p. 211] Ya tú, Melpómene, orgullosa muestra
Tu mérito preclaro, y complacida,
Con el délfico lauro orla mi frente.

Los hice cuando estudiaba 3.º de Latín y no he vuelto a corregirlos. Dispense usted que los remita tan sosos e incorrectos, pero las serias ocupaciones que tengo hoy a los treinta, no son como las que me deleitaron a los dieciocho.

Mirtos. Poesías por Enrique Fernández Granados. México. Imprenta de Ignacio Escalante, bajos de S. Agustín, núm. I, 1889. 8.º, 51 pp. (Edición del Liceo Mexicano, 15 ejemplares), p. 35-36.

A NEERA

Era de noche, y la luna
Cruzaba el azul del cielo
Entre millares de estrellas,
Cuando estrechándome al seno,
Cual yedra al árbol asida,
Repetiste el juramento
Que de infinita ternura
Te dictaba mi deseo,
Y que violar meditabas
A los dioses ofendiendo!
Mientras el lobo amedrente,
Lleno de rabia, al cordero;
Mientras aterre al marino
El Orión siempre funesto,
Y agite el céfiro blando
La cabellera de Febo,
Fiel durará—me dijiste—
Horacio, mi amor sincero.»
¡Cuánto llorarás, Neera,
Tu fatal perjurio horrendo!
Y si alienta todavía
Valor alguno en mi pecho,
No sufriré que otro duerma
Las noches cabe tu seno.
Buscaré en otras mujeres
[p. 212] Del amor el dulce fuego,
Y no podrá tu hermosura
Vencer mi desdén eterno.
Y tú, quien seas, que dichoso,
Porque hoy usurpas mi puesto,
Te crees, y de mí te burlas,
Aunque rebaños inmensos

Y heredades mil poseas,
Y del Pactolo los senos;
Y aunque en saber y hermosura
A Pitágora y Nireo
Vencer pudieras, liviana,
La verás con otro luego;
Y cual hoy de mí te ríes,
De ti me verás riendo.

Imitación llama su autor a este romance, y es ciertamente una traducción muy abreviada en que faltan cosas esenciales y bellísimas del original y otras están débil y compendiosamente vertidas. Tratándose de autor que nunca pierde las palabras, como Horacio, puede ser lícita la paráfrasis, pero nunca el epítome.

Artius atque hedera procera adstringitur ilex
Lentis adherens brachiis...

son dos versos de peregrina hermosura, contrastando el movimiento lánguido del segundo con la robustez del primero. De nada de esto queda vestigio en la traducción

Cuando estrechándome al seno
Cual yedra al árbol asida...

Falta también el expresivo epíteto de assiduas dado a las noches; y en toda la versión o imitación echo de menos aquel hechizo romántico que da a esta pieza tan singular carácter entre las de Horacio.

Hago estas observaciones por lo mismo que el Sr. Fernández Granados es un joven poeta de buenos estudios y de buen gusto, a quien se deben en el género anacreónico muy lindas composiciones, tales como *El vino de Lesbos Las abejas* y *La Cigarra*, imitación de un pasaje de la pastoral de Longo.

[p. 213] CXLIX. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1889.

Sic te Diva potens Cypri.—Od. I, 3

Traducción Parafrástica en diez estrofas

Nave, que a los confines de Acaya,
De la nativa playa
Conduces a Virgilio, así la diosa
Ciprina y los hermanos
De Helena, soberanos
Astros, te alumbren con su luz radiosa.

.....
Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española. Tomo III. México, imprenta de Francisco Díaz de León, calle, del Coliseo, núm. 24, 1889. 4.º, pp. 145-147.

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza, Canónigo de la Iglesia Metropolitana de Méjico y Rector del Seminario; individuo de número de la Academia Mejicana, correspondiente extranjero de la Real Española y entre los Arcades de Roma «Clearco Meonio». Méjico, imprenta de J. Joaquín Terrazas, S. José de Gracia, núm. 5, 1893. 8.º, pp. 3-6.

CL. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1889.

Solvitur acris hyems. —Od. I, 4

Versión parafrástica en nueve estrofas

Depone su rigor el agrio Invierno
Al vislumbrar el tierno
Semblante de la fértil primavera;
Colúmpianse los suaves
Céfiros tibios, y de enjutas naves
Las máquinas despejan la ribera...

El final está alterado y el *nec tenerum Lycida mirabere*, suprimido, con todo lo demás de los dos últimos versos

Y la plutonia casa sorprendido
Mirarás, y que ha sido
De dicha albergue o manantial de horrores;
[p. 214] Donde una vez entrado
No ha de tocarte en suerte por el dado
Tasar en el banquete los licores.

Memorias de la Academia Mexicana... Tomo III... México, 1889, pp. 147-149.

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... México, 1893, pp. 6-8.

CLI. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1889.

Laudabuut alii. —Od. I, 7

Merece leerse esta versión parafrástica y gallarda, aunque muy verbosa y no exenta de algunos lunares, que señalaré con letra bastardilla:

Alaben unos a la noble Rodas,
Clarísima *entre todas*,
A Éfeso, Mitilene, o las erguidas
Murallas *singulares*
De Corinto, bañadas por dos mares
Y de la espuma cándida nacidas.
O a Tebas fértil, cuyo suelo hermoso
A Baco generoso
Miró nacer; o a Delfos que descuella
Al Parnaso vecina
Donde Apolo facundo vaticina;
O el valle Tempe de Tesalia bella.
Otros procuren en extensos cantos
Celebrar los encantos
De la ciudad de Palas; y en oliva
Vencedora y luciente
Prefieran coronar la docta frente
Antes que en mirto, lauro o siempreviva.
Y muchos entre todos de consuno
Por agradar a Juno
De Argos altiva ensalcen a porfía
Los floridos vergeles
Y sus nobles e indómitos corceles
Y el lujo de Micenas y valía.
Que a mí no tanto la sufrida Esparta
Me embebece y coarta,
O los fértiles campos de Larisa,
[p. 215] Como aquella caverna
Donde fluye la Albunea sempiterna
Y entre guijas saltando va de prisa;
Y de Tívoli el Anio arrebatado
Y el bosque dilatado
De Tiburno, y los valles y los huertos bendecidos
Por aquellos arroyos
Que allí se miran discurrir inciertos.
A la manera que divide el Noto
Por el cielo *remoto*

Los nubarrones cárdenos en briznas,
Y luego los aleja
Y el firmamento *alígero* despeja
Sin producir vapores y lloviznas;
 Así tu, Plauco, ataja, ataja el vuelo
Al amargoso duelo;
Y acota los trabajos de la vida,
Como discreto y sabio,
A menudo posando el seco labio
En grande taza de licor henchida;
 Ora te veas pálido y sediento
Allá en el campamento
Las insignias velando relucientes,
Ora en la verde alfombra
De tu Tívoli mores a la sombra
Cabe aquellas limpísimas corrientes.
 Huyendo de su padre y Salamina
Su amargura domina
El Teucro, y de los álamos erguidos
Con hojas coronaba
La sien humedecida, y así hablaba
A sus *conmilitones* afligidos:
 «Amables compañeros, camaradas
De mis tormentos fieros,
Doquiera que nos lleve la ventura,
Menos cruda y huraña
Que mi padre, si Teucro os acompaña
No desperéis: es Teucro quien augura.
 Sabed que Apolo numen fementido
Constante ha prometido,
Que muy presto en incógnita ribera
La nueva Salamina
Fundaremos, tan bélica y divina
Que alcance a competir con la primera.
 Varones esforzados, que conmigo
Sufrís del enemigo
[p. 216] Hado el furor, *ingentes los pesares*
Despedid animosos
Y antes libad los vinos deliciosos:
Mañana tornaremos a los mares.»

CLII. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1889.

Vides ut alta stet nive candidum. —Od. I, 9

¿Ves levantarse a la cerúlea esfera,
Cual si de nieve fuera,
El cándido Soracte, y que agobiados
Esos bosques sombríos
No soportan la carga, y que los ríos
Se paran por el hielo aprisionados?
Atizando el fogón con seca leña,
Oh Taliarco, domeña
El crudo frío; y saca de continuo
De la ánfora sabina
De dobles asas al hogar vecina,
El de cuatro años confortante vino.
Y al buen Dios lo demas deja prudente
Que humilló juntamente
Los vientos de la mar, en la llanura
Donde movían guerra;
Ya no en vaivén inclínanse a la tierra
El quejigo y ciprés de rama oscura.
Huye inquirir con arrogancia vana
Lo que venga mañana;
Y aquellos días que te da veloces
La suerte, cuenta experto,
Joven amigo, como lucro cierto;
No el baile esquives ni de amor los goces.
Mientras distante, cana y temerosa
La vejez fastidiosa
Esté de tu verdor, busca de Marte
El campo y las contiendas;
Y frecuenta la plaza, y no pretendas
De las nocturnas pláticas privarte.

[p. 217] Esta paráfrasis en que hay versos muy felices, sobre todo la estrofa 2.^a, adolece del defecto de dejar sin traducir, por escrúpulo de moralidad nimio, puesto que no se trata de ningún pasaje escandaloso, los seis últimos versos, que son bellísimos por su delicadeza y vago misterio:

Lenesque sub noctem susurri
Composita repetantur hora;
Nunc et latentis proditur intimo
Gratus puellae risus ab angulo,
Pignusque dereptum lacertis
Aut digito male pertinaci.

Memorias de la Academia Mexicana... Tomo III... Mexico..., 1889 pp. 155-156.

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... Méjico. ... 1893, pp. 15-17.

CLIII. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1889.

Tu ne quaesieris. —Od. I, 11

No intentes, oh Leucónoe, presumido
Saber (que no es debido
Satisfacer tan criminal deseo)
Qué término conceden
A ti y a mí los dioses, que lo pueden,
Ni computar el número caldeo.
¡Cuánto es mejor sufrir lo que viniere!
Ora Jove nos diere
Muchos inviernos, ora el postrimero
Tal vez aqueste sea
Que el mar Tirreno con furor golpea
De cava peña en el escollo fiero.
Sé sabio, y cuela, cuela el dulce vino;
Y en tiempo tan mezquino
Tus esperanzas corta. Presuroso
El tiempo se desvía
Mientras hablamos. Goza de este día;
Que gozar del siguiente es muy dudoso.

Memorias de la Academia Mexicana... Tomo III. México... 1889 pp. 156-157.

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... Méjico... 1893, pp. 17-18. [p. 218] CLIV. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1889.

Pastor cum traheret.— Od. I, 15

(Versión parafrástica en diez estrofas)

En Ideas nave el pastor perjuro
Por mar estrecho obscuro
A Helena conduciendo, a los alados
Vientos dejó Nereo
En inercia, contraria a su deseo,
Por anunciarle sus terribles hados.

.....

Memorias de la Academia Mexicana... Tomo III... México..., 1889, pp. 157-159.

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... Méjico..., 1893, pp. 18-21.

CLV. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1889.

Septimi, Gades aditure mecum.— Od. II, 6

Caro Septimio, que a la occidua Cádiz
Conmigo irías y a Cantabria indócil
Que nuestro yugo de la libre frente
Brava sacude...

Traducción en ocho estrofas sáficas, dos más que el original. En la última hay un latinismo inadmisibile:

Do la favila de tu amigo el vate
Cálida riegues;

y en la anterior una trasposición muy violenta que no es del original:

De Baco amigo donde Aulón no envidia
Uvas falernas...

La construcción de Horacio se parece mucho más a la natural castellana:

..... et amicus Aulon
Fertili Baccho, minimum Falernis
Invidet uvis.

[p. 219] El me ríe, por *me agrada* (estrofa sexta) es traducción literal, pero no exacta:

Rincón ninguno de la tierra vasta
Me ríe tanto...

Ille terrarum mihi praeter omnes
Angulus *ridet...*

Hago estas menudas observaciones sólo por tratarse de un poeta y humanista que tanto vale.

Memorias de la Academia Mexicana... Tomo III... México..., 1889, pp. 159-160.

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... Méjico..., 1893, pp. 21-22.

CLVI. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1889.

Rectius vives. —Od. II, 10

Mejor, Licino, vivirás si el dorso
Del mar no oprimes, ni temiendo cauto
Procela ruda, la arriesgada orilla
Nimio frequentas...

Versión no parafrástica, como se intitula, sino bastante fiel y ceñida, en el mismo número de estrofas que el original.

Memorias de la Academia Mexicana... Tomo III... México, 1889, pp. 162-163.

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... Méjico, 1893, pp. 25-26.

CLVII. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1889.

Oh Póstumo, los años
Resbalan fugitivos, ¡trance fuerte!
De la vejez ¡ay Póstumo! los daños
No amengua tu piedad, ni los amaños
De la indomable muerte.

No, y aunque cada día,
Trescientos bueyes, trémulo de espanto,
[p. 220] Degüelles en su altar con mano pía,
No te hurtarás, amigo, a la porfía
De Plutón, ni por llanto;

De Plutón que al triforme
Audaz Gerión y a Ticio malhadado
Reprime en pena de su culpa enorme
Dentro la onda horrísona y disforme
Del Aqueronte helado,

Que de cruzar tenemos
Cuantos a costa de ímprobos labores
A la boca ¡oh dolor! el pan llevemos;
Seamos reyes, y a otros dominemos,
Seamos labradores.

Al rudo Marte en vano
Evitaremos, y del Adria ronco
La ola crespa; en el otoño insano
Sin fruto esquivaremos del tirano
Austro el silbido bronco.

Hemos de ver, no hay duda,
Del lánguido Cocito la corriente
Errante y negra, y a la prole cruda
Del fiero Dánao, y la tarea ruda
De Sísifo doliente.

La casa y a tu esposa
Dejarás tan querida, el campo y mieses;
No la que siembres arboleda umbrosa,
Breve señor, te seguirá a la fosa
Excepto los cipreses.

Tu heredero más justo
Libará los licores que almacenas
Bajo cien llaves, el palacio agosto

Con un vino regando más robusto
Que el de las salias cenas.

Memorias de la Academia Mexicana... México..., 1889, páginas 163-164.

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... Méjico. ..., 1893, pp. 27-29.

Paráfrasis poéticamente sentida y briosamente versificada, a pesar de los dos ripios, *¡trance fuerte!*, y *¡oh dolor!* de las estrofas 1.^a y 4.^a; de los amaños de la Muerte y de algún otro defectillo. Los dos vocativos, *Postume, Postume* del principio están en la traducción demasiado lejos el uno del otro, y quizá por eso los [p. 221] primeros versos no expresan bien la melancólica languidez del *Eheu fugaces* en que materialmente parece que va deslizándose la vida.

CLVIII. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1889.

Non ebur neque aureum. —Od. II, 18

(Versión parafrástica)

En mi casa no esplende
Marfil bruñido, ni de cedro y oro
El artesón trasciende;
Ni de Himeto sonoro
Labrada trabe préstale decoro.

Columnas oprimiendo
En el confín del África entalladas;
Y de Atalo no siendo
Pariete, sus moradas
Me apropio y sus riquezas acopiadas.

De mis pobres clientes
Las humildes y púdicas esposas,
Para mí, complacientes
No tejen y afanosas,
De Laconia las púrpuras preciosas.

Una benigna vena
De ingenio y gratitud en mí se halla;
A mí, pobre, sin pena
El rico la muralla
Por verme deja, y mi estro le avasalla.

No a los dioses fatigo
Pidiendo más; ni a importunar me inclina

Al generoso amigo
Avaricia mezquina;
Soy feliz con mis campos de Sabina.
El día es empujado
Por otro día; aménguase y convierte
La luna; y olvidado
De la cercana muerte,
Mármoles labra de cantera inerte.
Del sepulcro te olvidas
Por alzar un palacio; y no contento
Con las tierras asidas
Que tienen firme asiento,
Sobre la mar fabricas avariento;
[p. 222] Sobre la mar que fiera
A Bayas lame con tremendo ruido;
Y en desviar la ribera
De donde siempre ha sido,
Te esfuerzas arrogante y presumido.
¿Qué mucho que acrescieras
Tus labores, si borras con esmero
De tus tristes clientes
El vecino sendero
Por allegarte un surco, pendenciero?
La mujer y el amado
Esposo dejan el caliente nido,
Y al hijo desaseado
Del seno mal prendido
Transponen, y al penate ennegrecido.
Para el amo avariento
Y acaudalado, en la infeliz morada
Del Oreo turbulento
Y rapaz, separada
No hay aula que le aguarde y reservada.
¿A dónde vas? ¿a dónde?
Igual la tierra, en la mansión temida
Al miserable esconde,
Y para allí convida
De reyes a la prole envanecida.
Satélite severo
Del Orco, a Prometeo malogrado,

El infernal barquero
Con oro cohechado,
No quiso reducir a aqueste lado.
A Tántalo orgulloso
Éste aprisiona; y vengador reprime
Al linaje famoso
De Tántalo sublime
Y que padece sin descanso y gime.
Y alguien ora le implore,
Ora en secreto sometido al hado
Alguien sin tasa llore,
Se da por invitado
Para aliviar al pobre desgraciado.

Memorias de la Academia Mexicana... Tomo III. México, 1889, pp. 149-152.

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... Méjico, 1893, pp. 8-12. [p. 223] CLIX. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1889.

Exegi monumentum.— Od. III, 30

He aquí esta valiente versión parafrástica, donde sólo he notado los leves defectos que van señalados de letra cursiva.

Acabé un monumento
Más perenne que el bronce, y más alzado
Que las regias pirámides; ni el viento,
Ni mordaz lluvia excavarán su asiento,
Ni el curso *arrasador* del tiempo alado.
¡No moriré del todo!
Del funéreo ataúd la parte noble
De mi ser huye *por extraño modo*;
Y he de ver alargarse el período
De mi vida, ceñido en lauro y roble.
Seré mientras airosa
Cobije al mundo del romano solio
La bandera temida y gloriosa,
Y mientras con la virgen silenciosa
El Pontífice ascienda al Capitolio.
Me veré ennoblecido
Donde resbala tímido el Ofanto

Con temeroso y asordante ruido,
Y donde riega el Dauno empobrecido
Agrestes pueblos sin verdor ni encanto,
 Por haber el primero,
Aunque de humilde y mísero linaje,
Vertido fiel con amoroso esmero
Los versos eolios [1] al latín austero
Dándoles rico y áulico ropaje.
 Melpómene, tu gloria
Por mis afanes, gózate, hoy empieza;
Viva conserve el mundo tu memoria,
Y ciña en prenda de ínclita victoria
Con el délfico lauro mi cabeza.

Memorias de la Academia Mexicana... Tomo III. México, 1889, páginas 165-166.

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... Méjico... 1893, pp. 29-30. [p. 224] CLX. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1889.

Diffugere nives.— Od. IV, 7

Versión Parafrástica

Aléjase la nieve:
Torna al campo feraz la hierba amante;
Los árboles en breve
La cabellera *undante*
Sueltan, y el mundo cambia de semblante...

El principio no es feliz, pero luego hay mejores estrofas:

Y el perezoso Invierno
Viene después. Las lunas en su vago
Lucir y cambio eterno,
El lamentable estrago
Reparan prontas con celeste halago.
 Nosotros, si caímos
Do el pío Eneas, do Tulo el opulento
Y Anco, cual polvo huimos
Que va a merced del viento.

Y cual sombra que pasa en un momento.
¿Quién sabe, o saber puede
Si el alto Dios, del tiempo de mañana
Una hora le concede,
Sobre la suma vana
De años que hoy pierde con torpeza insana...

Memorias de la Academia Mexicana... México, 1889, páginas 160-162.

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... Méjico..., 1893, pp. 23-25.

CLXI. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1889.

Beatus ille.— Ep. 2

Versión Parafrástica

¡Mil veces fortunado
Quien de negocios y de lucro ajeno,
Como el hombre en su *estado*
[p. 225] Primitivo [1] un terreno
Con bueyes propios enriquece ameno!
Que no el clangor le asusta
De bélica trompeta, ni el bramido
Del mar y saña injusta;
Y el foro desabrido
Evita y el magnate presumido
Él de purpúrea viña
Con el olmo los pámpanos dorados
Solícito encariña
O en valles apartados
De vacas apacienta sus ganados.
Ya empuña la guadaña,
Y en vez de rama inútil otra injerta,
Ya los cántaros baña
De mieles, y liberta
Esquimando al primal, de muerte cierta.
Y cuando Otoño asoma
La cabeza en los campos decorada

De frutos y áurea poma,
¡Cuál goza la pesada
Pera al cortar y la uva nacarada.

Por tenerte propicio
A ti, Priapo, con piadosa mano
Las lleva en sacrificio,
Y a ti, padre Silvano
De límites tutor y soberano.

Ya al pie de añosa encina
Gusta yacer, ya encima de la grama
Tenaz; y cristalina
La fuente se derrama,
Y eco del ave el sollozar reclama.

Y murmura el riachuelo
Al resbalar, de espuma salpicando
Sus márgenes, y el cielo
De paso retratando;
Y a sueño el ruido le convida blando

Y al bramar en los cerros
Sañudo el Bóreas hacinando nieves,
Ya encierra, de sus perros
Seguido, a los alevés
Fieros jabatos en las mallas leves;

Ya prende en los bohordos
De aguda enea, redes, y aprisiona
[p. 226] A los golosos tordos
Y a liebre corretona
Y a grulla vaga que su afán corona.

¿Quién, viendo esta vida
Los infortunios del amor prolijo
Y ansiedades no olvida?
Más, si los ojos fijos
Tiene la esposa en el hogar e hijos.

Cual suele la sabina
O la consorte del pullés, dorada
Por la lumbre *divina*
Del sol, que la llegada
Espera de varón con llama alzada;

Y que aparta risueña
De mimbres, a la grey, en los cercados [\[1\]](#)

Y las cabras ordeña,
Y vinos regalados
Ofrece con manjares no comprados.
Ni la ostra del Lucrino
Me agrada más, ni el rombo y el escaro,
Si negro torbellino
Del mar de oriente avaro
A nuestro golfo los arroja claro;
La gallina sidonia
Nunca me nutre más, ni más me agrada,
Ni la perdiz de Jonia,
Que de su árbol cortada
La redonda aceituna y sazónada,
O la verde acedera,
O la malva salubre que ama al prado,
O el cordero que fuera
A Término inmolido
O el cabrito que al lobo fué arrancado.
En esas dulces horas
¡Cuánto agrada mirar que las novillas
Se apacen mugidoras
Tronzando manzanillas
Cabe el chozo del campo en las orillas. [2]
¡Y mirar que los bueyes
Traen al cuello el reluciente arado
De revés, y las greyes
De gañanes al lado
De la cabaña en escuadrón formado!
[p. 227] Trocarse en ganadero
Quiere en los idus usurero Alfío. [1]
Dicho esto, su dinero
Junta, y con *nuevo brío*
En las calendas *usuraba* impío.

Memorias de la Academia Mexicana... México... 1889, páginas 166-169.

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... Méjico..., 1893, pp. 31-35.

Iam satis terris nivis atque dirae. —Od. I, 2

Versión Parafrástica en sáficos-adónicos (veinte estrofas: las del original son trece).

Ya mucha nieve y destructor granizo
Envió a la tierra poderoso Jove
E hirió sañudo con fulmínea diestra
Templo y alcázar...

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza, Canónigo de la Iglesia Metropolitana de Méjico y Rectot del Seminario, individuo de número de la Academia Mejicana, correspondiente extranjero de la Real Española, y entre los Arcades de Roma Clearco Meonio. Méjico, imprenta de J. Joaquín Terrazas, S. José de Gracia, núm. 5, 1893, pp. 60-64.

CLXIII. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1893.

Scriberis Vario fortis. —Od. I, 6

(Versión parafrástica en liras)

Aunque no es, ni con mucho la más feliz de las traducciones de este excelente humanista y pulcro versificador, la pongo [p. 228] íntegra por tratarse de una oda de las que menos veces han sido puestas en metro castellano:

Pintarte valeroso
Y vencedor del bárbaro enemigo,
O un hecho glorioso
De aquellos que contigo
De tu valor militar al abrigo,
Ya manejen la brida,
Ya el mar fatiguen con sonante armada,
¡Empresa desmedida
A Vario reservada,
En los versos heroicos ave osada!
Yo modesto poeta,
Oh caro Agripa, publicar no intento
Con arrogancia insueta
Tus hazañas sin cuento;
Me faltan frases, y me falta aliento.
Ni el iracundo enojo

Y bravo ardor de Aquiles indomable;
Ni el temerario arrojo
De Ulises el instable
Para quien no hubo mar innavegable;
Y ni la infame casa
De Pélope homicida: me lo veda
Mi cortedad no escasa;
Y de mi lira leda
La señora no quiere que proceda
A cantar tus loores
Y ni de César la virtud propicia;
No sea que menores
Con punible injusticia,
Presente al mundo a entrambos mi impericia.
¿Quién describir pudiera
Dignamente el arnés adamantino
De Marte, y la cimera
De aquel Merión divino
Por el polvo empañada del camino
En la guerra troyana?
¿Y de Tideo al hijo ponderado,
De fuerza sobrehumana,
Y que al cielo estrellado
Se levanta por Palas ayudado?

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... México, 1893, pp. 36-38. [p. 229] CLXIV. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1893.

Lydia, die per omnes.—Od. I, 8

(Versión parafrástica en siete liras)

Oh Lidia, yo te ruego,
Y por todos los dioses te lo pido,
Que me digas: ¿por qué con ese apego
A Síbari aturdido
Te esfuerzas en perder, y le has perdido?

.....

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... México, 1893, pp. 38-40.

CLXV. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1893.

Mercuri, facunde nepos Atlantis.— Od. I, 10

¡Mercurio, nieto del robusto Atlante,
Que suavizaste fieras costumbres
De nuestra especie con tu voz sonora
Y en la palestra...

No es versión parafrástica como otras de su autor, puesto que consta del mismo número y calidad de estrofas y versos que el original, y procura ceñirse a él en todo; pero encuentro más poéticas las parafrasis del Sr. Pagaza que sus traducciones rígidas. A las primeras le inclina su numen, que parece claudicante y apremiado en las segundas.

Algunas trovas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... Méjico..., 1893, pp. 68-69.

CLXVI. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1893.

Dianam tenerae dicite, virgines. —Od. I, 21

(Versión parafrástica)

Cantad, vírgenes tiernas, a Dïana
Del campo soberana;
Dulces mancebos, celebrad a Apolo
[p. 230] De intonsa cabellera,
Y a Latona entre diosas la primera,
Y a la cual Jove excelso estima sólo.
Vosotros celebrad a la que ama
A los ríos y rama
Del árbol, ya supere en el Algido
Helado, o en sombrías
Selvas del Erimanto, ya en las frías
Asperezas del Crago enverdecido.
Vosotros con iguales alabanzas,
Varones, y con danzas
Al claro Tempe sublimad, y a Delo
Patria de Cintio hermoso
Insigne por su aljaba, y cadencioso

Cuando tañe la lira, don del cielo.
Y aquél, por nuestras súplicas movido,
Del pueblo dolorido
Y del príncipe César soberano
Alejará la guerra
Y el hambre y negra peste, a la Inglaterra
Y de la Persia al límite lejano.

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... Méjico ..., 1893, pp. 41-42.

En esta edición se da el número 18 a la presente oda de Horacio, y el 19 a la que sigue. Tan extraña numeración no se comprende sino suponiendo que el Sr. Pagaza se ha valido para su traducción de un Horacio expurgado, en que faltasen tres odas, que serán probablemente la 5.^a, la 13.^a y la 19.^a Quizá esto mismo explique las supresiones y los cambios que se advierten en la 4.^a y en la 9.^a

CLXVII. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1893.

Integer vitae scelerisque purus. —Od. I, 22.

No es paráfrasis, sino versión bastante ajustada, en seis estrofas sáficas como el original.

Íntegro el hombre que se mira pío
De crimen, Fusco, venenosos dardos
No necesita, ni moriscas flechas
Ni arco ni aljaba...

[p. 231] *Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... Méjico. ...,— 1893, pp. 40-41.*

CLXVIII. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1893.

Otium Divos rogat in patenti. —Od. II, 16

Descanso, Grosfo, de los dioses altos
El que navega por el mar Egeo
Cuitado implora, si a la luna esconde
Lívida nube...

Versión más literal que parafrástica, en quince estrofas, cinco más que el original.

Noto el latinismo *gemas* en la tercera:

Pero el descanso que jamás se compra
Ni con las gemas que atesora el Indo...

La traducción es buena en conjunto, pero no iguala a las de Arjona y Burgos.

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... Méjico. ..., 1893, pp. 43-46.

CLXIX. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1893.

Descende coelo.— Od. III, 4

Versión parafrástica

Reina Caliope, del hermoso cielo
Desciende al triste suelo
Y ensaya con la flauta en este día,
O en acento argentino,
O de Apolo divino
Con la cítara, suave melodía.
¿La oís?... ¿la oís?... Me burla por ventura
Una amable locura?
Paréceme escucharla... y me parece
Que voy por la serena
Campaña que la amena
Agua baña y el céfiro estremece.
[p. 232] Era muy niño: de jugar rendido
Y del sueño vencido,
Las torcaces palomas me cubrieron
Con hojas relucientes
Fragantes y recientes
Sobre los montes que nacer me vieron.
Sobre la cumbre del pullés Vulturo
Más allá del seguro
Lindero de la Pulla, con asombro
De aquellos que en el monte
Del sublime Aqueronte
Moran, y que hoy entristecido nombro,

Y de Bata en las húmedas florestas
Y llanuras opuestas
Del humilde Tarento, pues tranquilo
Me vieron recostado
Sobre el suelo alfombrado
De verde grama, al pie de grueso tilo,
Y seguro dormir niño animoso
A la víbora y oso
Sin temer, de los dioses protegido,
Y del sol resguardado
Por arrayán sagrado
Entre el ramaje de laurel florido.

Oh Musas, vuestro soy: ahora ascienda
Por la torcida senda
De la Sabina. ahora a la Preneste
Prefiera por helada,
O a Tíbur levantada,
O al tibio manantial de Baia agreste.

Porque amo vuestros cármenes y danzas
Burlé las asechanzas
En Filipos de mílite vencido;
Y dejóme con vida
La encina maldecida,
Y en la onda siciliana escollo erguido.

Siempre, Musas, seréis mis compañeras:
Ora las olas fieras
Del Bósforo atraviere navegante,
Ora cruce viajero
El arenal severo
De la siria ribera y sofocante;

Ya atrevido penetre en la Bretaña
Que bárbara se ensaña
Con los extraños, ya visite al Trace
De estirpe salvajina

[p. 233] Que alegre, con la equina
Sangre, su sed rabiosa satisface;

O bien conozca al rápido Gelono
De la Scitia colono
Tan diestro en manejar el arco y flecha,
Bien, de peligros libre,

Dejado el ronco Tíbre,
Mi quilla en el mar Caspio se abra brecha.

Vosotras, Musas, de la pieria gruta
Por vid y helecho hirsuto,
Recredis al almo César, si al soldado,
Porque Marte se aleja,
En ocio blando deja
Con los hijos del bosque sosegado.

Y vosotras, de Júpiter reflejo,
Acertado consejo
Fáciles dais de vos a quien le implora;
Y gozo señalado
Por el don otorgado
Demostráis con sonrisa seductora.

El alto Jove, padre omnipotente
Que gobierna prudente
La inmoble tierra, el mar tempestuoso,
Abismos y ciudades,
A dioses y heredades
Del mortal que se yergue codicioso,

En otro tiempo sepultó iracundo
En el antro profundo
(Nadie lo ignora) con presteza y brío
Del Titán insolente
A la turba demente,
Vibrando un rayo que surcó el vacío.

De aquella juventud púsole miedo
La protervia y denuedo
Que fiaba en sus fuerzas orgullosa,
Y en las de sus hermanos
Que pretendieron vanos
Sobre el Olimpo encaramar el Osa.

Mas ¿qué, Tifeo y Mimas arrogante
Y aquel amenazante
Porfirió de alzadaísima estatura?
¿Qué, Reco desdichado
Y el crecido Encelado
Que enormes troncos arrojó a la altura?

¿Qué pudiera este ejército forzado
[p. 234] Contra el sonante escudo

De Palas? A ella se agregó Vulcano
Aguerrido; y corona
El triunfo la matrona
Juno, esposa del padre soberano.

 A ésta juntóse Apolo el Patareo
Que lleva por arreo
El arco al hombro y la surtida aljaba;
El que amable y riente
De Castalia en la fuente
La intonsa cabellera siempre lava;
 El que en los bosques de la fértil Licia
Su mansión y delicia,
Y de Delo en la selva do naciera,
Por los hombres loado,
Querido y venerado,
Siempre y por siempre sin rival impera.

 ¡La fuerza ruda *empleada* sin seso
Se arruina por su peso!
Si la fuerza se templa y se domina
Los númenes la acrecen,
Pero ellos la aborrecen
Si a toda clase de maldad se inclina.

 De aquestas mis sentencias es testigo
Aquel Gyás enemigo
Y aquel Orión que a la íntegra Diana
Se le atrevió impudente
Y que herido en la frente
Fué al punto por saeta soberana.

 La tierra inerte duélese arrojada
Sobre su malograda
Prole monstruosa, e *inconsolable* llora
Sus partos desgraciados
Bajo el Etna enterrados.

¡Y al Etna el veloz fuego no devora!

 Ni, guarda fiel de Ticio deshonesto,
El buitro deja el puesto
Y desampara el hígado sangrado;
Y trescientas cadenas
Acrecientan las penas
De Piritoo, amante desdichado.

Delicta maiorum.—Od. III, 6

(Versión parafrástica)

Sin culpa has de pagar tarde o temprano
Los delitos, romano,
De tus mayores, mientras no repares
Las casas derruídas
De los dioses, y estatuas denegridas
Por el humo sagrado, y los altares.
Te juzgas (y por esto sin segundo
Imperasen el mundo)
Inferior a los dioses; y contento
Les rindes la cabeza.
Éste el principio fué de tu grandeza;
A esto y no más se debe tu incremento.
Muchos males los dioses irritados
Por verse despreciados
Enviaron ¡ay! a la luctuosa Hesperia.
Las tropas de Pacoro
Y Moneses ajar nuestro decoro
Lograron y traernos la miseria.
Por tentar, inconsultos los agüeros,
Acometerlos fieros,
Nuestros bríos domaron singulares;
Y altivos nuestra presa
Huelgan hoy de añadir con mano aviesa
A sus pequeños, míseros collares.
El fiero etiope y el robusto dacio,
Que son terror del Lacio,
Uno por la saeta voladora
Y el otro por la armada,
Ya por guerras civiles sojuzgada
Arruinaron del mundo a la señora.
Nuestros siglos en crímenes fecundos
Trocaron en inmundos

El casto lecho y nudos conyugales,
Las familias y casas;
Y de fuentes *tan pútridas y crasas*
Refluyen sobre el pueblo *enormes* males.

Alégrase la virgen casadera
Si le enseñan la *fiera*
Jónica danza; y en edad temprana
[p. 236] Se quema en los ardores
De incestuosos y lúbricos amores
Y con falsos afeites se engalana.

La juventud cobarde y presumida
De estos padres nacida,
No teñirá con sangre de Cartago
El piélagos; tampoco
A un Pirro matará ni a un grande Antioco,
Y ni a un Aníbal de la Italia estrago.

Sino antes bien, los hijos procreados
Por rústicos soldados
Que a voltear las glebas erizadas
Con la reja sabina
Aprendieron, en donde aun los conmina
La madre, si no surten con brazadas
De leños el hogar, cuando del monte,
Tocando el horizonte,
La sombra cambia el sol, ya que se aleja
En su carro de fuego,
Ya que convida a todos al sosiego
Y el buey cansado el fértil yugo deja.

El tiempo volador ¿qué no aminora
Con mano dañadora?
Son nuestros padres menos generosos
Que sus padres; peores
Nosotros, en los años ulteriores
Hijos engendremos más viciosos.

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... Méjico, 1893, pp. 50-53.

Algunos leves reparos pueden hacerse sobre esta paráfrasis, elegantemente versificada. Nada tenía de *fiera* la danza jónica, que, al contrario, se caracterizaba por lo muelle. Los males *enormes* y las fuentes *pútridas y crasas* ahoga la sencilla frase del original: *Hoc fonte derivata clades. Antíoco* no tiene la acentuación debida, y

faltan, sin duda, por escrúpulos de moralidad (que en este caso no comprendo, porque la intención del poeta latino es profundamente moral, y casta su expresión, aunque trace, no para ejemplo, sino para reprobación y escarmiento, un cuadro de malas costumbres de su tiempo) dos admirables estrofas del original:

Mox iuniores quaerit adulteros
Inter mariti vina, neque elegit
[p. 237] Cui donet impermissa raptim
 Gaudia luminibus remotis,
Sed iussa coram non sine conscio
Surgit marito, seu vocat institor
Seu navis Hispanae magister,
 Dedecorum pretiosus emtor...

CLXXI. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1893.

Impios parrae recinentis omen. —Od. III, 27

Lleve al impío de la parra el canto
Con mal agüero, y la preñada perra
Y flava loba; y a encontrarle acuda
 Zorra parida.
Rompa su vía cual volante dardo
Hórrida sierpe, y al rocín le asuste;
¿Qué temer puedo sí nací adivino
 Próvido y hábil?
Antes que torne a los tranquilos lagos
Présaga el ave de inminente lluvia,
Vendrá, rogado, del risueño Oriente
 Gárrulo cuervo.
Vive dichosa donde más te agrade,
Oh Galatea: no me olvides, cura;
No la corneja, ni el siniestro pico
 Turben tu paso.
Miras ahora que se inclina y treme
Orión ruidoso; conocido tengo
El Adria obscuro, y del gallego insano
 La alta perfidia.
De los contrarios las mujeres e hijos
Experimenten el furor del Austro
Y el oleaje que bramando azota

Seca la orilla.
También Europa del mentido toro
Se confiaba, y al mirar que hierve
El mar en monstruos, la color perdida,
Teme el engaño.
Y la que un tiempo recogiendo flores
Para las Ninfas iba por los prados,
Sólo vela en tan obscura noche
Olas y estrellas.
Y cuando a Creta de las cien ciudades
Llegaba, dijo: «Padre, de hija el nombre
[p. 238] Dejé al partir, y a tu piedad ultraja
Ciego delirio.
Dejé sin tino los paternos lares;
Sin tino tardo en aportar al Orco;
Si un Dios me escucha, sepa que vagara
Entre leones.
¿De dónde, a dónde por desdicha vine?
Morir tan sólo, no es condigna pena...
¿Lloro despierta mi afrentosa culpa?
¿Soy inocente?
¿Me burla acaso la mentida imagen
Que trae el sueño por la puerta ebúrnea?
¿Mejor sería transportar los mares
O cortar flores?
Si alguien me diera (que en furoros ardo)
Al toro infame que me fué querido,
Destrozaría con filoso hierro
Luego sus astas.
Antes que ocupe mis mejillas bellas
La palidez, o su vigor perdido
La víctima haya, quiero ser hermoso
Pasto de tigres.
Ah, vil Europa! tu lejano padre
Te urge, infelice; di ¿por qué no mueres?
De ese quejigo, con aquesa banda,
Cuélgate al punto.
O si te agrada soportar la muerte
Entre peñascos y quebradas rocas,
Entra, bien puedes, entra en la borrasca;

Échate al punto.
Si no es que quieras por tu noble sangre
A fuer de esclava manejar el huso
En pueblo extraño, y del varón de tu ama
Ser concubina.
Pérfida Venus tan amargas queja
Presente ola con burlona risa,
Y a su regazo, con el arco flojo,
Iba Cupido.
Y cuando la hubo a su sabor burlado
Templa, le dijo, tus injustas iras;
Porque las rompas, sus odiadas astas
Bríndate el toro.
¿Que eres de Jove la mujer ignoras?
Reprime el llanto, tu fortuna estima,
Y ve que a un gajo del ingente mundo
Has de dar nombre.

[p. 239] *Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... Méjico ...*, 1893, pp. 46-50.

El nombre del pajarraco llamado en latín *parra* es en castellano *picaza*, y no conviene cambiarle, aunque no sea más que por evitar la anfibología con el sentido corriente que tiene la voz *parra* en nuestro idioma. Flava es un latinismo poco recomendable, usado por Pagaza en otras versiones. Filoso es neologismo inadmisibile que no tiene fundamento en el original.

No es versión parafrástica, aunque así se intitule. Tiene el mismo número de estrofas que el original, si bien una de ellas aparece cambiada de sitio (la que es 13.^a en el texto de Stallabaum figura como 10.^a en la traducción).

A pesar de algunos versos felices, este ensayo no es perfecto, y la versión resulta oscura y premiosa. Pero en descargo del ilustre traductor ha de decirse que esta oda, una de las más bellas, pero también de las más extrañas, de Horacio, es difícilísima de traducir por su vaguedad romántica.

El Sr. Pagaza ha imitado, además, esta oda de Horacio en el siguiente soneto:

A GALATEA

Sis licet felix ubicumque mavis
Et memor nostri, Galatea, vivas

El ala bate y mi zafir sereno
Enluta bramador el torbellino;

Túmida sierpe cruza mi camino,
Corusca el rayo, y se prolonga el trueno
¡Vive dichosa... y al pastor Fileno
Jamás olvides!... El turgente lino
Al rudo soplo de infeliz destino
Me arranca y lleva de tu amante seno.
Mañana, al tardecer, [1] flébil, de hinojos
Estaré en otra playa... y de esta orilla
Sin mí hollarás los arenales rojos.
¡Ah! si la luna en occidente brilla,
En ella clava los cerúleos ojos
Y una lágrima surque tu mejilla.

[p. 240] CLXXII. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1893.

Pindarum quisquis. —Od. IV, 2

En alas, Julio, de *licuable* cera
Se apoya, y nombre al cristalino ponto
Dará el inhábil que imitar al dulce
Píndaro intente...

Obsérvanse en esta versión, buena en general, algunos latinismos excesivos:

O al púgil diestro y al ligero y noble
Equite cante.

.....
Bajo los sauces *operosos* cantos
Parvo compongo

.....
Y ofreceremos a los dioses justos
Másculo incienso...

Este último no tiene fundamento en el original, que no habla de que el incienso sea macho o hembra:

..... *dabimusque* divis
Thura benignis.

CLXXIII. PAGAZA, Joaquín Arcadio.—México, 1893.

Quem tu, Melpomene, semel. —Od. IV, 3

Versión parafrástica

A quien tú ves con plácida mirada,
Melpómene sagrada,
Al punto de nacer, no hará famoso
Púgil el istmio juego;
Ni llevarále en griego
Carro, cual vencedor, caballo airoso.
Ni al Capitolio, bélica victoria
Le mostrará con gloria
[p. 241] Cual ínclito caudillo, coronado
En [\[1\]](#) el laurel de Delos,
Porque hubo en sus desvelos
A reyes orgullosos abajado.
Sino antes bien: las aguas cristalinas
Que bañan las colinas
De Tíboli feraz, de erguido roble
Y de palma altanera
La espesa cabellera
En eólicos versos le harán noble.
De Roma, la primera en excelencia,
La clara descendencia,
De los vates se digna en los serenos
Coros anumerarme;
Y al dejar de envidiarme
El diente inicuo me lastima menos.
¡Oh Piéride, que riges con decoro
De esta mi lira de oro
El meliflúo gratísimo sonido:
Oh tú que a mudos peces
Pudieras dar a veces
La tierna voz de cisne dolorido!...
¡Lo debo todo a ti! Si al pasar quedo

Me apuntan con el dedo
Como a quien tañe de agradable modo,
El vivir sosegado,
Y el agradar, si agrado,
A ti, Piéride, a ti lo debo todo.

Algunas trovas últimas de D. Joaquín Arcadio Pagaza... Méjico..., 1893, pp. 69-70.

CLXXIV. FLORES, Manuel M.—París, 1892.

Pasionarias. Poesías. Con un prólogo por Ignacio M. Altamirano. París, librería de Garnier hermanos. Calle des Saintes Pères, 6, 1892. 8.º, pp. 193-196.

Glicere.

Esta poesía es un centón de varios fragmentos de Horacio. [p. 242] Los primeros versos contienen íntegra la oda 30 del libro primero: *O Venus, regina Cnidi Paphique:*

Reina de Pafos y de Gnido, Venus,
Deja de Chipre el encantado sitio,
Y ven aquí, donde Glicere tiene
De placer y de amor mágico asilo.
Y que las Gracias de cintura suelta
Y que las Ninfas de semblante lindo,
Y el que alegra los años juveniles
Grato y feliz amor, vengan contigo.

Desde aquí empieza la oda 19, lib. I: *Mater saeva Cupidinum*, también íntegra, aunque muy libremente traducida o más bien imitada:

De Júpiter el hijo y de Semele,
Y los deseos eróticos aun vivos,
Quieren que entregue el corazón cansado
A los amores que juzgué perdidos.
Y me abraso por ti, rubia Glicere,
Y me enamora tu semblante altivo,
Y de tu tez la nieve inmaculada
Como el mármol de Paro terso y fino.
Y me enamora tu habla melodiosa,
Tu continuo reír provocativo,
Y de tus ojos húmedos el fuego,
Y tu desdén también y tu capricho.

Venus me sigue por doquier, me sigue,
Conmigo va, detiéndose conmigo,
En contacto de fuego a mi se acerca,
Domina mi razón y mi albedrío,
Y ya no más contra el feroz escita,
Ni contra el parto, huyendo tan temido,
Mi lira tiene cuerdas... Ya no sabe
Sino de amor los deleitosos himnos.
.....

El final de esta oda viene después para servir también de final a tan extraño *rifacimento*:

¡Ea! colocad sobre el altar de césped,
Junto a la cepa del sagrado vino,
Esclavos, el incienso y la verbena.
Tributemos el culto merecido,
Y la caliente sangre de la víctima
Haga acepto a la Diosa el sacrificio

[p. 243] Lo demás está tejido con rasgos sueltos de las odas de Horacio.

Te quiero junto a mí más impetuosa
Que las férvidas olas del Adriático
Cuando en el golfo de Calabria Eolo
Las agita con áspero rüido.

Es de la oda 33 del libro I: *Albi ne doleas*:

*Grata detinuit compede Myrtale
Libertina, fretis acrior Hadriae
Curvantis Calabros sinus...*

¡Que resuene el festín grato a los Dioses!
¿Dónde la flauta está de Berecinto?
¿Qué hace el oboe junto a la lira muda?
Rosas traedme del jardín vecino...

..... *cur Berecyntiae
Cessant flamina tibiae?*

Cur pendet tacita fistula cum lyra?

Parcentes ego dexteras

Odi: sparge rosas...

Quantum distet ab Inacho. —Od. II, 19.

Saca del fondo de la cueva, esclavo,
El Cécubo [1] oloroso, envejecido,

.....
En tanto yo celebraré a Neptuno;
Y escucharán también plácidos himnos
Las Nereidas de verde cabellera.
Mientras ofreces de tu lira el ritmo
A las flechas de Diana y a Latona.
Luego mis cantos alzaré contigo
A quien reina en las Cícladas, y vuela
En un carro por cisnes conducido;
Y nuestro himno final será a la noche
Del misterio nupcial mudo testigo.

Festo quid potius die

Neptuni faciam? prome reconditum,

Lyde, strenua Caecubum...

.....

Nos cantabimus invicem

Neptunum et virides Nereidum comas:

[p. 244] Tu curva recines lyra
Latonam et celeris spicula Cynthiae:
Summo carmine, quae Cnidon
Fulgentesque tenet Cycladas et Paphon
Junctis visit oloribus
Dicetur, merita nox quoque naenia.

(Lib. III, Od. 28.)

Mientras del lobo perseguido sea
El balador cordero, y el marino
Tema de Orión el tormentoso influjo,
Y acaricien los trémulos cefiros (sic)

De Apolo la dorada cabellera,
Te daré por su amor el amor mío.

*Dum pecori lupo et nautis injustus Orion
Turbaret hibernum mare,
Intonsosque agitare Apollinis aura capillos,
Fore hunc amorem mutuum.*

(Ep. XV: Nox erat.)

La forma del nombre *Glicere*, la mala acentuación de *cefíros* por céfiros, y otros detalles me inducen a creer que el poeta mejicano traducía o imitaba del francés y no del latín.

CLXXV. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1892. [\[1\]](#)

«Al Sr. Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Muy ilustre señor: Perdona usted la audacia de dirigirle estos renglones, pero confiamos en el afecto que usted siente por este país, el más *castellano de toda América*, y en el interés que ha mostrado siempre por las letras castellanas de aquende el Océano. Esa confianza y el creer que usted nos tendrá a bien el regalillo literario que le hacemos, por su afición a Horacio, son los móviles de esta carta. **[p. 245]** Pues bien; hay en este seminario un joven profesor, que cultiva la poesía Horaciana con denodado empeño; ha traducido casi todas las odas del Venusino; y de esas traducciones enviamos a usted algunas, ya publicadas en periódicos, ya inéditas. Y esperamos que usted se dignará exponernos su juicio sobre dichas versiones. No queremos elogios (y pedirlos sería agravio a la imparcialidad notoria de su superior ingenio); sólo deseamos remitir nuestro humildísimo parecer al altísimo y autorizado de usted, por ver de desengañarnos, si erramos en creer buen traductor de Horacio a Elio Turno.

De todos modos, pensamos que usted recibirá bien el manuscrito de las versiones, siquiera porque aumenta el catálogo de traductores de Horacio, que usted ha hecho con laudabilísima fatiga. Si a usted no le desagrada conocer las producciones de nuestro joven ingenio, mucho honor y placer tendremos en remitirle otras: poesías originales, dramas, traducciones y comentarios de Píndaro, Anacreonte, Safo y otros griegos, así como imitaciones latinas de Horacio.

Por ahora van adjuntas, como regalo que usted se servirá aceptar, dos odas impresas que los discípulos de Elio Turno han escrito colectivamente. La desigualdad consiguiente a ese género de trabajos, hechos a escote, los hace desmerecer; pero los damos a usted porque en ellos andan la mano del maestro a menudo y la señal de su afán por el cultivo de las letras clásicas.

Van también al calce de las traducciones, algunos comentarios que dan razón de por qué Elio Turno disiente a veces del común entender de los intérpretes, y están sacadas de las notas sobre Horacio que Elio Turno dicta en su cátedra.

Dispense usted la molestia y enfado de esta carta, me ofrezco, por mí y a nombre de los catedráticos de este Colegio, como afectísimo criado de usted, que s. m. b.—
Atenógenes Segale. »

Seminario de Méjico y junio de 1892.

P. D.—A última hora pusimos adjuntas algunas oditas latinas y la versión de la mejor olímpica de Píndaro.

Vale.

[p. 246] CLXXVI. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Maecenas atavis. —I, 1

Preludios. I. Méjico. Sin año (pero consta en el prólogo), páginas 57-58.

Inc. Mecenás, *nieto* de *abuelos* reyes,
Mi honra grata, refugio mío.
Hay quienes gozan cuando en su carro
Polvo de Olimpia ya recogieron,
Y si, evitado rozar la meta
Con rueda hirviente, la palma noble
Dioses los hace del mundo dueños.
A éste le place que la Romana
Turba versátil por ensalzarle
Con tresdoblados honores pugne...

De ésta y sus restantes versiones de Horacio dice el traductor: «He procurado conservar aun las construcciones del original hasta donde lo permite nuestra lengua; y mucho me temo no haber respetado siempre este valladar, que fijan la crítica y el buen gusto.»

CLXXVII. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Iam satis terris. —I, 2

Preludios. (Méjico, 1893), pp. 58-59.

Ya harto de nieve y de cruel granizo
Mandó a la tierra el Padre, y *aflechando*
Los templos ya con encendida diestra
A Roma puso miedo;
Miedo a las gentes de que no tornase
Que lloró Pirra, el novedoso tiempo,

Cuando Proteo a los excelsos montes
Arreó la grey marina...

El traductor, por querer someterse a un nimio rigor literal, cae en extravagancias de dicción y aun en impropiedades dignas de censurarse; v. gr.:

A Ilia su esposa, que doliente clama
Venganza ofrece el mujeriego vil...

[p. 247] Lo que en nuestra lengua se entiende por el vulgar término de *mujeriego* es precisamente lo contrario de lo que Horacio quiso decir con el epíteto *uxorius* («condescendiente con el gusto de su mujer», «muy amante de su mujer»).

CLXXVIII. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Sic te Diva. —I, 3

Preludios, Méjico, pp. 60-61.

Así de Chipre la potente Diosa,
De Helena los hermanos, astro espléndido,
Y el Padre de los vientos te gobiernen,
Sujetos todos, pero el Cauro libre,
¡Oh nave que a tu seno confiado
Nos debes a Virgilio! Ruego incólume
De los confines Áticos le vuelvas,
Y la mitad de mi alma me conserves...

Sobre el verso 17: *Quem mortis timuit gradum*, pone el traductor esta nota que considero digna de atención: «Todos los intérpretes que conozco, traducen el *gradum mortis* por *género de muerte*. No puedo conformarme con ellos: yo entreveo en esas palabras una metáfora de las que Horacio apenas insinúa a menudo: la vida no es sino descenso rápido hacia la muerte, y el que se confió a los mares por vez primera no temió bajar a los últimos escalones de ese descenso y acercarse temerariamente a la muerte.

Favorece a esta inteligencia aquel pasaje de Juvenal, Sát. 12, verso 57:

...Ventis animam committe, dolato
Confisus ligno, digitis a morte remotus
Quatuor aut septem...

Por eso traduje grada de la muerte, conservando el ser y modo de la metáfora, que creo descubrir, y que reaparece en el verso 33:

Leti corripuit gradum.

En conformidad con esta doctrina, traduce el Sr. Zamora en el primer pasaje:

[p. 248] ¿Qué grada de la muerte aquel temía
Que con ojos enjutos los nadantes
Monstruos, y que la mar mirara hinchada
Y los escollos del Epiro infames?...

y en el segundo:

Antes necesidad de *lueñe* muerte
Las gradas acertó de su camino.

CLXXIX. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Quis multa gracilis.—I, 5

Preludios, Méjico, 1893. pp. 62-63.

¿Quién es, oh Pirra, el delicado imberbe,
Que empapado de esencias
En retrete agradable
Sobre mil rosas con amor te estrecha,
Mientras por él sencilla con asco
La rubia cabellera
Te trenzas? ¡Cuántas veces
¡Ay! desdichado llorará, sin tregua
La fe perdida y los cambiados dioses,
Cuando ya las inmensas
Aguas no acostumbrado
De negros vientos erizadas vea!
¡Y él que ahora crédulo, dorada
Goza al verte y serena,
Y encontrarte anhelosa
Y siempre amable el inocente espera
Ignorante del aura engañadora!
¡Miseros los que ciegas

Tú, a los ruegos propicia,
Con tus encantos! Mi retablo muestra,
Hoy adherido a la pared sagrada,
Que ya en votiva ofrenda
Al Dios del mar potente
Húmeda veste le dejé suspensa.

Por nota dice el intérprete: «He creído de fidelidad y elegancia conservar en la traducción la alegoría del mar aplicada a Pirra, cosa que han omitido otros traductores. [p. 249] El *vacuam* no le entiendo como *libre* de otros «amantes», sino en el sentido de no harta, no saciada del amor del galán de que se trata; y por consiguiente, no hastiada, no desdeñosa, sino todavía anhelante por su afecto.»

CLXXX. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1803.

Lydia, dic per omnes.—Od. I, 8

Preludios, Méjico, 1893, pp. 63-64

¡Oh Lidia, te lo ruego
Por cuantos Dioses hay ¿por qué (confiesa)
Del amor con el fuego
En perder a Síbaris te das prisa?...

CLXXXI. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Quem virum aut heroa.—Od. I, 12

Preludios, Méjico, 1893, pp. 64-65.

¿Qué varón o héroe con la lira, Clío,
O aguda flauta celebrar intentas?
¿Qué Dios de cuya juguetona imagen
Nombre resuene
O en las umbrosas faldas de Heliconia,
O sobre el Pindo o en el Hemo frío,
Donde siguieron a elocuente Orfeo
Rápidas selvas,
Que demoraba con maternas artes
Agua corriente, acelerados vientos,

Blando a guiar con las canoras cuerdas
Robles oyentes...

CLXXXII. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Mater saeva Cupidinum. —Od. I, 20

Preludios Méjico, 1893, p. 67

Ya la madre cruel de los Cupidos
Me manda y bronca la Licencia ufana
Y el hijo de Semele la Tebana
Volver a los Amores despedidos.
[p. 250] El resplandor me quema de Glicera
Más que el mármol de Paros reluciente,
Y su grata esquivez me pone ardiente
Y el rostro en que resbala quien la mira...

Las dos últimas estancias de la oda son muy inferiores a las dos primeras; el *mactata veniet lenior hostia* se convierte en este galimatías ininteligible:

..... *que abrasada*
La hostia, echaráse menos impetuosa (?)

CLXXXIII. ZAMORA, Elio Turno, de.—Méjico, 1893.

Quis desiderio. —Od. I, 24

Preludios, Méjico, 1893, p. 68.

Traducida a la manera del Mtro. León, dice el traductor. ¡Eso quisiera ella! Júzguese por la primera estrofa, que apenas se entiende:

¿Qué vergüenza consiente,
O regla, que la corte, la honda gana
Por tan querida, gente?
Dicta canción insana,
Oh diosa, a quien por hado
La líquida garganta el Padre ha dado...

Fr. Luis de León, cuando se descuida en sus versiones, es desaliñado, humilde, prosaico y llano, pero jamás incurre en este galimatías indescifrable.

Trabajos arcaicos y sin duda desatinados llamó con loable modestia el docto Elio Turno a las dos o tres que hizo en esta forma.

CLXXXIV. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Icci, beatis nunc. —Od. I, 29

Preludios, Méjico, 1893, p. 69.

Ya envidias de los árabes
Las dichosas riquezas,
Iccio, y preparas bélicas crudezas
A los reyes invictos de Sabá.

[p. 251] Para el horrible Medo
Ya trabas las cadenas,
Y ¿cuál la niña bárbara en sus penas,
Muerto su esposo, te podrá servir?

¿Qué palaciego mozo,
Ungida la melena,
Que séricas saetas docto apena
Retira sobre el arco paternal,

Pondrás tú de copero?
¿Quién negará inclinados
Puedan los ríos verse remontados
A arduas cimas, y el Tibre devolver,

Si tú (¡qué prometiste!)
El Paneto excelente
Y Academia comprados juntamente
Por arneses Iberos quieres dar?

CLXXXV. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Dianam tenerae dicite, virgines.— Od. I, 31

Preludios, Méjico, 1893, p. 67.

Tiernas doncellas, celebrad a Diana,
Vosotros, niños, al intonso Cintio,
Ellas, la que ama férvido al Supremo
 Jove, Latona,

A la que alegran los tendidos ríos,
La crin de bosques que el helado Algido
Encresta, o bien del Erimanto y Crago
 Negras las selvas.

Vosotros, niños, ensalza a Tempe
Patria de Delos con iguales loas
Y el hombro insigne por la aljaba, hermana
 Del alma lira.

Este del pueblo y soberano César
La guerra aparte lacrimosa, el hambre,
La peste, y la eche a Persas y Britanos
 Por vuestro ruego.

[p. 252] CLXXXVI. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Nullus argento.—Od. II, 2

Crispo Salustio, es pálida la plata
Que no abriga el uso moderado,
¡Oh enemigo de barras escondidas
 En la avarienta tierra...

Preludios, Méjico, 1893, p. 71.

CLXXXVII. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Ulla si juris.—Od. II 8

Preludios, Méjico, 1893, p. 72.

Si acaso alguna vez hubiesen sido
Tus perjuros, Barina, castigados;
Si alguno de tus dientes aperlados
Se hubiese ennegrecido
Por tus culpas pasadas,
O alguna de tus uñas sonrosadas...

CLXXXVIII. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Quid bellicosus Cantaber. —Od. II, 11

Preludios, Méjico, 1893, p. 73.

Que piense el belicoso
Cántabro y que el Escita, Quinto amado,
Deja de averiguar del borrascoso
Adriático a este lado,
Y no tiembles confuso
De una vida tan parca por el uso.
Huye hacia atrás ligera
La juventud con la apostura; y viene
La vejez espantando seca y fiera
Cuantos amores tiene
Lascivos aquel dueño
Y del joven también el fácil sueño.
[p. 253] Ni las flores mantienen
El primor que las dió la primavera.
Ni con la misma faz las lunas vienen
A lucir en la esfera.
¿Por qué pues tu alma criada
Traes en altos juicios fatigada?...

Lo demás de la traducción decae mucho.

CLXXXIX. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Eheu fugaces.—Od. II, 14

Preludios, Méjico, 1893, pp. 74-75

¡Ay! qué fugaces, Póstumo, Pósturno,
Corren los años, y no demora
A la rugosa vejez que insta
Virtud sincera, ni a muerte indómita...

Termina así:

De dejar tienes la tierra y casa,
La dulce esposa: de árboles sólo
Cuantos cultivas, al breve dueño
Sigue el perenne ciprés odioso.
Y tu heredero más digno el Cécubo
Con cien candados guardado saque
Y el pavimento rocíe soberbio
Mejor que cenas pontificales.

CXC. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Otium Divos.—Od. II, 16

Preludios, Méjico, 1893, pp. 75-76.

Es de las mejores traducciones de este autor, aunque tiene el inconveniente de parecerse demasiado a otras anteriores, como las de Arjona y Burgos:

Ocio el opreso en el patente Egeo
Pide a los Dioses cuando negra nube
Cierra la luna, ni a los nautas ciertos
 Lucen los astros.
Ocio en la guerra furibunda Tracia,
Ocio los Medos de carcaj ornados,
[p. 254] Grosfo, descanso que no compra el oro
 Ni piedras finas.
Ni los tesoros ni el lictor del cónsul
Tristes tumultos de la mente apartan,
Ni a las que en torno a artesonados techos
 Cuitas revuelan.
Feliz con poco vive quien paterno
Usa el salero en la sencilla mesa,

Que leves sueños ni el temor le roban
Ni la avaricia.
¿A qué lanzamos tantas cosas lejos
En breve edad? ¿A qué buscamos tierras
Que otro sol tibia? de su patria huyendo,
¿Quién de sí huye?
Sube viciosa a las bronceadas naos
La cuita, sigue al escuadrón ginete
Más que los ciervos y que el Euro *echando*
Nubes, ligera.
Odie curar de lo futuro el alma
Grata en lo de hoy, y en moderada risa
Temple lo amargo, que nada hay dichoso
De toda parte.
La pronta muerte arrebató al Aquiles,
Larga a Titón la senectud consume,
A mí quizá lo que te fué negado
La Hora me ofrece:
Sículas vacas de ti en torno mugen
Y greyes ciento, de cuadrigas yegua
Tuya relincha: en múrice africano
Ya reteñidas
Lanas te visten: reducidos campos
Y tenue soplo de la Musa griega
No mendaz Parca y al maligno vulgo
Dióme desprecio.

CXCI. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893

Angustam, amice.— Od. III, 2

Preludios, Méjico, 1893. pp. 76-79.

Que de la agria milicia en la crudeza
Aprenda, amigos, el mancebo fuerte
A sufrir la pobreza;
Y ginete temible haga matanza
En los feroces Partos con su lanza.

[p. 255] Como todas las de este traductor está llena de rarezas de dicción, pero también tiene aciertos, que prueban estudio no vulgar del original y grande esfuerzo para reproducirle textualmente, aun con violencia e injuria de nuestra lengua:

La virtud del desaire ignoradora
Con honores incólumes *fulgece*;
La segur brilladora
No empuña y suelta con mudable brío
Del aura popular al albedrío...

Tiene el silencio fiel premio seguro:
Jamás consentiré bajo mis trabes
A quien haya a lo obscuro
De arcana Ceres levantado el velo,
Ni que conmigo suelte el barquichuelo.

Une el Padre del día al inculpado
A veces, con el hombre con el hombre corrompido:
Mas de quien fué malvado
Raras veces la pena ardiendo en ira
Con planta lastimada se retira.

Juzgo digna de elogio la explicación que hace Elio Turno del plan de esta oda que «por su desorden perfectamente lírico, ha sido el tormento de los comentadores».

«I.^a Estrofa. Amaéstrese la juventud en soportar los azares de la guerra. II. Llegará de esta suerte a merecer el encomio más grato, el que haga la familia del monarca enemigo, al temer por la vida de los suyos si ve el extraordinario valor con que lucha el Romano. III. Y si muere en la guerra, dulce y honroso es perecer por la patria, tanto más cuanto que la muerte no perdona al tímido. IV. Por otra parte la virtud del patriota combatiente tiene premio de honor en este mundo. V. Y paga de inmortalidad en lo futuro, y hasta, caso de verse menospreciada, halla su recompensa en sí, lejos de los mudables elogios del vulgo. VI. y VII. Deben a más ser los jóvenes sigilosos, que no gárrulos, y serlo desde ahora, porque el que ha delinquido, tarde o temprano padece el azote de Dios.»

[p. 256] CXCII. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Justum et tenacem. —Od. III, 3

Preludios, Méjico, 1893, pp. 79-83.

El ardor de furiosos ciudadanos,
Que alzan gritos insanos,
Jamás al varón justo
Tenaz en su propósito, remueve
De su intento; tampoco el ceño adusto
Del rey tirano aleve,

Ni el Austro proceloso
Turbio rey del Adriático espumoso...

Este principio promete una buena traducción, pero pronto nos encontramos con un Alcides «andariego»; y el discurso de Juno, que es uno de los trozos más espléndidos de Horacio, está muy débilmente traducido, salvo el final, en que se levanta un poco el estilo:

Si tres veces Apolo el alto muro
Hecho de bronce puro
Reedifica, otras tantas
Perezca hecho ruinas por mis griegos,
Y así sacie mis iras sacrosantas
Y tras de vanos ruegos
La mujer cautivada
Llore hijos y marido inconsolada.

CXCIII. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893 .

Descende coelo. —Od. III, 4

Preludios, Méjico, 1893, pp. 83-87.

Baja del cielo y en la flauta grácil
¡Ea! modula largo tiempo ahora,
Reina Caliope; o si más quieres, fácil
Tu voz aguda, celestial, sonora
Haznos oír; o bien con tus delgados
Dedos del alto cielo perfumados
Hiere presta tan sólo
Tus cuerdas o la cítara de Apolo.
[p. 257] ¿Oíste?... o bien ¿la plácida locura
Del poeta me engaña? Me parece
Que escucho la canción, y a la ventura
Vago por bosque que sagrado crece,
Do el agua corre murmurando amena
Y blando el aire de contento llena,
Que mansamente vaga
Y tiernas hojas perezoso halaga.
Tras de mi Apulia nutridora un día
En el Vulturo monte protegido,

Allá de niño, y en la tierra umbría
De sueño al fin y de jugar vencido
Las cándidas palomas fabulosas
De la diosa de Chipre presurosas
Con hojas me cubrieron,
Que nuevas de los árboles cogieron.

Y todos admiraron, el que mora
De Bata en las florestas, la que anida
De Aqueronte en el risco y labradora
La gente humilde, que el Fiñano cuida,
Cómo de negras víboras seguro
Dormía entonces y del oso impuro
Con lauro y mirto amante,
Mas no sin dioses animoso infante.

¡Vuestro!, Camenas, ¡vuestro! si trepare
A los fragosos montes de Sabina,
O si el frío Preneste me agradare,
O Tíbur que en la cuesta se reclina,
O bien la acuosa Bayas. Porque gusto
De nuestras fuentes y danzar agosto,
En Filipos la huída
No puso fin a mi *incipiente* [1] vida;

Ni aqueso pudo el árbol enemigo;
Ni el Palinuro en la onda siciliana.
Siempre que estéis en mi favor conmigo,
De marinero en navecilla vana
Podré yo echarme al Bósforo furioso,
O del viajero pisaré animoso
Las reseca arenas
De Asiria ardiente, oh plácidas Camenas.

Y soy capaz de visitar ileso
A los Britanos, que a su Dios feroces
Le sacrifican a su huésped preso,
[p. 258] Y también a los Cóncanos atroces,
A quien la sangre de caballo agrada,
Y a los Gelonos, de carcaj armada
La espalda musculosa,
O del Tanais la vega nebulosa.

Al alto César, cuando ya encerradas
Sus haces en las duras fortalezas,

Sus haces ya de pelear cansadas,
Busca alivio a sus bélicas proezas,
En vuestra cueva le recreáis. Os place
Dar a quien busca Vuestra bella face
Consejo regalado,
Y almas gozáis cuando le hubisteis dado.

Sabemos que quien rije solo y fuerte
La inerte tierra con el mar ventoso,
Con ley igual, los reinos de la muerte,
De las deidades el estrado hermoso,
Los pueblos y los muros engrosados
De almenas y de gente coronados,
Con rayo desprendido
A los ímpios Titanes ha vencido.

Aquella horrenda juventud confiada
En sus brazos, a Jove ya infundiera
Grande terror, y aun otra turba osada
El Pelión ya procuraba fiero
Poner encima del Olimpo umbrío.
Mas ¿qué pudieran en el trance impío
El Mimas valeroso
Y Porfirio disforme y vigoroso?

¿Y qué Tifón ni el espantable Reto,
Ni Encélado, que audaz al cielo echaba
Con la mano lanzada sin respeto
Los árboles que rápido arrancaba,
De Palas contra la égida sonante
Descargando podrían? Militante
Fué el fogoso Vulcano,
Y prestó Juno la su regia mano.

También estuvo el que jamás depone
De sus hombros el arco; y al rocío
De la Castalia fuente a veces pone
Y sus sueltos cabellos lava pío,
Y de los Licios en la selva oscura
Y en la natal piísima espesura
Fecundo reina solo,
Intonso Delio, Patarëo Apolo.

[p. 259] La fuerza cae por su propio peso
Cuando es sin consejo dirigida;

Mas los hombres con plácido embeleso
Ayudan siempre a la que va medida,
Y el esfuerzo aborrecen que *menea*
Cuanto hay de malo en su alma gigantea.

De las sentencias más
Testigo sea el centimano Gías:

También Orión el tentador osado
En otro tiempo de la virgen Diana,
De una saeta virginal domado.
Y echada encima de su prole insana
De monstruos fieros duélese la Tierra,
Y se lastima de que en cruda guerra
Sus partos derribara
El rayo, y en el Orco sepultara.

Y ni carcome el fuego acelerado
Al Etna, encima de la turba puesto;
Ni el buitre deja al hígado (ensañado
Guardián celeste al criminal impuesto)
De Ticio el lujurioso: y a Pirito
De Proserpina el amador maldito,
Aprisionan en penas
Trescientas pesadísimas cadenas.

CXCIV. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Donec gratus eram tibi. —Od. III, 9

Preludios Méjico, 1893, p. 87.

Inc. Mientras yo te agradaba
Y ninguno mejor al cuello hermoso
De la niña aun no echaba
Los brazos amoroso,
Fuí *que el rey de los Persas* [\[1\]](#) más dichoso.

Fin. Aunque aquél es hermoso
Más que el lucero, y tú más inconstante
Que espuma, y más rabioso
Que el Adria, amo anhelante

Vivir contigo y espirar amante.

[p. 260] CXCIV. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Mercuri nam te .—Od. III, 11

Preludios, Méjico, 1893, pp. 88-89.

¡Oh tú, Mercurio, a cuyo numen dócil
Movió las piedras Anfión cantando;
Y tú, mi concha, en resonar maestra
Con siete nervios,
Tú en otro tiempo desdeñada y muda,
Hoy de los templos y banquete amiga,
Números *suelta*, a que el rebelde oído
Lide no niegue...

CXCVI. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Thyrrhena regum progenies. —Od. III, 29

Preludios, Méjico, 1893, pp. 92-95.

«Traducida según la manera del Maestro León», dice el intérprete. La imitación es aquí menos desgraciada que en otras odas:

Mecenas, descendiente
De Etruscos reyes, ya tiempo ha guardado
Te tengo vino ardiente
En barril no encantado,
De rosa lazos bellos
Y jugo de balán a tus cabellos.
No te demores; viendo
No siempre estés el Tíboli regado,
Ni de Esola corriendo
En la ladera el sembrado,
O los yugos de bueyes,
Do el parricida Felegón dió leyes.
La hartura fastidiosa

Y tu torre a las nubes allegada
Deja dificultosa,
Y de Roma endiosada
No admires el ruido
Y los bienes y el humo envanecido.
 La mudanza en la vida
Suele ser a los ricos agradable;
Y la limpia comida
[p. 261] So techo miserable,
Sin mantel que subyuga,
La solícita frente desarruga.
 De Andrómeda aparece
Ya el padre claro en su escondido fuego,
Ya Proción se enfurece,
Y nos devuelve luego
La estrella de la fiera
Secos días del sol que reverbera.
 Y ya el pastor cansado
Con su lánguida grey, la sombra, el río
Y espinal enredado
De Silvano bravío
Busca, y no tiene alientos
La orilla taciturna sin sus vientos...
.....
 Que a modo lo viviente
Se va de río quieto por su lecho,
Que el mar da mansamente,
O revuelve deshecho
En uno descuajados
Troncos y piedras, casas y ganados...
.....
No es mío si la enseña
Mugiere del Gallego combatida,
Alzar el ruego en pena,
.....
No el cargamento raro
De Fenicia enriquezca el mar avaro...

Preludios, Méjico, pp. 95-96.

Quien emular a Píndaro procura,
Julio, se apoya en enceradas alas,
Dedaleo invento, para al vítreo ponto
Nombre dejarle;
Pues como el río, que del monte baja
Fuera de madre por copiosas lluvias,
Hierve y se arroja del profundo labio
Píndaro inmenso,
De ganar digno el Apolíneo lauro
Si voces nuevas atrevido agita
PAG@262@ En dityrambos y le llevan alto
Números libres,
O si a los Dioses y los reyes canta,
Sangre de Dioses, que vencieron justos
A los Centauros y al tremendo fuego
De la Quimera.
O ya al caballo celebrando y púgil,
Que a casa tornan con la palma Elea
Ya celestiales; más que cien estatuas
Préstales gloria.
O llore al joven de la esposa flébil
Robado, o suba las costumbres áureas
A las estrellas y el esfuerzo, olvido
Negro supera.
Levanta el aura al cisne de Dircea
Siempre que tiende a la región de nubes.
Yo cual la abeja de Calabria coge
Miel de tomillos
Con gran trabajo, cabe los bosquetes
De húmeda Tíbur y frondosa orilla
Pequeño forjo laboriosos cantos,
Plácido Antonio.
Mejor poeta cantarás al César
Cuando ya traiga por la cuesta sacra,
Crespa la sien con rama merecida,

Fieros Sicambros.
Nada más grande ni mejor los hados
Y buenos dioses dieron a la tierra,
Y no darán aunque al dorado siglo
 Vuelvan los tiempos.
Y cantarás los venturosos días,
Del fuerte Augusto a la impetrada vuelta,
Fiestas en Roma; y cantarás el foro
Luego vacío.
Llegará entonces ocasión propicia
A mi voz débil, y oh tú, sol hermoso
Oh sol laudable, cantaré felice,
César llegado.
Mientras tú avanzas, repetidas veces
Io triunfe, el pueblo gritará—*Io triunfe*—
Y quemaremos a los blandos dioses
Suaves inciensos,
Y tú diez toros y otras tantas vacas
Y yo un becerro inmolaré, que nutro
Ya destetado en los crecidos pastos
Para mis votos. [p. 263] Ya con sus cuernos, de la luna imita
El corvo fuego; que tres días muestra
Haber cumplido, y es dorado todo,
Nívea la frente.

CXCVIII. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Quem tu, Melpomene, semel.—Od. IV, 3

Preludios, Méjico, 1893, p. 96.

Traducción hecha en el mismo número de versos del original, y remedando el metro:

A quien ya tú, Melpomene,
Mirastes al nacer, con ojos plácidos,
No los trabajos Istmicos
Púgil glorioso harán, ni en carro Acaico
Los corceles indómitos
Llevarán vencedor; ni hazaña bélica

Le sube al Capitolio,
Pues iras quebrantó de reyes bárbaros,
Crespo con hojas Déléficas.
Mas los arroyos de la fértil Tíboli
Y las greñas selváticas [\[1\]](#)
Noble le harán por sus eólicos cánticos.
Y ya ponerme dígñase
De la ciudad princesa la prosapia
Entre los vates líricos,
Menos el diente de la envidia acósame.
Oh tú que tiemblas, Piéride,
De la concha de oro el blando estrépito,
Y al mudo pez, queriéndolo,
Tú que dieras de cisne voz dulcísima,
Es don tuyo que muéstrenme
Por tañedor de la Romana cítara;
Lo que aliento poético,
Lo que agrado, si agrado, es tuyo, Piéride.

[p. 264] CXCIX. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1803.

Qualem ministrum.— IV, 4

Preludios, Méjico, 1893, pp. 98-100.

Como al ministro alado
Del rayo, a quien el rey de las deidades
Permitió ya en las aves el reinado
Vagabundas del aire, sus lealtades
Y fuerzas adecuadas
En el rojo Ganimedes probadas;
Y a quien echó del nido
La mocedad con el vigor paterno
Sin saber de trabajos, y ya huído
El vernal nubarrón, pávido y tierno
Le enseñaron los vientos
Esfuerzos no temidos y violentos;
Hostil a los apriscos
Ímpetu vivo al punto le menea,

Contra dragones hórridos y ariscos
El amor a la vianda y la pelea;
Y cual despavorida
La cabra en grueso pasto entretenida
Mira al cachorro ardiente,
Que la dorada madre destetara,
Y teme perecer al nuevo diente;
Así a Druso mover guerra preclara
En la Alpina vertiente
Tímida vió la Vindelicia gente...

CC. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Phoebus volentem. —IV, 15

Preludios, Méjico, p. 101.

«Traducida al modo del Maestro León», dice el traductor:

Cuando de guerras llevo
El son y de ciudades quebrantadas,
Con su laúd el Febo
En voces muy airadas
Armóme ya rencilla
Que no eche al mar Tirreno mi flotilla... [p. 265] Basta para muestra. El Maestro León, si levantase la cabeza, no reconocería a su imitador.

CCI. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Beatus ille. —Od. Ep. 2

Preludios, Méjico, 1893.

¡Dichoso aquel que de negocios lejos
Como en los tiempos viejos,
Paternos campos con sus bueyes rompe,
De logros desatado,
Y ni el clarín el sueño le enterrerrompe (sic)

Ni teme en mar airado;
Huye el juzgado y de los poderosos
La puerta orgullecida;
Y con adultos pies de vid jugosos
Al álamo enmarida;
La rama inútil con la hoz amputa
Y otras ingiere amantes;
O en valle angosto de mirar disfruta
Mugir greyes errantes.
Guarda en cántaros limpios miel que apura,
La oveja esquila flaca.
Cuando otoño de fruta ya madura
Galana frente saca,
¡Cuál le place coger pera bastarda,
De la uva el rojo grano
Que a Priapo ofrece, y de linderos guarda,
A ti, padre Silvano...

CCII. RAMÍREZ, Ambrosio.—México, 1896.

Qui fit, Maecenas .—Lib. Sát. I, 1

A MECENAS

(DEDICADO AL SR. D. JOSÉ M.^a VIGIL)

¿Por qué, Mecenas, para nadie es bueno
Lo que ha por arte o por azar logrado,
Y mira codicioso el bien ajeno?
«Feliz el mercader»—clama el soldado,
Gimiendo al paso que su edad avanza
Y de marcial fatiga trabajado.
[p. 266] Y el otro si la mar no está en bonanza
«—¡Oh soldado feliz!»—¿Qué?—Lucha y muere,
O en un momento la victoria alcanza.»
Ser campesino el defensor prefiere
Si al despuntar el alba un importuno
Llama a su puerta y consultarle quiere.
Y si aquél dió su *fianza* por un tuno

Y le arrastra a juicio, al opulento
Juzga por más dichoso que otro alguno.
Muchos ejemplos más prueban mi intento,
Y tantos que decirlos no sabría
Frabio, el verboso sin tomar aliento.
No más me empeñaré en esta porfía;
Mas oye mi intención. Si a los mortales
Dijérais un dios: «Voluntad mía
Es remediar vuestros acerbos males;
Soldado, ya tu militar arreo
He trocado en efectos comerciales;
Defensor, está lleno tu deseo,
La toga he convertídotte en arado,
¡Ea! A la mar y al campo a vuestro empleo.
¿No vais?—No irán—. ¡Y estaba decretado
Que trocaran en flores sus abrojos
Dejando el propio por ajeno estado!
¿No merecen de Jove los enojos
Y que les diga el dios que en adelante
No ha de cumplir tan fácil sus antojos?
Además (pero no como farsante
Por mis chanzas me tengan; que entre chanzas
También se muestra la verdad triunfante,
Como da por lograr sus esperanzas,
Confites el maestro al educando
Porque entienda mejor sus enseñanzas),
Hablemos seriamente, abandonando
El lenguaje ligero. El que la tierra
Con incansable afán vive labrando,
El hostelero falso, el que en la guerra
Valiente lucha, el bravo marinero
A quien el mar enfurecido aterra,
Arguyen que si van tras el dinero
Es por tener de viejos paz amiga,
Seguro el pan y gozo verdadero.
Y de ejemplo nos citan a la hormiga
Que, previsoramente, hacina con presteza
Su provisión sin perdonar fatiga.
[p. 267] ¡Donoso ejemplo!... Cuando el año empieza
Y tiende Acuario su plomizo velo,

La hormiga ni aun asoma la cabeza.
Muy quieta permanece en el subsuelo,
Prudente vaciando la bodega
Que abasteció con singular anhelo.
¿Y el avariento...? Por lucrar se entrega
A guerra, y mar, y frío, y sol ardiente,
Si alguno más tesoros que él allega.
¿Qué le da amontonar el reluciente
Oro y brillante plata si medroso
Los ha de sepultar profundamente?
¿Los consume...? Será menesteroso.
¿No los consume...? Entonces ¿qué aprovecha
De sus montones de metal precioso?
Y aunque obtenga de mies rica cosecha,
No contendrá su estómago más grano
Que el del que vive en condición estrecha.
Un siervo lleva el pan y le es en vano,
Porque dél no recibe más porciones
Que otro que vaya mano sobre mano.
¿O le da más arar cien posesiones
O mil al que conforma su existencia
De natura a las rectas prescripciones?
Que en coger de lo mucho hay complacencia...
¿Y si de poco tomo lo bastante,
Me dará más que un cesto la opulencia?
El sediento apagar la devorante
Sed quiere, y más que a plácida corriente
Corre a beber a río amenazante
Y bebe en la ribera el imprudente,
Cuando de pronto su caudal agita
Y lo arrebató el rápido torrente.
Mientras quien a lo justo se limita,
Ni turbia el agua bebe, sino pura,
Ni su vida a perder se precipita.
¡Y el avaro nos dice en su locura
Que jamás lo que abunda causa daño;
Que sólo vale el que tener procura ...!
¿Qué hacer dél? Pues dejaste el gusto extraño
De ser pobre y tener las arcas llenas,
De ser gran opulento y gran tacaño.

Acude a mi memoria que en Atenas
Cierta ricacho codicioso había,
A quien jamás las burlas dieron penas.
[p. 268] «Me silba el pueblo—impávido decía—
Mas ver montones de oro reluciente
Es, en mi casa, toda mi alegría.»
De sed expira Tántalo en la fuente...
¿Te ries? ¿Y por qué? Lleno está el mundo
De Tántalos con nombre diferente.
Ven su dinero con afán profundo,
Lo reverencian como objeto santo,
Lo admiran como cuadro sin segundo.
—¿Para qué sirve, pues?—Dirásme en tanto.
—Pues para comprar pan, vino y legumbres
Y cosas cuya falta da quebranto.
¿Velar siempre, tener mil pesadumbres
Miedo a esclavos, incendios y ladrones
Entran del hombre recto en las costumbres?
Prefiero la pobreza a los doblones.»
«—Mas si un resfriado en cama te postrare
—Me dirás—o impendas ocasiones,
No habrá quien medicinas te prepare,
Por el físico vaya, se apresure
A volverte a tus deudos y te ampare.»
¿Y quién por el avaro hay que se apure?
Hijos, mujer, vecinos, allegados...
Nadie querrá que su existencia dure.
¿Lo querrán los que fueron postergados
Por él al oro, o le tendrán ternura
Los que dél fueron antes despreciados?
Si los parientes que le dió natura
O amigos caros a su lecho quiere,
Con sólo afán en vano lo procura.
Como si al asno freno le pusiere
Y cual bridón corriendo por el llano
Que al freno fuera dócil pretendiere.
Que cese el anhelar y el miedo insano
Que tiene a la miseria el avariento;
Gocemos en Invierno del Verano.
No hagamos lo que Umidio (es breve el cuento):

Medía el oro, y su vestido era
Más que el de un siervo, sucio y harapiento.

Llegó a temerse de hambre que muriera,
Y una recia ex-esclava, de terrible
Hachazo dividióle la mollera.

¿Pero cómo vivir será posible,
Cual Mevio, avaro odioso, o Numentano,
Que es un disipador incorregible?

[p. 269] De un salto pasas de la cumbre al llano:
Afirmar que es odioso el ser mezquino,
No es decir que es amable el ser liviano.

De Tanáis largo intervalo imagino
Al suegro de Vitelio. Todo tiene
Un medio, fin del hombre, como opino,
Más acá o más allá ninguno obtiene
Una vida dichosa. Mas tornemos
Al punto de partida. ¿De qué viene

Que todos como avaros elogiemos
El bien de otro, y la oveja del vecino
Porque rinde más leche ambicionemos?

¿Por qué no comparar nuestro destino
Con el de un infeliz a quien la suerte
Condena a la miseria de contino?

¿Por qué siempre anhelar en más tenerte
Que éste y aquél, si el hombre de dinero
Siempre habrá el sitio en que quieras verte?

Pugna en el circo al carro delantero
Un auriga vencer, y sus bridones
Urge sin ver el que dejó postrero.

Por eso apenas hay en ocasiones
Quien se atreva a decir: «Vida constante
He tenido sin penas ni aflicciones.»

Y que al tocar el postrimero instante
Esté cual invitado, satisfecho
Del convite vital. Mas ya es bastante,

Pues no quiero que tengas el derecho
De igualarme a Crispín el ergotista,
Si alargo para más probar el hecho
De mis razones la pasada lista.

San Luis de Potosí, a 18 de octubre de 1896.

En las *Memorias de la Academia Mexicana... México, oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1897*. Tomo IV, pp. 345-351.

GUATEMALA

CCIII. BATRES, José.—Guatemala, 1844.

Quis multa gracilis. —Od. I, 5

Poesías de D. José Batres y Montúfar, natural de Guatemala. Guatemala, imprenta de la Paz, 2.^a edición. Sin año (1844?). 8.º, 11 pliegos sin foliatura. [p. 270] En la página penúltima está la traducción de Horacio. He visto dos reimpresiones de este cuaderno, una de Guatemala, y otra reciente, de París.

Hállase también la oda A Pirra en la Galería Poética centroamericana, selecta colección de los mejores poetas de la América del Centro, por Ramón Uriarte. Guatemala, imprenta de la Paz, tomo I, 1873, y en la segunda edición muy aumentada (Guatemala, Tipografía « *La Unión* », Octava calle Poniente, n.º 6, 1888, p. 265).

A PIRRA

(TRADUCCIÓN LIBRE DE HORACIO)

¿Quién es, oh Pirra, el doncel
Que entre perfumes y flores
Te dice blandos amores
En la gruta del vergel?
¿A quién con nardos y rosas
Tejes el blondo cabello?
¿En qué nueva faz el sello
Del ardiente labio posas?
¡Cuántas veces inocente
Ese que en tu fe confía,
Llorará la boca impía
Que ora acaricia su frente!
Hoy se goza en la beldad
Que tanta dicha le ofrece,
En la calma se adormece
Sin temer la tempestad.
En plácido mar navega,
El aura su sien halaga

Y al soplo del aura vaga
La blanca vela despliega.
¡Pobre niño que no sabe
Cómo se torna improvisa,
En huracán esa brisa
Ahora mansa y süave!
En breve el dormido mar
Alzarse verá tremendo;
Turbias, henchidas hirviendo
Las olas verá rodar.
Yo la tormenta pasé,
Testigo el muro sagrado
En que el vestido mojado
Al dios del mar dediqué.

[p. 271] Esta paráfrasis vale poco, por lo infiel y verbosa. Además en el segundo cuarteto hay una grave falta de sentido. El cui *flavam religas comam* del original no se refiere al doncel, sino a Pirra, en obsequio del doncel. Batres lo entiende al revés y traduce *a* en vez de *para*.

[Vid. H. E., I, 171 y II, 457.]

CCIV. MICHEO, Juan J.—Guatemala, 1874.

Quis desiderio sit pudor. —Od. I, 24

Galería Poética Centro-Americana... Guatemala, tomo II, 1874.

Galería Poética Centro-Americana (2.^a edición). Guatemala, 1888. Tomo II Pág. 411.

Traducción de la oda 24 del libro I de Horacio, dedicada al Señor don Mariano Cheves, por su afición a la literatura y en prenda de cordial afecto.

¿Cómo poner moderación al llanto
En ausencia tan larga y tan sentida
Y término al quebranto,
Cuando Quintilio duerme ya sin vida?
Tristes endechas yo cantar quisiera,
¡Oh si su dulce resonante lira,
Melpómene hoy me diera
Que tiernos himnos al dolor inspira!

Yace Quintilio en perdurable sueño
 Y si hombre no hay igual, viertan su llanto
 Con angustiado ceño,
 La verdad y la fe y el pudor santo.
 Merece de los buenos ser llorado;
 Mas ¡ay! de nadie cual de ti, Virgilio,
 Porque inflexible el Hado,
 En vano ver demándasle a Quintilio.
 Y aunque el laúd que al mundo conmovía
 Pulsases tú del seductor Orfeo,
 Dime ¿con su armonía
 Revivirle pudiera tu deseo?
 Su sombra herida por la horrenda vara,
 ¿Decretos del destino irresistible
 Mercurio revocara,
 Cuando a los ruegos muéstrase impasible?
[p. 272] Duro es, por cierto, generoso amigo,
 Sufrir los golpes que la muerte envía,
 Pues que arrastra consigo
 De la amistad la plácida alegría.
 Duro ¡ay! perder objeto tan amado;
 Mas ¿no es en tal desgracia preferible
 El llanto resignado,
 Si remediar el mal es imposible?

El general Mitre, que no conoció más que los cuatro primeros versos de esta oda, los juzga del modo siguiente (*Horacianas*, II, 58-59): «El primer verso, prosaico no sí, no traduce el concepto original y omite las expresiones tiernas que son su complemento. El segundo verso es un ingerto, por no decir una adulteración. El tercer verso es, en forma de ripio, la repetición del concepto anterior. *El duerme ya sin vida* del cuarto verso, es lo mismo que *dormir muerto*, pues siendo el dormir un fenómeno de la vida, una función fisiológica, equivale a decir «respirar muerto».

La crítica del cuarto verso se quiebra de sutil, pues aunque el dormir sea función de los seres, siempre se ha hablado del sueño de las tumbas, y se ha dicho que los muertos duermen, y el mismo Horacio en esta oda escribe: *ergo Quintilium perpetuus sopor urget*. Lo demás de la crítica está bien, y puede extenderse a toda la versión de Micheo, que es mala de veras, pero que no vale la pena de ser criticada con dureza, porque se trata de un ensayo de colegial.

[Vid. H. E., I, 171.]

CCV. MICHEO, José Joaquín.—Guatemala, 1874.

Poscimur, si quid vacui sub umbra. —Od. I, 32

Galería Poética centro-americana... por Ramón. Uriarte, tomo II. Guatemala, 1874.

Galería poética centro-americana... por Ramón Uriarte. Segunda edición. Guatemala, 1888, pp. 413-414.

Horacio en España, 2.ª edición. Madrid, 1885. Tomo II, páginas 206-207. [p. 273] Odas de Q. Horacio Flaco traducidas o imitadas por ingenios españoles. Barcelona, 1882, pp. 93-94.

Inc. Lira sonora con quien pude un día
De ameno prado en la quietud contento
Al fresco viento, reposar tranquilo
Plácidas horas...

Esta traducción en versos sáficos-adónicos, que el autor con harta razón calificó de *libre*, ha sido objeto de muy contrarios juicios. Mientras que D. Osvaldo Magnasco la califica de *insuperable*, pero añadiendo que «algo más de la mitad no es de Horacio», lo cual parece que anula el anterior elogio, puesto que a lo menos en cuestión de fidelidad será posible superarla; el P. Hermenegildo Torres cuenta al traductor entre los que han calumniado el texto «atentos únicamente a regalar el oído de los lectores» (*Odas de Horacio*, I, 602).

Equidistante de ambos extremos, y más próximo a la verdad, considero el juicio del general Mitre (*Horacianas*, I, 133), salvo un reparo en que creo que no tiene razón:

«No es una traducción sino una imitación en que se alteran los conceptos originales, debilitándolos o exagerándolos. Por «canta en versos latinos un canto que viva este año, y más años», pone «mi canto se remonte al cielo». Califica a Alceo (a quien el poeta designa simplemente como ciudadano lesbiano y fiero guerrero) «numen ardiente en un tiempo de feliz memoria, cuando la gloria coronó su frente como lesbio cisne», haciéndole además «blandir el funesto acero» que el texto no menciona. Llama *deshecha* a la nave que Alceo amarraba a la ribera, cuando lo que Horacio dice es *maltrecha* (jactatam). Hace a Alceo «cantar tierno en tono suave a las divinas musas», ampliando el texto que lo dice en dos palabras: «Musas canebat». Por lo demás, los versos son bellos, aconsonantados en el final del segundo verso de cada estrofa con el primer hemistiquio; pero no puede calificarse de insuperable ni por su estilo ni por su fidelidad.»

La idea de *blandir el fuerte acero* está implícita en el original, aunque no esté literalmente (y es lo que basta para una traducción libre como Micheo llamó la suya):

Qui feroz belo, tamen inter arma

[p. 274] y Micheo lo traduce más poéticamente que el general, de quien es este verso infeliz, a pesar de toda su *literalidad* o a causa de ella:

Por el guerrero que aun en medio de armas...

[Vid. H. E. I, 171.]

CUBA

Rectius vives. —Od. II, 10

Vivirás más seguro,
Licino, si no afrontas las alturas
Del ronco mar undoso,
Y si al huir la tempestad procuras
Nunca acercar la quilla
Al rudo escollo de engañosa orilla.

Aquel que la dorada medianía
Ama en su noble pecho,
No para sí de la pobreza ansía
El dormido lecho,
Y con igual agrado
Se aleja del alcázar envidiado.

El viento a las alzadas
Ramas del pino agita más potente,
Las torres más pesadas
Caen más pesadamente,
Y a la más alta cumbre
Más fuerte hiere el rayo con su lumbre.

El hombre de alma fuerte
Teme en la dicha, en la desgracia espera
Un cambio de la suerte:
Así el invierno en que la lluvia impera
Júpiter manda; Júpiter lo ahuyenta,
Y luego mayo su verdor ostenta.

Tal vez mañana es dicha lo que ahora
Es suerte desgraciada.
No siempre Apolo su canción sonora
A la Musa callada
[p. 275] Canta con blanda lira,
Ni siempre flechas con el arco tira.

Mientras dure el temor, ten confianza,

Muestra sereno juicio;
Mas si te impulsa en plácida bonanza
Un viento harto propicio,
A la vela turgente
Los sueltos rizos cogerás prudente.

Caracas, mayo de 1879.

(*La Opinión Nacional*, diario de Caracas, 31 de mayo de 1879.)

CCVII. VARONA, Enrique José de.—Oviedo, 1888.

Arte Poética

«Sus aficiones clásicas, su amor entrañable al maestro romano, le llvaron a traducir y comentar algunas obras de Horacio, entre las que se cuenta la celebrada epístola a los Pisones.»

(Martín González del Valle, *La Poesía Lírica en Cuba...* 4.^a edición. Oviedo, 1888, p. 203.)

Véase si consta algo en el *Diccionario biográfico cubano* de Calcagno.

VENEZUELA

CCVIII. RAMÍREZ, Jugo.—[En Los Ecos *de Cúcuta*.]

Quem tu, Melpomene. —Od. IV, 3

¡Dichoso aquel a quien miraste, oh Musa,
De la cuna al vaivén con dulces ojos!
Que si apacible excusa
De las corintias lides los enojos,
Es que no halla en tan fugaz victoria
El lauro excelso de soñada gloria.

Ni el ver que le alcen en mortal carrera,
Vencedor coronado, al Capitolio,
La dicha hallar espera:
Mas cuando pulse fiel laúd eolio,

[p. 276] Del Tíbur fértil a *la borde umbría*,
La noble fama alcanzará que ansía.

Ya Roma egregia, la gentil señora
Del orbe, entre los *dulces* vates cuenta
Feliz mi nombre; ahora
La envidia torpe en vano en él intenta
Clavar su agudo y ponzoñoso diente,
Pues Roma fué quien coronó mi frente.

Oh tú, sublime Musa, la que inspira
Al labio del mortal, canto sonoro;
Que transformó mi lira
En cítara inmortal de cuerdas de oro;
Si orla mi sien el lauro de victoria,
Tuyos serán mis triunfos y mi gloria!

[Vid. H. E. I, 177.]

Caracas, 1880.

CCIX. BELLO, Andrés.—Caracas (s. a.), ms.

Lucili, quam sis mendosus. —Sát. I, 10

...Fuese Lucilio enhorabuena
Festivo y elegante, y sus escritos
.....

(Citado ocasionalmente en la *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana*, como ejemplo de cierto uso del subjuntivo, *fuese... puliese...*)

[Vid. H. E., I, 172 y 254 y II, 460 y 546.]

CCX. BELLO, Andrés.—Santiago de Chile, 1882.

Otium Divos.—Od. II, 16

Pide la dulce paz del alma al cielo
El navegante, si preñada nube

En el Egeo le escondió la luna,
Y busca en vano entre la negra noche
 A los amigos astros.
Pide la paz entre la lid el fiero
Tracio; la paz el Medo belicoso,
[p. 277] Que adorna el hombro de dorada aljaba;
La paz, que ni la púrpura ni el oro
 Ni los diamantes compran...

Sólo se conservan estas dos primeras estrofas publicadas por Amunátegui (D. Miguel Luis) en su *Vida de Andrés Bello* (páginas 66-67). Santiago de Chile, Pedro G. Ramírez, 1882.

[Vid. H. E., I, 172, 254, y II, 460 y 546.]

CCXI. MORALES MARCANO, Jesús M.^a—Caracas, 1892.

Quis multa gracilis te puer in rosa. —Od. I, 5

¿Quién es, Pirra, el esbelto adolescente,
Que de aromas y esencias perfumado,
A tu seno se estrecha, en apartado
Sitio en que reina voluptuoso ambiente?
¿Tu cabello por quién rubio y luciente,
Con llaneza gentil llevas trenzado?
¡Ay cuántas veces llorará el cuitado
En breve tu falacia, ante el potente
 Dios del Amor, ya indócil a su ruego!
¡Con cuánto asombro encontrará bravía
La mar que hoy surca plácida, él que ignora
Las perfidias del viento y que en ti fía
 Extasiado en tu amor!... Ay del que ciego
Se rinde a tu beldad deslumbradora!
Yo náufrago, a Neptuno agradecido,
Votivo cuadro suspendí en su templo
Y en ofrenda, de incautos para ejemplo,
Suspendí al par mojado mi vestido.

[Vid. H. E., I, 175, y II, 464.]

CCXII. MORALES MARCANO, Jesús M.^a—Caracas, 1872.

Quid dedicatum.— Od. I, 31

Inc. ¿Qué le pides a Apolo
Hoy, vate, el fausto día
Que el templo se inaugura
Que en su honor se dedica...

[p. 278] *Biblioteca de escritores venezolanos, ordenada con noticias biográficas, por D. José María Rojas, Ministro plenipotenciario de Venezuela en España. Caracas, Rojas hermano. París, Joulis et Rojas, 1872. 4.º*

Horacio en España (segunda edición, 1885, tomo I.º, páginas 211-213).

Odas de Q. Horacio Flaco traducidas e imitadas por ingenios españoles... Barcelona, 1882, pp. 90-91.

Hablando de esta traducción dice el P. Hermenegildo Torres en las notas de la suya que tiene poco de Horaciana, y que como la de Burgos resulta una composición de aire, corte y sabor castellanos.

El que llama *gravísimo verro* en la interpretación de estas palabras de Horacio:

Vina Syria reparata merce...

que Marcano traduce

Los vinos que cambia
Por especias en Siria...

puede ser una mera errata (*en por de*). Leyendo así desaparece el yerro gramatical, que no puede suponerse en un traductor tan instruído, pero de todos modos la traducción de este pasaje no queda bien, puesto que Horacio habla genéricamente de las mercancías de Siria (Syria merce), y no peculiarmente de *drogas*, como traducen Burgos y el P. Torres, ni de *especias*, como interpreta Morales Marcano: lo cual además es impropio, puesto que las especias no procedían de Siria, sino del Extremo Oriente, de donde por el camino de Persia se comunicaban a los mercados de Siria, y de allí a los romanos.

[Vid. H. E., I, 175, y II, 464.]

CCXIII. MORALES MARCANO, Jesús M.^a—Caracas, 1872.

A SU CRIADO

Detesto, niño,
La pompa asiática;
No más coronas
Quiero anudadas
PAG@279@ Con la del tejo
Sutil algara;
Ni ya solícito
Buscando vayas
En qué vergeles
Las tan preciadas
Rosas tardías
Mueren lozanas.
De hoy más apréstame
Por toda gala,
Fresco arrayán;
Sólo me agradan
Del verde mirto
Simples guirnaldas,
De mirto, pajes
Que a entrambos cuadra,
A ti que añejo
Vino me escancias,
Y a mí que apuro
Copas colmadas
Bajo la sombra
De espesa parra.

[Vid. H. E., I, 175, y II, 464.]

CCXIV. MORALES MARCANO, Jesús M.^a—Caracas, 1872.

Beatus ille.—Epodon 2

¡Feliz quien de negocios alejado,

Cual fué de los mortales
La gente primitiva...

Biblioteca de escritores venezolanos... de D. José M.^a Rojas. Caracas-París, 1872.

[Vid. H. E., I, 175, y II 464.]

CCXV. MORALES MARCANO, Jesús M.^a—Caracas, 1892.

Quo, quo scelesti ruitis. —Epodon 7

AL PUEBLO ROMANO

¿A dónde, a dónde os despeñáis impíos?
¿Por qué la diestra airada
A empuñar vuelve la depuesta espada?
¿No ya bastante nuestros patrios ríos
[p. 280] Tiñó en sangre latina infanda guerra
Y tiñó el mar y enrojeció la tierra?
¿Y a qué tan cruenta lid? No a que el Britano
Antes jamás vencido,
La vía sacra descendiese uncido
Al triunfal carro de adalid romano;
Ni soberbios ¡Cartago! en pavorosa
Hoguera a hundir tus muros ¡envidiosa!
Mas ¡oh dolor! con parricida acero
A consumir la ruina
Con que imprecarte osó, Roma divina,
El odio de los Partos agorero.
No así el león ni el lobo, en saña fiera,
Su propia raza extirpan carnicera.
¿Qué furor os arrastra? ¿A qué influencia
Fatal rendís tributo?
¿O de un crimen quizá cogéis el fruto!...
Calláis... y a vuestros rostros la conciencia
Acusadora palidez asoma.
Vuestro estupor os vende, hijos de Roma.
De Remo vengadores irritados,
¡Oh pueblo de Quirino!

Penan en ti con mísero destino
Su fatricidio los supremos Hados;
Que a esa sangre fatal cuanto inocente
Debes larga expiación, romúlea gente.

Parnaso Venezolano... de D. Julio Calcaño, pp. 503-504.

[Vid. H. E., I, 175, y II, 464.]

CCXVI. RAMOS, José Luis.—Caracas, 1892.

Oh navis.—Od. I, 14

Traducción en estrofas de las llamadas de Francisco de la Torre.

¿Será posible, oh Nave, que te arrastren
A la mar nuevas olas? ¡Ah! ¿Qué intentas?
Más bien con ancla firme permanece
 Guarecida en el puerto.
¿No miras tu costado ya sin remos?
¿Cuál crujen, destrozadas, tus entenas,
Y tu mástil rendido a los embates
 Del Ábrego impetuoso?
¿Y por ventura piensas, oh cuitada,
Que bajeles sin cabos ni aparejos,
[p. 281] Del turbulento piélagos la saña
 Contrarrestar podrían?
Roto está tu velamen; ya no tienes
Númenes tutelares, cuyo auxilio,
En el nuevo peligro a que te lanzas,
 Atribulado invoques.
Tu fama, la nobleza de tu estirpe,
En vano alegarás, vociferando
Ser hija de los pinos que descuellan
 En las selvas del Ponto.
No libra el marinero su esperanza
En los adornos de pintadas popas,
Cuando cubierto de pavor, naufragio
 Las ondas amenazan.

Cuidado, Nave: escarnio de los Austros
No quieras ser: un tiempo tu destino
Mi pecho acongojó, mas ahora excita
Desvelos afectuosos.
Aquel golfo tu quilla no penetre,
Do luce de las Cícladas el grupo,
Y evita las corrientes insidiosas
Que ocultan sus escollos.

Traducción menos conocida y celebrada que la de Olmedo, pero más digna de serlo.

Se publicó en *La Entrega Literaria, revista semanal de Literatura, Ciencias y Artes* de Caracas (20 de enero de 1883), juntamente con otras versiones de la misma oda (Fr. Luis de León, el Brocense, D. Alonso de Espinosa, D. Juan de Almeida, Sánchez Barbero y Olmedo).

Parnaso Venezolano. Colección de poesías de autores venezolanos desde mediados del siglo XVIII hasta nuestros días, precedida de una introducción acerca del origen y progreso de la poesía en Venezuela por D. Julio Calcaño, individuo correspondiente de la Real Academia Española; Secretario Perpetuo de la Venezolana... Tomo I, Caracas, tipografía de «El Cojo», 1892. 4.º, pp. 20-21.

[Vid. H. E., I, 176.]

CCXVII. ARANDA Y PONTE., Francisco.—Caracas, 1892.

Vitas hinnuleo me similis Chloe. —Od. I, 23

Traducción libre la llamó su autor. Es una verbosísima [p. 282] paráfrasis, que emplea nada menos que treinta y seis versos para desleír los doce del original.

Cuando barriendo el bosque trae el viento
El clamor de la caza que se avanza,
Temblando en su guarida se incorpora
El cervatillo, y el balido lanza.
Ni sabe donde huir, le asusta todo,
Todo ruido al terror le precipita,
El lejano latir de los mastines
Y el rumor de una hoja que se agita.
Del mismo modo, encantadora Chloe,
Si a ti se acerca tu pastor amante,
Tus pálidas mejillas, tus temores
Derraman sin disfraz por tu semblante;
Y trémulos tus pasos, y tus ojos

Hacia el suelo abatiendo la mirada,
Muestran bien las alarmas que en tu seno
Asaltan tu ternura conturbada.
¿Por qué esa alarma sin ningún motivo?
¿Por qué evitarme con terror tan vano?
¿Puedes pensar que mi pasión te ofenda?
¿Hacerte el mal acaso está en mi mano?
Cuando corre hacia ti tu zagal tierno,
Buscando apasionado tu presencia,
¿Huir, Choe, querrías de su lado,
Y mejor te creyeras con su ausencia?...
Menos pavor te inspiraría la vista
Del león rugiente de Getulia horrible,
Del jabalí salvaje de la Tracia,
O del lobo de Helvecia tan temible.
¿Por qué así, injusta, me rechazas, Chloe?
Calma, que no hay razón, terrores tantos;
Cálmalos por mi amor, y aquí en mí pecho
Ven a paz a dormirte en tus encantos.
Tranquila deja el maternal abrigo
Que ya te aguardan mis tendidos brazos:
No hay que llorar; tu madre, el mundo todo
Se olvida de tu amante en los abrazos.

Parnaso Venezolano... de D. Julio Calcaño... 1892, páginas 281-282. [p. 283] COLOMBIA

CCXVIII. CARO, Miguel Antonio.—Bogotá, 1880.

Quinque dies. —Epíst. I, 7

En el *Repertorio Colombiano*, tomo IV, pp. 463-467. (Bogotá, Imprenta de Echeverría hermanos, 1880.)

Cinco días te dije que estaría
En el campo, no más; se pasa Agosto,
Y téngote aguardando el mes entero:
Que de informal me riñes, ya te oigo.
¿Mas no me quieres bueno siempre y sano?
Pues libertad que al enfermar me tomo,
Es justo que también me la concedas

Si de enfermar tal vez peligro corro.
¿Y no ves al calor, que higos sazona,
Multiplicar los lechos mortuorios
De su negra cohorte rodeados?
Padres y madres, con la muerte al ojo,
Tiemblan por los hijuelos: de la corte
La barahunda y tráfago del foro
Fiebres causa y descubre testamentos.
Luego que invierno vista en níveos copos
Los campos de Alba, iráse tu poeta
Las riberas a ver del mar sonoro,
Y allí abrigado posará leyendo;
Mas de irte a ver, feliz cumplirá el voto,
Con tu licencia, dulce amigo, apenas
Las golondrinas vuelvan, y el Favonio.
Tú has querido de dádivas colmarme,
Noble Mecenas; pero no del modo
Que al huésped brinda el Calabrés sus frutas.
—¡Cómelas!—dice con fervor. —No poco
Tomé. —Recoge lo que más te plazga.
—Gracias, repito. —Pero no perdono
Que alguna fríolera a tus chicuelos
No lleves. —El obsequio reconozco
Cual, si cargado fuese.—Como gustes;
Mas ten que a cerdos, lo que reste, arrojo.
Así el ruin es pródigo; así ofrece
Lo que no ha menester: por eso a rodo
Coséchase cada año mies de ingratos.
[p. 284] Mas el hombre de veras generoso
Hace merced a aquel que la merezca;
Ni el que farsantes sacan, juzga oro.
Por honor tuyo en merecer me empeño,
Caro Mecenas, el favor que logro:
Mas si quieres también viva a tu lado,
Volverme debes la salud de mozo,
Negros rizo que mi ancha frente achiquen,
Dulce sonrisa y atractivo tono,
Y poder a tu mesa con donaire
De una bella quejarme y sus enojos.
En un cesto de granos se entró ayuno

Breve ratón por agujero angosto;
Cebóse allí, y en vano pretendía
Salir luego, esforzando el cuerpo romo.
Vióle una comadreja desde lejos
Y hablóle a este tenor: Querido, sólo
Escaparás volviendo a tu tamaño,
Por do uno flaco entró, no sale gordo.
Si la especie me aplican, verme pueden
A todo renunciar; pues no, cual otros,
Después de un gran banquete las tranquilas
Noches del pobre, inconsecuente loo;
Y a fe que trueque por la Arabia entera
Mi dulce libertad y mi reposo!
Mi sobriedad has alabado mucho,
Y yo mi dueño y padre rostro a rostro
Te he dicho y por detrás: falta que ensayes
Si el don que acepto alegre, alegre torno.
Esta el hijo de Ulises al de Atreo
Bella respuesta dió:—No hallan los potros
Buenos pastos en Ítaca, ni tienen
Campos allí para espaciarse idóneos:
Usa en mi nombre un don que usar no puedo.
Mecenas, al pequeño basta poco.
Yo por mi parte, en la opulenta Roma
A esparcirme no acierto, y más me gozo
En la callada soledad del Tíbur,
De Tarento en el seno deleitoso.

Las dos serían de la tarde cuando
Filipo, aquel jurista noble y docto
Y valiente orador, como volviese
A su casa quejoso porque el Foro
Para él, anciano ya, quedaba lejos,
Echó de ver que bien rapado y mondo
En una barbería arrinconado
[p. 285] Las uñas se igualaba un cari-ocioso.
—Demetrio! (era un esclavo que a Filipo
El pensamiento adivinaba) pronto
Ve, y pregunta quién es, qué oficio tiene,
A quién sirve, y en dónde vive, y cómo:
Demetrio vuela, y trae razón: Se llama

Vulteyo Mena el tal; su haber es corto,
Y él pregonero público; le tienen,
Generalmente por honrado y probo:
Sabe buscar, y lo que gana, a tiempo
Gasta: vive en hogar humilde y propio;
Con algunos amigos anda, y suele
A espectáculos ir por desahogo.
—Saberlo quiero de su misma boca:
Di que a cenar le aguardo. —Mena absorto
Queda, lo piensa, en suma da las gracias—.
—¿Y qué rehusa? —O apocado u hosco
La invitación el malandrín no acepta—.

Al otro día al pregonero en corro
Filipo halló vendiendo baratijas;
Párase, y le saluda. —Mis negocios,
Señor, el tiempo y la atención me roban—;
Mena responde con afán y asombro:
Perdonad si no fuí por la mañana,
Y porque no os saludé primero.— Otorgo
El perdón como asistas esta tarde.
—Sí haré—A las tres; y no lo diga a sordo!
Sigue hora con tu venta, y buen provecho—.

Concurrió nuestro Mena, y a su antojo
Despepitó cuanto al magín le vino,
Y a dormir le enviaron ya beodo.
Viendo que el pez el cebo frecuentaba,
Pues de saludadores en el coro
Temprano estaba, y a la mesa luego,
En las fiestas latinas el patrono
Invitóle a una granja que tenía
Cerca de la ciudad. Vulteyo orando
Andaba caballero sobre un jaco,
Haciendo a diestro y a siniestro encomios
Del cielo y de los campos de Sabina.
Vele Filipo. y se lo ríe, y como
Solaz en todo y distracción buscaba,
Dónale siete mil sextercios, y otros
Siete mil le promete dar prestados
Para que compre un pegujar. Comprólo,
Y (abreviaré por no cansar) trocóse

[p. 286] De ciudadano guapo en gañán toscó:
Sólo hablaba de surcos y de viñas,
Sólo pensaba en ordenar sus olmos,
Y le nacieron prematuras canas
De puro cavilar en los ahorros.
Empezó a ver que cabras y ovejuelas
Mermaban, ya con pestes, ya por robos,
Que ora la sementera se perdía,
Y ora espiraba de fatiga un toro;
Y no pudiendo más, a media noche
Se levanta, un trotón embrida, y torvo
Vase derecho a casa de Filipo.
El cual al verle desgrefñado y roto,
—Vúlteyo—dice—a mal traer te trae
Lo muy afanador.—Más bien de loco
Tratad a este infeliz! A que a mi estado
Antiguo me tornéis, a vos acorro;
Patrón, por vuestros lares os lo ruego,
Y por vos mismo, y por los dioses todos!
El que eche menos lo que en cambio ha dado,
Procure, destrocando, su recobro.
Si a nuestro pie calzamos, y vestimos
A nuestro talle, afortunados somos.

[Vid. H. E. I, 179. y II, 465.]

CCXIX. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

«Bogotá, set. 18, 1879.

Mi querido Sr. D. Marcelino: Intentaba escribir aparte largamente a usted, pero mi dolencia y la hora que ha sonado apenas me dejan tiempo para enviar a usted un abrazo, junto con estas traducciones y con una nada horaciana oda o silva al Niágara que di al *Repertorio Colombiano* de agosto último.

Mucho deseo ir a España, y publicar allá mis travesuras, de que no hay colección. Ojalá supiera yo en qué términos podría hacerlo allá.

Suyo de corazón.—Rafael *de Pombo*. »

CCXX. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

«Bogotá, oct. 8, 1879.

Mi querido D. Marcelino: Tampoco hoy puedo escribir aparte [p. 287] a usted, aunque tanto lo deseaba y tenía por cierto materia varia y agradable de que hablarle. Pero mi enfermedad no cede, los últimos días y noches han sido los más crueles; y todavía los médicos me tienen en la duda de si lo que tengo es cáncer en la lengua, o ellos mismos lo ignoran. ¡Ah! si yo sanara, y realizara mi ideal, de una larga temporada en España, qué sabrosamente espero departiríamos a la vez sobre estas cosas de ntro. gusto. En fin, se hará lo que Dios quiera, y no está probado que *ésta* sea vida, ni que morir no sea mejorar.

Intentaba hablar a usted de un gran lírico moderno horaciano en el cual tal vez no ha tenido usted tiempo de fijarse aún, quería comunicarle una antigua idea mía sobre el verdadero sistema de traducir a Homero al castellano; iba también a hablarle de *ópera castellana*, en que aquí hemos trabajado algo, yo dando libretos y un genuino genio musical que poseemos componiendo la música. Y hablarle de ciertas cosas más, pero ya será en otra ocasión, si Dios la concede. Suyo de corazón. —*Rafael de Pombo.* »

CCXXI. POMBO, Rafael.—1879.

«Bogotá, octubre 18, 1879.

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Madrid.

Querido amigo: Aunque a última hora de correo y muy adolorido, voy a tratar de llenar de algún modo la promesa de mi última, del 8 de los corrientes. Usted se servirá suplir con su ingenio, y remendar lo incompleto y mal pergeñado de mis párrafos.

Ante todo, ruego a usted haga algunas correcciones en las cuatro últimas odas de Horacio, enviadas el día 8.

En *Pastor cum traheret*. En vez de:

Del vil laúd mujeriego

póngase: Del afeminado plectro.

En vez de: Escozor de amantes lechos

póngase: Terror de amorosos lechos.

Más abajo: Y Esténelo, de hombre a hombre
Diestro en lid, y auriga experto.

[p. 288] Y en vez de: La ira del Pelida Aquiles
póngase: El fiero enojo de Aquiles.

En Quem tu *Melpomene*:

Póngase: Me agasaja con ósculos de hiel.

En Beatus ille:

En vez de: La diligente oveja
Diligente la oveja.

En vez de: La pila de criados
La turba de criados.

Y sabe Dios cuántas más inadvertencias se me escapan.

El poeta lírico de quien hablé a usted es William Cullent Bryant, norteamericano, muerto hace tres o cuatro años. Siento no alcanzar a señalar ahora allí a usted rasgos horacianos por la sobriedad y limpieza, por el constante buen juicio y por una observación constante de la naturaleza; mas puede ser que en Madrid encuentre usted un ejemplar de sus poesías. Le incluyo apenas copia y traducción de dos. ¿Qué dice usted de la sencillez y grandeza de la primera? La traducción por Ancy me pareció desde entonces un notabilísimo tour *de force*. Lástima de tal cual ligera incorrección o prosaísmo. ¿Y qué dice usted de esa estrofa p.^a oda?

La segunda, en el original, me parece muy lírica y de mirada homérica; pero ni el original ni la traducción tienen la sencillez de la primera. Escogí yo cierta estrofa que me pareció daría mucho vuelo al período, y a dicha forma sacrificué algo.

To a Cloud es otra preciosa oda de Bryant. Es decir, soy yo quien las llamo odas, no él. Y tiene otras bellísimas, como *The future life*, que yo traduje con ocho o nueve...

Creo que en esa raza es más fácil hallar poesía horaciana que en la nuestra, porque en ella el juicio, el peso y medida de las cosas le tiene la rienda a la exageración innecesaria. Nosotros somos muy calientes; tendemos constantemente a la falsedad, a la alucinación.

Mi idea de una traducción de Homero pasable y gustable me ocurrió desde muchacho, y es la de trasladar esa poesía rigurosa, ruda, primitiva, a la única forma en que poseemos poesía semejante y gustamos de ella, es decir, al romance octosílabo con olor [p. 289] de anticuado. Después vi, en el prólogo de Bayard Taylor a su traducción de Fausto, que algo así ocurrió a Goethe para pasar a Homero al alemán. Y vuelto a mi país vi aquí que M. Littré discurrió lo mismo en francés y aun hizo algún ensayo. Curiosa coincidencia que me confirma en mi teoría. Ojalá descubriese un buen Homero literal en español antiguo en prosa; sobre ése respondo que se podría trabajar con facilidad, discurriendo el modo de distribuir las asonancias.

Hablé también a usted de ópera española. He trabajado la *Florinda*, ópera mayor española en cuatro actos, con ballet, etc., a la cual puso música original y muy dramática mi inspirado compatriota José M.^a Ponce de León. Sobre esto escribí largo a D. Antonio Arnao, pero no le llegó mi carta. ¿Usted cree en ópera castellana? ¿Qué promete allá?

Adiós, perdone mi farfulla. Suyo affmo.— *Rafael Pombo*. »

Dígame si ha recibido todas las mías, con 25 de Horacio y una impresa *En el Niágara*, contemplación mía.

CCXXII. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

«Bogotá, octubre 31, 1882.

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Madrid.

.....

Mis traducciones de Horacio pertenecen a usted, que con tanto cariño me las está parteando por allá; pero avíseme usted si quiere que hagamos un Horacio definitivo, texto, traducción y notas (con las traducciones que le dije de usted mismo, de Pesado, de Góngora? y tal cual de Fray Luis), y si usted calcula que eso produce algo, pongámoslo por obra. Aquí varios, y algunos en Europa, como R. Cuervo, Emilio Segura (de Valencia) y Torres Caicedo me instan mucho a publicar mis versos, y repito que ya tengo tentación de hacerlo; razón por la cual, entre otras, ruego a usted que impida (si a algunos paisanos ocurriese la idea) el que aparezca un tomo mío, recogido sabe Dios cómo y de dónde, [p. 290] a no ser contando conmigo y bajo mi dirección: en lo cual, desde luego, no aludo al Horacio, en lo que usted manda en jefe.

Parte del ideal susodicho sería que Caro y yo llevásemos a París o Madrid a los insignes Cuervos (Rufino José y Ángel), los cuales son como hermanos nuestros. Conque, ayúdeme a desencamar a Caro, y quizá pasemos allá juntos algunos ratos deliciosos.

Caro me dió a leer la carta de usted y aguardo su ofrecida opinión sobre Antíoco. No alcanzo a enviar hoy a usted una nueva teoría sobre la sinalefa y un tomo de poesías de D. Antonio José de Irisarri, de Guatemala.

Suyo afmo.—*R. Pombo*. »

CCXXIII. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1883.

«Bogotá, 6 de marzo, 1883.

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Madrid.

.....

Ahora y para siempre ruego a usted que cubra y borre con manto de indulgente amigo cualquier especie indiscreta que el candor o la improvisación me dejen soltar en mis correspondencias: por ejemplo, en mi última aludí a nuestro próximo *Horacio* como *definitivo*, tontería que recuerdo aún por el remordimiento que dejó en mí. A tales cosas expone a un mortal cualquiera el verse elogiado por usted con la largueza con que usted lo ha hecho conmigo. Aludí a la comparativa pobreza de grandes poetas líricos en nuestra lengua, y aunque mi observación no incluía a los vivos, sabe Dios a cuántos debí mencionar además de Quintana, Espronceda y Tassara, pues poco es lo que aquí nos llega, poquísimo lo que leo, y poquísimo lo que recuerdo. Ahora, en dos cuadernos de *Poetas contemporáneos* de la incorrectísima *Biblioteca Universal* (Madrid, Leganitos, 18), he saboreado algo nuevo para mí, de Antonio, Hurtado, de Trueba, del Marqués de Molins, de P. A. Alarcón, de J. Velarde y de Revilla, nombres ya bien conocidos; pero no conocía ni el nombre de Francisco Luis de Retes, [p. 291] Francisco Sánchez de Castro, Manuel Curros Enríquez, Emilio Ferrari y Juan A. Viedma, cuyas muestras me han deleitado; y me atrevo a predecir que si, por ejemplo, el dicho Viedma es joven todavía y persevera en el arte y en asuntos dignos de él, tendremos en él un insigne lírico: en tres bagatelas suyas que allí leo asoman el espíritu y la mano del artista cumplido. Asimismo en un trocito de *Escritura Española* de dicha colección un tan enamorado (aunque con disenteria) la ya famosa Carolina Coronado, y Julia de Asensi y Patrocinio de Viedma, Antonia Díaz de Lamarque, Concepción de Estevarena, Blanca de Gassó y Ortiz, Ángela Grassi, Dolores Cabrera y Heredia de Miranda, Aurora Lista de Milbart, por supuesto D.^a M.^a Josefa Massanés (ya popular aquí), y sobre todo como para mí preciosas novedades en nuestro cielo estrellado, Dolores Moncerdá de Maciá, M.^a Mendoza de Vives (con su romance *ejemplar*) y dicha Sra. Díaz de Lamarque con su excelente y clásica oda Después de la *lluvia*. Si es usted amigo de las y los nombrados sírvase presentarles esta flor que les tributo desde las románticas alturas del Tequendama y el Puente de Pandi, espantosas maravillas naturales. Expresaré a usted mi sorpresa con este tomito de autoras, de muchos más quilates que otro librito de autores (de Valencia) que he recibido, con el título de *Cancionero amoroso*, y mi pena por lo que va cundiendo el mal género de Heine, y porque ustedes se olvidan de mi inspirado y vigoroso amigo, paisano de usted, de Santander, e insigne cantor de los Andes, D. Fernando Velarde, muerto tristemente pocos años ha.

A propósito de Estética Española ¿ha merecido la lectura y consideración de usted el Discurso de D. Bernardino de Rebolledo sobre la *Hermosura y el amor*? Quizá merece una mención ese elevado y espiritual ensayo, lo mejor, a mi gusto, de aquel patriota y diplomático más que poeta. Ítem, ¿no será él quien con un mal soneto inspiró a Jean Henault su famoso soneto *L'Avorton*? Punto digno de investigarse, lo mismo que el nombre del traductor del último al castellano, que aquí sabemos de memoria desde antes de 1841 y con algunas mejoras respecto de la forma en que apareció en la *Revista Andaluza*, de Sevilla, tomo III, Pág. 145. En dicho Rebolledo asoma algo del espíritu mustio, melancólico y subjetivo del Norte, ¿no lo ha observado usted? [p. 292] Su comedia, que tiene felices rasgos, es curiosa muestra de poesía *diplomática*, y es autor de una redondilla popular que aquí corre arredondeada también y pulida con su rodar de boca en boca, como las piedrezuelas del arroyo:

«Las penas que me maltratan
Son tantas que se atropellan.
Unas con otras se mellan
Y por eso no me matan.»

Otra cosa que deseaba preguntar a usted es: ¿quién fué el Padre Gaspar Astete? Me interesa mucho, porque su catecismo de Doctrina cristiana es para mí, de los principales autores de nuestra civilización. Creo que era jesuíta e italiano, mas otros dicen que español.

No alcanzo a transmitir a usted la nueva teoría sobre la Sinalefa que le anuncié.

Mi drama lírico *Florinda* es desgraciado. Cinco años ha lo remití también al Sr. D. Antonio Arnao con una larga carta, por saber que la cuestión ópera española le interesa, y no sé si le llegó. No recibí respuesta. Repetiré la remesa a usted.

.....
CCXXIV. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Sic te, Diva potens Cypri. —Od. I, 3

Así la que en Chipre mantiene
Su alado carro;
Así los hermanos de Helena,
Fúlgidos astros;
Y Eolo atento
Cuidando que el Yápigo solo
Dé al mar su aliento,

¡Condúzcante blandos, oh Nave
Que llevar debes
A Grecia—y de Grecia a mis brazos
Salvo traerme—
Al caro dueño mío
Virgilio, mitad de mi alma,
Que a ti confío.

[p. 293] Un pecho de roble tenía,
De bronce, de tríplice bronce,
Aquel que afrontó en la primera
Nao frágil al monstruo salobre,
Impávido al choque violento
Del Áfrico audaz y Aquilones,
Y al mustio fulgor que las Híadas
Sollozan, y al rábido azote
Del Noto, el señor más potente
Que al Adria su férula impone,
Que ahora sus ondas levanta
Y ahora no hay una que asome.
¿Qué trance, qué rostro de muerte
Dar pudo temores al hombre
Que vió con mirada serena
Bullir los nadantes dragones,

Y el mar esponjado, y en frente
Los Acroceráunicos montes,
Escollos que tanto naufragio
Señala con triste renombre?
Fué en vano que Jove prudente,
Dejándolo todo en buen orden,
Pusiese apartadas las tierras,
Y mar entre bordes y bordes,
Si naves impías, burlándose
Del Dios, y retando sus golpes,
Caminan sobre agua, y la eterna
Barrera sacrílegas rompen.

Audaz en tentar cuanto mira,
Y nunca en su dicha conforme.
No hay cosa vedada que no ánsie
Ni ley que insolente no viole
La humana inquietud. Impelido
Por este maléfico móvil,
El fuego inmortal Prometeo
Bajó a las mundanas regiones.
Y en pos de la prenda celeste
Hurtada con fraude a los Dioses
Vinieron en justo castigo,
Cual pálida, hambrienta cohorte,
Las fiebres, las plagas voraces
Que mudas los pueblos recorren;
Y, si antes tardaba la Muerte,
Su paso avivó desde entonces.
Tal Dédalo el aire vacío
Con alas, negadas al hombre,
[p. 294] Lanzóse a probar; e incansable
Alcides forzó el Aqueronte.
¿Qué habrá que imposible parezca
Al ánimo nuestro, y a dónde
No haremos por ir, si hasta al Cielo,
¡Qué horror! atrevémonos torpes?
Y así nuestros crímenes mismos,
Turbando en su paz aun a Jove,
No dejan que un día, un momento
Su rayo iracundo repose.

CCXXV. POMBO, Rafael.—Bogotá. 1882.

Solvitur acris hiems. —Od. I, 4

Fúndese el acre invierno al amor de Favonio y de Flora,
Y las enjutas naves arrastradas retornan al mar.
Ya no huelga el labriego al fogón, ni en su establo el ganado,
Ni con la nivea escarcha las praderas esmáltanse ya.

Ya al claror de la luna Citerea enhila sus danzas,
Y las púdicas Gracias, y las ágiles Ninfas al par,
Con alternados pies baten leves la tierra; y Vulcano
Las ponderosas fraguas ciclopéas prende en su antro voraz.

Ahora es bien que con flores que la tierra entreabriéndose brinda
Ciñamos la untüosa cabeza, o de verde arrayán;
Ahora es bien que en umbrío sacro bosque inmolemos a Fauno
Un cordero si él quiere, un cabrito si plácele más.

Con pie igual, sin humanos miramientos, la pálida Muerte
Ya huella el regio alcázar, ya la choza del pobre gañán.
Una vida tan corta, nutrir veda una larga esperanza,
Y pronto, oh feliz Sestio, sorda noche en tu sien pesará;

Y allí, tropel de sombras, y Plutón, y sus reinos vacíos,
Donde rey del festín ni una vez elegido saldrás;
Ni podrás recrearte en la tierna, escondida hermosura
Por quien hoy ardes tú, y mañana otros mil arderán.

CCXXVI. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1886.

Solvitur acris hiems. —Od. I, 4

Parnaso Colombiano. Colección de poesías escogidas, por Julio Añez. Estudio preliminar de D. José Rivas Groot. Bogotá, 1886. [p. 295] Librería Colombiana. Camacho Roldán et Tamayo. Calle 12. Número 178. Pág. 58.

Inc. Fúndese el acre invierno al amor de Favonio y de Flora
Y las enjutas naves arrastradas retornan al mar...

Está escrita en versos que quieren remedar la cadencia del exámetro, y que no sé por qué han de proscibirse en castellano, cuando su uso está consagrado por obras inmortales de la poesía moderna, no sólo en alemán, como *Herman y Dorotea*, porque allí cierto género de cantidad existe, sino en inglés (recuérdese *la Evangelina*, de Longfellow), y eso que la prosodia de esta lengua no saca a la nuestra ninguna ventaja en este punto, ni tiene como ella más ley que el acento. En traducciones clásicas este metro puede ofrecer grandes ventajas de concisión, pero en esto, como en todo, conviene una prudente adaptación. El metro de la oda 4.^a del libro 1.^o, usado esta sola vez por Horacio, es el *llamado arquiloquio cuarto*, cuyo verso mayor se remeda bien con el hexámetro, pero no el verso menor, que es un trímetro yámbico cataléctico; v. gr.:

Trahuntque siccas machinae carinas.

Con la combinación de graves y agudos y el apoyo de la asonancia consigue el ingenioso poeta colombiano una aproximación al movimiento lírico del original, sin romper violentamente con los hábitos de nuestro oído. Y logra además el triunfo de encerrar en veinte versos castellanos los veinte versos del original sin perder un pensamiento, una imagen, ni apenas un epíteto, y procurando dar a las palabras el orden más parecido que tienen en el texto. Sólo el *inminente luna* me parece débilmente traducido por *al claror de la luna*; ni tampoco me agrada el *enhila sus danzas* por *choros ducit*, pudiendo fácilmente sustituirse tan rebuscado verbo con *preside, conierta, gobierna*.

El *sin humanos miramientos* es un ripio imperdonable en tal versificador. *Domus exilis*, aplicado al reino de Plutón, tampoco quiere decir *casa vacía*, sino casa poblada de sombras. Puede disculparse, por motivos de honestidad, el rodeo que da el intérprete para no nombrar al *tierno Lycidas*, pero acaso si hubiera [p. 296] vencido este loable escrúpulo, como lo hizo Fr. Luis de León, a pesar de la inmaculada pureza de su alma cristiana, no hubiera perdido la hermosa frase: *et mox virgines tepebunt*.

Con estos defectillos y todo, la traducción del Sr. Pombo es no sólo la más fiel y literal que tenemos en castellano, sino también una de las más poéticas, y no digo la que más, por respeto a algunos versos de la paráfrasis de Fr. Luis de León, que tienen notable poesía, aunque de muy distinto género. [1]

[Vid. H. E. I, 180; II, 466.]

CCXXVII. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

A TALIARCO

Vides ut alta stet nive Candidum. —Od. I, 9

Ve cuál se yergue el Soracte
Con su albo casco de nieve,
Mientras al grave fardo el bosque
Se inclina desfalleciente.

Presos los ríos pararon
Del hielo agudo en las redes;
Y el cuerpo, como ellos, pide

Dulce calor que lo suelte.

¡Buen Taliarco, ea! ¡Sin tasa,
Leña al hogar! y acométele
Más de firme al garrafón
De añejo néctar terrestre.

Lo demás, quede a los Dioses,
A cuya voz, como inermes,
Los vientos que contendían
Por el hondo campo hirviente,

Se apaciguaron; y al punto
Los olmos y los cipreses
Dejaron de ser ludibrio
De sus ásperos vaivenes...

Nunca indagues qué vendrá
Mañana; y ten, y agradece
Por ganancia, cada día
Con que el Destino te obsequie.

[p. 297] Ni es justo que, mozo aún
Como estás ¡gloria harto breve!
Alegres danzas esquives,
Tiernos amores desdeñes.

Antes que las yertas canas
Marchiten tus años verdes
El Campo Marcio te aguarda,
Los paseos te conciernen.

Ve a disfrutar de esos blandos
Susurros intermitentes
De prima noche, a la hora
Que dos adivinan siempre;

Cuando tal vez dulce risa
Descubre inocentemente
A la niña que, a tus pasos,
Ágil volaba a esconderse;

Y asido por ti un anillo,
Símbolo de amor, la débil
Resistencia que ella opone
Los noes que habla desmiente.

CCXXVIII. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Mercuri, facunde nepos Atlantis. —Od. I, 10

Mercurio, de Atlante nieto elocuente,
Que al hombre primero, salvaje intratable,
Volviste sociable, y al divo ascendiente
del habla, y al bello paléstrico afán:

Tú, de Jove y Dioses mensajero activo,
Padre de la cítara, que inventaste diestro,
Insigne maestro del hurto festivo:
Escucha: hoy tus glorias mis metros dirán.

Niño hurtaste un día las vacas de Apolo,
Y él al reclamarlas de ti con voz brava,
Se halló sin aljaba, con el arco solo,
Y no pudo menos de echarse a reír.

¿Y Príamo? ¿Cómo de Troya saldría
Con todas sus arcas burlando a los Griegos
Que no estaban ciegos? —Tú fuiste su guía,
Y nadie lo pudo ni ver ni sentir.

Y así al blando Elísio o a eterno trabajo
Las almas piadosas o réprobas van
Contigo: y por tanto, de arriba y de abajo,
A ti agradecidos los Dioses están.

[p. 298] CCXXIX. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Tu ne quaesieris.— Od. I, 11

No indagues Leucónoe (y es ocio vedado)

Qué fin a uno y otro nos guardan los dioses,
Ni los babilónicos números pruebas;
Venga lo que venga, sufrirlo es mejor.

Plazca inviernos muchos a Júpiter darnos,
Sea el último éste que quiebra en sus diques
Del mar de Toscana las férvidas ondas,
Estoica resígnate y... pasa el licor.

Quita al tiempo efímero su larga esperanza;
¡Ay, que invidio oyéndonos, huyéndonos va!
Recoge el presente, y apúralo, y nunca
Le fíes ni un ápice al sol que vendrá.

CCXXX. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

O navis referent. —Od. I, 14

¡Vuélvente, oh Nave, al mar las nuevas olas!
¿Qué haces, incauta! Aferra al puerto! aferra!
Ve la banda sin remos! mira el árbol
Roto al empuje de Áfrico violento!
¿No oyes gemir la entena? ¿Cómo arrostra
Las furias de la mar bajel sin cuerdas?
Ya no tienes vela íntegra, ni aun Dioses
Que invocar al rigor de azares nuevos;
Y aunque te jactes tú de hija del Ponto,
Y de tu stirpe y fama—hoy ya no fía
Tímido nauta en historiadas popas,
Ni de irrisión del viento eso te salva.
—¡Tú, ayer mi horror, hoy mi ansia y mi ternura!
¡Evita esas corrientes insidiosas;
Las deslumbrantes Cícladas evita!

LA MISMA, REDUCIDA

¡Vuélvente, oh Nave, al mar las nuevas olas?
¿Qué haces? ¡Aferra al puerto! ve sin remos
[p. 299] La banda; ¡y roto el mástil al violento

África! ¡y gime cada entena! ¿y cómo
Lidiará el fiero mar nave sin cuerdas?
Ya no tienes vela íntegra, ni aun Dioses
Que en nuevo azar te acudan; y, aunque precies
Tu excelsa estirpe y fama, hija del Ponto,
Ya en historiadas popas no confía
Tímido el nauta; ni te impiden seas
Mofa del huracán.—Tú, ¡oh cara Nave!
Mi tedio ayer, hoy mi anhelosa cuita,
Las deslumbrantes Cícladas evita.

CCXXXI. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Pastor cum traheret. —Od. I, 15

Cuando a su huésped Helena
El pérfido pastor bello
Ya, en naves de ida, llevábase
Por los salados estrechos,
Nereo, las raudas brisas,
En ocio ingrato adurmiendo,
Así le anunció sus hados
Entre el pasmoso silencio
«En mal hora, seductor,
Llevas a tu hogar paterno
A ésa que la Grecia toda
Con muchedumbre de ejércitos
Irá a buscar, conjurada
Para deshacer a un tiempo
Tu himeneo, y el de Príamo
Venerable antiguo reino.
¡Cuánto afán! ¡Ay, cómo sudan
Caballos y caballeros!
¡Cuánto desastre preparas
A tu nación! Ya su yelmo
Palas apronta, y su escudo,
Su carro y furor tremendo.
Y en vano tú, fiero y fatuo
Con la protección de Venus,

Aderezarás tus rizos
Y alternarás gratos versos
A las damas, con los sonos
Del vil laúd mujeriego.
Y en vano evitarás lanzas,
[p. 300] Escozor de amantes lechos,
Y las saetas de Gnoso,
Y de la lid el estrépito,
Y los pies y el dardo de Ajax,
Veloz en tu seguimiento.
Tarde, sí, pero algún día,
Los adúlteros cabellos
Manchará grosero el polvo.
¿No ves allí al heredero
De Laertes, al cuchillo
De Troya? ¿No ves a Néstor
Rey de Pilos? Acosándote
Van el Salamino Teucro
Y el diestro en lid de hombre a hombre
Y ágil auriga Estenelo.
Conocerás asimismo
A Merión... He allí otro héroe
Que rabia por encontrarte:
Es el hijo de Tideo,
Valiente aun más que su padre,
De quien—cual del lobo el ciervo
Huye, la grama olvidando,
Al punto que al frente opuesto
Le vió del valle—, huirás
Con cobarde, hondo resuello:
Acción jamás ofrecida
A tu amada en tus requiebros.»

La ira del Pélida Aquiles
Alargará más o menos
De Ilión y sus matronas
Los días que marcó el cielo;
Mas siempre el fuego de Acaya,
Pasados ciertos inviernos,
Sus casas y sus palacios

Consumirá en vasto incendio.»

CCXXXII. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Dianam tenerae dicite virgines... —Od. I, 21

Cantad a Diana, ¡oh tiernas vírgenes!
A Cintio intonso, cantad, ¡oh jóvenes!
Y así a Latona, del sumo Júpiter
Siempre dilecta.

[p. 301] Cantad vosotras la que a las márgenes
De ríos plácese, y en selvas lóbregas
Del Erimanto y el Crago, y gélidas
Frondas de Algido.

Load, donceles, en igual número,
De Tempe el valle. y a Delos, célebre
Cuna de Apolo; y su arco y cítara,
Don de su hermano.

Él, conmovido por vuestras súplicas,
Llevará, lejos del pueblo y Príncipe,
Peste, hambre, lágrimas, contra el indómito
Persa y Britano.

CCXXXIII. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Integer Vitae. —Od. I, 22

No, Fusco; ni arco ni morisca lanza,
Ni aljaba henchida de herboladas flechas,
Ni arma ninguna necesita el hombre
Íntegro y limpio,

Aunque las Sirtes abrasantes cruce
O el solitario Cáucaso medroso,
O esos lugares que remotos cuentan,
Baña el Hidaspes.

Yo, así, sin armas ni cuidados, iba
Tierno cantando a Lálage en la selva
Sabina, lejos de mi quinta, cuando
Húyeme un lobo.

¡Pero qué lobo!, un monstruo como nunca
Crió entre sus robles la guerrera Daunia,
Ni aun la región de Yuba, de leones
Árida madre.

Ponme en los yertos, perezosos campos
Do auras de amor los árboles no arrullen;
Lado del orbe donde peste y nieblas
Júpiter guarda;

Ponme del sol bajo el quemante carro,
Zona que él niega a la mansión del hombre,
Y allí, cual siempre, a la mi siempre dulce
Lálage adoro.

[p. 302] CCXXXIV. POMBO, Rafael.—Bogotá. 1882.

Quis desiderio sit pudor. —Od. I, 24

Ante tan cara víctima no caben
Rubor ni freno al llanto.
Tú, a quien cítara y voz dió el Padre un día,
Ven y enseña, oh Melpómene, a la mía
El más lúgubre canto.

¡Conque ya heló a Quintilio el sueño eterno!
¿Cuándo, honor pudibundo,
Y hermanas fe y justicia, y tú, radiante
Invelable verdad, su semejante
Hallaréis en el mundo?

Digno es del llanto de los buenos: digno
De tu llanto, oh Virgilio,
Cual de ninguno. ¿Y para qué angustiado

Pides al Cielo un bien que fué prestado?
No era tuyo Quintilio.

Aunque tu lira a la del tracio Orfeo
Venciera sobrehumana
Y árboles te escuchasen conmovidos,
No harás volver la sangre a los oídos
¡Ay! a una sombra vana.

No vuelven, no, cuando una vez Mercurio,
Cuya vara espantosa
Nunca reabre el libro del destino
Ni es blanda al ruego, la impelió al camino
De la grey silenciosa.

Ley dura; pero a un mal que nada espere,
Sólo hay resignación que lo aligere.

CCXXXV. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Icci, beatiss nunc Arabum invides. —Od. I, 29

¡Hola! ¿Con que ahora
Los tesoros ansías
Del Árabe; y guerra
Tremenda preparas
A los no vencidos
Sabeos monarcas;
[p. 303] Y férreas cadenas
Al Medo atroz fraguas?
¿Y cuál será, oh Iccio,
La virgen barbárica,
Del que hendió a su novio
Gemebunda esclava?
¿Y cuál el infante
Del rendido alcázar,
Gran flechero, alumno
Del Sérico taita,
Que airoso, y los rizos
Bañados en ámbar,

A escanciarte el vino
Esté siempre en guardia?
Ahora sí, quién duda
Que pueden las aguas
Correr monte arriba
Y el Tibre a su infancia,
Cuando tú, a quien vimos
Tan férvido a caza
De obras de Panecio
Y escuela Socrática,
Hoy las das en trueque
De iberas corazsa,
En flor destruyendo
Tantas esperanzas!

CCXXXVI. POMBO, Rafael.—Bogotá.

O Venus, regina Gnidi Paphique. —Od. I, 30

Deja tu Chipre favorita, oh Venus,
Reina de Pafos y de Gnido, y tuya
Haz la mansión que para ti Glicera
Orna y perfuma.

Venga contigo el rapazuelo ardiente,
Vengan las Gracias, desceñido el talle,
Hermes y Ninfas, y la edad preciosa,
Sin ti no amable.

CCXXXVII. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Quid dedicatum.— Od. I, 31

¿Qué implora de Apolo el vate
Hoy que su templo dedican?
¿Qué será lo que yo en esta
Primer libación le pida?
No de la feraz Cerdeña
Ansío las mieses opimas;

Ni de la ardiente Calabria
Las greyes apetecidas;
Ni el marfil, ni el oro indiano,
Ni los campos que las linfas
[p. 304] Del Liris tan silencioso
Silenciosamente liman.

En buen hora ése a quien quiso
Fortuna dar anchas viñas,
Sus dulces uvas, cortadas
Con hoz de Caleno, exprima;
Y el mercader (grato al ciclo
Pues tres y aun más veces gira
Del mar de Atlante en contorno,
E impune vuelve a su orilla
Año tras año): en buen hora
Si en áureas tazas propina
Vinos tomados a trueque
De las riquezas de Siria.

En cuanto a mí, son mi pasto
Sólo chicorias, olivas
Y leves malvas; y ruégote
¡Oh Apolo! que me permitas
Disfrutar lo que ya tengo,
Con robustez y mente íntegra:
Dame una vejez sin mancha
Y no me quites la lira.

CCXXXVIII. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Poscimur. Si quid vacui.— Od. I, 32

Tú, a quien antes que otro alguno
El ciudadano de Lesbos [\[1\]](#)
Domó al imperio del canto
Disciplinándote al metro;
Aquel tan gallardo en lides
De ritmos como de aceros,

Y que, lo mismo lidiando
Que amarrando, suelto el remo,
En la sosegada orilla
Su barco medio deshecho,
Cantaba al Dios viñador,
Al sabio coro fraterno;
A Venus con el rapaz,
Su retozón compañero,
Y a Lico el de hermosos ojos
Negros como sus cabellos.

[p. 305] ¡Lira mía, hoy no lesbiana,
Latina ya por tu dueño!
Pues que una canción nos piden,
Dime, antes que te oigan ellos,
Si he logrado en nuestros ocios,
Allá en sombroso silencio,
Modular algo contigo
Merecedor de recuerdo,
Algo digno de vivir
Este año y cien venideros
Y de honrarte, oh lira a ti,
Honra y orgullo de Febo.

Tú que aun a Júpiter sumo
En sus festines excelsos
Das alegría; ¡oh celeste
Lenitivo de mis duelos!
Pues te invoco agradecido,
Propicia escucha mi ruego
De responder siempre dócil
A mi ritual llamamiento.

CCXXXIX. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Parcus Deorum.—Od. I. 34

Yo andaba errando por la ciencia impía,
Y en mi culto a los dioses negligente;

Mas vuelvo velas ya forzosamente
Y torno a usar la abandonada vía.

Que una y mil veces al autor del día
Vi las nubes partir con rayo ardiente,
Y en cielo azul, tronaba omnipotente,
Y aun la tierra insensible estremecía.

Los vagos ríos, la honda Estigia, el mismo
Ténaro horrendo, el Atlas, fin del mundo,
Temblaban al fragor de su carroza.

Que Dios puede trocar cumbre en abismo,
Menguar lo insigne, abrir lo más profundo:
Y la Fortuna en sus mudanzas goza.

[p. 306] CCXL. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Nullus argento.— Od. II, 2

Crispo Salustio, con razón desprecias
Lo que la tierra en su avaricia esconde.
Sólo al buen uso, a la templanza, debe
Lustre la plata.

Próvidos años Proculeyo espere,
Sí, porque fué con sus hermanos padre;
Y alto la fama sostendrá y eterno
Su ínclito nombre.

Freno poniendo al insaciable impulso
Más rey serás que poderoso uniendo
Libia con Gades, y las dos Cartagos
Bajo tu cetro.

Cuanto más bebe, tanto más se aumenta
La hidropesía, su verdugo propio;
Ni huye la sed mientras la causa no huya
Que agua demanda.

Contra el dictamen general, dichoso
Hoy a Fraates la Virtud no llama,
Sino infeliz, porque de Ciro al trono
Sube de nuevo.

Ella a los pueblos desenseña el uso
De falsas voces; más seguros dando
Reino y corona, al que impasible mira
Oro a montones.

CCXLI. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Æquam memento. —Od. II, 3

Delio, pues hemos de morir, recuerda
Guardar ánimo igual en todo caso,
En el adverso al par que en el dichoso,
Alegrías violentas evitando,

Ya nuble triste azar todos tus días,
Ya en los de fiesta busques tu regalo
Con el Falerno de señal más vieja
Sobre remoto césped recostado.

Donde un álamo blanco a un pino ingente
Amigo enlaza, y forman con sus ramos
PAG@307@ Grato sabroso albergue, a los murmullos
De sesgo arroyo de afanado paso;

Allí manda traer vino y ungüentos
Y amenas rosas, pasto al aire blando,
Mientras la edad y hacienda lo permiten
Y de las Parcas el hilar tirano.

Has de dejar esos comprados bosques,
Y la casa, y la quinta que vasallo
El Tíber baña: y luego tu heredero
Cuanto acaudales tú, tirará ufano.

¿Qué te importa el ser rico y descendiente
De Inaco el fundador, o pobre vástago
De humilde cuna, y vida a la intemperie,
Si al Orco inexorable todos vamos?

Es ley sin excepción. Todos los nombres

En la urna están ya. Tarde o temprano,
Cuál antes, cuál después, saldrán los nuestros,
Y al eterno destierro iremos ambos.

CCXLII. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Septimi Gades.—Od. II, 6

Tú, que hoy a Cádiz con Horacio irías,
Y aun a Cantabria la rebelde al yugo,
Y a esas, do hierven mauritanas ondas,
 Bárbaras Sirtes:

Oye, por mí, cortara yo en los bosques
De Tíbur griega mi bordón de anciano
Y anclara allí, de mis vaivenes de olas
 Y armas y viajes.

Mas si las Parcas védanlo crueles,
Iré al Galeso, do a la oveja cubre
Doblada piel, y do el lacón Falanto
 Fué rey dichoso.

Aquellos campos para mí sonríen
Como ninguno; de panal de Himeto
Su miel diría, y sus olivas, tuyas,
 Verde Venafro.

Jove allí brinda primaveras largas
E inviernos dulces; y dilecto a Baco
El rico Aulón, ni a las falernas uvas
 Ínvido teme.

[p. 308] Aquel lugar, ese rincón bendito
A ambos nos llama; y es en él do esperan
Del vate hermano las cenizas tibias
 Lágrimas tuyas.

CCXLIII. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Creyera lo que me juras,
Barina, si alguna vez
Te penara el alto Juez
Por tus palabras perjuras;

Si Jove, al tú perjurar,
Te tornase negro un diente,
O en una uña la gente
Notase al punto un lunar.

Mas ¿cómo creerte yo,
Si a cada perjurio nuevo
Más bella te alumbra Febo
Y más te ama el que te amó?

Ya que no lo escrupulizas
Ni hay castigo para ti,
Sigue pues, y jura así
Por las maternas cenizas;

Por la honda noche glacial,
Por cada mudo lucero,
Por el firmamento entero,
Por cada dios inmortal.

Venus te oye y rompe en risa,
Y las Ninfas le hacen coro,
Y en tanto su aljaba de oro
Cupido atroz, surte aprisa.

La juvenil muchedumbre
Para ti creciendo está;
Pronto a tus plantas será
Una nueva servidumbre.

Mas no porque nuevos lleguen
Los viejos dejan la plaza.
Por más que hagan la amenaza
Y de tu impiedad renieguen.

Las madres tiemblan por ti,
Por sus mimados retoños.
[p. 309] ¿Qué será de los bisoños
Si haces lo que haces de mí?

Y jurándote concluyo
Que cada novia o casada
Teme que tu aura encantada
Le esté demorando el suyo.

CCXLIV. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Rectius vives, Licini. —Od. II, 10

¿Quieres, Licinio, ser feliz? No lances
Siempre tu nave en alta mar; ni huyendo
Tímido el viento, únicamente sigas
La áspera costa.

De oro es, a fe, la condición mediana,
Do ni se envidia del palacio el lujo
Ni hay techo viejo que criboso amague
Súbito hundirse.

Trábase más con el ingente pino
Rudo aquilón; y con mayor estruendo
Caen las torres; y en las altas cumbres
Cébase el rayo.

Siempre aguardar los prevenidos saben
Dicha en desgracia, contratiempo en dicha;
Júpiter manda el hosco invierno, y luego
Quítalo él mismo.

Si hoy sopla el mal, con su violencia pasa.
Su arco no siempre está tendiendo Apolo,
Que en ocasiones despertó a la Musa
Cítara en mano.

Cuando te embista el huracán, resuelto
Muéstrate y firme; mas la henchida lona
Cuerdo recoge al advertir que abunda
Próspera brisa.

CCXLV. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Eheu! fugaces, Postume, Postume. —Od. II, 14

¡Ay, cómo corren, Póstumo, Póstumo,
Años tras años! Ni el más piadoso
Detener logra vejez y arrugas
Ni a la implacable rígida muerte.
[p. 310] No, amigo. En vano para ablandarlo
Trescientos toros dieras por día
Al dios que al triple Gerión gigante
Y a Ticio enfrena con esas lúgubres
Ondas que todos, labriegos míseros
O ilustres príncipes, surcar debemos
Cuantos fruimos terrestres dones.

Vano es que huyamos trances de Marte,
O del ronco Adria los tumbos de olas,
O que en otoño de austro maléfico
Resguardo el cuerpo tímido busque.
De ver tenemos el negro río
Que sus meandros pesado rueda.
Y a la execrable danaide prole,
Y en su arduo y largo tormento a Sísifo;
Fuerza es que al cabo tus campos dejes,
La grata casa, la amante esposa,
Y de esos árboles que cuidas tanto
No ha de seguirte, ¡oh amo de un día!
Sino el fatídico ciprés doliente.

Un tu heredero, de cuerdo espíritu,
Franqueará el céculo que hoy tras cien llaves
Guardas y el suelo regará espléndido
Cual ni en sus cenas hoy los pontífices.

CCXLVI. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Jam pauca aratro.—Od. II, 15

Pocas yugadas dejarán, en breve,
Las regias fábricas al pobre arado, [1]
Y se verán estanques por doquiera
Más espaciosos que el Lucrino lago.
Cederá el olmo al plátano infecundo;
Y allí do el olivar es pan de su amo
Su aroma esparcirán la viola, el mirto,
[p. 311] Todas las opulencias del olfato,
Mientras el laurel con su ramaje denso
Del vivo sol rechazará los rayos.
No de Rómulo es tal, ni del intonso
Catón severo el previsor mandato;
Ni fué costumbre antigua. En esos días
Era exiguo el caudal del ciudadano
Y grande el del común. Pórtico alguno
De medida decápoda, el privado
Hogar nunca ostentó, sombra y frescura
De Áretos opaco al resplandor gozando.
Las leyes mismas despreciar vedaban
La noble tierra, el césped siempre a mano;
Y ordenaban que al público decoro
El común fondo proveyese largo,
Y a embellecer los templos de los Dioses,
Mas no de piedras cualesquier, de mármol.

CCXLVII. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Otium Divos.—Od. II, 16

Descanso, oh Grosfo, pide el nauta al Cielo
Del vasto Egeo al verse circuído,
Si un nubarrón la luna esconde, y no halla
 Rumbo de estrellas.
Descanso Tracia la furiosa implora,
Descanso el Medo de su aljaba ornado;
Descanso un bien que no compraron perlas
 Púrpura ni oro.
Que no hay tesoros ni lictor que aparten
Del pensamiento los tumultos tristes,

Ni tanta cuita que revuelva en torno
De áulicos techos.
Bien, y con poco, vive aquél en cuya
Mesa el salero de su padre brilla,
Y a quien ni miedo ni avaricia espantan
El dulce sueño.
¿Por qué ardor tanto para lid tan breve?
¿Por qué otras tierras y otro sol buscamos?
¿Acaso huye de sí mismo el que huye
Del patrio suelo?
También se embarca en las ferradas proras
Nuestra carcoma; y en bridón cabalga;
Y alcanza al ciervo, al Euro que las nubes
Barre imperioso.
[p. 312] Plácida el alma con su bien presente,
No la desviva el más allá. Con risas
Lo amargo temple; que feliz no hay cosa
Por todos lados.
Al claro Aquiles siega en flor la muerte,
Mientras a Titon la caduquez le abrevia;
Y acaso a mí me guarda el tiempo dones
Que a ti rehusa.
En torno a ti por centenares mugen
Sículas vacas y rebaños; tiran
Yeguas tu carro; y tu vestido el doble
Múrice ostenta.
Algo también con mis pequeños campos,
La Parca fiel me concedió; y un soplo
De aliento griego, y despreciar al vulgo
De alma dañina.

CCXLVIII. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Cur me, querelis exanimas tuis?— Od. II, 17

Mecenas, sostén mío, gloria mía,
¿Por qué con tus lamentos y aprensiones
Me acongojas así?

.....

[Vid. O. H. Pág. 75.]

CCXLIX. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Non ebur neque aureum.— Od. II, 18

Marfil no brilla en mi casa,
Ni artesonado áureo techo,
Ni frisos de ático mármol
Sobre húmedas piedras de jaspe negro.

Ni ocupo el alcázar de Átalo
Yo, su incógnito heredero,
Ni uso lacónica púrpura
Que enjambre matronil téjeme a sueldo.

Mas cuento con un laúd
Y un tal cual dichoso ingenio,
Y, aunque pobre, a mi estrechura
Viene a solicitarme el opulento.

[p. 313] Nada más pido a los Dioses;
Ni de alto amigo pretendo
Gracia mayor que dejarme
Mi sabino rincón, que es cuanto tengo.

Huye un día de otro día,
Un mes de otro mes va huyendo;
Tú, en vísperas de marchar,
Ordenas tu palacio a un arquitecto.

Mármoles mandas pulir
(Y no para honrarte muerto),
Y que la mar se retire
Porque en la tierra ya, pujas de estrecho.

Tanto, que siempre le cambias
Al vecino sus linderos,
Y de tus clientes mismos

El breve campo usurpas avariento.

Y mujer y esposo arrojas,
Y huyen de su hogar, y al pecho
Llevan los paternos dioses
Y vestidos de harapos sus hijuelos.

¿Con tanto afán qué aseguras,
Si sólo un palacio, un feudo
Aguarda sin falta a su amo,
Y es aquel que Plutón le tiene presto?

¿Quieres más? — Siempre la tierra
Abrió por igual su seno
Para el pobre o para el rico,
Para el hijo del príncipe o del siervo.

Ni a Prometeo, aunque astuto.
El fiel Carón ha devuelto,
Pese al oro; ni Plutón
A la raza de Tántalo soberbio.

Mientras que, llame o no llame
El mísero al Dios. tremendo,
Siempre acudirá en su auxilio
Dando piadoso término a su duelo.

[p. 314] CCL. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Non usitata.—Od. II, 20

Con desusada no débil pluma
Por la eterina bóveda suma,
Vate en dos formas, me encumbraré.

No ansío más tiempo tocar la tierra;
Aquí entre polvo la envidia encierra
Su ira; entre polvo la dejaré.

Sangre de pobres corre en mis venas;

Mas yo no muero, caro Mecenas,
Yo a quien tú llamas cerca de ti.

Ni estigias aguas mi cuerpo embotan,
Ya un cutis áspero mis piernas brotan;
Ya soy arriba pájaro blanco;
Ya en dedos y hombros, a cada flanco,
Ligeras plumas nacen de mí.

Pronto, y no de Ícaro con las licuentes
Alas, ¡oh Bósforo! por tus mugientes
Márgenes, y auras de onda cerúlea,
Vogaré plácido, y ave canora,
Veré las Sirtes de la Getulia,
Y esos misterios que ojo no explora,
De la hiperbórea pampa glacial.

Y los colquenses, y el torvo Dacio
(Que de la marsa legión su espanto
Mal disimula), sabrán de Horacio;
Y aun los Gelonos últimos hombres
Oirán dos nombres que honro en mi canto;
Ni a los iberos, duchos guerreros,
Ni a los que beben linfas del Ródano
Quedaré ignoto cual vil mortal.

Que no acompañen mis funerales
Lúgubres coros, negros sayales,
Sollozos necios, pena baldía.

Retén, mi amigo, tu propia queja,
Y para otros, para otros deja
La inútil pompa de urna vacía.

[p. 315] CCLI. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Angustam amici.—Od. III, 2

Quiero, amigos, que en los duros
Ejercicios de la guerra

Aprenda el robusto mozo
A soportar la pobreza;
Que al Parto feroz su lanza
Ágil acose y tremenda,
Y viviendo al raso, busque
Peligros y afán por huelga;
Que siempre que a verlo alcancen
Desde enemigas almenas
La tierna esposa del bárbaro
O la espigada doncella,
Exclamen dando un suspiro:
«¡Ay, los dioses no consientan
Que mi novio, que mi esposo,
Bisoño en armas, se atreva
A ese cerdoso león
Que su ira en sangre revuelca!»

¡Dulce es morir por la Patria!
¡Gloria al que caiga por ella!
Y ¡ah! también al que cobarde
Prófugo la espalda vuelva
La muerte lo alcanzará
Con su infalible saeta.
A la virtud basta su honra;
No hay desdén que la envilezca,
Ni es dado al aura del vulgo
Quitársela o concedérsela.
La misma virtud, al hombre
Que no ha venido a la tierra
Para morir, le abre el cielo
Por caminos que a otros niega,
Y sobre el fango y la chusma
En raudas alas lo eleva.

Ni menos premio los dioses
Al fiel silencio reservan.
No flote yo en frágil barca
Ni so el mismo techo duerma
Con quien los arcanos ritos
De la alma Ceres revela.

Jove ofendido acostumbra
[p. 316] Juntar maldad e inocencia;
Mas rara vez el castigo,
Aunque cojea y tropieza,
Dejó de alcanzar al malo
Por más veloz que andar sepa.

CCLII. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Justum et tenacem propositi virum.—Od. III, 3

Dedicada especialmente al Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Al varón justo y de ánimo constante
No lo hace trepidar el pueblo alzado
Que iniquidad frenético le ordena,
Ni el ceño del tirano amenazante,
Ni el negro mar que el austro desenfrena.
¡Oh Dios! hasta los rayos que fulminas
Alumbrarán su incontrastable intento;
Y si se desplomara el firmamento,
Firme y en pie lo hirieran sus ruinas.

Gracias a esta virtud se encumbró Pólux,
Y Hércules errabundo, a los celestes
Alcázares de luz; y reclinado
Augusto entre los dos, el néctar liba
Con sus labios purpúreos. Así, oh padre
Baco inmortal, la gloria mereciste
De que, uncido a tu carro el cuello indócil,
En triunfal marcha tigres te llevaran.
Y así, de Marte en los bridones ígneos,
Rómulo se fugó del Aqueronte
Luego que Juno en el Consejo excelso
Conciliadora dijo a sus iguales:
—«¡Ilión ¡Ilión! un juez adúltero
Funesto a su país, y una extranjera,
Hecho ceniza y polvo te dejaron.
A eso—a ti, y a tu pueblo y rey doloso—

Yo y la casta Minerva te trajimos;
A eso te condenamos, desde el día
Que Laomedonte defraudó a los Dioses
Del concertado precio... ¡Vedlo ahora!
Ya no alardea el huésped infamante
Con su Lacona infiel; ni la de Príamo
Perjura casa, a los tenaces Griegos
Con la pujanza de Héctor contrarresta;
[p. 317] Y así esta lucha, que harto prolongamos
Con nuestra disensión, es concluída.

«De hoy más mi enojo ardiente a Marte inmolo,
Y a su amor vuelvo aquel mi odioso nieto
Que le nació de la vestal troyana.
Suba, y siéntese dios entre los Dioses,
Saboreando el néctar; y felices
Reinen, no importa en dónde, los proscritos
De Ilión—con tal que entre Ilión y Roma
Ruja intratable mar, y trisquen sueltos
Rebaños sin señor sobre las tumbas
De Príamo y de Paris; y tranquilas
Cueven allí las fieras sus cachorros.
Y así, que se alce el Capitolio fúlgido,
Y al Parto dé su ley Roma altanera,
Y, temida de lejos, que su nombre
Del mundo a los confines acreciente,
Desde el mar interpuesto entre la Europa
Y el Africano, a la región que el Nilo
Túmido riega—más viril, más grande
El oro desdeñando que la tierra
En buen hora escondió, que amontonando,
Para uso vil, cuanto de templos y aras
Con sacrílegas manos arrebate.
Doquier divise Roma una barrera,
Fin del mundo, allí toque; y rompa ansiosa
Hasta do el sol jamás cede en su furia,
Y a do perenne posa húmeda niebla.

¡¡A los guerreros hijos de Quirino
Tal hado anuncio yo, fijando empero

Mi condición: que nunca, en loco abuso
De piedad o confianza en la fortuna,
Piensen a Ilión, ciudad de sus abuelos,
Del polvo alzar!! Resucitada Troya
Bajo auspicios tan lúgubres, vería
Repetirse el horror de su caída.
Yo misma, hermana y cónyuge de Júpiter,
Llevara allí mis huestes victoriosas;
Y si tres veces, con su brazo, Apolo
De altos muros de bronce la cercara,
Tres veces la hundirían mis Argivos,
Y a su esposo y sus párvulos tres veces
La cautiva matrona lloraría.»

—

Mas esto excede a mi festivo aliento.
¡De dónde, oh Musa audaz, me precipitas!
[p. 318] Pláticas de inmortales no repitas,
No amengüe flaca voz grande argumento.

CCLIII. POMBO, Rafael —Bogotá, 1882.

Descende Coelo.— Od. III, 4.

¡Baja del Cielo, oh reina de las Musas!
Y alza en tu flauta un himno grande y nuevo,
Si a tu virgínea voz, como lo usas,
No unes más bien la cítara de Febo...

¿La oís?... ¿O jugará tal vez conmigo
Dulce ilusión?... ¡Oh, no! La escucho... Aun siento
Como que errando voy por la espesura
De sus amados bosques, al concento
De auras que rondan y agua que murmura.

Allá en mi infancia—sobre el rudo estribo
Del Vúltur apulés, que se prolonga
Fuera de Apulia mi nodriza—un día
Cansado de jugar rindióme el sueño,
Y vinieron de Venus las palomas
Y, de hojas frescas, pabellón me hicieron.

¡Qué asombro puso a todos los que habitan
Los picos de Aquerontia, y las florestas
De Bancia, y pingües campos de la humilde
Forenza, el verme así, durmiendo a salvo
De osos y negras víboras, cubierto
De entrelazado mirto y lauro sacro!
Niño sin miedo, allí no estaba solo.
Velabais mi dormir, Ninfas de Apolo.

Amigo vuestro, y todo vuestro, oh Musas,
Vosotras sois mi protección, ya escale
Las montañas sabinas, ya disfrute
De la fresca Preneste, o bien de Tíbur
Que en declive suavísimo reposa;
O de Bayas, en aguas generosa.

Devoto fiel de vuestras sacras fuentes
Y coros armoniosos, ni la fuga
Hórrida de Filipos, ni aquel árbol
Que vino sobre mí, ni el Palinuro
Cabo funesto, se atrevió a inmolarme.
Sed vosotras conmigo; y, nauta osado,
Yo arrostraré del Bósforo la ira;
O, caminante, el arenal reseco
De las asirias playas quemadoras,
[p. 319] Y veré impunemente a los Britanos,
Feroces con el huésped, y al Gelono,
Gran flechador; y el Tanais; y al Concano,
Que en sangre equina se regala ufano.

Cuando el gran César sus legiones trae,
Fatigadas de Marte, a nuestros muros,
Dar y tomar descanso apeteciendo,
¿Quién sino vos, oh Musas, lo distrae?
¿Quién sino vos, en la Pieria gruta,
En retorno al amor que él os tributa,
Consejos le insinúa de clemencia?
¿Y quién cual vos lo aplaude a competencia?

Bien recordamos cómo—aquel que a un tiempo

La inmóvil Tierra y Mar ventoso rige,
Y en equidad, y él solo, a hombres y dioses,
Tanto a las muchedumbres de los vivos
Como los tristes reinos de las sombras—,
Cuál, con lloviendo rayo, a los Titanes
Impíos hundi6 con sus monstruosas hueses.

Hermanos, prole horrenda de la Tierra,
Fiados en sus brazos, puesto habían
A Jove en gran terror, montar probando
Sobre el Olimpo obnubilado el Pelión,
Pero Tifeo, y Mimas el robusto,
Y Porfirión, de porte amenazante,
Y Reto al par, y Encélado, el que troncos
Rápido arranca y como flechas tira,
¿Qué podrían valer, precipitándose
De Palas contra la égida sonante?
De ésta a un lado Vulcano combatía
Ganoso de matar, y al otro Juno,
Matrona excelsa; y el que siempre armado
De su carcax, la cabellera suelta
Baña en las ondas de Castalia puras;
El que en su patria selva y Licia umbrosa
Mora, y a quien en Pátaro y en Delo
Inciensa y honra agradecido el suelo.

—
La Fuerza sin cordura no va lejos;
Siempre a su propio empuje se derrumba,
Mientras que el Cielo envía sus consejos
A la prudente, y veda que sucumba.
Cual ama al Fuerte justo, así detesta
Al que a pensada iniquidad se apresta.

[p. 320] Testigo de mi dicho, álcese y hable
El centímano Gías; ved la suerte
Del que amando a Diana, Orión culpable,
Probó un flechazo de la virgen fuerte.

La Tierra pesa con dolor, sentada
Sobre esos monstruos que brotara un día;

Llora su prole, a rayos abismada
Del Orco en la región triste y sombría.
Ni las llamas que Encelado vomita
Han consumido el Etna que lo abruma;
Ni Ticio, reo de liviandad maldita,
Puede esperar que su hígado consuma
El centinela atroz que no dormita.
Y a Piritoo su amor audaz condena
A su tres veces céntupla cadena.

CCLIV. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Coelo tonantem. —Od. III, 5

El alto trueno asordador nos hace
Reconocer a Júpiter, del Cielo
Único Rey. Los formidables Partos,
 Los Britanos feroces
Que al fin Roma en sus ámbitos encierra,
A Augusto anuncian, Dios sobre la tierra.

¿Y el soldado de Craso vivir pudo
De extranjera mujer menguado esposo?
¡Y el Apulés encanecer, y el Marso,
 Súbditos de un rey Medo,
De su propio baldón más que testigos,
Colonos, siervos, yernos de enemigos!

¡Oh Patria mia!, ¡oh cambio! — Esos traidores
Olvidáronlo todo: las ancilas
Sacras, la toga, nuestro nombre, el fuego
 De Vesta siempre vivo...
¡Y Roma estaba en piel y el Dios Patrono
Capitolino, incólume en su trono!

He aquí lo que previó y evitar quiso
Régulo al oponerse a infames pactos
Que al porvenir—dijo él—funesto ejemplo
 Son, si no se abandona,
[p. 321] Sin femenil piedad, la prisionera

Juventud a la muerte que la espera.

«Yo vi—añadió—, colgados adornando
Los estandartes y águilas de Roma
Los templos de Cartago; vi armas nuestras
Sin sangre arrebatadas;
Y hombres nacidos libres—ciudadanos—,
Marchando atadas por detrás las manos.

Vi francas ya, de par en par, las puertas
De sus ciudades, y ondear las mieses
En campos que arrasó nuestra cuchilla.
Vi... Mas decidme ¿el oro
Que rescate a un ruin lo hará valiente?
¿Qué pagáis? —El baldón que arda en su frente.

La lana, una vez tinta, no recobra
Su perdida blancura; ni el coraje
Vuelve jamás a un pecho envilecido.
Si ciervas, escapadas
De astuta red, transfórmanse en leones,
No me escuchéis, son vanas mis razones.

Héroe será quien a un falaz rindióse;
Martillo de Cartago el que, de miedo,
Ni osó mover los amarrados brazos;
¡El que hizo paz la guerra!...
¡Oh. infamia!, ¡oh gran Cartago!, ¡cuál te empinas
Sobre el baldón de Roma y sus ruínas!»

Dicen que, como esclavo, cual cautivo,
No ciudadano ya, rehusóse al beso
De su casta mujer, y a las caricias
De sus alegres niños
Tiernos aún; — y torvo, como hielo,
El varonil semblante inclinó al suelo.

Y una vez firmes ya — por su heroísmo,
Por un consejo tal, nunca antes dado —
Los vacilantes Padres, — arrancóse
El egregio proscrito

Al duelo amigo; y no aplazó un momento
Lo que aguardaba en África — el tormento.

Apartando a sus deudos, que lo asían
Con clamores y súplicas; y al pueblo,
[p. 322] Que como a un Dios lo mira — abrióse paso
Y partió, cual iría,
Salvador de un cliente en buen derecho,
A espaciarse en Tarento satisfecho.

CCLV. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Delicta majorum.—Od. III, 6

Romanos, la maldad de vuestros padres,
Aunque no vuestra, pagaréis vosotros,
Mientras los Dioses reparar no os vean
Sus templos, sus hogares ruinosos,
Sus ahumadas estatuas... Por humildes
Al Cielo, el Cielo os ensalzó en retorno;
De allí el imperio, allí su alto principio;
Buscad también el éxito allí solo.

Hartos males los Dioses despreciados
Trajeron a la Hesperia, hoy vuelta en lloro.
Dos veces rechazaron nuestro embate
Maneses y Pacoro, porque sordos
Fuimos a los auspicios; y hoy sus cuellos
Brillan con nuestros fúnebres despojos.
Cuando a Roma embargaba interna lucha
Poco faltó para volverla escombros
El Dacio y el Etíope, — temibles
Éste con dardos, con su armada el otro.

Fecunda en culpas nuestra edad, primero
Manchó el ara nupcial, sembrando oprobio
En linajes y casas, — fuente impura
Que a la patria y al pueblo inundó pronto.
La casadera virgen se recrea
Aprendiendo las danzas de los Jonios,

Y desde tierna instrúyenla en trapazas,
Y es torpe amor su pensamiento solo.

Ya esposa, nuevos cortejantes busca
En torno del banquete de su esposo;
Ni es exquisita en elegir al que haya
De obsequiar lejos de importunos ojos.
Sino que allí, delante del marido,
Que en ello está, levántase al exhorto
Del mercader, o al del marino hispano,
De honras de damas pagador precioso.

Prole no fué de semejantes padres
La que en púnica sangre tiñó el ponto,
[p. 323] La que a Pirro y Antífoco imponente
Postró, y al magno Aníbal pavoroso.
Esa nació de rústicos soldados,
Progenie varonil de padres doctos
En romper con azadas la honda tierra,
Y en traer al hogar leña en sus hombros
De orden de austera madre, cuando mudan
Las sombras de los montes en contorno
Y desunciendo a los cansados bueyes
Llega el amigo tiempo del reposo.

¡Ah! ¿qué no mengua en esta edad? Nacimos
De padres no tan malos como somos,
Ni buenos cual sus padres. Nuestros hijos
Ya irán siendo peores que nosotros.

CCLVI. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Donec gratus eram tibi. —Od. III, 9

HORACIO

Cuando era yo tu agrado,
Y, en prueba dello,
Ningún otro enlazaba
Tu níveo cuello,

¡Tiempo dichoso!
Más que el rey de los Persas
Fuí venturoso.

LIDIA

Cuando era yo tu encanto,
 Más que ninguna;
Y, olvidada por Cloe,
 No era importuna,
 Entonces ufana
Me sentí más ilustre
 Que Iliá romana.

HORACIO

Pero la tracia Cloe
 Mándame ahora,
La que a la cítara une
 Su voz canora.
 ¡No me intimida
[p. 324] La muerte, si muriendo
 Salvo su vida!

LIDIA

Mas Caláís, el de Turio,
 Hijo de Ornito,
Es por quien hoy me inflamo,
 Por quien palpito.
 ¡Muero con gozo
Dos veces, porque viva
 Tan lindo mozo!

HORACIO

Sí... mas si se anudaran
 Los rotos lazos,
Y otra vez nuestros cuellos

Nuestros abrazos...
¿Si hoy mi puerta
Cierro a Cloe, y a Lidia
La dejo abierta...?

LIDIA

Aunque él al sol eclipsa,
Y eres ligero
Cual pluma, y ni en sus iras
Adria es más fiero,
Contigo sólo
Quiero vivir ¡dichosa
Por ti me inmolo!

CCLVII. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Faune Nympharum. —Od. III, 18

Fauno, ¡oh galán de las esquivas Ninfas!
Tú mis linderos y abrigados campos
Cruza benigno, sin dañar mi tierna
Cría menuda.
Que al año justo un cabritillo siempre
Muere en tu honor, y abunda el vino en copa
Socia de Venus, y en el ara antigua
Arde el incienso.
[p. 325] Cuando tus nonas de diciembre llegan
Todo el ganado en su gramal retoza,
Y ocioso el pueblo, con sus bueyes, hace
Fiesta en los prados.
Guapa la grey le soba el hombro al lobo;
Riégate de hojas la floresta el paso;
Y el cavador que quiere mal la tierra,
Túndela a brincos.

CCLVIII. POMBO Rafael.—Bogotá, 1882.

Intactis opulentior. —Od. III, 24

Aunque más grande tu opulencia fuera
Que la intacta de Arabia, o la del Indo,
Y cubrieran tus fábricas el seno
Del mar Pullo y Tirreno,

.....

[Vid. O. H., pág. 111.]

CCLIX. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Quo me, Bacche, rapis tui. —Od. III, 25

¡Oh Baco! ¿a dónde me llevas
Ardiendo en tí?
¿Qué bosque u ondas o cuevas
Templarán mi frenesí?
¿Qué intentos, qué audacias nuevas
Quieres de mí?

¿En qué grutas me oirán
Probando el vuelo
Para alzar a donde están
Los astros, a do en su celo
Júpiter consulta el plan
De tierra y cielo,

La imperecedera gloria
Del paternal
César, sol de nuestra historia?...
Y, ¡ah! cantaré un himno tal
Que de otro mayor, o igual,
No habrá memoria.

[p. 326] No admiro ya que en la cima
De alta montaña
A insomne Bacante oprima
Pasma al ver cuál se sublima
Ródope al cielo, aunque imprima

Bárbaro en él planta extraña;

O al contemplar, mal despierta,
 Su Hebro, su Tracia
De intactas nieves cubierta...
Yo así, al azar, por no abierta
Senda rompo, y nada sacia
Mi vista cuando se espacia
Por costa y selva desierta.

¡Fuerte y feliz soberano
De Náyades, de Bacantes
Que aun a fresnos arrogantes
Pueden volcar con su mano!
No temas que hoy dé, profano,
Un tono humilde o trivial.
No hablaré cosa mortal.
¡Dulce peligro es seguirte,
Oh ardiente Dios, y ceñirte
De tu pámpano triunfal!

CCLX. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Vixi puellis.—Od. III, 26

Hice frente en otros días
A rapazuelas y amores
Militando, no sin brillo,
Bajo esos gayos pendones.
Hoy, tierna lira, arma mía,
Confórmate con tu nombre,
Concluiste tus campañas
Y es tiempo ya de que adornes
Los sacros muros del templo
De la doliente de Adonis.
¡Ella te acepte! y permita
Que a su izquierda te coloque,
Donde te acompañarán
Mis hachas de alegres noches,
Los arcos y las palancas

Que rebeldes puertas rompen

[p. 327] ¡Ah!... Reina que en Chipre tienes
La más opulenta corte,
Y en Menfis anchos jardines
Sin nieves que ajarlos osen,
Una vez más, dulce Reina,
Deja que tu gracia implore,
¡Con ese tu alzado látigo
Hierre a la arrogante Cloe!

CCLXI. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Tyrrhena regum progenies. —Od. III, 29

Tiempo ha, caro Mecenas, descendiente
De etruscos reyes, que te guardo en casa,
En barril no inclinado hasta la fecha,
Vino suave, y rosas, y exprimido
Mirobalán que tus cabellos unja.

.....

[Vid. O. H., pág. 118.]

CCLXII. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Exegi monumentum.—Od. III, 30

Un monumento me alcé
Más duradero que el bronce,
Más alto que las pirámides
De regia, fúnebre mole.

.....

[Vid. O. H., pág. 120.]

CCLXIII. POMBO Rafael.—Bogotá, 1879.

Todo el que en rapto emulador pretenda,
Píndaro nuevo, compartir su gloria,
Alas de cera, desastroso vuelo
De Ícaro ensaya.

Río que a tumbos de los montes rueda,
Y alto de lluvias desbordado avanza,
Tal, sin medida, férvido, profundo
Píndaro corre.

[p. 328] Y siempre Apolo su laurel le ciñe,
Ya en atrevidos ditirambos lance
Nuevas palabras, y discurra en sueltos
Números libres;

Ora a los dioses, o a los reyes cante,
Sangre de dioses, que condigna muerte
A los Centauros y a Quimera horrenda
Dieron heroicos;

Ora al que excelso con la palma Elea
Vuelve a su casa; ora al jinete, al púgil,
Que él, con un don mayor que cien estatuas
Premia opulento;

Ya llore al joven que a su tierna esposa
Duros robaron; y ensalzando al cielo
Su ánimo y vida inmaculada, — él mismo
Róballo al Orco.

Cisne de Dirce: mucho y fuerte viento
Sopla bajo él, y a su placer lo encumbra.
Yo en tanto, abeja de Calabria, sigo
Modos de abeja.

Si ella, orillando el Tiburino bosque
Coge tomillo, y con trabajo sumo,
Yo, como ella laborioso y parvo,

Labro mis versos.

Tú, Antonio Julio, verdadero vate,
Con mayor plectro cantarás al César
Cuando en triunfo por la sacra loma
Trae los Sicambros.

Nunca mayor ni mejor don al mundo
Hizo el Destino; y otro igual los buenos
Dioses no harán, ni devolviendo el de oro
Prístino tiempo.

Tú cantarás nuestros alegres días,
Foro sin litis, populares juegos,
Dicha de Roma, que impetró la vuelta
Del fuerte Augusto.

Si algo yo hablara de escucharse digno,
Nuestros acentos se unirán. Que al César
Roma recobre, y cantaré tan bello
Sol de ventura.

[p. 329] Mientras en el triunfo la ciudad recorras
¡Vítor! iremos aclamando, ¡vítor!
Y ondas de incienso a los benignos Dioses
Ofreceremos.

Tú con diez toros y otras tantas vacas
Cumplirás. Yo le quitaré a la madre
Cierta becerro que en soberbio pasto
Guardo ofrecido.

Rojo es su cuerpo; mas el rostro imita
Luna creciente en su tercera noche,
Con sus dos puntas, y una mancha nívea.
Sobre la frente

CCLXIV. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Quem tu, Melpomene, semel. —Od. IV, 3.

I

Al mortal a quien tú con blandos ojos
Mirares, oh Melpómene, al nacer,
No le dará renombre la Istmia lucha,
Ni en carro acaico el volador corcel.

Ni campos de ardua lid do hundiera en polvo
La arrogante hinchazón de más de un rey,
Lo mostrarán del Capitolio al pueblo
Con corona triunfal cinta la sien.

La verde selva, las corrientes aguas
Que hacen del fresco Tívoli un vergel,
Eso hará insigne, en verso griego, al hombre
A quien miraste plácida al nacer.

II

Roma, la ciudad reina, entre su amable
Coro cantor, me nombra sin desdén;
Y ya la envidia un poco menos que antes
Me agasaja con ósculos de hiel.

¡Piéride! ¡oh tú que el dulce son gobiernas
Del áurea lira! tú cuyo poder,
Si te viniera en voluntad, soltara
En cántigas de cisne al mudo pez:

[p. 330] Es merced tuya si al pasar me enseñan
Unos a otros murmurando «¡Ved!
¡El lírico de Roma!»— Merced tuya
Que agrade mi canción, si grata fué.

CCLXV. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Qualem ministrum fulminis alitem. —Od. IV, 4

Como al ave de Júpiter,

Ministra de su rayo,
Que por raptora fiel de Ganimedes
Hizo el rey Dios emperatriz del viento,
Saca del nido, tierna todavía,
 Juvenil osadía
Y el heredado instinto de su aliento;

 Y al principio las plácidas
 Brisas de primavera,
Aunque asustada de su audacia misma,
La enseñan a soltar vuelos no usados;
Luego, al redil más vivo ardor la lleva;
 Y ora en dragones ceba
Su hambre de lucha y miembros destrozados;

 O así como de súbito
 Si triscando ágil cabra
Ve al cachorro león que destetado
Haciendo ensayo de sus dientes gira
Del campo en rededor; y ella inocente
 Párase al verlo, y siente
Que al instrumento de su muerte mira:

 Tal el Reto y Vindélico,
 Nación audaz que ignoro
Quién enseñó a llevar, como Amazonas,
Armada siempre de segur la diestra,
Flaco sintieron su ánimo y confuso
 Al afrontarlos Druso
Al pie del Alpe en belicosa muestra.

 Aquel ejército—árbitro
 De victoria y conquista
Por tanto tiempo y dilatada zona—,
A un joven sucumbió prudente y justo
[p. 331] Vió a dónde alcanza un natural no esquivo
 Al paterno cultivo.
Vió lo que de un Nerón hace un Augusto.

 Los buenos, los magnánimos

Nacen del fuerte y bueno,
Y así como el bridón su estirpe anuncia,
Polluelo vil no es de águila guerrera.
Sanas doctrinas lo heredado exaltan;
Mas do costumbres faltan,
El natural más noble degenera.

Diga el Metauro, dígate
Asdrúbal destrozado,
¡Cuánto a los Claudios, Roma insigne, debes!
Hable aquel día, eterno en la memoria,
Que ahuyentó de tu cielo noche horrenda;
Postrer sol de contienda,
Primero de descanso y de victoria.

Después que Aníbal prófugo
Cruzó nuestras ciudades
Cual la llama las selvas, cual las ondas
El huracán, creció tu poderío:
Que restauraste, con piadoso ejemplo,
Cuanta imagen y templo
Cayó al Cartaginés tumulto impío.

Y Aníbal mismo, el pérfido,
Diz que al fin exclamaba:
«¡Locos vinimos acosando adrede,
Como a tropel cerval lobos feroces,
A estos hombres ayer; hoy, grande hazaña
Hará quienes los engaña
Y elude su furor con pies veloces!

He aquí la gente intrépida
Que aunque asaz contrastada
Del Tusco mar, sus dioses, padres e hijos
A Italia transportó de Ilión ardiente.
Mirad el mutilado álgido roble
Que saca esfuerzo doble
Del hierro mismo que lo hirió insolente.

Menos feroz contra Hércules,

Ya de triunfar dudoso,
[p. 332] La Hidra los trozos de su cuerpo alzaba.
¡Monstruo sin par hundido en el profundo,
Surge de allí más válido y terrible
Y vence al invencible,
De aplauso y de irrisión llenando el mundo!

No más nuncios de júbilo
Dirigiré a Cartago.
Ya, muerto Asdrúbal, la esperanza ha muerto:
Murió de nuestro nombre la fortuna.
No habrá labor que un Claudio no supere.
Júpiter los prefiere:
Adiéstranse a la lid desde la cuna.»

CCLXVI. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Divis orte bonis.— Od. IV, 5

¡Oh tú que por los Dioses buenos fuiste [\[1\]](#)
Al nacer señalado
Guardián sin par de la romúlea gente!
Mucho, mucho tiempo ha que estás ausente.
Vuelve, ¡ay! que prometiste
Pronta vuelta al Consejo venerado.

A esta tu patria, oh generoso guía,
La alma luz restituye;
Pues cuando al pueblo, que ávido te espera,
Muestras tu faz—perenne primavera—,
Más brilla el sol; y el día
Es raudal que apaciblemente fluye.

Cual con votos, con súplicas y agüeros
La madre al hijo llama
Que allende el mar Carpacio ínvido el Noto
Por más de un año demoró, remoto
De sus patrios linderos
Y del amor que sobre todos lo ama;

Y así como ella la tenaz mirada.
Que el vivo sol no ofusca
Ni en la sombra cegó,—nunca desvía
[p. 333] Del curvo puerto, —con igual porfía,
De ansia fiel traspasada,
La patria al César vigilante busca.

Porque, merced a ti, vagan seguros
Por la heredad los bueyes;
Ceres desborda, ríe la Abundancia;
Cruza el nauta a placer su franca estancia;
Y, mejor que entre muros,
Mora la Fe bajo las santas leyes.

Ya dolo vil no mancha hogar bendito.
Freno al atrevimiento
Ley y costumbre imponen. De la madre
Es gloria el hijo, semejante al padre;
Y acosa hoy al delito
Su inseparable hermano—el escarmiento.

¿Quién hoy tiembla del Persa? ¿Quién del Scita?
¿Quién de la horrenda, extraña
Visión de monstruos que Germania aborta?
¿Quién, incólume el César?—Y ¿qué importa,
Vivo él, si resucita
La ira feroz de la guerrera España?

Por sus collados hoy la luz del día
Consume en paz cualquiera,
A olmos viudos yuntando vid fecunda.
Vuelve alegre al hogar, y en la segunda
Mesa, en fiel compañía
Te nombra como a Dios, y te venera.

No hay donde estés, que fervorosos ruegos
Allá su amor no mande;
Vierte en tu honor su máspreciado vino;
Y entre su tutelar grupo divino
Te honra a ti, cual los Griegos

A Cástor fulgoroso, a Hércules grande.

«¡Buen Patrón! ¡largos días, días de fiesta
Dé a la Italia tu mano!»

Tal dice, a el alba, nuestro pecho enjuto,
Y tal—rendido a Baco su tributo
En ancha mesa honesta—,
Cuando sumerge al sol el Oceano.

[p. 334] CCLXVII. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Dive quem proles Niobeae magnae. —Od. IV, 6

¡Oh dios cuya venganza, por su soberbia lengua,
Vió Níobe en su prole; como a su turno en sí
Ticio el raptor; y Aquiles, que a Troya casi él solo
Venció, fuerte ante todos, mas débil para ti.

En vano, hijo de Tetis, con tremebunda lanza
Batió las torres dárđanas. Cual pino que mordió
Fierro tenaz, cual prócero ciprés que el Euro tumba,
En teucro polvo, lejos, la altiva frente hundió.

Jamás, dentro un caballo, mentida ofrenda a Palas,
Burlar a los Troyanos pensara este adalid
En medio de sus fiestas; ni en sus alegres danzas
A Príamo y su corte, ajenos de la lid.

Él, tea en mano, hubiera quemado a pleno día,
Qué horror, al niño aun mudo, y al niño por nacer,
Si no alcanzáis tú y Venus que concediese Júpiter
A Eneas otra y próspera Ilión establecer.

¡Dios del laúd, maestro de la sagaz Talía,
Tú que las crenchas bañas del Janto en el cristal,
Guardián de las ciudades, Apolo siempre joven!
¡Sostén con honra el astro de mi región natal!...

Él me dió el genio, el arte y el nombre de poeta.
¡Doncellas y donceles, de Roma ilustre flor!

Vos todos, protegidos de la nacida en Delos
Que al ciervo y lince alcanza con su arco matador:

Seguid el ritmo lésbico, a mi pulgar atentos,
Cantando ritualmente al numen del laud
Y a la deidad Noctíluca, de luz creciente, que hace
Pingüe la mies, y aviva del tiempo la inquietud.

Y un día, ya casada «Canté, dirá la joven,
Vuelto el solemne júbilo, el himno secular,
Grato al Olimpo; y dócil mi lengua obedecía
Al vate Horacio, que iba marcándome el compás.»

CCLXVIII. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Diffugere nives. —Od. IV, 7

Huyeron las nieves; retorna a los campos la grama,
La fronda a las selvas.
El suelo ya es otro; y mermando recobran los ríos
Sus márgenes ciertas.

[p. 335] Ya Gracias y Ninfas, vestidas del aire, su urdimbre
De danzas ordenan
Y al par van las Horas llevándose el año, y cantando
Aquí todo vuela.»

El Zéfiro ahuyenta la escarcha; y el férvido Estío
Las flores ahuyenta;
Y Otoño al Estío; y a Otoño sabroso, el tirano
Que fúnebre reina.

Las rápidas lunas, empero, sus menguas reparan.
Del hombre, ¡ay! ¿qué resta
Sino sombra y polvo, así que bajó a donde moran
Tulo, Anco y Eneas?

¿Quién sabe si al montón hoy vivido añadir el mañana
Los Númenes quieran?
El tanto que hoy des a tus gozos, es tanto salvado

Del que ansie tu herencia.

Ya muerto, y por Minos la solemne sentencia dictada
De premio o de pena,
No esperes, Torcuato, ni piedad, ni elocuencia, ni estirpe
Que a vida te vuelva.

Ni a Hipólito casto logró Diana sacar de las hondas
Tartáreas tinieblas;
Ni al fiel Piritoo quebrantarle Teseo invencible
Las negras cadenas.

CCLXIX. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

Donarem pateras. —Od. IV, 8

Yo, Censorino, grato a mis íntimos,
Tazas y bronces con gusto diérais
Y griegas trípodas, premio al intrépido;
Ni dones ínfimos a ti tocárante
Si rico hallárame de obras que al público
Parrasio y Scopas mostraban célebres,
Hombres y dioses fabricando hábiles,
Ya en tosca piedra, ya en tintas líquidas.

Mas tal no puedo, ni extraña tu ánimo
Tales regalos para su júbilo.
Gustas de versos, versos ofrézcote,
Veamos cuánto valdrá esta dádiva.

Ni esos inscriptos parlantes mármoles
[p. 336] Por quien, ya muertos grandes repúblicos,
Tornan gozando vida y espíritu;
Ni el raudo paso de Aníbal prófugo
Tras de amenazas repulsas e irritas;
Ni el fuego en que arde la ciudad Púnica,
Muestran, cual Ennio, qué encomios tócanle
Al que aun su nombre conquistó al África.

Si calla el libro, no hay premio al mérito.

¿De Ilia y de Marte qué fuera el párvulo
Si el silencio ínvido pusiese su óbice
A los de Rómulo sagrados títulos?
La creadora virtud, y el crédito
Y voz del Vate—potente oráculo—,
De Estigias ondas rescatado Éaco,
En las dichosas Islas conságranlo.
Así concurre solícito Hércules
Al deseado festín de Júpiter;
Y a rotas naves salva en el piélagos
La estrella fúlgida, prole de Tíndaro;
Y ornado Baco de verdes pámpanos
Humanos votos trae a buen éxito.

CCLXX. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Iam veris comites. —Od. IV, 12

Ya vientecillos de Tracia,
Cortejo primaveral,
Agitan los blancos lienzos,
Sosiegan la crespas mar.
Ya no están yertos los prados,
Ni hinchado bajo el dogal
De las nieves del invierno
Brama el río montaraz.
Flébil gimiendo por Itis
Ya el ave de hado fatal
Que de Cécrope y su trono
Oprobio eterno será,
Porque vengó malamente
Del rey la atroz liviandad.
Triste Progne, hoy golondrina,
Su nido labrando está;
Y de sus gordas ovejas
Va en zaga el joven guardián;
O juntos varios que oprimen
[p. 337] La tierna grama vivaz,
Cantan al son de su flauta

Y dan contento al dios Pan,
Que ama el ganado, y de Arcadia
La dulce escabrosidad.

Virgilio mío, este tiempo
Trae sed, y si por azar,
Como eres de nobles mozos
Predilecto comensal,
Se te antoja cierto vino
Que de Cales vino acá,
Sabe que sólo con nardo
Tu ración merecerás.
Un fragante botecillo
El listo hechizo será
Que el cántaro íntegro saque
Del Sulpiciano raudal,
A dar esperanzas nuevas
Con su largueza eficaz
Al ánimo, y en sus ondas
Agrias cuitas ahogar.

Si te tienta, si te urge
Este prospecto, ven ya,
Ven... mas no olvides tu impuesto,
Imaginando quizás
Que a lo Lúculo voy gratis
A bañarte en mi lagar.
No tardes, da tregua un punto
Al avaricioso afán,
Y recordando del muerto
La negra llama voraz,
Ya que aun te es dado, une al seso
Tal cual ligero desmán,
Que hasta esto de hacer el loco
Tiene su oportunidad.

CCLXXI. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1879.

(Con algunas expresiones de la traducción de Fr. Luis de León. que van en bastardilla.)

[p. 338] Feliz quien lejos del bullicio, y lejos
Del logrero sin leyes,
Cultiva, así como en los tiempos viejos,
Su heredad con sus bueyes.
Ni atroz bélico toque lo despierta,
Ni airado mar lo abate;
Y evita el foro y la soberbia puerta
Del protector magnate.
Él se place ayuntando al olmo erguido
La vid de largo brazo;
Y poda el ramo inútil; e ingerido
Pone otro en su reemplazo.
O esparcida en el valle su vacada
De lo alto la vigila;
Y castra el limpio colmenar, y a cada
Oveja enferma esquila.
¡Con qué placer, cuando alza de oro y rosa
Otoño su bandera,
No apaña la uva, púrpura sabrosa,
O engerta, blanda pera!
Y a ti, Príapo, a ti, guardián Silvano,
Las primicias ofrece;
Y ya en la tenaz grama, o del anciano
Roble al pie, se embebece,
Oyendo las querellas que se envían
Los Pájaros sin dueño,
Y el murmurar de fuentes que extasían
En apacible sueño.
O cuando, al son del trueno, en valle y cerros
Helado invierno acampa,
Ya lanza al jabalí, con tren de perros,
En la parada trampa;
O con red clara que en horquillas tiende
Coge al *tordo goloso,*
Y al lebrato, a la grulla en lazos prende,

Gaje a su afán gustoso.
¡Quién las congojas del amor no olvida
Si así el tiempo acompasa!
¡Y cuán mejor si esposa fiel le cuida
Los hijos y la casa!
Si así cual la Sabina o la Pullesa,
De andar al sol tostada,
Colma en leña el hogar cuando él regresa
Cansado a su morada.
Y las cabras ordeña que en buenhora
Arrestó en su cercado;
[p. 339] Y saca vino fresco, y elabora
Un festín no comprado.
No me gustarán más ostras lucrinas,
Ni el rombo, ni el escaro,
Si huracán de levante a ondas latinas
Vuelve a echar don tan raro;
Ni el gallipavo de África, ni el griego
Francolin más estimo
Que las olivas que en mi huerta riego,
Do una rama es racimo;
O la romaza, que ama el césped bello;
O la benigna malva;
O el cabrito que, ya dentro del cuello
Del lobo audaz, se salva.
O la oveja que a Término en su fiesta
Siempre se sacrifica:
Viandas a que la vista en tanto presta
Una sazón más rica.
Ver cómo a casa apacentada torna
La diligente oveja;
Los lasos bueyes, cuyo cuello adorna
Vuelta al revés la reja;
Y, como enjambre que el fogón rodea,
La fila de criados...
—Alfio dijo esto, y ya dejar desea
La usura por los prados.
Recoge, hacia los Idus, su dinero;
Y a las Calendas... otra vez logrero.

Lupis et agnis.—Epod. 4

Si entre cordero y lobo hay pugna eterna,
La misma el hado entre los dos fundó:
Que abrazaron tus piernas férreos grillos
Y tus lomos el látigo español,
Y aunque por tu dinero andas soberbio
Nunca Fortuna calidad cambió.

Cuando midiendo vas la Sacra vía
Con seis varas de toga, oye la voz
De cuantos al pasar, a un lado y otro
Vuelven la faz con franca indignación:
«A ése, a fuerza de azote lo sajaron
Hasta que el pregonero enronqueció;
[p. 340] Y hoy, ese mismo, en el Falerno campo
Tiene unas mil yugadas en labor;
Y se atreve a pisar con sus rocines
El Apia vía; y, despreciando a Otón,
Como un gran caballero usa sentarse
En primer banco, a par del Senador»...

¿A qué cargar tanta ferrada prora
Contra cualquier gavilla que se alzó
De ladrones y esclavos, cuando éste,
Éste es aquí tribuno de legión?

CCLXIII. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Quid immerentes hospites. —Epod. 6

¿Por qué a inofensivos huéspedes
Atarazas, perro vil,
Y eres con los lobos manso?
¿Por qué no vuelves aquí
Tus vanas roncas, la furia
De, tus humos de mastín?

¿Por qué no a mí?... Porque sabes
Que yo sí te prendo a ti;
Que como alano, o al uso
Del digno de su país
Perro lacón, fuerte aliado
Del celador del redil,
Sabré, con orejas altas,
Por la honda nieve afligir
A no importa qué alimaña
Que alce delante de mí.

Tú, después que el bosque aturdes
Con tremebundo latir,
Vienes a husmear tu pitanza
Cual falderillo ruin.

¡Cuenta! ¡Cuenta que ya aspérrimo
Enristro el cuerno sutil
Contra la infame caterva!
Ya embisto, como al malsín
De Oscípulo el fiero Hipónax,
O como en su frenesí
De yerno burlado, Arquíloco
Al suegro falso e incivil.
Si un quídam, de negro diente
[p. 341] Se atreve a morderme, di,
¿Piensas que yo como un niño
He de sentarme a gemir?

CCLXXIV. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

Quo, quo scelesti ruitis. —Epod, 7

¿Adónde, adónde os despeñáis, impíos?
¿Por qué asir otra vez las armas fieras?
¿Harta latina sangre, sangre a ríos,
No corrió ya por ondas y praderas? [1]

.....

[Vid. O. H. pág. 157.]

CCLXXV. POMBO, Rafael.—Bogotá, 1886.

Quo, quo scelesti ruitis —Ep. 7

(Impresa en el *Parmaso Colombiano*, de Añez, t. I. pág. 59.)

Inc. ¿A dónde, a dónde os despeñáis, impíos?

¿Por qué asir otra vez las armas fieras...

Está en cuartetos aconsonantados, que no parece la mejor combinación para traducir un *Epodon*, aunque siempre es preferible al endecasílabo aconsonantado que había usado Acuña de Figueroa.

La versión de Pombo no es de las más felices tuyas, y, en general, encuentro acertados los reparos que sobre ella hace el general Mitre. [2]

Es un pleonasma el *sangre a ríos*, después de *harta sangre*. Las *armas* no debían ser *fieras*, epíteto vulgar, sino *escondidas* (*enses conditi*). *Perecer a propios empellones*, en vez de *perire sua dextera*, no puede pasar, porque es imposible suicidarse dándose empellones a sí propio. El sentido de los últimos versos, que es [p. 342] el de la pieza toda, resulta confuso por haberse suprimido la alusión a Remo:

*Ut immerentis fluxit in terram Remi
Sacer nepotibus cruor.*

Hay, como siempre, versos de poeta:

¡Ay! y no corrió para incendiar los muros
De la envidia soberbia de Cartago,
Ni para ver entre eslabones duros
Al intacto Bretón contar su estrago!

Con permiso del general Mitre, no sé qué género de infidelidad puede haber en decir eslabones duros, en vez de *cadena*s, y aunque concedo que lo de cantar su estrago no está en el original, todavía me suena mejor los cuatro versos de Pombo que estos otros cuatro del ilustre caudillo argentino, harto humildes y prosaicos:

No fué para incendiar soberbios templos
De Cartago la *impía* [1]
Ni al Britano indomado entre cadenas
Traer por la sacra vía...

Nox erat...—Epod. 15

Era la noche, y en sereno cielo
Febe reinaba entre inferiores luces
Cuando tú, de los Dioses en presencia,
Prendida a mí como la hiedra al roble,
Y ya perjura en tu ánimo, jurabas
Lo que mi propia voz te iba dictando:
«Mientras ronde el rebaño el lobo hambriento,
Mientras Orión, terror de los marinos,
Les subleve la mar; mientras de Apolo
La intonsa cabellera al viento flote,
Pagaré tu constancia.»

¡Harto, oh Neera,
La mía te costará!—Ten entendido
Que si un átomo de hombre a Horacio resta,
No sufrirá que noche tras de noche
[p. 343] Regales a otro más feliz... Alguna
Encontraré que me ame cual yo amo;
Y así que tu beldad se me haga odiosa
Y me penetre el ánimo este agravio,
No habrá poder que mi firmeza rinda.
En cuanto a ti, quienquiera que tú seas,
Afortunado que hoy tan alto marches
Soberbio de mi mal—por opulento
Que en rebaños y tierra hayas nacido,
Y aunque sólo por ti corra el Pactolo;
Más: si resucitado te infundiese
Pitágoras su ciencia, y eclipsaras
A Nireo sin par con tu hermosura—:
¡Ah! los cielos harán que tus amores,
Mudados a otro, mísero lamentos,
Y que, a mi vez, te vuelva yo tu risa.

I

Una edad más en fraticidas luchas
Ya se está consumiendo; y Roma—aquella
Que ni el vecino Marso, ni la Etrusca
Multitud de Porsena amenazante,
Ni Capua, nuestra émula, ni el fiero
Espártaco cruel, ni el sedicioso
Alóbroje falaz que al viento cambia,
Ni Germania ojiazul, ni el mismo Aníbal,
Odio de nuestros padres—, consiguieron
Destruir, ni aun domar: la invicta Roma,
Hoy a su propio esfuerzo se desploma.

.....

[Vid. O. H., pág. 164.]

CCLXXVIII POMBO, Rafael.—Bogotá, 1882.

NOTAS A LAS POESÍAS ANTERIORES

Originó estas traducciones el deseo de dar con ellas una prueba de aprecio y simpatía al Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, autor [p. 344] de Horacio *en España*, aumentando así al mismo tpo. las versiones americanas de Horacio que comunicase a dicho ilustre literato mi querido amigo y paisano D. Miguel Antonio Caro, el traductor de Virgilio.

Mi designio no ha sido el de hacer traducciones de gusto clásico, ni de laboriosa y esmerada interpretación. No alcanzan allá mi estilo y fuerzas; ni trabajándolas de prisa, las más en cama, atormentado por agudísimos dolores, y para enviarlas *por el* próximo correo, pueden tener la elección de dicción y el asiento de estilo que no resultan sino de una revisión posterior, pasado el primer esfuerzo de vaciar en molde propio ideas ajenas y de lengua y tiempo extraños. Rogando, pues, al Sr. Menéndez que excuse su inevitable crudeza y las muchas inadvertencias que contendrán, diré que mi plan fué el de escoger algunas de las Odas del Venusino que fuesen más a propósito para hacer comprender y sentir a los despreciadores de lo clásico, y en especial griego y latino (partido numerosísimo en América), que el tal Horacio era un gran poeta, un alma sensible, generosa, piadosa y delicada, un moralista capaz de avergonzar a muchos de nuestros días; y su país y su tiempo digna materia de estudio y aplicación para los nuestros. Las formas, pues, debían ser populares en lo posible, como para popularizar al lírico latino e inducir a los lectores a estudiarlo en mejores y más completas fuentes. Creo, además, que cualquier forma es buena si agrada y no pugna con la gravedad o la ligereza del asunto original.

En punto a dicción, traté de dar literalmente la *palabra* de Horacio, siempre que el castellano y el metro la consintiesen; rompiendo con cierta etiqueta de lenguaje que viene de siglos atrás privándonos en ocasiones de expresarnos con la fuerza y verdad que admite nuestro idioma. Tengo para mí que de romper esa etiqueta puede resultar hoy, en manos más diestras que las mías, un buen recurso de frescura y efecto en la expresión. No sé si es a algún manejo de Shakespeare, o a mi natural

anticeremonioso, a lo que debo, también en violación de dicha etiqueta, cierta afición a usar voces o modos vulgares cuando los aristocráticos no satisfacen, por débiles o por ya trillados y rutineros. Ejemplo de lo primero: en la oda Altera jam *teritur*, traduje *ubera* tenta, UBRES TIRANTES. Ejemplo de lo último: en la oda Quo, quo [p. 345] scelesti ruitis, verso 10, traduje *sua dextera* a PROPIOS EMPELLONES, por la fuerza de esta palabra, que *agresiones* u otra rima semejante no reemplaza. Profeso el principio de que los poetas deben proponerse no sólo no dejar degradar el lenguaje usual e inocente, sino también ensancharlo todo lo posible elevando con buena elección lo vulgar o llano que no tiene en lo culto correspondencia enérgica. ¡Qué golpes tan humanos, tan certeros y profundos no suele dar Shakespeare por este medio! Para ciertos, momentos, haciéndose olvidar el literato, el hombre se hará sentir más.

Me permití abreviar tal cual rasgo inoportuno o pesado del original (como el de las *Amazonas del Elogio de Druso*), y dislocarlos anteponiéndolos a los más felices para remate de estrofa; y otras veces, como en la de *Cur me querelis*, aproveché el desahogo del metro para añadir breves incidentes explicativos.

Omití llamar *rojos* al león y al Tíber, porque nunca han sido rojos, sino leonado el uno y color de adobe oscuro, u ocre amarino negruzco el otro, según tengo entendido; como que los italianos lo llaman *biondo*. Parece, en fin, que Horacio tenía ciertas muletillas o voces favoritas, como la de tumultos. Se las he reproducido; y basten estas observaciones, que pueden ser triviales o erradas, como de quien invade campo ageno. Ustedes los filólogos tendrán eso analizado y fijo de mucho atrás.

Por imperfectas que estén estas bagatelas, siempre agradeceré al Sr. Menéndez la ocasión que él me ha dado de leer a Horacio, pues traducir en verso a un poeta es el mejor método de leerlo; y agradezco especialmente la distracción que esto me ha proporcionado, alternando entre Horacio y la morfina para olvidarme de la vil materia y poder dormir en medio de dolores casi incesantes que me taladran la cabeza. En gracia de esta obra de misericordia, perdóneme el gran resucitador de Horacio si he tratado de contradecir la aserción de su libro, a la página 103, de que «una traducción poética de Horacio no es para hecha en ratos de ocio, ni como solaz de más graves tareas: requiere largo esfuerzo y aplicación constante»: así como mi amigo Caro y yo, y el público español, pronto consumidor de su primera edición, desmentimos también sus modestas falsedades de que ese libro «no ha de ser leído por nadie (p. XV), y de que había sido escrito «no para [p. 346] solaz y recreación, sino para tormento de los lectores». Por mi parte, ¡Dios os bendiga, Horacio y Menéndez Pelayo, mis solazadores en estos tres meses de tormento!

Si la vida alcanza y esta muestra agrada, puede ser que yo complete, solo o acompañado, la producción de un *Horacio bogotano*.

Como no tenemos aquí más que un ejemplar del *Horacio en España*, éste no dura mucho en unas mismas manos; y sucedió que al enviar yo a usted mis odas anteriores, tenía hechas algunas apuntes, pero el libro estaba en poder de Caro, yo no lo había hojeado entero, y así no sabía lo que advertí después, a saber, que usted mismo cita la introducción de Olmedo sobre el águila. También vi con gusto, a la pág. 421, que usted recomienda al portugués Garçao porque «dió carta de naturaleza poética, no sin asombro y escándalo de los pedantes, a muchos vocablos y frases tenidos por innobles y prosaicos»: mérito muy de acuerdo con lo que yo sostengo en el particular, bien que no sé con qué gusto y discreción lo practicase Gargao.

Después encontré, en otra oda a Meléndez, el «Cual el ave de Jove que saliendo».

No me he acordado de examinar si Druso derrotó también a los Retos. Al traducir leí algo contradictorio sobre esto.

Sic te Diva potens. I, 3.—Algunas travesuras he inferido a esta preciosa oda, desde el italianismo caro mío (si pasa en vez de *dueño*), esas seguidillas eneasilábicas, las *Iliadas sollozando fulgores* para volver la idea de humedad,—la *férula* del Noto, y el *caminar sobre* agua,—hasta la paráfrasis del trabajoso *Macies et nova Febrium*. y

el recargo de color a los tres últimos versos, fuera de dos frases prosaicas y de efecto bufo: «Dejándolo todo en buen orden» y «Adónde no iremos por ir?» Pero, en fin, yo no escribo de frac y guante blanco.

La 1.^a seguidilla la rematé así al principio, con más fidelidad,

Velando que, fuera del Yápix,
No salga un viento;

o que Caro y otros declararon de mal olor. Reniego, como [p. 347] Alejandro, de la vil materia, demasiado presente a los lectores, y que en todo se atraviesa.

Solvitur acris hiems. I, 4.—El verso del Fauno (3.º, 3.º cuarteta) debe leerse:

«Ahora es bien que en umbrío sacro
bosque inmoemos a Fauno»

traducción más fiel, y verso más corriente. [1]

Vides ut alta. I, 9.—Aquí usamos mucho la voz *garrafón*. De España vendría.

Mercuri facunde. I, 10.—Como que el asunto repugna una traducción muy formal y seria.

Tu ne quaesieris. I, 11.—No habría traducido yo esta odita a haber leído antes la que Burgos copia como atribuída a Góngora: toda ella de mano de poeta, de amo, aun en traducciones; pero, sobre todo, llena de gracia en los *Babylonios numeros*, y con un *Carpe diem* inimitable, exquisito. Dudo que, de ese género, haya nada mejor en castellano:

Coge la flor que hoy nace alegre, ufana.
¿Qué sabes si otra nacerá mañana?

Ojalá ponga usted en claro de quién es esa gota de eterno rocío. No tengo a la vista su *Horacio en España*, y no recuerdo si se fijó usted en esto.

Lo que no pueda bajo algún respecto mejorarse, creo que es ocioso traducirlo de nuevo. Otro tanto digo de dos traducciones por Pesado (de sólo tres que conozco suyas), las de *Maecenas atavis* y *Quis Puer gracilis*—de un gusto y discreción perfectas, y de una ligereza aérea—antítesis del apellido de su autor. Y otro tanto de las tres que debemos a usted. (*Estudios poéticos*, 1879), modelos de fidelidad. La *Quis puer* ha sido quizá la oda de Horacio más afortunada entre nosotros.

[p. 348] Las de Moratín son inmejorables en estilo, mas no calculadas para popularizar a Horacio, a mi modo de ver.

O navis referent. I, 14.—No dejándome ya qué pretender con esta oda las magníficas traducciones e imitaciones del gran Fray Luis, de Burgos, Bello, Olmedo, etc., se me antojó hacerla concisa, y de estilo directo, duro y agitado, como de tormento; mientras que la de Bello tiene ritmo de bonanza, de barcarola. El *sollicitum tedium* lo

volví *horror* por mayor distinción; si exageré, léase arriba *afán*. Traté de acentuarle algún sentido al censurado pasaje de las Cícladas; no sé si algún otro ha discurrido la misma moraleja, pues mi librería horaciana no vale un ardite. Observando luego que, aunque menor en cinco versos que el original, le sobran todavía nueve palabras de afeite, la puse a mermar como agua al fuego; y la saqué con dos versos más de menos (o menos de más), como se ve en seguida. *Dulce est aliquando desipere*.

Pastor cum traheret. I, 15.—Algo pedestre salió este romancejo; ojalá su fidelidad le haga perdonar esta falta. Es otro homenaje al autor de *La profecía del Tajo*.

Bogotá, octubre 8, 1879.

P.

Dianam tenerae. I, 21.—En composiciones como ésta (los himnos sagrados en general) con cuya traducción no es dable agradar al público presente, ni siquiera al oído por el conflicto de nombres hoy ingratos o extraños, no he pretendido hacer cosa agradable, sino humilde traducción, concisa y fiel en lo posible para mí. Además, en todo lo clásico antiguo las vocales concurrentes son tormento del traductor, como usted lo habrá experimentado. ¡Cuántas veces acuden para una misma estrofa cuatro o más voces, como Diana, Orión, Clío, Talía, Gías, Piritoo, Híadas, Dione, Agieo, Fraate, Ilion, Eneas, Príamo, Evohé, Níobe, Pieria, Faeton, Prometeo, Tifeo, etc., cada una de las cuales puede requerir alguna salsa extra-texto para administrarla! Y, de contado, raro lector se hará cargo de la forzosa en que el traductor se encuentra, y los más llamarán oscuro, confuso, mal hecho lo que contiene nombres, aventuras, alusiones que ellos no entienden. [p. 349] *Icci, beatiss nunc Arabum invides*. I, 29.—Traduje ésta para llenar ese blanco del pliego. Veo que también me salió más corta que la de Moratín, y sin tantas inversiones, de que él abusa. Tiene, al oído, poco más de las sílabas del original. Como éste parece zumba humorística a un amigo, pido a usted me pase el familiar y castellanísimo *taita*.

Parcus Deorum. I, 34.—La idea final me pareció que pedía soneto.

Septimi Gades. II, 6. —En el penúltimo verso (obvio por cierto), y en la frase «a ambos nos llama», coincidió por casualidad mi traducción con la de Burgos, que de propósito no leí sino después. Bogotá, octubre 12, 1882.

Su amigo afmo. —*Rafael Pombo* .

Oda: Ulla si juris. II, 8.—Aquí cambié a mi antojo el *te senes*.

Jam pauca aratro. II, 15.—Me encanta esta odita, por alguna propensión que tengo a Regidor. La arquitectura es por hoy mi manía, más que los versos, y suspiro porque alguien proponga en Madrid, para mejorar ciertos barrios, la demolición de algunas cinco o seis manzanas para hacer en ellas otras tantas plazas, cada una de ellas completamente característica de una de las diversas épocas arquitectónicas de España, con monumentos a los respectivos personajes. Eso ayudaría mucho al estudio, aprecio y conservación de los tesoros de España en esta línea. ¿Será mera fantasía

En la traducción me he atrevido a ciertas peligrosas literalidades esquivadas por otros.

Otium Divos. II, 16.—Byron recordó probablemente el *Patriae quis exsul se quoque fugit* en su canción a Inés del canto 1.º del Childe Harold.

«What exile from himself can flee?»

To zones, though more and more remote,
[p. 350] Still, still pursues, where'er i be,
The blight of life — The demon Thought.»

que cuando muchacho traduje así:

«¿Puede huir de sí mismo el desterrado?
Los más lejanos climas atravieso,
Y aun me sigue este azote de mi vida,
Este tenaz demonio, — el Pensamiento.»

Ahí notará usted algunas variantes o correcciones. Puede usted escoger la que prefiera.

Cur me querelis. II, 17.—Busqué para ésta un metro quejumbroso, quebrado, análogo al de «¿qué se hizo el rey don Juan?» No sé si acerté.

Non ebur neque aureum. II, 18.—Paréceme ésta una de las más conceptuosas, enérgicas y geniales odas de Horacio, con la ventaja de que, a diferencia de otras, remata admirablemente, y de que carece, casi en un todo, de la geografía, mitología e historia que constituyen el cuerpo de muchas, con detrimento de nuestra debida estimación. Aquí abundan toques cómicos y contrastes no rebuscados, unos y otros de grande efecto. Paréceme también una de las más desgraciadas en sus traducciones castellanas, bien que a la vista tengo sólo tres: la de Fray Luis de León, paráfrasis que quizá por muy juvenil y sin buen estudio del original, lo altera y desnaturaliza a cada paso; la de Burgos, mucho más fiel, mas no cuanto pudo y debió serlo; y la de Moratín, que yo conceptuaba magnífica hasta que la comparé con el texto latino. Él también malogró, como todos, el estudiado juego del cornisamento de mármol ático con oscuras columnas húmedas, boato de Marco Lépedo, cuyo costo escandalizó a Roma (como lo apunta Burgos), y cuyo mal gusto quizá no se escapó del criterio de Horacio. El *heres* ignotus puede ser *intruso*, aludiendo a Aristónico; pero si Atalo III legó al pueblo romano cuanto poseía, podría también Horacio llamarse *desconocido heredero* suyo, con gracia y oportunidad. El jactancioso fausto de las honextae clientae se pierde al llamarlas siervas. *Divesque petit me* [p. 351] *pauperem* es algo más que el *rico a mí se inclina*. *Dies truditur die*, queda deshuesado en: *Una y otra después arrebatadas huyen las horas*. ¿Quién las arrebatara? También se pudo traducir *Húrtanse días a días* o *Hurta un día a otro día*, o *Echa*, etc., más propio pero bajo. Me hizo mejor verso la acción pasiva. Moratín omitió luego la especie de preparar un anciano materiales para su palacio, o mandarlo construir, que es más picante que la de estar ya edificándolo. ¡Que mucho! Si los términos *vecinos*, *alteras avariento*: aquí, como en el *Dies truditur die*, omitió el cuadro, el vivísimo «modus operandi»: *usque revellis terminos agri proximos*, que yo tampoco he trasladado con toda su energía. *Et uxor et vir pellitur*: aquí omitió el acto de expulsarlos. *Tellus recluditur aequae*, etc., malogró esta gran figura, vertiendo *Igual prepara la tierra sepultura*. *Callidum Promethea*: traduce *audaz*, debe ser errata, por *sagaz*, pero todo eso, por hacer estilo, salió débil. Después figura Carón en vez de Plutón; y el último precioso rasgo naufraga. No parece de Moratín haber convertido el *vocatus atque non vocatus* en *Invocado tal vez o aborrecido*; y mucho menos aquello de aliviar al pobre *acallando su llanto en el horror eterno*. La forma métrica de toda la traducción— indecisa—, embarazada o tosigosa en los versos cortos—, y pobre en rimas, tampoco puede servir de modelo, ahora lo observo. Caro me informa que ¿Gallego? criticó severamente a Moratín; mas no he leído dicha censura. Entretanto repito que, de las traducciones de Horacio que conozco, sólo las dos de Pesado, las de usted y la supuesta de Góngora (*A Leucónoe*) me parecen inmejorables. En su *Horacio en España* debe de haber otras excelentes, pero no he vuelto a tomarlo de manos de Caro desde 1879, y mi memoria es la peor de todas las conocidas.

Esto en cuanto a afear al prójimo, para lo cual todos somos agudos; en cuanto a hacerlo mejor que él, otro es el cuento. Por el pronto ya veo el gesto que hará usted a aquel *pujas*, que es más *gráfico* de lo necesario; mas la tinta está fresca, se va el correo y no hay tiempo para más.

Cierro repitiéndome suyo de corazón.— *Rafael Pombo*.

Bogotá, octubre 18, 1882.

Angustam, amice. III, 2, y *Exegi monumentum*. III, 30.—En [p. 352] éstas, y acaso en otras, ocurren algunos finales agudos esdrújulos que alguien censurará. Sobran autoridades que me disculpen, pero, sobre todo, la energía y propiedad de la expresión deben preferirse a la observancia de esas reglas menudas, si merecen llamarse reglas.

Justum et tenacem. III, 3.—Nuestro insigne Caro considera ésta una de las odas de Horacio más difíciles de traducir, por sus transiciones, etc., y añadiré yo, por el atroz enlace del *speech* de Juno, que indujo a Burgos a anteponerle la posterior entrada de Rómulo en el Olimpo. Como yo soy de tronco gallego, este obstáculo me provocó a traducirla literalmente, salvo cambios de mi gusto, no de necesidad; para ver si así la podrían sufrir oídos castellanos, y ahí va al supremo tribunal del Sr. Menéndez Pelayo, único responsable de todas mis tropelías horacianas. Aquí no falta una palabra útil de Horacio (útil para agrandar a lectores de 1882); y antes le he añadido 46 más, que suman siete endecasílabos sibilinos:

Alumbrarán su incontrastable intento —
Y en pie — celestes — inmortal, la gloria —
Igneos — ceniza — en triunfal marcha — alzado —
A su país — a eso — te trajimos —
A eso — el día — Vedlo ahora! — a su amor — sueltos —
Sin señor — más viril — divisa Roma —
Altos — fijando — misma — alzar del polvo:

quitados los cuales, son 73 versos, uno más que el original, y 17 menos que la de Burgos: luego, sin avara estrechez, puede nuestra lengua reproducir al conciso Horacio. Yo no he omitido, como Burgos, el *prava jumentum* y el *insultet armentum*. Tampoco creo que he aguado el *horrenda late* ni el *quicumque mundo*, etc., ni suavizado liberalmente el *Omne sacrum rapiente dextra* (por donde sospecho que el Sr. Burgos era radical). Reconozco al mismo tiempo que él hizo un magno esfuerzo al ajustar el original a su desagradecísimo tipo de estrofas líricas, inconmensurables como Horacio: lecho de Procasto que se venga cruelmente del que lo aplica en traducciones. Sin tan errada etiqueta clásica, Burgos habría hecho desde entonces, con trabajo infinitamente menor, una infinitamente mejor versión del Venusino. La [p. 353] cuestión de forma, a mi modo de ver, tiene que ceder al sine qua non de reproducción fiel, enérgica y poética, o, mejor dicho, la forma espiritual, la del designio del autor, es la que hay que buscar, pues de lo contrario se hace al original secundario respecto de las estrofas y rimas modernas: teoría insostenible. El ejemplo de la *Eneida* de M. A. Caro me replica que todo se puede conciliar; sí, pero con fuerzas inauditas de lengua y de trabajo, como son las de él, que temo no se repitan en mucho tiempo en nuestra literatura; fuerzas tales, que ese monumento, digna labor de una vida, es apenas uno de los muchos ocios por ese estilo de su adolescencia. Caro es un Vulcano literario en tales faenas, aparte de cien otras aptitudes y habilidades.

En la segunda forma de la traducción de Burgos de esta oda (que he visto anoche por vez primera, en el *Horacio* pintoresco de Barcelona, 1882), hallo con sorpresa que el *refringit* de Héctor, tan justamente elogiado por él, lo malogró cambiando la *pujanza* en *blasones*. Fatal remiendo, en vez de haber corregido los *tigres no domados*, la *plebe*, lo de *reparar* los muros de Ilión, el fuego que hace polvo, los climas (*qua parte*), las malas rimas verbales, y otras menudencias. No sé si acerté, en mi empeño de concisión sin sequedad, al reducir tres y medio versos del latín a uno y medio:

Suba, y siéntese dios entre los Dioses

Saboreando el néctar.

Mi cueven del celent inultae pide indulgencia. No me satisface allí verbo ninguno que no haga de esas tumbas cuevas de fieras. El singular *cónyuge*, lo ha usado Caro; su autoridad tendría.

No me ocurre más que decir en modesto encarecimiento de mi traducción para que usted la acepte con menos repugnancia como especialmente suya, lo que declaro no por mérito de mi copia, sino por la proverbial distinción moral y religiosa del original.

Coelo tonantem credidimus Jovem. III, 5.—Es faltarle al respeto a esta oda mandársela a usted apenas al otro día de traducida, cruda, tosca y desigual por consiguiente. Pero allá va, con dos estrofas menos que la de Burgos, pero con menos rimas, bien que él no las escoge mucho. Caro cree que esta oda y la del *Beatus* [p. 354] ille son de las que Burgos tradujo mejor. Yo no he leído todas las suyas, ni lo hago como para juzgarlas, y soy juez impedido en el particular.

Aquí, en el arranque, por evitar el rimbombo y hacer el sobrio, quizá fuí al extremo opuesto del de Olmedo.

—*Britanos indómitos*, o más propio *remotos*: escoja usted. Horacio mismo los llama intactos, no recuerdo en dónde.

Que como a un Dios lo mira (última estrofa). Más fiel al texto sería *Resistido a perderlo*, *Resistido a su vuelta*, etc.; pero (tal vez porque me suena verso débil) me ocurre que es inverosímil que el pueblo osase cerrar el paso al que realmente debió parecerles un dios; al que acababa de rechazar, a su vista, a su mujer y pequeñuelos.

En beneficio de mis cortes y de mis lectores, he abreviado o ampliado *ad libitum*, con vista más atenta al drama y a la pintura que a copiar el original.

Dos de mis estrofas pecan de intimidad, como prosa.

He advertido que en mi 8.^a estrofa escribí *Roma y sus ruinas* por *Italia y sus ruinas*. Simple errata que ruego a usted corrija.

Decididamente retiro el *indómitos* o *remotos* del 4.^o verso, y ruego a usted ponga *feroces*, puesto que Horacio lo autoriza en *Descende Coelo*— « *Britannos hospitibus ferox* » .

Delicta majorum. III, 6.—Bello tiene en sus silvas americanas lindas reminiscencias de aquí.

Donec gratus. III, 9.—No me ocurrió metro de más ligereza y coquetería que nuestra seguidilla. ¿La condena usted como anti-horaciana?

Faune Nympharum. III, 18.—¿Habré exagerado el buen humor, el espíritu báquico de su última estrofa?

Túndele, cásquele, déle. Así usamos estos verbos en América. ¿No en España? ¿Es preciso *túndela*?

Intactis opulentior. III, 24.—Aquí introduje algunas breves cuñas en obsequio de mis estrofas.

[p. 355] *Quo me, Bacche, rapis* tui. III, 25.—Ésta, desde luego, no es una traducción seria, sino una rimadura sin conciencia, cuasibáquica, que empecé por humorada, y una vez que la concluí la copio, solicitando indulgencia. No sé si usted habrá notado el byronismo del *Ut mihi devio ripas, et vacuum nemus mirari libet!* Véase, por ejemplo, la estrofa 178 del canto IV del Child Harold:

There is a pleasure in the pathlers woods,
There is a rapture on the lonely shore etc.

que incluí en 1866 en una estrafalaria traducción mía de algo de ese poema:

CLXXVIII

¡Hay placer en esos bosques sin senderos ni rastros humanos!
¡Hay encanto en esas playas dilatadas y solas!
¡Hay sociedad allí, sociedad que ninguno importuna.
Do embiste el mar y rugiendo me arrulla con música blanda!
No quiero al hombre mal, pero es mi predilecta Natura
Desde que abrimos los dos estas entrevistas calladas
En que olvido cuanto soy, cuanto puedo ser, cuanto he sido
Y confundiéndome extático con el portentoso Universo
Siento lo que ni sé expresar ni ocultar por entero en el alma.

Quo me Bacche. III, 25.—Veo que Burgos revisó con acierto su traducción.

Vixi puellis. III,26.—Escogida para llenar el pliego, y vertida con más malicia que literalidad. La de Burgos es más corta.

Tyrrhena regum . III, 29.—Esta oda me parece una exquisita epístola; de aquí mi elección del verso blanco.

Exegi monumentum. III, 30.

[Vid. *Angustam, amice*. III, 2.]

Pindarum quisquis. IV, 2;—Está ya muy bien traducida por varios; pero los sáficos adónicos me tentaron. El *daturus nomina ponto* es contraproducente, pues para muchos vates valdrá la pena de darse una caída el dejar su nombre a un mar, que fué más que lo que Colón obtuvo con descubrir la América. [p. 356] Sobrando aquel ripio para mi estrofa, lo eché al agua. *Dircoeum cignum*. ¿Sería Tebas notoriamente ventosa, más que la Calabria? Me figuro que hay allí una distinción geográfica, mas ahora no lo investigo. Trae los Sicambros: aquí adelanto el tiempo, por traiga.

Quem tu, Melpomene. IV, 3.—A propósito de mi designio popularizador, aquí tiene usted esta famosa oda en castellano de guitarra. ¿No se escandaliza usted? Sospecho que, después de todo, es usted tan manguiancho y tolerante como yo en esta parte.

Qualem Ministrum. IV, 4.—De imitaciones del arranque, recomiendo a usted la de Olmedo, con que empieza el canto «Al General Flores, vencedor en Miñarica»:

«Cual águila inexperta, que impelida
Del regio instinto de su estirpe clara,
Emprende el precoz vuelo
En atrevido ensayo,
Y elevándose ufana, envanecida
Sobre las nubes que atormenta el rayo,
No en el peligro de su ardor repara,
Y a su ambicioso anhelo
Estrecha viene la mitad del cielo:
Mas de improviso, etc., etc.

En cuanto a vuelos de águila, es valiente el arranque de la oda de Zorrilla:

«Sube, pájaro audaz, sube sediento
A beber en el viento
Del rojo sol la esplendorosa lumbre, etc.

hasta que tropezamos con la palabra *inmundo*.

¿Cómo es que en el Tesoro, de Quintana, no he encontrado en la oda a las Artes el trozo de Meléndez, a que usted alude? ¿Es de otra oda?

No vacilé en añadir el *Reto* al Vindélico, para no ser mezquino con Germánico. La Paloma, que no nace del águila, me pareció un truism, de efecto peligroso en español; y preferí polluelo. El *Praelia conjugibus loquenda*, traducido literalmente, me pareció [p. 357] flojo, débil; preferí rematar la estrofa combinando el aplauso y la parlería de alcoba en la idea de la gran figura de Aníbal herida, insultada a un tiempo por la risa del mundo para él y su aplauso para los romanos. ¿Entraría tal vez en Horacio algo de esa idea de ridículo?

Divis orte bonis. IV, 5.—Rimada como para oídos memoriosos, y durilla y prosaica, me salió esta oda, lo último por haber arremetido, con el desenfado de la ignorancia, a las dificultades y *energías* del original que otros han pasado por alto. No encuentro en Burgos (ed. de Salvá, 1841) el *reditum... redi*, el *dies it gratior*, los *votis ominibusque et precibus*, el *littore curvo*, el soberbio *quaerit Patria Caesarem*, el *desideriis icta fidelibus*, el *Culpam poena* PREMIT *comes*, el *incolumi Caesare*, el *QUISQUE condit diem*, el *hinc redit laetus*, el *te prosequitur* (si no lo entiendo mal), el *te mero defuso pateris*, la supuesta forma sacramental «*Longas o utinam*, etc.», y el *sicci* y *uvidi*, que él declara intraducible, y quizá con razón, en la lírica elevada. También es cierto que al paso cortito y amarrado de sus estrofas, paso de niño, mal podía andar Augusto, y demasiado bien salió del empeño. Me llama la atención que un hombre como Burgos no admirase más esta oda, que me inclino a creer es en el fondo, aunque laudatoria, una de las mejores de Horacio: cuadro de formidable vigor, de exquisita variedad, de sumo *arte*, *natural*, de una segunda edad de oro; el mejor alegato a favor de Augusto, que parece aquí una Providencia cristiana; himno del majestuoso mediodía de la Roma imperial.

Querría probar a verterla de nuevo con otra estrofa; pero ya es imposible; y que paguen las costillas del respetable. Burgos mi descontento.

Dive, quem proles, IV, 6.—Traducción cuasi algebraica, sin *ambiente* suficiente, 12 versos más corta que el texto y 22 más que la versión de Burgos, si bien es cierto que el alejandrino es doble de sus versos cortos. Pero incluí algo que él omitió y, si no la entiendo mal, no he malogrado la última estrofa, tan *gráfica* y de afectuosa jactancia.

Sin que esta muestra sirva de ejemplo, juzgo el alejandrino el mejor metro en castellano para verter himnos que pidan [p. 358] majestad, grandiosidad olímpica, música solemne y muy acompasada; así como pienso que por su variedad en la unidad ningún metro horaciano aventaja para lo narrativo elevado a nuestro blanco endecasílabo manejado diestra y libérrimamente (puesto aparte Homero, por el sabor de candorosa antigüedad que exige). Como en las odas históricas hay en el cuerpo una especie de recitado, y al principio y al fin algo más lírico, a modo de *cantable*, me parece buen sistema, que concilia en lo posible lo fiel con lo musical, dar en blanco el centro y rimar los extremos. ¿Qué piensa usted de ello? En punto a metros, no me quejo, como otros, de que estemos muy desheredados respecto de los griegos y latinos. Nuestro octosílabo, tan vario y elástico, tan calculado para oídos escasos o impacientes. ¿qué tiene que envidiar? También es para mí claro que entre griegos y latinos el acento hacía mucho más papel del que le conceden los prosodistas; el mismo que entre nosotros, pero en juego o combinación con la mitológica cantidad. Imagino que estudiando la antigua métrica con nuestros oídos gusto rítmico actual, podemos mejorar algo, como es debido, la lectura de la poesía latina, aproximándola a lo que fué: por ejemplo, en las articulaciones con q, que creo dañamos con la pronunciación castellana. Punto de fácil reforma y que se relaciona con la cuestión de simplificación ortográfica que toqué en mi Reseña académica.

Diffugere nives. IV, 7.—La exquisita belleza de tantas composiciones de Horacio como ésta, entristece, y es para mí patente prueba de la divina e inmensa, novedad del Cristianismo. ¿Por qué son siempre mariposas brillantísimas, pero de vuelo corto, que tiran a la materia, al fango, y allá van siempre a hundirse? Son así, porque les faltan las verdaderas alas, las eternas. Horacio busca la verdad, voltea a su rededor, la toca y no la advierte. ¿Qué, habría sido él cristiano?

Fuera de nuestros libros sagrados, paréceme que la herencia poética de la humanidad está, hasta ahora, repartida entre los antiguos y los modernos. De los antiguos es el Arte, admirablemente adecuado a sus creencias y a su vida y necesidades; de los modernos es el fondo infinito, la Revelación, que no fué sólo revelación de la Verdad, sino también de poesía incomparable, [p. 359] divina: la unidad, el orden completo, la justa proporción entre las sombras y las realidades, entre lo que parece y lo que es, la solemnidad, la fe, la caridad, la esperanza; la clave moral y física de la creación; la reducción del universo visible, del todo pagano, ante la expansión sin límites de Dios, de sus obras, del hombre y de sus destinos. De los antiguos la lira, de los modernos el inmensurable espacio sonoro; de aquéllos el esqueleto, de éstos el alma, el corazón. Pero (o por consiguiente), me atrevo a creer que el poeta moderno no se ha levantado todavía a la altura de su parte de herencia, de su precioso privilegio y ventaja sobre los antiguos, como si nuestra fortuna nos abrumase y aturdiese. Muchos milagros de nuestra fe vemos en otros órdenes; pero están por verse en éste, en lo humano. Muchos ordenandos y aun sacerdotes, pero no aparece el pontífice. Ni Dante, ni Milton, ni Calderón (no aludo al don dramático), ni Chateaubriand se han revestido de esa soberana dignidad. En Goethe hubo arte y ciencia, y buena vista de la naturaleza, pero faltó cristianismo. En Byron tuvimos un serafín *enfant gaté*, con su arrobadora belleza y sus caprichos y mala crianza. Lamartine trajo muchas grandes dotes: no ha aparecido jamás, para mi ligero criterio, un poeta más espontáneo, más poeta-nato que él; pero carecía de lengua (y con todo, hizo poético el francés) y carecía del mundo que sobraba a Shakespeare; y la política, la idolatría y el *dandysmo* lo distrajeron. Víctor Hugo es un Góngora colosal, volcán en perpetua erupción, prodigio de corazón, de fantasía, de fuerza y de esfuerzo; pero —lírico en lo teatral—y teatral, trágico, en lo lírico—, profesa deliberadamente la fealdad y el exceso; no se conforma con ver la naturaleza, sino que casi siempre la muerde, la taladra, la desgarrar y destroza; a fuerza de color suele echar a perder la línea y el modelado; agarra tanto que aprieta poco; y, en fin, si no me equivoco, lo que le falta es *la medida*, que, como en la medicina, es la luz pura y la eficacia del Arte. Éste (el arte) outré, deslumbra y no alumbra; apunta y no da en el blanco.

Creo que, en general, en la poesía moderna falta el arte, amén de algo más; y ha sobrado al mismo tiempo la mala adaptación del arte antiguo. No somos suficientemente paganos para apreciar la poesía pagana, pero sí lo bastante para viciar la nuestra y desnaturalizarla. En las demás artes la sociedad cristiana ha sido [p. 360] quizá más afortunada, ha madurado más pronto; y prueba de ello es, por ejemplo, lo que se empequeñece nuestra poesía ante nuestras catedrales, o leída a los ecos de la gran música del Catolicismo. Nos falta arte—sencillo, grande y solemne—y nos sobra artificio. Muchas imágenes, muchas labores, mucha Enciclopedia, mucha

anécdota, mucha superficie: ausencia de un corazón sólido, asentado, incontaminado, sereno, luminoso, suficiente, infinito: ausencia de la *HISTORIA*. ¿Y no es bochornoso que el Cristianismo no haya producido aún nada humano que anule a Homero?

Muy de otro modo pienso respecto del arte dramático. En lo antiguo fué más divino, a su manera, por lo vario y terrenal de sus dioses. Expresión de la patología social e individual, fruto propiamente humano, y artificial por esencia, ha estado y está en su terreno entre los modernos. Aún creo que la alta facultad, la potencia dramática y la lírica, son incompatibles, porque el dramaturgo no puede ser universal, no puede ser todas las voces en una, sino a costa de la individualidad; requiere una versatilidad de espíritu, una alma cómica, que no sé cómo coexistiría con la posesión de una sola voz, sincera, candorosa y dominante; ni cómo daría tanto salto desde una gran profundidad. De aquí, dramas como los de Byron y Zorrilla; de aquí líricas como los sonetos de Shakespeare.

El drama en España es planta silvestre; no me canso de admirar la aptitud de todos sus poetas en este difícilísimo género; y como allá y acá somos unos mismos, y en la América que conozco nuestra esterilidad en él es absoluta, atribuyo el milagro peninsular a irresistible exigencia de aquel pueblo, mientras que el nuestro no pide dramas, ni los paga, ni los lee, porque rara vez hay teatro adonde vaya a habituarse al teatro, y por ende no nos pone la cabeza en prensa para cebar su costumbre. ¡Permita Dios que el teatro español se mantenga elevado, serio, puro y propio,—se mantenga *verdadero*—, aunque su atractivo, sus lauros y provechos, sigan desviando y absorbiendo la facultad lírica de sus ingenios! Esa absorción explica probablemente la comparativa escasez de su producción lírica, que, pienso yo, debería ser allá más fuerte y más nacional que la dramática, por el carácter español; y en Francia al contrario.

He dado demasiada soltura a la pluma en esta nota [p. 361] hidrópica; y quizá sean mis conceptos desconsiderados e injustos, como hijos de una lectura y estudio muy indolentes, y de un ideal tal vez muy ambicioso e irrealizable.

Ya remitida, noté que al volver la hoja cambié el metro en los pies largos, haciéndolos de seis y diez, en vez de seis y nueve. Pase por variedad.

La larga nota que envié a usted a pretexto de ésta, parecerá inconsecuente en lo que digo allí sobre el arte dramático, pero quizá lo que le falta es desarrollo. La incomparable ventaja de los modernos en lo dramático, procede no sólo de la mucho mayor complicación y relaciones de nuestra vida, sino, sobre todo, de nuestros dogmas, que hacen del hombre «arquitecto de su propio destino» y sabio y severo juez propio y de los demás. Esa libertad y grandeza individuales, trasladando a la conciencia la maquinaria divina que antes oprimía y anulaba por fuera al hombre, hacen hoy de nosotros dioses en la escena, muy superiores a los hombres y dioses antiguos. Aun me aventuro a decir que sólo bajo el Cristianismo existe el drama verdadero, la lucha libre, consciente y analítica de las pasiones. En cuanto a Shakespeare, ¿quién puede negarle la profundidad?; pero ¿habrá habido dos ejemplares de ese hombre? Insisto en presumir que esa privilegiada videncia suya estaba sólo en su espíritu, no en su corazón, no en su experiencia propia, y que su vida era comparativamente serena, y sus pasiones superficiales, ideales, artísticas, como las de Goethe. Los mayores poetas son temibles farsantes de corazón.

En España, prescindiendo de los vivos, quizá no han asomado en este siglo mayores facultades líricas que las de Quintana, Espronceda y García Tassara. ¿Mostraron facultad dramática? El maravilloso Bretón de los Herreros y el no superado López de Ayala (¡pérdida cruel!) ¿mostraron facultad lírica? Del último conozco poco suelto y de poco valor.

He vuelto a tomar de Caro el *Horacio en España*, y veo que la primera parte de mi nota coincide con el ideal de usted, y que en muchos puntos menudos nos adivinamos. Así también en el Horacio ilustrado ha dado usted el mismo lugar que yo habría [p. 362] asignado al *Maecenas atavis*, de Pesado, y al Tu ne *quaesieris*, supuesto de Góngora y que para mí es de una mano más igual y reposada.

Su amigo afmo. —*Rafael Pombo*.

Bogotá, octubre 24, 1882.

Donarem pateras. IV, 8.—Ésta fué muy cruda. Aquella forma necesita especial pulimento para quitarle el efecto bufo que produce en castellano.

En el nuevo *Horacio* he visto la traducción de González, en el mismo metro que la mía, pero sin esdrújulos de final forzado, y doce versos más larga. Siguiendo su ejemplo, creo que debo corregir el verso de Cástor y Pólux (el antepenúltimo) traduciendo *el clarum sidus* no *La estrella fúlgida*, sino *El grupo fúlgido* o *El par sidéreo*.

Cebado ya, por la generosa acogida de usted, a este ocio horaciano, intento traducir todo el tomo, y con mis traducciones irán no pocas que a la mía ha hecho nuestro colega el Sr. D. José Caicedo R., mano delicada.

Suyo de corazón .—*Rafael Pombo*.

Bogotá, octubre 31, 1882.

Beatus ille. Epod. 2.—Empecé a traducir el *Beatus ille* de este modo:

«Feliz el que apartado
Del vano mundo, y libre de usureros
Con sus bueyes cultiva el heredado
Paterno campo amado,
Como en los tiempos cándidos primeros.
Ni soldado a deshoras lo levanta
Son de alarma y combate,
Ni mercader la fiera mar lo espanta;
Y evita igual su planta
El foro y los umbrales del magnate.»

Pero, además de los epítetos añadidos al principio, leí la jugosa y sabrosísima de Fray Luis de León y boté el lápiz. Convengo con usted en que no hay traductor como ése; porque lo más importante de una traducción poética no es dar la idea (tarea fácil [p. 363] para un latinista), sino el *sentimiento*; y nadie en lo clásico siente y hace sentir como aquel hombre privilegiado.

Bogotá, septiembre 18, 1879.

Traduje, al fin, el BEATUS ILLE, pero mi traducción es un homenaje, un riego de frescura a la de Fray Luis, pues adopto su estrofa, y engasto en las mías varios diamantes de las suyas. En el arranque traté de salir pronto del *logro* o *logrero*, y como los incómodos *bueyes* eran indispensables, de ahí esas *leyes* que desagradarán a

usted. ¿Castrar *colmenar*, por colmena, podrá pasar? ¿*Elabora* por prepara o adereza (manjares)? «Del lobo *audaz* se salva». Yo había escrito *edaz*, pero como que no se usa en castellano.

Quid immentes hospites. Epod. 6.—En el generoso artículo de usted sobre el Horacio *Español* (de no sabemos qué Revista, pues llegaron sólo las hojas sueltas) noté otra erratita en mi traducción del PINDARUM QUISQUIS. Primer verso, *pretende* por *pretenda*.

QUID IMMERENTES HOSPITES.—El prender que allí me satisfizo me lo he encontrado después en la *Intermissa*, de Fray Luis, lo que celebro. Yo lo tomé de nuestro vulgo, y veo que ya era gente.

Su afmo. reconocido amigo.—*Rafael Pombo* .

Bogotá, 30 de septiembre de 1882.

El 24 del corriente envié a usted ocho traducciones, de 26.^a a 33.^a

QUID IMMERENTES HOSPITES.—No valga lo que dije sobre el uso del verbo *prender* por Fr. Luis de León, que ya advertí procede del *jam captum teneo*, ¡pero vaya un doble sentido condenado! [\[1\]](#)

Nox erat. Epod. 15.—Observa Theodore Martín en su librito sobre Horacio (Blackwood and Sons, 1870, Pág. 113), que el gran lírico no tiene una poesía erótica en que el verdadero sentimiento [p. 364] sea más perceptible que en ésta, pareciéndole las demás fruto de sensualidad, galantería o ficción. Martín la traduce, y le resulta un tanto byrónica, especialmente en el « *Nec semel offensae cedit constantia formae, —Si certus intrarit dolor* », que vuelve en inglés:

The pang once felt, his love is past recall.

Releyendo me ocurrió mejorar así el 5.º verso:

Jurabas (ya perjura entre ti misma)

Alter jam teritur. Epod. 16.—Aquí Horacio hace una especie de profecía de América, y receta a los buenos de Europa que emigren para acá. Nuestro Libertador y Mártir el General Bolívar escribió que «lo único que se puede hacer en América es emigrar», supongo que a Europa. Debemos, pues, inferir que la raza humana ha hecho inhabitable todo el globo, y que es lástima que tan hermoso local esté tan mal ocupado. ¿Le gusta a usted ese metro? Me parece que combina lo suficiente de lírico con mucha libertad y ventaja para lo descriptivo.

CCLXXIX. GÓMEZ RESTREPO, Antonio M.—Bogotá, 1886.

Traducciones de Horacio

(Dedicadas al Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo

Huye el invierno gélido al retorno
De la estación feliz de primavera;
Tibio el favonio sopla, liquidando
La nieve que en los campos aun blanquea:
El marinero sus enjutas naves
A la serena mar confiado entrega,
El ganado abandona los establos,
Y el labrador junto al hogar no huelga.
Seguida de sus coros va danzando
De Febe a los fulgores, Citerea,
Mientras las Ninfas y las Gracias, raudas
Con alternado pie baten la tierra,
[p. 365] Y el poderoso Dios ignipotente
Prende las negras fraguas ciclopeas.

Ciñamos hora de laurel la frente,
Y allá en el fondo de la oscura selva
Inmolemos de Fauno en los altares
Lucio cabrito o retozona oveja.
¡Oh caro Sextio! de la vida el plazo
Es tan estrecho, que abrigar nos veda
Para lejano tiempo una esperanza,
Y la Parca cruel su planta asienta
Del rústico infeliz en la cabaña
Y del magnate en la morada regia.
Ella de tu existencia el débil hilo
Al cabo cortará, sombras eternas
Circundarán tu desmayada frente,
Y la morada de Plutón horrenda
Se abrirá a recibirte, en donde nunca
Lograrás presidir las regias mesas,
Ni admirarás de la gallarda Lida
Los dulces ojos, la gentil presencia.

¿De nuevo, oh nave, al hondo mar te lanzas?
¿Qué haces? retorna al resguardado puerto.
¿No ves tu erguido mástil destrozado,
Sin remos tu costado
Al impulso del Áfrico impetuoso?
Rotos tus cables y flotantes lonas
Apenas puedes sostenerte, oh nave,
Sobre la faz del piélago sañoso,
Y aunque auxilio demandes a los Dioses
Mostraránse insensibles a tus voces.
Te gloriarás en vano de hija noble
De la póntica selva, que el marino
No pondrá temeroso su esperanza
En tu vistoso pino.
Tú que un tiempo me diste
Dolorosa inquietud y tedio triste
Y hora me das solícito cuidado,
Guárdate, si no quieres
Juguete ser del viento alborotado,
[p. 366] Y no lances tu quilla
Al mar que con sus olas estremece
De las lucientes Cíclades la orilla.

CCLXXXI. GÓMEZ RESTREPO, Antonio M.—Bogotá, 1886.

Poscimur. Si quid vacui...—I, 32

Si un tiempo, oh lira, bajo grata sombra
Hice sonar tus melodiosas cuerdas,
Líricos sones que por siempre duren
Plácida entona.

Tú, que otro tiempo, los audaces tonos
Acompañaste del cantor de Lesbos,
Que, ya entre el polvo y temeroso ruido
De hórrida lucha,

Ya dirigiendo a la segura playa
La nave, rota por los rudos vientos,
Al padre Baco y a las sacras Musas
Siempre cantaba,

Y a la alma Venus, al sagaz Cupido
Pendiente al hombro la dorada aljaba,
Y a Lico hermoso, el de cabellos negros
Y ojos brillantes.

Honra de Febo, septicorde lira
Que a Jove grata, en las celestes mesas
Blanda resuenas, mis ardientes votos
Oye propicia.

CCLXXXII. GÓMEZ RESTREPO, Antonio M.—Bogotá, 1886.

Vitas hinnuleo similis, Chloe... —I, 23

Huyes de mí cual tierno cervatillo
Que por enmedio de fragosas selvas,
Del viento y de las hojas temeroso
Tras de su madre pavorida vuela.

Si entre las ramas susurrando bullen
Las brisas de la alegre primavera,
Si agitan los lagartos los zarzales,
Su corazón y sus rodillas tiemblan.

[p. 367] No corro en pos de ti, graciosa Cloe,
Cual getulio león o tigre fiera
Para despedazarte; óyeme, oh ninfa,
Sigue a un esposo y a tu madre deja.

CCLXXXIII. GÓMEZ RESTREPO, Antonio M.—Bogotá, 1886.

Quid dedicatum... —I, 31

¿Qué el vate pide al dios Apolo, hoy cuando

Templo suntuoso Augusto le dedica?
¿Qué implora de él, cuando en la rica copa
El suave néctar espumoso liba?

No de Calabria las inmensas greyes,
Ni las cosechas de Cerdeña opimas,
Ni el oro codiciado y los marfiles
Que las regiones Índicas envían,
Ni las que el Liris taciturno baña
Con su corriente, fértiles campiñas.

Enhorabuena el labrador ensaye
La podadera en sus pobladas viñas;
Y el mercader a quien los altos
Dioses Salvo volvieron a su patria orilla,
Después de recorrer los anchos mares,
Del néctar beba que comprara en Siria.
A mí me bastan las salubres malvas,
La endibia grata y la gustosa oliva.
Gozar, oh Dios, concédeme mis bienes
Con mente sana, en senectud tranquila,
Mis solitarias horas alegrando
Con los blandos acentos de mi lira.

CCLXXXIV. GÓMEZ RESTREPO, Antonio M.—Bogotá, 1886.

O Venus, regina Gnido... —I, 30

Reina de Pafos y Gnido
Deja tus gruta idalias,
Y ven do amante Glicera
Con blando incienso férvida te llama.

Sigan tus pasos Cupido
Y las seductoras Gracias
Sus cándidas vestiduras
Sueltas al soplo de las leves auras.

[p. 368] Vengan Mercurio y el coro
De bellas Ninfas gallardas,

Y la juventud ardiente,
Sin ti no apetecida ni envidiada.

CCLXXXV. GÓMEZ RESTREPO, Antonio M.—Bogotá, 1886.

Rectius vives, Licini... —II, 10

Mejor, Licino, vivirás, si cauto
No das tu nave al piélagos bravío,
Ni por huir la tempestad, la encallas
En aleve bajío.

El que reposa en la áurea medianía
Sin afán ni ambición, huye igualmente
El infecto tugurio y la morada
Del magnate potente.

Con más furor agita el viento al pino
Y en tierra dan las torres elevadas;
El rayo hiere de los altos montes
Las cimas levantadas.

El que los cambios de la suerte sabe
Teme si goza, y cuando sufre espera:
Que el mismo Jove que el invierno envía,
Manda la primavera.

El mal presente acabará mañana:
No siempre Apolo la templada lira
Hace vibrar, ni siempre aguda flecha
Del vibrante arco tira.

Firme y constante la desdicha aguarda,
Mas cuando viento favorable impela
Tu navecilla, cuida sabiamente
De recoger la vela.

Adiciones. —El segundo verso de la estrofa cuarta de la oda Poscimur debe variarse así:

...Al sagaz Cupido

Que siempre asiste de su madre al lado.

[p. 369] Añado las siguientes traducciones, que he terminado últimamente:

CCLXXXVI. GÓMEZ RESTREPO, Antonio M.—Bogotá, 1886.

Sic te diva potens Chipri.—Od. I, 3

Que de Chipre la Diosa prepotente
Y de Helena los fúlgidos hermanos
Oh cara nave, sobre el mar te guíen;
Que de los vientos el Señor tu curso
Dirija, al soplo de los blandos Céfiros,
Y el Aquilón domelle proceloso;
Si a Virgilio del Ática nos vuelves,
Y guardas la mitad del alma mía.
De roble el pecho incontrastable tuvo
Y triple bronce, el que a la mar sañosa
Débiles naves entregó primero,
Sin temer a los rudos Aquilones
Con el Áfrico fiero reluchando,
Ni a las pluviosas Híadas, ni al Noto
Rey potente del Adria, ya apacigüe
Sus ondas, ya irritado las levante.
¿Qué muerte arredrar pudo al que impasible
Vió los nadantes monstruos, el hinchado
Mar, y de aleve playa los bajíos?
En vano Jove pródigo las tierras
Separó con el piélago profundo,
Pues atrevidas las flotantes proras,
El líquido elemento atravesaron.
Audaz de los mortales la progenie
Sin temor a lo ilícito se lanza:
Audaz la estirpe de Japeto al mundo
El fuego creador bajó atrevido,
Y desde entonces la legión infanda
De macilentas fiebres extendióse
Sobre la tierra; y la antes tarda muerte
Apresuró sus temerosos pasos.

Con leves plumas, al mortal negadas
Dédalo alzóse por el vago viento
Y ante el esfuerzo del potente Alcides
Se abrió del Orco la morada horrenda.
Nada es difícil al mortal: el mismo
Cielo, en nuestra locura pretendemos,
Y nuestros vicios al supremo Jove
Soltar le vedan el temible rayo

[p. 370] CCLXXXVII. GÓMEZ RESTREPO, Antonio M.—Bogotá, 1886.

Lydia dic mihi per omnes. —Od. I, 8

Dime por los Dioses, Lidia,
¿Por qué con tu infausto amor
Perder a Síbaris quieres?
Él, que enantes desafió
Polvo y soles, ¿por qué tímido
Del Campo Marcio huye hoy?
¿Por qué como sus iguales
No doma altivo bridón
Con el duro freno, y teme
Cruzar el Tibre veloz,
Y odia cual veneno el óleo
Que unge al bravo luchador?
¿Por qué las armas no embraza
Su brazo audaz, que arrojó
Más allá de la ardua meta
Disco o dardo volador?
¿Por qué se esconde, cual dicen
Del Tesalio campeón,
A quien de temprana muerte
Acongojaba el temor,
Antes que en tierra cayesen
Los altos muros de Ilión?

CCLXXXVIII. GÓMEZ RESTREPO, Antonio M. Bogotá, 1886.

Oh saepe mecum tempus. —Od. II, 7

Oh tú mi amado Pompeyo
Que de la civil discordia,
Conmigo el azar partiste,
¿Quién hoy de nuevo te torna
A los Dioses de tu patria
De tus lares a la sombra?
Contigo pasar solía
Otro tiempo largas horas
Libando espumoso néctar
Y ungidos con sirio aroma.
Los dos soltando el escudo,
En actitud ingloriosa
En los campos de Filipos
Contemplamos la derrota
[p. 371] De los bravos, que doblaron
Allí su frente orgullosa.
A mí el ligero Mercurio,
Cercado de oscuras sombras
Me alejó de aquel teatro;
Mas a ti las turbias ondas
Del torbellino, arrojáronte
De nuevo entre sirtes roncadas.
Hoy el debido banquete
Ofrece a Jove, y reposa
De los trances de la guerra
De este laurel a la sombra.
No olvides del mosto añejo
Que en los toneles rebosa.
La copa henchir, ni el unguento
Verter de las anchas conchas.
¿Quién ceñirá a nuestras sienes
De apio y de mirto coronas?
¿A quién por rey del banquete
Elegirás, Cipria hermosa?
Yo de los Tracios a usanza
Quiero pasar estas horas,
Que es justo perder el seso
Pues tal amigo retorna.

Don Mariano del Campo Larraondo, presbítero de la diócesis y provincia de Popayán, floreció a fines del pasado siglo y principios del presente. Murió de edad muy avanzada, por los años de 1856.

Era hombre muy erudito, y muy dado a escribir versos, si bien carecía de dotes poéticas. Publicó en cuadernos sueltos algunas de sus producciones, entre ellas un Catecismo de moral, en romance octosílabo, para uso de las escuelas, que ha alcanzado dos o tres ediciones.

Dejó mucho inédito. Para las copias adjuntas he tenido a la vista dos cuadernos mss., intitulados *Rasgos Morales, filosóficos*, históricos y políticos, en verso y prosa, compuestos y dedicados a la juventud de Popayán, por el Dr. Mariano del Campo Larraondo y Valencia, presbítero. Aunque en ambos se añade al título general el de *Parte primera*, no son unas mismas todas las piezas [p. 372] que en uno y otro se contienen. Hay muchas odas, elegías, sonetos, &., y en punto a traducciones e imitaciones de autores clásicos, las tres odas de Horacio de que habla en su carta al *Correo*, la del *Beatus ille* y una paráfrasis de la epístola 5.^a de las *Heroidas*, de Ovidio, romance endecasílabo, con notas.

En su *Historia de la literatura en Nueva Granada* olvidóse Vergara y Vergara de citar a Larraondo, al hablar (cap. XII) del grupo popayanés de los Gruessos, Valdeses, Rodríguez, &., y amigos todos, y compañeros del aquel virtuoso y benemérito eclesiástico.

Por otro correo irá la versión del *Beatus ille*.

[Párrafos de una carta de D. Miguel Antonio Caro a D. Marcelino Menéndez Pelayo. Sin fecha.]

[Vid. H. E. I, 177; II; 541.]

Beatus ille. —Epod. 2

¡Feliz quien sin negocios,
Cual los primeros hombres,
Cultiva con sus bueyes
El campo que heredó de sus mayores!

Libre de infame usura,
No altera su contento
O porque el mar se irrite
O el eco escuche de marcial estruendo.

Del bullicioso foro.
Apártase prudente,
Y las soberbias puertas
De los grandes señores aborrece.

Sin cuitas, entretanto,
En el álamo erguido
De sus vides enlaza
Los sarmientos más fuertes y crecidos;

Y con la hoz cortando
Las inútiles ramas,
Ingerta otras de nuevo
Que más felices su trabajo pagan.

Ya en un distante valle
Contempla los rebaños,
Que pacen libremente,
Y escucha su bramido siempre grato;

[p. 373] O ya en vasijas puras
Deposita exprimida
La miel de los panales
Que la dorada abeja le prodiga;

Ya corta suavemente
La lana a las ovejas,
O bien por alentarlas,
O bien por el abrigo que le prestan.

También cuando el Otoño
Levanta por los prados
Coronada la frente
De los sabrosos frutos que ha brotado,

¡Cuánto él se regocija
Cogiendo por su mano
Aquellas dulces peras
Debidas a su afán y a su trabajo!

O cuando ya cosecha
Los vinosos racimos
Que en la color parecen
Emular de la púrpura los brillos.

Aquestos ricos dones,
¡Priapo! te consagra,
Y a ti, padre Silvano
Tutor sagrado del confin que guardas.

O ya tal vez le place
Reclinarse a la sombra
De alguna antigua encina,
O en la grama tejida y aromosa.

El río que desciende
De un encumbrado risco,
Sus fuentes cristalinas
Que aquí y allí resbalan con ruido,

Y las aves canoras
Que ocultas en las ramas
De las pomposas selvas,
En sus trinos de amor quejas exhalan,

Convídanle entre tanto
A un apacible sueño
Que nada le interrumpe
Pues libre yace de cuidados negros.

[p. 374] Mas luego que aparece
El tronoroso invierno
Y arroja de sus urnas
Sus largas aguas y también sus hielos,

Entonces vigilante
Con sus muchos mastines
Agita al lado opuesto
Doquiera a los feroces jabalíes;

O bien de una alta caña
Las finas redes tiende,
Y los voraces tordos
Amedrentados al peligro vienen;

O bien coge en sus hilos

La pavorosa liebre,
O advenediza grulla,
Cumplido premio que su afán merece.

Entre delicias tantas
¿Cuál es el insensato
Que la memoria ocupe
En juegos del amor y sus cuidados?

Mas, si el cielo le diere
Una mujer honrada
Que cuide de los hijos,
Sus dulces prendas, y también la casa,

(Cuales son las sabinas,
O cual la compañera
Del Apulio ligero,
Que trabajando al sol la tez retuesta);

Que con áridos leños
Prevenga el fuego sacro
Antes que el fiel marido
Llegue al hogar rendido de cansancio,

Que el ganado metiendo
Ya sacio (?) en los apriscos,
Exprima de sus ubres
El cándido licor de que está henchido;

Y echando vinos frescos
En olorosos vasos,
Presente los manjares
Aun más gustosos cuanto no comprados.

[p. 375] ¡Oh! si yo disfrutase
De tan preciosos bienes,
No me satisfarían
Las suaves ostras que el Lucrino tiene,

Ni aquellos peces raros
Que tal vez con sus olas

Desde la mar de Oriente
Lanza la tempestad a nuestras costas.

Ni africana gallina,
Ni la perdiz del Asia
Que en bandas aparece
Tanto mi gusto rústico halagaran,

Como el sabroso fruto
Por mis manos cogido
En la abundante rama
Que me ofrece y alarga el sacro olivo.

Prefiero la romaza
Amante de los prados,
Y la malva prefiero
Por ser tan saludable al cuerpo laso;

O bien una cordera
Que en fiestas pastoriles
Haya sido inmolada
Al dios que vela siempre en los confines,

O acaso un cabritillo
Sacado por ventura
De entre las garras fieras
Del tigre armado de crueldad y astucia.

En medio de esta cena
¡Cuánto mirar agrada
Las pastadas ovejas
Que vuelven presurosas a la casa!

¡Cuánto, mirar los bueyes
Que tardos van llevando
En los cansados cuellos
Trastornada la reja del arado

[p. 376] ¡Y ver en orden puestos
Los sirvientes, enjambre
De casas opulentas,

Cercando los espléndidos hogares!

Æquam memento.—Od. II, 3

En los arduos sucesos, Delio amigo, procura
Tener tranquila el alma y sosegada,
Como libre de excesos
De una alegría necia y destemplada
En la prosperidad; porque segura
Tu muerte será al fin, o abandonado
Siempre vivas al tedio y amargura,
O en los días de fiesta
Con señalado y exquisito vino
Goces de alegre siesta
Sobre la hierba de un remoto prado,
Donde el álamo blanco y alto pino
Sus ramas mutuamente entrelazando
Forman sombras al huésped agradables
En tanto que las aguas deleznales
Por el torcido cauce van saltando.

Mientras lo sufren, pues, edad y hacienda
Y de las tres hermanas por momentos
El negro estambre a tu favor se extienda,
Haz conducir allá vino y ungüentos,
Haz también llevar rosas,
Gratas, sí, pero al fin perecederas;
Pues cederás en breve, aunque no quieras,
Esas compradas selvas deliciosas,
Esa casa de campo, esa alquería
Que el rojo Tíber baña;
Todo lo dejarás, y tu heredero
Gozará tus montones de dinero.

Víctima de la extraña
Impiedad de Plutón serás un día,
Ya fueres poderoso
Y de Inaco el antiguo descendiente,
Ya, plebeyo indigente,
A la inclemencia busques tu reposo,

Porque allá vamos todos compelidos;
Siempre agitado del destino humano
El cántaro fatal, tarde o temprano,
Por nuestra suerte vamos comprendidos,
A la funesta barca destinados
Y a un eterno destierro trasportados.

[p. 377] ECUADOR

CCXC. OLMEDO, José Joaquín de.—Londres, 1826.

O navis, referent in mare. —Od. I, 14

¡Oh nave!, ¿dónde vas? ¿No te amedrentan
Las nuevas olas que a la mar te impelen?...
¡Ay!, el peligro es cierto.
Torna, torna veloz, ocupa el puerto.
Tu costado de remos ve desnudo,
Y ve tu mástil roto
Al ímpetu del ábrego sañudo.
¡Cuál crujen las antenas!
Sin cables, sin timón, la frágil tabla
Resistir podrá apenas
Los asaltos del mar.
No hay vela sana,
Ni dios propicio que a tu voz descienda
Y en tu nuevo conflicto te defienda.
No te valdrá tu nombre, ni el ser hija
Del más excelso pino
Que fué honor de las selvas del Euxino.
¿Y pondrá en vano el tímido piloto
En la pintada popa su esperanza?
Guárdate, nave infeliz: cada momento
Teme ser juego del furioso viento.
Tú que otro tiempo fuiste
Inquieto tedio a mi ánimo agitado,
Y ahora objeto triste
De mi acerbo pesar y mí cuidado,
Huye, bajel querido,

Del mar embravecido,
Que entre escollos corriendo peligrosos
De viva roca y de ferviente arena,
A seguro naufragio te condena.

Traducción en silva. Imprimióse por primera vez en la revista titulada *Repertorio Americano* (Londres, 1826), y se reprodujo en la *América Poética. Colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo. Parte lírica. Valparaíso. Imprenta del Mercurio, calle de la Aduana, n.º 24, 1846*, página 649.

Formó esta antología, como es sabido, el erudito argentino D. Juan M. Gutiérrez.

[p. 378] El mismo Gutiérrez hizo en Valparaíso, 1848, la primera edición suelta de las Poesías de Olmedo, añadiendo algunas que no había incluido en la *América Poética*. De este tomito conozco la reimpresión siguiente:

Obras Poéticas de D. José Joaquín Olmedo. Única colección completa revista y corregida por el autor, y ordenada por J. M. G. Reimpreso. París, Librería Española y Americana de D. Ignacio Boix y C.ª Calle Lepelletier, 18 de enero de 1853. Con el retrato del autor.

La oda de Horacio está en la página 127.

La edición más reciente y completa de las obras de este famoso ingenio americano es la que lleva por título:

José Joaquín de Olmedo. Poesías. Edición corregida conforme a los manuscritos o primeras ediciones con notas, documentos y apéndices biográficos, por Clemente Ballén. París, Garnier hermanos, librería editores, 6, Rue des Saints Péres, 1896. 8.º (Con retrato del autor.)

En las pp. 86 y 87 está la oda de Horacio, que por errata o descuido lleva el número 12, en vez del 14 que es el que corresponde entre las del libro 1.º del lírico de Venusa.

Poetas de la América de Habla Española. Colección de poesías escogidas por Enrique de Arrascaeta. Montevideo, «El Siglo Ilustrado», Rius y Becchi, editores, pp. 237-238.

Es traducción débil, y seguramente un ensayo de colegio, que en nada puede acrecentar la fama del cantor de Junín, Ni el metro es adecuado para una oda tan breve en que parece que se impone el uso de la estrofa lírica, ni deja de haber un grave descuido de interpretación en los versos:

¿Y pondrá en vano el tímido piloto
En la pintada nave su esperanza?...

Horacio dice precisamente lo contrario, usando del afirmativo y no del interrogativo:

Nil pictis timidus navita puppibus

Fidit...

«el tímido navegante no se fía de pintadas popas».

[p. 379] Los últimos versos están muy recargados de ripios y adjetivos parásitos (*cada momento, furioso viento, objeto triste de mi acerbo pesar, bajel querido, mar embravecido, escollos peligrosos*) enteramente ajenos de la sobriedad del estilo horaciano; y en cambio el difícil pasaje

Interfusa nitentes
Vites æquora Cycladas

se queda sin traducir, pues no pueden pasar por tal estos versos:

Que entre escollos corriendo peligrosos
De viva roca y de ferviente arena,
A seguro naufragio te condena.

La enérgica interpretación del *Non tibi sunt integra lintea* por no *hay vela sana* pertenece a Fr. Luis de León («no tienes vela sana»).

Opiniones, conformes en lo sustancial, sobre esta versión de Olmedo pueden leerse en:

Amunategui (Miguel Luis y Gregorio Víctor): *juicio crítico de algunos poetas hispanoamericanos... Obra premiada en el certamen abierto por la Facultad de Filosofía i Humanidades de la Universidad de Chile el año de 1859*. (Santiago, imp. del Ferro-Carril, 1861), páginas 37-39.

Menéndez y Pelayo: *Horacio en España*, segunda edición, tomo I, p. 189 y II, 468

Mitre: *Horacianas* (La Plata, 1895), p. 87-88.

Tuvo Olmedo más fortuna imitando ocasionalmente a Horacio, que traduciéndole (Vide *Reminiscencias*).

Con razón advirtió D. Andrés Bello, antes que nadie (*Repertorio Americano*, tomo I, pág. 54 y ss.), que entre las dotes principales del cantor de Junín hay que contar «las diestras imitaciones en que se descubre una memoria enriquecida con la lectura de los poetas latinos y particularmente de Horacio».

CCXCI. SÁNCHEZ, Quintiliano.—Quito, 1883.

Quem tu, Melpomene, semel. —Od. IV, 3

Al que una vez, Melpómene,
Al nacer, viste con benignos ojos,

Jamás los juegos ístmicos
Le tornarán esclarecido atleta;
[p. 380] Ni en carro acaico, rápidos,
Vencedor llevaránle sus corceles;
Ni las hazañas bélicas
Le ostentarán allá en el Capitolio,
Cual guerrero perínclito,
Con el laurel de Delos coronado,
Porque amenazas túmidas
Abatiera de reyes orgullosos.
Las aguas que de Tívoli
Pasan bañando la feraz llanura,
Y la enramada umbrífera
De los bosques haránle celebrado
En números eólicos.
De Roma, la señora de naciones,
Los descendientes dígnanse
Entre el amable coro de los vates
Ponerme, y menos róeme
La envidia ya con su maligno diente.
Tú que templas, ¡oh Piéride!
El dulce acento de mi lira de oro,
Darás del cisne el cántico
Aun a los mudos peces, si te place.
Por tu merced benéfica
Al pasar, silenciosos, me señalan
De Roma el primer lírico:
Si respiro, si agrado, don es tuyo.

El traductor advierte en una nota que ha procurado imitar la reunión de los versos glicónico y asclepiadeo menor, juntando en castellano el heptasílabo con final esdrújulo y el endecasílabo. Tanto por este loable cuidado en la forma métrica como por la exactitud y elegancia merece elogio esta versión.

Anales de la Universidad de Quito . N.º 5.º, julio de 1883. *Quito, imprenta del Gobierno*, pp. 242-243.

PERÚ

CCXCII. RUIZ, Bernardino.—Lima, 1791.

Intactis opulentior.— Od. III, 24

Si de bienes colmado
Tan opulento fueras,
Que a la India en riqueza aventajaras,
Y también excedieras
[p. 381] El inmenso tesoro que en su seno
La Arabia deposita, aun no tocado
Del romano poder; y aunque erigieras
Tan grandes edificios que poblaras
Todos los mares, Póntico y Tirreno;
Si la muerte feroz e inevitable
En el monte más alto
Sus clavos atraviesa,
Que imitan del diamante la dureza,
¿Lograrías acaso
Tu espíritu librar del sobresalto
Que su memoria excita,
O librar tu garganta de su lazo?

Es una silva de cerca de 120 versos.

Véase cómo traduce el

Virtutem incolumem odimus,
Sublatam ex oculis quaerimus invidi.

..... Imaginamos
Que la virtud presente desmerece,
Y ansiosos la buscamos
Cuando la nuestra vista desaparece.

Mercurio Peruano, núm. 14, de 17 de febrero de 1791.

Parece que el presbítero Ruiz había hecho otras versiones de Horacio, las cuales se anunciaron para un apéndice al *Parnaso Peruano*, de José Toribio Polo (Lima, 1862.), pero este apéndice no llegó a publicarse, o a lo menos no ha llegado a manos del señor Caro, de quien es esta noticia.

CCXCIII. PANDO, José María.—S. a. *Revista del Plata*. Buenos Aires.

Inc.: Deja, Hirpino, que allá la vieja Europa
Del alemán o ruso sea pisada
Por la enemiga tropa...

Fin.: Las rubias trenzas de gentil fragancia
Con sencillez envueltas y elegancia.

Es una imitación libérrima más bien que una traducción.

[p. 382] La publicó D. Juan M.^a Gutiérrez en su *Biblioteca de escritores en verso, nacidos en la América del habla española, antiguos y modernos* (tomo IV de la *Revista del Plata*).

[Vid. H. E. II, 585.]

CHILE

CCXCIV. SANFUENTES, Salvador.—París, 1873.

Otium Divos.—Od. II, 16

El que surca las ondas de los mares
Pide al cielo quietud, cuando el nublado
La luna oculta, o la brillante estrella
 Que guía al navegante.
Pide quietud el Tracio belicoso,
Quietud el Medo, a quien adorna aljaba,
Quietud, oh Grosfo, que no compran perlas,
 Rica púrpura ni oro.
Pues ni opulencia, ni haces consulares
Lanzan del pecho la aflicción penosa,
Ni las inquietas cuitas que revuelan
 Por los techos dorados.
Dichoso aquel, en cuya frugal mesa
Copa heredada solamente brilla,
Y cuyo sueño la codicia infame,
 O el temor no conturba.
¿Por qué afanarnos con tan corta vida?
¿Y por qué recorrer países que alumbran

Astros distintos? ¿Con huir su patria
 Quién se evita a sí mismo?
La zozobra cruel entra en las naves
Y a los guerreros en la lid persigue,
Más que el ciervo veloz, y más que el viento
 Cuando lanza las nubes.
Quien hoy contento vive, no se inquiete
Por lo futuro, y las congojas temple
Con alegre sonrisa: que en el mundo
 No hay ventura cumplida.
Siega la muerte en flor al claro Aquiles,
A Titán larga *caduquez* consume,
Y a mí tal vez me otorgará el destino
 Lo que a ti te ha negado.
Hatos ciento en tu campo, y cien novillas
Oyes mugir, y relinchar tus yeguas
[p. 383] Y lanas viste que tiñó dos veces
 La púrpura de Tiro.
Diéronme a mí las infalibles Parcas
Un campo reducido, el blando aliento
De griega Musa, y de inconstante plebe
 Despreciar los furores.

América Poética. Poesías selectas americanas, con noticias biográficas de los autores coleccionados por José Domingo Cortés, agregado a la Legación de Chile en Bélgica, caballero de la Orden de la Rosa del Brasil, antiguo Director General de las Bibliotecas Públicas de Bolivia, miembro correspondiente de la Exposición Internacional de Chile en Francia. París, librería de A. Bouret e hijo 23, calle Visconti.

Fol. Pág. 50.

Poetas de la América de Habla Española. Colección de poesías escogidas por Enrique Arrascaeta. Montevideo, imp. de Rús y Becchi, 1881. 4.º, pp. 197-8.

Esta traducción, en estrofas de las llamadas de Francisco de la Torre, ha sido exactamente calificada por el general Mitre (*Horacianas*, I, 222) de «fiel y correcta, pero un poco fría, como todo lo que salía de la pluma de Sanfuentes.»

[Vid. H. E. I, 190; II, 472.]

CCXCV. VARIOS AUTORES CHILENOS.—Santiago de Chile, 1887.

Ilmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Madrid.

Confiésole, mi señor y mi dueño, que ni la admiración grandísima que despertó en mí la lectura de las noticias publicadas en la prensa diaria al abrirse a usted las puertas de la Real Academia Española, ni el entusiasmo y cariño cada vez más acendrados con que desde entonces leo y estudio las obras con que usted enriquece y honra las letras castellanas—cuyas glorias son también las nuestras—, pudo borrar el desagrado que me causó una parte de su *Horacio en España*, de esos «solaces bibliográficos» en donde uno no sabe qué admirar más, si la, recóndita [p. 384] y vasta erudición que tan discretamente los avalora, o si la poderosa intuición estética, el criterio segurísimo y la áurea precisión con que el ingenio soberano de usted aprecia e individua la poesía horaciana, señalando a la lírica moderna los rumbos que le trazan de consuno la humana expresión de los afectos, y los principios eternos de la belleza artística. Porque es la verdad que se me subieron los colores al rostro leyendo los párrafos que a CHILE, dedica usted en su obra, destinada a vivir perpetuamente; a pesar de que comprendí al punto provenían los conceptos de usted de las erróneas informaciones de su corresponsal, el Sr. Amunátegui. Nunca imaginé que la guerra a muerte hecha por este hombre público a los estudios latinos, llegara hasta desconocer que, aunque *rari nantes in gurgite vasto*, ha habido algunos jóvenes poetas que han puesto su ingenio al servicio de la musa clásica y que Horacio ha tenido intérpretes de mérito no escaso y más de un feliz imitador, harto posteriores en tiempo a Bello y Sanfuentes. Ya tendré ocasión de dar a usted alguna luz sobre el hecho que su «*Horacio* advierte y trata de explicar (de un modo que dista algo de satisfacerme), a saber, el decaimiento de la enseñanza clásica instaurada por Andrés Bello; pero el deseo de que estas líneas lleguen a manos de usted por este correo, me impulsa a aprovecharme, aunque a la ligera, de la invitación que a todos los hombres de buena voluntad hace usted en el libro que ha originado esta carta, y a hablarle del autor de las dos traducciones de Horacio que le remito.

Es el Sr. D. Juan Rafael Salas Errázuriz (ahora ejemplar sacerdote) uno de los jóvenes más ilustrados entre los que pertenecieron al «Círculo de Colaboradores de *La Estrella de Chile*» una de las más importantes revistas literarias publicadas en Santiago. De las buenas prendas de su ingenio hay allí gallarda muestra en sus poesías originales, delicadamente elegíacas; y de sus buenas humanidades, en las fieles versiones de las más escogidas poesías de Moore, Hugo, Mac-Pherson (Ossian) y Heine; en muchas traducciones de los Salmos y en las de las odas de Horacio: *Nox erat, et coelo fulgebat Luna sereno*, y *Quo, quo scelesti ruitis? aut cur dexteris*, así como en la versión de una de las Sátiras y en la del *Canto secular*, hecha en variedad de combinaciones rítmicas, que juzgo adecuadas al canto. Posteriormente ha hecho una [p. 385] traducción de Virgilio, aun inconclusa; y ahora pone en verso castellano las tragedias de Esquilo.

Las dos versiones adjuntas no me parecen desmerecer al lado de las que usted ha coleccionado en la *Biblioteca «Arte y Letras»*, antes creo es más suelta, fiel y armoniosa que la de Burgos, la *Neera* de Salas, E., y que la oda de éste A los *Romanos* compite en valentía y rapidez con la del insigne Pombo. Más perfecta que las anteriores juzgo la versión del *Canto secular*, y así debió creerla también el autor, que la firmó con su nombre entero. Apartándose de la forma regular de las estrofas sáficas, ha dividido el poeta en coros el canto de Horacio, y ha interpretado su texto en combinaciones métricas musicales que traducen con mayor fidelidad de la que pudiera imaginarse los pensamientos del original latino.

El temor de que estas líneas no lleguen a manos de usted y sea trabajo vano mi diligencia, si es que no le son conocidas ya estas traducciones de Horacio, así como la de la sátira *Sunt quibus in satyra*, del mismo Salas, E., y las poesías líricas de Esteban Muñoz Donoso, cuya forma deja ver sus aficiones horacianas, o, mejor, su estudio del *Horacio español*, Fr. Luis de León, inimitable en su artística ingenuidad; y los versos de Pablo Garriga *A una nave*, que llevan por epígrafe el *O navis referent*, bien que los juzgo inspirados en las *barquillas* de Lope; y las traducciones de Ovidio publicadas por Manuel Antonio Román, más literales que poéticas; aquel temor—digo—me retrae de enviar a usted todo esto y algo más que podría usted utilizar. Pero una sola palabra de usted me bastará para remitirle estas piedrezuelas que le ofrezco para la mayor perfección del monumento que el saber y buen gusto de usted ha levantado al poeta Venusino, honrando también nuestra lengua castellana, la más hermosa de las hijas del Lacio.

Guárdele Dios, mi señor D. Marcelino y mi dueño, con vida y buena salud hasta que ponga felice término a los estudios que han empezado ya a restaurar el buen

nombre y la gloria científica y literaria de la Madre Patria, y mande en cuanto fuere servido a su devoto admirador y constante amigo, q. b. s. m. *Juan de Dios Vergara y Salvá.* »

Santiago de Chile, a 20 de agosto de 1887.

[p. 386] CCXCVI. SALAS ERRÁZURIZ, Juan Rafael.—Santiago de Chile, 1875.

En las páginas 450-451 del n.º 429 de 26 de diciembre de 1875, correspondiente al año IX de *La Estrella de Chile*, revista literaria semanal que se publicó en Santiago hasta el año de 1879, hállanse suscritas por J. L. S. E. siglas de Juan Rafael Salas Errázuriz, dos composiciones que, copiadas puntualmente, dicen así:

DOS ODAS DE HORACIO

A NEERA

Era la noche; en el azul sereno
Entre astros mil y de más tenue brillo
Resplandecía Diana; en ese instante
Mi boca un juramento te dictaba
Y tú, perjura y cruel, lo repetías,
Insultando a los dioses. Con tus brazos,
Con tus brazos suavísimos ciñéndome,
Más fuertemente que la débil hiedra
Al tronco secular, «juro, decías,
Amarte siempre, como tú me amas,
Mientras el lobo a la ovejilla espante;
Mientras Orión, del nauta el enemigo,
Al tempestuoso piélago conmueva;
Mientras el aura con su soplo ondee
La cabellera aurífera de Apolo».

¡Ah. Neera, Neera! ¡Cuántas penas
Va a traerte mi rabia y mi despecho!
¡Oh! si de hombre el título merezco,
No sufriré, lo juro, que prodigues
A otro tus caricias! En mi rabia
Otro amor buscare digno del mío.
¡Si a cerciorarme llego de tu engaño,
No creas, no, que pasará mi enojo!
¡Oh, quien quiera que seas, venturoso

Mortal afortunado que al presente
Gozas viendo mi mal!... aunque tus campos
Inmensurables sean; aunque tengas
Numerosos rebaños, y el Pactolo
Sus aromas preciosas te regale;
Aunque por ti Pitátoras renazca
[p. 387] Y sus misterios sepas; aunque venzas
En belleza al bellissimo Nereo:
¡Triste de ti! con lágrimas amargas,
Llorarás ese amor que fué antes mío...
Y entonces con cruelísimos sarcasmos
De ti me vengaré y de tu jactancia.

CCXCVII. SALAS ERRÁZURIZ, Juan Rafael.—Santiago de Chile, 1875.

A LOS ROMANOS

¿A dó corréis, crueles.? ¿Por qué causa
Lleváis en vuestras diestras los aceros,
Tanto tiempo guardados? ¿Creéis acaso
No suficiente la romana sangre
En el mar y en la tierra derramada?
No la guerra lleváis contra Cartago,
Rival de vuestra patria; vuestro intento
No es llevar al Bretón, aún sin hierros,
A través la Via Sacra: ¡No, Romanos,
El impulso no es ese que os dirige!
Vais ¡oh vergüenza! a complacer al Partho,
¡Vais a destruir a Roma! No más crueles
El tigre y el león son que vosotros.
¿Es un ciego furor el que os domina,
O una fuerza mayor que vuestra fuerza,
O vuestro propio crimen? Contestadme...
¡Callan! La palidez cubre sus frentes,
El estupor sus labios enmudece.
¡No hay remedio! Funesto es el destino
Que sobre Roma pesa. Son los frutos
Del negro crimen del perverso hermano;
Y la sangre de Remo allí vertida

Sobre vosotros ¡oh Romanos! cae.

—

CCXCVIII. SALAS ERRÁZURIZ, Juan Rafael.—Santiago de Chile, 1876.

«Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Madrid.

Señor mío estimadísimo y amigo:

.....

Como creo que mi carta anterior ha llegado a manos de usted, [p. 388] no le incluyo en la presente nueva copia de las dos traducciones de Salas Errázuriz que entonces le envié, y que con todo y haber sido improvisadas para llenar un número de *La Estrella de Chile*, de que Salas era Director, descubren las buenas humanidades del poeta. Remito hoy a usted dos nuevas versiones de Horacio, originadas también en la falta de material de la Revista mencionada, una del *Carmen saeculare*, escrita en variedad de estrofas rítmicas y melódicas, adecuadas a los coros en que el poeta chileno ha distribuído el original, y otra de la sátira *Sunt quibus*, en verso suelto endecasílabo. El *Poema secular*, no obstante la flojedad de algunos versos del *unísono* o *recitado* que empieza: «Si Roma es obra vuestra», etc., es a mi juicio, la más perfecta de las poesías horacianas que posee nuestra literatura y bastante para acreditar de poeta y humanista a Salas Errázuriz. Lástima que las funciones del ministerio sacerdotal no le hayan consentido continuar sus estudios horacianos, que, sin duda, habrían perfeccionado esas obras.

De Narciso Tondreau, joven que cursó sus humanidades en el Seminario de la Serena, y ahora de la redacción de *La Época*, son las tres versiones de las odas *Vítas hinnuleo...*, *Quid dedicatum...* y *Motum ex Metello...*, incluídas en la colección de versos que con el título de *Penumbas* dió a la estampa el año pasado. Muestran ellas estudio y el buen deseo de acertar; pero me disgusta cierto amanerado encogimiento que salta a la vista a la primer lectura y proveniente no sé si de escrupulosidad en querer ceñirse al texto o de las trabas de la estrofa y de la rima; aunque lo propio se advierte en los versos originales de Tondreau, cuya remilgada medida me fastidia y me ha retraído de enviarlos a usted. Parece que el autor se hubiera afiliado a la escuela colorista de Musset, Gautier y Jean Richepin, en *La Mer*, con el aditamento de cierta vaguedad dulzona y desmayado escepticismo. A pesar de lo dicho, parécenme superiores sus traducciones a las coleccionadas por usted y publicadas en Barcelona.

«Imitación de Horacio» declara el autor de *La Nave*, ser la poesía que también le envió. Ella es obra de la juventud de uno de nuestros más fecundos escritores, fino amante de la literatura española, y perseverante apóstol de su culto, no entibiado con los años. Hijo de la distinguida poetisa D.^a Mercedes Marín del [p. 389] Solar, ha continuado Enrique del Solar las buenas tradiciones literarias de su madre, y se ha distinguido por su amor a la buena lengua castellana en sus poesías, narraciones, leyendas y novelas más de una vez laureadas en públicos certámenes. Sobria de detalles y ajustada al gusto clásico es su imitación, en donde se dejan ver reminiscencias de Bello y Lope.

Desglosadas de la entrega 2.^a de los *Preludios de mi lira*, que Pablo Garriga publicó por los años de 1874, incluyo a usted dos composiciones, la primera de las cuales A mi *barquilla*, lleva por epígrafe el *Oh navis, referent* de Horacio. A mi juicio, más que en el cantor de Ofanto ha de buscarse en Lope de Vega el germen de la imitación

de Garriga, en la cual gallardean la versificación disertada y fluida característica de sus poesías, por otra parte no siempre inspiradas ni correctas.

Inspiración y corrección faltan a los versos con que Benedicto Volados tradujo el *Eheu fugaces...* y que envió a usted como curiosidad bibliográfica y para completar en lo posible el catálogo de los traductores de Horacio. No obstante su prosaísmo acertó Volados a interpretar felizmente algunos versos del original, que sale de sus manos casi tan mal parado como de las de D. Bernardo de Borjas y Tarrius.

Traductor es éste que no he hallado en el catálogo de usted, a pesar de que cita el *Diario de Madrid* al hablar de una traducción de Cienfuegos. En el núm. 34 del lunes, 3 de febrero de 1794, Página 137, se halla una «traducción de Horacio, oda XIV, lib. I, *O navis referent*, etc.», firmada por Bernardo de Borjas y Tarrius, y otra por el mismo, de la «oda X de Horacio, libro I, *Mercuri facundae*, etc.—Canción»,—en el núm. 55, del lunes, 24 de febrero de 1794, pág. 225, del citado *Diario de Madrid*. Ambas traducciones pertenecen a la escuela pseudo-clásica del prosaísmo reinante en el siglo XVIII.

El cual inficiona también «*La Primavera*, imitación de Horacio.—Oda anacreóntica,»—firmada por E. J. A. en el número 22 del miércoles, 22 de enero de 1794, pág. 89 del *Diario de Madrid*, no incluida tampoco en los catálogos que usted publica en su insuperable *Horacio en España*.

He ahí, mi señor y amigo respetadísimo, cuanto por hoy puedo ofrecerle para contradecir los datos y las noticias que le [p. 390] dió el difunto Sr. Amunátegui. Cinco poetas horacianos, ocho traducciones y dos imitaciones fueron desconocidos del literato chileno, y eso que entre ello había algo, y aun algos, de no mediano mérito. En los ratos de ocio que los cuidados y atenciones del Foro me consienten, continúo investigando en nuestra literatura las inspiraciones de la Musa clásica para ofrecerlas a usted como piedrezuelas que pulimenten y acabalen la obra de los Traductores españoles, esa corona espléndida que la diligencia y el saber de usted tejen a las lenguas clásicas, inspiradoras de los ingenios de la raza hispana; y de que son florón riquísimo los solaces *bibliográficos* horacianos.

Por ello me ha parecido del caso enviar también a usted con esta carta la versión de dos epigramas de Marcial hecha por Francisco Concha Castillo, uno de nuestros poetas más aventajado, cuyas poesías es sensible no se hayan coleccionado, pues en ellas campea noble y gallarda la poética dicción castellana, sirviendo de turquesa a rico y vario caudal de ideas y sentimientos. Sin embargo, fuerza es reconocer que no anduvo muy feliz en esta ocasión el poeta.

No más afortunadas son las traducciones de S. Prosper, Ausonio y Buchanan, hechas por Ramón A. Araya Echeverría, ensayos juveniles, y como de colegio, del autor, ahora reputado médico cirujano.

Llegando aquí ocúrreme preguntar la bibliografía de Traductores españoles de que habla usted en su Horacio es sólo de los de lenguas clásicas? ¿o es de los de todas lenguas, antiguas o modernas, que no sean la castellana? ¿Entran en el número de los primeros los traductores de la Biblia? ¿Compréndense también las imitaciones y las traducciones en prosa? Con toda el alma le agradecería se sirviese darme luz sobre estos puntos de su obra, pues sería para mí la satisfacción mayor que usted pudiese utilizar las traducciones bíblicas, y de otros escritores latinos como Publio Siro, que tengo reunidas, amén de algunas de poetas modernos, con que usted puede acaudalar la parte hispano americana de su bibliografía en lo referente a Chile.

No sé si las copias que le incluyo merezcan la aprobación de usted; pero sí sé que las he sacado puntualmente, uniformando sólo la ortografía, y procurando que se acomoden a la forma en [p. 391] que están impresas. Dígame, señor y amigo, con entera franqueza el modo cómo pueda mejor servir a la obra de usted y si son o no impertinentes las noticias y juicios, o impresiones mías, relativos a las composiciones que le envió, porque al escribir a usted no me anima otro deseo que contribuir a que mi patria tenga su partecica en el monumento perenne y duradero que usted erige a la lengua y literatura castellanas en libros que la Europa sabia admira y aplaude, y que yo venero y estudio.

Antes de concluir, permítame, señor, ofrecer al insigne clásico y admirable convertido a la poesía heyniana, la traducción que Salas Errázuriz ha hecho de uno de los episodios más encantadores del *Reisebilder* y que no he visto ni en Jaime Clark, ni en Juan José Herrero, ni en Pérez Bonalde, ni en Teodoro Llorente, ni en las joyas prusianas, ni en otro alguno de los traductores de Heine. Ese fragmento tiene para mí todo el sabor del original y su particular hechizo.

Esperando que usted no ha de llevar a mal la lectura de esta fatigosa carta, mal concebida y peor pergeñada, atento a la intención y al buen deseo que la dictaron, me es grato repetirle de usted su particular amigo y a. s. s. q. b. s. m; *Juan de Dios Vergara Salvá* »

Santiago de Chile (Casilla 214), 25 de mayo de 1888.

Número 432, de 16 de enero de 1876, año IX de *La Estrella de Chile*, t. X, págs. 583-586.

POEMA SECULAR

CORO DE MUCHACHOS Y DE NIÑAS

Oh Febo, oh Diana, que las selvas riges,
Almo esplendor del cielo,
Siempre adorados y adorables dioses
Escuchad nuestros ruegos;
Hoy que en sus versos la Sibila ordena
Que de castos mancebos
Y de doncellas escogido coro
Entone nobles metros,
En honor de los dioses que benignos
Nuestras siete colinas protegieron.

[p. 392] CORO DE JÓVENES Y DE PUEBLO

Astro benéfico
Que de tu carro veloz y nítido
Quitás y envías tu resplandor;
¡Oh tú que idéntico
Siempre renaces, y siempre espléndido,
Y siempre nuevo, sol bienhechor,
Jamás alumbras en tu carrera
Nada más grande que nuestra Roma,
Jamás, oh sol!

CORO DE VÍRGENES

¡Suave Hithya, protege a las madres
Cual proteges al niño que al mundo

Va luego a nacer!

Ora quieras te llamen Lucina,
Ora en ti a Genitalis imploren,
De los niños romanos el número

Haz, Diosa, crecer.

Del senado el decreto bendice
Y la ley que muy pronto en romanos

Fecunda será. [1]

Y una nueva centena de soles,
Y los juegos y cantos nos vuelva
Que tres días, tres noches alegres

Nos deben durar.

CORO DE PUEBLO

Parcas verídicas
Cuyos oráculos
Jamás mentidos
El tiempo vió;
Mandadnos épocas
De paz y júbilo,
Cual la dichosa
Que ya pasó.

Haced que el suelo pródigo
En hierbas, frutos y árboles,
De doradas espigas
Ofrenda a Ceres dé.

[p. 393] Las aguas salutíferas,
Los airecillos plácidos,
Fecunden este suelo
Que a Roma vió nacer.

UN NIÑO

¡Deja, Apolo, tu flecha temible

Y escucha apacible
A los niños que claman a ti!

UNA NIÑA

¡Oye, oh reina de suave creciente,
Oye, astro esplendente,
A las niñas que claman a ti!

AMBOS COROS

Si Roma es obra vuestra; si a la Etruria
Por orden vuestra las troyanas huestes
Sus lares desertando, se marcharon
Con un viaje feliz; si vuestro amparo
No a los tristes negáis, que el pío Eneas
Salvos llevó, como jurado había,
Los escombros de Troya atravesando,
Prometiéndoles más de lo perdido:
Costumbres puras, conceded ¡oh Dioses!
A la romana juventud, tranquila
Y envidiable vejez a nuestros padres;
Honor, fortuna y descendencia al pueblo.
De Venus y de Anquise el descendiente,
Quien albísimos toros os ofrece,
A todos mande y sobrepuje a todos,
Terrible con aquel que se resista,
Clemente con aquel que haya vencido.
Ya tiembla el Medo ante su fuerte brazo
En el mar y en la tierra poderoso,
Ya las Fasces romanas le amedrentan.
Ya el Índico y el Escita, tan soberbios,
Tan orgullosos antes, sin aliento,
La alianza imploran y temblando esperan.
—La fe, la paz, la probidad antigua,
La virtud, olvidada tanto tiempo,
Osan reaparecer, y la abundancia
Vuelve otra vez con su fecundo cuerno.

[p. 394] CORO DE MUCHACHOS

¡Oh Dios, que aman las musas, oh Dios, que volver sabe.
Al lánguido las fuerzas, con mágico poder!
¡Oh Dios de arco fulgente,
Que un porvenir hermoso nos haces entrever!
Si con propicios ojos el Palatino miras,
Y el Lacio y nuestros triunfos, con complacencia ves,
¡Concédenos, oh Febo,
Un siglo que no pueda tener igual después!

CORO DE DONCELLAS

Casta Diana, tú que habitas
El Algida y Aventino,
De tus quince sacerdotes [\[1\]](#)
Oye las fervientes preces.

Casta Diana, tú que habitas
El Algida y Aventino,
De la juventud escucha
Las plegarias inocentes.

CORO DEL PUEBLO, DE MUCHACHOS Y DE DONCELLAS

Júpiter nos oyó; los dioses todos
Nuestra voz escucharon;
Ya al doméstico hogar volver podemos
Colmados de esperanzas:
Pues hemos celebrado en nobles cantos
Al padre Febo y a la suave Diana.

CCXCIX. SALAS ERRÁZURIZ, Juan Rafael.—Santiago de Chile, 1876

Número 431, de 9 de enero de 1876, año IX de la *Estrella de Chile*, págs. 532-536.

UNA SÁTIRA DE HORACIO

Sunt quibus in satira. —Sát. II, 1

Horacio delibera con un amigo sobre si debe abstenerse de componer sátiras.

[p. 395] HORACIO

Mis versos unos de cruëles tachan,
Y de pasar los límites me acusan
Del sarcástico género: los otros,
Tibios y flojos mis escritos llaman,
Y dicen que en un día hallarse pueden
Mil versos no inferiores a los míos.
¿Qué debo, pues, hacer? Hablad, Trevacio.

TREVACIO

—Quedar tranquilo.

HORACIO

—¡Cómo! ¿que renuncie
Por completo a escribir?

TREVACIO

—Es mi dictamen.

HORACIO

¡Pues muera si eso no es lo más prudente!
Mas... ¡no podré dormir!

TREVACIO

—Los que desean
Dormir profundo sueño, amigo Horacio,
Frótese el cuerpo con suáve aceite,
Y una, dos y tres vecés por el Tiber
Crucen a nado; con añejo vino

Calor adquieran en seguida y fuerza:
Mas, si el sagrado numen os arrastra,
Cantad del César los heroicos hechos;
Que así mereceréis noble corona.

HORACIO

¡Amadísimo padre! mis potencias
No en proporción están con mis deseos.
No todos pueden describir las huestes
Erizadas de dardos, ni a los galos,
Sin piedad destrozados, ni a los Parthos,
Moribundos al pie de sus corceles.

[p. 396] TREVACIO

Al justo, al fuerte César, a lo menos,
Cantad como a Scipión cantó Lucilio.

HORACIO

Lo haré cuando oportuno el tiempo sea;
Entonces sólo al preocupado oído
Del gran César irán los pobres versos
De Cayo Horacio Flaco. ¡Y que no adulen
Torpemente al monarca, pues la entrada
Les negará, prudente, en sus oídos!

TREVACIO

¡Oh sí! Vale más eso que cruelmente
Del bufón Pantolabo hacer escarnio
O bien del disoluto Nomentano!
Quien por sí mismo teme, a todos odia,
Aunque nadie lo hiera.

HORACIO

—¿Por ventura
Puedo dejar de hacerlo? Apenas siente
Milón que el vino a su cabeza sube,
Ve que las luces bailan y a la danza
Con delirio se entrega. Entre caballos
Castor la vida pasa. El pugilato
Es de su hermano el predilecto goce:
Hay, por fin, tantos gustos como hombres.
A mí me agrada en cadenciosa frase
Encerrar las palabras, cual Lucilio,
Más razonable que nosotros. Éste,
A sus tablas de cera en otro tiempo,
Como a fieles amigos confiaba
Sus secretos, y, triste o desgraciado,
No las dejó jamás. Su vida entera
Se encuentra en ellas pues, cual se hallaría
En un votivo cuadro. Yo, nacido
Ignoro si en Lucania o en Apulia
Pues el Venucio labrador trabaja
En una y otra tierra; yo lo imito.
Es fama que allí mismo los romanos,
Expulsado el Sabino, se situaron
Para impedir que entrase el enemigo
[p. 397] Por indefensos sitios, ya la guerra
El Apulio moviese, ya el Lucano.
Mas en mis versos, no sin justa causa
Ofenderé a ninguno. Ellos tan sólo
Prontos a protegerme estarán siempre,
Como el acero que en la vaina duerme.
¿A qué desenvainarlo, mientras viva
Lejos de insultos, de enemigos lejos?
¡Oh rey y padre Júpiter! ¡Perezca
Mi espada carcomida por el moho,
Y mi dulce descanso nadie turbe!
¡Ay de quien me provoque! (Le valdría,
Por cierto, mucho más, no provocarme!)
¡Llanto le costará; verá su nombre
Por toda la ciudad escarnecido!

Cervio a las leyes irritado insulta;

Canidia, hija de Albutio, a cuantos odia,
Con veneno amenaza; negros planes,
En su puesto de juez, Turio medita;
Cada uno a medida de sus fuerzas,
Al que le inspira desconfianza ataca:
Ley imperiosa de natura es ésta.
El toro hiere con el cuerno, el lobo
Con afilado diente; ¿por qué causa,
Sino porque son esos sus instintos?
Confiad su madre al disoluto Sceva:
Nada temáis de sus piadosas manos.
¡Cosa admirable! ¡que ni el lobo ataque
Con las uñas, ni el buey a dentelladas!
Así Sceva a la anciana dará muerte
De cicuta y de miel con muerte infame.
En fin, Trevacio amigo; ora me espere
Tranquila senectud, ora la muerte
Sus negras alas a mi lado bata;
Ora rico, ora pobre, ya en mi patria,
Ya en el destierro si lo quiere el hado;
Sea duro o dichoso mi destino,
Versos escribiré.

TREVACIO

—¡Mísero joven!

Temo no viváis mucho. Un poderoso
Puede heriros de muerte, caro amigo,
Con palabras glaciales.

[p. 398] HORACIO

—¡No os asuste!

Cuando escribió Lucilio en este género
Para arrancar la máscara embustera,
Que velaba de algunos el cinismo
Con radiante apariencia; cuando Lelio
Un justísimo apodo dió a Cartago,
A Cartago vencido: ¿por ventura

Contra ellos protestaron? ¿Reclamaron
Por Metelo ofendido, o por las burlas
Hechas a Lupo en magistrales versos?
No, Trevacio; a pesar de que con todos
Se ensañaba Lucilio y sus azotes.
Al plebeyo y al noble castigaban:
Menos a la virtud y a sus sectarios.

Escipión el virtuoso, el sabio Lelio,
Alejarse solían del bullicio
Aliviando sus hombros de la toga;
Y mientras se cocían las legumbres
Amables y tranquilos platicaban.
Las Musas, es verdad, y la fortuna
Me han protegido menos que a Lucilio;
Mas ha de confesar la envidia misma
Que el favor de los grandes gocé siempre.
Si el envidioso diente. morder quiere
En mi más débil lado, ha de romperse
Sin fruto alguno. ¿Qué opináis, decidme,
Docto Trevacio?

TREVACIO

—A la verdad no encuentro
Nada que contestaros. Sin embargo,
Prudencia os aconsejo: de las leyes
La ignorancia no os traiga algún conflicto.
Siempre tened presente que «si acaso
Malos versos contra otro alguien escribe,
Hay juicio y pena».

HORACIO

—¡Malos versos, sea!
¡Y si ataca un poeta en *buenos* versos
Y los aprueba el César? ¿Y si acosa
Un honrado escritor a un miserable?

[p. 399] TREVACIO

Con aplausos entonces y con risas
Las tablas de la causa harán pedazos
Los jueces, y dirán: marchad absuelto.

CCC. TONDREAU, Narciso.—1887.

A la página 249 de la colección de poesías que con el título de *Penumbras* publicó en 1887 N. Tondreau, se lee la siguiente composición:

A ASINIO POLIÓN

Motum ex metello. —Od. II, 1

Del triste reo salvación y remo,
Del Senado magnífica lumbrera
¡Oh Polión! que del triunfo hasta el supremo
Honor te alzaste en la marcial carrera
Cuando del fiero dálmata triunfaste
Y el laurel en tus sienes anudaste.

La guerra escribes, la civil contienda
Que marcó de Metelo el consulado,
Para que el hijo del romano aprenda
Cuál fué su origen ruin y desastrado.
Difícil es la obra, pues que pisas
Las ascuas bajo hipócritas cenizas.

Nos hablarás del séquito de males
De que esa guerra fué fecunda cuna,
De la sangrienta lid, de las señales,
Juguetes y caprichos de fortuna,
De los jefes que unieron sus espadas
Con aún no expiada sangre coloreadas.

Dale a tu musa trágica y severa
Corto descanso, mientras los furiosos
Nos cuentas de esa época guerrera,
Su fin y desenlace y sus horrores.

Después que el lauro cojas de la historia,
Ven a igualar de Eutipides la gloria.

De la trompa los bélicos sonidos
Y del clarín las notas penetrantes
[p. 400] A conmover ya vienen mis oídos;
Las espadas desnudas y brillantes
Llenan de brío a los corceles fieros
Y animan a los fuertes caballeros.

Ya me parece oír la voz de aliento
De los jefes insignes y esforzados
Llenos de polvo que levanta el viento,
Y el pie de los magnánimos soldados;
Veo a la tierra su cerviz doblar,
Mas no a Catón en su valor cejar.

Juno y los otros dioses tutelares
Del África dejaron esa tierra,
No hallando la venganza a los millares
De víctimas tronchadas por la guerra;
Pero en los hijos del romano osado
La sombra de Jugurta han aplacado.

¿Qué campo no conserva un monumento
En sangre de romanos cimentado?
¿Qué campo no escuchó el confuso acento
Que levanta en la lid nuestro soldado?
Los medos escucharon la caída
De esta Roma vetusta y carcomida.

¿En qué olas, silenciosas o rugientes,
De río o mar, no se meció la guerra?
¿Qué golfo no tiñeron los torrentes
De nuestra sangre? ¿Qué lejana tierra,
En los brazos del mar aprisionada,
No fué con esa sangre fecundada?

Pero detén ¡oh musa! el sacro vuelo.
¿Por qué desechas puras alegrías
Por notas de dolor y ecos de duelo,

Y te engolfas en negras alegrías?
Ven a mi lado, y con gracioso acento
Nuestros cantos de amor demos al viento.

CCCI. TONDREAU, Narciso,—1887.

A la página 254 de las *Penumbras*, de N. Tondreau, se halla la siguiente poesía:

[p. 401] A APOLO

Quid dedicatum poscit Apolinem. —Od. I, 31

¿Qué pide el vate con porfiado ruego
Al rubio Apolo en sus recientes aras?
¿Qué pide al derramar las ondas claras
Del báquico licor?
No ambiciona las fértiles campiñas
De la rica Cerdeña, ni el ganado
Que pace de Calabria el rico prado
Bajo un sol quemador.

Ni le tienta la espléndida riqueza
Que de la India traen cien navíos,
Ni de monstruos salvajes y bravíos
El cándido marfil.
Ni los campos que el Liris fertiliza
Con su corriente mansa y silenciosa,
Carcomiendo la orilla tortuosa
Do se alza flor gentil.

Aquel a quien propicia la fortuna
Dió de Baco las ramas trepadoras,
Cifre su dicha en ver pasar las horas
Cantando, y con su hoz
Cruce los mares mercader impávido,
Desafiando el furor del recio noto,
En el cielo fiado, en su piloto
Y en su lona veloz.

Cambie de Siria los preciosos frutos
Por el néctar suavísimo y rosado,
Y al apurarlo en vaso cincelado
Sienta grato sopor.

Las hierbas de los campos me sustentan
Y de las verdes ramas del olivo
Pende el sabroso fruto de que vivo,
Ajeno a la ambición.

¡Oh Apolo! prolonga y hazme gratos
Los días de mi vida pasajera,
Y en el campo delicia lisonjera
Permíteme gozar.
Dale luz a mi torpe inteligencia,
[p. 402] Y cuando la vejez caiga en mi frente,
No me impidas las cuerdas dulcemente
De mi lira templar.

CCCII. TONDREAU, Narciso, 1887.

A la página 253 de las *Penumbras*, de N. Tondreau, publicadas en 1887, se halla la siguiente poesía:

A CLOE

Vitas hinnuleo me similis.—Od. I, 23

Huyes, Cloe, de mí, cual corzo tímido
Que a su espantada madre va siguiendo
Por entre el bosque oscuro, y que se asusta
Al ruido de las hojas y del viento.

Si el aura de naciente primavera
Bate las ramas, o el zarzal espeso
Mueve el verde lagarto, sus rodillas
Tiemblan al par que su agitado pecho.

Yo no te busco cual su presa el tigre,
Ni como de Getulia el león hambriento.
Quiero decirte que a tu madre dejes
Y que un esposo busques, pues ya es tiempo.

Oh Navis referent. —Od. I, 14

¿Por qué a bogar te lanzas
Sin temer, navecilla,
Las olas, que te empujan
Hacia la mar bravía?

Torna veloce, torna
A la ribera amiga,
Que entre las turbias ondas
A zozobrar caminas.

[p. 403] Sin remos tus costados,
Tu mástil hecho trizas,
El ábrego se ensaña
En tu deshecha quilla.

¡Cuál las antenas crujen!
¿Posible es que resistas,
Desmantelada y rota.
La mar embravecida?

No tienes velas sanas,
Ni una deidad benigna
A quien llamar, si airada
La tempestad se irrita.

De qué tu claro nombre
Te vale, ni el ser hija
Del más robusto pino
Que honró la selva umbría?

¿Tu popa de doradas
Labores guarnecida
Confortará al piloto,
Que tímido vacila?

¡Ay! teme, pobre nave,
Cuando los vientos silban,
Y no el juguete seas
De sus sañudas iras.

CCCIII. SOLAR, Enrique del.—Santiago de Chile, 1868.

¡Oh tú, de mis congojas
Objeto triste un día,
Y de deseo ahora
Y angustias infinitas!

Huye las turbias ondas
De las brillantes Cícladas
Si de tu osado intento
No quieres ser la víctima.

CCCIV. BOLADO, Benedicto.—Santiago de Chile, 1870.

Número 147 de 24 de julio de 1870, año III de *La Estrella de Chile*, pág. 672

[p. 404] *Eheu fugaces*. —Od. II, 14

Harto ligeros ¡ay! los dulces años
En el silencio, oh Póstumo, se pasan,
No a la vejez rugosa virtud pía,
Ni a la indomable muerte, da tardanza.

Que si tres hecatombes a Plutón
Cada mañana ofreces, no le aplacas;
A Plutón que en la onda taciturna
Al triple Gerión y a Ticio para.

Cualesquiera que a ofrenda de la tierra
Debamos el sustento, ya monarcas,
Ya humildes moradores de los campos
Es fuerza para todos levar ancla.

En vano procuramos del horrendo,
Crudo Marte evitar la tinta espada

Y la ola en que se rompe el Adria ronco;
Del Austro que en Otoño se derrama,

Nocivo a nuestro campo, huir es vano.
Del Cocito vagar las negras aguas
Hemos de ver al fin, lánguido río;
Y malditas por siempre a las Danaidas,

Y en eterna fatiga atormentado
A Sisifo de Eolo que trabaja.
Tus tierras y tu casa y dulce esposa
La hora llegará que has de dejarlas.

Y tan sólo el ciprés que nunca amaste
De las que tú cultivas caras plantas,
Oh dueñío pasajero, ha de seguirte
Cuando abrigo te dé la tumba helada.

Herederero feliz que te preceda
Del céculo oloroso que te agrada,
Y que guardas ahora con cien llaves,
Con placer beberá la dulce taza.

Y el suelo teñirá de las que fueron
Queridas para ti muy ricas salas
Con vino máspreciado que el que ostenta
La cena pontificia regalada.

[p. 405] N. B.—Al publicar *La Estrella de Chile* en su número 141 de 12 de junio de 1870 la primera poesía de Bolados, decía: «el autor es un simpático joven de dieciséis años. Es verdaderamente lamentable que una cruel enfermedad amenace arrebatárnoslo, arrebatando con él una esperanza para las letras chilenas.»

CCCV. BOLADO, Benedicto.—Santiago de Chile, 1871.

Número 215 de 12 de noviembre de 1871, Pág. 84, del año V, de *La Estrella de Chile*.

Aequam memento.— Od. II, 3

No olvides, caro Delio, en suerte impía
Llevar serena frente;

Y modera en el caso floreciente,
Recordando la muerte, tu alegría:

Ya triste en todo tiempo hayas vivido,
O el Falerno apurando
En gratos días sobre el heno blando
En valle delicioso y escondido,

Do el alto pino y álamo propicio
Con fresca sombra ampara
Y con torcido arroyo linfa clara
Produce en los guijarros su bullicio,

Mientras quieran el tiempo y el destino,
Pomadas olorosas
Y de rosal ameno frescas rosas
Haz que traigan aquí y el dulce vino.

El bosque dejarás y mansión grata,
Si del fin la hora suena;
Y en la que baña el Tíber granja amena
Gozarán herederos tu oro y plata.

Nada importa, de Inaco descendiente,
Que a ti el tesoro sobre
O que mal te guarezcas siendo pobre
En la humilde mansión de humilde gente.

Del hórrido Plutón víctima cierta
Al fin todos seremos,
Pues los nombres humanos bien sabemos
Que contiene en su centro la urna yerta.

[p. 406] Será ley que la muerte, tarde o breve,
A nuestro fin se apronte,
Pues la terrible barca de Caronte
A destierro eternal llevarnos debe!

De los *Preludios de mi lira*, colección de poesías de Pablo Garriga, ha sido separada la composición siguiente:

O navis, referent. —Od. I, 14

¿A dónde vas, barquilla,
A dónde, di, te llevan
Las ambiciones locas
Que henchir hacen tus velas?

¡Bello es el mar, muy bello!
¡Cuán dulcemente ruedan
Las apacibles olas
Do el cielo se refleja!

¡Cuán plácidos murmullos
Al salpicar elevan,
Brillar haciendo el rayo
Que entre sus aguas tiembla!

¡Ah! Todo a tus deseos
Da pábulo y te alienta
Para tentar de nuevo
Del mar, las furias ciegas.

Y audaz otra vez lanzas
La proa aventurera
Y, rumbo hacia otros mares,
Sobre las ondas vuelas.

Tus velas renovadas
Que al viento se desplegan
No de temor se agitan
Sino de gozo llenas.

Y los robustos cables
Crujiendo entre las vergas
Al viento desafían
Con juveniles fuerzas

PAG@407@ ¡Cuán presto de la costa
Intrépida te alejas
Dejando sólo espumas
Que mueren en tu estela!

Ya veo que en las olas
Te pierdes placentera
Muy lejos de las playas
De tu nativa tierra.

Y ahora como un punto
Sobre la mar inmensa
Te ven mis ojos tristes
Cuando a encontrarte aciertan.

¡Oh nave! ora rodeada
Por la azulada esfera
¿A dónde temerosa
Dirigirás tus quejas,

Cuando los vientos silben
Con cólera violenta
Y las traidoras ondas
Te muevan cruda guerra?

¡Qué! ¿No sabías, loca
Cuando a la mar te hicieras
Que tras la calma viene
Rujiendo, la tormenta?

¿Por qué el ejemplo de otras
Que tristes perecieran,
Del mar enfurecido
Entre las ondas negras,

No te arredró un instante,
Y temeraria y ciega
Al mar te avalanzaste
Con desplegadas velas?

¿No viste una y mil veces

Que nada, nada fueran
Contra el furor del cielo
La audacia y la fiereza?

¿Por qué, por qué confiaste
En tus lozanas fuerzas,
[p. 408] Juguete de las brisas
Que por el mar pasean?

¿No ves que un solo soplo
Del Euro que se acerca
Despedazarte puede
Contra las rudas peñas?

¿Y que esas mismas lonas
Do tu vigor se ostenta,
Te arrastrarán entonces
Hacia la muerte fiera?

¡Oh! Vuelve mi barquilla,
A la feliz ribera
Do en calma te adormías
A la ambición ajena.

Que valen más los goces
Que la quietud te diera
Que cuanto el mar esconde
Tras de su curva inmensa.

CCCVII. BARRA, Eduardo de la.—Santiago de Chile, 1898.

Santiago de Chile, a 30 de nov. de 1898.

«Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Madrid.

Mí estimado Señor: No sé cómo comenzar ésta, ya que al tomar la pluma siento moverse en mí encontrados afectos: al mismo tiempo que deseo felicitarle por la elección recaída en usted para Bibliotecario, puesto en que usted está en su elemento, no puedo menos de enviarle mi sentido pésame por el fallecimiento de D. Manuel Tamayo tan bondadoso conmigo, que lo he visto alejarse con verdadero pesar.

A él me dirigía con frecuencia enviándole ejemplares de mis publicaciones, que él repartía por medio de sus empleados. ¿Sería su ilustre sucesor tan bondadoso que quisiera prestarme idéntico servicio? A esta inmensa distancia, con un correo no siempre cuidadoso, son muchas las publicaciones que se pierden en el [p. 409] camino, sobre todo cuando se peca en la dirección. Eso me decidió a dirigirme a la Biblioteca de Madrid, para lo que envió a esa Capital.

La revolución de Chile me lanzó al destierro, y quedé sin empleo y despojado de cuanto tenía, y así es que, pobre y aislado a mi vejez, hago mucho en ser tan constante en el trabajo, con mis ojos puestos en España, ya que aquí ni lectores de balde encuentro. Motivo es éste para que usted, con la sencillez de alma propia de la sabiduría, me auxilie y conforte, como de usted lo espero.

Don Manuel debió proponerme a la «Academia de la Historia», título a que aspiro, deseoso de lucirlo en la portada de mi «Restauración del Poema del Cid», que luego irá a la imprenta. Abonan mi pretensión mis trabajos de crítica histórico-literaria, de que he remitido muestras a la ilustre Corporación. Ignoro si el señor Tamayo alcanzó a proponerme.

Tampoco sé qué suerte corrieron las últimas publicaciones que le mandé, dirigidas a esa Biblioteca, las cuales acaso él no alcanzaría a recibir. Fueron entre otras varias algunos ejemplares de mi *Literatura Arcaica*, uno de ellos para usted, pues cuido de enviarle cuanto publico, desde años atrás, así como leo y aprovecho cuanto suyo cae en mis manos. Mucho me han interesado sus Prólogos de la *Antología de Poetas Castellanos*, y espero impaciente el tomo VII que aun no nos llega. Hay puntos no de mucha importancia en que he solido hacerle algún reparo, como usted verá en El *Endecasílabo Dactílico* y en *Literatura Arcaica*, sobre todo tratando del *Poema de Alfonso XI*. Por si usted no hubiese recibido esta última obra, ahora se la envió por duplicado, junto con la *Restauración de las Fábulas de Juan Ruiz* y otros cuadernos

Luego tendré el gusto de enviarle unas 20 odas de Horacio que espero serán de su agrado, pues creo haber conseguido pener «el vino viejo en odres nuevos». Sin separarme tanto del texto como suele el docto Burgos, y más que él los traductores de los días de Fray Luis de León, Villegas y Jáuregui, ni apegarme a él violentamente como hace el general Mitre, guardo un término medio, que ni me amarra hasta dejarme sin movimiento ni me desborda de los moldes horacianos.

[p. 410] Traduje también el *Carmen Saeculare*, Y, en más de un punto, docto Maestro, no estoy conforme con usted. Por ejemplo, en el famoso apóstrofe al Sol. Dice usted:

Sol que conduces en fulgente carro
Vario y el mismo, sin cesar el día
Nada mejor que la romana gloria
Miren tus ojos.

El aliusque et idem, sin duda que es «vario y el mismo», y se refiere al Sol y no al día, como otros creen; pero ¿qué significa? ¿cómo debe interpretarse? ¿qué pensó el poeta al decirlo? Creo que se refiere a los *varios* nombres, Apolo, Febo, Sol, con que al dios se invocaba en Roma, siendo uno mismo. Pero, la frase aislada vario y el mismo, tiene no poco de enigmática para el lector. Mejor sería explicarla y decir: —«Vario en el nombre y en esencia el mismos, o bien:—«Uno en esencia y en el nombre vario».

Justifica esta interpretación el Coro que sigue en que se invoca a Diana bajo los nombres de *Ilicia*, *Lucina* y *Genitalia*. *Sive tu Lucina probas vocari seu Genitalis*.

Por esto traduje:

¡Sol, almo Sol, dispensador del día,
Vario en el nombre y en esencia el mismo,
Nada más grande que la excelsa Roma
Veas ni alumbres!

No estoy contento aún. Un paréntesis en la solemne invocación pudo usarlo Horacio; pero, hoy no es de mi agrado. Aunque me aparte del modelo, creo mas propio hacerlo desaparecer en beneficio de la limpieza escultural del himno. Creo poder decir con ventaja:

¡Sol, almo Sol, dispensador del día,
Febo divino, en tu inmortal carrera
Nada más grande que la excelsa Roma
Veas ni alumbres!

¿Qué dice el Maestro?

De las odas he hecho dobles traducciones: una serie más ajustada al texto y la otra más amplia. Estoy contento de mi trabajo [p. 411] sobre todo de la *Vida del Campo*, del *Diálogo entre Lidia y Horacio* y las odas a *Melpómene*, a *Licinio* y a *Grosfo*.

En cuanto se publiquen tendré el gusto de enviárselas. A usted, apasionado de Horacio, le adelanto una muestra, la más breve de todas, para que se forme idea de lo que son mis dobles traducciones, Es aquel pequeño Camafeo de tipo helénico, en que aparece Venus con su cortejo, invitada a la fiesta de Glicera. Ha sido algo desdeñado por los maestros españoles, que dejan a Mercurio muy desairado sin atribuirle el papel que allí le corresponde. Encuentro delicadísima esta pequeña oda, cuya traducción doble le envío, acompañada de otra también brevísima que me parece inconclusa, acaso por no entenderla a derechas. Es aquella a Neóbula, *Miserarum est*, del libro III, en que he metido mano profana para darle el remate que a mi juicio la corona. No soy el primero que trabaja un brazo para la Venus de Milo.

Usted dirá!

No terminaré esta carta sin hacerle saber, y se lo digo muy sinceramente, que en este país el sentimiento espontáneo y general ha sido decidido por España en los pasados días de expectativa y tribulación, y otro tanto he sabido de las demás Repúblicas Americanas. La sangre ha hablado poderosamente y un secreto instinto nos desviaba de los *yankees*, cuando a primera vista lo contrario parecería lo lógico.

Yo me he sentido tan español como si hubiese nacido en el riñón de Madrid, y cayó la noche sobre mi alma cuando «los dioses se cansaron de concedernos la victoria».

Y se comprende; sangre de militares españoles corre en mis venas; uno de mis tatarabuelos, Ponce de León, fué jefe de la Caballería española en la guerra con el Araucano; otro, Lastarria, fué Almirante de la flota española. Mas no me remonto en estos recuerdos, de miedo que mientan mis papeles de familia que me dan alto entroncamiento con los héroes de la batalla del Salado y con el insigne Garcilaso, por mi bisabuela Loaysa y Lasso de la Vega, dama limeña, de la familia del primer Arzobispo del Perú. Otro guerrero, y éste es de mi cuenta, fué Guillermo de la Barra que mandó la batalla de Moret, en que murió el rey de Aragón sostenedor de los Albigenses. Fué este Guillermo uno de los Capitanes de Simón de Montfort y se le menciona en el poema de [p. 412] aquella Cruzada como se ve en *Los Trovadores* de

su maestro el muy erudito Milá y Fontanals, sabio, pero no poeta, por más que su cariño quiera concederle esa corona.

Vea, pues, hasta dónde van mis raíces españolas, en cuanto a la sangre, que en cuanto a los afectos son mayores, si cabe.

Pero, no necesitaba decirle todo esto, que, sin advertirlo casi, se me ha caído de la pluma, para que usted vea y palpe la adhesión, por natural afecto, de los Americanos a la madre España. Ella en sí misma tiene bastantes elementos de grandeza para continuar con brillo sus gloriosas tradiciones y realizar sus destinos. La grandeza de las naciones y la felicidad de los pueblos —usted bien lo sabe—no estriba precisamente en su extensión territorial. Haya paz y justicia y habrá patria. ¡Ojalá el cielo los preserve del monstruo de la guerra civil!

En fin, largo he charlado, largo sobre todo para un hombre de tantas ocupaciones y a quien quiero y admiro como si le tratara desde años atrás.

Alcanzo a desearle un año más próspero para usted y para la noble España, y me despido ofreciéndome de usted mui respetuoso amigo y atento servidor, q. s. m. e.— *E. de la Barra.* »

Una pequeña demora en el envío de ésta me permite agregar la traducción que en este momento concluyo de la oda a Cloe (que tengo hecha en tres formas) del catalán Montserrat y Archs, que usted elogia en su Horacio *en España*, de donde la tomo. He introducido ligeras variantes, como usted verá:

CCCVIII. BARRA, Eduardo de la.—Santiago de Chile, 1808.

Vitas hinnuleo. —Od. I, 23

De mí te apartas, Cloe,
Tal como la cervata
Que en busca de la madre
A toda prisa escapa.
Teme los vagos ruidos
Del bosque y de las auras,
Cuando la Primavera
Rebulle entre las rarnas.
Si algún lagarto, súbito
[p. 413] Agita la hojarasca,
Las piernas se le doblan,
Tiembla hasta las entrañas.
Aguarda, no me huyas;
No soy la fiera hircana
Que te imaginas, Cloe...
¡Fruta en sazón, preciada,
Deja a la madre y sigue
Al hombre que te ama!

Con encanto he leído su Horacio, que acabo de terminar, y me ha ocurrido preguntarme, ¿si habré sido alguna vez horaciano sin saberlo? Creo que sí; al menos es del género *El Arco de Ulises* (pág. 193 del tomo I de mis Poesías) en contestación a los mozos que no se conformaban con que yo me hubiese llevado los premios del certamen.

Tengo otras en el tomo II: una, *Gloria in excelsis*, dedicada a usted (pág. 291), y otra a José Basterrica (Pág. 245), como la Oda heroica, *La Sombra de Pizarro* (219), que más bien serían leontinas.

Voy a echarme a buscar la segunda edición del Horacio en España para saborearlo de nuevo, y estudiarlo y aprovecharlo. ¡Gracias mil por tan buena y provechosa compañía!

Vale.

CCCIX, BARRA, Eduardo de la.—Santiago de Chile, 1898.

O Venus regina.—Od. I, 25

I

Reina y Señora de Gnido y Pafos
Tu delicioso nido cipreo
Deja, y acude donde te invoca
Glicera bella, quemando incienso.

Contigo el ciego Cupido vaya;
Vayan las Gracias, los cintos sueltos;
Vayan las Ninfas, y al par con ellas
Juvencia loca y Hermes discreto.

[p. 414] II

Bis.—*Anacreónica*

Reina de Gnido y Pafos,
O Venus Citerea,
Deja tu cíprea concha
Y ven donde Glicera.

En su pequeño templo
Incienso ya te quema,
Te invoca enamorada
Y adoración te ofrenda.

Contigo venga el Niño
De las terribles flechas,
Y síganle las Ninfas
Para alegrar la fiesta.

Las desceñidas Gracias
Lleguen también; con ellas
Juvencia, fresca y grata
Como una aurora, venga.

Y, el índice en los labios,
Mercurio esté a la puerta,
Velando los misterios
De la feliz Glicera.

Fundida en turquesa más clásica, sería:

III

Reina de Pafos y de Gnido, oh Venus,
Tu Chipre amado y delicioso deja,
Y hoy a los ruegos de Glicera acude;
 Ven a su fiesta.

Brilla su alcoba convertida en templo,
Tierna te llama enamorada y bella,
Grato perfume en braserillos de oro
 Quema en tu honra.

Venga contigo el Ceguezuelo armado;
Sigan sus pasos amorosas Ninfas,
Vengan las Gracias con los cintos sueltos
 Libres y airosas.

Llegue Juvencia esplendorosa y fresca
Y dé a la fiesta del Amor su encanto;
Venus presídalos misterios, y Hermes
 Vele la puerta.

[p. 415] Todavía voy a transcribir la misma en el nuevo metro que he dado a la lírica castellana, va bastante usado en América. Es un pentasílabo triple.

IV

PARÁFRASIS

Reina de Gnido, diosa de Pafos, Venus Ciprea,
Deja tu puerto lleno de encantos y de delicias;
Hoy que te llama Glicera hermosa, ven Citerea
 Y no le niegues gratas caricias.
Ven, do te aguarda prendiendo aromas, ardiente y bella,
Ven do te invoca junto a las aras, con dulces preces.
Su alcoba en templo se ha convertido: te adora en ella
 Como ella sabe, cual tú mereces.
Venga contigo Cupido armado; con él radiosas
Vengan las Ninfas cantando ledas y enamoradas;
Sueltos los cintos lleguen las Gracias vertiendo rosas
 Cual las que nacen de tus pisadas.
Llegue segura que aquí se guarda letal secreto
Juvencia ardiente, con su alegría, con sus candores.
¡De los misterios prended las luces: Hermes discreto
 Guarda la puerta de los amores!

CCCX. BARRA, Eduardo de la.—Santiago de Chile, 1898.

Miscrarum est. —Od. III, 12

A NEÓBULA

Cuan infeliz la niña
A quien se contraría en sus amores,
 Y a quien le está vedado
Templar en el deleite sus ardores [1]
 Castígala la lengua
Del rígido tutor y la amenaza:
 Ella llora, suspira
Y las labores de Minerva aplaza.

Luego a Cupido escucha
Y sólo en Hebro, el de Lipari piensa:
Neóbula en su pecho
Siente de amor la ebullición intensa.
Hebro es mejor jinete
[p. 416] Que el mismo vencedor de la Quimera;
No hay púgil que le iguale,
Ni nadie le ha vencido en la carrera.
Al jabalí sorprende
En el espeso matorral; si lanza
Su flecha, va certera
Y al ágil gamo en la carrera alcanza.
Del Tíber en las ondas
Sumerje el hombro con aceite unjido...
Velo Neóbula y piensa
Que es más fuerte el Amor cuando es prohibido.

CCCXI. BARRA, Eduardo de la.—Santiago de Chile, 1898.

Beatus ille. —Ep. 2

Pensando en usted acabo de traducir del gallego el *Beatus ille*, que usted trae en su *Horacio en España*. Me ha parecido sabrosísima traducción la del catedrático Mosquera y he procurado seguirla muy de cerca, menos en ciertos pasajes que retoco en la esperanza de mejorarlos. Allá va mi trabajo hecho al correr de la pluma:

A VIDA D'O CAMPO

(Del latín al gallego, del gallego al castellano)

Feliz quien vive como en tiempo de antes
Lejos de toda bulla,
Y labra el campo que labró su abuelo
Con bueyes propios, libre de la usura.

No el guerrero clarín ni el mar airado
El sueño le perturban;
Ni se encorva en la puerta del magnate
Ni del Foro se agita entre la chusma

Mas las ramas frondosas de la parra

Con el álamo ayunta,
Corta con su podón las ramas flacas
Y otras ramas injerta más robustas

O ve pacer las vacas y los bueyes
En la feraz llanura;
Ya la miel que exprimió guarda en los odres,
Ya a sus corderos del vellón desnuda.

[p. 417] Y cuando Otoño la cabeza hiergue
Coronada de frutas,
Coge la pera de la misma rama
En que su mano injirió la púa.

Ora a ti, dios Silvano, y a ti Priapo
Que los linderos cuidas,
Agradecido y en debida ofrenda,
Os va a colgar las purpurinas uvas.

O tendido a la sombra de la encina
En la grama menuda,
Las aguas oye que del monte bajan
Y su camino por el valle buscan.

Y al concento del río y de las aves
Que alegran la espesura
Se aduerme y sueña oyendo la fontana
Que al lado suyo musical murmura.

En la ruda estación de crudas nieves
De tormentas y lluvias,
Sigue al hirsuto jabalí, que diestros
Luego sus canes en la trampa empujan.

Y al voraz tordo entre sus lazos coge,
Y a la liebre y la grulla...
Quien así se da gusto ¿qué apetece
De los lances de amor y de fortuna?

Y más si tiene una mujer casera
Que los hijos educa,

Ya encendida en rubor cual las sabinas,
O ya tostada por el sol de Apulia.

Mujer que antes que llegue su marido
 En el fogón atura
Las ramas secas y la llama aviva,
Que amiga los conforta y los alumbra.

Que lista acude y el ganado suelto
 En el cercado junta,
Y las ubres estruja en las colodras
Blancas de leche rebosando espuma.

Que baje a la bodega y vino nuevo
 Pide a la vieja cuba,
Tiende el blanco mantel en rica mesa
que, sin mercarse nada, en todo abunda.

[p. 418] ¡Ah! por esa comida regalada
 Que amor y paz endulzan,
Dejara yo las ostras del Lucrino
Que a los de la ciudad tanto les gustan.

Dejara yo el rodabajo y los escaros,
 Si es que algunos empuja
A nuestra playa el huracán soberbio
Que allá en las costas de Levante bufa.

Más que el greciano francolín, y el ave
 Que la Numidia educa,
Las romazas me agradan y las malvas
Que muchos pechos delicados curan.

O la exprimida por campestre mano
 Delicada aceituna,
O el cabritillo tierno, que del lobo
Muestra fresca la fiera mordedura.

¡Oh mesa afortunada! Cuanto place
 Entre tanta fortuna
Ver bajar las ovejas a la tarde

Cuando ya solas el aprisco buscan.

Ver los bueyes cansados cuando vuelven

De la faena dura

Enyugados aún, traer el arado

El timón arrastrando por la punta.

Y ver, en fin, de rústicos esclavos

La suelta, alegre turba,

Enjambre de la granja, que en la tarde

En torno del hogar revuela y zumba.

Esto dijo un tal Alfio, un usurero,

Ya resuelto a seguir la vida rústica;

Sus cuartos recogió con que lucraba;

Pero, pasado un mes, volvió a la usura.

URUGUAY

CCCXII. ACUÑA DE FIGUEROA, Francisco.—Montevideo, 1835.

Maecenas atavis. —Od. I, 1

Mecenas ilustre

De reyes nacido,

Mi dulce decoro,

Mi amparo y mi asilo;

[p. 419] Muchos hay que anhelan,

En carros lucidos,

De olímpico polvo

Cubrirse en el circo.

Allí con destreza,

En rápido giro,

Evitan de un choque

Al eje encendido.

Del mundo señores,

El lauro propicio

Los alza cual dioses
A par del Olimpo.

A éste ansiosa colma
De honores subidos
La turba versátil
De nobles Quirites;

Aquél en sus trojes
Quiere con ahinco
Todas las cosechas
De Libia y sus trigos;

Feliz se contempla
Labrando tranquilo
Los campos paternos
Con férreo escardillo.

Ni de Átalo el oro
Pudiera inducirlo
A arrostrar los mares
En ciprio navío.

Tiembla el mercadante
Que oyó pavorido
De mares y vientos
El choque y los silbos;

La quietud alaba,
Y ensalza expresivo
La vida campestre
Del patrio recinto;

Mas siente pobreza,
Olvida el designio,
Prepara sus naves
Y arrostra el peligro.

Hay quien no desprecia
El másico vino,
Gozando las horas

Del día festivo.

Ora el verde arbusto
Le ofrece en estío
[p. 420] De fragantes hojas
Parasol tejido;

Ora recostado
Contempla embebido
La fuente sagrada
Del plácido río.

A muchos agrada
De Marte el bullicio,
Y de las trompetas
El ronco sonido;

Y la infanda guerra,
Flagelo que impío
Detestan las madres
Cual monstruo maldito.

Sufre la intemperie
Cazador activo,
Que olvida en los bosques
La esposa y los hijos;

Ora si sus fieles
Lebreles han visto
Cruzar presurosa
La cierva entre riscos;

Ora si sus lazos
Con duro colmillo
El cerdoso bruto
Rompió enfurecido.

Mas yo solamente,
Mecenas querido,
La yedra gloriosa
Anhelo y estimo;

La aureola del genio,
La yedra que ha sido
Del sabio en las sienas
Feliz distintivo.

Con ella a los dioses
Igual me imagino,
Por ella los bosques
Y danzas olvido.

Sátiros y ninfas,
Con fáciles giros,
Del vulgo me apartan
En dulce deliquio.

Euterpe su flauta
Me cede, y lo mismo
Polymnia su lira
Cederme ha querido.

[p. 421] Y si tú, Mecenas,
Mi espléndido amigo,
Por lírico vate
Me cuentas propicio,

Entonces mi frente
Ufana y con brillo,
Tocará orgullosa
Los astros divinos.

Parnaso Oriental, o Guirnalda poética de la República Uruguaya, Montevideo, imprenta de «La Libertad», 1835. Torno II, pagina 95.

Biblioteca Americana. Volumen sexto. Obras completas de Francisco de, Acuña de, Figueroa. Edición revisada por Manuel Bernárdez. Poesías diversas. Tomo segundo. Montevideo, Vázquez Cares. Dornaleche, y Reyes, editores. Calle 18 de Julio, números 146 y 148, 1890, pp. 368-371.

De «muy débil en su versificación y en su expresión» califica el general Mitre esta versión (*Horacianas*, I, 13). La mayor parte de sus defectos proceden de haberla hecho Acuña en romance hexasílabo, metro enteramente inadecuado para traducir a Horacio, y menos en una oda asclepiadea, de ritmo tan marcado y tan fácil de remedar en nuestra lengua como lo mostraron casi simultáneamente D. Juan Gualberto González y D. Joaquín Pesado.

Mercuri nam te. —Od. III, 8

TRADUCCIÓN ESTRUCTA

Mercurio, a cuya ciencia
Y docto magisterio,
Dócil Amphión debiera
Mover las rocas con divino acento;

Y tú, cóncava lira,
Delicioso instrumento,
Que sonora produces
De siete cuerdas armoniosos ecos;

Ni acorde, ni parlera,
Fuiste, ¡oh lira! en un tiempo,
Mas hoy ya solemnizas
Ricos banquetes y sagrados templos,

[p. 422] Inspírame sonidos
Numerosos y tersos,
Porque Lide indulgente
Preste atención y oído a tus acentos.

Tú en pos de ti pudieras
Los tigres y los cerros
Arrastrar, y en su curso
Detener los veloces arroyuelos.

A tu potente magia
Vió adormecerse Orfeo
Al Cerbero implacable,
Guarda feroz del espacioso Averno,

Cuya furial cabeza,
Cien culebras ciñendo,
Por la trilingüe boca
Exhala podre y corrompido aliento.

Aun de Ixión y Ticio
Los rostros macilentos,
Con expresión forzada,
En medio a sus martirios, sonrieron,

Y el tonel fatigoso
Quedó enjuto un momento,
En tanto que extasiabas
A las Danaides con divinos ecos.

Oiga Lide su crimen
Y el notorio tormento,
Y el tonel horadado
Que llenar deben con afán eterno.

Y los fatales hados
Seguros, aunque lentos,
Que infalibles amargan
A los delitos en el Orco fiero.

¡Impías!... (Ciertamente
¿Qué más hacer pudieron?)
Ferozes trucidaron
A sus consortes con agudo hierro.

Una entre todas, digna
Del sagrado Himeneo,
Mintió al perjurio padre
Y ennobleció su engaño y sus recuerdos,

Que al caro esposo dijo:
«¡Levántate, Lynceo!
¡Despierta, no te asalte
Donde no temes, el eterno sueño!»

«Frustramos la venganza
De tu pérfido suegro;
[p. 423] Engaña a mis hermanas,
A esas nefarias, corazón de acero,

Que cual fieras leonas
Caen sobre los becerros,
Así ¡oh dioses! degüellan
Uno por uno a sus esposos tiernos.

Yo más sensible que ellas,
No te heriré, ni pienso
Guardarte en este alcázar
Pues no puedo guardarte aquí en mi pecho.

Aunque agobie mi padre
Con cadenas mi cuerpo,
Porque al mísero esposo
De lástima y amor salvé del riesgo,

Aunque sobre una armada
Me relegue severo
A gemir, de Numidia
En los campos lejanos y desiertos,

Huye doquier te lleven
Tus pasos y los vientos:
Noche y Venus te ayuden;
Huye, bien mío, con dichoso agüero;

Y allá en memoria mía,
En fácil mausoleo,
Inscribe un epitafio
Que eternice en el mármol mi lamento.»

Biblioteca Americana. Volumen quinto. Obras completas de Francisco Acuña de Figueroa. Edición revisada y anotada por Manuel Benárdez. Poesías diversas. Tomo Primero. Montevideo, Vázquez Cares, Dornaleche y Reyes, editores... 1890, pp. 233-236.

CCXIV. ACUÑA DE FIGUIEROA, Francisco.—Montevideo, 1835

Herculis ritu. —Od. III, 14

El César, ¡oh pueblo!
Que el lauro alcanzó,
Lauro que se compra

Con muertes y horror,
Hoy cual nuevo Alcides,
Entre aclamación,
De España a sus lares
Vuelve vencedor.

[p. 424] La esposa que sólo
Cifra en él su amor,
Salga, y a los dioses
Rinda su oblación;
Y salga la hermana
Del claro campeón,
Y madres llevando
Sus hijos en pos;
Las madres de aquellos
Mancebos de honor,
Que hoy vuelven ilesos
Con alto blasón.
Todas adornadas
Vengan en unión,
Con vendas y cintas
De vario color.
Jóvenes y esposas,
Asistan, mas no
Profieran palabras
De infausto dolor.
Para mí esta fiesta
Es de tal valor,
Que de mis zozobras
La imagen borró.
No temo asesinos
Ni conspiración,
Reinando en el orbe
César semi-dios.
Trae, paje, coronas
Y unguentos de olor,
Y de vino añejo
Aquel tinajón;
Aquel que recuerda
La Marsa invasión
Si es que de Espartaco

Alguno salvó.
¡Anda! y a Nerea,
De angélica voz,
Dila que se adorne
Presto y con primor.
Que vuele... y si acaso
Te hace dilación
Su necio portero,
Marcha tú veloz.
El albo cabello
¡Ah! ya mitigó
[p. 425] De choques y riñas
Mi antigua afición,
Que en el consulado
De Planco... ¡eso!
Tal no Sufriría
Mi joven ardor.

Parnaso Oriental o Guirnalda Poética de la República Uruguaya... Montevideo..., 1835. Tomo II.

Obras Completas de Francisco Acuña de Figueroa. Poesías diversas. Tomo tercero. Montevideo.... 1890, pp. 18-19.

¡Mala suerte ha tenido esta oda en castellano! Ninguna de las versiones que he visto de ella me satisface. La presente es una *insípida anacreóntica*, como nota muy bien el general Mitre, que sin embargo no lo ha hecho mucho mejor que sus antecesores. Fué desafortunado en Acuña de Figueroa, como en Burgos, emplear el eptasílabo para traducir una oda compuesta en estrofas sáficas, cuya imitación es tan natural y fácil en castellano.

El final es ciertamente malo e indigno del enérgico rasgo de humorismo bilioso:

*Non ego hoc ferrem calidus juvena
Consule Planco.*

¿Pero qué decir de la traducción de Mitre que ni parece que está en verso, ni se entiende apenas?:

Joven, no fuera paciente, en tiempo
Del cónsul Planco.

Quien traduce así no tiene derecho para censurar a nadie. Ni el dómine Zancas Largas lo haría peor.

Quo, quo scelesti ruitis. —Ep. 7

¿Adonde, adónde os despeñáis impíos?
¿Por qué empuñáis de nuevo el hierro infausto?
¿Poca sangre latina, por ventura,
Se ha vertido en los mares y los campos?
No para que el romano los soberbios
[p. 426] Alcázares quemase de Cartago,
Ni para ver cruzar la Sacra vía
Al indócil bretón encadenado
Sino para que Roma por sí misma
Caiga arruinada como anhela el Partho.
¿El furor os arrastra, oh ciego encono,
O acaso el crimen?... ¡Responded, insanos!
¡Y en su conciencia heridos se pasmaron!
Mas ellos callan... palidecen mudos...
¡Ay cuál oprime a Roma el hado acerbo,
Por el bárbaro crimen del hermano,
Cuando corrió del inocente Remo
Sangre, a sus nietos de valor sagrado.

«Esta traducción fué hecha como por apuesta, tan ceñida al original, que casi tiene el mismo número de palabras que él, para probar que no es imposible traducir en verso a Horacio sin largas perífrasis.»

La primera parte de la versión es mucho mejor que la segunda en que hay dos asonantes seguidos, y una mala (por demasiado literal) traducción del *sacer*, que aquí no quiere decir sagrado, sino funesto.

Parnaso, Oriental o Guirnalda Poética de la República Uruguaya. Montevideo, imprenta de *La Libertad*, 1835, tomo II.

Obras Completas de Francisco Acuña de Figueroa. Edición revisada por Manuel Bernárdez. Poesías diversas. Tomo segundo. Montevideo, 1890, pág. 193.

CCCXVI. ACUÑA DE FIGUEROA, Francisco.—Montevideo, 1834.

O Phebe, sylvarumque potens Diana.—Carmen saeculare

Canción secular de Horacio, traducida y publicada para solemnizar las fiestas nacionales de la Constitución en su aniversario del 4 de octubre de 1834.

A Febo y Diana
(Cantan ambos coros de niños y niñas)
¡Oh refulgente Febo, oh casta Diana,
De las selvas señora
[p. 427] Astros lucientes que el mortal adora!
De la gente romana
A vuestras aras puesta
Oíd el voto en la sagrada fiesta...

Esta hermosa paráfrasis se imprimió por vez primera en el *Parnaso Oriental o Guirnalda Poética de la República Uruguaya*. Montevideo, 1835. Tomo I, Pág. 212.

Biblioteca Americana. Volumen sexto. Obras completas de Francisco Acuña de Figueroa. Edición revisada por Manuel Bernárdez, Poesías Diversas. Tomo segundo. Montevideo, Vázquez Cores, Dornaleche y Reyes, editores., 1890. 4.º, pp. 123-128.

América Poética... Valparaíso, 1846, imprenta de « *El Mercurio* » (colección formada por D. Juan M. Gutiérrez), pp. 227-229.

Antología de poetas hispanoamericanos, publicada por la Real Academia Española. Tomo IV. Chile—República Argentina—Uruguay. Madrid, est., tip. Sucesores de Rivadeneyra..., 1895, páginas 393-398.

[Vid. H. E. I, 192; II, 474.]

CCCXVII. PÉREZ PETIT, Víctor.—Montevideo. 1896.

Maecenas atavis. —Od. I, 1

¡Oh Mecenas ilustre, descendiente
De real prosapia! ¡Oh noble gloria mía!
Hombres hay que se precian, vanidosos,
De haber volado por el circo olímpico
Con su carro que el polvo circundaba;
Y orgullosos de haber girado presto
Rasando, sin tocarle, con la rueda
Férvida el linde intacto, se imaginan
Elevados al rango de los dioses
Por los honores de las palmas verdes:
Éste, si la mudable muchedumbre
De la ciudad de Rómulo se empeña
En alzarle a la cumbre de la gloria,

Mira logrados todos sus deseos;
Y aquel otro en sus trojes encerrando
Próvido el rico grano que las eras
De Libia acopia, por feliz se tiene;
Que al hombre ingenuo que su dicha toda
[p. 428] Cifra tan sólo en remover el campo
De sus mayores con la azada, nunca
Lograrán conminarle a hender las ondas
Del mar Egeo en un bajel de Chipre,
Aunque le ofrezcan como grato cebo
De Atalo las innúmeras riquezas:
Quien espantado de la fiera lucha
Que el ábrego mantiene con las olas
Donde Ícaro cayó, rotas las alas,
Sueña con la quietud del patrio suelo;
Después, al reparar en sus navíos
Las huellas de terribles tempestades,
La nave apresta, no sufriendo indócil
El yugo abrumador de la pobreza:
Algunos se deleitan con el vino
De Másico, que apuran sin descanso,
Y a los serios negocios de la vida
Roban algunas horas, consagradas
Al solaz, ya tendidos a la sombra
De un árbol frondosísimo, ya junto
Al claro manantial de un arroyuelo:
Muchos se regocijan contemplando
Un campamento, y buscan los marciales
Sones de las trompetas y clarines
Que hacen soñar en las cruentas guerras
Que odian las madres: y al abierto cielo
Se queda el cazador presto olvidado
De su esposa, ya sea que la pista
Marquen los perros de cercana cierva,
Ya un bravo jabalí sus redes todas
Haya roto y en trizas convertido.

La yedra que la frente de los sabios
Circunda, a ti, Mecenas, te coloca
Entre los Dioses del augusto Olimpo;

Y a mí del vulgo lejos me retira
La fresca sombra de los grandes bosques,
Donde contemplo las ligeras danzas
De las ninfas y sátiros, — que Euterpe
No hace callar mi flauta, ni rehusa
Templar Polimnia mi lesbiana lira.
Mas si tú entre los líricos me cuentas,
Alzaré la cabeza hasta los cielos.

En la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, de Montevideo.

[p. 429] CCCXVIII. PÉREZ PETIT, Víctor.—Montevideo, 1896.

Laudabunt alii.—Od. I, 7

Otros alaben a la clara Rodas
Y canten Mitilene, y entre todas
A Éfeso y Corinto
—Cuyas plantas las besa mar distinto—
Y saluden a Tebas,
Por Baco respetada,
O de Tesalia la feraz llanura,
O a Delfos por Apolo celebrada.
Este que veis marchar bajo la obscura
Sombra de los laureles, recogiendo
Todas las hojas de inmortal corona,
Dulces versos le abona
A la ciudad de Atenas
Y a la casta Miverva; y aquel otro,
Digno hijo de las Musas, de Micenas
Alaba la riqueza, ponderando
La tierra de Argos que tan nobles potros
Presta a la guerra, — y de tal modo a Juno
Está lisonjeando.

Mi obra y mi inspiración son las sonoras
Grutas, el eco de la Ninfa griega,
Las aguas despeñadas, bullidoras
Del Anio apresurado
Que caen a la vega

Y de Tiburnio el bosque consagrado
Do un arroyuelo serpentea ameno:
 Que no me han cautivado
Ni de Lacedemonia las penosas
Planicies, ni Larisa, que copiosas
Mieses cosecha del feraz terreno.
 Muchas veces un soplo bienhadado
 Disipa la tormenta
 Que al cielo había enlutado
 Con nube cenicienta.
Así la vida tiene sus tinieblas,
Y si vos me creéis, discreto Plano
 —El consejo es sapiente—
Ora estéis con insignia reluciente,
Ora bajo las sombras apretadas
 Del Tíbur, con presteza
 Disipad la tristeza,
[p. 430] Y en el fondo de Copa reluciente
Sepultad la acritud de las jornadas.
 Teucro de Salamina
Que del techo paterno andaba huyendo
Y patria nueva ya encontrar ansía,
A sus fieles amigos les decía,
En sus rostros la pena percibiendo:
 «Iremos a do quiera
La Fortuna, por tierras apartadas,
 Que es ella menos fiera
Que mi padre; y así, Teucro que os guía
Vuestra estrella será, — pues la divina
Palabra del oráculo de Apolo
Nos promete una nueva Salamina.
 ¡Oh bravos compañeros!
 Trances mucho más fieros
Habéis cruzado, — pues colmad de vino
Las copas, y apuradlas al instante
Que mañana, otra vez, nuestro destino
Lanzaremos al Piélagos gigante.

Tu ne quaesieris. —Od. I. 11.

¡Leuconoe! no quieras con cuidado
Curioso ver el hado,
Y saber de los dos quién el primero
Ha de morir, buscando el testimonio
Del arte babilonio;
Y a cualquier suerte opón pecho altanero.
Sea que haya resuelto el Dios eterno
Vivas remoto invierno,
Ora el postrero fuese el que al Tirreno
Mar encrespa y quebranta en roca dura,
Tú, prudente, perdura
Del placer y las dichas en el seno.
Reduce la esperanza a breve trecho
Y resigna tu pecho,
Que el tiempo vuela y la vejez tirana
Corre a llevarnos a la tumba fría.
¿Quién sabe sí este día
Para nosotros guardará mañana?

[p. 431] En la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, de Montevideo.

CCCXX. PÉREZ PETIT, Víctor.—Montevideo, 1896.

O Venus, regina Cnidi. —Od. I, 30

¡Oh Venus! reina de Gnido y Pafos
Deja tu Chipre, que hermoso templo
Ha preparado Glicera bella
Donde te invoca quemando incienso.

¡Vente! las Ninfas e ingenuas Gracias
Y el niño ardiente darán séquito,
Y el Dios Mercurio; que de la vida
La primavera, sin ti es un sueño.

CCCXXI. PÉREZ PETIT, Víctor.—Montevideo, 1896.

Rectius vives .—Od. II, 10

Mejor el rumbo seguirás, Licino,
No remontando de la mar el seno
Ni costeano la dolosa playa
Por evitar la tempestad del cielo.

El hombre sabio que estimó prudente
La medianía, no se acoge al techo
Pobre y vetusto ni al alcázar de oro
Que en pórfido labrado es un portento.

El huracán los árboles más altos
Rompe, y las torres a su airón funesto
Caen en ruinas, y soberbias cumbres
Se ven heridas del celeste fuego.

El varón animoso no confía
En la dicha jamás; contrario imperio
Vence, esperando nuevo día; y Jove
En grata primavera cambia el hielo.

No aciaga suerte vivirá por siempre;
También la Musa inspirará el Dios Febo
Para que cante, que no siempre apresta
Y tiende el arco de furores bélicos.

[p. 432] Si el infortunio te acosare, al mundo
Muéstrale siempre un corazón sereno;
Y si propicio viento de tu nave
Hincha la vela, coge el aparejo.

(Enviada en manuscrito autógrafo por el autor.)

CCCXXI. PÉREZ PETIT, Víctor.—Montevideo, 1896.

Ocio a los dioses el piloto pide
Sobre las bravas olas del Egeo
Cuando a la luna velan pardas nubes
Y ni una estrella indica el derrotero.

Ocio pide la Tracia en lid reñida,
Y, ornado de carcax, le pide el medo;
Que ni el oro, la púrpura y las perlas
Pueden pagar el ocio placentero.

El lictor consular, la recta vara
Del inspirado augur, del rey el cetro
No apartarán del alma las tristezas,
Ni ésas que cruzan los dorados techos.

El sabio con muy poco se contenta,
Caro Grosfo, y es todo el ornamento
De su mesa la copa hereditaria.
Libre de sordidez, duerme sin miedo.

¿Por qué otro sol buscar, en otros mundos,
Y sobre lo imposible hacer proyectos?
Si no es posible huir la propia vida,
¿Por qué andar de la patria siempre huyendo?

¿No sube con nosotros a las naves
El cuidado—ese triste compañero?—
No monta a nuestra grupa y va más rápido
Que las nubes llevadas por el viento?

Olvide el que es dichoso en lo presente
De reformar su sino venidero;
Oponga calma a la fortuna adversa,
Que en este mundo no hay goce completo.

Aquiles, el glorioso, murió joven;
Cada día a Titón hace más viejo;
Igual hora, tal vez, a mí me aporta

Lo que a ti ha negado el sino adverso.

Para ti mugen sicilianas vacas
Y balan tus rebaños de carneros;
[p. 433] Relinchan para ti las briosas yeguas
Que son de tu cuadriga el ornamento.

Con púrpura africana por dos veces
Teñido está tu manto: — más pequeños
Campos dióme la Parca, burlo al vulgo
Y en mí hay de Musa Griega un breve aliento.

En la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, de Montevideo.

CCXXIII. PÉREZ PETIT, Víctor.—Montevideo, 1896.

Non ebur neque aureum. —Od. II, 18

Ni el mármol, ni dorados artesones,
Ni las vigas preciosas del Himeto
Pesando en las columnas africanas,
Como riquezas de mi casa quiero;

Que de Atalo el cuantioso patrimonio
Yo no he logrado y con afán ostento,
Ni de Laconia púrpura valiosa
Hilada para mí por clientes tengo.

Tan sólo inspiración alta y fecunda
Y una lira harmoniosa me dió el cielo,
Y aunque pobre y sencillo me demandan
Los que del lujo viven en el seno.

Con súplicas no canso a las deidades
Ni al potentado amigo soy molesto;
Con mi granja Sabina en este mundo
Vivo feliz y estoy siempre contento.

Un día es fenecido en otro día,
Y las faces lunares cambian presto.

Mas tú, próximo al fin de tu existencia,
Mármoles labras con sin par dispendio,

Alzas palacios sin cavar tu huesa,
Al importuno mar robas terrenos,
Apresurando en Bayas los trabajos
De una nueva ribera, tus obreros.

Aun hay más: ambicioso, los mojones
De los campos vecinos, sin derecho,
Cambias a tu placer, y así, usurpando,
Das a tu propiedad lo que es ajeno.

De su hogar arrojados los esposos
Llevan, tristes, por único consuelo
[p. 434] Los dioses de sus padres, que aun imploran,
Y a sus hijos de andrajos ¡ay! cubiertos.

No tiene el poderoso más seguro
Palacio que el temible del Infierno;
Que la tierra a los pobres y a los ricos
Igualmente les abre su ancho seno.

Y en vano pretendió con sus riquezas
Sobornar a Caronte Prometeo,
Para volver a repasar la Estigia,
Que no se compra al infernal barquero.

Él guarda en sus prisiones, impasible,
A la raza de Tántalo el soberbio,
Y al hombre de la vida le liberta,
Llámenle o no, llegado su momento.

En la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, de Montevideo.

CCCXXIV. PÉREZ PETIT, Víctor.—Montevideo, 1896.

Odi profanum vulgus et arceo. —Od. III, 1

¡Odio hacia lo vulgar! Gentes profanas

Lejos de mí, que sacerdote altísimo
De las Musas, a niñas y doncellas
Canto por vez primera en dulces versos
No escuchados jamás por hombre alguno.
Los reyes dueños son de las naciones,
—Rebaño dócil que obedece al amo—;
Mas el rey a su turno se doblega
Bajo el cetro del Dios que a los Gigantes
Venció y a cuyo gesto tiembla el orbe.
Uno, planta su hacienda confinando
Más lejos que ninguno sus viñedos;
Otro, escudado en su ascendencia ilustre,
Sueña con los honores; quien sus puras
Costumbres enaltece; quien se fía
Con una clientela numerosa;
Pero todos, altivos o menguados
Bajo la ley igualitaria siempre
De la necesidad, van sometidos,
Y al caer en la urna se confunden
Las suertes de los grandes y pequeños.
Cuando el impío la tajante espada
Sobre su frente suspendida vea;
Ni los manjares tiernos de Sicilia
[p. 435] Le darán apetito, ni las aves
Cantoras, ni la lira el blando sueño
Le traerán, se sueño que no deja
De los pobres las rústicas moradas,
Ni las márgenes solas del arroyo
Que corre entre los álamos silente,
Ni los valles do el céfiro discurre:
Que el hombre que limita sus deseos
A lo preciso, no se alarma nunca
Por las iras que encrespan a las olas
Cuando Arcturo ha llegado a su poniente
O en su orto las Cabrillas se levantan,
Ni aun por el granizo que sus viñas
Doblega, atribuyendo su infortunio
Ya a las lluvias caídas sin descanso,
Ya a las estrellas que sus campos queman,
Ya a los rigores del implacable invierno.

Los peces estrechados en sus aguas
Por los muelles y fábricas se sienten,
Que el rico propietario ya aburrido
De sus palacios en la tierra firme
Quiere en el mar tender nuevas viviendas:
Pero, el temor y los peligros nunca
Se apartarán del hombre, y el cuidado
Con él irá por la ferrada nave
Y con él a la grupa en el caballo
El temor le dará su compañía.
Y pues que nuestros males no podemos
Aliviar con el terso mármol frigio,
Con el brillo precioso de la púrpura,
El vino de Falerno y los perfumes
De Persia, ¿para qué elevar suntuosos
Palacios de magníficas portadas
Si sólo envidias y rencores vanos
Nos darán? ¿para qué trocar mi valle
Sencillo de Sabina por riquezas
Que no me causarán sino tormentos?

En la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, de Montevideo.

CCCXXV. PÉREZ PETIT, Víctor.—Montevideo, 1896.

Diffugere nives. —Od. IV, 7

Por fin la nieve es ida;
Recobra su verdura la pradera,
[p. 436] El árbol la perdida
Froncosa cabellera,
Y a la tierra vistió la primavera.

El desbordado río
Vuelve otra vez al cauce y va besando
La orilla, sin desvío.
Aglaya procurando
Las Ninfas, todas ellas van danzando.

Y el año y las mudables
Horas que vemos devorar al día,
Nos muestran inestables
El goce y la alegría,
Pues que huyen años y horas a porfía.

A los sañudos fríos
Ablanda el dulce Céfiro temprano,
Y luego los estíos
Se rinden al verano,
Cuyo fin, a su vez, está cercano.

Que ya de fruto tierno
Cargado el bello otoño se nos llega,
Hasta que del invierno,
Por la tendida vega,
El ala inerte y fría se despliega.

La luna en su creciente
Repara sus jirones al instante,
Y el hombre inútilmente
Trabajaré constante
Por ver de reparar ¡ay! su menguante.

Pues apenas caído
A la mansión de Eneas el humano,
De Tulio enriquecido
Y de Anco soberano
Vana sombra ha de ser y polvo vano.

A hombre ninguno es dado,
En siendo su existencia consumida,
Averiguar su hado
Y saber si en su vida
Otras horas habrá tras la extinguida.

[p. 437] Así, Torcuato amigo,
Lo que otorgues al goce verdadero
Lo pondrás al abrigo
De ambicioso heredero

Que espera tu suspiro postrimero.

Que al bajar a la helada
Tumba a escuchar de Minos la sentencia,
No te darán la ansiada
Luz, la noble ascendencia
Tuya, ni la piedad, ni la elocuencia.

Recuerda que al Leteo
Robar no pudo a Hipólito Diana,
Que a Peritoo, Teseo
Salvar de la tirana
Cadena no logró su fuerza vana.

En la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, de Montevideo.

CCCXXVI. PÉREZ PETIT, Víctor.—Montevideo, 1896.

Phoebe, silvarumque potens Diana. —V, 19

CANTO SECULAR

Coro del pueblo

¡Oh, dios del día, venerado Febo!
¡Y tú, Diana, de los bosques reina!
Ya que al mandato sibilino fieles
Preces entonan
En estos días de las fiestas sacras,
A las deidades de los siete montes
Vírgenes puras y escogidos párvulos,
Gratos oídnos.

Coro de mancebos

¡Sol que en tu carro de marfil conduces
La luz del día, siempre el mismo y nuevo,
Ciudad mayor que la ciudad romana
Nunca ilumines!

[p. 438] *Coro de doncellas*

Y tú, Licina, Genital o Ilitia,
Cualquiera el nombre que prefieras sea,
La madre acorre en el doliente parto,
 Calma sus males,
Y con tus rayos numerosos, puros,
Firma la ley que a los dos sexos une,
Y haz que fecundo en descendencia larga
 Sea ese lazo.

Los dos coros

Así otro siglo traerá de nuevo
Los mismos cantos y las danzas mismas
Que por tres días y tres noches duran
 En estas fiestas.
También vosotras, confidentes fieles,
Parcas que al mundo reveláis el hado,
¡Sednos propicias! y agregad más dichas
 A estas presentes.
Cubrid la tierra de ganado y frutos;
Corone a Ceres la dorada espiga,
Y acuerde Jove a nuestras crías, puras
 Brisas y aguas.

Coro de mancebos

Sonríe, Apolo, a nuestros ruegos sacros;
Dios de las flechas sin cesar temibles
Ya desarmado y sonriente llega
 Entre nosotros.

Coro de doncellas

Reina gloriosa de las noches calmas,
Cuya cerviz una guadaña adorna
de plata, escucha la oración que elevan

Hoy las doncellas.

Los dos coros

Si Roma hicisteis; si de Ilión los hijos
Por orden vuestra condujeron presto
A estas hermosas y queridas playas
Leyes y altares;

[p. 439] Si Eneas tuvo que salvar de Troya
Los pobladores de la Italia antigua
Y los condujo a sus destinos nuevos,
¡Dioses propicios!
Dad a sus hijos ejemplar conducta;
Dad al anciano una apacible muerte,
Y a Roma dad de su grandeza digna
Gloria y fortuna.

El hoy de Anquises y de Venus nieto
En vuestro altar un sacrificio ofrece,
Dad, pues, al César la pujante fuerza,
Dadle bondades.

Ya le obedecen la tierra y mar vencidos;
El Medo a Roma conoció tan sólo
En la segur—que nos legó el Albano—;
Hasta el Escita

Y el Indio mismo que hasta ayer soberbios
Eran, ahora dominados piden
La paz, y esperan que los mande altivo
Amo triunfante.

¡Pueblo romano! saludad contento
Que ya retornan con la gloria antigua
La fe, la paz y la abundancia que ora
Son ya pasadas.

Coro de mancebos

Vos, el amigo de las nueve musas,
Oh Febo, augur, el de los rayos sacros,
El que al enfermo con su ciencia vuelve

Vida y vigores,
Baja tu vista al Palatino enhiesto,
Al Lacio mira y su poder acrece,
Que en las edades venideras tenga
Tiempos mejores.

Coro de doncellas

Vos que habitáis el Aventino agosto,
Oh casta Diana, recoged propicia
Las oraciones de los quince intérpretes
Y quince niños.

Todo el coro

¡Gloria eternal! En este mismo instante
Nuestras plegarias del Saturnio Jove
PAG@440@ Y de los dioses inmortales sacros,
Besan las plantas.
Tornad a casa, el corazón contento,
Los que entonasteis el sagrado himno
Porque confirmen estas altas dichas
Diana y Apolo.

En la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, de Montevideo, se encuentra esta valiente traducción.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 223]. [1] . Violenta contracción de vocales.

[p. 225]. [1] . ¡Cuánto más poético el original!: Ut prisca gens mortalium.

[p. 226]. [1] . Transposición violenta.

[p. 226]. [2] . Nada de lo que se dice en estos dos últimos versos está en el original.

[p. 227]. [1] . Acentuación caprichosamente cambiada.

[p. 239]. [1] . Verbo inventado por Núñez de Arce.

[p. 241]. [1] . Sin duda recordó Pagaza aquel verso de Herrera:

Y en oro y lauro coronó su frente...

[p. 243]. [1] . Século escribe el poeta por vicio de pronunciación americana.

[p. 244]. [1] . *Nota del Colector*: Elio Turno de Zamora es un seudónimo; el nombre verdadero del autor de las traducciones que a continuación transcribe Menéndez Pelayo, es el del firmante de esta carta, Atenógenes Segale.

[p. 257]. [1] . De este *incipiente* no hay rastro en el original, y es aquí muy impropio y de muy mal gusto.

[p. 259]. [1] . Transposición violentísima de las muchas que usa y abusa este traductor, menos respetuoso con la sintaxis castellana que con la latina.

[p. 263]. [1] . Esta traducción no se entendería sino leyendo el original: spissae nemorum comae.

[p. 296]. [1] . *Nota del Colector* . Insertamos aquí este comentario de Menéndez Pelayo a la presente oda para distinguirlo de los que van al final de las traducciones, hechos por el mismo Pombo.

[p. 304]. [1] . Alceo.

[p. 310]. [1] . O, si ese verso intencionado no pasa,

Las regias moles al humilde arado;

Pero, con perdón de Bello, el primero es verso endecasílabo compuesto, y aquí mucho mejor.

[p. 332]. [1] .

Oh tú que con dudosos pasos mides...

QUEVEDO.

[p. 341]. [1] . Nota del Colector. Como estas poesías llevan, reunidas al final de ellas, las notas del traductor Sr. Pombo, intercalamos aquí, para no confundir unos con otros, el comentario que para esta oda tenía hecho Menéndez Pelayo.

[p. 341]. [2] . *Horacianas*, I, 405 .

[p. 342]. [1] . De *envidia* y *soberbia* habla el original, no de *impiedad*.

[p. 347]. [1] . *Nota del Colector*. Véase el comentario de Menéndez Pelayo a esta poesía en el lugar que le corresponde en las anteriores páginas.

[p. 363]. [1] . Nota del Colector: Véase carta 30 de septiembre de 1882. Las traducciones de varias odas a que en esta carta se alude, y que venían en paquete separado, debieron perderse.

[p. 392]. [1] . Excusado es advertir que el poeta alude a la *lex Julia* contra el celibato, aprobada un año antes de los juegos seculares.

[p. 394]. [1] . Estos quince pontífices estaban encargados de la custodia de los libros Sibilinos.

[p. 415]. [1] . Endulzar en el vino sus dolores—dice el original. (E. de la Barra.)

BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA — IV : HORACIO I

[p. 440] TRADUCCIONES CATALANAS

CCCXXVII. ALOMAR, Gabriel. — Varias traducciones de Horacio.

Palma, 25 de noviembre de 1906.

«Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Madrid.

Ilustre señor y maestro: Dispense usted el atrevimiento. Pero he creído que todo traductor de Horacio, por ínfimo que sea, tiene el deber de presentar a usted, como ofrenda, una muestra de sus ensayos.

Y como yo estoy en este caso, sirvan estas líneas como preámbulo a la traducción catalana del *Carmen saeculare* y dos odas más, hecha por mí como iniciación de una completa traducción de las odas.

Y sirvan también como presentación de mi humilde persona, seguramente desconocida para usted, pero llena de entusiasmo por el maestro a quien en este momento se dirige, y a quien algún día tendrá ocasión de ofrecer sus respetos en Madrid.

Afectísimo servidor de usted, q. l. b. l. m.— *Gabriel Alomar.* »

S/c S. Pedro Nolasco, I, pral., I.^a—Palma de Mallorca.

CÁNTIC SECULAR

Febe, Diana, qui a la selva triomfes,
Gala esplendent de la sublim celistia,
[p. 441] Deus eternal, vullan atendre nostra
Festa sagrada.

Quan obeint les sibilines ordres,
Cándides verges, jovincels tendrissims,
Canten als deus de nostres set montanyes
L'himne de gloria.

Sol victoriós, sempre el mateix y vari,
Qui dus el dia en la carroga augusta,
Res més potent que nostra mare Roma
Mai il-luminis.

Els parteratges dolorits consola,
Plácida Ilithia, conhortant les mares,
Per Genital o per Lucina 't preguin
Mortes d'angunia.

Dea, feconda les vitals entranyes
De nostres fembres, amparant, piadosa,
Les lleis nupcials, qui eternament suscitin
Riques fillades.

Perque finides les anyals desenes,
En els tres jorns y les tres nits de festa
Dances y jocs y cántics vells aclamin
Nova centuria.

Parques de veres predicions, oracles
Inconmovibles, ajuntan benevoles
El vaticini de diades prosperes
A les passades.

Brolli la terra bestiars y fruites,
El front de Ceres coronant d'espignes,
Celiques aures les llevors nodresquen,
Clares rieres.

Guardat 't el feix de les mortals satjetes;
Mira 'ns Apol; el chor de nins te prega.
Lluna bicorn, t' aclamen veus de nines
Reina dels astres.

Y tu, Diana, qui en el cim imperes
De l'Aventí, quinze varons t'invocuen.
Escolta els precés d'adolescents belleses,
Dea solícita.

Júpiter, Deus, tots escolten la súplica,
Y alta esperança emportarem, joiosos,
Els qui en elogi de Diana y Febe
L'himne cantárem.

[p. 442] CCCXXVIII. ALOMAR, Gabriel.—Palma de Mallorca, 1906.

A un jove esclau.— Od. I, 38

Jove, m'estruga l'ufanor dels perses.
D'un tell ombriu no me durás l'escorça
Per ma corona; ni ont se troba cerquis

Rosa tardana.

Res més que murta porterás solícit,
Si 'm vols complaure, y en omplir ma copa,
Bé els nostres fronts adornará la murta
Sota la parra.

CCCXXIX. ALOMAR, Gabriel.—Palma de Mallorca, 1906.

A Venus. —Od. I, 30

Oh tu, de Paphos y de Gnidi reina,
Deixa el repós de ta dilecta Cipris.
Per tu, Glicera ab ric encens perfuma
Cambra sumptuosa.

Vinguin ab tu les descenydes Gracies,
Ton fill, Mercuri ab un corteig de ninfes,
Y la sens tu poc estimable Dea,
La Jovenesa.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA — IV : HORACIO I

Traducciones portuguesas

CCCXXX. CARVALHO, Eduardo.

(Varsao do Epodo XV de Horacio)

A NEERA

Era de noite. A lua sulcando
Entre os astros no seu luar ameno,
E tu, infida já perante a Divindade...

O Instituto, Revista Scientifica e Literaria. Coimbra. Volumen 51, n.º 4.º, pp. 240-241.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA — IV : HORACIO I

Traducciones ocasionales

CCCXXXI. MAL-LARA, Juan de.—Sevilla, 1568.

«Dixo bien Horacio:

Jamás te engañen corazones falsos
Debaxo de raposas encubiertos.

Bien dice en otra parte en el Arte Poética, aunque a otro propósito:

Engañanos la imagen de lo bueno.

(Philosophía Vulgar. Fol. 20 vto.)

«Esto es lo que dice Horacio loando al sabio en la primera epístola, lib. I, donde dice que de Dios en ayuso no hay otro mayor que el sabio. En estas palabras:

En suma el sabio es menor que solo
Júpiter: vive el rico, libre, honrado,
Hermoso, rey de reyes, y muy sano,
Sino es cuando lo enoja el romadizo.

«Sigue en esto la opinión de los Estoycos. Es refrán de gran encarecimiento.»

(Ib. fol. 21, vto.)

«Horacio en el tercer libro de sus Odas, convidando a Mecenas que se dé a placeres, dice:

Dios no hará ser vano lo pasado,
Ni deshará, ni dará por no hecho
Lo que una vez la hora se llevare
Huyendo sin volver atrás un punto.

(Ib. fol. 27.)

«Trae Horacio en sus Odas una en el libro primero que dize:

Aquellos alcanzaron gran ventura
Que traba un insoluble ayuntamiento,
Jamás se parte en quexas su contento,

Sino en el postrer día de tristura.

(Ib. fol. 53 vto.)

[p. 444] «Horacio. libro I, sátira 2.^a:

Déxate de seguir a las casadas
Mujeres de su casa y las matronas,
De adonde más trabajo se recresce,
Mas mal, que coger fruto de tal cosa.»

«El mismo Horacio cuenta el mal fin que hubieron los adúlteros, según lo trae libro I, sátira 2:

Éste se despeñó de los tejados,
Otro fué con azotes medio muerto,
Uno cayó en poder de los ladrones,
Otro rescató el cuerpo con dineros.»

(Ib. folio 76.)

«Trae muy bien el poeta Horacio en el libro IV de sus Odas. en la 4, esta descendencia de padres buenos desta manera:

Nascen hijos valientes y esforzados
De generosos padres, por sí buenos;
En los novillos vemos declarada
Y en los potros la casta de sus padres,
Las águilas caudales jamás sacan
De sus huevos paloma acobardada.»

«Assi dize, al contrario, como de ruynes padres salen hijos ruynes, lib. III, oda 6.^a:

La edad de nuestros padres, ya dañada,
Muy peor que la de nuestros abuelos
Al mundo nos sacó más apocados,
Que avemos de criar hijos peores.»

(Ib. fol. 159.)

«Horacio él mismo cuenta de su padre quanto cuydado puso en guardarlo, en el libro IV de los sermones, sátira 6.^a:

Mi padre él mismo, sin que de ninguna
Parte pudiesse ser algo dañado,

Ayo y guarda fiel sin corromperse
Presente se hallaba a todas horas
Con todos los maestros que leían,
Qué me enseñaban, todo lo miraba,
[p. 445] Guardó mi castidad (que es la primera
Honra de la virtud y su alabanza)
Que en hecho ni en dicho con afrenta
En algo se tiznasse, gran cuydado
Puso de tal manera que por esto
Yo le debo loar mientras viviere
Y agradecerle siempre lo que hizo.»

(Ib. fol. 159.)

«Assí dize Horacio en el libro segundo de las Epístolas a Augusto:

Aquella diligencia y agudeza
Del que sirve al que ama neciamente,
Fatiga y da notable pesadumbre.»

y adelante:

Yo no tengo en un pelo aquel servicio
Del que es pesado en todo lo que sirve.»

(Ib. fol. 240.)

«Para esto hay un cuento de cómo la Zorra respondió al León que le preguntaba haziéndosele del enfermo cómo no lo venía a ver. Señor, dijo ella, porque he mirado las pisadas de los animales que os vienen a ver, y todas las veo enderezar hazia vuestra cueva, y ninguna volver. Esto dize Horacio en el libro primero de las Epistolas en la primera que escribe a Mecenas:

Que si si pueblo Romano me pregunta,
Por qué no tomo tanto passatiempo
En juzgados según que en mentideros,
Ni me doy a seguir, ni adquirir todo
Aquello que mi pueblo ama y huye,
Responderéle aquello que la Zorra
Como sabia, al León enfermo dixo,
Ya preguntada dél: ¿porque esta huella
Y pisadas de bestias van derechas
A tu cueva, y volver veo ningunas.»

(Ib. fol. 271.)

[p. 446] «Aquí viene bien el parto de la tierra, que habiendo dado grandes muestras parió después un ratón muy pequeño, según lo compuso Esopo, y lo aplica muy bien Horacio en el *Arte poética* diziendo assí:

Este prometedor con tanta boca
Y tal abrir ¿qué tiene? ¿qué meresce?
Los montes parirán al cabo, al cabo,
Nascerá deste parto un ratoncillo.

(Ib. fol. 283.)

«Assí lo dize Horacio en la *Arte Poética*:

Provechos muchos traen juntamente
Los años, quando vienen, y consigo
Se llevan muchas cosas apartándose.

(Ib. fol. 287 vto.)

CCCXXXII. SÁNCHEZ DE LAS BROZAS. Francisco.—[En *Anotaciones* a la doctrina de Epicteto.]

Un pasaje de la Sátira III de Horacio, en las *Anotaciones* a la doctrina de Epicteto.

Hay también allí otra traducción ocasional de unos versos de una Epístola de Horacio.

[Vid. H. E. I, 52; II 313.]

CCCXXXIII. BALBUENA, Bernardo de.—1604.[En el *Compendio Apologético en alabanza de la Poesía.*]

«Y así Horacio hablando con Mercurio dice lib. I, oda 10:

Te canam magni Iovis et deorum
Nuntium, curvaeque lyrae parentem

Cantarte he, mensajero de los Dioses,
Del gran Júpiter hijo,
Autor y padre de la corva lyra.

(Fol. 29.)

[p. 447] En su canción a la entrada en Méjico del arzobispo Moya de Contreras imitó Valbuena la oda 7.^a del libro I de Horacio:

Canten otros de Delfos el sagrario,
De la gran Thebas muros y edificios,
De la rica Corintho sus dos mares,
Del Tempe los Abriles más propicios,
De Éfeso el templo, el sabio Seminario,
De Athenas y de Memphis los altares,
De Jonia las columnas y pilares,
Los celajes de Rodas,
Y las dehesas todas
De Argos y sus caballos singulares...

Comentando estos versos dice Balbuena (fol. 30): «Es toda esta Canción imitada a la oda 7 del primer libro de Horacio que empieza *Laudabunt alii...*

Otros alabarán la clara Rodas,
A Éfeso y Mytilene,
Los muros de Corintho de dos mares,
Thebas por Baccho insigne,
Delfos famosa por el rubio Apolo,
O el Tempe de Tesalia.
Hay algunos que toman por oficio
Celebrar en sus versos
La ciudad de la invicta virgen Palas,
O la oliva cogida
Para adornar la frente victoriosa.
Otro se haze muchos (?)
En el honor de Juno y le celebra
La gran ciudad de Argos,
Buena para criar caballos bellos,
Y la rica Mycenas a par dellos.

(Fol. 30.)

«El que ha de ser perfeto y consumado Poeta tiene obligación a ser general y consumado en todo y tener una universal noticia y eminencia y un particular estudio y conocimiento de todas la cosas, para tratar si se ofreciere de todas y en ninguna ir a tiento, y así dixo Horacio, lib. I, saty. 4:

*... Neque enim concludere versum
Dixeris esse satis, neque si quis scribal uti nos,
Sermoni propria, putes hunc esse poetam.*
[p. 448] *Ingenium cui sit, cui mens dívini, atque os
Magna sonaturum, des nominis huius honorem.*

No piense el ignorante vulgo vano
Que hazer una canción, medir un verso,
O escrevir en lenguaje limpio y terso

Ya le da de poeta nombre ufano.
Que sólo al que es de ingenio soberano,
Y en ser divino excede al universo,
Cuya voz suena más que aliento de hombre
Cuadra, y no a otro, la honor deste nombre.

(Fol. 125 en el *Compendio Apologético en alabanza de la Poesía*.)

CCCXXXIV. CASCALES, Licdo. Francisco.—Murcia, 1621.

Qualem ministrum.—Od. IV, 4

En los *Discursos históricos de Murcia y su reino* (pág. 347), de la 2.^a edición:

«Esto mismo dixo Horacio en una oda:

Los fuertes y los buenos, derivados
Son de los fuertes y los buenos, vese
En los caballos y en los toros claro,
El valor de los padres, y las águilas
Fieras no engendran no, palomas tímidas.

*Fortes creantur fortibus et bonis:
Est in juvencis, est in equis patrum
Virtus, nec imbellem feroces
Progenerant aquilae columbas.*

[Vid. H. E. I, 76 y 78.]

CCCXXXV. CASCALES, Lcdo. Francisco.—Murcia, 1634.

Maecenas atavis. —Od. I. 1

En la epístola 7.^a, segunda década, de las Cartas Philológicas «acerca del uso antiguo y moderno de los coches, traduce los cuatro versos:

*Sunt quos curriculo pulverem olympicum
Collegisse juvat, metaque fervidis
[p. 449] Evitata rotis, palmaque nobilis
Terrarum dominos evehit ad Deos.*

Hay muchos que en el espacioso circo
Gustan beber el polvo, boquiabiertos,
De los juegos olímpicos, y el coche
Volver, pegado al canto de la meta,

Y por premio esperar la noble palma
Que los levante al soberano cielo.

CCCXXXVI. CASCALES, Licdo. Francisco.—Murcia, 1634.

Nullam, Vare.—I, 18

En la epístola 9, segunda década, de las Cartas Philológicas,

Al Dr. Francisco Yáñez y Tomás, «acerca de las viñas y bodegas.»

«¡Oh buen Horacio, qué bien lo dice y cuán a mi gusto! Si bien no se le debe a él toda la gloria: pártala con Alceo, lírico griego de quien lo tomó. Dirá vmd., señor doctor, que como viejo me agrado tanto de estos versos que tocan la materia de las viñas: por eso y por esotro vmd. y todos los otros médicos saben que el vino es más conveniente para los viejos que para otras edades, y sabe también mi templanza en eso; con que no puedo ser calumniado del más desenvuelto Zoilo. Supuesto lo dicho, lo que me aficiona es ver aquí originado el proverbio castellano, a lo menos en la parte que tratamos: Casa en barrio y viña *en pago*: y ver tocadas otras particularidades principales de esta materia. ¿Qué dice, pues:

No plantarás, oh Varo, árbol ninguno
Antes que la sagrada vid, y sea
Cerca del blando y amoroso suelo
De la ciudad de Tíboli o de Cátulo.

«Estos versos horacianos me han movido a comprar una viña y he procurado que fuese con las condiciones aquí tocadas, y para ella he de hacer una bodega al propósito de nuestra tierra, cuyas calidades vmd. bien sabe.»

[p. 450] CCCXXXVII CASCALES, Licdo. Francisco.—Murcia, 1634.

Epístola ad Pisones

En la epístola 6.^a (tercera década) de las Cartas Philológicas «al licenciado Andrés de Salvatierra sobre el lenguaje que se requiere en el púlpito entre los predicadores»:

«¡Oh bien haya Horacio! y qué bien lo dijo: «Ut silvae foliis»: Como los árboles cada año se renuevan de hoja, y la primera que nació muere la primera, así la vieja edad de las palabras perece, y se envejecen, florecen y están valientes las recién nacidas.»

«En pocas palabras dice lo mismo Lucrecio:

Quod fuit in pretio, fit nullo denique honore...

Con él consueña Marco Tulio, filípica XII: «Nihil enim semper floret: aetas succedit aetati.»

«No se cansen los viejos con pensar que han de ir los mozos a su paso. Lo que en su tiempo fué bueno y muy estimado, ya no tiene precio ni estima: una edad sucede a otra, y en cada una corre su moneda, y la moneda corriente es sola la que vale...»

«Vuelvo a mi Horacio, que le hallo a la mano a cuanto quiero decir:

Ex noto fictum carmen...

«Yo (dice) adornaré de tal manera un pensamiento, y éste de cosas comunes y vulgares, y le dispondré y compondré de manera que oído a cualquiera le parezca muy fácil, y llegado a tentar lo mismo, sude y trasude y trabaje en vano: tanto importa la orden del arte y la cultura de las palabras que aquella que fué antes cosa ordinaria, recibe tan grande esplendor que se desconoce a sí mismo. Aquel gran crítico Quintilio Varo, cuando le traían algún poema a que le viese y censurase, corrige, decía al poeta, esto y esto por tu vida: si respondía que no podía más, mandábale que volviese al yunque los mal forjados versos; si defendía el poeta sus faltas y no las quería enmendar, callaba y despedía al enamorado de sí mismo. Y decía generalmente: el prudente poeta [p. 451] abomine los versos flojos y sin arte, culpe los duros, borre los incultos.»

En la última epístola de la misma década, al *Maestro Pedro González de Sepúlveda, catedrático de Retórica en la Universidad de Alcalá*, contestando a varios reparos que éste había puesto a sus *Tablas Poéticas*, se hace cargo de cierta enmienda propuesta por aquel docto humanista a un texto de la Poética de Horacio:

«El lugar siguiente de Horacio que a vmd. le parece está depravado, donde dice: *Mobilibusque decor...* paréceme la enmienda del cielo, y elegantemente apoyada la razón de todo ello; si bien puede pasar el texto seguramente, si no me engaño, porque mirando el pensamiento de Horacio, es cierto que *naturas* toma aquí por *costumbres*... «Has de considerar, dice, las costumbres y edades que es lo mismo que las costumbres de cada edad, y a estas costumbres y edades les has de guardar su decoro, y tener cuenta que así las edades como las condiciones naturales son mudables, porque como el hombre va mudando de edades, muda también de costumbres; que cuando niño tiene unos ejercicios y gustos, y cuando mancebo otros, y cuando varón y cuando viejo, otros. Que la costumbre se tome por naturaleza, Virgilio lo dice, ¿y quién no? *Geórgica*, libro I:

Varium coeli praediscere morem..:

por las condiciones y naturaleza varia del cielo; y llámala allí mudable Horacio, porque en cada edad hay sus propias costumbres; y mudándose las edades, se mudan también las costumbres, porque deja el hombre las de la una edad, y toma las de la otra; fuera de que aun en una misma edad por alguna grave causa se suelen mudar las costumbres, como lo vemos en el terenciano Demea, que habiendo sido por todo el discurso de la comedia duro y terrible con su hijo, al fin forzado se deja vencer y condesciende con los ruegos de su hermano Mición...

Dice, pues, Horacio que a estas naturalezas de cada edad se les ha de guardar su decoro... No obstante

esto, me conformo con la corrección de v.md. que es muy gallarda.»

[p. 452] CCCXXXVIII. PÉREZ RAMÍREZ, Antonio.—Valladolid, 1698.

Lib. I, carm. 29

*Fortuna numquam est bona,
Fortuna saevo laeta negotio, et
Ludum insolentem ludere pertinax,
Transmutat incertos honores,
Nunc mihi, nunc alli benigna.*

¿Por qué admiras los honores
Del mundo? ¿Por qué sus males
Temes? Bienes inmortales
Medita, eternos rigores;
Todos los demás, errores
Son del hombre: la fortuna
Te siga, o huya importuna,
De cuya firmeza yo
Seguro burlo, pues no
Tiene duración alguna.

Armas contra la Fortuna, 519.

CCCXXXIX. PÉREZ RAMÍREZ, Antonio.—Valladolid,
1698.

Iustum et tenacem. —III, 3

El propósito firme nunca cede,
El constante, al furor del ciudadano,
Ni del arbitrio justo retrocede
A vista de la furia del tirano:
No el Austro recio. ni moverle puede
Del magno Jove fulminante mano,
Que si abrasar al mundo determina,
Le cogerá inconcuso la ruina.

Aunque sea molesta la repetición pongo aquí otra explicación del horaciano pensamiento a petición de un aficionado:

No del poder el ceño de la mente
Firme al justo, el propósito derriba:
Ni del grande el furor que lo indecente

Mandando, a las maldades siempre aviva;
[p. 453] No el ruidoso rugir, ni a Jove siente
La mano, que los rayos vibra altiva,
Y si el mundo arruinado feneciera,
Él en sosiego tal estrago viera.»

Armas contra la Fortuna, 256-57.

CCCXL. PÉREZ RAMÍREZ, Antonio.—Valladolid, 1698.

Arte Poética

Sylvestres homines sacer interpretesque Deorum...

«Assí paraphraseo y explico el pensamiento de Horacio:

La rusticidad más dura
Miró su fuerza rendida
A las voces con que Orpheo
Dulcemente la movía.

Sosegó de los humanos
Ánimos las crudas iras,
Que a los estragos y muertes
Lastimosamente incitan:

La música fué su labio,
Y la elocuencia su lyra,
Con que dizen que a los tigres
Y leones suspendía:

Del Thebano fundador
A las voces atractivas
Los peñascos sujetaron
La dureza empedernida;

Por peñas, de los oydos
La dureza está entendida
A quien con razones blandas
A su voluntad trahía.

Armas contra la Fortuna, 224-225.

CCCXLI. PÉREZ RAMÍREZ, Antonio.—Valladolid,
1698.

*Oderunt peccare boni, virtutis amore;
Oderunt peccare mali, formidine poenae.*

Dexa de pecar el bueno
De la virtud por amor,
[p. 454] Y del castigo el temor
Al malo sirve de freno.

Armas contra la Fortuna, 287.

CCCXLII. PÉREZ RAMÍREZ, Antonio.—Valladolid,
1698.

Saty. I, 4

*Qui non defendit, alio culpante, solutos
Qui captat risus hominum, famamque dicacis;
Fingere qui non visa potest; commissa tacere
Qui nequit, hic niger est, hunc tu, Romane, caveto.*

Aquel que tache la inocente vida,
Y el que a las voces del que culpa, atiende;
Aquel que del escarnio, y atrevida
Lengua del hablador no la defiende,
Quien dize falta nunca sucedida,
Y la secreta revelar pretende:
Todos son malos; a ellos no te llega,
Porque a aquel que se arrima el mal se pega.

Armas contra la Fortuna, 49.

CCCXLIII. ANÓNIMO—1786. [En El Censor.]

Quid bellicosus Cantaber. —Od. II, 11

Fragmentos

¿Por qué, oh Hirpino, tu ánimo fatigas
Con eternos cuidados, y le obligas
A una terrible suerte?
¿No era mejor que al pie de este alto pino,
O a la sombra del plátano frondoso,
Blandamente sentados y en reposo,

Coronadas de rosas nuestras frentes,
Y el olfato halagando con olores,
Bebiésemos los dos Falernio vino?
Créeme, amigo, que en el uso justo
De estos placeres simples e inocentes,
Y en el riego y cultivo de las flores
Se halla la vida exempta de dolores.

[p. 455] Esta versión se halla intercalada en el discurso 104 de *El Censor*, pp. 676-77.

En los epígrafes del mismo periódico hay otros retazos de traducción de Horacio todavía más breves e insignificantes.

Tomo 1.º (1781). Discurso Tercero.

*Hic levare functum
Pauperem laboribus:
Vocatus atque non vocatus audit*

(Lib. II, 18, v. 38.)

No es menester que su piedad ansiosa,
Para ser socorrida
Implore la pobreza laboriosa.

Discurso quinto.

...Non ego te meis
Chartis inornatum sileri,
Totve tuos patiar labores
Impune, Lolli, carpere lividas
Obliviones

(Lib. IV, 9, v. 30.)

Pecho tan generoso
Quedar no ha sin elogio en mis escritos,
Ni un olvido injurioso
Padecerán tus hechos inauditos.

Discurso sexto.

*Rogare longo putidam te saeculo,
Vires quid enervet meas?*

*Cum sit tibi dens ater et rugis vetus
Frontem senectus exaret.*

(Epodon, 8, v. 1 y ss.)

Lleno el semblante de arrugas,
Los dientes todos podridos,
Y osas aún preguntarme
¿Por qué me muestro tan tibio?

[p. 456] Discurso décimo.

Serviet aeternum, quia parvo nesciet uti

(Epíst. I, 10.)

Le será de tormento eternamente,
No haber sabido usar del breve tiempo.

Discurso duodécimo.

..... *Est tibi Mater?*
Cognati, quis te salvo est opus? Haud mihi quisquam.
Omnes composui. Felices! Nunc ego resto:
Confice

(Sat. I, 9, V. 26.)

¿Tienes Madre o Parientes que en tu vida
Sean y en tu salud interesados?
No por cierto: ya todos despachados
Están. ¡Dichosos ellos! Solamente
Falto yo ahora: acaba prontamente
Y hazme favor también de despacharme.

Discurso décimocuarto.

..... *Inanes*
Hoc juvat: haud illud quaerentes, num sine sensu,
Tempore num faciant alieno

(Sat. I, 4, v. 76.)

A los vanos les deleytan

Estas cosas, sin mirar
Si con sentido, si en tiempo
Las llegan a executar.

Discurso décimonono.

Aeque pauperibus prodest, locupletibus aeque.

(Epist. I, 1. v. 25.)

No es menos provechoso
Que al pobre desvalido, al poderoso,

[p. 457] Tomo II. Discurso 23.º

Sit spes fallendi, misceris sacra profanis

(Epist. I, 16, v. 54.)

Serás, si esperas engañar, osado
A mezclar lo profano y lo sagrado.

Discurso 38.

*Magnum pauperies opprobrium iubet
Quidvis et facere et pati,
Virtutisque viam deserit arduae.*

(Od. III, 24, v. 42.)

La pobreza, oprobio grande
De la ardua virtud la senda
Dexa, y quiere se haga y sufra
Cualquier cosa que sea.

Tomo III (1784). Discurso 60.

.....*Ridiculum acri
Fortius et melius magnas plerumque
Secat res.*

(Sat. I, 10, v. 14.)

Mejor se cortan y más fuertemente

Por medio de la burla los abusos,
Que tratándolos grave y agriamente.

Discurso 67.

Tribus Anticyris caput insanabile...

(Art. Poet. v. 300.)

Cabeza que sanarla no podría
El heléboro todo
Que en tres Islas Anticiras se cría.

[p. 458] Tomo VII (1786.) Discurso 143.

Iudicis argutum quae non formidat acumen.

(Art. Poét. v. 364.)

La cual no teme el más agudo juicio
Del severo censor

Discurso 145.

..... *Cadentque*
Quae nunc sunt in honore vocabula, si volet usus,
Quem penes arbitrium est et jus et norma locuendi.

(Art. Poét. v, 70.)

Caerán muchos y muy honrados nombres,
Si quisiere la moda
De cuyo arbitrio pende regla toda.

Discurso 151.

Caetera nequaquam simili racione modoque
Æstimat

(Ep. II, 1, v. 20.)

De lo demás no juzga, ni lo mide
Por la misma razón, del mismo modo.

Discurso 152.

..... *Omnis enim res,
Virtutis, fama, decus, divina humanaque pulchris
Divitiis parent: quas qui construxerit, ille
Clarus erit, fortis, justus, sapiensne? etiam, et rex,
Et quidquid volet*

(Sat. II, 3, v. 94.)

La honra, la virtud, la buena fama,
Lo humano y lo divino,
Todo cede al dinero, y quien lo tiene
Fuerte y justo será y esclarecido,
Sabio también y rey y cuanto quiera.

[p. 459] Tomo VIII. Discurso 156.

*At quanto meliora monet, pugnantiaque istis,
Dives opis natura suae*

(Sat. I, 2, v. 73.)

¿Pero cuánto mejor, y a eso contrario
No es lo que dicta la naturaleza...

Discurso 157.

.....*Atqui
Emovit veterem, mire novus, ut solet, in cor
Trajecto lateris miseri capitisque dolore:
Ut lethargicus hic, cum fit pugil, et medicum urget.*

(Sat. II, 3, v. 27.)

Pero sucede a la dolencia antigua
Otra acaso peor: a la manera
Que cuando al corazón es transferido
El dolor de la pleura o la cabeza:
O que cuando un letárgico se vuelve
Furioso, y a su médico apalea.

Discurso 159.

.....*Velut sylvis, ubi passim*
Palantes error certo de tramite pellit,
Ille sinistrorsum, hic dextrorsum abit: unus utriusque
Error, sed variis illudit partibus

(Sat. II, 3, v. 48.)

..... Así los que transitan por un bosque
Suelen de la vereda extraviarse:
Toma uno a la derecha, otro a la izquierda,
Y un mismo error los lleva a varias partes.

Discurso 163.

Contra Laevinum, Valeri genus, unde superbus
Tarquinius regno pulsus fuit, unius assis
Non umquam pretio pluris licuisse, notante
[p. 460] *Iudice, quem nosti, populo: qui stultus honores*
Saepe dat indignis, et famae servit ineptus.

(Sat. I, VI, v. 12 y ss.)

Empero por Levino el descendiente
De aquel Valerio que arrojó del trono
Al soberbio Tarquinio, no daría
Un cornado, ni aun al mismo pueblo:
El pueblo que tú sabes cuántas veces
Da necio a los indignos los honores,
Cuál se dexa llevar de un nombre vano.

CCCXLIV. CENTENO, J., de la Orden de S. Agustín.—
Madrid, 1786.

Número III de El Apologista Universal. Lleva por epígrafe este pasaje de la Sát, 4, del libro I, v. 64.

Ahora preguntarte sólo intento;
¿No debe parecerte sospechoso
El modo de escribir que te presento?

Número VII. Epígrafe tomado del Arte Poética, v. 38.

Sumite materiam vestris. qui scribitis, aequam
Viribus, et versate diu quid ferre recusent,
Quid valeant humeri

El que a ser escritor con ansia aspire,
A sus fuerzas igual asunto emprenda:
Pruebe la carga bien, su peso mire,
Hasta ver si sus hombros sin contienda
Sufriarla pueden

Número IX. Sát. lib. I, sát. 9, v. 20.

Demitto aurículas, ut iniquae mentis asellus,
Cum gravius dorso subiit onus

Violento agacho mis orejas largas,
Como un borrico triste y agobiado
Del grave peso de que le han cargado.

[p. 461] *El Apologista Universal. Obra periódica que manifestará no sólo la instrucción, exactitud y belleza de los Autores cuitados que se dexan zurrar de los semicríticos modernos; sino también el interés y utilidad de algunas costumbres y establecimientos de moda. Tomo 1.º (único publicado) . Madrid. En la Imprenta Real, 1786.*

CCCXLV. ANÓNIMO. ¿Meseguer?—Murcia, 1793.

En *El Correo de Murcia*, torno IV (1793), Pág. 97, hay el epígrafe siguiente:

*Non uxor saluum te vult, non filius: Omnes
Vicini oderunt, noti, pueri atque puellae.
Miraris, cum tu argeno post omnia ponas,
Si nemo praestet quem non merearis amorem?*

(Sat. I, 1, v. 84.)

A todos ¡oh avariento!
Tu salud es gravosa
Y tu vida motiva sentimiento,
Ni la quiere tu esposa,
Ni se duelen los hijos de tus males;
Tan vil te juzgan, y tan poco vales,
Pero ¿por qué lo extrañas, majadero,
Si amas tú más que a todos al dinero?

*Sordidus ac dives, populi contemnere voces
Sic solitus: populus me sibilat; at mihi plaudo
Ipse domi, simul ac nummos contemplor in arca.*

(Sat. I, 1, v. 65.)

El pueblo con silbidos
Me insulta y escarnece;
Yo lo desprecio, y mi contento crece
Los talegos queridos
A mi placer en casa revolviendo,
Y el modo de atestarlos discurriendo.

..... *Liberius si*
Dixero quid, si torte jocosius: hoc mihi juris
Cum venia dabis

(Sat. I, 4, v. 103.)

[p. 462] Si yo dixere algo libremente
Tal vez jocosos, pero sin malicia,
Me lo concederás, que así es justicia.

CCCXLVI. ANÓNIMO.—Valencia, 1793.

Invectivas y alegorías del poeta Horacio contra los sediciosos Romanos.

Extractos en prosa de las odas *Delicta maiorum* (lib. III, 6.^a), *Quo, quo scelesti ruitis* (*Epodon*, VII), *Altera iam teritur* (*Epodon*, 12), *Descende coelo* (lib. V, 4.^a), *Oh navis* (lib. I, 12).

Diario de Valencia, 29 y 30 de julio de 1793.

CCCXLVII. ¿MUNÁRRIZ, José Luis?—1798. [En Hugo Blair.]

En la traducción de las *Lecciones* de Hugo Blair sobre la *Retórica y las Bellas Letras*.

Tomo I, pág. 149

Justum et tenacem. —Od. III, 3

Al constante varón, íntegro y justo
Ni el furor de la plebe depravada,
Ni la cara indignada
Del tirano feroz imprimen susto.

Tomo II, pág. 63.

Motum ex Metello. —Od. II, 1

El cívico tumulto
Que de Metelo el consulado viera,
Y sus causas y vicios y sucesos,
Y el juego de fortuna variable,
Y la amistad de príncipes dañosa,
Y tenidas de sangre las espadas
Aun no purificadas.
Asunto lleno de dudoso dado [1]

[p. 463] Tratas, y vas corriendo por el fuego
Que las cenizas engañosas cubren.

Página 25.

Pallida mors. —Od. I, 4

Pálida muerte con igual pie huella
Chozas humildes y palacios reales.

Omnes eodem cogimur. —Od. II, 3

.....Todos forzados
Somos a un mismo fin: la fatal urna
De todos se revuelve; presto o tarde
Saldrá la suerte; y nos pondrá en su barca
Carón para destierro sempiterno.

Tomo IV, p. 32

Quid dedicatum. —Od. I, 32

¿Qué te pide el poeta?
¡Oh Dios Apolo! ¿qué te pide cuando
El vino nuevo de la copa vierte?
No las opimas mieses de Cerdeña;
No ansia el ganado calabrés; no el oro
Ni el índico marfil; no la ancha vega,
Que el taciturno Liris
Doquier con onda sosegada riega.

página 37.

Sive per Syrtes iter aestuosas.— Od. I, 22

O ya atraviase las tostadas sirtes,
O por el yermo Cáucaso camine,
O bien por donde el fabuloso Hidaspes
Rueda sus ondas.

«Uno de los comentadores de Horacio cambió este epíteto *fabulosus* (fabuloso) en *sabulosus* (arenisco), sustituyendo por un gusto muy depravado este epíteto común y trivial a la hermosa pintura que nos hace el poeta llamando al Hidaspes el río romanesco, o de las aventuras o de los Cuentos poéticos.»

[p. 464] CCCXLVIII. ANÓNIMO.—1799. [En *Diario de Valencia*.]

*Inter cuncta Leges, et percunctabere Doctos
Qua ratione queas traducere leniter aevum.*

Consulta con los Dos,
Y con las justas Leyes,
Por qué camino puedas
Vivir tranquilamente.

Diario de Valencia, 6 de septiembre de 1799.

CCCXLIX. SÁNCHEZ BARBERO, Francisco.—Madrid, 1805.

En sus *Principios de Retórica y Poética* (Madrid, 1805), página 148.

*Qua pinus ingens albaque populus
Umbram hospitalem consociare amant
Ramis, et obliquo laborat
Lympha fugax trepidare rivo.*

(Od. II, 3, 9-12.)

Por do el álamo blanco y prócer pino
Se agradan enlazar con su follage
Una sombra apacible y bienhechora;
Y do la onda fugaz por cauce oblicuo
Se ufana a deslizarse bullidora.

[Vid. H. E. I, 128 y 253; II, 380.]

CCCL. CISCAR, Gabriel de.—Gibraltar, 1825.

En sus *Ensayos Poéticos* (Gibraltar, 1825), pp. 35-37

Prima dicte mihi. —Epist. I, 1, v. 1-9

Tu distinguido nombre puesto al frente
Va de mi obra primera,
Mecenas, e igualmente
Con él empezar debe la postrera.
Déjame descansar, pues que, obtenido
Justamente el retiro apetecido,
El emprender de nuevo la carrera
[p. 465] No es ya para mis años
Después de desengaños.
El gladiador Viyano, ya cansado,
Colgó en el templo a Hércules sagrado
Sus armas victoriosas;
Y reposa en el campo retirado,
Para evitar las voces bulliciosas
De la plebe insolente
Que le obligue a batirse nuevamente.
Tengo quien al oído
No entorpecido, estáme repitiendo:
«Retira tu caballo generoso,
Que con los años va decaeciendo,
Antes de que, perdiendo
La fama de ligero y de brioso,
Con sus falsas pisadas,
Dé al pueblo que reír a carcajadas.»

Vir bonus et sapiens. —Epist. I, 16, V. 73-79

El varón justo y sabio, ante el tirano
Se atreverá a decir: «no está en tu mano
El forzarme a sufrir humillaciones,
No, Penteo, de Atenas soberano.
Te quitaré los bienes, El dinero,
Los muebles, el ganado y posesiones,
Puedes quitarme; tómallo en buen hora.
Sujeto a un sanguinario carcelero
Te encerraré, cargado de prisiones.
Dios mismo, sin demora,
Me pondrá en libertad, cuando yo quiera.
Que libre quedará luego que muera.
Quiere, a mi ver, decir con esto, advierte
Pues que todo se acaba con la muerte.

At qui legitimum cupiet. —Epist. II, 2. V. 109-125

El que un poema digno de aplaudirse
Trate de componer, nunca el puntero
Tome para escribir, sin revestirse
Del carácter de juez, censor severo.
Toda palabra de sonido bajo
Resuélvase a borrar, por más trabajo
Que, para hallar equivalente, aplique,
Primero que el escrito se publique;
Aun cuando sean voces usuales
[p. 466] En los libros que guardan las Vestales.
Brillantes expresiones ignoradas,
Que usaron nuestros doctos ascendientes,
Y en los tiempos presentes
Yacen, con sus autores, sepultadas,
Sacará a luz de nuevo, interpoladas
Con otras más recientes
Que habrá adaptado el uso de las gentes.
Flúido y vigoroso,
A manera de río caudaloso
Que el terreno mejora,
Derramará el precioso
Tesoro de su habla encantadora.
Y hará dichosa a Roma
Enriqueciendo así nuestro idioma.
Vana hojarasca omitirá de intento;
Dará, a fuerza de lima, pulimento
Y suavidad a la apariencia tosca:
Vigor y elevación a lo enervado
Dará; y sin que el estudio se conozca,
De un mero pasatiempo resultado
Parecerá lo hecho con gran pena:
Como el bailarín diestro que, en la escena,
Imita, a costa de trabajo extremo,
Ya al Sátiro salaz, ya a Polifemo.

CCCLI. CÍSCAR, Gabriel. — Gibraltar, 1825.

Vixi cum quibus. —Sat. I, 4, v. IV, 81-85

El que murmura del amigo ausente;
El que estando presente
Cuando de él hablan mal, no le defiende;
El que a excitar la risa sólo atiende
Para adquirir renombre de chistoso;
El que cosas forjadas

Cuenta como efectivas, mentiroso,
Y no puede callar las reservadas,
Es un hombre perverso. Ciudadanos,
Guardaos de caer entre sus manos.

Ridiculum acri.—Sat. I, 10, v. 14-15

Inútil es el alegar razones,
Que preocupaciones arraigadas
No permiten que sean ensanchadas.
[p. 467] Quien los abusos combatir intente,
Nunca ataque de frente;
Omita de argumentos la eficacia;
Ridiculice con astucia y gracia.

Ensayos Poéticos, pág. 37.

CCCLII GÓMEZ HERMOSILLA, José.—Madrid, 1826.

Quid dedicatum. —Od. I, 31

En el tomo II del *Arte de hablar en prosa y verso*, primera edición, 1826; segunda, 1839, págs 171-72.

¿Qué le pide el poeta al dios Apolo
El día en que su estatua se dedica?
¿Qué le demanda cuando el licor nuevo
De la copa derrama? No le pide
De la feraz Cerdeña
Las cosechas opimas,
Ni los ricos rebaños
De la ardiente Calabria,
Ni de la India el oro y los marfiles,
Ni los campos que el Liris taciturno
Con su mansa corriente va lamiendo.

«Ésta es la traducción literal de los versos de Horacio; pero pues éstos son líricos, daré otra con poquísima variación en versos anacreónticos para que al mismo tiempo se vea cuán bien se presta nuestra lengua a la traducción de los clásicos.

¿Qué le pide el poeta
A Apolo en este día,
En que una hermosa estatua
Augusto le dedica?
¿Qué le demanda cuando

El nuevo licor liba?
No de Cerdeña fértil
Las cosechas opimas,
Ni de Calabria ardiente
Las preciadas merinas,
Ni el oro y los marfiles
Que el Asia nos envía,
Ni el anchuroso campo
[p. 468] Que riega y fertiliza
El taciturno Liris
Con sus aguas dormidas.

Esta traducción es muy superior a la que hizo Burgos, también en romancillo anacreóntico, y se ve que Hermosilla adoptó el mismo metro para rivalizar con su predecesor.

CCCLIII. LISTA, Alberto.—Sevilla, 1844.

En sus *Ensayos Literarios y Críticos* (II, pág. 20) tiene dos artículos sobre la *Elocución Poética* comentando estos versos de Horacio:

Sat. I, 4, v. 39-44

*Primum ego me illorum, dederim quibus esse poetas,
Excerptam numero: neque enim concludere versum
Dixeris esse satis; neque si quis scribat uti nos,
Sermoni propria, putes hunc esse poetam.
Ingenium cui sit, cui mens divinior atque os
Magna sonaturum, des nominis hujus honorem.*

Yo me borro del número de aquellos
A los cuales confieso por poetas.
No basta componer versos que consten;
Y si alguien, como yo, los escribiere
En estilo a la prosa semejante,
No pienses que es poeta. De este nombre
Sólo darás la gloria al que posea
Genio, mente divina y voz sublime.

[Vid. H. E. I, 143; II, 405.]

CCCLIV. CAIRASCO de FIGUEROA, Bartolomé.—Santa Cruz de Tenerife, 1848.

Altera jam teritur.—Epodon XVI

«Y Horacio en la oda diez y seis del Epodo declara ser estas islas los Campos Elíseos donde las

ánimas de los bienaventurados que de este mundo salían iban a tomar descanso y quietud, como galantemente tradujo a Horacio el único fénix Bartolomé [p. 469] Cairasco, canónigo de la Santa iglesia catedral de señora santa Ana de Canaria, digno de ser puesto en el arco de la fama, que dice así:

Otras islas se ven que blanco velo
Las ciñe en torno, menos elevadas,
Llamólas por su fértil cielo y suelo
La antigua edad las islas Fortunadas;
Y tan amigo suyo estimó al cielo,
Que de su voluntad no cultivadas,
Las tierras entendió dar nobles frutos,
Y las incultas vides sus tributos.

Siempre decía florecer la oliva,
Destilar de las piedras miel sabrosa,
Y con murmullo blando el agua viva
Bajar del alto monte presurosa:
Templar el aire la calor estiva,
De suerte que a ninguno es enojosa,
Y en fin por su templanza, lauros, palmas,
Ser los campos elíseos de las almas.

Abreu Galindo (Fr. Juan). Historia de la *conquista de las siete islas de Gran Canaria*, escrita en 1632, y publicada en 1848 en Santa Cruz de Tenerife, imprenta isleña, pág. 10.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 462]. [1] . Mala traducción, por demasiado literal, del *periculosae plenum opus aleae*.

Imitaciones

CCCLV. CUEVA, Juan de la.

Ibam forte vía Sacra.—Sát. I, 9

Epístola XIV (así numerada por equivocación, pero es la XIII) a *D. Diego de Nofuentes de Guevara*, veinticuatro de *Sevilla*.

Impresa por primera vez en el *Ensayo* de Gallardo (t. II, cols. 699-705) tomada del código original *De las Rimas de Juan de la Cueva* primera parte, dirigidas al doctor Claudio de la Cueva, inquisidor apostólico y visitador de la Santa Inquisición del reino de Sicilia (fols. 284-95).

Epístola en 144 tercetos.

Inc. junto a la calle que dejando el nombre
Antiguo, se llamó del Alameda,
Encontré por desdicha mía un hombre...
[p. 470] Fin. No quiero ser juez si fuí discreto,
Hasta: hoy no se hizo la fianza;
Hacedla vos, vendrá el negocio a efeto,
Y adiós, que ya el resuello no me alcanza.

Imitación prolija y fastidiosa, en versos desaliñados y prosaicos. Dudo que la conversación del charlatán importuno a quien Horacio encontró en la Vía Sacra fuese más insulsa y molesta que la mayor parte de los tercetos de su imitador. Sólo hacia el fin se anima algo, pintando, no sin donaire, la morada del famélico poetastro, y la parca comida que ofreció al autor como pretexto para desatar la furia irrestañable de sus versos.

Tenía en una pieza desviada
Una gran mesa de papeles llena
Y junto a ella una silla derrengada,

Un plato con salvado por avena,
Un tiesto por tintero, un mal cuchillo,
Un Guzmán, un Boscán y Juan de Mena...

Tomó la silla, abriendo un cartapacio
De propias obras, y tiró de un banco
Para mí que soy hombre de palacio...

Dejélo (aunque en mi daño) con su antojo,

Y comenzó a leer, y yo a escuchallo,
La muerte viendo, cual se dice, al ojo...

Yo hecho un yunque, sin que fuerza u arte
Me valiese, le oía ya el tormento
De Belerma, ya el fin de Durandarte,

Ya el llanto de Galván, ya el desconcierto
De Moriana viéndose cativa,
De Gaiferos la vuelta y vencimiento.

De esto era todo el libro, y todo iba
En zafio estilo, en gofo y vil lenguaje [\[1\]](#)

.....

Llega, en fin. la comida tan anhelada del huésped, y tampoco en esta situación faltan chistes
sazonados, dibujándose, aunque rápidamente, el perfil de una figura cómica:

Estando puesto en esta angustia fiera,
Trajo un plato de espárragos cocidos
Y un medio pan en una faltriquera...

.....

[p. 471] Ya que en el plato no quedaba nada,
Echó la bendición, y levantóse,
Diciendo: «Ésta es comida regalada.»

Sacudió las migajas y limpióse
Con la manga del sayo boca y barba,
Y un poco sobre el brazo reclinóse,
Diciéndome: «Razón tuvo y no poca,
Quien alabó el espárrago, en que hallo
Mil excelencias que Laguna toca.

En el mismo artículo de Gallardo se han publicado otras epístolas de Juan de la Cueva en tercetos,
que no dejan de tener reminiscencias horacianas, si bien el estilo libre y abandonado familiar y llano
en demasía, poco parentesco conserva con el de Horacio. Lo que sí hay que alabar siempre en Juan de
la Cueva, como lo ponderó el Maestro Diego Girón en el prefacio de sus Rimas es «el curso o hilo de
la oración, que es continuado y corriente: la lengua propia fácil, pura, sin mezcla de peregrinidad
afectada... y en fin, aquella facilidad y soltura de que Séneca dijo con mucha razón que abundaba
Ovidio, a quien el nuestro desde su primera edad fué muy dado y aficionado».

Dos de estas epístolas son *morales*, tratando una cuál sea de más estimación, el rico y necio o el
pobre y sabio, y enseñando la otra que *en todo se debe seguir un medio*.

La primera (que tiene el n.º 15 en la colección ms. de Cueva) parece escrita y versificada con más

esmero que otras composiciones de su autor.

La crítica literaria da asunto frecuente a la mayor parte de estas cartas, que pueden estimarse como buen suplemento al *Ejemplar Poético*. Cueva flagela implacable y graciosamente a los traductores del toscano, en la epístola a D. Álvaro de Portugal, conde de Gelves; o enumera, escribiendo al jurado Rodrigo Suárez, los riesgos y la inquietud del pobre escritor que da a la estampa su primer libro; o diserta con Herrera o contra Herrera acerca de los vicios de la oratoria y de la poesía; o bien dirige sangrientas burlas a un mal traductor de las églogas de Virgilio, que mudó en ellas los nombres y el sentido, y a vueltas de todo esto, intercala animadas narraciones de sucesos contemporáneos; describe las grandezas de Méjico, donde residió algunos años; o nos pone a la vista, sin fantasías bucólicas, pero con cierta donairosa poesía [p. 472] realista la vida apacible y quieta de un lugar de Andalucía en el siglo XVI. La variedad de asuntos, la curiosidad de noticias, la facilidad y la gracia descuidada del poeta, y finalmente la ausencia de toda pretensión retórica hacen muy sabrosa la lectura de estos devaneos de su ingenio, siendo de lamentar que no se hayan dado a la estampa íntegros, de igual suerte que otras poesías suyas, conservadas en rarísimos códices, de los cuales quizá alguno haya desidiosamente perecido.

Las imitaciones de los antiguos, en las poesías de Juan de la Cueva, rara vez son literales y directas. Al contrario, hacía estudio de evitarlas, y el Maestro Girón le elogia, «porque fué tan observante siempre de su propio lenguaje, que ni quiso imitar los ajenos, ni aun los conceptos de ellos, que otros con tanta curiosidad procuran.» El mismo poeta, en su epístola a D. Álvaro Portugal, indica el desvío con que miraba este género de labores *en que se huye a la invención la cara*:

¿Y será cuerdo andarse a imitaciones
Que en ellas está todo aderezado,
Cual que come a pasto en bodegones?

.....
¿No es dado a los poetas que investiguen
Con el ingenio y busquen la extrañeza
De las cosas más raras que consiguen?

¿Qué debo agradecer a la terneza
Del español que al vulgo da un soneto,
Traduciendo del Bembo su fineza?

.....
¿Qué me hace Boscán, qué Garcilaso?
¿Qué sus comentarios y comentadores?
Si no trabajo yo, ¿qué da el Parnaso?

¿No se adquiere la gloria y los loores
Con el sudor ajeno, aunque de mano
Tenga quien me levante con clamores?

¡Cuán fuera de razón, cuán torpe y vano
Es aquel que así piensa eternizarse
Con flores producidas del solano!

Esto hace a mi musa retirarse
De seguir esta vía italiana,
Y a partes nunca oídas derrotarse.

No porque no leo yo de buena gana,
Mas huigo (sic) de imitar y no los toco,
Como a deidad sagrada mano humana.

[p. 473] Muchos dirán que es esto humor de loco,
Porque los que más saben ejercitan
Lo que repruebo yo y estimo en poco.

Que si ellos traducen o si imitan,
Que Virgilio imitó y tradujo a Homero,
Y que por eso no lo inhabilitan.

Que bien pudo Gil *Sánchez el hornero*
Traducir de l'agena en nuestra lengua
A Lucano, y ponerlo por terrero;

Y que su nombre no recibe mengua
Por ello, aunque lo esparza en nombre suyo,
Ni se aniquila, ni su gloria amengua.

Al fin, señor, en este fin concluyo;
Que los que usan siempre este *ejercicio*
Del traducir, que yo repruebo y huyo,

Que después de seguir tan ciego vicio
Se hacen siervos, a servir forzados,
Sin poder más de sí que aquel servicio.

Son de su libertad enajenados,
No les es permitido desviarse,
Que al sentido y sentencia han de ir atados...

A pesar de lo que aquí dice, Juan de la Cueva tradujo la *Batracomiomaquia*, e imitó la *Pharmaceutia* y muchas otras cosas de griegos, latinos y toscanos.

[Vid. H. E. I, 75; II, 317.]

CCCLVI. ANÓNIMO (apud J. de Malara, *Philosophia Vulgar*, folio 277).—Sevilla, 1568.

«Desto hay más estancias que hizo uno a manera de matraca, hechas a ymitación de Horacio, que en el libro de sus versos primero, en la oda 25: *Parcius iunctis*. da una lexía a Lydia ya vieja; y assi van contra mujer desta arte, para exemplo de los mancebos, porque con esto se retraygan del vicio.»

Son quince octavas que principian:

Dama ranciosa, fea, flaca y fría...

La imitación de la oda de Horacio no pasa del asunto, y de algunos rasgos como estos de la segunda octava:

Llorad primero cuán de mala gana
Os vienen a moler los requebrados,
[p. 474] Cuán sin enojo os duerme la ventana,
Las puertas cuán seguras sin candados,
Y cómo la que fué gastada aldaba
No siente ya aquel trato de que usaba...

Sospecho que el autor de esta poesía y el que compuso los donosos cuentos insertos en la *Philosophia Vulgar* es el Licenciado Francisco de Tamariz.

CCCLVII. FALCÓ, Jaime.

Su Sátira 7.^a (fol. 66 de la ed. de 1600) es imitación de la de Horacio: Qui fit *Maecenas*.

Tiene el caprichoso artificio de que todos los versos empiezan y acaban en monosílabo. [Vid. H. E. I, 86.]

CCCLVIII. ESPINEL ADORNO, Jacinto.—Madrid, 1620.

Beatus ille. —Ep. II

Jacinto Espinel Adorno, en su novela pastoril *El Premio de la Constancia Pastores de Sierra Bermeja* (Madrid, 1620), libro 1.^o, tiene una imitación en prosa de esta oda:

«Aquí estamos alejados y remontados de los negocios y pretensiones. Aquí estamos, ya guardando nuestros ganados, ya orando y cultivando los campos y heredades que fueron de nuestros mayores... estando alegres y contentos con solos los bueyes más que con grandes tesoros los ricos Monarcas... Sólo entretenemos la vida en horas deleitosas: ya desposando los álamos y las vides con junta halagüena y enredando sus crecidos sarmientos pampanosos con sus ramas levantadas para que se sustenten y juntamente se adornen los matices y colores del fruto opimo de sus uvas, ya unas veces blancas, ya otras negras, ya otras rubias, ya otras jaspeadas y bermejas. Ya miramos los ganados y rebaños de toros y vacas que andan dando bramidos, vagando por los campos espaciosos y valles amenos y abundantes, si de pastos, no avaros de aguas. Ya cortando con una hoz los inútiles ramos de los fructíferos árboles para que nazcan otros más acopados y de frutos más sabrosos e ingiriéndolos en ellos. Ya recogiendo [p. 475] las mieles en orzas y vasijas exprimidas de los fértiles panales, dividiendo a una parte la miel y a otra la cera. Ya esquilando las ovejas mansas y domésticas, ocupaciones todas del hermoso verano y caluroso estío. Ya cuando llega el otoño, levantando y

descubriendo su cabeza fresca y abundante de frutos sabrosos y suaves, cogiendo la pera gualdada que casi da envidia al mismo Otoño que la injirió y fructificó. Ya la uva, que a porfía compite con la púrpura en color, premios bien dignos para gratificar y ofrecer al dios Priapo, y al padre Silvano, tutor y amparo de los extremos de estos jardines. Ya otras veces se nos antoja el recostarnos debajo de la sombra de una antigua y acepada encina, cuyo suelo vestido de grama nos sirve de entretenernos con blando sustento, convidando a dulce sueño el deslizamiento de las aguas que de las altas rocas bajan con leda y sosegada corriente. Ya oímos quejarse las aves con sus cantos, emboscadas entre las espesas ramas de estas selvas, respondiéndose unas a otras con particular y acordada armonía. Ya al bajar las aguas, hacer estanques de cristalinas linfas con deleitoso y apacible ruido. En el tiempo del invierno, cuando más el cielo truena y relampaguea.... entonces encerramos fuertes jabalíes en lazos y redes, sin que puedan hacer repugnancia con su veloz huída, o ya cuando ponemos diferentes mallas y lazos engañosos para los tordos glotonos, donde acontece de ordinario hallar en vez de tordo la cobarde y temerosa liebre; y además de esto, cuando cansados nos vamos a nuestras pobres chozas, donde hallamos los fuegos abundantes de leña, donde tendidos mitigamos el cansancio de la caza... Éstos y otros muchos regalos, que por no cansarte no digo, se gozan en la amada soledad y en esta dulce vida...»

(Págs. 9-13 de la reimpresión de Sevilla, 1894.)

CCCLIX. FIGUEROA, Francisco de.—Lisboa, 1625.

Oh navis.—Od. I, 14

Inc. Cuitada navecilla
Por mil partes hendida
Y por otras dos mil rota y cascada,
Tirada ya a la orilla
Como cosa perdida
[p. 476] Y de tu mismo dueño abandonada,
Por inútil dejada
En la seca ribera.
Fuera del agua y de las ondas fuera...

.....

Obras de Francisco de Figueroa, laureado Píndaro español, publicadas por el Licenciado Luis Tribaldos de Toledo, cronista mayor del Rey nuestro Señor por las Indias bibliotecario del Conde de Olivares, Duque y gran Canciler, & Dedicadas a D. Vicente Noguera. referendario de ambas signaturas de Su Santidad, del Consejo de las dos Majestades Cesárea y Católica, Gentilhombre de la Cámara del Sereníssimo Archiduque de Austria Leopoldo. Con todas las licencias necesarias. Lisboa, por Pedro Craesbeeck impresor del Rey nuestro Señor, año 1625. A costa de Antonio Luis, Mercader de libros.

12.º, 29 hs. de preliminares, 46 con el texto de las poesías y una de tabla.

De la fecha y otras circunstanancias de la imitación horaciana, nos informa Luis Tribaldos de Toledo en

el *breve discurso* que trae al principio *sobre la vida de Francisco de Figueroa*:

«Dió algunos años después, «en el de 1579», vuelta con el Duque de Terranova, D. Carlos de Aragón, a Flandes, persuadido de aquel señor, que sin duda le estimó por el primer hombre de España en letras, prudencia, discreción, ánimo generoso y cortés. *Al tiempo desta jornada* escribió aquella inimitable imitación de Horacio (lib. I, od. XIV) que comienza:

Cuitada navecilla...

Donde no sólo parece imitar, sino igualar y aun exceder al Venusino en gala, copia, realce de pensamiento, pureza de idioma, y todo lo que un excelente poeta es obligado a hacer con eminencia.»

Pero con perdón de Tribaldos, y reconociendo todo el mérito de la elegante versificación de Figueroa, no puedo menos de acostarme al parecer de Manuel de Faria y Sousa, el cual en su comentario a las *Rimas* de Camoens, tacha el estilo de esta oda de lánguido, verboso y perifrástico, remotísimo, por tanto, de la peculiar manera de Horacio.—[Vid. H. E. I, 57; 311.]

[p. 477] CCCLX. CEPEDA Y GUZMÁN, Carlos.—Segunda mitad del siglo XVII.

Pastor cum traheret. —Od. I, 15

Romance a los desprecios que hizo Paris, robador de Helena, a los vaticinios de su muerte y ruina de Troya.

Hállase en el ms. original (346 hojas en 4.º) de las *Poesías de D. Carlos Alberto de Cepeda y Guzmán, caballero del hábito de San Jorge, y comendador de Balaguer*, fols. 202-205 (visto y descrito por Gallardo, n.º 1.752 del *Ensayo*).

El romance en cuestión, viene a ser una paráfrasis en estilo conceptuoso, pero gallardo, del *Pastor cum traheret*:

Marina deidad entonces,
Al blando imperio del ocio,
Sepultó en quietud las ondas
Que alteraba el viento en soplos,

Para explicar de los dioses
El decreto riguroso,
Fatídicamente impreso
En ecos de acentos roncós:

«Con naves infaustas sigues
El rumbo de tus antojos,
Para ti delicia breve,
Para Troya afán costoso.

Ya contra el antiguo reino,
Para el último destrozo,
Los Príncipes griegos arman
Aun más la fama que el odio.

A la venganza conjura
Los ánimos valerosos,
En unos la propia injuria,
La común afrenta en otros.

.....

¡Cuanta sangre al golpe! ¡Cuánto
Al afán, sudor copioso
Derraman rotas las venas
Y dilatados los poros!

.....

Mientras tú al cuidado atento
De intempestivos adornos,
Con blanco marfil divides
La crespada madeja de oro;

[p. 478] O pulsando la süave
Cítara que envidia Apolo,
Lascivos metros alternas
Con los femeniles coros.

Vanamente te asegura
El desarmado socorro
De Venus, aunque fatigues
Sus torpes aras con lotos.

Pues se han de ver de los hados
En el término forzoso,
Troya resuelta en cenizas
Y tú desatado en polvo...»

Paris responde a los vaticinios de Nereo en versos muy galantes, pero nada horacianos, y no tan buenos como los que hemos, copiado. El principio, sin embargo, es muy bello y digno de un romance de Góngora o de Lope:

No te turban de los amantes
El blando feliz reposo
Ni supersticiones vanas
Ni oráculos fabulosos...»

Y no vale menos el final de esta dramática imitación:

Dijo, y con estrechos lazos
Se enlazó a la griega, como
La hiedra tenaz al muro,
O la vid lasciva al olmo.

[Vid. H. E. II, 567.]

CCCLXI. VACA DE ALFARO, Enrique.—Córdoba, 1666.

Non omnis moriar.—Od. III, 30

«Soneto a la Muerte sobre aquellas palabras de Horacio: *Non omnis moriar.*»

Lyra de Melpómene... Córdoba, 1666.

CCCLXII. VACA DE ALFARO, Enrique.—Córdoba, 1666.

Beatus ille. —Ep. II

«Alusión a aquellos versos de Horacio, donde alaba la vida solitaria... *Beatus ille.*» [p. 479] SONETO

Tú que te apartas de la pompa humana
Siguiendo de las selvas el camino,
Huyendo el opulento desatino
Del que se pierde en mar o en tierra gana,

Tú que huyes la rígida y tirana
Asistencia de pleitos de continuo,
Siendo en las soledades peregrino
Galán de Flora, huésped de Diana;

Allí seguro del furor de Marte
Te brindan los cristales transparentes,
Y las aves con música sin arte;

Y al susurro veloz de sus corrientes
No dejan de avisarte y festejarte,
Sin la objeción mordaz de los vivientes.

Lyra de Melpómene... Córdoba, 1666.

[CCLXIII.] VEGA, Lope de.—(En *Los Tellos de Meneses.*)

CANCIÓN A LA FELICIDAD DE LA VIDA DEL CAMPO

¡Cuán bienaventurado
Puede llamarse el hombre
Que con obscuro nombre
Vive en su casa, honrado
De su familia, atenta
A lo que más le agrada y le contenta!

Sus deseos no buscan
Las cortes de los Reyes,
A donde tantas leyes
La ley primera ofuscan,
Y por el nuevo traje
La simple antigüedad padece ultraje.

No obliga poca renta
Al costoso vestido,
Que el uso conocido
La novedad inventa,
Y con pocos desvelos
Conserva la igualdad de sus abuelos.

No ve la loca dama
Que por vestirse de oro
[p. 480] Se desnuda el decoro
De su opinión y fama,
Y hasta que el arco rompa,
La cuerda estira de la vana pompa.

Yo salgo con la aurora
Por estos verdes prados,
Aun ántes de pisados
Del blanco pie de Flora,
Quebrando algunos hielos
Tal vez de los cuajados arroyuelos.

Miro con el cuidado
Que salen mis pastores;
Los ganados mayores
Ir retozando al prado,
Y humildes a sus leyes,
A los barbechos conducir los bueyes.

Aquí las yeguas blancas
Entre las rubias reses,
Las emes de Meneses
Impresas en las ancas,
Relinchan por los potros,
Viéndolos retozar unos con otros.

Vuelvo, y al mediodía
La comida abundante
No me pone arrogante,
Que no pienso que es mía,
Porque mirando al cielo,
El dueño adoro con humilde celo.

Todos los años miro
La limosna que he dado
Y lo que me ha quedado,
Y diciendo suspiro,
Viendo lo que se aumenta:
Siempre me alcanza Dios en esta cuenta.

Voy a ver por la tarde,
Ya cuando el sol se humilla,
Por esta verde orilla,
El esmaltado alarde
De tantas arboledas,
Locos pavones de sus verdes ruedas.

Y, como en ellas ojos,
Frutas entre sus hojas,
Blancas, pálidas, rojas,
Del verano despojos,
Y en sus ramas suaves
Canciones cultas componer las aves.

[p. 481] Cuando la noche baja,
Y al claro sol se atreve,
Cena me aguarda breve,
De la salud ventaja,
Que, aunque con menos sueño,
Más alentado se levanta el dueño.

De todo lo que digo
Le doy gracias al cielo,
Que fertiliza el suelo,
Tan liberal conmigo,
Porque quien no agradece

La deuda al cielo, ni aun vivir merece.

Lope de Vega: *Los Tellos de Meneses*, II

[Vid. H. E. I, 98; II, 349.]

CCCLXIV. PÉREZ RAMÍREZ, Antonio.—1698.

Sat. I, 3, V. 55-66

*At nos virtutos ipsas invertimus, atque
Sincerum cupimus vas incrustare. Probus qui
Nobiscum vivit? multum est demissus homo: illi
Tardo, cognomen pingui damus. Hic fugit omnes
Insidias nullique malo latus obdit apertum?
Cum genus hoc inter vitae versetur, ubi acris
Invidia, atque vigent ubi crimina pro bene sano
At non incauto, fictum astutumque vocamus.
Simplicior quis, et est, qualem me saepe libenter
Obtulerim tibi, Maecenas, ut forte legentem
Aut tacitum impellat quovis sermone! molestus?
Communi sensu plane caret, inquimus...*

«A mi fueron norte estos versos para guiar assi la pluma a la explicación del pensamiento de Horacio:

Hacer del bien la envidia solícita
Moneda falsa, cuando le murmura,
Pues con nombre de mal le desfigura,
Y el candor que le ilustra infiel le quita.

Lo que es famoso assi desacredita,
Cuando todo lo invierte su censura,
Con borrones desluze la hermosura,
Lo florido con ages lo marchita:

A la luz con horrores desassea,
[p. 482] Y assi vende por malo lo que es bueno,
Porque con la mentira lo falsea:

¿Por qué da tan barato lo que lleno
Es de tanto valor? ¿por qué lo afea?
¿Por qué así lo envilece? Por ageno.

*Invidiam placare paras, virtute relicta?
Contemnere miser: vitanda est improba Syren
Desidia, aut quidquid vita meliore parasti,
Ponendum aequo animo.*

«Aunque no corresponda en mi pluma la expresión al pensamiento de Horacio, en estas décimas hago la alusión:

Por librarte de la envidia,
El ocio quieres buscar:
Mas temes ir a parar
A poder de la desidia:
Entre dos afectos lidia
Tu corazón, y elegir
Quieres lo que es justo huir;
Huye lo que te obscurece,
Elige lo que esclarece
Y haze en el mundo luzir.

Es cobarde flojedad
Dexar por algún temor
La virtud; ¿pues es mejor
Caer en la ociosidad?
El que envidia tu bondad
Te haze, Antandro, esclarecido,
El ocio desconocido:
Pues si éste causa desprecio,
¿No será quien dexa, necio,
La fama por el olvido?

Armas contra la Fortuna, 109.

Sát. I, 3, v. 117-119

adsit

*Regula, peccatis, quae poenas irroget aequas:
Nec scutica dignum horribili sectere flagello.*

[p. 483] Haya su regla y medida
Entre el pecado y castigo,
Ni con el hambre azotes
Al solo del ramal digno.

Versos seculares. Asunto primero. Que la hazaña grande de Calixto Tercero, es la canonización de San Vicente... Esa imitación de la Oda de Quinto Horacio Flaco, que comienza «Laudabunt alii.»

Página 418 de *El Apóstol de Europa. Fiestas seculares, con que la... ciudad de Valencia celebró el feliz cumplimiento del tercer siglo de la Canonización de... S. Vicente Ferrer*. Valencia, Orga, 1762.

Inc. No a todos igualmente
Los hechos arrebatan,
Y unos de común tratan
Lo que otros de excelente...

CCCLXVI. CLAVIJO Y FAJARDO, José.—1763.

En su periódico *El Pensador*, tomo III, *pensamiento 37*, páginas 269-275, imita el principio de la Sátira 1.^a, del libro I, *Qui fit Maecenas*.

CCCLXVII. CIENFUEGOS, Beatriz, «La Pensadora Gaditana».—1764.

En el tomo 4.º, pág. 31 de su periódico glosa en un soneto este pasaje de la epístola XVI del libro 1.º de Horacio:

Vir honus est quis?
Qui consulta patrum, qui leges juraque servat.

Fin: ¿Anhelas por saber el que dichoso
De lo honesto practica la excelencia?
Pues atiende a sus obras cuidadoso:

[p. 484] Mira si a sus mayores reverencia,
Si te guarda la fe, si es religioso;
Que del hombre de bien esta es la ciencia.

Página 94:

(Sát. II, 7.)

*Evasti? Credo metues, doctusque cavebis:
Quaeres quando iterum paveas, iterumque perire
Possis. O toties servus! Quim bellua ruptis
Cum semel effugit, reddit se prava catenis?*

Si del riesgo saliste arrojado,
Creo olvidarás siempre advertido;

Pues no podrá afirmar que docto ha huído
El que guarda en el pecho infiel cuidado.

Vuela tu pensamiento enamorado
A buscar como bien lo que es fingido,
Pues a tanto dolor destituído
Te miras otra vez aprisionado:

¡O esclavo a tu pasión, necio, ignorante,
Que bien hallado siempre con la pena
A quien causa tu mal sigues constante!

¿Qué fiera, de razón y juicio agena,
Si la rota cadena huyó arrogante,
Volverá a sujetarse a la cadena?

Página 281:

(Sát. II, 6, 60.)

O rus! quando ego te aspiciam? quandoque licebit

.....
Ducere sollicitae jucunda oblivia vitae?

¡Oh hermosa soledad, donde el cuidado
Se entregará al descanso apetecido!
¿Cuándo disfrutaré tu lindo agrado,
Y me veré de ti favorecido?

¿Cuándo alegre, contento y despejado
Daré tantos enfados al olvido,
[p. 485] Consiguiendo dichoso en tu acogida
Tener más racional y mejor vida?

Página 320:

Omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci...

Glosa en un soneto, que no merece transcribirse.

CCCLXVIII. FERNÁNDEZ MORATÍN, Nicolás.

La oda de D. Nicolás Fernández de Moratín *Al Duque de Medina Sidonia*:

¡Ay! no a la hercúlea enfermedad rendido
Y al acerbo dolor, con mil afanes...

es imitación del *carmen XVII* del lib. II: *Cur me, querulis exanimas tuis?*

Los versos principalmente imitados son éstos:

*Ah! te meae si partem animae rapit
Maturior vis, quid moror altera,
Nec carus aequae, nec superstes
Integer? ille dies utramque
Ducet ruinam
ibimus, ibimus,
Utcumque praecedes, supromum
Carpere iter comites parati.
.....*

El romancillo titulado *oda* que comienza:

Niña, malhaya
Mi vida siempre,
Si yo lo dije
Por ofenderte...

es reminiscencia del *carmen XVI* del lib. I:

*O matre pulchra filia pulchrior,
Quem criminosis cumque voles modum
[p. 486] Pones iambis; sive flamma,
Sive mari libet Hadriano...*

Del *carmen XV* del libro II: *Iam pauca aratro* procede la oda *Madrid antigua y moderna*, pero sólo le recuerda en el principio.

Vislumbro reminiscencias del *Nox erat* (Ep. XV) en el soneto:

¿Son éstos los sagrados juramentos?...

En el romance, con título de oda, *La Fama póstuma*, noto reminiscencias del *Exegi monumentum* (*carmen XXX*, lib. III),

Sabe que un monumento
Erigiste más alto
Que el de tu Rey ilustre
Magnífico palacio.

Y cuando Libytina

En el sepulcro avaro...

[Vid. H. E. I, 13 y 253; II, 360.]

CCCLXIX. DOMÍNGUEZ VENTURO, Francisco.—1789.

Conocemos ya a este poeta de la escuela salmantina como traductor de algunas odas de Horacio. En el *Memorial Literario* de junio de 1789 publicó la siguiente oda sáfica, tejida toda de pensamientos de Horacio (*Rectius vives... Otium divos... odi prophanum vulgus*).

No te deslumbre, Fausto, la grandeza,
Ni el poderío de los reyes altos;
Goza en paz quieta los dorados bienes
De tus abuelos.

Solo en el mundo es bienaventurado
El que no aprecia pompas ni tesoros
Y de miserias apartado, tiene
La medianía. [1]

[p. 487] Buscan los hombres puestos elevados,
Viven inquietos, y con paso tardo
Cuando del monte llegan a la cumbre,
Los bate el viento. [2]

Reinan los Reyes sobre sus vasallos,
El opulento manda al miserable,
Mas el Dios fuerte desde las alturas
Reina sobre ellos. [3]

Mandos, riquezas, platos delicados,
Mas los alteran, nunca satisfacen
Mientras la muerte sobre su cabeza
Vibra su espada. [4]

¿Para qué, Fausto. por palacios grandes
Olvidaremos nuestra fiel cabaña,
Si sus primores endulzar no pueden
Tanta amargura? [5]

[Vid. H. E. II, 576.]

CCCLXX. FERNÁNDEZ DE ROJAS, Juan.—Madrid, 1790.

Beatus ille. —Ep. 2

ELOGIO DE LA VIDA DEL LABRADOR

ODA

¡Qué apacible, sencilla y deliciosa
Es la campestre vida!
¡Qué triste y enojosa
[p. 488] La Corte presumida,
De mundanales hombres aplaudida!

Dexa el fiel labrador en blando lecho
La su esposa durmiendo,
Sube el alto repecho
Cuando va amaneciendo,
El trigo por la tierra desparciendo.

Rompe el seco terreno, y del arado
No siente la fatiga;
Vive en Dios confiado,
Luego la suerte amiga
Convierte su sudor en dulce espiga.

Ya del fértil olivo el caro fruto
Le alivia y da consuelo:
Mira el cierto tributo
De su afán y desvelo
En sus ramos doblados hasta el suelo.

Hora coge en la vid doradas uvas,
Lucientes más que el oro;
Luego en preciosas cubas
Encierra su tesoro,
Y no envidia el haber del rico moro.

Tal vez mira el rebaño en su terreno
Holgándose lozano;
Cual pone el tarro lleno
De néctar puro y sano,
Castrando las abejas por su mano.

Y por el verde huerto descendiendo,
La fruta ya madura
Del árbol va cogiendo,
O riega su verdura
Con agua que le da fontana pura.

Duerme al tronco de un árbol, sin que el fuego
Del sol con luces roxas
Impida su sosiego;
Y al ruido de las hojas
Despierta sin recelo ni congojas.

Vuelve a la humilde casa sin enfado,
Y la esposa querida
Le pone con agrado
La mesa abastecida
De vinos y dulcísima comida.

¡Qué envidiable es, Angelio, la alegría
Del hombre campesino!
¡Qué vil la suerte mía!
[p. 489] ¿Y he de vivir mezquino
Entre ardides y guerras de continuo?

¡Ay! torna, caro Angelio, no tardemos;
La vida más serena
Del campo disfrutemos:
Rompe la vil cadena,
La Corte dexa de tumulto llena.

LISENO.

Correo de Madrid (o de los Ciegos). Tomo VII, p. 192. Número correspondiente al miércoles, 7 de julio de 1790. Precede esta advertencia:

«La siguiente composición, cuyo objeto es tan lírico como sencillo, está expresada con bastante gracia y una sencillez muy propia. Se halla en ella una imitación seguida y juiciosa del Maestro León; y las imágenes con que está adornada son verdaderas y naturales.»

Para nuestro gusto la imitación, o más bien copia, es demasiado servil, como otras que hacían entonces los poetas de Salamanca, v. gr., Iglesias. A veces tampoco entendían bien lo que copiaban. Natural era, y muy poético, que el Mtro. León hablase con asombro de los primores artísticos labrados por *el sabio moro*. Pero no es propio ni natural ponderar *el haber del rico moro*, porque los moros propiamente dichos nunca han sido muy ricos, y en los tiempos del P. Fernández. como en los nuestros, parece broma tomarlos por prototipo de la riqueza.

Hay en el mismo *Correo de Madrid* otras muchas composiciones del P. Fernández, entre ellas una oda horaciana a *Melicio* (tomo VII, p. 263):

Melicio, tú que al oro
Te rindes y te afanas codicioso
Del mando y del decoro,
Sin paz y sin reposo,
No esperes de esa suerte ser dichoso...

Véanse algunas estrofas:

¿A qué tanta porfía?,
Melicio. por valer ¿A qué el anhelo?
La amable, medianía
[p. 490] Hallada sin desvelo
Puede hacerte feliz en este suelo...

Goza del bien presente,
No fíes en los puestos elevados.
¿Ignoras ¡ay! demente,
Que pinos exaltados
Son más presto del Euro derribados?...

Ni me dará contento
El palacio con jaspes fabricado,
Ni el vano lucimiento
de tu techo dorado,
Ni el oro en sus archivos encerrado...

[Vid. H. E. I, 119.]

CCCLXXI. ANÓNIMO.—Madrid, 1790.

O fons Blandusiae. —III, 13

A LA FUENTE DE LA MORA

(Cantinelas)

¡Cuántas y cuántas veces
Bebí, tu linfa pura,
¡Oh Fuente de la Mora!
Y en mis tiernas niñezes
Sentado a la frescura
De tus finos cristales
Muy antes de la Aurora,

¡Cuántas veces dormido
Quedé al gracioso ruido
Que forman tus raudales,
Hasta que ya las aves
Dexando el caro ruido,
Con cánticos suaves
Sobre el olmo trinaban,
Y de Febo los rayos me abrasaban!

¡O deliciosa Fuente,

Mi dulce bienhechora!
Yo haré que a tu corriente
La fama voladora
Dé perpetua memoria;
Y cual otra Hipocrene,
Haré que tu renombre al mundo suene.

[p. 491] *Correo de los Ciegos* (o de Madrid). Tomo 8.º, pág. 63. Número correspondiente al 24 de noviembre de 1790.

CCCLXXII. ANÓNIMO.—Valencia, 1799.

Nulla placere diu, nec vivero carmina possunt
Quae scribuntur aquae potoribus.

EL VINO

«No pueden ser eternos ni agradados
Los versos que componen los aguados.»

El vino es dulce encanto
Y el alma del poético talento,
Alexando las penas y el quebranto
Nueva vida infundiendo y nuevo aliento.

Las gracias retozonas se deleitan
Con el licor de Baco, y el Pimpleo
Entona al, gran Lieo
Canciones gratas, que el placer aumentan.

¿Cuándo el alma se eleva?
¿Cuándo se enciende el pecho?
¿Cuándo mejor se prueba
Aquel gozo sutil, aquel provecho
Que hace volar al ánimo fogoso
A buscar de las Musas el reposo?

¡Oh tú, Marcial divino!
A quién debiste la viveza y tino?
Tú, soberano Homero,
¿Qué preceptor tuviste,
O cuando produjiste
Aquel poema dulce y lisonjero,
Aquel celeste estilo, aquella gracia,
Y sublime eficacia
Con que en pinturas bellas

Tus héroes elevaste a las estrellas?

Si a Baco no le hicieras agasajo,
Infructuoso sería tu trabajo.
Y tú, cisne Dirceo,
¡Cómo yerras pensando que eternizas
Tus versos cuando veo
Que la alma tiranizas,
Consagrando de Ismeno a los cristales
De Urania los acentos celestiales!

[p. 492] Fabio, si cuerdo fueres,
Sigue de los Poetas las pisadas,
Y si al fin consiguieres
De Hipocrene llegar a las moradas,
La fuente dulce y su raudal florido,
Con florecitas mil embellecido
No te detenga, y a Lieo invoca,
Que el pámpano, la hiedra y los laureles
Son los testigos fieles
De la celeste y la dorada boca.
Baco, Baco es gustoso,
Es niño, es agraciado, es muy sabroso.

Diario de Valencia, 5 de setiembre de 1799.

Camina apresurado:
Justo es que te apercibas:
No temerá la muerte
El que dispuesto viva.
No a mañana dilates
Las prevenciones dignas.
No estará mañana apto
El que no lo está hoy día.

Diario de Valencia, 12 de agosto de 1799.

Diligitur nemo nisi cui fortuna secunda est

No fíes del amigo
Que no hallares constante
En tus varias fortunas,
En bienes como en males.

Mientras a viento en popa
El mar bogue tu nave,

Y de ricos tesoros
Cargada no naufrague;

Mientras camine al puerto
Sin iras de los mares,
Con bienes que felices
Hagan los miserables,

Hallarás mil amigos
Que quieran asociarse;
Y contigo en bonanza
Surcan esos cristales:

Mas si borrasca fiera
Da tu navío al traste;
[p. 493] Si tus riquezas pierdes,
Contento con salvarte,

Todos huyen al punto,
Y lejos de ampararte,
Toman puerto y se esconden,
Sin mirar, si tú sales.

Mientras próspera suerte
Te sea favorable,
Tendrás en torno muchos
Que presten vasallaje.

Mas si fortuna vuelve
Como suele el semblante,
Por no darte su auxilio
No habrá quien no se aparte.

No fíes de ese amigo,
Por más que te agasaje:
No es a ti, no, a quien busca,
Que busca tus caudales.

No en el mundo se estima
Sino al rico y magnate,
A quien la suerte halaga
Y le hace respetable.

Diario de Valencia, 14 de agosto de 1799.

*Maxima poena mihi est ipsum ofiendisse, priusque
Venisses malle funeris hora mei.*

No estrechas ligaduras,
Ni las cadenas siento:
Ni las crueles prisiones,
Ni el penoso destierro,

No la violencia brava
Del fulminante acero:
Ni las infamias viles,
Ni los crueles tormentos,

Ni el ver como amotinados
En mí los elementos,
Contra mí disparados
Sus rayos los más fíeros:

Ni la implacable parca,
Ni el riguroso averno,
Que al pecado persiguen,
Son de mi llanto objeto.

Contra mi Dios pecando
Ofendí a todo el cielo:
[p. 494] Al Criador de todo
Mi pecar fué desprecio.

Justo es, pues, y muy justo,
Que contra mí sangrientos
Suspiren los celestes
Y sublunares cuerpos.

Es mi mayor fortuna
Para mí mi mal hecho:
Ésta es mi mayor pena,
Y dolor más violento,

El haber ofendido
Al César verdadero,
Que en los cielos y tierra
Se comprende su Imperio.

Éste es todo el suplicio,
Y todo el sentimiento;
Y antes de haber pecado
Deseara haber muerto.

En el Memorial Literario de 1.º de agosto de aquel año, página 229 del tomo 5.º de la cuarta serie de dicho periódico:

Oh tú, Licino; si la dicha anhelas
Y el dulce bien de sosegada vida,
No hallar discurras el contento ansiado
En alta mar perdido: ni de injusto
Temor te llenes; ni temiendo el trueno,
En medio de la plácida bonanza
La ocasión huyas, en la margen firme.
No está el reposo en la mansión odiosa
Del vil avaro: ni tampoco nunca
En el recinto le hallarás inmenso
De los pórticos regios do la envidia
Su asiento fixa, y la ambición se extiende.
¿Ves esos pinos que robustos llevan
A las nubes su frente? En ellos chocan
Los bramadores vientos, y el arbusto
Débil, su impulso a percibir no llega.
Mira aquel monte que soberbio alza

[p. 495] Y se pierde en su cumbre: y ve Licinio
Caer en él en la borrasca horrible
El encendido rayo: y sus entrañas
Cóncavas se abren al impulso horrendo.
Busca en la adversidad deja fortuna
El plácido retorno: y si riendo
En ósculos tus labios delicioso
Sella apacible, los reveses teme
De la prosperidad: que el Numen alto
Que del orbe la máquina sustenta
Siempre es el mismo que el invierno arroja
Y le vuelve a traer: y de Helicon
El Dios, del Vate protector divino,
No siempre presto a castigar, el arco
Tiende y sus flechas vibra; que mil veces
La melodiosa cítara pulsando
Que ociosa estuvo, de placer nos llena.
Y si al ánimo buscas el deleite
Que pocos encontraron, sé animoso
Si el infortunio contra ti descarga
De sus iras el peso: mas si alegre
Ves los vientos que prósperos te animan,

No tanto tiendas los inflados linos
Que ya cortado de tu nave el rumbo
Choque en la roca, y su costado abierto
Tus esperanzas de las ondas sean.

Siguen a estos versos un romance, bastante bueno, firmado por D. Narciso María de Castro, y un soneto de Casinio (don Juan Nicasio Gallego).

CCCLXXIV. J. R. O.—Cádiz, 1806.

Justum et tenacem. —Od. III, 3

En la «Oda en elogio de los bravos y esforzados oficiales de la Real Armada», el jefe de Esquadra Don Francisco Wintuysen y el Brigadier Don Tomás Geraldino, muertos en el combate del 14 de febrero de 1797. Por Don J. R. O. Impresa en Cádiz, año de 1806, las primeras estrofas son imitación bastante ceñida del principio de la oda horaciana:

No amedrenta al varón justo y constante
El rencor del tirano,
[p. 496] Ni el rayo fulminado por la mano.
Del supremo Tonante:
Ni del mar encrespado
El ímpetu en su daño conjurado.

Los ejes del inmenso firmamento
Podrían desquiciarse:
Las lucientes esferas desplomarse
De su eternal asiento,
Y oprimir su cabeza;
Mas no turbar un punto su firmeza...

CCCLXXV. CÍSCAR, Gabriel.—Gibraltar, 1825.

Justum et tenacem. —Od. III, 3

Ensayos Poéticos. Gibraltar, 1825, p. 38.

Al patriota constante y virtuoso,
El popular tumulto no le espanta,
Ni su firme propósito quebranta
Del airado tirano el rostro odioso.

No teme al fiero viento impetuoso,
Que en el entumecido mar levanta
La onda al cielo, y con inmóvil planta,

Estallar oye el rayo pavoroso,

Que, de la parda nube fulminando,
Quebranta de las rocas la firmeza,
Y derriba las torres a su lado.

Y aun cuando herir amaguen su cabeza
Las ruinas del cielo desplomado,
El golpe aguardará con entereza.

CCCLXXVI. CASTRO, Antonio Francisco de.—Orense, 1841.

Intactis opulentior .—Od. III, 24

Oda contra el Lujo y el Amor desordenado de las riquezas. Traducción en parte y en parte imitación de la de Horacio al mismo asunto.

Encierres en tus fondos las mineras
Del oro oriental y americano,
Y cubran tus palacios las riberas
[p. 497] Del Cantábrico mar y el Gaditano;
Tú serás infeliz: leyes severas
De la inflexible Parca por la mano
Grabadas [1] al dorado techo fuerte.

.....
Más felices que tú son los pastores
Que guardan entre breñas el ganado,
Y al raso cielo sufren los rigores.
Del invierno y estío destemplado:
Un pan duro bañado en sus sudores,
O cuando más con leche sazonado,
Una cama en el yerto y rudo suelo,
Donde nieve y granizo arroja el cielo.

Una esposa sencilla y obediente,
Que a su fiel corazón ha persuadido
Que no hay en todo el mundo otro viviente
Tan digno de su amor cual su marido:
A quien no hace altanera ni insolente
La nobleza, ni el dote muy crecido,
Ni envanecen un pecho de cordero
Obsequios de un amante lisonjero.

Una salud robusta; endurecido
Un cuerpo en el trabajo; un pecho fuerte,
De la virtud severa sostenido

A prueba del dolor y de la muerte:
Ves aquí las riquezas, que han subido
Al colmo del honor en que ansías verte
Al Persa en sus principios, al Romano,
Al Cántabro feroz y al Espartano.

¡Oh! quienquiera que seas, tú que intentas
Hacer feliz tu patria, al lujo insano
En medio de sus muros no consientas
Que convierta en mujer al ciudadano:
Sus resultas serán más turbulentas
Que las atroces armas de un tirano,
Y brotará contino de su seno
El puñal, el estupro y el veneno.

[p. 498] La avaricia ten siempre encadenada
De las severas leyes y las penas,
Como bestia voraz que aprisionada
Gime y brama feroz entre cadenas:
Apenas de su furia está guardada
Ni la tórrida zona en sus arenas,
Ni a la triste Noruega el rudo suelo
Le defienden sus nieves y su hielo.

Ni de su sed contiene los ardores
Del pérfido elemento la braveza,
Ni sirve de barrera a sus furiosos
De los más altos montes la aspereza;
Naufragios, precipicios, los horrores
De la muerte no espantan su fiereza,
Y el oro va buscando hasta en el mismo
Boquerón espantoso del abismo;

Estrecha la avaricia, y envilece
El pecho del mortal en quien domina;
El cuerpo debilita y enflaquece
El lujo, y el espíritu afemina;
Se vicia todo el hombre y entorpece
En cualquier de los dos a que se inclina,
El oro lo envilece y lo degrada,
Y el lujo lo adormece y lo anonada.

Llevemos, pues, al templo el fatal oro,
Que nuestro ser degrada y contamina;
Sirva al culto divino de decoro
Lo que al hombre le sirve de ruina;
O si de Dios pensamos que es desdoro

Presentarle una ofrenda tan mezquina,
Al mar por donde vino lo arrojemos,
Y sus dones funestos le entreguemos.

Nuestras minas cerremos en que herida
Nuestra madre la tierra en sus entrañas
Se ve de ingratos hijos ofendida,
Y rasgando su seno en sus montañas;
De nuestros desacatos resentida
Se venga de insolencias tan extrañas,
Y por la herida arroja de su seno
En el oro un mortífero veneno.

Sus inocentes dones procuremos,
Que presenta con manos liberales,
Y avaros o groseros no toquemos
Los que cauta reserva en los metales;
Penetrar su secreto no intentemos,
Por algo los esconde; son fatales;
[p. 499] Y lo que a los mortales alimenta
A la flor de la tierra se presenta.

Vegetales salubres, fierro duro,
Con que lanzas y rejas fabriquemos,
Le bastan al Ibero; el oro puro
A nuestros enemigos lo dejemos;
Poséanlo en buen hora; yo aseguro
Que sus huestes doradas venceremos,
Y han de ver en el campo con desdoro
Cuánta ventaja el fierro lleva al oro.

Allá tenga su astucia el Italiano,
Su primor el Francés y su finura,
Todo el oro del mundo el Anglicano,
Y el Bátavo la industria en que se apura.
Para ser formidable, al Castellano,
Del Indo al Marañón en guerra dura,
Le bastó en otro tiempo su labranza,
Su culto, sus virtudes y su lanza.

Poesías de D. Antonio Francisco de Castro, cura párroco de San Martín de Fruime... Orense, Oficina de D. Juan M.^a de Pazos 1841, pp. 151-154.

Estas octavas, defectuosas sin duda, pero sembradas de rasgos enérgicos son mejores que las otras traducciones que hasta ahora hemos visto del mismo poeta, sin duda porque en esta obra procedió con más libertad, imitando más bien que traduciendo. En Castro vale siempre más lo original que lo

imitado. No se puede negar que era poeta, aunque mediano, y seguramente el mejor de los escasos poetas gallegos de su tiempo. Merecía más fama de la que alcanza, pero la casualidad ha querido que su nombre esté enteramente olvidado, aun en su tierra, al paso que todo el mundo recuerda las chabacanas coplas de su antecesor en la parroquia D. Diego Cernadas de Castro, llamado por antonomasia el *Cura de Fruime*.

CCCLXXVII. CASTRO, Antonio Francisco de.—Orense, 1841.

a) Imitación del *Beatus ille*.

Felice aquel mortal que separado
Del tráfago cansado,
Del codicioso anhelo,
[p. 500] Al uso antiguo el campo de su abuelo
Trabaja con sus bueyes
Sin ofender los Dioses ni las leyes.

No como del soldado el sueño inquieta
La horrísona trompeta,
Ni su pecho estremecen
Las olas de la mar que se enfurecen,
Huye el pleito enojoso,
Y no pisa el umbral del poderoso.

Enlaza, pues, al álamo empinado
El sarmiento medrado,
Y con su podadera
Corta el otro que débil considera,
E ingiere en su vacío
Otro ramo mejor y de más brío.

Ya de mugientes vacas tropa errante
Visita en el distante
Valle: ya en limpios vasos
La miel exprime de panales crasos,
Y si la sazón vino,
Rapa a débil oveja el vellocino.

Y cuando en medio el campo la cabeza
El otoño endereza
La frente coronada
De la madura fruta ¡cuánto agrada
Recoger en su huerto
Las peras del peral que él mismo ha injerto!

Y el maduro racimo que contienda
Con la grana, y ofrenda

A ti, Príapo, hace,
Y a ti, padre Silvano, satisface,
Como a Numen que entiende
En la guarda del campo y lo defiende.

Ya se tiende a la sombra de una encina
Antigua, o se reclina
Sobre la verde grama,
Y observa cómo el agua se derrama
Del alto monte al prado
Por do corre el arroyo sosegado.

Aquí al sueño apacible y al descanso
Del arroyuelo manso
El murmullo lo incita,
Y la turba de pájaros que habita
En los bosques vecinos
Le arrulla dulcemente con sus trinos.

[p. 501] Y cuando el crudo invierno enfurecido
Y el cielo obscurecido
Lluvia y nieve amenaza,
Entonces se entretiene con la caza,
Siguiendo con sus perros
Al jabalí por llanos y por cerros.

La cautelosa red en que le prende
Al tordo voraz tiende,
Y en sus lazos armados
En premio a sus fatigas ve enredados
La liebre espantadiza,
El conejo, la grulla advenediza.

Entre estos inocentes gustos puros
A quién punzan los duros
Afanos de Cupido?
Y mucho más si en suerte le ha cabido
Mujer casta que entienda
En cuidar de sus hijos y su hacienda.

Tal como la sabina y la tostada
De ardiente sol, casada
Con el Pullés ligero; así oficiosa
Fuego de leña seca y abundante
En el hogar sagrado
Previene a su consorte fatigado.

El ganado recoge, y de ubres llenas
Saca leche que apenas
En sus cántaros cabe, y le presenta
Un vino de aquel año que fomenta
Al fatigado esposo,
Y el trabajo y la sed lo hacen sabroso.

De la cena el acopio
Hace el campo, el corral, el huerto propio,
Por su mano guisada
Y tan bien sazónada,
Que por ella renuncia al sabor fino
De las ostras que da el lago Lucino.

Al Rodaballo, tierno, al delicado
Escarro si arrojado
Es del nativo seno
Por fiera tempestad al mar Tirreno,
Ni en mi rústico vientre
La sabrosa Pintada quiero que entre.

Ni a mi gusto sencillo es tan sabroso
El francolín precioso
Como lo es la aceituna

[p. 502] De mis pingües olivos, y cual una
Ensalada de malvas agradable
Y para el cuerpo enfermo saludable.

O la amarga acedera
Que abundante se cría en la pradera,
O la cordera herida en las funciones
Del Dios de los mojones,
O el chivo arrebatado
De las fauces del lobo ensangrentado.

¡Qué gusto estar cenando y estar viendo
Las ovejas corriendo
A casa bien pacidas!
Y los bueyes cansados y rendidas
Las cervices, tirar con poco aliento
Del arado al revés a paso lento!

¡Qué gusto ver cenando
Un enjambre de siervos rodeando
El hogar reluciente,
Y aquella buena gente

Consolada en las penas de su vida
Con el placer del fuego y la comida!

Así filosofaba el usurero
Alfio; y de su dinero
Cual si fuera en la aldea a avencidarse
En los Idus del mes quiso cobrarse
Y en las Calendas próximas (¡oh vicio!)
De logrero se vuelve al ejercicio.

b) Traducción libre del *Beatus ille*.

¡Felice aquel que a la usanza
Del siglo de oro viviendo
Desprecia el oro y los tristes
Afares del avariento!

Y en su aldea retirado
De negocios turbulentos
Labra con sus bueyes propios
El campo de sus abuelos.

Ni el clarín, como al soldado,
Le interrumpe el dulce sueño,
Ni cual negociante asustan
Las iras del mar tremendo.

De la embrollada litis
Huye el fatigado enredo,
Ni se encorva en la antesala
Del ciudadano soberbio.

[p. 503] Libre y noble, enlaza al olmo
Los ya crecidos sarmientos,
Cual débil hembra apoyada
Al brazo de esposo tierno.

O bien con su podadera
Corta los que juzga ineptos,
Otros de más esperanzas
En su lugar injiriendo.

O bien observa sentado
En la cima de un otero
Rebaño denso de bueyes
El valle humilde paciendo.

O ya del panal la miel
Esprime en cántaros tersos,
O bien de mansas ovejas
Le entretiene el esquileo.

Y cuando otoño adornado
De dulces frutas del tiempo,
La sacra frente levanta
En medio del campo ameno,

¡Cuán gratas no son las peras
Cojidas del propio huerto,
Y en el peral injerido
Por las manos de su dueño!

Y las uvas que compiten
Con la grana en lo bermejo
Y con que a Dioses campestres
Hace un religioso obsequio,

A ti, Priapo, y a ti,
Padre Silvano, ofreciendo
Los racimos como a Dioses
De jardines y viñedos;

O a la sombra de una encina
Que sufrió muchos eneros,
O sobre la verde grama,
Que le ofrece un blando lecho,

Tendido escucha el murmullo
Con que un pobre riachuelo
Se despeña al valle humilde
Desde los montes inhiestos.

Oye el tierno pajarillo
Que dentro del bosque espeso,
Anima el aire y la selva
Con sus delicados quiebros.

Y al murmullo de las aguas
Y al susurro de los vientos
[p. 504] Entre sus brazos lo arrulla
El perezoso Morfeo.

Y cuando el Tonante airado
Enluta el rostro del cielo
Y en pardas nubes anuncia

La venida del invierno,

Entonces de monte en monte
¿Qué placer no es ir siguiendo
Los feroces jabalíes
Con una tropa de perros?

Y enredarlos en la cuerda
Donde mueren prisioneros,
Como los tordos voraces,
Y los tímidos conejos,

Las liebres espantadizas
Y las grullas que a sus tiempos
Desde el Mediodía al Norte
Vienen a tomar el fresco.

¿Qué pecho en medio de tantos
Inocentes embelesos
Se deja herir de las flechas
Que dispara amor travieso?

Y más si una casta esposa
Cual suele hallarse al extremo
Occidental de la Hesperia
Do mora el fuerte gallego;

Endurecida al rigor
De escarchas, nieves y vientos,
Morena del sol que sufre,
Y blanca por don del cielo,

Su brazo empuña la azada
Mientras que la alumbra Febo,
Y cuando Diana alumbra
Mueven el huso sus dedos;

Cuida activa de la casa
Y de sus dulces hijuelos,
Y al marido fatigado
Que viene del campo yerto,

Previene fuerte lumbrada
En la que arde un roble entero
En el hogar consagrado
A los tutelares genios;

Cuenta y recoge el ganado

Bajo de pajizos techos
Y hace correr de sus ubres
La leche a cántaros sendos;

[p. 505] Saca vino del tonel
No generoso ni añejo,
Mas para un hombre del campo
Sabroso como el Falerno;

Y una cena de manjares
Que ella guisa, y todos ellos
Criados en su corral,
En su campo y en su huerto.

En medio de esta abundancia
Simple y fácil, no apetezco
Ni las delicadas ostras,
Ni los rodaballos tiernos,

Ni el escaro de Escarpanto,
Si de su nativo asiento
Neptuno airado a las costas
Lo arrastró del mar Tirreno.

Donde están de mis olivos
Las aceitunas, desprecio
El francolín ponderado
Y el faisán de gusto regio;

Y una ensalada de malvas
Saludable al cuerpo enfermo,
O bien de amarga acedera
Que produce el prado ameno;

O la cordera inmolada
En las aras y en obsequio
De Término, Dios que cuida
De mojones y linderos,

O bien el chivo arrancado
Mal herido o medio muerto
De entre las devoradoras
Fauces del lobo sangriento,

Me es mucho más agradable
Que tanto manjar superfluo
Que a costa de la salud

Se compra a subido precio.

Y en medio de esta comida,
¡Qué placer no es estar viendo
Bien pacidas las ovejas
Venir corriendo al apero!

Y el ver los cansados bueyes
Arrastrar con paso lento,
Vuelto al revés el arado,
Lánguido e inclinado el cuello

¡Y qué placer tan sencillo
Ver un enjambre de siervos
[p. 506] Al rededor del hogar
Y en torno de un fuego inmenso,

Que del trabajo y del frío,
Que en el campo padecieron,
Dulcemente se desquitan
A la presencia del fuego!

Así ventajas del campo
Predicaba el usurero
Alfio, como si pensara
Buscar en él su sosiego.

Y en la mitad de aquel mes
Recogió todo el dinero
Que a duro logro tenía
Esparcido en aquel pueblo.

Mas (¡fuerza extraña del vicio!)
Después de un sermón tan bello,
A principios del siguiente
Vuelve al trato de logrero.

*Poesías de D. Antonio Francisco de Castro, cura párroco de San Martín de Fruime en el
Arzobispado de Santiago. Edición inédita. Orense, oficina de D. Juan M.^a de Pazos, 1841, pp. 40-50.*

CCCLXXVIII. SAAVEDRA, Ángel.

IMITANDO A HORACIO

Unos, Tirsi, afanados
Anhelan de la corte encantadora
Los penosos cuidados

Y ver la engañadora
Sonrisa del privado a cada hora.

Otros de triple acero
Ceñido el pecho y de valor robusto,
Siguen el carro fiero
De Belona sin susto,
Y guerra y destrucción sólo es su gusto.

Y cuando el son tremendo
Del bronce tronador los vientos hiende,
Envuelto en humo horrendo,
Por sus almas se extiende
Noble fuego que en iras las enciende.

Otro regala y limpia
El potro que aventaja en la carrera
A cuantos en Olimpia
[p. 507] Admiró Grecia entera
Y que aun al viento rápido supera.

Y desde que la Aurora
Tiñe de bermellón el albo Oriente,
La liebre voladora
Acosa diligente
Hasta que el sol se asconde en Occidente.

Y si el tesoro inmenso
Del orgulloso Creso le valiera,
No sulcara el estenso
Mar, pues su espuma fiera
Le asusta aunque la ve de la ribera.

Y el que la onda furiosa
Doma atrevido con nadante quilla
La cosecha abundosa
De la fértil Sevilla
Desprecia, y sólo quiere su barquilla.

Cada cual el camino
Sigue, o Tirsis, que el cielo le ha indicado,
Y corre do su sino
Le arrastra, que no es dado
Al mísero mortal otro cuidado.

Yo anhele solamente
De eterno lauro y yedra vividora,

Entrelazar mi frente
Y a mi lira sonora
Unir el fuego que en mi pecho mora.

Y triunfando del viento
Cantar hazañas de ínclitos varones,
O el divino contento
Que a nuestros corazones
Dan del dulce Cupido los arpones.

Colección poética de Fuenmayor, tomo 2.º

[Vid. H. E. II, 419.]

CCCLXXIX. MIGUEL, Raimundo de.—Madrid, 1877.

Beatus ille. —Ep. II

Don Raimundo de Miguel en sus *Poesías* (Madrid, 1877), páginas 100-104, tiene con el título de *La Vida Rural* una agradable imitación de esta oda, combinando reminiscencias del final del libro II de las *Geórgicas: O fortunatos nimium*. Copiaré sólo las mejores estrofas:

[p. 508] ¡Mil veces venturoso
Quien las pompas mundanas da al olvido,
Y allega el pan sabroso
Que rinde agradecido
El fértil suelo por la reja hendido!

En sus amados lares
Nunca penetra la inquietud sombría,
Y exento de pesares
Al cielo se confía,
Bendiciendo la luz del nuevo día ...

.....
Jamás la envidia ciega
Turbó la santa paz de su morada,
Ni a darle susto llega
Discordia emponzoñada,
La cabeza de sierpes erizada.

.....
No alojan en su pecho,
Sencillo y sin doblez, negras ruindades,
Y olvida en el barbecho
Las locas vanidades
Que fijaron su asiento en las ciudades.

El ponderoso arado
Impone previsor y diligente
Al buey ya descansado,
Que dócil y obediente
Doblar al yugo la cerviz consiente.

Guiando su pareja
El duro suelo con rigor castiga,
Y al empuñar la reja
Con que a la tierra obliga
Humilde pide a Dios que le bendiga.

¡Cuán bello le parece,
Pasadas nueve lunas, aquel llano,
Al ver que arraiga y crece
Doquier fecundo el grano
Confiado a la tierra por su mano!

Nacido el sol apenas,
Del cuarto mes a las primeras horas
Pregunta a sus colmenas
Si las trabajadoras
Se emperezan o están madrugadoras.

Ya alegre sus corderos
En el prado recuenta y examina,
O encauza a los viveros
El agua cristalina
[p. 509] Que vertió el manantial de la colina;

Ya ciega los pantanos,
O tomando la corva podadera,
Recorre los manzanos
Que bordan la ribera
Y los limpia y los monda y aligera.

Del trigo ya maduro
Cuando ve las gavillas hacinadas,
¡Con qué placer tan puro
Las mira aseguradas
Contra el sur y las nieblas y tronadas!

Doquier vuelve los ojos
Contempla ufano el abundoso fruto
Que halaga sus antojos,
Pues monte, llano y bruto,
Todos le pagan a su vez tributo.

La vid le da buen vino,
La oveja carne, leche y los vellones,
El huerto blanco lino,
Y el encinar montones
De grana, con que engorda sus lechones.

Y cuando en la montaña
Desatado aquilón ruge altanero
Con furibunda saña,
Y el aterido Enero
Tiene al buey en su establo prisionero;

Sentado ante la hoguera
Se ríe del furor con que domina
Rabioso por afuera,
Y alegra su cocina
Con rudos troncos de apilada encina.

.....

[Vid. H. E. I, 151.]

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 470]. [1] . No serían estos romances peores que los del Coro *Febeo*, del propio Juan de la Cueva.

[p. 486]. [1] .

Auream quisquis mediocritatem
Diligit, tutus caret obsoleti
Sordibus tecti, caret invidenda
Sobrius aula. (Od. II, X, 5-8)

[p. 487]. [2] .

Saepius ventis agitatur ingens
Pinos, et celsae graviore caso
Decidunt turre, feriuntque summos
Fulmina montes. (Od. II, 10, v. 9-12)

[p. 487]. [3] .

Regum timendorum in proprios greges,
Rejes in ipsos imperium est Iovis,

Ciari giganteo triumpho,
Cuneta supercilio moventis. (Od. III, I, v. 5-16)

[\[p. 487\]](#). [\[4\]](#) .

Districtus ensis cui super impia
Cervies pendet, non siculas dapes
Dulcem elaborabunt saporem;
Non avium citharaeque cantus. (Od. III, I, v. 17-20)

[\[p. 487\]](#). [\[5\]](#) .

Cur invidendis postibus et novo
Sublime ritu moliar atrium?
Cur valle permutem sabina
Divitias operosiores? (Od. III, I, v, 45-48)

[\[p. 497\]](#). [\[1\]](#) . Así en la edición póstuma hecha en Orense, 1841, que es incorrectísima, pero acaso el traductor escribiría *clavadas*, lo cual es más conforme al texto de Horacio:

Si figit adamantinos
Summis verticibus dira necessitas
Clavos

BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA — IV : HORACIO I

Imitadores hispano-americanos

CCCLXXX. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Solvitur acris hiems. —Od. I, 4

Preludios, Méjico, 1893. pp. 60-61.

Ya la vez de Favonio y Primavera
Al Invierno desata encruelecido;
Las naves secas ya, de las riberas
[p. 510] Las máquinas arrastran, ni escondido
Goza el rebaño, ni el gañán al fuego;
Ni el prado albea en cana escarcha ciego...

Conviene atarnos la cabeza ungida
Ya con verde arrayán y flores tiernas,
Que produce la tierra desceñida,
E inmolar en las selvas *umbri-eternas*
A Fauno, una cabeza del distrito,
Ya le plazca cordera o ya cabrito...

El traductor omite, por razón de honestidad, los dos últimos versos de la oda,

CCCLXXXII. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Oh navis referent. —Od. I, 14

Preludios, Méjico, 1893, p. 66.

Oh nave, nave, la primer marea
Al vasto mar te llevará de nuevo.
¿Qué intentas? ¡Ay! fondea prontamente
En el puerto abrigado.
¿No ves cómo rechina ya sin remos
Tu costado? Tus mástiles heridos
Del Ábrego veloz y tus antenas
Gimen funestamente...

CCCLXXII. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Motum ex Metello.— Od. II, 1

Preludios, México, 1893, p. 69.

La discordia civil desque Metelo
Cónsul fué, causa y vicios de la guerra,
Sus veces, y el jugar de la Fortuna,
Las importantes ligas de los Príncipes
Y aun no purificadas
Las armas de la patria en sangre untadas,
 Obra plagada de resgosa suerte
Tú tratas y caminas por la lumbre
[p. 511] Bajo ceniza engañadora puesta.
Por un momento a los teatros falte
Ya la Musa severa,
Dulce Polión, de la tragedia fiera...

Creo que con este principio se dará cualquier lector por satisfecho.

CCCLXXXIII. ZAMORA, Elio Turno de.—Méjico, 1893.

Impios parrae.—Od. III, 27

Preludios, Méjico, 1893. pp. 90-92.

He aquí el principio de esta singular y estrambótica traducción, que sin la ayuda del texto latino sería enigmática y aun imposible de puntuar:

Al ímpio don del pájaro el chirrido,
Zorra criando, o la fecunda perra,
De viaje agüero, o la rojiza loba
 Rápida huyendo;
Quiebre su senda la culebra pronta,
Que a los cuartagos como flecha espanta
Al dar la vuelta. ¿Yo agorero listo
 Temo qué cosa?
Traeré del orto al ominoso cuervo
Con preces, antes que de lluvias nuncio
A las lagunas de perpetuo el ave
 Vuelva divina...

Versos como éstos recuerdan las traducciones que en prosa hacían D. Enrique de Villena y otros latinistas del siglo XV, calcando el hipérbaton del original.

CCCLXXXIV. GALÁN Y DOMÍNGUEZ, Ángel.—1896.

Fauno galán, de quien las ninfas huyen;
Por mis linderos y abrigados campos
Pasa propicio, y a las nuevas crías
 Sé favorable.

[p. 512] Si al año inmolo cabritillo tierno,
Y nunca el vino en las amigas copas
De Venus falta, ni en tu altar vetusto
 Gratos perfumes.

Trisca el rebaño en la pradera fértil,
Cuando las Nonas de Diciembre llegan,
Y el campesino con los sueltos bueyes
 Vaya en los prados.

Juntos concurren el cordero y lobo,
Cubre tu paso con su fronda el bosque,
Y el surco odioso con su pie el labriego
 Hiere danzando.

Traducción ms. comunicada por el autor.

CCCLXXV. MICHEO, Juan José.

A MI LIRA

Imitación de Horacio

¡Lira sonora, con quien pude un día
De ameno prado en la quietud contento,
Al fresco viento reposar tranquilo
 Plácidas horas!

Ven a mis manos, y en candentes ritmos
Haz que mi canto se remonte al cielo
Y acá en el suelo que inmortales sean
 Hoy tus acordes.

Tú que pulsada con ardiente numen
Fuiste en un tiempo de feliz memoria,
Cuando de gloria coronó tu frente
 Lésbico cisne,

Bien ya blandiendo tu funesto acero,
O bien atando la deshecha nave
En tono suave a las divinas Musas
 Himno cantaba.

Y a Baco ledo, a la Ciprina Diosa,
Al niño ciego, juguetón alado,

Y al celebrado por sus negros ojos
Lico el apuesto.
Tú en el banquete del tonante Jove
Prez y delicia del celeste Apolo,
Alivio solo a mi penar dispensa
Siempre propicia.

[Vid. H. E. I, 171.]

[p. 513] CCCLXXXVI. BELLO, Andrés.—1800.

Hoc erat in votis.—Sát. II, 6

Imitación de los primeros versos de esta sátira, mezclando reminiscencias de la oda *Quid dedicatum poscit Apollinem*, es el siguiente soneto, a la verdad poco feliz:

¿Sabes, rubia, qué gracia solicito
Cuando de ofrenda cubro los altares?
No ricos muebles, no, soberbios lares,
Ni una mesa que adule el apetito.

De Aragua a las orillas un distrito
Que me tribute fáciles manjares,
Do vecino a mis rústicos hogares
Entre peñascos corra un arroyito.

Para acogerme en el calor estivo
Que tenga una arboleda también quiero,
Do crezca junto al sauce el coco altivo.

¡Felice yo si en este albergue nuevo,
Y al exhalar mi aliento fugitivo,
Sello en sus labios el adiós postrero!

Un consonante en diminutivo y una asonancia indebida afean este soneto que acaso es el primer ensayo métrico que se conserva de su autor.

Hallóse en Caracas en un legajo que contenía otras poesías inéditas de Bello, y fué impreso en las dos colecciones siguientes:

Poesías de Andrés Bello... Madrid, imprenta de A. Pérez Dubrull, 1882, pp. 285-86.

Obras Completas de D. Andrés Bello... Volumen III, Poesías. Santiago de Chile, 1883, p. 33.

CCCLXXXVII. BELLO, Andrés.—1800-1810.

Imitación en romance eptasílabo

Inc. ¿Qué nuevas esperanzas
Al mar te llevan? ¿Torna,
Torna, atrevida nave,
A la nativa costa!...

[p. 514] El estilo de esta graciosa imitación no es ciertamente horaciano, ni tiene nada de la rígida concisión del original, pero sí mucho sabor castellano de los buenos tiempos, notable cadencia melódica, y mucho de la lozanía, de la frescura y del garbo de las *Barquillas*, de Lope de Vega, a quien manifiestamente imita Bello no sólo en el metro y en el movimiento general del período poético, sino hasta en los rasgos que denuncian un gusto levemente picado de culteranismo:

Presto, *erizando cerros*
Vendrá a batir las rocas,
Y *náufragas reliquias*
Harán a Neptuno alfombras.
.....
¿Qué tu nombre famoso
En reino, de la Aurora
Y donde al sol recibe
Su *cristalina alcoba*?...

Se imprimió este romancillo por primera vez en el *Juicio Crítico (sic) de algunos poetas hispano-americanos*, por Miguel Luis y Gregorio Amunátegui, obra premiada en el certamen abierto por la facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile el año 1859. Santiago (de Chile), imprenta de «El Ferro-Carril», 1861, pág. 185.

—*Colección de poesías originales por Andrés Bello, con apuntes biográficos por J. M. Torres Caicedo*. París, librería de Rosa y Bouret, 23, calle Visconti, 23, 1870, pp. 137-141.

Hay ejemplares exactamente iguales que dicen en la portada: *Caracas, Rojas hermanos, editores*. Es impresión incorrectísima.

—*Colección de Nueva York. Librería e Imprenta de N. Ponce de León, 40 y 42, Broadway, cuarto 59, 1873*.

Repetición servil de la anterior, pero todavía más desaliñada. En una y otra acompaña a *La Nave* el texto latino.

—*Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos, ordenado con noticias biográficas por José M.^a Rojas, Ministro Plenipotenciario de Venezuela en España. Caracas y París: Rojas Hermanos, y Jouby y Roger, editores, 1875. 4º*

—*Poesías de D. Andrés Bello... Madrid, imprenta de A. Pérez Dubrull, 1882, pp. 9-11. [p. 515] — Obras Completas de D. Andrés Bello... Volumen III. Poesías. Santiago de Chile.... 1883, pp. 30-32.*

[Vid. H. E. I, 172 y 254; II, 460 y 546.]

CCCLXXXVIII. MONTES DE OCA Y OBREGÓN, Ignacio, obispo que ha sido de Tamaulipas, de Linares y lo es actualmente de San Luis de Potosí.

Laudabunt alii. —Od. I, 7

Ocios Poéticos de Ipaandro Acaico. México, imprenta de I. Escalante, Bajos Sn. Agustín, I. 1878, pp. 237-242. Edición de doscientos ejemplares numerados.

—*Ocios Poéticos de Ipaandro Acaico. (D. Ignacio Montes de Oca y Obregón, Obispo de San Luis de Potosí. Madrid, Establecimiento tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra», Paseo de S. Vicente, número 20, 1896, pp. 37-41)*

Inc. Otros celebren,
A Roma santa...

Es una graciosa imitación en romancillo pentasílabo que remeda los idilios de D. Nicolás Fernández Moratín en este metro. Lleva la fecha de 1858, y es, por tanto, una de las composiciones más antiguas de su autor. Sirvan de muestra estos versos:

Mas ni Florencia
Tanto me es grata,
Sobre sus verdes
Campos sentada
Que el Arno manso
Tranquilo baila,
Con mil jardines
Engalanada,
Y con marmóreas
Ricas estatuas
Que se contemplan
En cada alcázar;
Ni las famosas
Suizas montañas
Que hasta las nubes
Sus cumbres alzan,
Cubiertas siempre

De nieves blancas,
Mientras azotan
Sus verdes faldas
De lagos puros
Las ondas claras;
Como los montes
Que de mi patria
El suelo cubren
Con oro y plata
Que arrojan todos
De sus entrañas.

 Mi humilde suerte
Yo no trocara
Con la opulencia
De cien monarcas
Cuando me encuentro
Junto a la clara
Fresca laguna
Que con sus aguas
[p. 516] Mi sed primera
Dulce apagara:
Hermoso es verlas
Cuando retratan
A la apacible
Luna argentada,
Que temblorosa
Su luz derrama
Sobre las quintas
y las cabañas,
Que graciosas
En torno se alzan.
Mas cuando dora
Risueña el alba
Los arroyuelos
Que entre escarpadas
Peñas y riscos
Veloces bajan.
Sus puras linfas
A regalarla,
.....
Tívoli misma
Con sus cascadas
En atractivos
No la igualara...

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA — IV : HORACIO I

Reminiscencias

CCCLXXVIX. FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Nicolás.

Su primera anacreóntica A mi libro:

Dime, dónde caminas
Tan solo y confiado,
Sin protector alguno,
Librillo desdichado...

y también la segunda A mi Musa:

Saldrás a ver la corte,
Oh inquieta musa mía...

son imitaciones de la epístola XX del libro I. *Vertumnum Janumque liber*, más bien que del *Parve, nec invideo*, de Ovidio, que a su vez había imitado a Horacio.

La anacreóntica tercera:

«Yo a cantar me aprestaba
Las armas españolas...»

recuerda la oda 6.^a del lib. I: *Scribeis Vario*. Con esta imitación se combina la del principio de la égloga VI de Virgilio:

Quum canerem reges et proelia, Cynthia aurem

[p. 517] En la anacreóntica cuarta:

«Era yo pequeñito,
Y aun no contaba un lustro,
Cuando llegué jugando
A un romeral inculto,»

se apropia Moratín la aventura que de sí mismo cuenta Horacio (Od. III, carm. IV).

*Me fabulosas Vulture in Apulo,
Altricis extra limen Apuliae,
Ludo fatigatumque somno*

*Fronde nova puerum palumbes
Texere...*

Esta imitación es por todo extremo pueril, pero afortunadamente nuestro poeta no se detuvo aquí; el mismo tema lírico desenvuelve en el primero de sus dos deliciosos idilios clásicos (malamente calificados de *anacreónticas* 7.^a y 8.^a) *El Sueño*:

«Hay una gruta
En la olorosa
Alcarria umbrosa...
A guarecerme
De ardiente siesta
Niño cobarde
Llegué una tarde...»

[Vid. H. E. I, 173 y 253; II, 360.]

CCCXC. ABENAMAR, Santos López, Pelegrín.

En los versos de este mediano poeta, que fluctuó entre el clasicismo y el romanticismo, con más inclinaciones al primero, y que tradujo alguna oda de Horacio, he notado leves reminiscencias del Venusino. Una *oda epitalámica* comienza:

Surcaba el mar Egeo
En pos de la beldad que tanto amaba...

Pastor cum traheret

Es de corte horaciano, aunque muy floja, la oda *a Laura*:

Los ásperos silbidos
Suenan de cierzo rudo; ya los prados
Se ven desflorecidos:
[p. 518] Blanquean los collados
Del peso de la nieve atormentados...

*Vides ut alta stet nive candidum
Soracte, nec jam sustineant onus
Silvac laborantes, geluque
Flumina constiterint acuto.*

La oda *a Emilia* tiene imitaciones del Parcius *junctas quatiunt fenestras* (carm. XV del libro 1.^o) y del Oh crudelis *adhus* (carm. X del libro IV).

Otras odas de Abenamar, a la *Libertad*, a la *Soledad* son imitaciones de Fr. Luis de León más que de

Horacio, pero ninguna de ellas merece salvarse del olvido.

CCCXCI. QUINTANA Roo, Andrés, poeta mexicano.—1787-1851.

En la oda Al 16 de Setiembre de 1821 hemos notado dos reminiscencias horacianas:

La sangre difundida
De los héroes, su número recrece,
Como tal vez herida
De la segur la encina reverdece,
Y más vigor recibe,
Y con más pompa y más verdor revive...

*Duris ut ilex tonsa bipennibus
Nigrae feraci frondis in Algido,
Per damna, per caedes, ab ipso
Ducit opes animumque ferro.*

(Od. IV, 4, v. 57-60;)

Sus nombres antes fueron
Cubiertos de luz pura, esplendorosa,
Mas nuestros ojos vieron
Brillar el tuyo [1] como en noche hermosa
Entre estrellas sin cuento
A la luna en el albo firmamento.

*Micat inter omnes
Iulium sidus, velut inter ignes
Luna minores.*

[p. 519] Véase mi *Antología de poetas hispano-americanos*, tomo primero, pp. XCIII y XCIV. [Ed. Nac. vol. I, pág. 100]

CCCXCII. ALPUCHE, Wenceslao.

Don Wenceslao Alpuche, mediano poeta yucateco (1804-1841) muestra en alguna de sus odas, por ejemplo, La Fama, conatos de imitación horaciana:

No de inmortal renombre
La orgullosa ambición mi pecho inflama;
Pero arderá mi nombre
Con refulgente llama,
Si su poeta Yucatán me aclama...

*Quodsi me lyricis vatibus inseris,
Sublimi feriam sidera vertice.*

(Od. lib. I, carm. I.)

CCCXCIII. PEREDO, Manuel.

Don Manuel Peredo, médico y escritor satírico mexicano (1830-1890) hace en su composición *El Fin de año* un comentario joco-serio del *Eheu, fugaces*:

«¡Oh cuán fugaces, Póstumo, mi Póstumo,
Se van los años! Esto en son doliente
Cantaba en buen latín un tal Horacio,
Persona inteligente,
Que sin tener palacio,
Ni cocinero inglés, ni groom, ni nada,
Rapábase (?) una vida regalada
Con un señor Mecenas,
Banquero o cosa así, y hombre muy rico,
Que le alegraba el pico
Con almuerzos espléndidos y cenas.

Y era de ver cómo ambos a porfía
Al sollo, y al faisán, y a la lamprea,
Y a cuanto en mar y tierra se menea
Declarando exterminio,
Les encontraba el día
Recostados aún en el triclinio.
Pero eso sí: mi Horacio por docenas
[p. 520] Hacía odas muy buenas
A Baco y a Minerva,
Y a toda la caterva
De dioses inmortales
Del cielo, de la tierra y del averno;
Y así vaciaban ánforas
De sabroso Falerno,
Que era una bendición. ¡Dichosas gentes!
¡Qué falta les hicimos los presentes!
Mas parece que entonces
Ya usaba el tiempo carcomer los bronce,
Y echar abajo templos
(Cuyos malos ejemplos
Hemos aprovechado los de hogaño),
Y se acababa un año
Tras doce meses netos,
Y venía el siguiente,

Y muy formal, de frente
Por la posta se iba, con gran susto
De los que en el vivir hallaban gusto.

Y entonces, como ahora,
(Puesto que todavía
El tiempo no ha perdido la manía,
De sorber, cual rapé, hora tras hora),
Entonces a cualquiera
Que once lustros viviera,
Sin valerle ni influjo ni consejo,
Le sucedía que llegaba a viejo.
Y sólo así se explica
Que el buen Horacio hallase una mañana
En su noble cabeza adusta cana,
Y después otras seis, y luego quince,
Y sobre la ancha frente
Asentaba una arruga impertinente.

«¡Válgate Dios!» diría el buen romano,
«¡Qué aprisa hemos vivido!
¡Quién lo hubiera creído!
¡Vea usted cómo es la mano!
Ea, reforma completa,
Pongámonos a dieta,
Y basta de bureos;
A la oración, a casa;
Cada mochuelo váyase a su olivo,
Y a ver lo más que vivo.»

Y con esto, y cantar en son doliente
Muy formal a su cliente:
[p. 521] « *Oh cuán fugaces, Póstumo, mi Póstumo*
Se van los años » vió llegar la Parca,
Y de Carón después fletó la barca...

.....

Parece que quiso imitarle Manuel Acuña (1849-1873) en su poesía humorística *La vida del campo*, que empieza parodiando el *Beatus ille*:

Yo no sé si el señor Horacio Flaco
Fué quien se alzó el primero,
Echando noramala la cultura
Y hablando de la dicha y la ventura
Que se goza viviendo a lo rancharo.
Yo no sé si el buen vate poseía

Quinta o hacienda, o lo que allí se estile,
Ni si viviendo en ella se hallaría
Cuando dió en escribir su *Beatus ille*...

¡Extraña ignorancia en un parodiador de Horacio, que tantas veces habla de su quinta!

CCCXCIV. BELLO, Andrés.

Aunque la influencia de Virgilio es la que predomina en las *Silvas* Americanas de Bello, no faltan imitaciones de otros poetas clásicos, especialmente de Horacio. Uno de los más hermosos y celebrados pasajes de la Agricultura en la *Zona Tórrida*; aquellos versos de tan severa exhortación moral a la juventud americana; aquella pintura enérgica de la depravación y licencia de la vida muelle y afeminada de las ciudades en contraste con los austeros y varoniles hábitos de la vida rústica, es imitación muy ajustada, y en los últimos versos llega a ser traducción de la oda 6.^a del libro 3.^o del lírico latino *Delicta Maiorum*:

*Motus doceri gaudet Ionicos
Matura virgo, et fingitur artubus
Iam nunc, et incestos amores
De tenero meditatur ungui*

.....Crece
En la materna escuela
De la disipación y el galanteo
[p. 522] La tierna virgen; y al delito espuela
Es antes el ejemplo que el deseo.

.....
*Non his Juventus orta parentibus
Infecit aequor sanguine punico,
Pyrrhumque et ingentem cecidit
Antiochum, Annibalemque dirum:
Sed rusticorum mascula militum
Proles, sabellis docta ligonibus
Versare glebas, et severae
Matris ad arbitrium recisos
Portare fustes*

.....
No así trató la triunfadora Roma
Las artes de la paz y de la guerra;
Antes fió las riendas del Estado
A la robusta mano
Que tostó el sol y encalleció el arado [1]
Y bajo el techo humoso campesino
Los hijos educó, que el conjurado
Mundo allanaron al valor latino...

Es enteramente de gusto horaciano la linda oda juvenil de Bello Al Anauco.

Irrite la codicia
Por rumbos ignorados
A la sonante Tetis
Y bramadores austros;
El pino que habitaba
Del Betis fortunado
Las márgenes amenas
Vestidas de amaranto,
Impunemente admire
Los deliciosos campos
Del Ganges caudaloso
De aromas coronado.
[p. 523] Tú, verde y apacible
Ribera del Anauco,
Para mí más alegre
Que los bosques Idaicos
Y las vegas hermosas
De la plácida Pafos
Resonarás contino
Con mis humildes cantos.
.....

En la *Epístola a Olmedo*, hay una reminiscencia del *Quem tu Melpomene semel*:

¡Feliz, oh Musa, el que miraste pía
Cuando a la nueva luz recién nacido
Los ternezuelos párpados abría!...

Prefería Bello las sátiras y epístolas de Horacio a sus odas según testimonio de Amunátegui (*Vida de Bello*, 349).

[Vid. H. E. I, 172 y 254; II, 460 y 546.]

CCCXCV. OLMEDO, José Joaquín de.

En el *Canto de Junín* (1824) tan distante de la manera lírica de Horacio si se le mira en conjunto, abundan las imitaciones del poeta latino, comenzando por los primeros versos y acabando por los últimos.

El trueno horrendo que en fragor revienta,
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,

Al Dios anuncia que en el cielo impera...

trae en seguida a la memoria el *Coelo tonantem credidimus Jovem regnare* (oda 5.^a, lib. III), y a la verdad resulta un trueno demasiado estrepitoso para Simón Bolívar, que con toda su innegable grandeza, no parece bastante personaje para compartir con Jove el imperio del mundo, como a los ojos de un poeta romano (acostumbrado, además, como gentil, a este linaje de apoteosis), podía parecerle Augusto, dueño de todo el orbe entonces conocido.

El bello final del *Canto*:

Mas ¿cuál audacia te elevó a los cielos,
Humilde Musa mía? ¡Oh! no reveles
En débil canto arcanos celestiales,

[p. 524] suena a cosa conocida a quien guarda en la memoria la oda 3.^a del libro III de Horacio, allá hacia lo último:

*Non haec jocosae conveniunt lyrae:
Quo, Musa, tendis? Desine pervicax
Referre sermones Deorum, et
Magna modis tenuare parvis.*

De la misma manera, en el centro de la composición, reaparecen el *Crescit occulto velut arbor* aplicado a Sucre:

Como la paloma al margen de un torrente
Crece tu nombre...

el *serus in coelum redeas*:

Tarde al Olimpo el vuelo arrebatara...

el *bella matribus detestata*:

Las guerras sanguinosas
Que miran con horror madres y esposas...;

el *micat inter omnes* (oda 12 del libro 1.^o)

Y a todos los guerreros,
Como el sol a los astros obscurece...;

el *Ilion, Ilion, fatalis incestasque judex*, aplicado a los conquistadores del Perú:

Un insolente y vil aventurero
Y un iracundo sacerdote fueron
De un poderoso rey los asesinos...

el *Cantaber sera domitus catena*:

Y el cántabro feroz que a la romana
Cadena el cuello sujetó el primero...

Y todavía podría ampliarse el número de estas semejanzas tan obvias y en su mayor parte advertidas ya por los hermanos [p. 525] Amunátegui, [1] por Caro, por Cañete y por Menéndez Pelayo en sus respectivos trabajos sobre Olmedo.

También la segunda de las grandes composiciones líricas de Olmedo (y por la constante perfección de la forma quizá la primera), la oda *Al General Flores, vencedor en Miñarica*, empieza con versos horacianos, como si fuera hábito en Olmedo abrir su Horacio y robar, como un religioso sacrificio, un rayo de aquella lumbre siempre que emprendía algún trabajo lírico. El águila del *Qualem ministrum fulminis alitem*, la que había arrebatado en sus alas, sublimándole mucho sobre su nivel ordinario, al dulce Meléndez para que cantase la gloria de las artes, es la misma que se levanta con tan majestuoso vuelo en las dos primeras magníficas estrofas del *Canto de Miñarica*:

Cual águila inexperta que impelida
Del regio instinto de su estirpe clara,
Emprende su precoz vuelo
En atrevido ensayo,
Y elevándose ufana, envanecida,
Sobre las nubes que atormenta el rayo,
No en el peligro de su ardor repara,
Y a su ambicioso anhelo
Estrecha viene la mitad del ciclo;
Mas de improviso deslumbrada, ciega,
Sin saber dónde va, pierde el aliento,
Y a merced del viento
Ya su destino y su salud entrega,
O por su solo peso descendiendo,
Se encuentra por acaso
En medio de la selva conocida,
[p. 526] Y allí la luz huyendo, se guarece,
Y de fatiga y de pavor vencida,
Renunciando al imperio, desfallece...

[Vid. H. E. I, 189; II, 468.]

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 518]. [1] . El de Iturbide.

[p. 522]. [1] . En este hermoso verso parece descubrirse también una reminiscencia de Quevedo en sátira de asunto muy análogo, y hablando también del arado:

«Que un tiempo *encalleció* manos reales
Y detrás de él los cónsules gimieron...»

[p. 525]. [1] . Amunátegui, *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos* (pp. 29-33). No creo que aciertan en ver una imitación del *Carmen saeculare* en el himno de las Vírgenes del Sol, con que termina el *Canto*. También se ha notado en este himno un reflejo lejano de la invocación del poema de Lucrecio, pero yo creo que el modelo más inmediato fué la oda de Quintana A la *paz de 1795*, aunque la imitación de Olmedo es aquí superior al original.

Caro (M. A.): Tres artículos en el *Repertorio Colombiano*, tomos 2.º y 3.º (Bogotá, 1879).

Cañete (D. Manuel): El *Dr. D. José Joaquín de Olmedo*. (En su libro *Escritores españoles e hispano-americanos*, Madrid, 1884.)

Menéndez y Pelayo: *Antología de poetas hispano-americanos...* Madrid, 1894, Introducción, pp. CX a CXLII. [Ed. Nac. II, 30-55.]

BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA — IV : HORACIO I

Miscelánea

CCCXCVI. GONZÁLEZ DE SEPÚLVEDA, Mtro. Pedro, catedrático de Retórica en la Universidad de Alcalá, a principios del siglo XVII.

En la muy curiosa carta que dirigió al Licdo. Francisco de Cascales sobre sus Tablas Poéticas (vide *Cartas Philológicas* de Cascales, Murcia, 1634, epístola 9.^a de la 3.^a década), propone una enmienda sobre un verso de la *Epistola ad Pisones*.

Mobilibusque decor maturis dandus et annis...

«He dudado muchas veces si este lugar está depravado, y si ha de corregirse leyendo maturis; yerro que pudo ser facilísimo, como en el mismo se ve, borrada o gastada alguna pierna de la m; por otra parte, el sentido queda, si no me engaño, más perfecto pues expondremos:

Y guardes el decoro
A los mudables y maduros años;

que es decir, a las primeras edades y a las postreras, oponiendo con gallarda antítesis lo inconstante de las unas a lo maduro de las otras...

Fuera de lo dicho, poner *naturis* en vez de *aetatibus*, no sé que tan latino ni tan propio sea que lo usen buenos autores. Yo, a lo menos, ningún lugar he visto de que me acuerde. La sentencia, en fin, que espero de vmd. veneraré, y tendré por definitiva.»

(Véase la respuesta de Cascales en su artículo.)

[Vid. H. E. I, 89.]

CCCXCVII. LUZURIAGA, Dr.

Al margen de un ejemplar del *Horacio* de Desprez (Q. Horatii Flacci Opera interpretatione et notis illustravit Lud. Desprez « in usum Delphini », Parisiis, Leonard, 1691) copió el Dr. Luzuriaga [p. 527] las traducciones castellanas de Horacio, hechas por Fr. Luis de León, Cabrera, Villegas, Iriarte y otros. Este ejemplar perteneció después al Marqués de Morante, que le cita con el n.º 3.447 en su catálogo.

[CCCXCVIII.] SOLÍS Y RIVADENEYRA, Antonio.—Síglo XVII.

CON LA ELOCUENCIA SE HACE BLANDO EL CORAZÓN DEL HOMBRE MÁS DURO [\[1\]](#)

A los hombres de duros corazones
Pudo el sagrado Orfeo
Las muertes disuadir con las razones.
Del manjar torpe y del delito feo
Los redujo a concordia y policía;
Del que nació el decir que la armonía
De su lira, su voz y sus canciones
Amansaba los tigres y leones.
Y por la misma acción al dulce encanto
De la voz de Anfión, atribuyeron
El atraer las piedras, que obedientes,
La muralla de Tebas erigieron,
Siendo entre aquellas gentes
Hazaña fabulosa de su canto
La verdadera gloria de su nombre.
¡Oh corazón del hombre,
Como prodigio se trató el llamarte
A la razón! ¡Oh cuánto
Acertó aquel que para retratarte
Puso tu semejanza en que estuvieras
Comparado a los riscos y a las fieras!

[CCCXCIX.] SOLÍS Y RIVADENEYRA, Antonio.—Siglo XVII.

POR QUÉ ES ODIOSO EL PREGUNTADOR; LAS MALAS PROPIEDADES QUE TIENE, Y LA CAUTELA CON QUE HA DE HABLARSE [\[2\]](#)

Mira de quién y con quién
Hablas; que el preguntador
Inquiere como hablador,
Y hace habladores también,

[p. 528] Mis avisos te previenen
Que poco en fiarte aciertas
De orejas que, siempre abiertas,
Reciben, mas no retienen.

La palabra que a formar
Fueres, corrígela atento,
Que no has de hallar instrumento
Con que se pueda borrar.

[CDI.] SOLÍS Y RIVADENEYRA, Antonio.—Siglo XVII.

¿QUÉ MUEVE MÁS? LO QUE SE VE O LO QUE SE OYE; Y ¿POR QUÉ? [\[1\]](#)

Aunque la elocuencia insista
Exagere y persuada,
Cualquiera acción escuchada
Conmueve menos, que vista,
 O los ojos han nacido
Más cerca del corazón
O rodea la razón,
Cuando va por el oído.

[CDI.] SOLÍS Y RIVADENEYRA, Antonio.—Siglo XVII.

PRIVILEGIOS DE LA BUENA CONCIENCIA Y DE LA VIDA PURA [\[2\]](#)

No ha menester defenderse
Con dardos arrojados
Quien vive con entereza
Y camina sin delito.

Sóbrale el arco y la aljaba,
Con el embrión maligno
De venenadas saetas,
Que añaden malicia al tiro,

O camine por las sirtes
Abrazadas del estío,
O el Cáucaso inhabitable
Penetre con pie sencillo;

O bien pise los horrores
De los formidables riscos,
[p. 529] Que undoso lame el Hidaspes
Antes de besar el Indo;

Que entre los mayores riesgos
Camina bien defendido
El que va con la inocencia,
Que es virtud sin enemigo.

[CDII.] SOLÍS Y RIVADENEYRA, Antonio.—Siglo XVII.

SUELE EL DOLOR MENOR SONAR MÁS [\[1\]](#)

En las muertes más lloradas
Calla el dolor; y verás
Que corren y suenan más

Las lágrimas alquiladas.

Y es, que en la pena mayor,
O mayor adversidad,
Pide más que la verdad
La ostentación del dolor.

[Vid. H. E. I, 104.]

[CDIII.] MARTÍNEZ, Antonio.—1784.

Memorial Literario.—Noviembre de 1784, pp. 52-54.

«Don Roque Valero y Ochoa, Académico Honorario de la Real Academia Latina Matritense, y Maestro de Gramática de la villa de Tarancón, nos ha comunicado un plan impreso en Valencia del certamen público de pura latinidad, que tuvieron en el mes de septiembre sus alumnos sobre Rudimentos, Sintaxis, Buena versión, Prosodia y Elementos de Retórica.

El día 1.º de este certamen por la mañana dió principio el referido Maestro pronunciando un discurso latino sobre la *utilidad de las Juntas literarias*, después del qual se presentaron catorce Discípulos a ejercitar sobre los elementos de la lengua latina, en cuyo tiempo otros cinco estuvieron repasando los pasajes, que les cupo en suerte para traducir, y dar razón de la naturaleza y régimen de las partes de la oración en las Fábulas de Fedro y Epístolas selectas de Cicerón.

Por la tarde dió principio al ejercicio el mismo Maestro pronunciando en castellano el discurso latino de por la mañana, y [p. 530] habiendo ejercitado los de por la mañana en oraciones, se presentaron otros quatro a traducir una comedia de Terencio, y en Cornelio Nepote, dando razón de la Sintaxis, y variando las oraciones que lo permitían.

El día segundo habiendo el referido Maestro pronunciado una disertación sobre los *principales estorbos que ocurren en los estudios de latinidad*; cinco de los alumnos ejercitaron sobre las Partículas, Sintaxis elegante y Declinaciones greco-latinas, y otros ocho recitaron después los pasajes que se les había señalado para composición de castellano a latín elegante, los cuales sucesivamente traduxeron de repente en los razonamientos de Cicerón, Livio y Salustio.

Por la tarde los mismos ocho Discípulos ejercitaron sobre la Retórica, y principalmente sobre la elocución; y habiendo traducido de repente en Virgilio y Horacio midieron y probaron y respondieron a los principios del Arte Métrica. Cerró este ejercicio el de *Antonio Martínez, quien compuso en verso latino lo que se le mandó, y tradujo de las odas de Horacio en verso castellano, siendo lo más particular no tener más de 13 años de edad y dos y medio de estudio, y concluyó con una canción en acción de gracias el mismo joven.* »

[CDIV.] PARDO DE FIGUEROA, Benito.—1810.

Traducción griega de un español.

Horatii Odae, cum versione metrica graeca. Petropoli. (S. Petersburgo), 1810. 8.º, en vitela. (Vide Brunet.)

Contiene solamente once odas, traducidas por su autor hallándose de embajador de España en la corte de Rusia. A la versión acompaña el texto latino.

De esta versión y de su autor habla así el gran filólogo alemán Federico Augusto Wolf, tan célebre por su teoría sobre la epopeya homérica.

«Nobilis et doctus hispanus Pardo de Figueroa hanc oden (I, 1) cum X aliis graece in eadem metra vertere ausus est, Petropoli 1810, 8.º Biennio post, ab aula sua legatus ad Russicam, in mediis belli furoribus prematura morte extinctus, vir inter pragmaticos [p. 531] homines ac militares erucitione eminens, cujus suavis familiaritas a. 1807 mihi et Jo. Müllero turbida tempora Berolini hilaravit.»

Analecten vorzüglich für alte Literatur und Kunst... herausgeben von Friedrich August Wolf, Berlín, 1817, I, p. 274.

Debo esta noticia al Dr. C. E. Wilkens.

[Vid. H. E. I, 133.]

[CDV.] CARO, Miguel A.

Algo acerca de Horacio.

En *El Iris*, periódico de Bogotá, n.º 12.

En este artículo se estudia al poeta latino como cantor de campo. Va acompañado de dos admirables traducciones de la *Fábula de los dos ratones*, y de la *Epístola a Aristio Fusco*.

[Vid. H. E. I, 179; II, 465.]

[CDVI.] GARCÍA Y TASSARA, Gabriel.—1872.

Leyendo a Horacio.

(*Poesías de Tassara*, pp. 162-170.)

Reproduzco íntegra esta magnífica poesía:

Aquí del sauce a la movable sombra,
Nido del ruiseñor cuyos amores
El céfiro acompaña con su lira;

Sobre el lecho silvestre y blanda alfombra
De hojas y arbustos y odorantes flores
Que el ojo vago y errabundo admira;

.....

[Vid. O. H., pág. 308.]

Esta bella meditación poética es una muestra notable de la manera cómo Tassara comprendía y admiraba la antigüedad: siempre por sus lados tribunicios, solemnes y pomposos; siempre con la vista fija en la decadencia de las sociedades, en la invasión de los bárbaros, en las orgías de los Césares, en mil cosas que no suelen ocurrírsele a nadie de los que leen a Horacio por puro amor al arte. Tassara es una especie de Alfieri de la poesía lírica. La vida civil de los pueblos, el problema de la libertad y de la tiranía, una especie de estoicismo ardiente y concentrado, le acosa [p. 532] siempre, aun en el seno del placer, aun en el seno de la naturaleza. Siente a Horacio a su modo, relacionándole con mil cosas extrañas al arte, pero de un modo suyo propio, original y vivo.

Otra vez vuelve Horacio a sonar en los versos de Tassara, y aun a aparecer en persona como árbitro de la contienda entre el romanticismo y el clasicismo, procurando con buen éxito el vate sevillano desterrar la vulgar opinión que tiene a Horacio por un dogmatizante, enemigo de la libertad poética. Me refiero al romance titulado Epístola a *Albano*. El Horacio de Tassara hace profesión de fe idealista y ecléctica en estos términos:

Los buenos, hijo mío,
Los buenos son aquellos
Que no buscan el molde
Del vivo pensamiento,
Ni en el entero vaso
De un arte contrahecho
Que yo, y el de Stagira,
Ya apenas conocemos,
Ni en la salvaje copia
De este brusco universo,
Que aun las informes huellas
Guarda del caos primero.
El tipo soberano
Del soberano ingenio
Está en el gran sentido
Del ideal supremo,
Que es de un divino mundo
Intelectual reflejo,
Y siendo siempre el mismo,
Se muda con los tiempos...

¿La epístola ad *Pisones*
Qué dice? Pues dice eso:
Sino que no la entienden

Los críticos modernos.
¿Piensas tú por ventura
Que lo ideal es nuevo?
Mi ideal fué el Olimpo,
Cual tu ideal el cielo.

[Vid. H. E. I, 153; II, 425.]

[p. 533] [CDVII.] REDEL, Enrique.—Córdoba, 1903.

HORACIO

A su insigne admirador y comentarista en España D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Ante el dómine adusto,
Estudiante novel yo me embebía
En tus libros, escuela del buen gusto
Y fuente inagotable de poesía.

Tus odas inspiradas,
En el sosiego rústico creadas,
Fascinaron mi ardiente fantasía
Que volaba cual cándida paloma
Por las ruinas de la antigua Roma.

Yo siento la pagana
Belleza de tu musa, gran Horacio,
Vestida con la túnica romana
Y triunfante del tiempo y del espacio.
Yo siento esa belleza que dió norma
A la clásica musa castellana
Ferviente amante de la culta forma.
Sin bañarse en tu espíritu sincero,
Que fluye como fresco y claro río,
El retórico frío
Nunca es digno de ti. Para adorarte
Hay que alentar el fuego de los dioses
Y la emoción vivísima del Arte;
Llevar el sentimiento, no aprendido,
De la luz y del ritmo, dulce o grave,
En el sensible corazón nacido,
Natural como el cántico del ave.

¿Quién el ingenio original no admira
Que tus cantos inflama
Y en ellos con voz propia no se inspira?

Tú con la dulce y resonante lira
De Lesbos, y la rama
De verde yedra ornada tu cabeza,
Del bosque de Tiburto en la espesura
Sintiendo la frescura,
Cantabas la belleza
De sátiros y ninfas, olvidado
De los vanos honores,
[p. 534] Sin anhelar del César los favores
Ni del Atalo el oro codiciado.

Tú con tu granja solo
Eras feliz y las grandezas todas
Olvidabas de Éfeso y de Rodas,
De Tebas y de Delfos donde Apolo,
El numen de tus odas,
El hijo de Latona florecía
Y abrió sus ojos a la luz del día,
Y en tu heredad, con ánimo sereno
Desplegaba sus alas tu poesía
Y el tosco jarro lleno
De Cécubo espumoso o de Caleno
A Mecenas propicio se ofrecía.

Contento con tu suerte
La moral más perfecta vislumbrabas
Y al avaro aterrabas con la muerte;
Así, nunca envidiabas
La soberana púrpura laconia
Y, filósofo austero, censurabas
Las impúdicas danzas de la Jonia
Y de Roma las fiestas
Escándalo del mundo, deshonestas.

En tus campos sabinos
Más dichoso eras tú, sublime Horacio,
Que en el regio palacio
De mármoles y techos peregrinos:
Tú a la sombra de plátanos y pinos
De savia fresca y de vigor eterno
Gustabas de los vinos
Preciados de Falerno,
Y al par que Baco, el dios de las bacantes
Con corona de pámpanos ceñido,
Cantas a Venus himnos elegantes,
La gran reina de Pafos y de Gnido

Que Chipre y Menfis adoraron antes.

De mancebos y núbiles doncellas
Con los gratos amores nos encantas,
Dibujas con primor sus formas bellas,
Sus gentiles gargantas
De marfil, sus cabellos desatados
O en trenzas de oro ungidas, anudados;
Nos pintas la hermosura de Glicera,
Las flechas que Cupido te dispara
Y la blanca cordera
Que inmolas de los dioses ante el ara.

[p. 535] Son tus mágicos versos
Como la fuente de Blandusia claros,
Llenos de luz y tersos;
Los hados logras ahuyentar adversos
De tu cítara al eco peregrino.
Eres sabroso como el rancio vino
De los ruedos de Tíbur; en tu vaso
Bebieron el sentido Garcilaso,
El divino León, el gran Herrera,
Decoro y prez de la nación ibera.

Tu inimitable epístola ad *Pisones*
De poemas didácticos dechado,
Es literario código dictado
Para todos los tiempos y naciones.
tus obras panal de miel hiblea,
Canastilla de rosas
Donde se asienta Venus Citerea.
Tu lira, gran Horacio,
Arrebata también cual la del Tracio
Que con magas cadencias melodiosas
Suspendiera las ondas caudalosas...
Y el varón que no llega a venerarte
Ni merece los besos de las diosas
Ni entrar en los alcázares del Arte!

ENRIQUE REDEL.

Córdoba, 12 de septiembre de 1903.

En *Diario de Córdoba*, n.º 15.965, de fecha 16 de septiembre de 1903.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[\[p. 527\]](#). [\[1\]](#) . Fragmento del Arte Poética.

[\[p. 527\]](#). [\[2\]](#) . Fragmento de Horacio.

[\[p. 528\]](#). [\[1\]](#) . Fragmento de Horacio.

[\[p. 528\]](#). [\[2\]](#) . Fragmento de Horacio.

[\[p. 529\]](#). [\[1\]](#) . Fragmento de Horacio.